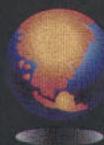


PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

veintidós
CARACTERES

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo
EDITORAS

AGUILAR



UNIVERSIDAD
FINIS TERRAE

Foto: Carmen Gloria Escudero



Jacqueline Hott Dagorret, periodista de la Universidad de Chile, casada, tres hijas, fue profesora de Literatura de la Universidad de Chile y de Redacción y Estilo en la Universidad Gabriela Mistral. Como periodista trabajó en las revistas *Ladeco América*, *Visa*, *Imagen*, *Travelling* y *Antesala*. Además, participó como asistente de edición en el libro *Los secretos de la entrevista en Chile* (Aguilar, 1999). Actualmente, es profesora de Estilo e Investigación Periodística en la Escuela de Periodismo de la Universidad Finis Terrae y es miembro del equipo editorial de Ediciones de la Esquina.

Foto: Carmen Gloria Escudero



Consuelo Larraín Arroyo, periodista de la Universidad Católica (1980), casada, cuatro hijos, es Coordinadora del Área de Redacción de la Escuela de Periodismo de la Universidad Finis Terrae. También fue docente en las universidades Católica, Los Andes y Gabriela Mistral. Como periodista trabajó en temas culturales en *Qué Pasa*, *El Mercurio* (Artes y Letras y Revista de Libros), *Ercilla* y *Master Club*. Entre los años 1983 y 1985 vivió en España, donde estudió Historia del Arte en la Universidad de Barcelona. Es autora de los libros: *Manual de Estilo* (publicado con la Universidad Finis Terrae); *Prensa y Corrupción*; *Providencia, 100 años de historia*; un diápolibro sobre la escultora Marta Colvin y es co-autora de *Los secretos de la entrevista en Chile* (Aguilar 1999).

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

veintidós
CARACTERES

AGUILAR

© 2001, Jacqueline Hott D. / Consuelo Larraín A.

© De esta edición:

2001, Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia,
Santiago de Chile

- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de Ediciones**
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.
- **Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.**
Calle 8 Núm. 10-23, Santafé de Bogotá, Colombia.
- **Santillana, S.A.**
Av. Eloy Alfaro 2277, y 6 de Diciembre, Quito, Ecuador.
- **Grupo Santillana de Ediciones, S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Santillana Publishing Company Inc.**
2043 N.W. 87 th Avenue, 33172, Miami, Fl., EE.UU.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad 767, Colonia del Valle, México D.F. 03100.
- **Santillana S.A.**
C/Río de Janeiro, 1218 esquina Frutos Pane
Asunción, Paraguay.
- **Santillana, S.A.**
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Editorial Santillana S.A.**
Av. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1^{er}. piso
Boleíta Nte., 1071, Caracas, Venezuela.

ISBN: 956-239-158-2

Inscripción N° 120.024

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: junio 2001

Diseño de cubierta:

Claudia de la Vega sobre una fotografía
de Indexstock

Retratos:

Alfredo Méndez Etchepare

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

veintidós **CARACTERES**

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo

EDITORAS

Homenaje a figuras del periodismo chileno
desde la perspectiva de quienes se inician en el oficio.

Retratos: Alfredo Méndez Etchepare
Asistentes de edición: Andrés Arcuch y Paula Brevis

AGUILAR

Índice

Introducción: <i>El periodismo, una pasión de vida</i>	9
Agradecimientos	17
Rafael Maluenda (1954): <i>Cronista del alma criolla</i>	19
Luis Hernández Parker (1954): <i>De la aventura a la desesperanza</i>	31
Tito Mundt (1956): <i>Vocación de trotamundos</i>	45
René Silva Espejo (1957): <i>Maestro mercurial y defensor de libertades</i>	57
Lenka Franulic (1957): « <i>Eras presencia de mujeres y lección de hombres...</i> »	69
Joaquín Edwards Bello (1959): <i>El aguijón de un irreverente</i>	81
Daniel de la Vega (1962): « <i>Palabras que arden y alumbran...</i> »	93
Jorge Délano «Coke» (1964): <i>¿Yo soy tú?</i>	105
Alfredo Pacheco (1965): <i>Confidente del sur</i>	117
Fernando Díaz Palma (1968): <i>Artista de las portadas</i>	127
Emilio Filippi (1972): <i>Por la libertad de pensar y decir</i>	139
Arturo Fontaine Aldunate (1975): <i>Caballero de la prensa</i>	153
Renzo Pecchenino «Lukas» (1981): <i>Lukas dibuja a Chile</i>	165
Luis Sánchez Latorre (1983): <i>La nostalgia de Filebo</i>	179
Hernán Millas (1985): <i>La buena memoria de un semi-serio</i>	193
Juan Enrique Lira (1987): <i>Una vida en imágenes</i>	205
Cristián Zegers (1989): <i>En letras de molde</i>	217
Raquel Correa (1991): <i>De poder a poder</i>	229
Pilar Vergara (1993): <i>Golpe de mujer</i>	239
Julio Martínez (1995): <i>Al aire con Jota Eme</i>	253
Patricia Verdugo (1997): <i>Justicia de imprenta</i>	263
Guillermo Blanco (1999): « <i>De rodillas no se hace periodismo</i> »	275
Anexos	287
Índice onomástico	294

El periodismo, una pasión de vida

Son los juglares de los tiempos modernos. Pero a su oficio de contar le inyectan la adrenalina de la noticia. Como los antiguos navegantes, exploradores de tierras ignotas, van a la conquista de información, allí donde se produce. Están donde ocurren los hechos, en el tráfigo de la vida y del drama humano. Se codean con los que mueven los hilos de los acontecimientos, con los poderosos que deciden el curso de la Historia.

«Aquí se mató Hitler», dirá Tito Mundt en *Memorias de un repórter* (1965). «Aquí mismo, debajo de este montículo que trepo a pesar de la prohibición oficial. (...) Aquí se interpretó el último acto de la contienda armada más despiadada de los últimos tiempos».

Entusiasmo que se ha mitigado en la era de la información, por una especie de mareo tecnológico ante la avalancha de estímulos, que van mermando la capacidad de asombro. Y de soñar en grande. ¿Será por aquello de la muerte de las utopías? ¿O por la pérdida de sentido, el materialismo y la cultura hedonista del siglo XX? Aunque tal vez solo en apariencia.

Con esta inquietud quisimos rescatar el testimonio de varios forjadores del periodismo chileno, a través de la mirada de quienes están a punto de egresar y se iniciarán muy pronto en el oficio. Muchos de esos maestros han muerto, y los que aún viven a veces resultan lejanos al mundo e intereses de los jóvenes. Quizás las nuevas generaciones no imaginan su pasión ni entienden por qué sus antecesores se enamoraron de la noticia. No conocen qué los llevó a la cima, cuál fue su sello y aporte al periodismo nacional y, en definitiva, a la sociedad chilena.

EL AMOR POR LA PALABRA

Sin excepción, los periodistas aquí presentados unen a la entrega de la información una inextinguible pasión por la palabra. Por la frase justa, el término preciso. Desde su máquina de escribir o cámara fotográfica, el micrófono radial o la cámara televisiva, ellos han hecho del verbo no un simple medio, sino un vínculo tan hermoso

como eficaz entre los acontecimientos y el público. No contentos con seguir un esquema ya gastado, hurgan más allá de las estructuras rígidas hasta dar con un estilo propio, personal, reconocible.

Algunos también se desdoblaron: Joaquín Edwards Bello, Daniel de la Vega, Rafael Maluenda, Guillermo Blanco, Luis Sánchez Latorre a menudo dejan de lado al periodista para dar paso al narrador puro, ese que escribe no solo porque tiene algo que decir —ingrediente imprescindible—, sino en pos del placer del texto, tal como aconsejara Roland Barthes.

Varios de los participantes de este taller —y, por ende, de este libro— pese a su juventud ya muestran un estilo propio o un enfoque personal. Así, cada artículo del volumen ofrece una pluma distinta, una mirada particular, sin por ello descuidar la rigurosidad que una investigación requiere. Por cierto, el trabajo de edición fue fuerte. No bastaba entregar un texto correcto, escrito a modo de informe. Creemos que, con esta labor conjunta, nuestros alumnos comprobaron que la belleza de la escritura y la exactitud del dato no están reñidas; es más: lo bello, el bien, la verdad, son, desde el punto de vista filosófico, sinónimos.

CÓMO SE GESTÓ EL TALLER

Quienes somos docentes tenemos muy claro que transmitir valores en el ámbito de una profesión —más que técnicas y conocimientos puntuales— se hace cada vez más difícil. Esos principios se vuelan al viento como lindas intenciones. Un deber ser que se desliga del ejercicio diario en un mundo cada vez más competitivo.

Más que cualquier consejo o moraleja, los modelos y el ejemplo de personas de carne y hueso, similares a uno, que encarnaron esos principios, es tal vez la única manera de hacerlo.

¿Serían capaces los alumnos de vibrar con la vida y obra de los Premios Nacionales de Periodismo? ¿Qué tienen en común los hijos de la globalización con los viejos

de las linotipias? ¿Podrían describirlo? Y si no lo hacían, ¿tenía sentido rescatar para ellos estos testimonios? Esas eran algunas de las interrogantes que nos planteábamos con insistencia.

Olvidándonos de las clases expositivas, donde habríamos tenido más de algún bostezo, se les entregó a ellos la responsabilidad de desentrañarlo, diciéndoles que se jugaran por hacer algo bueno, indagando a fondo en sus personajes, o era preferible no intentarlo. Que nos mostraran ellos por qué estos profesionales habían sido especiales. Dependiendo del resultado, era posible que pudiésemos publicar un libro-homenaje.

Efectivamente, a mediados de 1999 iniciamos nuestro primer taller con alumnos de último año de la carrera, muchos de los cuales no sabían con exactitud de qué se trataba el curso. Al poco tiempo se dieron cuenta de que debían investigar, realizar entrevistas, consultar diarios viejos; presentar informes periódicos en que cada dato debía corresponder a fuentes confiables. Luego de dos talleres con resultados disímiles, hicimos un tercero por tutoría, esta vez escogiendo a los alumnos con interés por el tema.

El proyecto era una iniciativa inédita. Como docentes, habíamos detectado la carencia de monografías sobre quienes han recibido los Premios Nacionales de la especialidad. Con su característico olfato, la directora de la carrera, Loreto Serrano, no podía concebir que no existiese un estudio que hablara sobre la ley que reglamenta el galardón, el espíritu que lo anima, los periodistas premiados, etc.

El texto de consulta más recurrente sobre los viejos próceres, además de las escasas historias del periodismo chileno (Raúl Silva Castro, Alfonso Valdebenito) que llegan hasta la década del 50, es *Los maestros del periodismo*, de Juan Ramón Silva y Alfonso Calderón que, siendo un muy buen compendio, fue publicado en 1970 e incluye apenas a trece de los más de setenta homenajeados. Por su parte, *Antología de redactores nacionales* (Editorial del Pacífico, 1963), de Próspero, rescata valiosos artículos de una treintena de periodistas chilenos, pero omite voluntariamente datos biográficos y curriculares de los autores antologados.

Es claro que los periodistas escriben sobre los demás, no sobre sí mismos. Rescatar parte de los trabajos de los agraciados con el Premio Nacional, además de reunir información personal sobre sus vidas fue una labor de verdaderos ratones de biblioteca. Y eso fue lo que se hizo en sucesivos talleres, con la tranquilidad de saber que a las

autoridades de nuestra universidad el proyecto les parecía prometedor.

LA ELECCIÓN DE LOS PERSONAJES

De los setenta y siete nombres que forman la lista de los Premios Nacionales de Periodismo desde la creación de la ley, en 1953, hasta la fecha (ver anexos 1 y 2), muchos son desconocidos en la actualidad. Recordemos que durante veinte años se dio en varias menciones. Y como no era nuestra intención hacer un libro biográfico tradicional, sino una mirada a los mejores desde la perspectiva de los jóvenes, se les dio a los alumnos la posibilidad de escoger a sus personajes y lo hicieron hasta completar veintidós nombres. Se produjo así la inevitable 'injusticia' de excluir a muchos; vaya esto como una explicación y una excusa para los ausentes. No obstante, la selección que aquí ofrecemos es representativa de distintas épocas, géneros y medios.

Quienes dirigimos la investigación tratamos de que hubiera gran diversidad y, sobre todo, que los alumnos entraran en contacto con la vida y obra de un periodista cuya trayectoria fuera de excepción. Cada joven pudo empaparse de lo mucho que nuestra profesión le puede dar, desde sinsabores, trasnochadas, sacrificios, hasta la más sublime satisfacción.

Eran varias nuestras aprensiones. Estábamos conscientes de que con Internet a la mano y la avalancha informativa, el tener que hurgar en las bibliotecas y rastrear huellas podía parecerles extemporáneo. Los periodistas jóvenes de hoy poco saben cómo se perseguía la noticia cuando la tecnología no llegaba más que a una máquina de escribir y a un teléfono. Y cómo fue cambiando, desde las primeras décadas del siglo veinte, la búsqueda y la entrega de información.

A veces nos descorazonábamos frente a la apatía de algunos alumnos, quienes no ponían ningún empeño en indagar más a fondo y chequear la información. ¡Queríamos remecerlos! ¿Dónde estaba la curiosidad, el amor por la noticia, la búsqueda a concho, el llegar con el dato a como diera lugar?, nos preguntábamos con desazón. Pero entonces aparecían otros alumnos que nos sorprendían y nos devolvían la fe en el sentido del proyecto.

DESDE TÍMIDOS APRONTES A LA IDENTIFICACIÓN

Superada la inercia inicial, y a medida que iban pasando las semanas, se comenzó a vislumbrar el objetivo trazado: que el alumno se enamorara de su personaje, que se

identificara con ese periodista que había roto barreras. Así, María Luisa Edwards sintió orgullo de llevar el apellido de su ilustre pariente: Joaquín Edwards Bello; Mónica Hinrichsen, apasionada por la fotografía, recorrió junto a Juan Enrique Lira los elocuentes trozos de la historia del siglo veinte que él capturó con su cámara, como el bombardeo a La Moneda el 11 de septiembre de 1973.

Fernando Díaz Palma, a través de sus entusiastas recuerdos, logró que Leonardo Zavala reviviera lo que fue la época en que los matutinos cerraban a eso de las cinco de la mañana, hora en que los editores recién iniciaban el regreso a casa. Trasnóche y bohemia en Il Bosco, antes de cerrar la edición; esposas e hijos celebrando fiestas familiares sin el padre.

Raquel Correa, al principio algo incómoda con tantas preguntas personales —por cierto, es destacable su buena disposición con los alumnos—, terminó corrigiendo en conjunto con Andrés Arcuch las escenas de su vida que él recreó, incluyendo el célebre programa del «dedo de Lagos».

Alejandro Bascur ya había llegado a respetar y admirar a Arturo Fontaine Aldunate durante 1998 y 1999. Como colaborador del Centro de Investigación y Documentación (CIDOC) de nuestra universidad, tuvo estrecho contacto con don Arturo cuando este escribió *Todos querían la revolución: Chile 1964-1973*. Al participar en nuestro taller, Alejandro hubo de repasar con Fontaine su vida y rendirle un homenaje, esta vez al otro lado del sillón: como autor.

También profunda admiración por su elegido —Guillermo Blanco— sintió Soledad Evans, quien no encontró grietas en este hombre al que ve como bueno, leal, de sólidos principios morales, honesto y consecuente. Por sobre todo le llama la atención su humildad: que los honores no lo hayan envanecido.

La empatía entre Vanessa Kaiser —excelente alumna, mujer luchadora y de gran personalidad— con su entrevistada, Patricia Verdugo, otra luchadora, fue inmediata. Largas conversaciones, incluso de trasnoche, la llevaron a comprender y ponerse en el lugar de una periodista cuyo pensamiento político era muy distinto del suyo. Estimable lección recibió Vanessa: descubrir al ser humano tras la ideología.

¡Qué decir de nuestros periodistas de provincia! Un testimonio de servicio público y de entrega personal que captaron Andrés Arcuch y Paula Brevis al buscar huellas de Alfredo Pacheco. Luego de haber recibido el emocionado testimonio de su hijo Camilo («¡Ojalá todo el mun-

do sepa quién era mi papá y cuánto lo quiero!»), viajaron por cuatro días a Concepción para rastrear la vida del Premio Nacional 1965, y entrevistaron, entre otros, a su viuda y al director de *El Sur*, Ricardo Hepp.

Consuelo Hurtado se deleitó con el uso del lenguaje de las *Instantáneas* de Daniel de La Vega y Paula Brevis con el humor y agudeza de Hernán Millas. Andrés Vaccaro, rebelde a las convenciones, admiró sobre todo la valentía con que Lenka Franulic rompió los esquemas y ataduras de su época: «Suele mirarse a la ligera, con el transcurrir del tiempo, esas conquistas. Pero la emancipación del mal llamado sexo débil no empezó de la nada. Fue por personas como Lenka Franulic, que abrieron fronteras hasta entonces desconocidas para la enorme capacidad que las mujeres han demostrado tener».

Muchos alumnos se enfrentaron con cierto temor a sus personajes: eran tan versados, tan cercanos al poder. ¡Tan inalcanzables! Y eso, curiosamente, los frenaba en su empeño, como lo reconoció con honestidad César Zapata: «Tenía a mi cargo la investigación de la historia de Luis Hernández Parker, uno de los periodistas más destacados de la prensa chilena. ¡Guau! Reconozco que lo único que sabía del personaje era que su apodo era igual al de un reportero y amigo del ex vespertino *La Hora*: Hachepé. Visité la Biblioteca Nacional y revisé algunas publicaciones. Mi temor empezó a crecer. Era esa sensación de no sentir autoridad moral para escribir sobre un maestro y un hombre con grandes virtudes, pero también humanos defectos. (...) Hernández Parker se convirtió en un referente para mi formación. Utilicé fragmentos de su legado periodístico en algunas ayudantías de la universidad...».

A Gonzalo Vega le impactó la buena disposición de Cristián Zegers, a pesar de su escaso tiempo libre como director de *La Segunda*: «El día en que lo fui a entrevistar estaba nervioso. Leí todos los diarios de la última semana con mayor detención que la de costumbre, por el temor a que me preguntara algo que no supiera. A pesar de sus conocimientos y de la seguridad con que hablaba, me encontré con una persona amable y de sonrisa fácil... la atención que me puso me hizo sentir como si su única preocupación fuera dar respuestas a mis dudas...».

Pablo Marín, hoy periodista de televisión, reconoció también la deuda con su personaje: «Tras visitar en reiteradas ocasiones la Biblioteca Nacional, terminé con la reticencia que tenía por investigar a un hombre de la primera mitad del siglo XX, desconocido para mí. En estas hojas quiero demostrar cómo Rafael Maluenda, su historia, su vida y su profesión me cautivaron para, a pocos

meses de titularme, aprender acerca de lo que realmente es y ha sido el ejercicio del periodismo en Chile».

A riesgo de extendernos en demasía, no podemos nombrar a todos los investigadores, aunque así lo quisiéramos. En definitiva, más allá de la publicación, lo más importante sigue siendo cuán hondo calaron en ellos los testimonios de estos hombres. Y no menos importante —*last but not least*— durante los meses de preparación de los trabajos, pudieron darse cuenta de que sin investigación y rigor el buen periodismo es imposible. Las 6 W son solo el inicio de una aventura cuyo fin se desconoce. Su destinatario, un público con el que se debe ser leal y honesto.

Tras mucho esfuerzo vendrían los textos finales. Para su elaboración se les dio amplia libertad, con la sola condición de ser rigurosos, de apegarse a datos reales. Libertad de usar todas las técnicas narrativas para recrear escenas, elaborar diálogos, recordar los acontecimientos más significativos de la vida de cada periodista. Aunque podían escoger también sus puntos de vista, la idea era que los trabajos constituyeran una semblanza completa, sin vacíos ni lagunas. Muchos reportajes, al ser rechazados, tuvieron que rehacerse; para eso estábamos las editoras y nuestra responsabilidad como tales y como docentes. Por ello, un mismo personaje en ocasiones fue abordado por dos y hasta tres autores. Y nosotros debimos revisar, chequear datos, poner y sacar adjetivos y comas; en fin, pulir, pulir y pulir.

De hecho, en aras de la justicia, establecimos tres tipos de autorías o aportes: firman como autores aquellos alumnos cuyo trabajo fue investigado y redactado satisfactoriamente; si investigaban con esmero, pero la redacción era rehecha en su mayoría, solo aparece consignado su nombre como investigadores; en caso de recopilaciones parciales de antecedentes, el alumno figura como colaborador.

EL PREMIO, DIGNIFICANDO LA PROFESIÓN

En forma tangencial, mucha de la historia del periodismo chileno en los últimos cien años se rescata a través de la vida y obra de sus Premios Nacionales. Por medio de sus luchas se traslucen las virtudes y vicios de nuestra profesión; las técnicas de investigación y reporteo; los momentos políticos y las gestas por la libertad de expresión.

Recién a comienzos del siglo pasado la prensa profundizó su búsqueda informativa, junto con la modernización tecnológica que significó el nacimiento de *El Mercurio* de Santiago el 1° de junio de 1900, iniciativa del

visionario Agustín Edwards Mac Clure. Los periodistas de la nueva era fueron dejando cada vez más de lado el género de opinión que ejercían antaño políticos, intelectuales o clérigos en sus ratos libres y solo como *dilettantes*.

Como relata Gonzalo Vial en su *Historia de Chile* (Santillana, volumen 1, tomo 1, pág. 275), desde fines del siglo diecinueve «flotaba en el aire una especie de agotamiento de la prensa. La lucha política, tras Balmaceda, reducida a las monótonas maniobras parlamentarias, ya no causaba emoción (...). Y aparecían intereses nuevos: el deporte (...); las leyes y los reglamentos(...); el cable extranjero(...); el folletín, la moda, lo doméstico, la vida social y el cine para las mujeres(...); la publicidad para el comercio, etc».

Nacidos al impulso de *El Mercurio*, los nuevos diarios y revistas —*El Diario Ilustrado* (1902), *Zig-Zag* (1905), *Pacífico Magazine* (1912) y *La Nación* (1917), entre otros—, se nutrieron de periodistas profesionales, definidos en un contrapunto por Fernando Santiván como «redactores que usaban cuello limpio y se bañaban todos los días» a diferencia de los «escritores de frac, que escribían por esnobismo...» o «los galeotes», que trabajaban «como negros» y hacían «una vida tabernaria, oscura y despreciada». Talentosos escribas, muchos de provincia, conscientes de su rol y dispuestos a asumir por vocación la vida más austera que esta profesión les ofrecía respecto de otras.

Surgen plumas de periodistas literatos como las de Jenaro Prieto (*El Diario Ilustrado*), Fernando Santiván (*El Diario Popular*, *El Día*, *La Unión*), Joaquín Díaz Garcés y Carlos Silva Vildósola (*El Mercurio*, *El Chileno*), Alone (*El Diario Ilustrado*, *La Unión*, *El Mercurio*), Eliodoro Yáñez (*La Nación*), por nombrar solo algunos de los que nunca recibirían el Premio Nacional de Periodismo, pero que dignificaron nuestra profesión.

En 1942 se crean los Premios Nacionales de Literatura y de Arte, bajo el gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Esto tras un prolongado clamor de algunos intelectuales, entre ellos Joaquín Edwards Bello, quien se quejó siempre de lo desamparados que estaban los escritores chilenos. En relación con el periodismo, en la década del cuarenta surgieron varios galardones menores que precedieron la creación del Premio Nacional, el que recién vino a instituirse durante la segunda administración de Ibáñez (diciembre de 1953), llenando un vacío que se había hecho sentir fuertemente en el medio nacional.

Efectivamente, la escena extranjera había premiado a algunos de nuestros periodistas más destacados; la Universidad de Columbia distinguió con el galardón María Moors Cabot en la década del cuarenta a Edwards Mac Clure

(1940), Carlos Dávila (1942), Alfredo Silva Carvallo (1948) y en 1952 a Jorge Délano (más recientemente, René Silva, Emilio Filippi y Patricia Verdugo también fueron agraciados con el premio). En esos años, los organismos gremiales y las alcaldías intentaron paliar en parte esta injusticia para con los hombres de prensa.

Atenazado por la falta de estímulos, el Círculo de Periodistas empezó a otorgar anualmente reconocimientos a los mejores trabajos en nada menos que quince categorías, entre ellas crónica, noticia exclusiva, título de información, fotografía, información municipal, pronóstico hípico, entrevistas, traducción, información automovilística, crítica literaria y tira cómica.

Como el Colegio de la orden se encontraba entonces dividido en tres grandes conglomerados (Santiago, Valparaíso y Concepción), la sección porteña tampoco se quedó atrás y decidió otorgar anualmente una recompensa a través de un concurso en distintos géneros: artículos de redacción, entrevistas, reportajes, comentario, fotografía y tema literario (cuentos, ensayos y poemas).

Por iniciativa del alcalde Abelardo Contreras, la Municipalidad de Valparaíso premiaba, a su vez, desde 1942 a quienes se destacaban por los servicios prestados al periodismo local. En Santiago, gracias al impulso del regidor Serafín Soto, se instituyó en 1948 un premio anual «a los periodistas que han demostrado mayor interés en secundar la función municipal».

Suma y sigue: la Sociedad de Escritores de Chile creó el Premio Camilo Henríquez y el académico Alejandro Silva de la Fuente estableció un fondo especial para el reconocimiento de periodistas, adjudicado anualmente por la Academia Chilena de la Lengua, como consigna Alberto Valdebenito en su *Historia del periodismo chileno* (Santiago, 1956).

Por ese vacío se explica que fuera tan bien recibida la ley 11.479 de 1953 que creaba el Premio Nacional de la especialidad, con un total de 400 mil pesos de la época repartido en partes iguales en las áreas de redacción, crónica e información gráfica (fotografía). Entre los primeros homenajeados (1954) estuvieron dos de los personajes elegidos por los alumnos: Rafael Maluenda y Luis Hernández Parker, cronista político por excelencia.

El anonimato y escaso reconocimiento que existía entonces por la labor de la prensa, que el Premio venía de cierta manera a revertir, fueron enaltecidos en un editorial de *El Mercurio* del 1º de noviembre de 1955: «(...)Ha sido la tradición de la gente de prensa chilena aceptar por placer que el que escribe en las columnas de

los rotativos es un secretario de los acontecimientos y, como tal, debe pasar con ellos, cada veinticuatro horas, sin dejar huella individual alguna(...) Al instituirse los premios de periodismo se ha marcado una reacción contra esa tendencia, pues el galardón que se otorga anualmente va haciendo emerger hacia la actividad a hombres que en su vida han pasado detrás del seudónimo o, simplemente, de la impersonalidad, laborando sin tregua para dar a los lectores las orientaciones de bien público, las noticias y los comentarios destinados a llevar a la mente de ellos un rasgo de ilustración, de emoción o de amenidad».

No es nuestra intención analizar aquí la trayectoria del Premio ni la justicia de sus más de setenta adjudicaciones desde la creación; no nos interesa ni corresponde. Pensamos, además, que como sucede en la mayoría de estos galardones, algunos son más merecidos que otros, influidos a veces por la cercanía de los premiados con el poder. De hecho, para algunos resulta sorprendente que algunas figuras del periodismo nacional como los ya nombrados y otros —léase Julio Lanzarotti, Alfredo Silva Carvallo, Fernando Durán, José María Navasal entre muchísimos más—, estén ausentes.

Podemos consignar sí que la legislación ha sido algo zigzagueante, por lo que hemos destinado un anexo al final del libro que resume los ires y venires de la ley que reproducimos con estricto rigor informativo, sin mayores comentarios y destacando los cambios (ver anexo 2).

Sin embargo, en un recorrido periférico no podemos dejar de reflexionar —o esbozar algunas conjeturas— sobre algunos puntos, como los cambios en la periodicidad, menciones y composición del jurado. En el año 1964, por ejemplo, en las postrimerías del gobierno de Jorge Alessandri y con Alejandro Garretón como Ministro de Educación, se añade una cuarta mención —dibujo gráfico— que coincide con el premio a Jorge Délano, Coke. Asimismo, se establece la necesaria pertenencia de los premiados al Colegio de Periodistas y la exigencia de que por lo menos un galardón se entregue en provincia. Políticas que sin duda corresponden a una creciente importancia de los colegios profesionales y al necesario estímulo a la prensa regional.

En el gobierno de Salvador Allende, en enero de 1972, y con Mario Astorga como ministro de Educación, se establece una pensión vitalicia para los premiados y la condición de bianualidad del galardón. A la fecha, según nos comentó un experimentado director de diario, era difícil encontrar ‘buenos nombres’ con tanta recurrencia y en

tantas categorías, por lo que existía el peligro que el premio se banalizara. Por otra parte, hasta el gobierno de la Unidad Popular, integraban el jurado representantes del Congreso Nacional, de los colegios regionales de la orden y el rector de la Universidad de Chile.

Como en otros aspectos de la vida nacional, con el régimen militar se establecen nuevas leyes (primero a través de decretos en 1974 y 1978) que reanudan la trayectoria del Premio a partir de 1975 (ese año se distingue a Arturo Fontaine Aldunate) y lo hacen único y selectivo en las cuatro menciones, sugiriendo una propensión a la alternancia. Por razones obvias se eliminan del jurado los representantes del Congreso y también el rector de la Universidad de Chile, que solo se reincorpora a partir de la nueva ley de 1992. Durante el régimen militar preside el jurado el ministro de Educación (que hoy se mantiene) y se establece la proposición de candidatos por instituciones de reconocida solvencia, tres o más personas agraciadas o las facultades universitarias pertinentes. Las propuestas se formularán en un informe documentado de méritos entregado en el Instituto de Chile.

Una nueva ley, la 18.541, dictada en agosto de 1986, con la firma del ministro de Educación Sergio Gaete, cambia la composición del jurado. Presidido por el ministro, se incorporan el presidente del Instituto de Chile, de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, representantes del Consejo de Rectores y decanos o ex decanos de las Facultades de Periodismo y Letras de las universidades pertinentes, eliminándose a los miembros del Colegio de Periodistas y de la Sociedad de Escritores.

Aunque este mayor control de la autoridad puede ser interpretado como una forma de excluir a los disidentes (el año anterior, en 1985, había sido premiado Hernán Millas, reconocido opositor al régimen militar), el cambio habría respondido, según un abogado del ministerio de Educación de la época, a la incorporación del concepto de libertad de afiliación a los colegios profesionales, establecido en la Constitución de 1980.

Otra modificación de la ley de 1986, vigente hasta hoy, elimina las diferentes menciones e incorpora la categoría de periodismo audiovisual, como reza el artículo 6 de la citada norma: «El Premio Nacional de Periodismo se otorgará cada dos años, en forma indivisible, al periodista chileno que se haya destacado por su aporte significativo al periodismo escrito o audiovisual, en cualquier medio de comunicación o de expresión periodística».

La ley dictada en 1992 bajo el gobierno de Patricio Aylwin y con Ricardo Lagos como ministro de Educación es la que rige actualmente. Se aumentan los premios nacionales a once, dividiendo las Ciencias en Exactas, Naturales y Aplicadas e incorporando las Artes de la Representación y Audiovisuales.

En la ley actual se elimina el informe documentado de méritos y los miembros del jurado se reducen a cinco: el ministro de Educación, el rector de la Universidad de Chile (que puede delegar), el último galardonado, un representante del Consejo de Rectores y el presidente del Instituto de Chile. Se incluyen también otras modificaciones como la asignación en casos calificados a dos o más personas cuando hayan constituido «un equipo de trabajo» de tal modo que sea injusto atribuirlo a uno solo por ser el trabajo «de mérito colectivo»; también, y en forma excepcional, «el galardón podrá ser otorgado a una persona extranjera de larga residencia en Chile» cuya obra signifique «un aporte de excelencia y relevancia» a la cultura nacional.

LA LECCIÓN DE 'LOS DE ENTONCES'

El punto anterior trae a la memoria el revuelo causado con motivo del nombramiento de Renzo Pecchenino, Lukas, como Premio Nacional de Periodismo 1981. ¿Puede alguien dudar de sus méritos? Sin embargo, algunos lo vetaron en virtud de su nacionalidad italiana, aunque el notable dibujante viviera desde los dos años y hasta su muerte en Chile. Luego de acaloradas discusiones y deliberaciones, Lukas recibió el premio y seis años después, obtuvo por gracia la nacionalidad chilena.

Esta galería de viejos maestros que los alumnos escogieron homenajear es un mosaico que refleja las grandes virtudes de nuestra profesión. Sus luchas, la forja de sus espíritus a punta de esfuerzo. «Como periodista aprendí mil veces más en los cerros, en la playa o en la calle, que en la redacción de los diarios o en una recepción oficial», confesaría el mismo Tito Mundt, quien en poco más de veinte años de profesión conoció cuarenta y dos naciones y dio doce veces la vuelta al mundo. Nervioso, intenso, con su cámara Leica al cuello, un cigarrillo colgado de los labios y permanentemente tecleando una vieja máquina Underwood, su vida fue un permanente vértigo: «El hecho mismo de buscar noticias en los escenarios más lejanos en los momentos mismos en que pasan las cosas, en que la tierra tiembla, arde el fuego y se quema una ciudad, cuando estalla una revolución o comienza

una guerra, le da a lo que tenga que contar más tarde un sabor de aventura y de cuadro fantástico».

Otro Premio Nacional, Joaquín Edwards Bello, sin duda uno de los prosistas más lúcidos del siglo XX, se vio a sí mismo como «un novio de la noticia». Para Edwards el público lector era como un niño que pide un cuento nuevo cada mañana. «(...)Se parece al sultán de *Las mil y una noches*, sentado a la vera de la sultana Schezade, todos los días, sin faltar uno solo, so pena de perder la vida».

Irreverente y cuestionador de los mitos criollos, este amante de Valparaíso vio siempre la escritura en función del pensamiento: «Para hacer de un país algo auténtico y no un reflejo, es preciso que alguien piense y que este pensamiento trascienda al cuerpo nacional: ¡Atrévanse, miren a su alrededor, observen, sean verdaderos guías del público! Nuestros lectores carecen de fe en su propio juicio, su conciencia de inferioridad les llama a aceptar solo juicios afuerinos».

Fue precisamente la ausencia de este 'juicio afuerino' lo que le valió la credibilidad e influencia política a un Luis Hernández Parker, que hacía recogerse la ciudad a mediodía para escuchar sus comentarios radiales: «HP lo dijo» puntualizaba alguien y se daba por hecho que era cierto.

¿Qué decir de la charla apasionante e histriónica de Rafael Maluenda, director de *El Mercurio*, escritor costumbrista, actor y hombre de teatro que, con su vozarrón distintivo, hacía de sus reuniones de pauta verdaderas tertulias? Compartió en 1954 el primer Premio Nacional de Periodismo (Redacción) con Luis Hernández Parker (Crónica) y Luis Aspee (Fotografía).

Como antecesora de tantas periodistas mujeres, vemos el *glamour* y la fuerza interior de Lenka Franulic, la primera grande de la prensa nacional que se abrió camino en un reducto de hombres, recorrió el mundo entrevistando y tuvo primicias con todos los Presidentes de Chile.

En años más recientes, aunque también desaparecido, vislumbramos el liderazgo de un René Silva Espejo, que luchó por la libertad de expresión y guió *El Mercurio* en años difíciles y cuyo ascendiente, basado sobre todo en su calidad intelectual, se unía a una personalidad sencilla y quitada de bulla.

¿Será posible olvidar la genialidad y sensibilidad de dos artistas del periodismo como Coke y Lukas? Jorge Délano (Coke) supo retratar con picardía y desparpajo a nuestra casta política; y Renzo Pechennino (Lukas),

también cronista gráfico del carácter nacional, dejó estampados en mil bocetos los contrastes surrealistas de Valparaíso.

¿Dónde está la fina y delicada prosa de Daniel de la Vega, que vio poesía en todos los acontecimientos de la vida? ¿Qué se hizo la vocación de servicio de un Alfredo Pacheco que dio todo por su región y su gente?

EL TESTIMONIO DE LOS VIVOS

Y luego están los que continúan con nosotros. Que han abierto caminos en distintas áreas del periodismo, innovando y situando a nuestra prensa a la altura de los tiempos. Pensemos en la labor editorial y el liderazgo de directores como Arturo Fontaine A., Emilio Filippi o Cristián Zegers; en la perceptiva prosa de un Guillermo Blanco y un Hernán Millas, que lucharon por la libertad de expresión a través de la ironía y del humor; en la entrega noticiosa de Fernando Díaz Palma y su arrojo cubriendo la gran catástrofe del Riñihuzo, cuando en mayo de 1960 el desborde del lago estuvo a punto de hacer desaparecer a la ciudad de Valdivia.

Ahí está el ojo avizor de un Juan Enrique Lira, editor gráfico cuyas fotografías de momentos históricos han recorrido el mundo. Vemos también al cronista literario y líder gremial Luis Sánchez Latorre, que se ha desdoblado en múltiples seudónimos para mirar la escena de las letras criollas; a su colega en *La Últimas Noticias*, Julio Martínez, el 'poeta del deporte'.

Eran tiempos en que jamás se miraba el reloj y poco importaba el dinero: «Teníamos el privilegio de trabajar en dos diarios por la paga de uno», ironiza Luis Sánchez Latorre, mientras Fernando Díaz Palma agrega sin queja alguna que esta paga correspondía a un sueldo vital —hoy llamado mínimo—, a todas luces insuficiente.

No olvidemos el aporte de las mujeres, que hoy son mayoría en el periodismo chileno: Raquel Correa, entrevistadora inquisitiva e independiente, que se ha enfrentado a los poderosos de poder a poder; el amor por la adrenalina de una editora como Pilar Vergara, capaz de estructurar con criterio una pauta amena y versátil en pocas horas. Por último, independiente del color político, es difícil permanecer indiferente a la lucha de Patricia Verdugo, quien ha vivido en carne propia, a través de la muerte de su padre, su denuncia de los atropellos a los derechos humanos.

Son los Premios Nacionales vivos, cuya trayectoria profesional ha merecido el elogio de sus contemporáneos.

Tecnologías más, tecnologías menos, la mayoría permanece en los medios; ahí están día a día persiguiendo la verdad para darla a conocer. Otros ya se han retirado, pero continúan escribiendo. Siguen vigentes, porque una vocación como esta solo se abandona una vez.

Todos ellos —y muchos otros— dejaron el alma en el

periodismo. Estaban seducidos por este oficio que hoy muchos confunden con las luces y el estrellato.

Para esos maestros queridos, valga este homenaje.

Jacqueline Hott D.
Consuelo Larraín A.

Agradecimientos

Rescatar el testimonio de estos grandes del periodismo chileno no habría sido posible sin la ayuda y colaboración de numerosas personas. Nuestra ya larga experiencia como profesoras universitarias en distintos centros de estudio, nos permite dar fe que la Universidad Finis Terrae es una de las pocas universidades privadas donde se fomenta la investigación en ciencias sociales. No solo la directora de su Escuela de Periodismo, Loreto Serrano, fue la inspiradora de la idea y luego entusiasta promotora, sino también las autoridades centrales de nuestra casa de estudios, representadas en su rector Pablo Baraona y secretario general, Roberto Guerrero, apoyaron durante dos años y medio la realización de este libro.

En los últimos cinco años nuestra escuela de Periodismo puede exhibir, con orgullo, una pequeña pero importante colección de textos, que incluye un *Manual de estilo*, el estudio de casos *Prensa y corrupción* y *Los secretos de la entrevista en Chile*, éste último también editado en conjunto con Aguilar.

Cuando iniciamos el proyecto, nos abrió sus puertas durante varios meses el Centro de Documentación de la empresa *El Mercurio* —desde luego, de los autores escogidos la mayoría ha pasado por las salas de prensa de uno o varios de sus diarios— para que nuestro asistente Andrés Arcuch investigase en este completísimo centro, además de facilitarnos varios retratos. Queremos agradecerle especialmente a su editor, don Guillermo Canales, quien archiva en su prodigiosa memoria importantes datos, como los que nos permitieron seguirle la pista, por ejemplo, a René Silva Espejo, ex director del matutino cuya vida familiar permanecía en una completa nebulosa. Todo un trabajo detectivesco que nos llevó a contactar a su amigo y ex secretario Ramiro de la Vega, hijo de otro ilustre Premio Nacional —Daniel—, y a su encantadora nieta, Cecilia Lewis Silva.

Mención aparte merece el apoyo del archivo de *Copesa*, que a través del director de *Qué Pasa*, Óscar Mertz, y la directora de Documentación, María Soledad

de la Cerda, puso a nuestra disposición un disco compacto con cerca de doscientas fotografías de personajes, además de ofrecernos el acceso libre a su Centro de Documentación. Para ellos, un reconocimiento especial. Como también para el Centro de Investigación y Documentación en Historia Contemporánea de nuestra Universidad, y a su directora, Patricia Arancibia, que nos facilitó indispensable material de referencia. La Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, a través del Archivo del escritor y Referencias críticas, fue un apoyo importante. En la biblioteca del Colegio de Periodistas encontramos asimismo interesante material de bibliografía.

En las investigaciones todos son hilos que se tiran de una misma madeja. La visita de una de nosotras al coloquio *El arte en la información*, organizado por la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Concepción, dirigida por Mario Urzúa, significó el rescate de un amistoso personaje: el sureño Alfredo Pacheco Barrera, alias Quintín Quintas, a quien los jóvenes que estudiaron su vida llegaron a querer entrañablemente. Andrés y Paula viajaron llenos de entusiasmo a la capital del Bío-bío a conocer una forma diferente de practicar el periodismo: la de las regiones.

Anécdotas hay muchas, pero no podemos dejar de destacar la paciencia de los biografiados que aún viven, quienes debieron someterse a persistentes interrogatorios, algunos muy exhaustivos —cuando no majaderos—, para que los alumnos pudieran reconstruir escenas de sus vidas con detalles. Guillermo Blanco, por ejemplo, como buen maestro no solo contestaba todas las preguntas, sino que además se detenía cuando se paraba la grabadora para que su nóvel entrevistadora alcanzara a cambiar la cinta y no se sintiera urgida. También excelente disposición tuvieron Raquel Correa, Patricia Verdugo, Pilar Vergara, Arturo Fontaine, Cristián Zegers, Hernán Millas, Juan Enrique Lira, Fernando Díaz Palma, y Luis Sánchez Latorre, entre otros.

Varios revisaron sus propias biografías con el fin de corregir errores y falsas percepciones, un asunto de sensibilidades

que solamente ellos podían detectar. De paso se enteraron, además, que los jóvenes andaban haciendo averiguaciones por ahí con familiares y amigos. Entre los parientes de los homenajeados, especial disposición tuvo la viuda de Luis Hernández Parker, María Inés Solimano, interesada en rescatar la figura de su marido para las nuevas generaciones; Lucy y Bárbara Mundt, hermana y única hija del célebre Tito; y varios descendientes y/o señoras de célebres periodistas, como la familia de Emilio Filippi, la de Fernando Díaz Palma, Alfredo Pacheco (especialmente su viuda, Paulina Gallardo) y Adriana Délano de Villaseca, hija del fascinante Coke.

Incluso, a veces, algunos de nuestros entrevistados debieron recibir el asedio de dos o tres alumnos diferentes. Tal fue el caso de la violinista Dobrila Franulic, hermana de Lenka, que aun cuando, según confesó, todos los años la aborda algún periodista en su departamento del centro, acogió con mucha simpatía a María de los Angeles Avilés y luego le contó a Andrés Vaccaro desconocidos entretelones de la infancia de la legendaria Lenka.

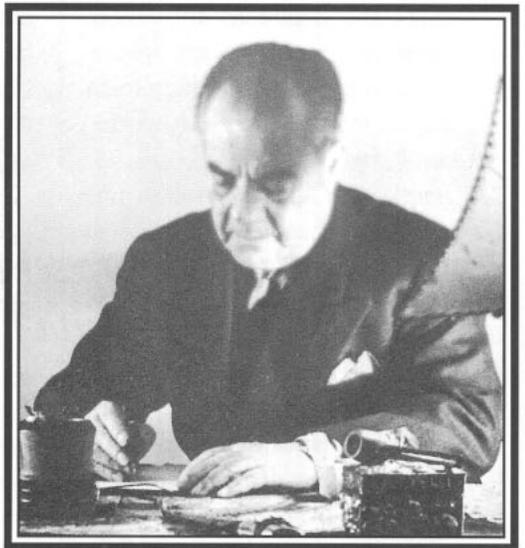
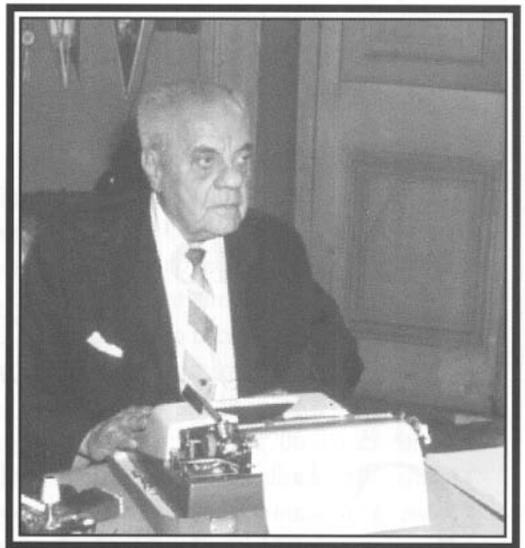
Aunque tuvimos especial cuidado en chequear datos, fechas, nombres, es posible que se nos haya deslizado algún error. Cuando se trata de veintidós vidas y sus múltiples circunstancias, que a su vez han sido abordadas por numerosos jóvenes aprendices, se hace casi imposible tener el control de cada uno de los datos entregados. De hecho esta fue una tarea titánica: a veces, de madrugada nuestro inconsciente nos despertaba avisándonos que un

dato no calzaba y corríamos al computador o anotábamos en una servilleta la duda para chequearla al día siguiente. Con espíritu clásico, debemos decir humildemente: «*Errare humanum est*».

Entre los amigos y conocedores de la obra de los homenajeados, queremos agradecer en especial al maestro de generaciones de periodistas y mayor especialista en la obra de Joaquín Edwards Bello, Alfonso Calderón; al ex decano de Letras de la Universidad Católica y ex director de revista *Qué Pasa*, Jaime Martínez Williams; al director del diario *El Sur* de Concepción y antiguo compañero de labores de Alfredo Pacheco, Ricardo Hepp.

Y entre quienes revisaron los textos, un agradecimiento especial para el profesor de legislación periodística, Tomás Mac Hale, quien realizó varias precisiones a las normas referentes al Premio y a los ministros de la época; y a nuestra directora de estudios, Carolina García Huidobro.

Quisiéramos nombrarlos a todos —en especial a nuestras familias y su infinita paciencia—, pero sin duda se nos quedan muchos agradecimientos en el tintero: han sido más de dos años de trabajo y la memoria es frágil. Lo importante es que cada uno de los biografiados vivos o familiares de figuras de nuestro periodismo sabe cuán abierto fue su concurso con los jóvenes; y cada uno de los alumnos que intervinieron en este proyecto podrá aquilatar algún día el aprendizaje de vida y pasión por el oficio que adquirió en esas largas horas de investigación.



RAFAEL MALUENDA

Rafael Maluenda (1954):

CRONISTA DEL ALMA CRIOLLA

Con La Posada del Corregidor como escenario, la familia Maluenda Labarca celebraba el onomástico del padre de don Aarón, abuelo de nuestro Rafael, una calurosa tarde del 18 de marzo de 1885. Al fondo, un paraje campesino, rodeado de alamedas, sauces llorones y caminos polvorientos. Entre copas de vino y manjares de la época, de improviso el vientre de doña Mariana, que ya mostraba los nueve meses de espera, avisó el nacimiento de su segundo hijo...

La llegada del pequeño interrumpió la celebración familiar, de seguro amenizada por el rasguear de las guitarras. Así, llamando la atención, como lo haría después a través de la vida con sus dotes histriónicas, fuerte vozarrón y sonoras carcajadas, vino al mundo el robusto niño que los Maluenda Labarca llamarían Rafael.

toda mujer de esa época, se dedicaba a las labores domésticas y a la crianza de sus hijos.

La pareja vivía con sus padres en La Posada del Corregidor, hoy Patrimonio Nacional y entonces tradicional casona algo alejada del centro de Santiago. Durante sus seis primeros años de vida, el acontecer del pequeño Rafael se limitaría a su domicilio. Junto a su madre y trece hermanos, jugaba y aprendía las primeras lecciones, 'bases de la vida', como las definiría después. Doña Mariana le enseñó a leer, a escribir y las cuatro operaciones matemáticas. Su entorno despertó sus sentidos a la naturaleza.

Fiel seguidor y obediente de la jerárquica doctrina militar, Aarón Maluenda era ayudante del general Del Canto, acérrimo defensor del presidencialismo y del entonces mandatario José Manuel Balmaceda. El país



Caricatura de Coke sobre el ex director de El Mercurio, un liberal por incredulidad.

ción Política del Estado, promulgada por Diego Portales, promovió la libertad de expresión, excluyendo la censura previa. Eso permitió el desarrollo de la prensa capitalina y de provincia, a través de varios medios como *El Ferrocarril*, *El Mercurio de Valparaíso*, *El Araucano*, *La Censura* y varios otros. Sin embargo, el Presidente Balmaceda efectuó una sistemática persecución en contra de estos, lo que llevó al surgimiento de la prensa clandestina, en folletines co-

«Papá, quiero ser escritor. Es la profesión más barata; solo se necesita un block, una pluma y un tintero».

Por esos años el coronel Aarón Maluenda Araos desarrollaba una ascendente carrera militar luego de su participación en la Guerra del Pacífico. Allí comenzó como subteniente hasta llegar a coronel tras triunfar en once batallas del combate contra Perú. Doña Mariana Labarca, como

estaba *ad portas* de la cruenta Guerra Civil de 1891. El conflicto entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo desencadenaría la lucha entre la Armada y el Ejército y, como consecuencia, Balmaceda sería derrocado.

El periodismo nacional vivía una noche oscura. En 1833, la Constitu-

mo *El Constitucional*, *La Revolución*, *El Heraldo* y *El Congreso*.

Rafael, siguiendo las huellas paternas, se sentirá identificado con la tradición republicana y el liberalismo hasta el final de sus días. «Soy liberal por escepticismo, no por convicción doctrinaria. El liberalismo

está equidistante de todos los credos. Está edificado sobre la conciencia de la libertad. Mi familia y su tradición, por supuesto que influyen».¹

Ese año 1891, año de enfrentamientos, Rafael Maluenda salió de su casa, entre los árboles y el maicillo y fue por primera vez a una escuela pública. Y de ahí, sus padres lo trasladaron al Seminario Santo Domingo. Solo duró seis meses: la extrema religiosidad y el régimen estricto terminaron por aburrirlos. Por decisión de sus padres, Maluenda se integró en tercera preparatoria al Instituto Nacional, principal semillero intelectual del país. En ese recinto culminó sus humanidades.

AÑOS DE FORMACIÓN

A los dieciocho años, en el último curso del Instituto Nacional, Rafael Maluenda fundó la revista *El Deber*. Maluenda era su director y junto a sus compañeros revisaba las noticias más importantes del país y del colegio. Exponían los calendarios de pruebas y actividades «institutas», y daban también su opinión acerca del acontecer escolar.

Cuando se recibió de bachiller, en 1904, ya afloraban sus dotes con la pluma. Ese mismo año se inició en el periodismo profesional colaborando como redactor de cables en el diario *La Ley*. Ahí publicó su primer artículo crítico sobre *Subterra*, de Baldomero Lillo. Realizó la misma tarea en *El Ferrocarril*, periódico de ideas liberales en el que escribía un grupo de parlamentarios de la época. Fundado en

1855, se mantuvo en circulación durante cincuenta y seis años y fue el segundo medio de más relevancia en el siglo XIX, después de *El Mercurio de Valparaíso*.²

Doña Mariana, en tanto, veía en su hijo a un profesional —médico, abogado, ingeniero—, no a un periodista o escritor, oficio que percibía inestable. Fue así como Rafael, en 1905, decidió ingresar a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile, donde duró solo un año. Un buen día entabló una conversación de hombre

a hombre con su padre —la madre había fallecido dos meses antes—. Le explicó que su deseo no era ser arquitecto, sino escritor. «Es la carrera más barata», argumentó. «Papá, para ser escritor solo necesito un block, una pluma y un tintero».³

Don Aarón aceptó su voluntad y ese mismo año 1906, en *El Ateneo*, Rafael Maluenda inició su actividad literaria leyendo el cuento *El rodeo*. Paralelamente, en esos años de gran efervescencia se había creado la Universidad Popular y Maluenda colaboró en la escuela nocturna como profesor de Ciencias Naturales. El establecimiento fue un puente entre los intelectuales y los obreros de la época. Comenzaron a circular conceptos nuevos como «socialismo, sindicatos, colectivismo, libre pensamiento, sociedades de resistencia, educación mutua y libre».

Rafael era un romántico, fiel seguidor de Julio Verne, cuyas obras devoró. Su generación era de lectores colosales. «Absorbíamos toda la literatura española y francesa. También los novelistas rusos, hasta Gorki. Pero mi maestro por excelencia fue el californiano Bret Harte».⁴

Como los jóvenes de la época, vestía sombrero de terciopelo y una corbata de rosa grande, con colgajos, de aquellas denominadas «la chorre-rra». Aunque no se crea que este hombre era un intelectual pálido y bohemio. A los veinte años fue campeón de boxeo de Chile en peso ligero al vencer por *nocaut* técnico a un oficial de policía. «Era gualetero», diría, refiriéndose al estilo de su rival.

En 1906 apareció en la revista *Chile Ilustrado* su primer cuento, *Rebelión* que, con ligeras variantes, cambiaría de nombre a *Ño Pancho*, uno de sus más famosos relatos. Con ese texto, que plantea la reacción de un



Nada de «atorrante», a pesar de su seudónimo, a la usanza de los reporteros de la época.

campesino contra la maquinaria agrícola, Rafael Maluenda debutaba como escritor.

Ese año Chile era un país dividido, con una clase dirigente que olvida al mundo rural, el cual emigra en masa a la ciudad, colmando poblaciones callampas y *ciés*. Aumentarán el analfabetismo y la marginalidad. Hay cohecho en las elecciones y la aristocracia presiona al campesinado a votar por su candidato, círculo vicioso que durará casi tres décadas. De este panorama se percata el joven Rafael Maluenda y lo expresa en su primer cuento publicado, señal de una honda inquietud por la cuestión campesina y social. Este será el *leit motiv* de sus obras.

La popularidad de *Ño Pancho* convierte a Maluenda en un autor conocido. Deja su cargo de redactor de cables en *La Ley* y *El Ferrocarril* y es tentado para trabajar como colaborador de *El Diario Ilustrado*, de tendencia conservadora y del cual llegó a ser secretario de redacción. Como cronista de ese periódico, Maluenda conoció a Ciriaco

Contreras, famoso bandido rural que se regeneró y vivió sus últimos años en paz como un burgués empleado de ferrocarriles. Maluenda lo visitó varias veces y, creyendo útil para sus futuras creaciones los recuerdos de Contreras, tomaba notas de sus confidencias (de esa experiencia escribiría en 1961 la novela *Historias de bandidos*).

El talento de Rafael ya se hacía notar. En 1910 su relato *Escenas de la vida campesina* ganó un concurso organizado por el gobierno con motivo del centenario de la Independencia. El premio eran cinco mil pesos, todo un dineral para entonces. También recibió el segundo premio en comedia. Fueron las primeras de muchas distinciones en su carrera: «He sacado más premios que pelos me quedan en la cabeza», recordaría.

Pero, además del dinero —el pago se lo hicieron en letras—, el cuento obtuvo otro galardón: Gonzalo Montt, director de la imprenta, le anunció que su relato sería publicado. Eso fue

lo único que recibió: al ir a cobrar el dinero la imprenta había cerrado. No obtuvo ni un peso, pero su libro, reflejo de la indigna vida de la gente del campo, recorrió los salones de Santiago.

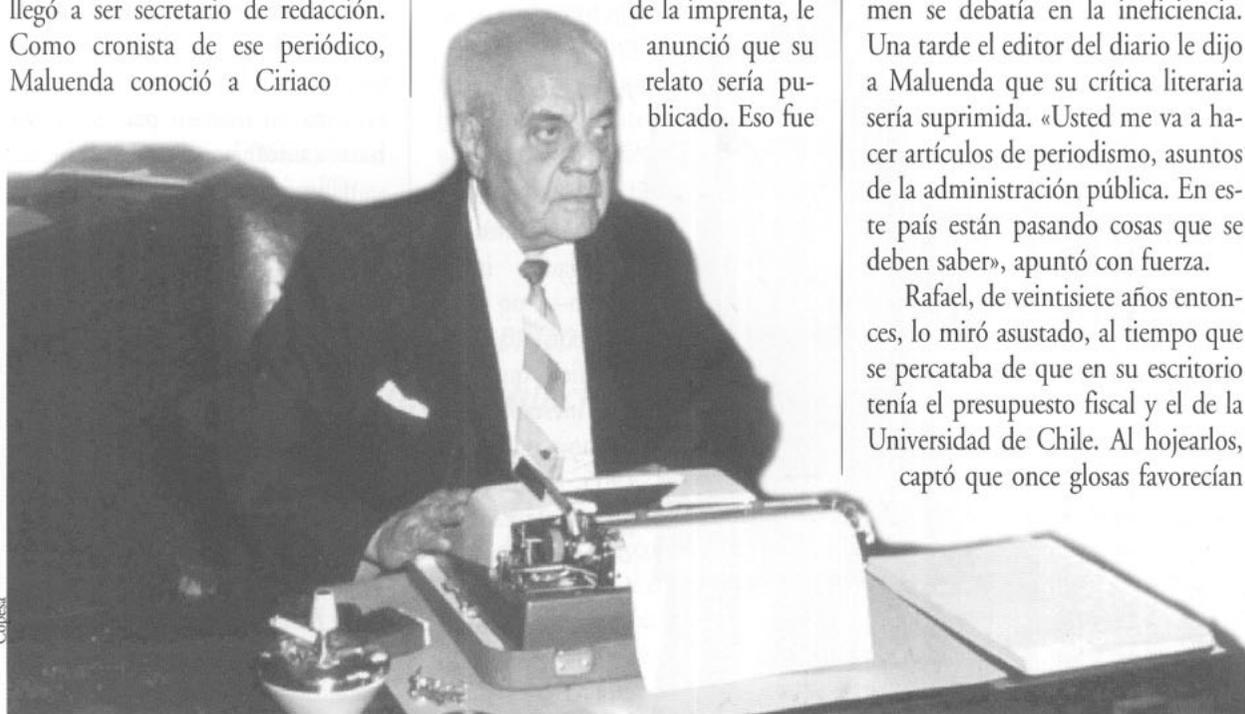
Dos años después, su prestigio de escritor se vio aún más robustecido con su obra *Los ciegos*, conjunto de cuentos donde hace una clara alusión a la clase dirigente y a sus ojos vendados para no ver más allá de sus narices.

LA VERDAD ANTE TODO

En 1912, cuando aún escribía críticas literarias para *El Diario Ilustrado*, su primer golpe periodístico lo llevó a perder el único empleo fiscal de su vida: secretario de facultades de la Universidad de Chile, con un sueldo mensual de 83.33 pesos (58.515 pesos en moneda del 2000).

El país ya llevaba más de veinte años de parlamentarismo y el régimen se debatía en la ineficiencia. Una tarde el editor del diario le dijo a Maluenda que su crítica literaria sería suprimida. «Usted me va a hacer artículos de periodismo, asuntos de la administración pública. En este país están pasando cosas que se deben saber», apuntó con fuerza.

Rafael, de veintisiete años entonces, lo miró asustado, al tiempo que se percataba de que en su escritorio tenía el presupuesto fiscal y el de la Universidad de Chile. Al hojearlos, captó que once glosas favorecían



«Cuando tenía el cigarrillo encendido y le había dado un par de chupadas, tomaba la hoja y la colocaba en la máquina. Usaba un papel muy especial, muy ancho y que cortaban solo para él».

al rector. Además, el subsecretario de instrucción usufructuaba de quince empleos diferentes. Su conocimiento de las actividades universitarias le permitió a Maluenda notar el fraude.

Obedeciendo a su editor, denunció el hecho por la prensa. El artículo

para charlas, discursos y conferencias. Tanta popularidad, sin embargo, llegó a un brusco final el día que, frente a un numeroso público, leyó *La Pachacha*, novela corta que Fernando Alegría calificaría como «una sátira maestra».

Con esta obra, Maluenda demostró que a la literatura se le puede pedir que sea testimonio del ambiente, transformándose así en un documento histórico. Llenos de matices, sus cuentos muestran la vida sin disfraces. Y cuando la disfraz es

El tema campesino y la cuestión social serán el leit motiv de este literato y periodista, que fue boxeador en sus años mozos, jefe de campaña de Arturo Alessandri y luego director de El Mercurio

titulado El acaparamiento de los empleos públicos provocó un escándalo total. A la mañana siguiente, Maluenda estaba destituido.

La valentía del joven tuvo su recompensa: solo horas después, el propietario de *El Diario Ilustrado*, Joaquín Echeñique, lo contrató como redactor de planta, con quinientos pesos mensuales (351.105 pesos en moneda del 2000)⁵. La primera orden: «Que siga pegando».

VIAJES AL SUR, *LA PACHACHA* Y EL RUGIDO DEL LEÓN

Su amor por la vida campesina lo llevó a trasladarse a la zona centro-sur del país. Una mañana de junio, en 1914, tomó el tren y se detuvo en Chillán, donde se radicó; quería alejarse de la capital.

En esos años el analfabetismo sobrepasaba el cincuenta por ciento de la población. Con el afán de educar a los chillanejos, fundó en 1914 el diario *El Día*. En poco tiempo Maluenda ganó gran prestigio en la provincia. Su enorme cultura y dotes de orador —estudió declamación en el Conservatorio de Santiago— pronto lo hicieron solicitado

La acción se desarrolla en un gallinero donde las aves practican un indisimulado arribismo; a los pocos minutos, los asistentes comenzaron a identificar a personas de carne y hueso —muchas de ellas presentes— con la discriminada *Pachacha*, las copetudas *Plymouth* y el aristocrático *Leghorn*.

Maluenda no pudo terminar la lectura. La polémica fue enorme; la afrenta, imperdonable. Ante tanto revuelo, el autor respondió: «Si escribiendo sobre animales aquí se me da por aludida la gente, tendré que escribir sobre la gente para que se den por aludidos los animales».

porque aspira a que la sintamos mejor, como en *La Pachacha*.

1917 es el año en que el Grupo de los diez, presidido por Pedro Prado, le edita *Venidos a menos*. Escrito en 1914, el relato pretende captar las pequeñas tragedias de la vida cotidiana de la clase media. El autor explica: «El campo del criollismo es muy reducido. Dentro de mí usted verá siempre una tendencia a producir algo universal de lo particular. El personaje es lo primero en un cuento. Trae por sí solo la intriga y el ambiente. El paisaje es, para mí, un estado del alma. Un buen cuento cuesta más que una novela. La novela es

«El periodista es una especie de Proteo, a quien ha de verse zigzagueando entre los acontecimientos de la sociedad que le ha producido, para presentarlos a su cliente, a su insaciable clientela siempre renovada. El periodista debe cambiar a menudo de estilo, porque el ritmo acompasado e impersonal de los editoriales no es el mismo que se le exige a la nota ligera. En esta última caben observaciones incisivas, nerviosas, personales. En una, la individualidad del autor queda oculta bajo el anónimo. En la otra puede verse actuar, vivo, dinámico hasta en sus más pequeñas gesticulaciones».

una serie de cuentos con una idea común. En un cuento logrado está la esencia de toda una novela». ⁶

Por esos años un hecho vino a darle un giro profesional y político a la vida de Rafael Maluenda. En 1919 tuvo el primer contacto con quien sería uno de sus máximos líderes: Arturo Alessandri Palma.

Con 3.750.000 habitantes, hacia 1920 el cuarenta y seis por ciento de la población de Chile era urbana. El país vivía un clima de agitación política donde las clases medias y bajas ya no soportaban el seudoparlamentarismo. Surge la figura de Arturo Alessandri, diputado por Linares y senador por Tarapacá, quien se transformó, según sus propios discursos, en «el redentor de las clases marginadas». Su capacidad oratoria, jamás vista en la política chilena, y su popularidad, lo llevaron por un camino lógico: la candidatura presidencial de 1920.

Rafael Maluenda había vuelto a Santiago y escribía para *Zig Zag* y *Sucesos*. Un día, a través del teléfono escuchó a Arturo Alessandri. Sabedor del pensamiento político liberal de Maluenda, preguntó por el otro lado de la línea:

—¿Cómo está usted, don Rafael, para hacer una locura?

—Bien entrenado, don Arturo. ¿De qué locura se trata?

—De mi candidatura presidencial, pues. Necesito su apoyo.

—Cuadrado, don Arturo —respondió Maluenda, viendo en Alessandri el cambio que el país necesitaba.

Cuando llegó el momento de la batalla electoral, la candidatura de Alessandri arrendó una página en *El Mercurio*. Todos en el diario pensaron que se trataría de un simple aviso, pero la astucia y creatividad de Rafael



Periodista y escritor de estilo costumbrista, Rafael Maluenda retrató en sus sátiras el carácter chileno.

Maluenda y su equipo no tuvieron límites: imitando el diagrama de la tercera página del matutino, confeccionaron otra con editorial, noticias y artículos de opinión. El efecto fue notable y, obviamente, no les gustó nada a los adversarios de la Unión Nacional. Inmediatamente Joaquín Díaz Garcés, miembro de la candidatura de su contendor Luis Barros Borgoño, escribió un editorial llamado «Alessandri NO». La lucha era sin cuartel; Maluenda respondió al día siguiente con un «Alessandri Sí».

Aunque finalmente les quitaron la página, fue todo un triunfo. Rafael Maluenda señaló que «éramos casi la extrema izquierda de entonces. Se iba contra lo organizado en lo económico, social y cultural, claramente establecido por grupos dirigentes, frente a las aspiraciones de la clase media contra la oligarquía. Reclamábamos las posiciones que nos correspondían. En aquella época se heredaba todo, incluyendo las dipu-

taciones y las senaturías. Pero no buscábamos el desplome social, sino la evolución». ⁷

Realizadas las elecciones el 25 de junio, en un ambiente de exaltación en el que las masas alessandristas dominaron las calles por medio de las «ligas contra el cohecho», los resultados fueron tan dudosos que el país pareció dividido por un abismo de odios. Después de una serie de entretelones, un Tribunal de Honor declaró 'en conciencia' con el mejor derecho a Alessandri Palma y el Congreso Pleno lo proclamó Presidente de la República.

El triunfo de Alessandri cambiaría el sistema de gobierno imperante, con una preocupación especial de la Alianza Liberal por las reformas sociales; y Rafael Maluenda obtendría así una gran victoria en la política. Aunque el triunfo mayor será en su vida periodística.

EL LLAMADO DE DON AGUSTÍN

El estilo periodístico empleado por Rafael Maluenda como encargado de prensa de la candidatura de Alessandri, cautivó a Agustín Edwards Mac Clure, dueño de *El Mercurio*. «Necesito que contrate de inmediato a Rafael Maluenda en la planta del diario», le ordenó desde Londres a un subalterno.

El escritor se desempeñará como redactor de *El Mercurio* desde el año 1921. Contrario a lo que pudiera pensarse, en el diario no siguió el camino de la política, sino que fue el periodismo y la literatura lo que lo cautivaron. Además de los artículos de redacción, en *El Mercurio* escribió breves ensayos, cuentos y críticas literarias.

Durante el lapso de turbulencias que caracterizó el período conocido como Anarquía (1925-1930), Rafael Maluenda tuvo la oportunidad de viajar por el mundo como corresponsal de *El Mercurio*. Conoció Europa, el Medio Oriente y prácticamente todos los países de Latinoamérica. En un viaje a Perú escribió *Armiño negro*, novela sobre la sociedad limeña que le despertó una singular admiración por sus contrastes.

La pasión por el tema rural lo llevó a publicar en 1937 la novela *Colmena urbana*, donde narra la vida de los campesinos en la ciudad, reflejando la transformación social que el país había experimentado desde comienzos de la década del treinta. Son los tiempos de la inmigración a la ciudad y los problemas económicos a raíz de la Depresión mundial de 1930.

Acerca de su doble función de periodista y escritor, Maluenda siempre se defendió. «Es mentira que hacer periodismo significa morir para la literatura. Unas veces el periodista en mí está al servicio del novelista, otras veces la cuestión es a la inversa».⁸

Poco a poco el país resurgía. Restablecido el orden político con el segundo gobierno de Alessandri Palma (1932-1938), Rafael Maluenda

seguirá trabajando para *El Mercurio* hasta transformarse en el primer redactor.

Sus compañeros lo recuerdan: «Encendía el cigarrillo, lo ponía al borde de la mesa y se olvidaba de él. Aquella mesa que ocupó como redactor quedó llena de marcas de quemaduras de los cigarros olvidados que pronto había que retirar para dejarlos caer en un cenicero de resortes que también le acompañaba. Cuando tenía el cigarrillo encendido y le había dado un par de chupadas, tomaba el papel y lo colocaba en la máquina. Usaba un papel muy especial, muy ancho, que cortaban solo para él».

«Escribía siempre en líneas muy juntas, a un solo espacio. Esto, ya que trataba de tener siempre a la vista todo lo que tenía escrito. Era perfectamente capaz de redactar en medio del bullicio de las

conversaciones. Cuando estaba componiendo, en silencio,

pronunciaba las palabras que hacía uso en el escrito. Si quería corregir, borraba cuidadosamente la palabra entera y luego escribía encima. Si las correcciones eran de las que se producen cuando el escrito ya está logrado, sacaba la palabra nueva al margen, encerrada en un óvalo como un globo que se levanta retenido por un hilo».⁹

TIEMPOS DE RECOMPENSAS

Un día de junio de 1946, Rafael Maluenda se encontraba redactando las noticias de la jornada cuando fue llamado a reemplazar al subdirector Armando Donoso, también literato. Donoso había enfermado y Maluenda debía asumir su puesto durante un tiempo. Fue la prueba que necesitaba: su impecable gestión hizo que el directorio decidiera que era la persona indicada para ocupar



El Mercurio

La insolente pluma de Maluenda: «Si escribiendo sobre animales aquí se me da por aludida la gente, tendré que hacerlo sobre la gente para que se den por aludidos los animales».



René Silva Espejo, su sucesor en *El Mercurio*, le da el pésame a la familia en el funeral de Maluenda, quien ocupó el alto cargo durante ocho años.

la vacante dejada por Clemente Díaz León en la dirección de *El Mercurio*. Rafael Maluenda se convertía así en uno de los hombres más influyentes de la prensa nacional.

En su momento, se cuestionó la designación. El pensamiento liberal del nuevo director no concordaba con la conservadora línea editorial del diario. No obstante, y debido a la soterrada pugna política en el país, pensaron que con él a la cabeza *El Mercurio* trazaba una línea más centrista.

Apenas tomó el control, Rafael Maluenda llevó al periódico por un camino que ha sido calificado de estabilidad y bonanza, consolidándolo como la principal fuerza informativa del país. Su cargo le permitió relacionarse con atrayentes personalidades de Chile y el mundo. Pero tener este puesto, según reconoció, a veces le molestaba: «Si veo aquí que hay un lindo parque y de puro gusto me quiero dar una vuelta de carnero, me tengo que frenar. Como director de *El Mercurio* vivo en una vitrina constante».¹⁰

Como parte de una lucha permanente por modernizar el diario, viajó a Estados Unidos y Europa.

Junto a Agustín Edwards fue en busca de los últimos avances tecnológicos. Así conoció el trabajo de la BBC de Londres, de la cual se sentirá un profundo admirador.

Pero a Rafael Maluenda su tierra lo tiraba. «Siempre buscó una excusa para regresar antes de lo planificado. Que el hotel no era bueno o que el avión adelantó su vuelo», recuerda Raúl Silva Castro.¹¹ En realidad lo que le agradaba era seguir la vida cotidiana de su país, con sus incidentes protagonizados por hombres cuya psicología conocía al revés y al derecho. Como novelista los había observado vivir y como periodista más de alguna vez hubo de juzgar sus palabras, sus actos y sus declaraciones. En cambio a Nueva York, ciudad que visitó varias veces, la catalogó como «repugnante centro del mundo, donde solo existen dos actividades... comprar y vender».

Su cargo en la dirección de *El Mercurio* no mitigó su interés por escribir notas periodísticas. Redactaba pequeños artículos sobre diversos temas y, a veces, pedía las pruebas para corregirlos. Con un diccionario de la Real Academia de la Lengua siem-

pre a la mano, solía consultar alguna voz dudosa. Sin embargo, prefería la lengua viva, la de la plaza pública, sin hacer asco a los chilenismos.

Pasados ocho años en el máximo cargo de *El Mercurio*, Maluenda recibe una de las gratificaciones más grandes, sino la más, que el periodismo le podría otorgar. Un jurado de trece integrantes, el 9 de noviembre de 1954 lo designa Premio Nacional de Periodismo en la categoría de Redacción. Recién creado el galardón, fue Rafael Maluenda el primero en ser homenajeado.

Alone, no sin cierto resquemor, comenta: «(...) Él lo quería sin disimulo. Porque obtener el premio nada significa, pero no recibirlo resulta incómodo. Maluenda pagó ahí la facilidad de su éxito y el poderío que conquistó. Votar por él causaba ante el público el efecto de una adulación. Préndez (miembro del jurado) lo hizo contra la mayoría y lo fastidiaron bastante. A veces perjudica a los escritores cierta elevación: lo que el destino les da por un lado, se los quita por el otro, aunque tarde o temprano, con o sin gloria, a todos les aguarda el mismo despojo».¹²

Un año después se incorporó a la Academia Chilena de la Lengua. En su discurso, Maluenda desarrolló la tesis de que el periodismo es perfectamente compatible con la literatura:

«Me incorporo a esta Academia sintiéndome igualmente honrado en estos dos aspectos de mi vida intelectual (periodista y literato). El hecho de que las técnicas del periodismo sean sustancialmente diversas de las técnicas que presiden las creaciones novelescas, ha hecho presumir a muchos críticos que estas dos actividades del espíritu son incompatibles y contradictorias. Y hasta excluyentes para coexistir —sin fatal

desmedro de la una o de la otra— en un mismo escritor».

«De aquí que, cuando las producciones de un literato no corren parejas con la fecundidad de sus tareas como periodista, la crítica se incline a sugerir que los afanes diarísticos han malogrado la obra del novelista. Lo cierto es que la hoja periodística parece con el día en que vio la luz y que las colecciones de diarios semejan abreviados cementerios en los cuales las páginas impresas adquieren con el tiempo hasta el color de los sudarios. Pero la vida persiste en ellos galvanizada».

«Y miles de libros de profundo y palpitante contenido, se han formado nutriéndose de esos artículos de prensa, de esas entrevistas que captaron el pensamiento de personalidades señeras, de esas crónicas volanderas que recogieron los conflictos creados por las pasiones humanas».¹³

Tal vez porque el tiempo no le alcanzaba para explotar su talento literario, era en su columna *Día a día* donde Maluenda se daba el gusto de escribir y opinar. Allí, en ocasiones desarrollaba duros comentarios de la situación política del país.

El 20 de mayo de 1958 escribió sobre los micropartidos y su influencia: «En países donde predominan solo dos o tres grandes corrientes políticas, el sistema se torna sencillo y no da lugar a embrollos para el elector(...)», apuntó. Y prosiguió refiriéndose a los veinte o más partidos 'minúsculos'. «(...)No se caracterizan por una concepción, una doctrina, un programa de bien público que los diferencie de los demás, cuando emergen a la vida pública se dan nombres que en nada señalan cuáles son sus puntos de vista. Algunos agregan un adjetivo al nombre de la colectividad partida-

ria. Ello proviene de que esos grupos solo representan a don Fulano, don Zutano o don Mengano».¹⁴ Firmaba solo con una *M*.

En 1961, a los setenta y seis años y siendo aún director del *El Mercurio*, Rafael Maluenda publica su última obra, *Historias de bandidos*, recopilación que el escritor realizó siendo redactor de *El Diario Ilustrado*.

Dos años después, el 4 de septiembre de 1963, a los setenta y ocho años Rafael Maluenda Labarca muere a raíz de una complicación tras ser operado de la vesícula biliar. Su fallecimiento provocó consternación en los más diversos sectores del país.

Culminó así la vida y la historia de uno de los más importantes periodistas chilenos. «Ese que tenía la claridad de mente del que ha conocido a fondo la vida», señaló Agustín E. Edwards. Y René Silva Espejo añadió: «Muere el formador y conductor de la prensa».

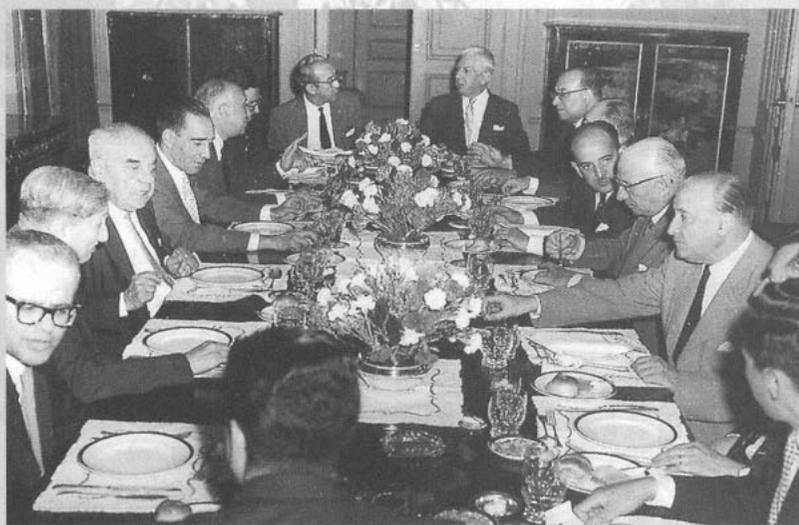
UN HOMBRE QUE AMÓ VIVIR

Quienes conocieron a Rafael Maluenda Labarca destacan su exube-

rancia vital, su voz potente y bien timbrada. «Narrador oral formidable, eso sí», anota Filebo en una crónica de septiembre de 1989. «Y bamboleándose un poco por los laberintos del segundo piso de *El Mercurio*. (...) Era de la estirpe de los que, al conversar, golpean con el puño el pecho del interlocutor. O lo empujan».

Fue un excelente conversador. Un conversador de sobremesa que contaba historias con una imperturbable sonrisa de complacencia. Le gustaba ponerse en ridículo, como víctima de todo tipo de percances: que en alguna de sus frecuentes excursiones los tiros se habían mojado; que los anzuelos no tenían filo; que los zancudos le habían obligado a dejar la orilla del río desde donde podía ver hormiguar a los peces... En fin, todo lo que le ocurría le servía para hacer mofa de la situación. Era un hombre carente de solemnidad o de empaquetamiento.

Amaba la pesca: «Es una de las actividades más ligadas a un escritor. Es un deporte de imaginación pura. Uno no ve nada, se adivina lo que está pasando. Hay que ser un poco



Aquí en un almuerzo —el tercero de izquierda a derecha— con Daniel de la Vega, José María Navasal y otros redactores de la época.

pescado para saber cómo miran y reaccionan. Son detalles que apasionan»,¹⁵ diría.

Evocaba su jardín con ternura: «Ah, mis rosas, ¡tan lindas que son! Viera como las cuido, por Dios».

Rafael Maluenda fue un hombre madrugador. Se levantaba a las siete de la mañana, revisaba los diarios y se dirigía al trabajo. Generalmente era el primero en llegar. Mientras fue director, por la mañana presidía la reunión de pauta, escribía su sección Día a día y escuchaba consultas. A la una y media almorzaba. Luego echaba la que llamaba su 'mondonga', la siesta que le servía para recargar las baterías, para luego volver al diario.

Alone lo recuerda con agudeza: «Uno de los placeres que me dio *El Mercurio* fue charlar con Rafael Maluenda. O más bien, asistir a sus

charlas. Porque, gran hombre de teatro, autor y actor, capaz de disfrazarse, subir a escena, representar papeles, cuando conversaba ofrecía un espectáculo. ¡Qué animación, qué colorido! Nunca olvidaré una sesión de redactores, de doce a una de la tarde, en que, en vez de tratarse los asuntos de actualidad y distribuirse los temas, todos estuvimos embelesados oyéndole contar el argumento de *Calígula*, de Camus, que la noche antes se había representado en una casa, y que a él no le gustó (...)

«En un momento de entusiasmo para describir un pasaje en que el héroe avanza cogido del brazo de una mujer y atraviesa la escena, Maluenda se levantó y tomó del brazo a Abel Valdés, el cual sorprendido y riéndose de mala gana, hubo de acompañarlo a dar una vuelta por el

escritorio, en medio de las risas de los redactores que ese día no comentaron ningún acontecimiento público, pero salieron satisfechos, con la sensación de no haber perdido el tiempo y llevarse algo digno de recordar».¹⁶

Alegre era Rafael Maluenda, aunque en sus últimos años esa picardía decayó y escribió muy poco. Sin embargo, es justo reconocer que su aporte fue abundante, teniendo en cuenta que no firmaba solo con su nombre o sus iniciales. Utilizaba una gran cantidad de seudónimos: El Atorrante, S.O.S, M, y muchos más. Agazapado tras ellos, este literato del periodismo daba salida, por un solo curso, a sus dos pasiones y cumplía con llegar a su público «día a día».

Por Pablo Marín E.

EXTRACTO DE *LA PACHACHA*

«Y casi al punto un gallo blanco, albísimo, de larga y curvada cola, roja y ancha cresta, se desprendió del grupo y vino hacia la forastera (La Pachacha). Transida de miedo La Pachacha se encogió, sin dejar de admirar las maneras gráciles con que el gallo se le iba acercando: nada de aquellas carreras pesadas del gallo del huerto que terminaban con picotazo y una caricia que tenía toda la agresividad de una violación; el gallo blanco y crestudo venía ahora lentamente, picoteando el suelo y lanzando suavísimos cloqueos; se aproximaba como convenciéndola de que sus temores no tenían fundamento. Y así que estuvo próximo inclinó la roja testa, tendió el ala blanca y con melodioso murmullo giró en torno de la cuitada.

¡Qué rueda, Dios santo!

Ella, deslumbrada y sumisa, recordando la añeja costumbre, se aparragó en el suelo esperando... Pero el gallo no se le impuso y —muy cortés— la dejó alzarse toda confusa por aquel movimiento que seguramente había sido inoportuno.

Con firme acento el gallo se presentó:

—Leghorn...

Confundida de no poder decir su origen con igual orgullo, La Pachacha se contentó con modular un cacareo gangoso, acaso con la esperanza de que se la tomara por extranjera. Pero el Leghorn, que tenía algo de políglota, no pudo ubicar en ninguno de los cacareos conocidos aquel rumor tan nasal, y dando media vuelta se alejó despectivo(...)».

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Rafael Maluenda Labarca (1885-1963).

Padres: Aaron y Mariana.

Publicaciones: *Rebelión*, (más tarde rebautizado como *Ño Pancho*); *Escenas de la vida campesina*; *Los ciegos*; *La Pachacha*; *Venidos a menos*, *Colmena urbana*; *Historias de bandidos*.

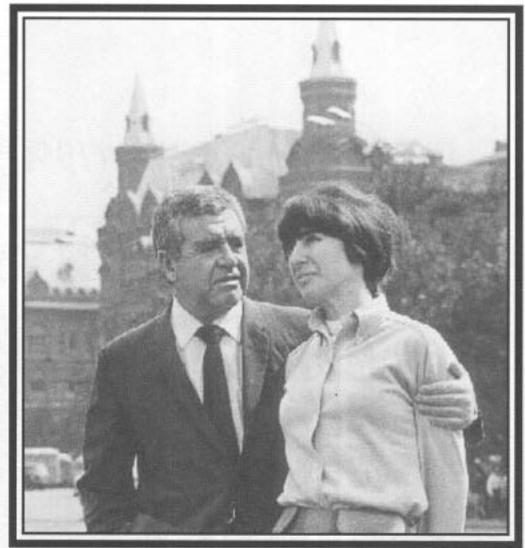
Trayectoria periodística: 1904, redactor de telegramas del exterior en el diario *La Ley*. Colaborador de *El Ferrocarril* y *El Diario Ilustrado*. En 1914, en Chillán, funda y dirige el diario *El Día*. En 1921 ingresa a *El Mercurio*, donde se desempeña como corresponsal, redactor, subdirector y director, cargo que ejerce hasta su muerte, en 1963.

Distinciones: Primer Premio Nacional de Periodismo, mención Redacción, en 1954. Un año después se incorpora a la Academia Chilena de la Lengua.

NOTAS

- 1 Rafael Maluenda, Revista *Ercilla*, Santiago de Chile, 11 de noviembre de 1963.
- 2 Tomás Mac Hale, *Historia del Periodismo*, Universidad Finis Terrae.
- 3 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 1962.
- 4 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1963.
- 5 Considerando que el PIB per cápita era de 749.966 pesos el año 12, se puede estimar que este sueldo, equivalente a 4.213.272 pesos al año, era muy alto para la época. Fuente: José Díaz, profesor de Economía Chilena. Escuela de Periodismo, Universidad Finis Terrae.
- 6 Rafael Maluenda, *La Discusión*, Chillán, 13 de junio de 1963.
- 7 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1963.

- 8 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 1957.
- 9 Raúl Silva Castro, *El Mercurio*, 5 de septiembre de 1963.
- 10 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1963.
- 11 Raúl Silva Castro, *El Mercurio*, 1962.
- 12 Alone, Crónica Literaria, *El Mercurio*, 8 de septiembre de 1963.
- 13 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 1954.
- 14 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 20 de mayo de 1958.
- 15 Rafael Maluenda, *El Mercurio*, 11 de noviembre de 1963.
- 16 Alone, Crónica Literaria, *El Mercurio*, 8 de septiembre de 1963.



LUIS HERNÁNDEZ PARKER

Luis Hernández Parker (1954):

DE LA AVENTURA A LA DESESPERANZA

Eran los días de las disputas en el Congreso Nacional. Días de la Guerra Fría, en los que dos propuestas ideológicas ofrecían «un mundo mejor». Y eran los días en que los chilenos —desde Arica a Punta Arenas— encendían la radio para saber qué sucedía en La Moneda y en todos los ámbitos de la política.

Las palabras de Luis Hernández Parker acompañaban los almuerzos de millones de compatriotas. A eso de la una y media Criogenina Lumiere —su auspiciador— presentaba en Radio *Minería* su Tribuna Política. La firme y expresiva voz del periodista invadía comedores, casinos, sedes políticas, organismos es-

más importante, corroborar información: detalles de una reunión del día anterior o ese antecedente confesado por un ministro o el propio Presidente de la República después de una comida.

Alrededor del mediodía se instalaba frente a su Remington y, diccionario en mano, consultando papelititos y apuntes, preparaba sus comentarios. Cuando salía al aire no quedaba ni un solo cabo suelto. «Una vez lo fui a buscar al trabajo», recuerda María Inés Solimano, su segunda esposa. «Entré al locutorio y quedé espantada; yo estaba convencida de que Lucho se echaba para atrás, muy relajado. Pero no. Hablaba con grandes gesticulaciones, mo-

nos en el Colegio de la Congregación Salesiana Patrocinio San José de Santiago, vivieron una infancia marcada por la ausencia de cariño, con vacaciones de verano encerrados en el colegio. Nunca hubo dinero para viajar a su hogar en Bolivia. Esto, sumado a la estrictez de los sacerdotes fue, quizás, la causa del posterior alejamiento de Hachepé de la religión.

La geógrafa Silvia Hernández Volosky, una de sus hijas, recuerda que su padre nunca habló de su pasado. Al contrario: «Silenciaba todo lo referente a los abuelos y la familia en Bolivia», afirma. Solo muchos años después, y a través de los escritos de Volodia Teitelboim, los hijos supieron algo de sus ascendientes.

*Primer Premio Nacional (1954) en mención Crónica,
Luis Hernández Parker fue el periodista de mayor credibilidad
en la prensa nacional en los polarizados años de la Guerra Fría.*

tatales y cualquier lugar donde hubiera una radio prendida; había que escuchar al hombre «más documentado e informado del país». ¹ La frase «Lo dijo Hernández Parker» avalaba cualquier afirmación.

Hachepé llegaba a la radio a las ocho de la mañana. Repasaba la prensa y telefoneaba a políticos y autoridades. Iba al Congreso a escuchar las sesiones y a conversar con los parlamentarios para saber y, lo

viendo mucho la boca, golpeando el suelo con el pie... Yo lo oía desde mi radio en la casa y pensaba qué tipo tan suelto de cuerpo para hablar». ²

EL SILENCIO DE LA INFANCIA

Los padres de Hernández Parker cumplieron con su sueño de entregarles a sus hijos Luis y Eduardo una excelente instrucción. Pero fallaron en otro aspecto: los hermanos, inter-

«Recién cuando conocí otras familias que sí se preocupaban de sus abuelos, me llamó la atención que mis padres nunca nos hablaran de los nuestros», reflexiona Silvia. ³

Luis Hernández Parker nació en Antofagasta el 25 de marzo de 1911. Su padre, dueño de minas de estaño en Oruro, Bolivia, mandó a su esposa a parir a Chile «para que el niño pudiera ser Presidente de la República», decía bromeando.

HP les relataba a sus hijos historias fantásticas sobre Bolivia. Según Silvia, eran solo inventos, cortinas de humo para que no supieran su pasado.

«Nunca nos dijo que su madre había muerto y que el viudo se había casado con la hermana de su mujer; fue esta la abuela que nosotros conocimos. Nos enteramos cuando vimos la partida de nacimiento de mi padre. Dice «Luis, hijo de Luisa Parker» y mi abuela se llamaba Rosa». Silvia añade que era gente conservadora, perteneciente al estrato alto de Bolivia; vestían a los niños con atuendos femeninos y peinados de rulitos.

MILITANTE AVENTURERO

En plena Depresión mundial, Hernández entra a estudiar Derecho en la Universidad Católica. Pero su padre ha perdido sus minas de estaño y se traslada con su mujer a Santiago. Hachepé y su hermano deben ayudar, para lo que van de puerta en puerta vendiendo enciclopedias, sin mucho éxito.

En la Católica forma la agrupación de izquierda Avance, movimiento estudiantil que lucha contra la dictadura de Ibáñez. Al poco tiempo ingresa al Partido Comunista, donde se convierte en un ejemplo de estrategia y organizador político. Volodia Teitelboim relata: «Luis era secretario general de la juventud comunista cuando lo conocí. Yo era primo de Dora Volosky, su primera mujer. Él tenía veinticinco años y yo dieciséis. Sentía mucha admiración por él, para mí era un maestro político. Tenía mucho carisma y una gran capacidad de líder natural. No solo era dirigente, sino que organizaba todos los actos y ma-



Luis Hernández Parker en brazos de su verdadera madre, Luisa Parker.

nifestaciones. Era un defensor de la libertad».⁴

Durante la llamada República Socialista, la participación de Hachepé es activa. Se transforma en una figura dentro del PC, junto al secretario general, Carlos Contreras Labarca, y al presidente, Elías Laferte, antiguo dirigente obrero. Hernández Parker encabeza el partido por un corto tiempo, cuando Carlos Contreras viaja a Moscú en 1935 para participar en el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista.

A sus actividades políticas añade la aventura. «Dormíamos en cuevas en la cordillera —cuenta Teitelboim—, mientras afuera nevaba. Él era bastante temerario, no era un político de puertas cerradas, ni de escritorio, sino de acción y eso atraía a la juventud».

Ya casado con Dora —también comunista— su casa era lugar obligado de reunión. Volodia, recién llegado desde Curicó, vivió con la pa-

reja un tiempo. Eran épocas de dura lucha política, con el PC en la ilegalidad o muy perseguido. «De repente» —relata Volodia— «comunicaban una matanza en Copiapó. Cuando él era Secretario General de las juventudes comunistas, llegaban a su hogar todos los perseguidos, también los hambrientos, porque era época de crisis. Había gente sin dormir y sin tener dónde hacerlo. Él y Dora acogían a los que acudían a ellos y los ayudaban dentro de lo posible; llevaban una vida frugal y modesta».

Se formaba por entonces el Frente Popular, que llevaría a Pedro Aguirre Cerda a la Presidencia de la República en 1938. Hachepé se identifica con la lucha por un mundo más justo. Es joven y abraza utopías, al extremo de abandonar sus estudios para dedicarse a la militancia.



Muchos homenajes póstumos se han hecho a la figura de este gran periodista, que siempre fue fiel a sus fuentes y se ganó también el respeto de ellas.



Copesa

Desde su niñez, Hachepé sufrió y supo levantarse, pero la vida le fue dejando marcas que terminaron por detener su corazón.

DELACIÓN Y ODIO

Los hechos ocurrieron en 1935, cuando HP viaja a Moscú al Congreso de la Internacional Juvenil Comunista. Con el nombre falso de «Antonio» se mueve sigilosamente. A su regreso, un barco lo deja en Buenos Aires, donde es detenido e incomunicado por dos meses. «Fue trágico; en Argentina existía como un anuncio de la Operación Cóndor, con un departamento destinado a la persecución de la izquierda. Era una trampa pasar por Buenos Aires, como meterse en la boca del lobo. A Hachepé lo apresaron y lo torturaron ferozmente», cuenta Teitelboim.

De vuelta en Chile fue expulsado del partido, acusado de delator, lo que acabó por un tiempo con sus sueños juveniles. María Inés Solimano confirma que HP «por supuesto que delató» y aclara: «Pero reveló lo que era menos importante y no mataron a nadie por eso. Cuando estás desaparecido en Argentina y las tor-

turas de allá son las mismas de Chile bajo el régimen militar, con electricidad en los testículos, en el ombligo y en la lengua, claro que el hombre cae».

Junto a la expulsión del PC viene la ruptura con Dora Volosky. Su hija Silvia explica que perdieron su círculo de amigos: «Mi papá sintió que lo sacaban del mundo de ilusión, aquel que le permitía soñar y luchar por cambiar el presente». María Inés Solimano, por su parte, cree que «el principal motivo de separación fue que Dora siguió siendo comunista y, aun cuando amaba a Lucho, nunca pudo sobreponerse a que lo hubieran tildado de traidor».

Y quedó el trauma: «No dejaba que le tocaran el ombligo. Además, sus compañeros de partido lo repudiaron, era más fácil para ellos tratarlo de traidor que preguntarse qué le había pasado. Estábamos en el período estalinista donde tú eras comunista o eras una mierda, un desgraciado,

un infeliz, un malhechor», recuerda con énfasis María Inés Solimano.

Hubo muchos episodios que le hacían recordar el desprecio de sus correligionarios. «Una vez íbamos por Agustinas» —relata María Inés— «y un tipo tiró un escupo que casi le cae en el zapato. Yo dije, '¡pero qué es esto, roto de mierda!' Lucho me tranquilizó: 'No te preocupes, es un comunista que me está escupiéndome'».

Y en una reunión en el Teatro Municipal, Salvador Allende, su amigo por más de cuarenta años, lo invitó a sentarse a su lado. Desde la multitud surgió una voz que estremeció a María Inés: «¡Qué hace ese traidor con el compañero Allende!». HP le repitió a su mujer, que no entendía tanta virulencia: «No mires, son los comunistas que me odian». Sin embargo, y como muestra de su nobleza, Hernández Parker nunca hizo periodismo anticomunista, hecho que confirma Volodia Teitelboim: «No era un escandaloso, ofensivo, como hoy conocemos a ciertos periodistas o políticos. Era un hombre democrático, sin partido. El PC lo fue por un tiempo pero esa relación se acabó. Se caracterizaba por ser independiente, sin intereses creados. Para él lo más importante era la noticia en sí. Y cuando la interpretaba, lo hacía no en un sentido de izquierda o derecha, sino que en función de su importancia y autenticidad».

Ya sin actividad partidista, HP se volcó por entero al periodismo. Había trabajado como reportero en el diario izquierdista *Frente Popular*, luego vino *La Crítica* y, en 1941, una casa que lo cobijó durante treinta y cuatro años: revista *Ercilla*. No obstante, fue la radio el medio donde consiguió mayor popularidad. Recorrió varias emisoras: Radio *Prat*, en

1944; luego la *Americana* en el 45 y 46 y *Sociedad Nacional de Agricultura* desde 1947 hasta 1950. En su paso por radio *Cooperativa Vitalicia* impuso la marca registrada —Tribuna Política—, que se convirtió en un estelar de la tarde en *Minería* en 1951.

PREMIO AL SÍMBOLO DEMOCRÁTICO

Noviembre de 1954 fue una fecha paradójica. La revista *Ercilla* escribió en su editorial: «Por segunda vez en una semana el nombre de Luis Hernández Parker, nuestro colega de labores, hizo destacada noticia».⁵

El Premio Nacional le fue dado días después del grave incidente que tuvo con el Presidente Ibáñez: la cuasi relegación a Aysén. Hernández se preparaba para un viaje a Bolivia, invitado por el presidente Víctor Paz Estenssoro. El 27 de octubre de 1954, a eso de las siete de la tarde se dirigía a *Ercilla* con el pasaporte en mano. En la puerta de la revista lo esperaban seis agentes de la policía

política con una orden de detención. Se despidió del director Julio Lanza-rotti y sacó lo que pudo de su escritorio. En el cuartel de Investigaciones le comunicaron que el gobierno de Ibáñez lo relegaba a Aysén.

El periodista no estaba seguro de la razón del arresto. Le dijo a Lanza-rotti que suponía que se debía a un comentario radial del día anterior, referente al Estado de Sitio que Ibáñez del Campo quería decretar. HP estaba en lo cierto. En una de las emisiones de Tribuna Política, él había informado que el general (r) Ramón Vergara Montero, ex comandante en jefe de la Fuerza Aérea y ex Intendente de Santiago, había asistido a un almuerzo con el Presidente, donde este le habría dicho que si el Congreso rechazaba el estado de sitio, haría cambios en su gabinete, reemplazando a los ministros por personalidades ajenas a los partidos.

Inmediatamente después del programa, HP recibió un llamado telefónico del propio general Vergara instando al periodista a que rectificara:

era su hermano Carlos, y no él, quien había estado con el primer mandatario. «Con mucho gusto, Ramón» —contestó HP—. «Mi obligación es decir la verdad y, cuando cometo un error, mi deber es aclararlo».⁶

Antes de tomar la decisión de relegarlo, Ibáñez quiso corroborar si Vergara se había reunido con HP por el tema del estado de sitio, a lo que el general le contestó diciéndole que llevaba tiempo sin verlo. El Presidente, entonces, mandó a detener al periodista. Redactó y firmó el decreto esa misma tarde. Hachepé no lo podía creer, pero aceptó el dictamen. Pasó a su casa en Obispo Orrego 521 para despedirse de su familia. Ahí estaban sus hijos Ety, Silvia, Iván y Luis Hernán.

UNIDAD PERIODÍSTICA

La noticia corrió rápidamente. *Ercilla* publicó un reportaje especial titulado: Cuatro horas que conmovieron a la democracia. «La democracia chilena debió dar apresurado examen de madurez y responder si



HP (primero, a la izquierda), en la reunión de pauta de *Ercilla*, presidida por su director, Julio Lanza-rotti y con Lenka Franulic, la única mujer del equipo.

aceptaba que la despojases de un atributo básico: disponer de una prensa sana que pudiera seguir entregando las noticias en toda su pureza», apuntaba en su bajada⁷.

La prensa entera cerró filas en torno al símbolo que representaba Hachepé en ese instante. Volodia Teitelboim rememora: «Hernández Parker era un personero de la opinión pública y, además, muy autorizado. Si el gobierno de Ibáñez lo mandaba a Aysén, se hacía un flaco favor. Dentro de su gabinete hubo gente que reaccionó y dijo: 'No, esto es una locura, una imbecilidad'. Pero el asunto iba más allá de la persona de HP: era una lucha en contra de la trabas al ejercicio del periodismo. En el diario del *Frente Popular* y en *El Siglo* nos pronunciamos en nombre de la libertad de prensa, más que en el de HP».

Mientras Hernández Parker era llevado al aeropuerto de Cerrillos custodiado por agentes policiales, en todos los sectores se hacían apresuradas gestiones. El presidente del Círculo de Periodistas, Juan Emilio Pacull, buscaba al Canciller Roberto Aldunate; el ministro Parra le confirmaba al presidente de la Cámara de Diputados, Baltasar Castro: «Es efectivo. El Presidente está enojado con él (HP) porque dice que este caballero está envenenando el ambiente con sus transmisiones radiales y que, desgraciadamente, todo el mundo le cree».

Bordeaban las nueve y media de la noche cuando algunos ministros y diputados se presentaron en la casa del Presidente. Ibáñez, que se disponía a acostarse, los recibió. Luego de escuchar las razones del canciller Aldunate y de dar también las suyas, Carlos Ibáñez del Campo cedió: «Está bien, anularé el decreto y los

autorizo para que actúen inmediatamente».

Luis Hernández Parker había obligado a la democracia en Chile a rendir examen.

Al día siguiente, Hachepé volvió a la radio *Minería* y, al aire, entregó su versión de los hechos: «Y ahora, me van a perdonar porque tendré que hablar, forzosa e involuntariamente, en primera persona. He sido protagonista sin quererlo, sin pedirlo, sin desearlo, de un hecho político y policial (...) Ayer conocí una dimensión de Chile que nunca olvidaré. Chile no es solo la geografía escarpada y verde oceánica y montañosa que aparece en los mapas. Es mucho más. Es un grupo humano y compacto, firme, resuelto, que tiene un sentido intuitivo de la justicia». Y continuó, emocionado: «Es un pueblo maduro que quiere saber la verdad, que no permitirá que triunfe ni la mentira ni el error ni la tiranía».⁸

A los pocos días, ya en Bolivia, Hernández Parker recibía una recompensa mayor: el Premio Nacional de Periodismo. Su estilo propio e innovador se hizo aún más depurado. «Empezó a publicar artículos muy cuidadosos. En el fondo tenía alma de escritor: le interesaba la forma de escribir, incluso el estilo. Sus

artículos eran apasionantes. Decían cosas nuevas y de una forma original, sin ser extravagantes. Poseía además un excelente castellano y una imparcialidad como ningún otro, por eso confiaban en él», corrobora Teitelboim.

PAPÁ DE TODOS

A pesar de su trabajo demandante, HP se daba tiempo para la familia. Paula Hernández Solimano, pintora, hija de su segundo matrimonio, recuerda: «El paseo de los domingos era ir a la cordillera, subiendo Arrieta o Larraín hasta los cerros. Él podía estar trabajando de lunes a viernes a tiempo completo, pero los fines de semana los dedicaba a nosotros». Y prosigue: «Entonces mi padre decía: 'Niños, ahora silencio porque tengo que ir a parlamentar con los indios. Avanzaba... nosotros paralizados. Y gritaba en una cumbre: *Añanau, guainaniña, guskalui*'. Giraba, nos miraba y nos decía que había conseguido permiso para subir. Era tanta la fantasía, que lograba que todos viéramos a los indios hablando con él. Ésa era su felicidad».⁹



Con su segunda mujer, María Inés Solimano, y sus hijas Paula y Francisca.

Su carácter protector comenzó a manifestarse en su infancia con su hermano Eduardo, en sus largos veranos en Santiago. Eran totalmente distintos: el menor se caracterizaba por su encanto y alegría algo irresponsable. «Eduardo era muy cabeza loca y mi papá era ordenado en todo, hasta en lo referente a la plata», relata Silvia Hernández.

También periodista, Eduardo murió en 1957 en un choque en su motoneta recién comprada. Fue el primer gran golpe para Luis Hernández Parker.

Pero la pena no cambió su carácter alegre. «Riéndose contaba que una vez por el año 48 lo habían nombrado el mejor padre de El Quisco. Su esposa Dora había viajado a Europa por trabajo y él se quedó con los cuatro niños y debió atenderlos en todos sus problemas: pololeos, quebraduras...», cuenta María Inés Solimano.

En ese balneario disfrutaba de otro de sus deportes favoritos: la natación. La familia Hernández Volosky era la única que atravesaba la bahía nadando. «El papá lo hacía y las hijas lo seguíamos como patos», ríe Silvia.

En Santiago era común ver a HP y a sus hijos en una bicicleta por la comuna de Macul, cuando vivían en Exequiel Fernández. En los años 40 Hernández Parker viajaba desde su casa hasta *Ercilla* pedaleando y aprovechaba para ir a dejar a sus hijos al colegio. «Salía a reportear en bicicleta con nosotros en la rejillita. Y anduvo en pura bicicleta hasta el 48», explica una de sus hijas.

MARÍA INÉS: ENTRE EL AMOR Y EL DOLOR

Luego de la ruptura con Dora, Hernández Parker se abocó total-

mente a su trabajo y a sus hijos, hasta el día que conoció a María Inés Solimano.

Muy amiga del director de *Ercilla*, Julio Lanzarotti, y de su esposa Coca, María Inés solo conocía a HP lejanamente, hasta que ambos se encontraron en casa de los Lanzarotti. Se festejaba a dos reporteros que habían recibido el Premio Nacional de Periodismo el año 57: Heliodoro Torrente y Lenka Franulic.

Durante la fiesta se produjo una discusión con gritos e improperios entre dos periodistas que se odiaban: Luis Hernández Parker y Rafael Otero. «La Coca, aproblemada, me pidió que sacara a bailar a Lucho. Recién había llegado Rock around the clock», sonríe María Inés.

—Oiga, don Luchito, me han dicho que usted baila muy bien —le coqueteó.

Él la miró y se olvidó de la pelea. Entre vuelta y vuelta, aquella mujer delgada y veinte años menor que él —HP tenía cuarenta y seis—, reconoce que ese día quedó enganchada.

Al día siguiente, HP la llevó a la playa: «Cuando íbamos en el auto nos empezamos a reír. De pronto me dijo ‘quiero casarme contigo’, y me dio aún más risa. Para mí era como si el Presidente de la República me hubiera pedido matrimonio», dice María Inés con sus ojos azules llenos de nostalgia.

No tomó en serio su propuesta, pero empezaron a salir —sus lugares predilectos eran el Nuria y el Tap Room—. María Inés, conociendo el machismo de sus compatriotas, había decidido no casarse con un chileno. «Pololear sí, pero casarme, no» advertía a cualquier posible pretendiente.

Estuvieron siete años juntos antes de casarse y en ese lapso nació su hijo Pedrito. Cuenta: «Cuando nos

fuimos a vivir juntos, Lucho me dijo: ‘Eres floja para levantarte y nadie te puede decir nada porque haces lo que quieres’. Yo le contesté: ‘Y tú eres trabajólico, así es que si yo quiero partir pa’ Chuchunco, me voy, y nunca me meteré en tus cosas’. Así establecimos los marcos de independencia. Gracias a eso tuvimos un matrimonio bastante avenido, a pesar de personalidades tan fuertes como la de él y la mía».

Cuando las hijas e hijos de Dora la conocieron, se acercaron a María Inés como a una amiga, amistad que dura hasta hoy.

«NO DEJES QUE ME MANILLEEN»

Muchas conjeturas se han barajado respecto a las causas del desánimo y la tristeza de Luis Hernández Parker en sus últimos veinte años de vida. ¿El accidente de su hermano Eduardo? ¿La muerte de su hijo de un año y medio, Pedrito, en diciembre de 1960? ¿El nacimiento de Francisca, con deficiencia mental?

También es cierto que HP tomaba más de lo debido —como lo confirmó su propia hija Silvia— luego de la muerte de Pedrito y del problema de Francisca. María Inés cree que fue una depresión: «Un alcohólico bebe de la mañana a la noche y Lucho lo hacía de repente, cuando la angustia era demasiada».

La muerte de su hijo fue una tragedia nacional. Hernán Millas, otro maestro de la prensa chilena y amigo de Hernández Parker, relata lo sucedido: «Hachepé se convirtió en noticia, y en noticia desgarradora. Su pequeño, Pedrito (...) halló abierta la reja de su casa en el barrio de Colón con Hernando de Magallanes y salió a la calle. (...) Se organizó la

más angustiosa búsqueda. Cayó la noche y el pequeño no aparecía (...) Se prosiguió utilizando los focos de los autos y linternas. Carabineros y bomberos rastrearon todos los rincones (...) Y así llegaron a un sifón que tenía su tapa medio destrozada y que mostraba sus aguas cenagosas. ¡Ahí estaba Pedrito». ¹⁰

Para Millas, «Hachepé pudo sobreponerse gracias al cariño de esa admirable mujer que es María Inés, y el de sus otros hijos, y hasta adormecerse en el tránsito de la noticia». Su esposa, en tanto, afirma que «a Lucho lo afectó, pero no lo derrotó. De hecho, se ganó los premios Caupolicán y Helena Rubinstein; se paseó de una radio a otra y después de la muerte de Pedrito hizo por primera vez televisión. Durante las vacaciones cruzaba la bahía de Tongoy y les enseñaba a quince niños a nadar».

Hubo otro episodio que derrumbó su ánimo: el golpe militar de 1973. Volodia Teitelboim señala que «HP, grande como periodista, es incompatible con una dictadura como la que existió». El tipo de periodismo que él practicaba quedó fuera de juego.

Hernández Parker presentía que algo terrible iba suceder. Primero fue el asesinato del general René Schneider. Su viuda comenta: «El día que lo mataron me dijo: 'Hay que prepararse para el golpe militar'. Él supo que no se iba a permitir en Chile un gobierno socialista, sobre todo con dos fuerzas tan polarizadas como la Unión Soviética y Estados Unidos». Luego vino la ascensión de Salvador Allende a la presidencia, una vez que el Congreso ratificó la elección. Ella recuerda que su marido luchó para evitar la catástrofe y en los primeros meses del gobierno de la Unidad Popular tranquilizaba

a los empresarios, diciéndoles: «Quédense en Chile». En un artículo referente al «tanquetazo», señalaba: «De los hechos conocidos, que condujeron al control enérgico de una osadía sin destino se concluye —como lo señaló el Alto Mando castrense— que existe tranquilidad y serenidad en el país y que por encima de las pugnas entre los poderes del Estado (...) se impone el poder constitucional que las Fuerzas Armadas son las primeras en respetar y hacer respetar». ¹¹

A pesar de la situación, Hachepé seguía siendo un orientador político. Silvia Hernández relata que el general Carlos Prats, al asumir como ministro de Defensa, fue a buscar a su padre y lo llevó a un lugar tranquilo, por La Dehesa. Durante tres horas, Prats le confió sus percepciones respecto del golpe y le preguntó qué pensaba.

Aunque Hachepé tenía una amistad con el presidente Allende —durante cuarenta años almorzaron juntos todos los miércoles—, no logró convencerlo de los graves hechos que se aproximaban. «Desde el poder se deja de pensar claramente», conjetura María Inés. Además, cuenta que incluso durante las primeras semanas de Eduardo Frei Montalva como Presidente, éste convidó a Hernández a tomar té a La Moneda para que le señalara qué estaba haciendo bien y qué mal. «Alcanzó a ir tres veces. En la primera ocasión en que le dijo algo que no le gustó, se acabó la invitación», acota.

Hernández Parker enviaba a Allende «recados impresos». Para Teitelboim «basta leer la revista *Erquilla*. Se lo dijo públicamente».

Según su mujer, el derrumbe definitivo de Luis Hernández se produce por la inminencia del golpe mili-

tar: «Un día me dijo: En Argentina ha habido cuarenta golpes militares... nunca más se van del poder. Ingresan a la política y se infiltran. Como los microbios, nunca más se van».

Consumado el golpe, el trabajo de Hachepé ya no fue el mismo. En un primer momento quería dar esperanzas a través de sus crónicas, en las que hablaba de reconstrucción nacional, de la nueva Constitución y de buscar acercamiento entre las fuerzas democráticas. Pronto se dio cuenta de que nada servía. Y empezó a hablar de otros temas: de ecología y contaminación, de los viajes de Jacques Cousteau. Le interesaban, pero no le apasionaban. «Tuvo que escribir de los cohetes, de viajes a las estrellas» comenta Germán Gamonal. ¹²

Luego del 11 de septiembre de 1973, el militar Héctor Orozco fue designado director de Televisión Nacional. Hachepé le hizo saber su molestia sobre un hecho puntual: detrás de cámara un soldado lo apuntaba con su metralleta. Orozco le respondió que no era nada personal; que por razones de seguridad se aplicaba a todo programa al aire. ¹³

«Llegaba acabado, tomándose la cabeza a dos manos», cuenta María Inés, y prosigue: «El coronel Orozco desmanteló el canal. A Lucho no lo echaron porque trataron de asimilarlo». Luego añade: «Las últimas palabras que me dejó escritas cuando supo que se iba a morir (le diagnosticaron una estenosis aórtica siete meses antes), fueron: 'No dejes que me manilleen. Cuando muere un tipo importante, todos quieren agarrar la manilla del ataúd'».

Su viuda asegura que «Lucho estaba sano previo al golpe, pero al mes siguiente ya se andaba desvaneciendo. Violentamente, apareció una enfermedad que no tenía diez

días antes. Fidel Castro nos invitó a Cuba en junio de 1973, y nos quedamos solo diez días. A cada rato Lucho me decía: 'Hoy va a ser el golpe militar'.

Ese histórico día ambos se quedaron encerrados en su casa de Alberto Vial Infante 6024. HP sin poder hacer nada y María Inés sin saber qué había ocurrido con su taller de tejidos artesanales. «Recién cuarenta y ocho horas después pudimos salir a la calle. Entonces Lucho me dijo: 'Voy a la revista (*Ercilla*), tú toma el auto y anda al taller'. Éste estaba en la calle donde se instaló la Junta, Villavicencio. Me habían robado todo. Estaban quemando libros en la calle. Vi cómo sacaban detenidos. Cuando volví a buscarlo a la revista, Lucho estaba consternado. Un periodista

ocupantes del auto eran Alejandro de la Barra, hijo del creador del Teatro Experimental, y su esposa de veintidós años. Cuenta Millas: «Su único delito era haber pertenecido a la izquierda (...).»¹⁴

Luis llegó a su casa deshecho. El joven asesinado había sido uno de los niños que jugaba con los suyos en el cerro, de los que aprendieron a nadar con él en Tongoy.

El periodista estaba desencantado, pero no podía retirarse. Tenía una familia y tampoco iba a huir porque amaba a su país. María Inés proponía irse a Tongoy, pero la respuesta era la misma: «¿Con qué comemos?». Ella añade: «Todos teníamos miedo, no solamente él. Pero eso es lo que deberíamos haber hecho: retirarnos».

venía acumulándose hasta reventar en un problema cardíaco. Sabía que iba a morir pronto, por lo que gestionó todos los papeles para dejar sin dificultades a su esposa. A días de su fatal desenlace y luego de una reunión de la revista, le habló a Emilio Filippi: «Mira, vengo del médico. Estoy pa'l gato. No puedo tomar, no puedo fumar, no puedo hacer el amor, no puedo bailar y, además, no puedo hablar de política. Esta vida no merece vivirse».

El miércoles 30 de abril él y su esposa habían sido invitados al matrimonio de una prima de María Inés. El periodista dejó salir su ya casi olvidada alegría; disfrutó como nunca antes lo había hecho. Bailó con todas las mujeres. Fumó y piropeó. Desechó las recomendaciones

A pesar de éxitos y halagos, la vida le fue dejando marcas que terminaron por detener su corazón en una trágica fiesta, el 1° de mayo de 1975, cuando tenía sesenta y cuatro años.

había dicho: 'Los pensamientos políticos de Salvador Allende quedaron pegados en las paredes de La Monedá'. Él no soportó el vulgar comentario y me dijo: 'No puede ser que frente a alguien que se ha suicidado un idiota diga eso'.

Tampoco aguantó ver cómo caían sus colegas y amigos. Hernández Millas cuenta que días antes de su muerte, HP llegó hasta su mesa de trabajo con lágrimas en los ojos a propósito de un 'enfrentamiento' ocurrido en la plaza Pedro de Valdivia. La prensa contaba que un auto en el que viajaba una pareja de extremistas había sido abatido y que habían encontrado armas y municiones al interior del vehículo. Los

La última crónica de Luis Hernández Parker en *Ercilla*¹⁵ tiene fecha 2 de abril de 1975 y habla de la estabilización económica y del despegue; de las exportaciones e importaciones. Esos temas los dominaba, pero no le satisfacía limitarse a ellos, sobre todo cuando el país estaba viviendo una crisis política o mientras desaparecían sus colegas o se iban al exilio. Entre ellos, su hija Silvia, quien volvió recién en octubre del 2000.

«MI VIDA NO MERECE VIVIRSE»

En abril de 1975 Hachepé no podía con su angustia. Habían matado su inspiración: la política. Todo

médicas e hizo honor a sus legendarias fiestas en su propia casa. María Inés recuerda que «se veía inquieto».

El sacerdote que había bendecido la boda estuvo un rato en la fiesta, y cuando ya se retiraba, Hachepé se le acercó y le pidió que lo escuchara:

—Voy a morir, padre.

—Todos vamos a morir —respondió sorprendido el sacerdote—. Y yo tengo más posibilidades que usted, porque debo ser mayor.

Quizás en tono de confesión, el periodista continuó:

—Padre, los creyentes tienen la película muy clara. Ellos saben que después de esta vida los espera el cielo si han sido justos. Yo, en cambio, aunque estudié en el Patrocinio San

José y en la Universidad Católica, tomé otros caminos. Pero sin ser creyente, creo que siempre fui justo. Nunca busqué hacer daño. Nadie pudo derramar una lágrima por mi causa. Jamás ofendí o injurié a persona alguna. Siempre traté de ayudar a los demás. Como ser humano cometí errores y estuve pronto a admitirlos».

Comprendiendo que se trataba de una confesión, el sacerdote le expresó que Dios acogería a todos aquellos que, aunque no fueran católicos, hubiesen sido justos. Luis Hernández Parker se reintegró a la fiesta y volvió a ser el alma de ella. María Inés le pidió que descansara, pero nada pudo hacer ante la respuesta de su marido: «Todo me lo han prohibido: nadar, subir cerros, andar en bicicleta y ahora bailar ¡cuando me siento tan feliz!».

Todavía bailando, y cuando faltaban cinco minutos para la medianoche, el periodista más destacado de los últimos tiempos se desplomó. Un médico corrió a reanimarlo, mientras María Inés le abría la boca y trataba de darle aire. El doctor, al minuto de observarlo, dio su diagnóstico: «Es un derrame». Y su corazón dejó de latir. Murió a los sesenta y cuatro años de 1º de mayo de 1975. Se había acabado el sufrimiento, la angustia, la desesperanza, pero también se había ido un maestro¹⁶.

Al día siguiente sucedió lo que Hachepé había previsto. Cuatro generales fueron a visitar a su viuda. «Casi me morí. El periodista Federico Willoughby me dijo que el Presidente de la República y otros tres generales querían venir. Yo pensaba ¡pero cómo les digo que no! Entonces pedí un momentito y me fui caminando por el jardín...».

Llegó hasta el estudio de Hachepé repitiéndose: «¡Qué hago, qué hago!». Dio vueltas alrededor de la silla de su esposo: «Ahí recordé cuando me advirtió que no dejara que lo manipularan. Conté hasta cincuenta y volví al living:

—Mire, don Federico, dígame a la Junta de Gobierno que mi marido me pidió por escrito que sus funerales fueran absolutamente privados y que asistieran solo sus amigos y la familia. Nadie más.

—La comprendo —contestó el mensajero y se retiró».

El día del funeral llegaron grandes coronas de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas, que ocuparon una pared entera de la casa. Cuando María Inés creyó ver a algunos políticos listos para el discurso, se paró: «Les agradezco mucho que hayan venido, pero Lucho me dejó una orden expresa que su muerte era algo particular de la familia». Nadie se atrevió a decir una palabra.

Allí estaban todos los que lo conocieron, aunque nadie de la izquierda: se hallaban escondidos o exiliados. Era un desfile de personalidades. «Eduardo Frei pasó toda la noche junto a Lucho y me ayudó a atender a la gente», relata Solimano. El ex mandatario ya no podría escuchar a su amigo a través de la radio, como lo hacía habitualmente.

María Inés tomó una decisión para hacer cumplir el deseo de su marido: «sumergió» a Hachepé. «No quise que se hablara de él ni se hicieran misas. Tenía que evitar que su muerte fuera utilizada por el poder central; que nadie pudiera decir 'el Presidente fue al responso de Luis Hernández Parker'».

EL LEGADO: ESTILO INTERPRETATIVO Y ARRIESGADO

Para Hernández Parker todas las crónicas eran dignas de la misma dedicación. Volodia Teitelboim lo considera el creador de un estilo nuevo: «En Chile no existía el comentario político radial como tal, en forma sistemática, coordinada; fue invención suya. Es lo que hoy llamamos periodismo interpretativo». Y continúa: «La gente se quedaba prendida porque ahí conocía noticias que no daban los diarios».

Estableció vínculos con todo el mundo político y logró numerosos golpes noticiosos. ¿Cómo lo hacía? Principalmente, respetando a sus fuentes. Lo llamaban para darle datos importantes que debían mantenerse en secreto por un tiempo. Él cumplía con lo pactado y nunca cedió a presiones. «La confianza era la base de su trabajo. No iba a revelar un *off the record* aunque le pusieran un puñal», recalca María Inés.

A pesar de que la política fue su pasión, paradójicamente no confiaba en quienes la practicaban. «No comulgaba con ruedas de carreta —cuenta su viuda— aunque logró tener buenos amigos. Lucho poseía una visión muy inglesa del mundo, por algo era Parker. Esa actitud de ver por los lados y tratar de no hundir a la gente. Jamás buscó desprestigiar a alguien o denigrarlo a través de sus escritos».

Quizás lo más destacable de Luis Hernández Parker lo expresa Volodia Teitelboim: «Él era un punto de referencia y si se quería hacer noticia o aparecer en el comentario público, los parlamentarios, los ministros y los políticos debían vincularse con HP».

Por César Zapata Bendel
Colaboración de Patricia de la Cerda
y Celina Bosco.

EXTRACTOS DE CRÓNICAS PROFÉTICAS EN *ERCILLA*: CÓMO SE INCUBA LA VIOLENCIA

Por su conocimiento profundo de la historia chilena y mundial, Luis Hernández Parker pudo anticiparse a los hechos y en cierto modo 'profetizar' el fin de la democracia en 1973, que se fue incubando tras años de violencia y desgaste de las instituciones. En estos extractos, aun sacados de contexto, su voz se oye como un clamor que no sería escuchado a tiempo.

—29 de noviembre de 1967: De «*Frei y Fuerzas Armadas enfrentan Primavera Violenta*.» Veinte días después que el Presidente cruzó la línea de la mitad de su camino recorrido explotó un Paro nacional cuya dimensión fue y será eterna e inútilmente controvertida (...): los 5 muertos —y entre ellos un tierno muchacho de 8 años—, 25 heridos graves, destrozos cuantiosos e ingentes gastos para el Estado en la movilización de aparato policial, señalan que el 23 de noviembre fue una fecha dramática y que no debería volverse a producir(...) Desgraciadamente los antecedentes indican lo contrario: que Chile entró también por la vía violenta. Adiós a ese país de tranquilo paso democrático que todos anhelamos(...) La Federación de Estudiantes penquistas fue la primera que indicó que la correlación de las fuerzas políticas cambian velozmente en Chile y al que peyorativamente se le llamaba «grupúsculo» —por el MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionario— se unió a la Brigada Universitaria Socialista y le dieron la victoria a Luciano Cruz, estudiante de medicina del último año y que dará mucho que hablar en el futuro(...) Todos estos hechos los investigan, los discuten y los colocan en ordenados archivos los comandos tácticos de las FFAA. Ellas empezaron a actuar en Chile con un nuevo estilo(...).

15 al 21 de mayo de 1968: De «*El 'mensaje' del Mensaje*» ¿Chile también tambalea? Francia está viviendo una revolución profunda. La juventud sobrepasó a los partidos políticos, a los sindicatos, a las figuras más venerables, a los héroes de las dos guerras mundiales. La 'gripe' francesa fue fácil contagio para Chile. En 1810 nos empapamos de ella y en 1936 nos llegó el Frente Popular con su misma velocidad y características. Frei, cuando abandona la pluma del gobernante satisfecho, toma el catalejo del marino que otea el horizonte. Como en 1923 cree que «los excesos en el juego de la política partidista están creando una crisis profunda en nuestro sistema institucional». No menciona a los pescadores, ni sus cañas y anzuelos en este país revuelto. Pero agrega: «el país observa que el mandato que me entregó, algunos pretenden desconocerlo...Y no se trata de un acertijo, sino de una invitación a meditar. (Nº 1717)

—26 de junio al 2 de julio de 1968: De «*La toma del Parlamento*» Advertencia necesaria: este no es un título desafiante ni provocativo para ponerle candado al Congreso nacional.

Es una invitación cordial para que los propios parlamentarios y sus responsables, diligentes y preparados funcionarios se concentren para efectuar una «toma de conciencia» respecto a lo que es hoy el Poder Legislativo, y lo que debe ser frente a los requerimientos de un país en desarrollo y de una sociedad que se modifica... Este vértigo no ha llegado al Parlamento chileno, el cual se aferró a los hábitos que precipitaron la revolución ibañista de 1924 y que trataron de seguir, corregidos, por la Reforma Constitucional de Alessandri de 1925. La verdad cruda y dolorosa es que hoy el Parlamento como cuerpo —mezclados oficialistas y opositores; izquierdistas, centristas y derechistas —no goza de esa 'respetabilidad' que sus miembros reclaman y que colocan en sus tarjetas cuando se autotitulan: «Senador de la República» (...)(Nº1723)

—28 de mayo al 3 de junio de 1969. De «*Lo que Frei no dijo: El otro yo del Mensaje*» ...Cada vez son más los ciudadanos con influencia y mando que confiesan que «dejaron de ser beatos democráticos»(...) Chile está reclamando una democracia dinámica. Aquella que la DC sintetizó en un logrado slogan: Revolución en Libertad. Desgraciadamente, ese slogan es un percal que se fue destiñendo. Ya da como vergüenza ajena repetirlo.(...) (Nº1771)

—17 al 23 de septiembre de 1969. De «*Polémico quinquenio de Frei*» En los días tensos las balas, atracos y bombas corrieron con la misma velocidad que los rumores. Entonces se dijo, «por fuentes generalmente bien informadas», que el Ejecutivo y su PDC creían que había llegado el momento de solicitar del Congreso una ley de estado de sitio (...) Y ahí están las raíces de la violencia: 1) brotaron en todo el continente y Chile no se puede dar el lujo ni está en condiciones de ser una excepción; 2) la fomentan y la aplican los extremistas de derecha; 3) la fomentan y la aplican los extremistas de izquierda (...) La ingenuidad es suponer que esta violencia es transitoria y que ella cesará automáticamente cuando Frei entregue el mando al que la mayoría de la ciudadanía designe como su sucesor. La violencia en el mundo está apenas empezando... (Nº1787)

—28 de octubre al 3 de noviembre de 1970. De «*Por eso lo mataron*»(...) Sí, desgraciadamente, Chile ya no es una excepción y el asesinato del general (Schneider), con premeditación y alevosía, indica que se confabularon sectores para matar la democracia. No la quieren más. Desean gobiernos fuertes y armados que administren el país por decretos, que pongan fuera de la ley a los partidos políticos; que destruyan el movimiento sindical; que no exista información libre y objetiva (Nº1845)

—3 al 9 de marzo de 1971. De «*Nueva ley de seguridad*». Centralizado en el Ministerio del Interior, un grupo de especialistas estudia una nueva Ley de Seguridad Nacional(...) La idea nació a raíz de las investigaciones que el Gobierno y el SIM (Servicio de Inteligencia Militar) practicaron en las provincias

sureñas donde el presidente del PDC, senador Narciso Irureta, denunció la existencia de campamentos guerrilleros, naturalmente armados y en franco entrenamiento de infiltración entre los habitantes de esas aisladas regiones (...) (Nº1859)

—19 al 25 de julio de 1972. De *«Alternativas políticas: ¿Una puerta sin salida?»* Los corresponsables de los periódicos más importantes del mundo siguen en Chile y al pie del cañón. Y a raíz de los últimos acontecimientos se preguntan —y preguntan— si la democracia en Chile es una puerta sin salida. Por tanto, si la alternativa de Allende es avanzar hacia el socialismo a secas y olvidando el precedente histórico de un «socialismo por la vía pacífica», o retroceder y buscar una fórmula que le permita un diálogo de convivencia con la Oposición. (...) (Nº1931)

—6 al 12 de septiembre de 1972. De *«Cadenas de odio»*. Para los cristianos y, en general, para todos los hombres de buena voluntad, hace mucho tiempo que se esperaba la voz del primado de la Iglesia Católica. Ella no llegó en el momento oportuno para evitar que se desencadenara el odio. Vino cuando el frenesí está destruyendo «el alma de Chile» y los hechos no es necesario pormenorizarlos, porque están a la vista de todos los que observan acercarse una guerra civil que los políticos responsables condenan ...en palabras, pero que no hacen nada o muy poco para evitarla. Allende expresó ante el auditorio de la UTE: —Me horroriza la guerra civil; pero si se produce, la ganaremos. (Nº 1938)

—18 al 24 de octubre de 1972. De *«Contrapunto de sor-dos»*. (...) Fueron los «porfiados hechos» que destrozaron cada una de las «Cuarenta Medidas» que la UP se trazó cuando Allende asumió el mando (...) En Chile el diálogo está hirsu-

tamente roto... Para el oficialismo todo lo que lo contradiga es... «sedición fascista». Para la oposición quien lo ataque es... «totalitarismo marxista» (...) La explosión gremial nació sola; espontánea. Posteriormente y ante las intimidaciones y encarcelamientos, la oposición política se colgó de ella. Solidarizó con los gremios. Hoy Chile es una inmensa plaza acuartelada. Porque no solo las FFAA, Carabineros e Investigaciones lo están. También los partidos de la UP o los de la oposición. El oficialismo transa y amenaza, a la vez. Los opositores, por su parte, ya no le creen y le perdieron el miedo. (Nº 1944)

—8 al 14 de agosto de 1973. De *«Las consecuencias del diálogo»*. El momento crucial. Chile está viviendo las horas más críticas de su vida republicana (...) Los acontecimientos chilenos ya no se podrán detener. El país está sumergido en una vorágine revolucionaria y únicamente esfuerzos supremos podrían impedir que el actual colapso se convirtiera en una catástrofe irreparable. Los sectores más duros del «ultrismo» derechista e izquierdista coinciden en mostrar una imagen falsa de Allende. Como un Mandatario frívolo para el cual la Presidencia es el regalo concupiscente que tanto buscó para obtenerlo. Sus adversarios democráticos rechazan esta caricatura malintencionada. El personaje sabe que Chile está metido dentro de un polvorín. En un callejón que tiene muchas salidas tenebrosas y solo una democrática. Allende está consciente de ello y sus interlocutores esperan que se resuelva por ella, empujado por los acontecimientos arremolinados que se precipitan en cadena. (Nº 1986)

Fuente: CIDOC (Centro de Investigación y Documentación en Historia Contemporánea, Univ. Finis Terrae.)

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Luis Hernández Parker. Nace el 25 de marzo de 1911 en Antofagasta. Muere en Santiago el 1° de mayo de 1975. Casado con Dora Volosky (con la que tiene cuatro hijos) y en segundas nupcias con María Inés Solimano (tres hijos más). Estudios primarios y secundarios en el colegio de la Congregación Salesiana Patrocinio San José.

Estudios universitarios: Derecho en la Universidad Católica; se retira en el 4° año de la carrera.

Actividad profesional:

1934: Diario izquierdista *Frente Popular*.

1935: Corresponsal en Europa del diario *La Crítica* de Buenos Aires.

1941: *La Crítica* de Santiago y corresponsal para el *Times* de Londres. Revista *Ercilla*.

1944: Radio *Prat*, programa Tribuna Política.

1945-46: Radio *Americana*.

1947: Radio *Agricultura*.

1948: Radios *Cooperativa* y *Portales*.

1949-50: Radio *Agricultura*.

1951-75: Radio *Minería*.

Distinciones:

Premio Nacional de Periodismo: 3 de noviembre de 1954.

Premio Helena Rubinstein.

Premio Caupolicán.

NOTAS

- 1 Germán Gamonal. Entrevista 22 de septiembre de 2000.
- 2 María Inés Solimano. Entrevista 21 de septiembre de 2000.
- 3 Silvia Hernández Volosky. Entrevista 23 de noviembre de 2000.
- 4 Volodia Teitelboim. Entrevista 17 de octubre de 2000.
- 5 Editorial revista *Ercilla*, 9 de noviembre de 1954.
- 6 Hernán Millas, Su última noticia, *Revista Ercilla*, 7 de mayo de 1975.
- 7 *Revista Ercilla*, El caso Hernández Parker: 4 horas que conmovieron a la democracia, 2 de noviembre 1954.
- 8 *Revista Ercilla*, Chile grande triunfó sobre Chile chico, 2 de noviembre 1954.
- 9 Paula Hernández. Entrevista 23 de noviembre de 2000.
- 10 Hernán Millas, *La buena memoria*, p. 156-157.
- 11 Luis Hernández Parker, *Revista Ercilla*, Con cohesionada disciplina, 4 de julio de 1973.
- 12 Germán Gamonal, Memoria Universidad Diego Portales, Lo dijo Hernández Parker: Historia de una vocación, p. 171
- 13 Hernán Millas, *La buena memoria*, p. 160.
- 14 *Ibid.* p. 158-159.
- 15 Luis Hernández Parker, *Revista Ercilla*, Tentación del bloqueo a Chile, 2 de abril de 1975.
- 16 Relato basado en: Entrevista a María Inés Solimano, 21 de septiembre de 2000; Hernán Millas, *La buena memoria*, p. 160-161; Memoria Universidad Diego Portales, Lo dijo Hernández Parker: Historia de una vocación, p. 179-180.



TITO MUNDT

Tito Mundt (1956):

VOCACIÓN DE TROTAMUNDOS

A las diez de la mañana, Tito Mundt cogió su manta de vicuña, la dobló y se la echó sobre los hombros. Encendió un nuevo cigarrillo y cerró la mampara de madera y vidrio de la casona de Libertad 450, su hogar desde los diez años. No imaginaba que ese 10 de junio de 1971 sería el último de su vida.

Del brazo de su hermana caminó hacia Compañía y juntos esperaron la micro que los llevaría al centro. «Tenía una entrevista con el presidente Allende», recuerda Lucy, «y después iría donde Hernán Santa Cruz a conversar sobre su ofrecimiento de un puesto para la FAO en

temprano», él tranquilizándola: «No te preocupes, tengo que trabajar en mi libro *El Chile de Allende*». Pidió a Lucía que le tuviera papitas con palta, dos de sus debilidades.

Tito pasaba por una de las mejores épocas de su vida. Estaba lleno de proyectos: varios libros en preparación, viajes y entrevistas y la emoción de enfrentar un nuevo cargo en Suiza. Aunque en Chile ya se dejaban sentir los primeros síntomas de la crisis política y económica, Tito, desde su residencia en Madrid, estaba seguro de que Allende lograría neutralizar la fuerte oposición. El periodista había esperado durante años que Allende llegara a La Mo-

un edificio céntrico. Conversaron de actualidad, de la próxima venida de Fidel Castro a Chile, de la vida y de la muerte. «Saben», les dijo de pronto, «no me gustaría morir en Chile, sino en España... en un apacible y aseado pueblecito español, de casas chatas y calles polvorientas, por las cuales al atardecer vería pasar unos burros lentos y ceremoniosos...».

Después del café salieron a la terraza. Tito, bastante achispado por las numerosas copas de vino, entre risas y bromas se acercó al borde del edificio. Jugando como siempre con el peligro, se agarró de un fierro y comenzó a balancearse. Pero las ma-

«La vida de un periodista tiene que ser amena.

(...) El hecho mismo de buscar noticias en los escenarios más lejanos en los momentos mismos que pasan las cosas, en que la tierra tiembla, arde el fuego y se quema una ciudad, cuando estalla una revolución o comienza una guerra, le da a lo que tenga que contar más tarde un sabor de aventura y de cuadro fantástico».

Ginebra. Yo estaba contenta; Tito había venido desde España, donde vivía con Kanda y Barbarita, a pasar unos días conmigo; nuestra madre había muerto un mes antes.¹

Los hermanos se despidieron, ella con su acostumbrado «vuelve

neda y le apasionaba hablar de «la vía pacífica hacia el socialismo»; por eso, y a pesar de que su tiempo era escaso, aceptó gustoso almorzar con Renato Maturana, Gonzalo Orrego y Mario Peñafiel, en el Sportsman, restaurante situado en el piso 12 de

nos, tan seguras a la hora de tomar un lápiz, esta vez resbalaron.

Un escalofrío recorrió a los amigos mientras veían caer a Tito. En menos de un minuto, abajo, contra la calle, se estrellaba ese hombre que, a los cincuenta y siete años, había

recorrido el mundo entero y cuyas crónicas y entrevistas le valieran el Premio Nacional de Periodismo 1956.

Fue un accidente estúpido. Tal vez si hubiera bebido menos... En sus bolsillos quedaron, ya sin posibilidad de utilizarse, el pasaje de vuelta a Madrid, anotaciones que debía incluir en sus próximos libros y los apuntes para su participación tres días después en el programa televisivo A esta hora se improvisa.

Juan Tejeda, aquel colega y amigo con quien fundara la revista *Cacareos* en 1936 en el Barrio Brasil, cubrió la noticia para el diario *La Nación*: «En el Sportsman, después de almorzar se puso a hacer piruetas colgando de una sólida barra que rodea la terraza. Se soltó de pronto. Si hubiera estado veinte centímetros más a la izquierda, hubiese caído al balcón de la oficina del piso once, que hasta hace una semana ocupó el publicista

Alfredo Lieux. Pero cayó más a la derecha, justo sobre una saliente que parecía una S acostada que daba al vacío y se deslizó por ella, arrastrando el soporte de la carpa de la oficina de Lieux. Imagino el horror de esos últimos segundos en un día que fue alegre, lleno de actividad y con un programa intenso que cubrir en la tarde».

¡QUÉ NIÑO!

Santiago Mundt Fierro nació el 4 de marzo de 1914 en el número 2411 de calle Compañía. «Era una mansión enorme que daba la vuelta por Bulnes», recuerda Lucy. «Nosotros ocupábamos el segundo piso. En esa misma casa nací yo cuando Tito tenía diez años; fuimos solo dos hermanos». La diferencia de edad no les impidió ser muy unidos y compartir juegos y diabluras, aunque a Tito le sobraban amigos. En alegre patota se dirigía con ellos a la Plaza Brasil, a un par de cuadras, donde convertía los espacios en canchas de fútbol y los senderos en pistas de carreras.

Obedeciendo a su ascendencia germana, el padre matriculó a su hijo en el Colegio Alemán para que dominara el idioma de sus abuelos. Doña María, la madre, era descendiente de italianos. Ella ponía la nota alegre en la casa y suavizaba la rigidez y disciplina paternas.

Tito heredó el carácter de su madre, aumentado y corregido. Antes de caminar ya era inquieto y vivaz. Y no bien pudo darse a entender asomó su naturaleza bromista y poco dada a someterse a disciplinas. Ya adolescen-

te, madrugando y respetar horarios eran para él torturas de las que se liberó junto con terminar sus estudios en el Liceo de Aplicación, establecimiento que, a punta de castigos, obligó al rebelde Tito a completar su educación secundaria.

La familia tenía un buen pasar. En la casa de calle Compañía los espacios eran amplios, el amoblado fino y había sirvientes para los quehaceres domésticos. El padre era un próspero corredor de la Bolsa de Comercio, con altos y bajos económicos, pero cuya situación le permitía darse gustos burgueses, como enviar a su esposa e hijos a veranear a la empingorotada Viña del Mar. Más tarde, cuando las platas se pusieron esquivas, las vacaciones se redujeron a quince días en la menos elitista Cartagena. Tito llegaba los fines de semana a alterar la tranquilidad de su madre y su hermana. El muchacho nadaba mar adentro para horror de ambas. «Este niño va a hacer que me dé el ataque de asma!», suspiraba doña María.

Por ese entonces, una sucesión de crisis financieras —pájaros agoreros de la Gran Depresión— provocaron la quiebra de don Santiago Mundt. Para enfrentar el descalabro, la familia echó mano de las joyas de doña María. Luego se irían el piano, los muebles y las alfombras. Los Mundt Fierro estaban en la ruina. Tito y Lucy, niños apenas, no comprendían por qué había que dejar la casa natal para trasladarse donde la abuela materna. Años después y ya como periodista, Tito recuerda el episodio: «En 1925 mi padre, que era corredor de la Bolsa de Comercio, se quedó en la calle por haber sido honrado. Yo estaba tan chico que no pude llegar hasta la casa del bandolero que le había hecho la jugada



«Durante mi vida torturé varias máquinas de escribir», confesó Tito Mundt.

para pegarle un tiro como se merecía. Y cuando pude hacerlo ya se había muerto el culpable».

«Mi madre fue a hablar con don Pedro (Aguirre Cerda) y le pidió un puesto para mi papá, que era hijo de uno de los jefes del radicalismo del siglo pasado. Don Pedro le dio un pequeño cargo en la contraloría, ganando 300 pesos al mes. Trabajó veinte años sin faltar nunca y asistiendo a la oficina los sábados y domingos y sin pedir jamás vacaciones».²

No fue fácil reducirse a habitaciones más pequeñas y adoptar las costumbres de la abuela, que gritaba de susto cada vez que Tito caminaba por las cornisas o pasaba de un balcón a otro con la habilidad de un andinista. Se generaban roces y todos echaban de menos la independencia. Ya más desahogado econó-

micamente, y cuando Chile aún no se sacudía de los estragos de la crisis financiera, en 1932 Santiago Mundt se trasladó con su mujer y sus dos hijos a Libertad 450. En esa casa vivirían los Mundt Fierro por varias décadas.

Es la época en que Tito ingresa, muy a contrapelo, a la carrera de leyes. Durante tres años lucha contra códigos y estatutos hasta que un día se rebela: frente a sus compañeros y casi como en un rito, en el segundo patio de su casa quema un volumen de Derecho Romano y con firmeza anuncia: «Yo no sirvo para abogado; quiero ser periodista».

ESCUCHANDO LA VOCACIÓN

En su cabeza las ideas empujaban por salir; tenía que comunicar lo que veía, lo que sentía, la noticia que buscaba —y encontraba— en cualquier lugar. Tito Mundt amaba la actualidad y su manera de vivirla y traspararla a los demás debía ser a través del periodismo.

Era su pasión. «La vida de un periodista *tiene* que ser

amena», escribe. «(...) El hecho mismo de buscar noticias en los escenarios más lejanos en los momentos mismos que pasan las cosas, en que la tierra tiembla, arde el fuego y se quema una ciudad, cuando estalla una revolución o comienza una guerra, le da a lo que tenga que contar más tarde un sabor de aventura y de cuadro fantástico».³

En 1938, año de convulsiones políticas, Mundt ya era un fogueado reportero del diario *La Nación*. Había dado finalmente con su vocación y el estilo de vida le calzaba perfecto. «Ya era un joven que se caracterizaba por su amor a la bohemia, por su necesidad de estar en constante movimiento y un interés desmedido por saber todo lo que sucedía», anota su colega Mario Gómez López. Esa curiosidad innata y un estilo ágil y ameno pronto hicieron de Tito Mundt un periodista cotizado. Sus crónicas aparecían semanalmente en la revista *Sucesos, Ecrán y Margarita* y en los diarios *La Nación, Las Últimas Noticias* y *La Tercera de la Hora*. Prevalcía en sus artículos un interés por defender la información, por hacerla llegar al público lo más fresca posible.

Trasnochar no era para él un problema. Verónica López cuenta que en 1966, estando aún en tercer año de periodismo, Tito la contrató a ella y a Marcia Scantlebury para la revista *Algo Nuevo*. «Fue una experiencia absolutamente genial, recuerda. Marcia y yo reportábamos espectáculos, con el Bim Bam Bum, la taberna Capri y el Nuria incluidos: la noche santiaguina.



Copesa

Las radios Corporación y Del Pacífico transmitían sus chispeantes comentarios.

Las reuniones de pauta se llevaban a cabo tarde, muy en la noche, cuando él cerraba la edición de *La Tercera* y podía preocuparse de la revista. Nos citaba en una fuente de soda en la esquina de Moneda con Tenderini. A él le quedaba a la pinta, pues *La Tercera* estaba justo al frente, en Moneda». ⁴

«No tenía horarios», confirma Mario Gómez López. «Llegaba a *La Tercera* a cualquier hora, se sentaba frente a su máquina, prendía un cigarrillo y comenzaba a escribir a una velocidad increíble. Daba verdaderos mazazos a la máquina y nunca sabíamos lo que iba a salir. Eran unas crónicas magníficas». El mismo Tito confesaría: «En mi vida torturé varias máquinas». Su escritorio era un campo de batalla: papeles sueltos, libros y varios ceniceros hasta el tope. «Fue el periodista más popular y el más brillante de su generación y un escritor notable. Sus escritos eran irregulares, algunos de enorme calidad y otros más volanderos... me consta que hubo períodos en que escribía hasta dieciséis artículos diarios y eso no hay cabeza que resista», anota Juan Tejeda en *La Nación* dos días después de la muerte de su amigo.

El mismo caos de su escritorio era característico en su habitación. «Molestaba tanto que le dieron la última pieza de la casa», comenta Lucy. «Llegaba de madrugada, prendía las luces, la radio, hablaba por teléfono, fumaba sin parar. Había un desparramo de diarios y papeles en el suelo, en la cama; ceniceros llenos, ropa tirada por todas partes. Ninguna empleada quería hacer el aseo y yo era la encargada de poner un poco de orden».

A BORDO DEL MUNDO

Inquieto como era, la ambición de Tito era viajar. Así, un buen día supo que una nueva compañía naviera inauguraba una línea hasta

«Como periodista aprendí mil veces más en los cerros, en la playa o en la calle, que en la redacción de los diarios o en una recepción oficial».

México. Anclado en Valparaíso, el barco California le pareció irresistible y consiguió ser agregado a la lista de los doce afortunados periodistas que harían la travesía. Era el año 1943, plena guerra. El capitán advirtió: «Navegaremos con *black out*... no se puede fumar en cubierta... La luz de un fósforo se verá a diez mil metros de distancia y no tendrá nada de raro que nos encontráramos con un submarino alemán aficionado a hacer ejercicios de puntería...» ⁵

Recalaron en Guayaquil, Buenaventura y Cali para llegar finalmente a Manzanillo, México. Allí debía recibirlos Óscar Schnake, el embajador chileno, además de Pablo Neruda y Luis Enrique Délano. Pero nadie los aguardaba: «Habían hecho el viaje de México DF en tren y llegarían justamente... al día siguiente de nuestro arribo oficial». Era mucho esperar. Instigados por Tito, los aterrados reporteros volaron a la capital «en unas cajas de zapatos con alas que desempeñaban oficialmente el papel de línea aérea». ⁶

La estada en el país azteca fue intensa. Tito Mundt convivió con toda la intelectualidad y envió a Chile crónicas que revelan a un observa-

dor minucioso y agudo. Sobre el pintor y muralista Diego Rivera apuntó: «Pesaba, por parte baja, ciento cincuenta kilos. Cada vez que se reía, se quebraba un vidrio».

Lo asombran también las obras del artista. En un artículo para *La Tercera* escribe: «Diego nos invita a su estudio. Inmensas cabezas de cartón y madera. Brujos de la época de los mayas. Trozos de greda que vienen caminando desde la época de los aztecas... curas, millonarios, estancieros, mujeres de la *Belle Époque*, prostitutas con la falda a la rodilla y medias negras. La pintura revolucionaria en una palabra. Más tarde en el Palacio de Gobierno, en el ministerio de Educación, en los museos, en las escuelas, en los mercados, y en la calle nos persiguió la misma imagen. Los inmensos frescos son la mejor propaganda que hace actualmente la revolución. Porque estos indios sobrios y estos frailes despectivos tienen más eficacia política que la más encendida proclama y la barricada mejor montada. Esto aúlla, bala, gime y llora por todo un pasado grandioso en que habla la sangre y canta la tragedia».

En 1946 los artículos de Tito Mundt llenan la prensa. Está soltero y escribe entre diez y doce crónicas diarias que son disputadas por periódicos y revistas. Tener la primicia lo obsesiona, y así lo demuestra cuando Walt Disney realiza una breve visita a Chile. El caricaturista norteamericano estaría solo unas horas y el asedio periodístico era enorme. Acercarse, casi imposible. Entonces la inventiva de Mundt logra que Disney se fije en él: llevando una jaula

con un pequeño ratón en su interior, Mundt proclama que ese es un pariente lejano de Mickey Mouse. Disney celebró la idea y Tito Mundt obtuvo la exclusiva.

Pero ya el bicho de viajar se le ha metido bajo la piel. Los límites de Chile no lo sujetan por mucho tiempo e intuye que debe moverse, ir de un lado para otro. «Como periodista aprendí mil veces más en los cerros, en la playa o en la calle, que en la redacción de los diarios o en una recepción oficial». ⁷ Así, en 1948 parte a Buenos Aires con dinero suficiente para quince días. Se queda un año. Comparte la vida bohemia



Cada vez que su trabajo se lo permitía, la actriz Kanda Jaque tomaba a Barbarita y acompañaba a su marido a cualquier lugar del mundo.

con Rafael Frontaura, Raúl Manteola y Rodolfo Onetto. Trabaja en *Clarín*, *La Tarde*, *Rico Tipo*, *Adán*. Un día, no obstante, considera que ya no hay mucho más que hacer y se despide del Obelisco.

Al poco tiempo viaja a Bogotá. En un café llama su atención un «muchacho imberbe que fumaba inmensos habanos y hablaba con una pasión y una violencia dasatadas». Era cubano y estaba de paso. El cubano señalaba a sus contertulios que en su país había que hacer una revolución 'técnica'; no podía ser algo desordenado, anárquico; frente al aparato estatal había que levantar otro semejante. Trabajar en frío y pensar en grande eran sus recetas. Tito quedó impresionado. «No tenía nada de iluminado ni de apóstol que recita maquinalmente alguna trasnochada consigna. Pregunté su nombre. En voz baja me dijeron:

—Es un muchacho de gran porvenir. Se llama Fidel Castro». ⁸

Algunos años después, su temperamento enamorado le permite visitar Cuba, todavía bajo el régimen de Fulgencio Batista. El mismo Tito Mundt lo relata: «En 1954 me presentaron a una muchacha rubia en el Hotel Carrera que me gustó. (...) Al día

siguiente partiría a Cuba y de ahí a Estados Unidos. Era insolentemente rubia y deportiva. Yo era aburridamente soltero y estaba cansado de teclear a máquina en Santiago de Chile desde hacía más de seis meses». Decide seguirla, pero llega a Valparaíso cuando el barco recién ha zarpado. Salta entonces a una chalupa y rema tras el lujoso transatlántico. «El capitán tuvo la gentileza de tirarme una cuerda por la que me icé ágilmente con la velocidad de un mono». ⁹

En los ocho meses que permanece en La Habana descubre por qué la llaman 'una *garçonniere* con vista al mar'. «Muchachitas de 12 años salían a recibir a los turistas y se entregaban por 10 dólares», cuenta. Siente la corrupción y huele que la revuelta es inminente. «Todo el país estaba horadado por dentro por una corriente de vicio y de negociado. Y Batista era el jefe del *trust* y detrás de él estaba Estados Unidos». ¹⁰

Artículos como ese, sus amenos y documentados programas radiales, su calidad indiscutible, le valen en 1956 el Premio Nacional de Periodismo. El jurado, compuesto por Fernando Alessandri, Juan Gómez Millas, Juan Emilio Pacull, Agustín Escobar y Enrique Osses no necesitó grandes deliberaciones para reconocer que Tito Mundt era la encarnación de un excelente periodista. Verónica López no puede estar más de acuerdo: «La impresión que nos dejó a los que tuvimos el privilegio de trabajar con él fue la de un hombre entregado en cuerpo y alma al verdadero periodismo, ese que cuesta tanto encontrar hoy; era un hombre lleno de energía, bohemio hasta decir basta, pero cuerdo y súper informado. Perteneció a la generación de Nicolás Velasco del Campo, Eugenio Lira Massi, Luis Hernández

Parker, personas capaces de interpretar los hechos. Imparcial, ni el blanco ni el negro, ni uno ni lo otro, la historia se cuenta completa».

Tito, en tanto, había guardado una viva imagen de Cuba. Por eso no titubea cuando, junto a otros periodistas, Fidel lo invita a la isla. Era el 3 de enero de 1959, solo tres días después de la triunfal entrada de Castro a La Habana. «Barbudos, pistolas y puros» fue lo primero que llamó su atención. «Con la inmensa barba y el enorme puro entre los labios, (Fidel) me pareció un gigante que hablaba hasta por los codos y que hacía a la perfección su papel de héroe (...) Un libertador americano (...) que había luchado solo durante dos años, que había perdido a sus

nuevo show. Este se llamaba la revolución libertaria, antibatista y enemiga a muerte de la tiranía. La palabra que más escuché desde que arribamos, fue la palabra Libertad».¹¹

El poder de palabra de Castro lo sorprende y, una vez más, le permite lucirse al describirlo: «Técnica perfecta de agitador de masas. No era la oratoria occidental y afrancesada de Chile o la Argentina, con la frase pulida y el razonamiento llevado lentamente desde una punta a otra para provocar el aplauso... No. Era justamente lo contrario. Recordaba a Lenin y a Hitler. Frase corta y seca. Razonamiento claro, agotando los argumentos simples y silogismos para que se clavara bien la idea en el sencillo cerebro de sus compatriotas.

lución. 1959, en enero, no es mayo de 1965. Aún no había surgido Rusia, Bahía Cochinos (...) Y le juro, amigo lector, que apenas pueda montar en avión para verla después de haberme echado Flit en los ojos para borrar todos los prejuicios y las telas de araña previas, lo haré».¹³

EL CORAZÓN ECHA RAÍCES

Durante su larga vida de soltero, Tito entraba y salía de la casa paterna a las horas más inesperadas. Traspone la puerta de macizo roble americano varias veces al día, casi siempre acompañado de amigos. Doña María, su madre, se había habituado a ese hijo que llegaba sin previo aviso con las personas más

Un día le comentamos a Tito, caminando nuestra noche costina: 'Deberías borrar la T de tu apellido. Tu apellido debería ser, sencillamente, Mundo, Tito Mundo. (...)' Murió a la hora en que la tarde se aquieta y los recuerdos y los sueños se confunden. Murió como —tal vez—, a él, secretamente, le agradaba calcular: viviendo.

Andrés Sabella,

El Mercurio de Antofagasta, 13 de junio de 1971.

mejores amigos en medio del feroz incendio verde y bajo un calor infernal y que había llegado al poder por sus propias manos. La gente que no lo conocía hacía cinco años, lo adoraba ahora fanáticamente». Mundt advierte el cambio: «El mismo pueblo que había oído cantar, bailar, beber y divertirse poco antes, ahora estaba con el arma al brazo y vivía un

Nada de cosas líricas. Hechos, preguntas y sus respectivas respuestas. Análisis agotador de cada paso que pensaba dar la revolución para que el guajiro entendiera al detalle de qué se trataba y qué se pensaba hacer».¹²

Años más tarde, al recopilar sus crónicas en *Memorias de un repórter*, reflexiona: «Claro que esta fue una visión rápida al comienzo de la revo-

heterogéneas, de las que pronto se olvidaba y a quienes ella debía atender. Afortunadamente para él, todos aceptaban sus excentricidades y su falta de protocolo. «Era inquieto, alocado», relata su hermana, «escribía en las servilletas, en los manteles, se paraba, se sentaba, fumaba un cigarro, hablaba por teléfono, hacía cien cosas en un minuto. 'Me vienen

ideas a la mente y las tengo que anotar al tiro', decía». Verónica López corrobora: «Las ideas iban más rápido que lo que él alcanzaba a traspasarlas, así es que hablaba a borbotones y había que entenderle en el momento, a como diera lugar, pues no repetía».

Atractivo, simpático, seductor, a Tito Mundt no le faltaron mujeres. Se enamoraba perdidamente y al poco tiempo alzaba el vuelo, dejando otro corazón roto para su colección. A mediados de 1957, sin embargo, un larguísimo romance —con en-

Una vez llegó a Zig-Zag (yo trabajaba allí entonces), irrumpió en mi oficina, sacó un papel y comenzó a leer una colorida descripción de una faena taurina. Imágenes cinestésicas, adjetivos, velocidad, verbos, movimiento, media página de toro y torero, luminosa y rica. De pronto bajó el papel y me dijo:

—¿Qué te parece? ¿Lo encuentras bueno?

Le contesté que sí, que allí había algo, ciertos desplazamientos. Insistió en interrogarme. Quería que lo encontrara óptimo. Le aseguré que era óptimo, aunque secretamente me parecía bueno, con un sí es no es modernista y ciertos reparos a tópicos, pero en sus límites de pequeño poema en prosa, estaba bien. Entonces Mundt me miró a los ojos y me mostró el papel que estaba en blanco. Me sonreí, perplejo.

—¿No crees que soy un genio? —me dijo.

—Sí, confirmé, cortés.

Enrique Lafourcade,
Las Últimas Noticias,
Santiago, 10 de julio de 1971.

cuentros y desencuentros— lo convenció de que ya era hora de sentar cabeza. La boda se fijó para finales de ese año y la prometida comenzó los preparativos de rigor. Entre estos figuraba la confección del traje de novia, el que fue encargado al elegante taller de la actriz Kanda Jaque, situado frente al Parque Forestal. A petición de la novia, Tito accedió a acompañarla a una de las pruebas. Y allí mismo cayó rendido por la belleza de Kanda. «Mi mamá lo encontró un pesado», recuerda con una carcajada Bárbara Mundt Jaque, «pero fue tanta la insistencia para que se vieran un ratito que mi mamá —que también estaba de novia— por cansancio, accedió. El 'ratito' duró hasta las cinco de la madrugada y en menos de un mes se casaron».¹⁴

Ambos excéntricos, bohemios y tremendamente sociables, iniciaron una vida en la que dominaban los buenos momentos. Innumerables amigos llegaban a cualquier hora al departamento de los Mundt Jaque en calle Santa Lucía. Siempre había ahí buena conversa y buen vino. «Yo llegaba del colegio y en el living podía estar Pablo Neruda, periodistas, un embajador oriental», evoca Bárbara.

Verónica López recuerda esas reuniones: «El primer aniversario de *Algo Nuevo* se celebró en su departamento con Kanda y Barbarita incluidas. Su discurso sobre cómo se hace periodismo fue histórico. Entre copa y copa habló de la autonomía del periodista, la audacia, la veracidad, mientras se inclinaba peligrosamente sobre el balcón».

LA CABRA TIRA AL MONTE...

El haberse casado no disminuyó la obsesión de Tito por estar en permanente movimiento. Kanda, por su



Con su hija Bárbara sentada sobre las rodillas de José Victorino Lastarria, en el cerro Santa Lucía.

parte, si sus actuaciones se lo permitían, en un par de horas hacía la maleta y emprendía viaje con su marido. Desde cada lugar Tito enviaba crónicas, entrevistas y artículos para diarios y revistas nacionales. Su sello impresionista le daba licencia para interpretar lo que veía en su particular modo.

Así, en Alemania rastrea las huellas de la guerra y se estremece con sus despojos: «Fue en Berlín Oriental, y bajo la bandera roja donde vi otra escena de la última guerra que merece de sobra un par de líneas. Una escena que fue el trágico canto del cisne que equivalió a la palabra fin de la salvaje película que se había filmado durante cinco años... En un campo en que no hay nada. ¿Oyó amigo lector...? Nada. La nada de la nada. El viento silbando sobre el polvo y la ceniza. Donde no hay una yerba, un poco de pasto, una flor, nada». Parado en el mismo sitio donde estuvo la Cancillería de Hitler «con las columnas de mármol, los bronce, las lucernas, los gobelinos y las banderas», el periodista recuerda el suicidio del Führer: «Aquí se mató Hitler. Aquí mismo, debajo

de este montículo que trepo a pesar de la prohibición oficial, en este trozo quebrado de cemento que indico con el dedo, en esta especie de mausoleo improvisado y siniestro que estoy enfocando con mi cámara. Aquí se interpretó el último acto de la contienda armada más despiadada de los últimos tiempos». ¹⁵

Pese a su enorme sensibilidad —o, quizás, debido a ella— Tito recobra pronto el optimismo y la alegría de vivir. Debe seguir observando, reportando. Su colega Mister Huifa (Renato González) recuerda que «todo en él era noticia, crónica nerviosa e inmediata, retratos llenos de vida y movimiento, imágenes que insinuaban más de lo que decían. Iba a saltos por todas las novedades del mundo y su Underwood era una máquina fotográfica que tomaba instantáneas a todo color, a todo movimiento y a todo amor. Fue el periodista más periodista que he conocido en mis cerca de cincuenta años de profesión».

Dando vuelta la página al desolado panorama alemán, Tito emprende viaje a Estados Unidos donde se dedica «a vivir torrencialmente y a la norteamericana, treinta inolvidables días, multiplicados por veinticuatro tremantes (sic) horas, en varias ciudades, con políticos, ministros, periodistas, artistas de cine, técnicos de radio, investigadores, etc., para conocer algo más de esa máscara quieta y fija que forma el rostro aparente de una nación». Y descubre que los ciudadanos del país más rico del mundo se aburren, que do-

mina en ellos una sensación de cansancio «prudente y bien organizado». No obstante, y como periodista que debe consignar ambas caras de la moneda, también encuentra a otro tipo de personas: «Los que lucen los primeros nombres de la literatura norteamericana, de la investigación científica, del teatro, de la prensa, de la televisión y de la radio (...). Y ese Estados Unidos sí me gustó». ¹⁶

NOSTALGIA DESDE ESPAÑA

En 1959 se instala con su mujer en Madrid. Escribe frenéticamente. Olfatea la noticia, y su sexto sentido le avisa que en Argel está a punto de estallar un golpe de estado. Se muere por estar allí, y logra que el director del diario *Pueblo*, para el que trabaja,

lo mande como corresponsal. «En Argelia ardía el aire, salpicaban las balas, nos allanaban en todas las esquinas, zumbaban los tiros y en la Universidad y en la Plaza del Forum había un cordón de hierro que tenía que estremecer a un periodista novato como yo en la materia, que nunca había tenido una verdadera guerra civil de por medio».

«Reporté el golpe de estado. Me conseguí un casco y un uniforme de soldado y hasta una ametralladora portátil para caminar entre los soldados y llegar a la zona de peligro. (...) Ese fue mi gran golpe de estado. Mi gran guerra civil. Mi gran revolución». ¹⁷

De regreso a España, sigue su labor de cronista itinerante para *Pueblo* y para la agencia *Fiel*. Con su amigo y compatriota Hugo Goldsak funda la revista *América*; tra-

baja en Radio *Madrid* con Raúl Matas; escribe cuentos y durante cuatro meses con Kanda hace empanadas que se arrebatan la colonia chilena, empezando por el embajador Sergio Fernández Larraín. Un día, sin embargo, debe volver a su país. «Había hecho periodismo, radio, literatura. Había triunfado con dos cuentos en un concurso literario. Había dictado conferencias en Madrid y en provincias. Habíamos recorrido con mi mujer todas las plazas de toros de la península. Nos conocíamos cada punto, cada ciudad, cada vilorrio y cada ensenada. Habíamos subido a los



Bárbara fue su adoración. Pocas horas antes de morir la llamó a Madrid para contarle que le llevaría una muñeca de regalo.

Pirineos y al Peñón de Gibraltar, habíamos navegado por las aguas del Guadalquivir, del Ebro, del Tajo y hasta por el provinciano y tímido Manzanares que es una especie de Mapocho pequeño que usan los españoles para entretenerse los días domingo. Éramos felices. Totalmente felices en España. Pero un día vino la noticia de la muerte de mi padre, el terrible terremoto del año 60, la nostalgia de la patria, el ardor de esa herida lejana que es la familia que está al otro lado del mar, y, disimulando una lágrima amarga que me subió hasta los ojos, monté en un avión y volví a Chile». ¹⁸ Kanda no lo puede acompañar: quince días más tarde —el 27 de diciembre de 1961—, en una clínica del castizo barrio de Camberri, nacía Bárbara Mundt Jaque.

OTRA VEZ EN LA RUTA

Nuevamente en su departamento de calle Santa Lucía, Kanda y Tito se aquietan un poco: ahora son padres. Pero Tito no puede estar mucho tiempo en el mismo lugar. Una fría mañana de junio de 1964 sus ojos caen sobre el titular de un diario: «De Gaulle pasará por Chile». De inmediato concluye que si el mandatario francés viene al país, es preciso contarles a los chilenos quién y cómo es. Durante dos semanas devora todo lo que encuentra sobre Charles de Gaulle —diarios viejos, cartas, memorias— y se propone publicar su biografía, para lo cual debe imperativamente viajar a París a entrevistar al general galo. Nadie se atreve a negarle nada a este verdadero tanque periodístico, y durante todo agosto del 64, en Francia, Tito indaga, entrevista y averigua vida y milagros del personaje. A Chile

regresa con material de sobra como para escribir su notable *De Gaulle, el gran solitario*.

Durante los años siguientes, y hasta su muerte, Tito viaja con su familia constantemente. Sin embargo, la patria es para él el centro de la noticia, y tal vez por eso concibe el más singular texto de historia: *Chile, una noticia*. En formato tabloide, diagramado y escrito como si fuera un diario, Mundt abarca desde 1490 —época en que Colón consigue por fin que Isabel La Católica financie su capricho expedicionario— hasta 1968.

En el prólogo el autor advierte: «Esta no es una historia de Chile. Es más que eso. Es el relato periodístico y al segundo de la existencia de un curioso país situado al extremo del mundo, colgando del abismo, al que han descrito como una cornisa sobre el Pacífico o como un pasillo entre el mar y la cordillera». ¹⁹

Mundt hurga en archivos, consigue fotos, emplea ilustraciones y logra que la historia de nuestro país se lea con el mismo entusiasmo con que se lee un diario de tinta aún fresca. Usa un estilo ameno, ágil, con títulos llamativos y gran canti-



El cuerpo de Tito Mundt fue velado en el diario La Tercera hasta la llegada de su mujer y su hija desde España.

dad de fotografías e ilustraciones. A varias columnas y con filetes para destacar una información, consigna hechos tales como una epidemia de escarlatina, «terrible enfermedad que está diezmando a la población», fechada en Valparaíso en enero de 1822; la construcción del Palacio de Bellas Artes, en 1909; el terremoto de Valparaíso del 16 de agosto de 1906, con fotos auténticas; los disturbios provocados por estudiantes el 16 de agosto de 1946 en protesta por el alza de la locomoción en veinte centavos. Alude al presidente González Videla: «...Cambió su sonrisa kolynosista (por la entonces popular pasta dental Kolynos) por una cara agria y larga». La muerte de Gabriela Mistral, el 11 de enero de 1957 en Nueva York merece una nota que incluye una imagen de la poetisa en un auto descubierto, durante su última visita a Chile.

De la década del 60 destaca el dramático terremoto que azotó al sur de Chile. También, y recurriendo a un estilo 'copuchento', en grandes títulos se refiere a la reforma agraria diciendo que «es solo de macetero», pero usando el epígrafe «Lo dice la oposición». En la misma página y fechado en Santiago, 1963, reclama al ministro de Justicia, Enrique Ortúzar Escobar, por el dictamen de la nueva ley sobre Abusos de Publicidad, que limita el ejercicio profesional del periodismo y crea nuevos delitos en el campo de la información. «El tabloide de izquierda *Clarín* ha bautizado a la iniciativa como Ley Mordaza y un comentarista político de izquierda ha hecho colocar su ca-

ricatura con un pañuelo cubriéndole la boca, en señal de protesta por la medida del Gobierno».²⁰

Otros hitos en esta historia de Chile son el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962, realizado en nuestro país, y la elección de Eduardo Frei Montalva, en 1964.

La última página destaca la creación de los Centros de Madres, el impulso a la nueva política educacional, los cuatro años de gobierno de Frei y el creciente descontento de la derecha: «La derecha, que cambió de apellido y se llama Partido Nacional, maldice la hora en que votó por Frei y abandonó a (Julio) Durán. Los marxistas dicen que está entregado a los yanquis. No les gusta que haya abierto relaciones con Rusia, Polonia Checoslovaquia y otros países de la Cortina de Hierro. También quiere que instale una oficina en La Habana. Ambos grupos dicen que la gorda Inflación es demócrata-cristiana, porque no la para nadie. En fin, palos porque bogas y palos porque no bogas».²¹

Así, haciendo periodismo, Tito Mundt lograba el triple propósito de su profesión: informar, educar y entretener.

CON TITO EN LA MEMORIA

La única hija de Tito Mundt y Kanda Jaque creció sin horarios, rodeada de personas célebres y entrenadas, habituándose a conversaciones, risas y humo. Era los ojos de su padre. «Cuando nació Barbarita el loquísimo Tito terminó de deschavetarse. La mimaba todos los ratos

disponibles y hablaba de ella a pito de cualquier cosa», recalca Verónica López. «Tuve una infancia dorada», reconoce Bárbara. «En mi casa podía haber un chino, una actriz, un político». En este ambiente Bárbara fue aprendiendo más de lo que podía darle una educación formal. «Mi escolaridad fue a saltos», admite, feliz de que haya sido así. «Aparte de que viajábamos mucho, a mi papá no le importaba que en vez de ir al colegio fuéramos a pasear. Entre nosotros había una complicidad muy bonita».

Esa complicidad no se rompió el fatal 10 de junio de 1971. Bárbara sigue ligada a ese padre chispeante, consentidor, distinto a otros. «Era un papá que no ahogaba, no era latero. Me dejó algo como de indisciplina... el sentido de la libertad». También le contagió su intensa alegría de vivir.

Porque si algo está claro es que Tito Mundt no tenía en mente morir tan pronto. Mientras hubiera historias que contar o sucesos que vivir, él debía estar presente, llevar al público la noticia de último minuto... fresca y escrita de su puño y letra.

Además, en Madrid lo esperaban Kanda y su pequeña hija.

Hoy, treinta años después, con una pena nunca superada, Bárbara intenta resignarse: «Él odiaba la vejez, no me lo imagino muriendo en la cama, enfermo. Fue una muerte como tenía que ser: fulminante, rápida y noticiosa».²²

Colaboración de Gonzalo Zúñiga

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Santiago Mundt Fierro. Nace en Santiago, el 4 de marzo de 1914. Casado en 1957 con Kanda Jaque, actriz, que vive en Viña del Mar. Una hija, Bárbara (27 diciembre 1961).

Estudios: Colegio Alemán, Liceo de Aplicación, Escuela de Leyes Universidad de Chile.

Trabajos: revistas *Sucesos*, *Zig-Zag*, *Ecrán*, *Margarita*, *Eva*, *Veá*, *Topaze*, *Pobre Diablo*; diarios *Las Últimas Noticias*, *La Tercera*, *Extra* y *Sensación*. Radios *Corporación* y *Del Pacífico*.

Publicaciones: *De Gaulle, el gran solitario* (Ed. *Zig-Zag*, 1964); *Yo lo conocí* (Ed. *Zig-Zag*, 1965); *Memorias de un repórter* (Ed. *Zig-Zag*, 1965); *De Chile a China*; *Guía humorística de Santiago* (Ed. *Zig-Zag*, 1967); *Chile una noticia* (Ed. *Zig-Zag*, 1969).

Distinciones: En 1951 la Asociación de Cronistas de Cine, Teatro y Radio lo premia por su espacio *Yo lo conocí*; *La entrevista audaz*, como el mejor programa periodístico-documental. En 1956 recibe el Premio Nacional de Periodismo, mención Crónica. Muere trágicamente el 10 de junio de 1971.

NOTAS

- 1 Entrevista a Lucía Mundt Fierro, junio 2000.
- 2 Tito Mundt, *Yo lo conocí*, Ed. *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 1965, p.181.
- 3 Tito Mundt, *Memorias de un repórter*, Ed. Orbe, Santiago de Chile, 1965, p. 7.
- 4 Entrevista a Verónica López, diciembre 2000.
- 5 Tito Mundt, *Memorias de un repórter*, p. 10.
- 6 *Ibid.*, p. 13.
- 7 *Ibid.*, p. 69.
- 8 *Ibid.*, p. 39.
- 9 *Ibid.*, p. 70.
- 10 *Ibid.*, p. 75.
- 11 *Ibid.*, p. 83.
- 12 *Ibid.*, p. 85.
- 13 *Ibid.*, p. 93.
- 14 Entrevista a Bárbara Mundt Jaque, julio 2000.
- 15 Tito Mundt, *Memorias de un repórter*, p. 98.
- 16 *Ibid.*, p. 110.
- 17 *Ibid.*, p. 153.
- 18 *Ibid.*, p. 120.
- 19 Tito Mundt, *Chile, una noticia*, Ed. *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 1968.
- 20 *Ibid.*
- 21 *Ibid.*
- 22 Entrevista a Bárbara Mundt Jaque, julio 2000.



RENÉ
SILVA ESPEJO

René Silva Espejo (1957):

MAESTRO MERCURIAL Y DEFENSOR DE LIBERTADES

«Cuando ya no pudo ir al diario, cada día nos preguntábamos ¿y qué diría don René de esto, y qué pensaría de aquello?». Lisandro Cánepa, ex editor nocturno y jefe de crónicas de *El Mercurio*, detiene sus recuerdos para agregar una frase que repite en forma constante: «¡Era un ser tan especial!».¹

La partida de René Silva —el 27 de junio de 1980— se fue anunciando de a poco. Estaba sin fuerzas y abatido por su columna vertebral, de la que se había operado sin éxito en 1978. Hasta que Agustín Edwards le dijo: «Quédate en la casa, René». «Lo íbamos a ver, lo acompañábamos un rato hasta que un día partió», comenta Cánepa moviendo la cabeza con pesar.

«Estuve con él hasta las ocho de la tarde del día anterior... aunque estaba sufriendo, permanecía lúcido: en un murmullo, me decía al oído: 'mándeme esta carta, llame a fulano...'. 'Sí, don René, mañana', le contestaba yo», cuenta el periodista Ramiro de la Vega², quien fue su secretario en *El Mercurio*.

Terminaba de ver un programa periodístico en la televisión, cuando sufrió un paro cardíaco, pasado el mediodía de ese 27 de junio.³ Lo acompañaba su mujer, Elena Diessel, y al poco rato llegaron su hija Ximena y las nietas regalonas. El funeral congregó a miles de personas. Mientras el féretro bajaba a la tumba, Arturo Fontaine Aldunate, el nuevo director del matutino, señaló: «La familia de *El Mercurio* se inclina reverente ante los restos de un gran hombre».

«Fue como un segundo padre para mí; al argumentar, me enseñó a ser abierto y tolerante: él siempre presentaba un camino que debilitaba la primera idea y abría nuevas posibilidades...», señala su ex secretario y amigo, hijo de otro Premio Nacional, Daniel de la Vega.

SU IMPRONTA

Sencillo en el trato, René Silva Espejo fue un jefe de andar pausado que no interrumpía, escuchaba y «fraguaba mucho las decisiones». «Por su extraordinaria calidad humana»,⁵ dejó una impronta indele-

ble en quienes trabajaron con él; y también por su talento. «A mi juicio es el mejor periodista que ha habido en Chile; sabía actuar como director, subdirector, redactor, y era un excelente reportero», argumenta Lisandro Cánepa.

Este profesor de castellano, hincha del Colo Colo, en lo físico nunca llamó la atención: «No era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, no era elegante pero tampoco iba mal vestido». El mote de «El colorado Silva», que calzaba con su cara rubicunda y redonda, se lo pusieron algunos de sus apasionados enemigos políticos. Durante más de veinte años combinó las labores de dirección con la redacción del editorial y su columna Día a Día. Bajo el seudónimo de Junior, en unas pocas pinceladas reflexionaba sobre las cosas simples en un estilo ágil, liviano y a veces jocoso.

«Como escritor y periodista era agudo, incisivo, sensible. Su estilo era inteligente y reflexivo. Su manejo del idioma era extraordinario»,⁷ señala Cristián Zegers, otro de sus discípulos, también Premio Nacional (1989).

«Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo: para aguijonearlo y mantenerlo despierto...», diría Sócrates y con él, este profesor de castellano diestro en el manejo de la pluma y hábil polemista, que hizo del periodismo la pasión de su vida.

Arturo Fontaine, por su parte, cuenta que en 1963, al poco tiempo de ingresar al diario, Silva se reincorporó luego de una enfermedad. «Inmediatamente me di cuenta de que había llegado el director de orquesta, ya que todos le obedecían como sus músicos (...). Era fiero cuando quería, pero apoyaba a sus amigos hasta el final, algo muy noble por lo demás».⁸

Profesional completo y complejo, «dominaba con claridad las materias políticas, económicas y educativas, especialmente las internacionales. Como director defendió la libertad de prensa, la económica y la de las personas», arguye el actual editor de documentación del decano de la prensa,

Guillermo Canales, para quien Silva Espejo reunía todas las cualidades de un gran periodista: visión aguda, amplia cultura y una gran solidez de principios.

Sus ex colaboradores destacan también una virtud poco frecuente: «Sabía reconocer sus errores y rectificarlos». Lisandro Cánepa cuenta que una vez, cuando él era editor nocturno de *El Mercurio*, al llegar al taller le llamó la atención un título de primera página muy malo. «Me lo cambian ahora mismo», le señaló al jefe de taller, quien no pudo evitar comentar: «¡La que se va a armar mañana, lo ordenó don René!» Al día siguiente Silva Espejo vio el diario y exclamó: «¡Qué título tan bueno, bien por el que lo cambió!».

Dueño de una personalidad de múltiples aristas, muchas de ellas aparentemente paradójales, René Silva fue un hombre de lento caminar y hablar, pero de rápidos y eficientes resultados.

Junto a su extremada prudencia ('soplado', según algunos), convivió un temperamento audaz y decidido. Espíritu abierto y comprensivo, a la vez que riguroso y severo. Creativo, mordaz, fácil, estricto, generoso son algunos de los epítetos que mencionan quienes lo conocieron íntimamente. ¿Su estampa? La de un apasionado-frío, espadachín de la palabra, que nunca olvidó reírse de la vida y de sí mismo, aunque sin perder el decoro.

CON LA 'VIADA' DEL SISMO

Mientras gobernaba Chile el liberal Germán Riesco, algunos salones de Santiago se iluminaban con la luz eléctrica y el país sufría la epidemia de la viruela,⁹ en Antofagasta, Ema Espejo Ibáñez daba a luz el 17 de marzo de 1904 a René, segundo hijo de su matrimonio con el oficial de marina Manuel Silva Ávalos. En



Autoridades de la Universidad de Columbia le entregan el Premio María Moors Cabot en 1958.

total fueron cinco hermanos: Eugenio, él, Hugo, Olga y Eliana.

Su padre les contaba historias de navegantes, una de las cuales lo tuvo a él como protagonista, cuando tenía solo diecinueve años y era un joven guardiamarina. Era abril de 1891. La ciudad de Caldera había caído en manos de la flota opositora a Balma-ceda. El comandante de batería de uno de los modernos destructores (el Lynch y el Condell) le ordenó disparar. De un solo y certero torpedazo hundió al Blanco Encalada, a bordo del cual se hallaba el presidente Ramón Barros Luco, que se salvaría tomado de la cola de una vaca.

Como familia itinerante de un oficial de la Marina, los Silva Espejo debieron trasladarse a la Quinta Región, sin sospechar del remezón que los esperaba la madrugada del 17 de agosto de 1906. El terremoto destruyó barrios enteros y dejó alrededor de tres mil muertos. En Valparaíso y con apenas dos años, René sufre esta traumática experiencia que luego recuerda con humor: «No puedo ser tranquilo porque me pilló el terremoto de 1906. Me quedé la viada del sismo».¹⁰

En 1912 la familia emigra a la capital. Al finalizar sus estudios secundarios en los Padres Franceses de Valparaíso el año 1922, René ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En la Facultad de Filosofía y Letras descubre su verdadera vocación y conoce a su primera mujer, Marta García.

«SENTÍ QUE ERA PROFESOR SIENDO PERIODISTA»

Mientras estudiaba, el joven Silva ocupó diversos puestos en el Ministerio del Interior, donde recorrió la escala administrativa hasta llegar a

Jefe de Sección. De vida universitaria intensa, participó en la Federación de Estudiantes e incluso fue vicepresidente. Se casó a los diecinueve años, y desde 1925, ya con una hija en camino, ejerció cargos docentes hasta que en el año 30 pasó al Ministerio de Educación como Jefe del Departamento de Personal.

En 1927 egresa con el título de profesor de Castellano y Filosofía, mientras en forma simultánea colabora en algunos periódicos. La crisis económica de 1929 repercutió fuertemente en Chile. Dentro de este clima, René Silva es nombrado subsecretario de Educación de Carlos Ibáñez del Campo en 1931, cargo al que renuncia luego de siete meses para dedicarse por entero al periodismo. «Siempre sentí que era profesor siendo periodista»,¹¹ señalaría más tarde.

Ese mismo año asume la dirección del diario *El Imparcial*, que tres años más tarde cierra por falta de financiamiento. En 1934 funda y dirige *Trabajo* y luego repetirá la experiencia con *El Sol*, en 1935. «Es el diario que más trabajo me dio», recordaría. «Lo hacíamos en la maquinaria vieja de la empresa *Zig-Zag*. Me daba medianoche en los talleres».¹²

Lo que calla es el espíritu nacista del tabloide, tendencia que Silva abrazó por un corto lapso. «Duró poco en eso», confirma Ramiro de la Vega.

Sin abandonar la prensa, en 1935 ingresa a la Sociedad Nacional de Agricultura, y llega en 1942 a Secretario General. Como miembro de la SNA, Silva impulsa la creación de una radio de la institución, en 1943. Allí, junto con Rafael Cabrera Méndez y Fernando Ortúzar Vial dieron vida a *Tertulia*, cuyos conductores no se identificaron por sus nombres reales, sino como Tulio, Tertulio y Contertulio.

Su intervención en el programa lo proyectó hacia una masiva audiencia que valoraba la fuerza de sus argumentos. No solo se trataban temas agrícolas; también había foros políticos, información internacional y cultural. El espacio, que duró apenas un año, fue calificado como uno de los mejores de la época. No tenía libreto, era una improvisada conversación de amigos. «Creo que es lo mejor que ha existido en el país. (...) Muchas veces se intentó imitarla, pero nunca se llegó a la naturalidad, a la falta de afectación, a la ausencia de tono declamatorio, que tenía la audición. René Silva —como los otros— se movía allí como un pez en el agua».¹³

EL SERIO DIRECTOR...

EN FAMILIA

René Silva se separó a los siete años de matrimonio. «En el fondo Marta sintió una soledad sensible»,



En plática con el Presidente Eduardo Frei Montalva, amigo cercano, con quien muchas veces compartió desayunos en *El Mercurio*.

dirá Ramiro de la Vega. «Además de intelectual, mi abuelita era muy casera», señala su nieta Constanza Lewis Silva.¹⁴ «No le gustaban la reuniones sociales, era distinta... y el matrimonio se fue congelando».

Aunque separado, René Silva Espejo jamás se desentendió de la familia: siempre se preocupó de su hija Ximena —autora del libro de poemas *Tierra herida*— quien lo haría abuelo muy joven de tres nietas a quienes adoraba: Constanza, Cecilia y Gloria.

Ya mayor se casó con la viuda Elena Diessel, quien lo cuidó en sus últimos años, aunque en su juventud tuvo numerosas amistades femeninas y algunos romances: «Lo llamaban montones de admiradoras, pero prefero no hablar de eso», dice su nieta. «Era encantador con las mujeres, con una chispa y gracia tremendas...», confirma Ramiro de la Vega.

«Fue un abuelo chocho, nada de estricto como puede haber sido en el diario... aunque me imagino que a sus empleados los trataba bien, porque siempre lo visitaban, desde el más humilde al más encumbrado», confiesa Constanza Lewis.

«En casa leía mucho —prefería la literatura francesa y española y los poemas de Rubén Darío— y después de almuerzo se relajaba escuchando buena música. Los vals le encantaban. Y las voces *sexy* como las de la brasilera Maissa Matarasso. Cuando había tertulia poníamos al pianista George Feyer, despacito, para ambientarse».

Con su amigo Coke se juntaba casi todas las semanas a compartir una cazuela de ave. «Era su plato predilecto, además de los porotos granados», señala Constanza.

UN HOGAR EN *EL MERCURIO*

René Silva Espejo se incorpora como redactor al matutino de los Edwards en 1946. Seis años más tarde es nombrado subdirector, en 1961 es elegido presidente del Colegio de Periodistas y en 1963, cuando muere Rafael Maluenda, lo sucede en la dirección de *El Mercurio*.

En plan de broma, Luis Sánchez Latorre (Filebo) comenta que, como segundo de a bordo,

«adquirió la costumbre, no sé si por mimesis, de caminar topándose con los muros o las barandas de los pasillos. Elaboré así la tesis estrafalaria de que para llegar a la dirección del diario más importante de Chile, nacido en Valparaíso, había que caminar como marinero en tierra...».¹⁵

Sus primeros trabajos fueron en defensa de la libertad económica y personal. Uno de los escritos iniciales era una campaña en contra del Tratado de Unidad Económica, propuesto por el gobierno de Juan Domingo Perón al de Gabriel González Videla. Sus argumentos, en los que ponía de relieve la potencialidad de Chile como nación, consiguieron que la propuesta quedara dormida



«Como escritor y periodista era agudo, incisivo, sensible. Su estilo era inteligente y reflexivo. Su manejo del idioma era extraordinario» (Cristián Zegers).

para siempre en los archivos de la Cancillería.

Al poco tiempo comienza a escribir la columna Día a día, que abandonaría solo al final. Una selección de estos pequeños editoriales fue recopilada y editada por Zig-Zag en 1961, con ilustraciones de Coke.

La columna se transformó en un espacio de polémica, de crítica, de advertencia, que siempre mantuvo el tono ligero e irónico, que obligaba a sonreír y a meditar. Su humor estuvo inspirado en Sócrates y su tábano sagrado¹⁶: «Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo: para aguijonearlo y mantenerlo despierto».

En ella cantó al amor, a la amistad, al tango, a ciertas mujeres del siglo XVIII. Escribió sobre Montaigne y Pascal, también sobre Sócrates y Platón. Imaginariamente se paseaba por Roma, el Mediterráneo, Grecia y en todos los lugares captaba la belleza de las cosas simples.

EL CORONEL N.N.

El país fue convulsionándose. A fines de los años 60 surgían los grupos terroristas, las tomas de las universidades y la Reforma Agraria. Silva Espejo era el responsable del diario cuando se inició la campaña, apoyada por otros medios, con el lema de «*El Mercurio* miente». Aunque dolido, externamente no se inmutó.

El 13 de julio de 1967 *El Mercurio* publicó una carta titulada Suelos y FF.AA. con la firma de Coronel de las Fuerzas Armadas, N.N. El autor planteaba la necesidad de revisar las rentas de los servidores públicos postergados, señalando que «existía efervescencia en la oficialidad joven». El presidente del Senado, Salvador Allende, pidió al minis-

terio del Interior procesar al director del diario por la publicación de una carta apócrifa.

Al iniciarse las diligencias en la Primera Fiscalía militar, el encubierto Coronel N.N. concurrió a *El Mercurio* para expresar al director que si el periódico estaba en peligro de sanciones, él lo liberaba de la obligación de guardar el secreto profesional. Silva Espejo agradeció el gesto, pero se negó a romperlo y enfrentó el proceso que duró cuatro meses. El fiscal emitió una resolución declarándolo reo y disponiendo su detención.

Su defensor fue el conocido penalista Miguel Schweitzer Spaisky. «El fiscal militar de la época —cuenta su hijo Miguel Alex, actual abogado de *El Mercurio*—, conocido como el Fiscal de Hierro, determinó que la carta afectaba la seguridad interior del Estado. Citó a declarar a Silva Espejo conminándolo a revelar la identidad del Coronel N.N. Silva manifestó que debía mantener el secreto periodístico».

El abogado le argumentó que el secreto profesional no cubría a los periodistas, sino solo a las carreras llamadas titulares: «Don René mantuvo su línea de que la libertad de prensa se basaba en la garantía del periodista de mantener la reserva de sus fuentes. El Fiscal de Hierro lo arrestó con el objetivo de investigar la denuncia mientras el juicio se llevaba a cabo».¹⁷

Schweitzer acudió ante la Corte Marcial, invocando la doctrina del secreto periodístico. Señaló que «la profesión de la prensa es una de aquellas que, por ley, actualmente requiere título y que ha sido incorporada a la enseñanza universitaria», añadiendo que el artículo 201 del procedimiento del Código Penal ex-

cesa de la obligación de declarar «a aquellas personas que, por su estado, profesión y función legal, como los abogados, médicos, confesores, tienen el deber de guardar el secreto que se les ha confiado y que ésta es la situación en que se encuentra mi defendido».

Con su discurso el abogado consiguió que se acogiera por unanimidad la petición de libertad incondicional e inmediata del detenido, revocando la encargatoria de reo. Fue una de las primeras causas en reafirmar que el secreto de la información y de la fuente de un periodista era un estado protegido.

LA VIDA COTIDIANA:

«DESPACIO QUE TENGO PRISA»

René Silva Espejo dirigió *El Mercurio* con mano férrea, pero es recordado con cariño. Saludaba a todos detenidamente. «Incluso se sabía los nombres de los guardias», recuerda la periodista Carmen Gardeweg. «Era medio picarón, pero serio. Para nosotras fue como un tata, con su caminata lenta, sus chalecos largos...».¹⁸

«Despacio, que tengo prisa»: este antiguo refrán parecía calzarle a la medida. «Lo extraordinario es que a pesar de su aparente lentitud, todo le salía en el tiempo exacto», acota el periodista Héctor Espinoza. Su jornada, que no tenía término, comenzaba temprano en la casa, con la revisión de la prensa. Solía despertar a sus colaboradores a las seis de la mañana con alguna inquietud que quería despachar temprano. «Estaba siempre unido al periódico. No importaba si era de día o de noche».¹⁹

«Él se demoraba mucho —recuerda Cristián Zegers— desde que tomaba el ascensor o subía la escalera

de mármol del edificio de Compañía. En cada pasillo conversaba con los periodistas. Cuando se dirigía al taller, también se detenía a contestar preguntas».

En 1966 Silva invitó a colaborar a *El Mercurio* a uno de sus grandes amigos, el dibujante Jorge Délano (Coke), quien inició su serie de carbonillos, dotados de humor y arte. Un año más tarde nace Don Memorario, personaje de Renzo Pecchenino (Lukas), lo que agrega una nota refrescante al diario.

Uno de sus frecuentes invitados a los desayunos en el periódico era el presidente Frei Montalva, con el que siempre se llevó bien. Con el presidente Allende, por el contrario, se tuvieron mutua antipatía, a pesar de la política mercurial de apoyar las iniciativas gubernamentales. «El gran mérito de Silva Espejo fue mantener una línea editorial con una posición coherente, no influida por los dueños del periódico ni las autoridades o grupos de intereses», aclara Schweitzer.

En 1957 ganó el Premio Nacional de Periodismo junto a la periodista Lenka Franulic y el fotógrafo Heliodoro Torrente. Un año antes había sido galardonado con el Premio Mergenthaler de la Sociedad Interamericana de la Prensa. En 1958 recibe el María Moors Cabot, de la Universidad de Columbia, EE.UU. Poco después, en 1961, es condecorado con la medalla Legión de Honor por el gobierno de Francia y en 1970 le otorgan el premio Alberdi-Sarmiento de *La Prensa* de Buenos Aires.

«No era muy efusivo; el día que recibió el Premio Nacional estábamos esperándolo con una torta y café. Apareció, nos saludó amistosamente y se fue a su oficina»,²⁰ recuerda Luis Deramond, jefe de fo-



Como padrino de matrimonio de su nieta Constanza Lewis Silva, entrando a la iglesia El Bosque.

tomecánica de *El Mercurio*, quien lo define como «afable, incisivo y de pocas palabras».

Cristián Zegers recuerda el día en que Julio Iglesias, en tenuta deportiva, llegó a visitar al director en su despacho. El ojo avizor de René Silva se fijó en un pequeño detalle: «¡Anda sin calcetines este hombre!». La formalidad de Silva Espejo no entendía cómo alguien podía andar con zapatos de vestir y sin calcetines.

Luis Sánchez Latorre, Filebo, amigo suyo y también Premio Nacional, añade: «René Silva Espejo, de apariencia fría, glacial, impávida, no solo trabajaba de inteligente. Era inteligente».²¹

Cada redacción de su artículo editorial era una tarea interminable. Obsesionaba a René Silva Espejo la exactitud en el manejo del idioma. «Pertenece a una época y a un conjunto de servidores de la prensa para los cuales, como en los viejos letrados chinos, el dominio de la palabra representaba el dominio de la inteligencia»²², señala Sánchez Latorre.

EL ARTE DE LA CONVERSACIÓN

Las tertulias de los martes en casa de René Silva Espejo fueron célebres. «Convidaba a personas elegidas, no más de seis u ocho cada vez. Cuando empezó a enfermarse, dejaba de hablar y escuchaba...», confidencia uno de sus asistentes.²³

Su nieta Constanza rememora: «Sus amistades eran de todos los colores políticos. Augusto Olivares estuvo comiendo en nuestra casa. Era amigo de Gustavo Campaña y de Santiago del Campo. Fue un hombre muy abierto, respetuoso de otras ideas».

Las tres hermanas Lewis Silva —Constanza, Cecilia y Gloria— vivieron con su abuelo en Rafael Cañas con Providencia cuando sus padres se separaron y la madre se volvió a casar. «Yo llegaba de mi trabajo y él a veces me dictaba sus editoriales. De repente le preguntaba: 'Tata, ¿qué le parece este cambio?' 'Pongámoslo' me respondía. ¿Se imaginan? Era una mocosa metida, ¡tenía solo diecisiete años!», ríe Constanza.

Corregir hasta el cansancio era una de sus mañas: «A veces al irse me llamaba —señala Ramiro de la Vega—: 'No alcancé a revisar el editorial, ¿le puede echar una mirada?'. A la una o dos de la mañana sonaba el teléfono: 'Ramiro, perdóneme, ¿me podría leer el editorial? A ver, repítame eso. ¿Cómo le suena a usted?' 'Está muy bien, don René', le decía somnoliento. 'No me gusta' insistía. Y empezaba a hacer el párrafo todo de nuevo; la idea completa. Me dictaba y yo copiaba a toda carrera».

De la Vega confiesa nunca haberse enojado con su jefe: «Me trataba como una seda: 'Usted tiene criterio para salvarme de los empalagosos', me decía. Porque llegaba la gente haciéndole la pata. Las niñas con flores,

los hombres con libros: 'don Renecito, tal cosa'. Lo buscaban para ganar una posición y él no se comprometía, no les decía que no, pero al final se imponía su premisa de no apoyar nada que encontrara malo».

DÍAS DE TURBULENCIA

El atentado contra René Schneider, comandante en Jefe del Ejército, acaparó la portada de *El Mercurio* el 23 de octubre del 1970. Un año más tarde, muere también asesinado a sangre fría el ex ministro del Interior del gobierno de Eduardo Frei Montalva, Edmundo Pérez Zujovic.

René Silva Espejo en su columna diaria llamaba a la tranquilidad. Un editorial escrito el año 1971 concluía: «...Es claro que *El Mercurio* es un testigo incómodo para todo el que quiera alterar nuestro sistema institucional o comprometer las libertades públicas. Su voz tranquila, y no exenta de firmeza cuando la ocasión lo exige, influye sobre la opinión nacional y logra a veces moderar propósitos».²⁴

«Para Allende *El Mercurio* era un bastión de la oposición absolutamente contrario a su gobierno. Se hicieron toda suerte de gestiones para cerrarlo, así como durante la época de la Unidad Popular se intentó expropiar La Papelera —de ahí el slogan *La Papelera NO*— con el fin de controlar a la prensa a través del control del papel», señala Miguel Alex Schweitzer.

Héctor Espinoza fue testigo di-



Pese a su fama de frío y racional, en la intimidad supo demostrar con fuerza su cariño a los más cercanos. Aquí en el estadio con sus bisnetos, hijos de Constanza Lewis Silva.

recto de un ataque frontal que realizó el presidente Allende en contra de *El Mercurio*, y que reveló una gran animosidad personal de él hacia este medio: «Como reportero de La Moneda asistí a una conferencia de prensa en la que Allende realizó una diatriba virulenta contra *El Mercurio*. Cuando llegué al diario me llamó el director:

—Héctor, ¿qué dijo el Presidente?

Consulté mis apuntes para ser preciso y le respondí. Luego le pregunté:

—¿Va a cambiar el editorial?

—No —me respondió—. Por primera vez vamos a llevar un editorial en primera página.

Él era así: rápido y oportuno para tomar decisiones».

El 20 de junio de 1973 el diario publicó a página completa una inserción del Partido Nacional, con la firma de Sergio Onofre Jarpa, titulada «Don Salvador Allende ha viciado su mandato constitucional en el ejercicio de su cargo». El texto concluía que el régimen de Allende se caracterizaba por «el intento de silenciar los medios de difusión que

discrepan del gobierno; la destrucción moral mediante difamaciones» de quienes se oponían a él y «las mentiras y calumnias de la publicidad oficial y las invenciones malévolas».

«El gobierno asume que (este texto) es sedición, una infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado y, a propósito de esa denuncia, persigue al *El Mercurio*. Se nombra un ministro en visita de apellido Moroni y el gobierno le pide que, junto con interponer las acciones, suspen-

da la circulación del periódico en forma indefinida. El ministro accede y decreta la suspensión».²⁵

Miguel Alex Schweitzer defendió la causa ante una sala de la Corte de Apelaciones integrada por los ministros Efrén Araya, Gustavo Chamorro y Emilio Ulloa. Tenía treinta y dos años y era su primer caso importante.

«Había dos opciones», continúa Schweitzer. «La primera, acatar la orden y dejar de publicar el diario por una semana hasta que se viera la apelación en la Corte Suprema y la otra, no acatar lo resuelto por el ministro hasta que este forzara la suspensión por la fuerza pública y ahí entonces ir a una apelación. Pensábamos que era tan aberrante la decisión que la Corte no iba a poder confirmarla, pero implicaba a lo menos un día sin circular. El riesgo era que si nos iba mal era una semana con el diario suspendido».²⁶

El 29 de junio de 1973 un grupo de la policía civil se presentó en *El Mercurio* y procedió a allanarlo,

pidiendo que se retiraran los trabajadores. La irrupción policial impidió la edición del diario *La Segunda* ese día y mantuvo clausurados *El Mercurio* y *Las Últimas Noticias* por más de cuatro horas.

Después de ese lapso, el general Mario Sepúlveda pidió a la policía que se fuera y se reanudaran las actividades de los periódicos. Al día siguiente el editorial, escrito por Silva Espejo, señalaba: «El allanamiento, desalojo y suspensión de nuestras actividades periodísticas son claramente ilegales. Si hay alguna duda además de que el gobierno infringe la Constitución, aquí está la visita policial a *El Mercurio* y los nuevos atentados a la libertad de expresión».²⁷

El alegato del joven abogado Schweitzer, ante una nutrida concurrencia encabezada por René Silva y Arturo Fontaine, calificó la medida de «arbitraria, precipitada y abusiva» y consiguió que la Corte de Apelaciones retirara, por unanimidad, los cargos en contra de *El Mercurio*. El diario pudo entonces reaparecer de inmediato. Entretanto se habían recibido centenares de adhesiones de distintos sectores —universitarios, políticos, gremialistas— de la capital y provincias. La noticia de la suspensión tuvo, además, amplia cobertura internacional.

Un mes más tarde, el 12 de septiembre de 1973, día después del golpe militar, *El Mercurio* volvería a interrumpir su edición a raíz del bando del nuevo gobierno de las Fuerzas Armadas de prohibir la circulación de los diarios. Más de sesenta militares ocupaban las oficinas de redactores, correctores y editores. Sin aviso, cambiaron los textos que no les parecían adecuados y muchas veces censuraron otros tantos.

«Cuando los militares intervinieron *El Mercurio* —recuerda su abogado—, René Silva Espejo aceptó a regañadientes, pero no tuvo ninguna posibilidad de objetarlo porque era una medida de fuerza. Lo que nunca aceptó fue cambiar editoriales y algunos textos, incluso salían pedazos en blanco para que todos se dieran cuenta de que estaban siendo censurados...».²⁸

SU LEGADO

Más allá de los elogios a su gestión, que algunos pueden no compartir —especialmente los sectores de izquierda que calificaban al diario y a su director como ‘sibilinos’—, René Silva Espejo tuvo las condiciones de un maestro: no mostraba el camino sino que buscaba que los otros descubrieran la verdad por sí mismos a través de sus preguntas dialécticas, en la línea del método mayéutico de Sócrates. «Se pone en juego la mente del lector y se da lugar a una gimnasia intelectual»,²⁹ explicaría.

Una de sus cualidades fue ponerse en el lugar de la persona que tenía al frente: «En eso nadie lo superaba. Si se trataba del Presidente de la República, le hablaba como Presidente; si era un mozo o un obrero, les conversaba como un igual».³⁰ «Era muy estimulante», recuerda Cristián Zegers. «Si un periodista lograba un acierto, se preocupaba de que tuviera un reconocimiento».

Durante su dirección, *El Mercurio* tuvo oportuna cobertura nacional gracias a una flota propia de camiones. René Silva fue también el mentor de lo que era entonces un novedoso experimento: organizó un diario más conciso, más corto, evitando el conocido sabaneo. Se preocupó de asignar los espacios para las crónicas, según su importancia. Ramiro de la Vega alaba su estilo: «Don René odiaba adjetivar, le gustaba escribir con precisión y si acaso hacía una metáfora, ocupaba caminos originales para llegar a ella».³¹

En 1963, bajo su dirección, se publica por primera vez el Suplemento

(Crónicas de Junior)

RUTINA

Si las palabras tienen rostro, el de la palabra rutina es viejo e inexpressivo. Sobre él se refleja el cansancio de los actos repetidos. Rodar y rodar por una ruta interminable, sin poder escapar de ella. Mecanizar actos o eludir la vigilancia de la razón.

Hay quienes confunden la rutina con la experiencia, encontrando en ambas la comunidad del pasado. Y son antagónicas. La experiencia es vida, tiene lazos con la inteligencia y la fantasía, nace de elegir entre varias cosas y quedarse con la que se conforma al sentido humano. La rutina carece de esos atributos; es estática, sin vida, irremisible en su ceguera. Cuando la experiencia se seca y pierde el propio perfume, se vuelve rutina.

Ser rutinario es renunciar a la arbitrariedad del espíritu y aceptar la esclavitud de los hábitos, mirar sin ver; caminar sin descubrir.

La rutina es precursora del maquinismo y lo sobrevivirá.

Dominical, antecesor de la Revista del Domingo. Incluía la crítica literaria semanal de José Miguel Ibáñez (Ignacio Valente), precedido en el centro de la crítica de *El Mercurio* por los célebres Alone y Omer Emeth.

En 1976 cumple uno de sus grandes sueños: la *Revista del Campo*, pionera en temas agrícolas. Un año después se edita un suplemento de espectáculos los días viernes; el primer perfil de la conocida revista *Wikén*.

Los avances y progresos de *El Mercurio* fueron reconocidos por la Universidad de Chile, que en 1976 lo nombra Doctor Honoris Causa con mención en Filosofía y Letras.

«No hay ninguna otra distinción igual que haya salido de la prensa chilena. Ojalá en el futuro haya otros. Es la designación que más me ha conmovido en mi carrera».³²

Era el epílogo. Dos años más tarde, en 1978, anuncia su retiro. «No

podíamos creer que estuviera enfermo, se veía tan sano», señala Luis Deramond. Pero se fue muriendo lentamente. Casi un año estuvo prostrado en una silla de ruedas hasta que en junio de 1980, a los setenta y seis años, falleció en su casa.

En materia espiritual también fue algo enigmático. En su juventud, al parecer, era agnóstico. «Tenía respeto y consideraciones con los católicos, pero creo que confiaba más en el hombre que en las religiones», asegura Ramiro de la Vega. Pero su nieta Constanza cuenta que, ya enfermo, iba un sacerdote a darle la comunión todos los días. «Era una persona muy honesta consigo misma; si no hubiese creído no habría comulgado. Es cierto que no iba a misa ni hablaba de temas religiosos, pero creo que cuando se fue acercando a la muerte, se cuestionó...». De hecho, uno de sus grandes ami-

gos fue el sacerdote Eduardo Lecourt, el 'orador sagrado'.

A veintiún años de su muerte, la huella de René Silva no solo está viva en *El Mercurio* sino también en sus nietas, bisnietos y —hasta ahora— un tataranieto. Aunque nunca habló mucho de sus afectos, este brillante periodista supo demostrar con fuerza su cariño a los más cercanos. «Cuando mi hijo Fernando tenía unos doce años —cuenta Constanza Lewis Silva— participó en una exposición científica en el Verbo Divino. Mi abuelo ya estaba muy enfermo, en cama, pero hizo un esfuerzo para ir a ver a su nieto regalón. Se le arrancó a Elena y cuando lo vimos llegar en un taxi, nos impresionamos. Fue la última vez que se levantó».³³

Colaboración de Nicolás Anwandter
y Trinidad Montalva

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: René Silva Espejo. Nace en Antofagasta el 17 de marzo de 1904.

Padres: Manuel Silva Ávalos y Ema Espejo Ibáñez. Se casa en 1925 con Marta García y en 1978 con Elena Diessel. Hija: Ximena Silva García. Nietas: Constanza, Cecilia y Gloria Lewis Silva.

Estudios: Padres Franceses de Valparaíso. Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Egresada en 1927 como Profesora de Castellano y Filosofía.

Experiencia en la administración pública:

1923: Funcionaria del Ministerio del Interior.

1930: Ingresa al Ministerio de Educación.

1931: Subsecretaria de Educación.

Experiencia periodística:

1931: Ingresa al diario *El Imparcial* y llega a ser directora.

1934: Funda y dirige el periódico *Trabajo*.

1935: Funda y dirige el periódico *El Sol*.

1935: Ingresa a la Sociedad Nacional de Agricultura.

1946: Redactora de *El Mercurio*.

1952: Subdirectora de *El Mercurio*.

1961: Presidente del Consejo Nacional del Colegio de Periodistas.

1963: Directora de *El Mercurio*.

Distinciones:

1956: Premio SIP Mergenthaler.

1957: Premio Nacional de Periodismo.

1958: Premio María Moors Cabot.

1961: Medalla Legión de Honor del gobierno de Francia.

1970: Premio Alberdi-Sarmiento de *La Prensa* de Buenos Aires.

1976: Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile.

Publicaciones:

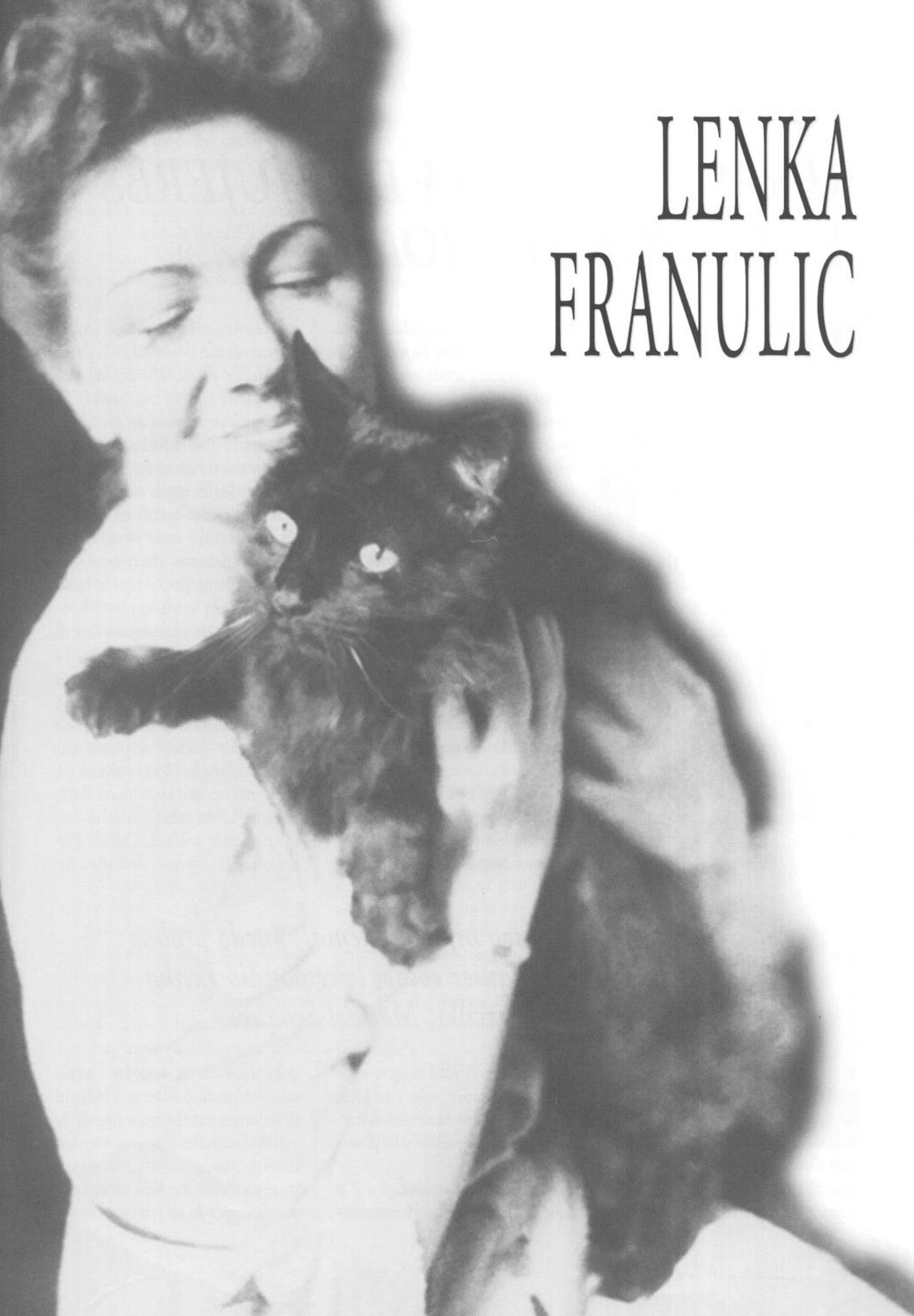
Jr. Crónicas, Editorial Zig-Zag, 1961, ilustrada por Jorge Délano, Coke.

• Fallece en 1980 a los 76 años.

NOTAS

- 1 Entrevista a Lisandro Cánepa, editor nocturno y jefe de crónicas de *El Mercurio*.
- 2 Entrevista a Ramiro de la Vega, periodista y secretario personal durante cerca de treinta años.
- 3 *El Mercurio*, 28 de junio de 1980.
- 4 Entrevista a Lisandro Cánepa.
- 5 Entrevista a Guillermo Canales, jefe de Documentación de *El Mercurio*.
- 6 Entrevista a Lisandro Cánepa.
- 7 Entrevista a Cristián Zegers.
- 8 Entrevista a Arturo Fontaine.
- 9 Suplemento especial revista *Ya*, 100 años de sociedad, otra mirada a un siglo de vida, *El Mercurio*, julio de 2000.
- 10 Revista *Ercilla*, 24 de agosto de 1977.
- 11 *Ibid.*
- 12 *Ibid.*
- 13 *Antología de redactores nacionales*, Editorial del Pacífico, año 1963, pág. 267.
- 14 Entrevista a Constanza Lewis Silva.
- 15 Filebo, *Escorzo de Rafael Maluenda*.
- 16 René Silva Espejo, Jr. *Crónicas*, Editorial Zig-Zag, 1961.
- 17 Entrevista Miguel Alex Schweitzer, abogado de *El Mercurio*.
- 18 Entrevista a la periodista Carmen Gardeweg.
- 19 Entrevista a Cristián Zegers.
- 20 Entrevista a Luis Deramond, jefe de Fotomecánica de *El Mercurio*.
- 21 Luis Sánchez Latorre, *Los 90 años de Silva Espejo*, Editorial *Las Últimas Noticias*, marzo de 1994.
- 22 *Ibid.*
- 23 Entrevista a Ramiro de la Vega.
- 24 Suplemento especial Cien Años de *El Mercurio*, Imprimiendo la Historia.
- 25 *Ibid.*
- 26 Entrevista a Miguel Alex Schweitzer.
- 27 Suplemento Cien Años de *El Mercurio*.
- 28 Entrevista a Miguel Alex Schweitzer.
- 29 Juan Ramón Silva, Alfonso Calderón, *Maestros del Periodismo*, Editorial La Noxia.
- 30 Entrevista Lisandro Cánepa.
- 31 Entrevista Ramiro de la Vega.
- 32 Revista *Ercilla*, 24 de agosto de 1977.
- 33 Entrevista a Constanza Lewis Silva.

LENKA
FRANULIC



Lenka Franulic (1957):

«ERAS PRESENCIA DE MUJERES Y LECCIÓN DE HOMBRES...»

Por las calles soleadas de Antofagasta, la Perla del Norte, entre el movimiento que caracteriza a cualquier ciudad contagiada por la efervescencia y la bonanza salitrera, camina una mañana de 1923, rumbo al Liceo de Varones, una espigada y rubia colegiala. Sus antiguas compañeras del Liceo de Niñas, en la calle Bolívar, han terminado el último año de humanidades estipulado por ley, uno menos que el correspondiente al de los colegios para hombres. Seguirán ellas, seguramente, el camino señalado para las mujeres de la época: el hogar. Otro, sin embargo, es el destino de esta muchacha. El ministerio de Educación ha aceptado su petición de cursar el sexto de humanidades y así acceder a la universidad.

Mientras camina, ¿se imaginará que a cuarenta años de aquel momento se entregaría un premio pe-

notables escritores, periodistas y poetas, entre ellos Pablo Neruda, acojados por su partida leerán los discursos fúnebres más hermosos y nostálgicos ante un mar de gente que viene a despedirla? Seguramente no. Solo da vueltas en su cabeza la excitación del momento, tal vez sin saber que seguir estudiando será la primera barrera contra las costumbres de su época que sorteará con éxito.

AMANECER EN ANTOFAGASTA

El 25 de junio de 1908 fue un día de muchos sobresaltos para los recientemente inmigrados Mateo Franulic y Zorka Zlatar. De origen croata, habían desembarcado en Chile unos años antes, instalándose en Antofagasta. El auge salitrero convertía al puerto en un buen destino para comenzar una nueva vida. El gran movimiento y la riqueza que

mente solo Lenka y la menor, Dobrila, traspasarían el umbral de la niñez.

Mateo Franulic creó un lazo muy fuerte con su hija Lenka. Tal cariño era correspondido con creces por esta, la que, inducida por su padre, formó un mundo infantil alrededor de las letras y la cultura. Años más tarde esto se notaría en los escritos de ella, cuyo estilo y manejo del lenguaje denotan claramente que tras esa pluma fina y simple había una profunda formación.

Pero una enorme tragedia vendría a interrumpir la niñez de Lenka. La muerte de su padre, cuando ella tenía solo nueve años, será la más dura pérdida que deberá afrontar. Jamás pudo olvidar este hecho, al punto que cuando su madre Zorka volvió a casarse, esta vez con el violinista Pedro Asquini, Lenka asumió una rebeldía infranqueable hacia él. Dobrila Franulic, por el contrario, recuerda a As-

«No soy casada, no tengo hijos y, además, puedo probar que soy capaz de cualquier cosa», le respondió Lenka al director de Ercilla, Manuel Seoane.

riodístico con su nombre? ¿O que ella misma sería galardonada con el honor más grande otorgado en Chile a un periodista, el Premio Nacional? ¿Podrá visualizar que el día de su muerte también moriría de tristeza el mundo de la prensa? ¿Y que los más

generaba la actividad minera esperanzaban al comerciante y su joven esposa. Ahora podían recibir tranquilos, pero expectantes, a su primogénita, Lenka.

Tres hijas más tendrían los Franulic Zlatar. De ellas, lamentable-

quini como a un verdadero padre, que se esforzaba para ser aceptado por su hermana, sin resultado alguno. Se volvió desafiante, lejana y fría. Las clases de piano y violín que les impartía su padrastro eran solo un mal rato para la mayor de las Franulic.

La tensión llegó a tal punto, que la enviaron a un colegio de monjas en Copiapó. Al año estaba de vuelta en Antofagasta, luego que las religiosas no pudieran tolerar su carácter. Una vez en casa, decidió concentrarse en sus estudios y, no obstante la fría relación, estableció una tregua con su padrastro.

FORJANDO EL DESTINO

Aunque la traducción correcta de Lenka es «Helena», ella insiste que es «Magdalena». Y así la conocen sus compañeras y amigas del Liceo de Niñas: como Magdalena Franulic. Se ha creado fama de excelente alumna. Llega todos los días a casa y se enclaustra a estudiar, lo que se refleja en muy buenas notas durante los cinco años que dura la secundaria. Además, cuenta con una inteligencia aguda y una perseverancia envidiable. Es tal el prestigio ganado como alumna, que cuando toque el turno a Dobrila de ingresar a ese mismo establecimiento, le recordarán lo alta que su hermana ha dejado la vara:

—Así que usted es la 'Magdalénita chica'...

—Mmm, sí.

—Vamos a ver si es astilla del mismo árbol.

Pero se aproxima la hora en que, por la normativa de la época, Lenka debe terminar su último año escolar. Se supone que, como toda mujer, debe dedicarse a actividades hogareñas. Prepararse para ser una esposa digna y servicial. ¡Nada más lejos de lo que pretendía! Por esa razón se alegra de que el ministerio le dé la oportunidad de seguir estudiando.

Resulta fácil imaginar las caras de asombro de los muchachos de aquel sexto año de humanidades en

el Liceo de Varones de Antofagasta, al ver entrar a clases a Lenka y cinco amigas más. Era la primera vez que ambos sexos compartían aulas, hecho que rompía con una tradición muy arraigada en la sociedad chilena, a pesar de la oleada liberal que ingresaba al país desde fines del siglo anterior. Éste, el XX, crucial en la reivindicación femenina, tenía en el norte de Chile un portaestandarte de armas tomar.

Esta novedad dio un carácter sobresaliente al último año de humanidades del Liceo de Varones (y señoritas). Ambos bandos se sintieron en la obligación de no ser doblegados. Aumentaron los esfuerzos a medida que crecía la sana competencia y el nivel académico fue mayor al esperado por los profesores más optimistas.

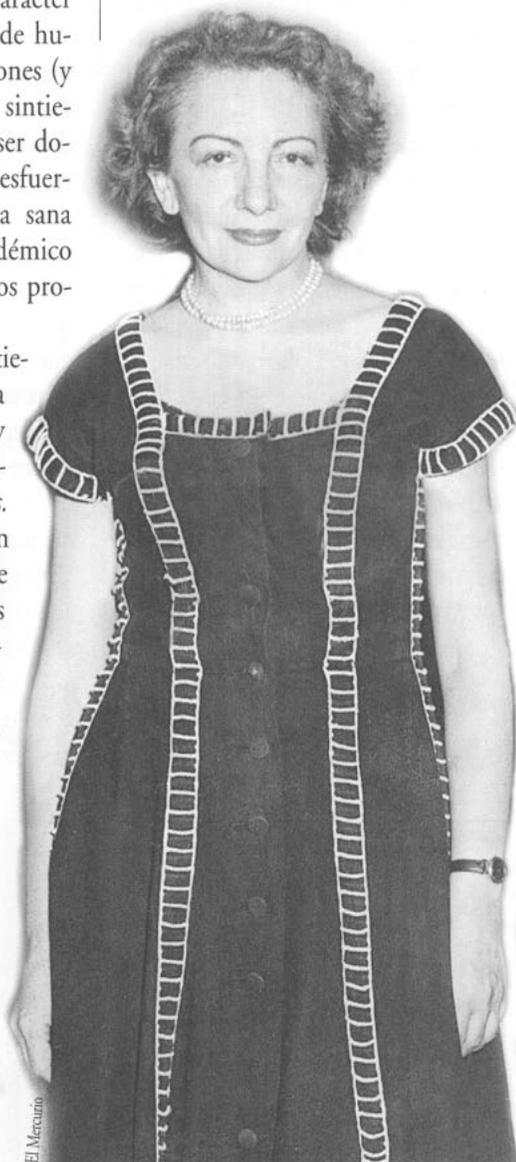
En ese ambiente, Lenka tiene su primer acercamiento a las letras, cuando redacta y reúne material para la publicación *Entre gallos y pollitas*. Ese *fanzine* o revista casera, en la que podían encontrarse desde poemas hasta pequeños artículos sobre actualidad liceana, circulaba de mano en mano entre compañeros. Ya destacaba en Lenka su gran bagaje cultural: opinaba con propiedad sobre los más diversos temas, lo que hizo muy popular a la publicación. Fue el primer y humilde atisbo al mundo de la prensa.

EL CAMINO HACIA EL PROFESIONALISMO

Determinada a seguir adelante y en busca de un título profesional, se traslada

a Santiago una vez terminado el colegio. En 1925 ingresa al Instituto Pedagógico, ubicado en la Alameda. Elige pedagogía en inglés, estudio que, llegado el momento, se transformará en una de sus armas más poderosas.

En esta primera etapa será el Internado de Señoritas su refugio. La soledad y el sentimiento de lejanía terminan cuando Zorka y Dobrila se instalan también en la capital,



«Los grandes personajes sabían que Lenka podía abrirles su más guardado cofre». (Hernán Millas).

mientras Pedro Asquini permanece en Antofagasta para cuidar los intereses familiares. Las tres comparten un departamento en Agustinas con San Martín, en pleno centro.

La muchacha nortina seguía con su tenaz ambición por destacarse como la mejor. Esa fue su carta de entrada al primer medio escrito que la recibió, la prestigiosa revista *Hoy*. En ella se dedicó a la traducción de artículos de importantes escritores, así como a redactar ensayos políticos, filosóficos y literarios, bajo la dirección del periodista Luis Edwards Matte. Corría 1931. Allí, y de la mano de sus colegas, Lenka Franulic comienza a empaparse del mundo periodístico, el cual la seducía cada vez más, conforme aprendía las técnicas del reporteo.

Casi diez años pasarían antes de diversificar su trabajo: en 1939 escribe *Cien autores contemporáneos*, que junto a *Antología del cuento norteamericano* (1943) serán destacadas por la intelectualidad de la época como obras indispensables. No está de más citar la opinión de José Donoso: «*Cien autores contemporáneos* proporcionó una especie de guía telefónica para los que sentían una inquietud insatisfecha frente a la literatura que se llevaba en ese momento». Posteriormente también dirige por un breve período la radio *Nuevo Mundo*. Pero es en la prensa escrita donde radica el mayor interés de Lenka.

Ercilla, revista en la que trabajó desde 1941, sería su trampolín hacia el reconocimiento. Una vez que *Hoy* llegue a su fin, el 14 de octubre de 1943, se dedicará a su nuevo 'hogar' a tiempo completo y no pasará mucho antes del debut en el área del reporteo.

Entonces dirige la revista el periodista peruano Manuel Seoane, hombre marcadamente machista. El día que Lenka se enfrentó a él para pedir su traslado desde el área cultural a la de reportajes, Seoane levantó una ceja incrédulo. Con sarcástica sonrisa le dio a entender que no tenía fe alguna en la labor femenina en lo que a periodismo callejero respecta. Su argumentación fue refutada por la testaruda mujer parada frente a él: «No soy casada ni tengo hijos y, además, puedo probar que soy capaz de cualquier cosa», le respondió.

Puede que para desanimarla, Seoane le encomendó la epopéyica tarea de conseguir una nota sobre Mariano Latorre, el mismo día en que este había recibido el Premio Nacional de Literatura, el 10 de mayo de 1944. Nada fácil, pues Latorre, de por sí reacio a las entrevistas, tenía una jornada intensa. Con su amigo y colega Luis Hernández



Con Eleanor Roosevelt, destacada ex primera dama de Estados Unidos, en su visita a Chile.

Parker rastrearon al personaje por todo Santiago hasta dar con él. El esquivo escritor, tras varias horas de celebración, se encontraba en un colaborador estado de semiebriedad y se extendió acerca de su vida y obra.

La entrevista, que además mostraba al padre a través de una de sus hijas y al maestro bajo la mirada de sus alumnos, fue entregada puntualmente a las siete de la tarde de ese día. No fue la primera ni última vez que Lenka Franulic hizo a Seoane tragarse sus palabras; de hecho, el director cambió su actitud al punto que terminó encomendando las misiones más complicadas a la única mujer del equipo.²

FALDAS EN LA REDACCIÓN

La columna de Lenka Franulic, de notoria tendencia feminista y redactada de manera liberal, tomó rápido vuelo propio, pasando a ser una de las favoritas de los exigentes lectores de la revista. Su estilo sencillo y directo, tras el cual se advertía veracidad y transparencia, se convirtió en marca registrada.

Una de las características de la periodista eran su sin igual forma de titular: La Quintrala fue solo una impaciente precursora; Pasó de moda la sonrisa: hoy gusta el gesto serio; Siempre hubo un don Juan colectivo para enloquecer a las mujeres; El amor no tiene reglas: el teléfono le hace daño, la mujer es más realista.

Entre los numerosos artículos de Lenka Franulic en esta línea, Biblia matrimonial para uso de señoras sirve para captar el calibre empleado: «En la edición anterior de *Ercilla* se publicó una Biblia matrimonial para uso de caballeros, según prescripciones de Jean Rostand, que, como

hombre galán y francés, debe ser un experto en la materia. Pero todo problema, también el conyugal, tiene dos aspectos, y en todas las latitudes «se cuecen habas». Aun en Chile. Permítaseme pues responder al señor Rostand, con un ensayo de Biblia matrimonial para uso de señoras. Debo comenzar por confesar que soy soltera. Pero no estimo esto como un inconveniente. Al contrario. Así podré opinar con más imparcialidad que aquellas que vuelven de la feria. Además, este hecho no me impide tener cierta experiencia en tan arduo asunto. Ajena, se entiende. No es necesario ser un pollo tostado en un asador para darse cuenta de lo que debe ser la experiencia. Y luego de haber interrogado implacablemente a todas mis amigas casadas, divorciadas y viudas, en especial a las reincidentes que son las que más saben de estos menesteres, he llegado a ciertas conclusiones para uso de aquellas que quieran o puedan aprovecharlas».³

A esta introducción le sigue un desarrollo bastante avanzado para la época. Recomienda a las mujeres que cuando descubran al marido en una infidelidad se hagan las tontas o se vayan de su lado; que no crean en la posibilidad de que sus cónyuges sean monógamos, pues la bigamia es una regla masculina; que estén ausentes para que él las eche de menos, etc.

En el texto también se encuentran algunas razones por las cuales Lenka habría optado por la soltería: «Existe una condición fundamental de los hombres: hasta el día que usted se case habrá sido para su novio el dechado de todas las perfecciones. Encontrará encanto en el más ridículo de sus gestos. Le dirá que la quiere como es y para toda la vida. Apenas la tenga segura bajo su do-

minio despertará el Führer que hay en todo marido y comenzará a querer cambiarla de pies a cabeza, de amoldarla egoístamente a su confort y a sus hábitos adquiridos...».⁴

Por si quedara alguna duda, en La Quintrala solo fue una impaciente precursora se manifiesta el encarnado feminismo de la periodista: «Doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, alias La Quintrala, fue la precursora criolla de las vampiresas modernas y aerodinámicas. Las mujeres y hombres de su tiempo la peleaban por sus escotes atrevidos. En realidad, ella fue avanzada a su época. Fue antecesora del cierre éclair y del divorcio. Solo que cuando un galán la aburría empleaba métodos de eliminación más violentos que los que tolera la ley actual. Las chicas modernas se divorcian y asunto concluido».⁵

En el artículo Lenka escribe una carta a la temible Catalina para darle las gracias por lo adelantada que fue en su tiempo. También le cuenta que en los años actuales (los cuarenta) las mujeres han logrado grandes avances y ya no es preciso que practiquen brujería para matar el ocio. Destaca que «fue la antecesora del feminismo, y esto ha sido la incitación de todos los movimientos de esta índole. Los hombres la exasperaron, pero siempre fueron inferiores a ella. Lo cual, para una mujer, es peor que un delito...».⁶

LA NUEVA VETA DE LENKA FRANULIC

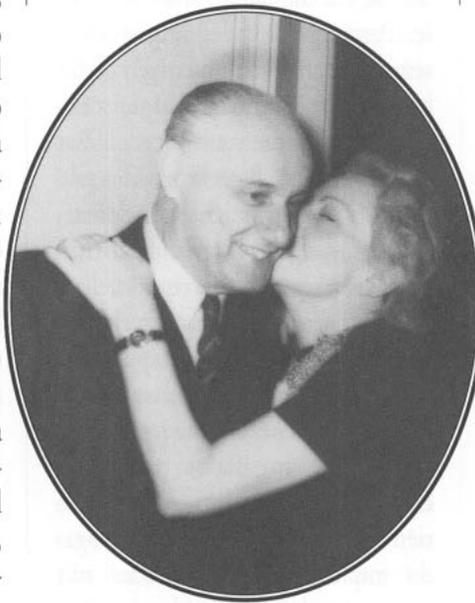
No pasaría mucho antes de que encauzara su pluma hacia un nuevo blanco. La seducción que le producía viajar encontró una excusa perfecta en el reporteo internacional. Tanto para *Ercilla* como para ella fue un negocio redondo, ya que la resonancia

del trabajo de Lenka traspasaba las fronteras nacionales, así como un bien ganado prestigio de transparencia y rigurosidad periodísticas. Se le abrieron numerosas y exclusivas puertas, las cuales otros reporteros no habrían podido traspasar, fuera cual fuera el entrevistado, chileno o extranjero. Aprovechando una beca del gobierno francés, en 1952 se trasladó a Europa a retratar la actualidad internacional. A través de sus despachos los chilenos se informaron acerca de lo que ocurría en Viena, Yugoslavia, Moscú, Alemania, Francia, Inglaterra, Budapest...

El notable currículum de Lenka Franulic registra encuentros con personalidades de la altura del Mariscal Tito de Yugoslavia, Jean Cocteau, Juan Domingo Perón, Eleanor Roosevelt, Fidel Castro, Gabriela Mistral, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Salvador Dalí, Aldous Huxley, Thomas Mann y los presidentes Gabriel González Videla, Carlos Ibáñez del Campo y Jorge Alessandri Rodríguez, entre muchos otros. Tampoco escatimó recursos para llegar hasta la fuente noticiosa. Más de alguna vez tuvo que disfrazarse, colarse clandestinamente en habitaciones de hotel o, como ocurrió en una oportunidad en que *Ercilla* se negó a costear el viaje a una reunión de cancilleres en Río de Janeiro, contratarse como cuidadora de caballos.

Con ese espíritu, escribió grandes reportajes de un alto poder descriptivo, como lo demuestra la entrevista al Mariscal Tito: «La historia que hay tras de él, también puede llamarse fascinante, a lo menos. Hijo de campesinos, fue asediado por el hambre desde su niñez. En esta dura escuela, laboró como aprendiz de herrero, de mozo de café, de sastre y de mecánico. Así obtuvo sus grados revolucionarios. Al

producirse la Primera Guerra Mundial, no quiso combatir junto a los austríacos y participó, en cambio, en la revolución rusa y en las luchas y



Fue una de las pocas periodistas que logró una exclusiva con el ex Presidente Jorge Alessandri, con quien desarrolló una buena amistad.

guerrillas que le siguieron. Regresó a Yugoslavia e inició su faena política. Lo detuvieron y permaneció largos años en la prisión. Siguió incansable, tenaz y tremendo en su actividad cuando quedó libre. Me han dicho que estuvo en España, combatiendo en las Brigadas Internacionales».

«Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Jospip Broz Tito se opuso a los ejércitos nazis invasores, conquistando renombre internacional. Hoy día está en el timón de un trascendente proceso de forjar un sistema nuevo».

«Yo llegué a Belgrado con el firme propósito de entrevistar a este hombre que desafió a Stalin, y que se yergue bajo el fenómeno yugoslavo, calificado como herético por la URSS y sus partidarios desde 1948».⁸

Luego invita al lector a la casa de Tito. Cuenta cómo es, cómo la reci-

bieron, cómo era el perro del Mariscal, etc... Consigue describir el perfil de Tito y llegar hasta lo más profundo de su vida y de su obra. Tito se explayó y habló de Stalin, Lutero y del Vaticano. El resultado final fue mucho más que interesante.

Más tarde, en un viaje a Cuba y al cumplirse un año de la revolución, escribió: «Según sea el color de los cristales políticos con que se la mire, la revolución cubana apasiona, intriga, exalta, exaspera, desconcierta o irrita. Todo menos dejar indiferente. Desde que Fidel Castro y sus barbudos instauraron el gobierno revolucionario, su nombre saltó a los titulares de prensa del mundo entero con igual prominencia que el de las figuras internacionales, e incluso las ha relegado muchas veces a un segundo lugar. Si Fidel Castro se dirige al país por radio o televisión, las emisoras de EE.UU. se colocan en cadena; sus concentraciones superan al medio millón de personas; no transcurre un día sin que aparezca un artículo en los magazines de circulación mundial sobre él...».⁹

EL PERIODISMO BOHEMIO DE ANTAÑO

Lenka Franulic fue lo que hoy llamaríamos una trabajólica empedernida. Es, seguramente, el indicador más certero de que alguien está realmente enamorado de lo que hace. Nunca le bastó el extenso tiempo que invertía diariamente en *Ercilla*.

Fue tal su nexa con el periodismo, que nunca se dio el tiempo para amores estables. Nada de novios, mucho menos marido. A su mala disposición con cualquier atadura sentimental, se agregaba el hecho, nada insignificante para el contexto machista de aquella sociedad, que

muy pocos hombres estaban dispuestos a ponerse a su sombra. Y si bien no le faltaron galanes temporales, solo Dobrila conoce la identidad del único hombre que Lenka realmente amó, aunque esta relación tampoco traspasó la estricta norma de evitar los compromisos formales. Era mucho lo que debía aportar a la profesión, demasiado por hacer, y ella lo sabía. No hubiera podido dedicarle tiempo a un hogar.

Tras la sagrada rutina en la revista, llegaba a casa, arrojaba lejos el abrigo y la enorme cartera (nadie sabía con certeza la cantidad o la índole de cosas que transportaba en ella). Se sentaba frente a la máquina de escribir en el desorden más absoluto, entre toneladas de papel acumulado, torres de artículos y periódicos. Aquel panorama excluía cualquier intento de orden, aunque proviniera de la abnegada madre. Si le tocaban sus cosas, ya no encontraba nada.

Prendía otro cigarrillo de las dos cajetillas de Camel o Lucky Strike

que fumaba diariamente y, con su gato preferido sobre la falda —un angora negro, parte de la comunidad felina que habitaba en su hogar—, se entregaba a su labor sin permitir distracciones. Ni siquiera escuchaba a la preocupada Zorka:

—Lenkita, come algo por favor.

—Mamá, tengo que entregar esto.

—Pero te vas a enfermar.

—Más rato.

—Pero Lenka...

—Mamá, no joda...

Las pocas veces que compartía el almuerzo con su madre y su hermana, lo hacía en un mutismo que hubiera incomodado a otras personas, pero no a su familia. Ellas sabían que ese hermetismo se debía a que nunca se desconectaba de su profesión. Solo de cuando en cuando se podía relajar y, con el infaltable vaso de vino que acompañaba su comida, se dedicaba, como en los viejos tiempos, a tomarle el pelo a Dobrila.

Zorka Zlatar tuvo, y de muy buena gana, que ejercer el papel de esposa de su hija. La brillante Lenka

era un cero a la izquierda en lo que a labores domésticas respecta: no tenía la menor idea de cómo lavar, planchar o cocinar. Delegó en su madre todo aquello.

La casa de las Franulic se convirtió en sitio predilecto para las frecuentes reuniones de los periodistas de *Ercilla*. Congregaciones noctámbulas, en las que, obviamente, eran el periodismo y la actualidad los temas principales. Ahí, bien servidos el vino y los sándwiches que la inagotable Zorka preparaba, se pauteaba y discutía, se conversaba o debatía.

Lenka no dudaba en usar epítetos, garabatos y maldiciones para ponerse a tono con sus compañeros. Así, ellos la veían como un colega más. Cuando se aventuraban en la bohemia santiaguina, la condición de mujer no era excusa para excluirla. Ella los seguía, incluso a lugares frecuentados solo por hombres, dispuesta a conocer y averiguar cuanto detalle pudiera. Y por simple curiosidad y afán de palpar la realidad en todos sus matices.

Qué fuerte contraste con su lado más femenino, ese que sacaba a relucir cuando se juntaba con sus amigas a jugar canasta y discutir de moda u otros temas. En Lenka Franulic esas dos facetas convivían en perfecta armonía.

LA SORPRESA DE DOBRILA

La menor de las Franulic siguió, tan apasionadamente como su hermana el periodismo, la vocación que le inculcara Pedro Asquini. En 1939 partió a la tierra de sus ancestros, Yugoslavia, para integrar una orquesta como violonchelista. Allá la sorprendió la Segunda Guerra Mundial y le fue imposible volver a Chile hasta 1945.



En 1958, la Asociación de Mujeres Periodistas de Estados Unidos elige por primera vez a una latinoamericana —Lenka Franulic—, como la mejor periodista del año.



El gran escritor Jean Cocteau, también amante de los felinos, fue otro de sus entrevistados.

A su regreso le chocó la diferencia entre su reciente experiencia y la realidad chilena, tan ajena y distinta al conflicto. Luego de pasar cinco años presenciando flagelos y tragedias no entendía la banalidad de letreros como «Bien vestido, bien recibido», eslogan de una tienda de vestuario.

Lenka, a sabiendas de lo que había tenido que soportar su hermana menor y testigo de su deteriorado estado anímico, se propuso distraerla e integrarla a su nuevo hábitat. Socialmente muy activa, llevaba a Dobrila a reuniones y cócteles; se esmeraba en presentarle gente; la invitaba a la casa de Pablo Neruda —en Santiago o Isla Negra—, amigo muy cercano de la periodista. Como la conversación caía inevitablemente en temas periodísticos o de literatura, que dejaban indiferente a Dobrila, resultaron vanos los esfuerzos.

Lo que más sorprendió a Dobrila fue el cambio de Lenka. Mientras caminaba junto a ella por el centro, se percataba boquiabierta de la po-

pularidad de la periodista y su desplante de estrella hollywoodense. Todos se volteaban a admirar a esta rubia, mezcla de Greta Garbo y Edith Piaf, como la describía un artículo de *La Tercera*. Cada gesto venía envuelto en un aire de diva: su femenina elegancia al sentarse, subir una escalera o quitarse el abrigo.

EL LEGADO PROFESIONAL

Luego de la labor de escritoras del siglo XIX como Mercedes Marín del Solar (1804-1866) y Amalia Soler del Claro (*La Revista Chilena*, *El Ferrocarril*, *La Estrella de Chile*) o la insigne Gabriela Mistral, frecuente colaboradora de publicaciones en todo el mundo, incluyendo el *ABC* de Madrid, el nombre de Lenka Franulic resuena con fuerza como una de las pioneras en la prensa nacional. El catalán Plutarco Marsá Vancells en su estudio *La mujer en el periodismo*¹⁰ la menciona, junto a Yolanda Ross y María Romero, como una de

las periodistas más importantes de nuestro país.

Sumado al enorme valor de Lenka, especialmente el abrir puertas negadas a las mujeres contemporáneas, existen dos hitos en los que estuvo involucrada directamente.

El primero, la creación del Círculo de Periodistas, en 1953, junto a su amigo y colega Orlando Cabrera Leiva. Este cuenta cómo se gestó la idea: «Un día en que estábamos trabajando, se aproxima Lenka para invitarme a almorzar al Hotel Carrera. Mientras comíamos una cazuela se nos acercó el Director de Informaciones del Estado. Nosotros, para variar, hablábamos de periodismo. Entonces, él nos ofrece unirnos al Círculo de Pe-

riodistas de Chile. En ese tiempo, este ya existía, pero su único integrante era aquel señor. Aceptamos y fue así como empezó a funcionar verdaderamente. Comenzamos a reunirnos para organizarlo. Conseguimos una casa en Amunátegui 31. La costumbre de juntarnos constantemente fue lo que le dio vida al Círculo».¹¹

De estas reuniones surgiría la creación de una Escuela de Periodismo, idea que se materializó poco tiempo después en la Universidad de Chile, donde Lenka reflataría su vocación docente. Así, la naciente carrera abriría sus puertas con la mejor maestra imaginable. Conociendo la exigente vida de un buen reportero, impuso un estricto sentido de disciplina a sus alumnos de Periodismo Informativo, pero nunca dejó de lado su sencillez y su calidad humana.

María Eugenia Oyarzún, quien fuera su discípula, recuerda: «El primer día de clases nos advirtió que el periodismo no es un juego, que más que una vocación es un don. Se trata

de un oficio muy sacrificado, recaló. Sus palabras nos estremecieron, puesto que, cual más, cual menos, pensábamos que lo único que haríamos como profesionales serían artículos en la página de redacción y aparecer en las fotos junto a grandes figuras. Entonces me di cuenta de que si Lenka era una mujer que había triunfado en la vida se debió a que hizo de esta labor un auténtico apostolado y no porque fuera buenamoza...».12

Hernán Millas, también Premio Nacional (1985), quien fue su compañero de trabajo durante once años, confiesa haberse incorporado pronto a la secta del lenkismo, «un sentimiento de simpatía personal hacia esa mujer extraordinaria».13 Asegura que Lenka tenía la modestia que les falta a muchos: «Ella, autora de *Cien autores contemporáneos*, elogiada por André Maurois («vino a entrevistarme y terminé yo entrevistándola»), que conversó con los grandes del mundo de su época, entregaba sus crónicas con la humildad del principiante (...). Nos decía: —Revisala tú, por favor... corrígela, arrégla y si está muy mal, dímelo».14

Lenka Franulic fue la única sorprendida el día en que se recompensó su obra, su trabajo y su dedicación con el Premio Nacional de Periodismo, en 1957. No estaba preocupada del certamen, seguramente con la cabeza puesta en el mundo de la noticia, como era su costumbre. No obstante la alegría y el orgullo incontenibles de Zorka, y de su propia satisfacción, no le dio mayor importancia al hecho. Ni siquiera celebró el galardón.

Tampoco lo hizo un año más tarde, cuando la Asociación de Mujeres Periodistas de Estados Unidos la eligió como Periodista del Año,

premio conferido por primera vez a una latinoamericana. Esto demuestra la repercusión de su trabajo más allá de las fronteras nacionales. Con humildad aceptó el justo reconocimiento y, dando vuelta la página, volvió a dedicarse a sus quehaceres con el rigor que la caracterizaba.

Ese rigor lo llevó a ser incluso despectiva con los malos periodistas. El también Premio Nacional Alfredo Pacheco cuenta que, con ocasión de la visita a Santiago de un famoso actor de cine, se invitó a los reporteros a conversar con él: «Uno de ellos inició el diálogo haciendo preguntas bobas y absurdas, mientras tendía las manos para apropiarse de dos vasos de pisco sour y una bandeja de canapés. En ese momento, en medio del silencio, se escuchó una voz desde la tercera fila, una de las más autorizadas de la prensa nacional. Lenka Franulic decía:

—Oiga joven, por favor confórmese con bolsear trago y sándwiches. Esto de las preguntas déjelo para nosotros.

Después de esta intervención, la conferencia fue un éxito».15

Lenka nunca le tuvo miedo al trabajo ni al cansancio. «Todo lo aceptó», cuenta su amigo Hernán Millas, quien explica que en *Ercilla* ella debía entregar las páginas de literatura el martes, seguir con las de magazine internacional el miércoles, luego realizar una entrevista titulada Un personaje al trasluz y, a continuación, terminar su reportaje. Como si esto fuera poco, alternando con Otero y con él, escribía un artículo de investigación llamado Quién es y cómo es.16

Cuando surgía una entrevista difícil, era siempre ella la escogida. «Trasponía todas las fronteras con su humana cordialidad. Los grandes

personajes sabían que Lenka, en la interrogante charla, podía abrirles su más guardado cofre, y que de éste iba a extraer lo preciso, lo permitido, sin traición».17

Fue de los pocos periodistas que logró una exclusiva con Jorge Alessandri, recién electo Presidente. Con éste, que no quería nada a los representantes de la prensa, llegó a desarrollar una verdadera amistad. «Después de la muerte de Lenka —cuenta Hernán Millas— su madre Zorka me confidenció que Jorge Alessandri, aún Presidente, más de una vez fue a visitarla. Solo, sin edecán. Se sentaban, hablaban de ella, veía sus decenas de fotos (...), aceptaba una taza de té, acariciaba sus gatos y se iba. En ocasiones Zorka se daba cuenta de que Alessandri parecía querer permanecer un rato a solas, como si Lenka aún llenara la sala».

EL OCASO

Hacia fines de la década del cincuenta, Lenka comienza a visualizar la idea de establecerse en París junto a sus queridos amigos Gonzalo Orrego y su esposa Marcela Torres. No alcanzó a concretar ese proyecto.

El 9 de marzo de 1960 asume como directora de *Ercilla*, tarea que emprendió con bríos, aunque ya comenzaban a notarse los primeros síntomas del cáncer que se gestaba en sus pulmones. La enorme cantidad de cigarrillos que fumaba empezó a cobrar la cuenta. Tuvo que dejar poco a poco el tabaco; los accesos de tos y la sensación de ahogo se hacían cada vez más frecuentes e insupportables. La natural palidez de su semblante se agudizó, más aún con su costumbre de vestirse de rojo. Estaba muy delgada. Pero continuaba con su labor.

Los primeros meses como directora no se la veía en casa. Dobrila, entonces violonchelista de la Orquesta Filarmónica, iba casi a diario a visitarla a *Ercilla*, a pocas cuadras del Teatro Municipal. Ahí apreció cómo, a pesar de su debilidad, gobernaba sin problemas aquel enjambre de reporteros.

Pero llegó la hora en que tuvo que recluirse en su hogar, bajo el cuidado de su madre, que no sabía qué pasaba. Dobrila tenía que encogerse de hombros y llorar a escondidas. Lenka le había prohibido en forma terminante que le contara sobre su enfermedad.

Una secretaria de la revista llevaba y traía diariamente material, documentos e indicaciones. Cuando ya no pudo levantarse les encomendó a sus amigos: «Ahora sigan ustedes. Yo no tengo fuerzas para ayudarles».

El día en que Dobrila se dio cuenta de que era imposible brindarle los cuidados necesarios, le propuso trasladarla a la clínica Santa María. Lenka accedió. Esa misma

noche apagó sus luces una de las más destacadas periodistas que haya tenido Chile. Era el 31 de mayo de 1961.

La noticia sacudió a los medios de prensa. Su cuerpo fue velado en el Círculo de Periodistas, atiborrado de flores y condolencias que llegaban de todas partes. Cientos de personas acudieron al Mausoleo Yugoslavo el día del funeral. Los discursos se sucedieron por horas. De todos, el más sentido fue sin duda el adiós de su gran amigo Pablo Neruda (ver recuadro).

Poco tiempo después, sus colegas reunieron fondos para que Lenka descansara en un panteón personal. Fueron tantas las donaciones, que además alcanzó para la obra gruesa del mausoleo del Círculo de Periodistas.

La nueva tumba de Lenka Franulic fue ornamentada con un busto esculpido por su amiga Lily Garfulic, bajo el cual, a manera de epitafio, se encuentra un extracto

del discurso de Neruda. Siempre hay flores frescas, aunque ni siquiera Dobrila sabe quién las trae. Poco tiempo después de su muerte comenzaron a correr rumores sobre el carácter milagroso de la periodista. Se le hacían mandas. Su amiga Aída Zchudek viajó durante muchos años desde Valparaíso a visitar la tumba en el aniversario de su partida.

La más afectada fue Zorka Zlatar. Nunca volvió a salir de su casa. Durante la enfermedad de Lenka había prometido vestir completamente de café, de modo que fue Dobrila quien tuvo que llevar el luto de rigor. Quien había dedicado la vida al cuidado de su hija, la persona que sintió con mayor orgullo los galardones con que fue premiada, no pudo soportar seguir adelante sin ella. Murió once meses después.

Por Andrés Vaccaro Rivera,
con la colaboración de María de los
Ángeles Avilés.

CARTA PÓSTUMA A LENKA FRANULIC, POR PABLO NERUDA

«— Me puse corbata negra para despedirte, Lenka.

—Qué tonto eres, sácatela.

—Lloramos anoche recordándote, Lenka, y ¿qué puedo decirte?

—Cuéntame un cuento y cállate...

—Para saber y contar, Lenka, te contaré que hoy la tierra se parece a tu cabeza querida, con aro desordenado y nieve amenazante. Íbamos a trabajar a Isla Negra. Fue la única invitación que no cumpliste. Tu sitio está vacío.

Eras presencia de mujeres y lección para un millón de hombres. Recuerdo cuando me perseguían a mí por todo el pueblo, y se vivía un carnaval de enmascarados; tú sostenías la pureza de tu rostro blanco, tu casco de oro levantando la dignidad de la palabra escrita. Otros falsos maestros del periodismo indicaban como mártires la pista de mi poesía, cumplían su destino de bufones y delatores, mientras tú encarnabas la transparencia de tu verdad, sin ilusiones, sin traiciones.

—Ya te estás pasando en mi elogio, Pablo.

—Perdóname si sigo siendo demasiado humano. Tú eres ahora aún más bella. Eres una ola de cristal con ojos azules, alta y resplandeciente, que tal vez no volverá a repetir su espuma de oro y nieve en nuestra pobre arena. Esta suave figura de las letras hispanas, exquisito recuerdo que guarda la memoria. Si doblan tristemente hoy las campanas es que Dios ha querido a tu pluma en su gloria. Mujer brillante que diste a tu pluma la ágil sutileza de tu alma enamorada, pusiste en tu prosa toda la primorosa y sutil belleza de una pincelada. Por eso es que en las almas que te amaron tu recuerdo se queda como resurrección».

CARTA DE TITO MUNDT EN HOMENAJE A LENKA FRANULIC

Madrid, 1961.

*Querida Lenka:**Lo único que siento es que esta carta no va a llegar jamás a tus manos, porque parte de Madrid, con una primavera revuelta y agitada y un sol débil iluminando el Parque del Retiro, tres días después de tu muerte.**Hasta para morir me golpeaste con la noticia, pero no me gustaría hablarte de cosas tristes, que siempre te aburrieron en vida, cuando esbozando un bostezo decías: «Es una lata».**No te quiero hablar como a una muerta, porque tú eras la antimuerta. Te quiero evocar sentada en el Nuria, conversando con la gente de Ercilla o caminando a largas zancadas por la calle Agustinas. O en tu casa, hablando de literatura. O en París, a la salida de un cine, o en la embajada, tomándote un trago con José Maza.**Te quiero ver de nuevo en la lejana redacción de la revista Hoy, primero en la Alameda, en la casa que había sido del León, al llegar a San Diego, y luego en Agustinas 1589, con la melena revuelta, los lentes sobre los ojos y un pitillo entre los labios.**Te quiero evocar conversando, discutiendo, alegando, viviendo, en una palabra, en forma agotadora el segundo que pasa.**No me importan tanto tu Premio Nacional de Periodismo, todos tus triunfos en el extranjero, tus entrevistas célebres, tus programas de radio, tu admirable Antología del cuento norteamericano, tus Cien autores contemporáneos.**Eso lo dirán otros. Yo te quiero ver, simplemente, como una mujer extraordinaria, que si hubieras nacido en Estados Unidos, habrías sido colega de Walter Lipmann; y, en París, íntima amiga de Raymond Cartier.**Te faltó otro viaje, Lenka. Un viaje más allá de Moscú y de Pekín. Te faltó tomar los billetes de un avión que te llevara de nuevo a París. Al París de esta primavera que tú adorabas fanáticamente, para escribir algunas cosas inolvidables en Paris-Match. Pero te fallaron los pasajes.**Te habría encantado conversar con Gagarin y con Kruschev, y haber cubierto en Viena su entrevista con Kennedy.**Partiste demasiado pronto, cuando aún te estaba esperando, silenciosa y cordial, esa amiga íntima que tú tenías: tu femenina y portátil máquina de escribir.**Tú fuiste la única que creó, sin proponérselo, un curioso movimiento político de simpatía personal que se llamó lenkismo y cuyas consignas y ritos eran respetados escrupulosamente por un grupo de tus amigos.**No.**No me gusta ponerme triste —ni ponerte triste, vieja amiga mía, al escribirte estas líneas. Preferiría habértelo dicho al oído en una mesita del Nuria, una tarde cualquiera, en el remoto Santiago de Chile, frente a dos cordiales y cómplices vasos de whisky.**Por eso he cerrado rápidamente esta carta antes de que empiece a tomar desesperadamente la palabra melancolía.**Un abrazo.**Tu amigo de entonces,*Tito Mundt.¹⁷

F I C H A P E R S O N A L

1908: Nace en Antofagasta, sus padres fueron Mateo Franulic y Zorka Zlatar.

Estudió en el Liceo de Niñas de Antofagasta hasta tercero medio y terminó su educación escolar en el Liceo de Hombres de Antofagasta. A los dieciseis años crea su primera revista, *Entre gallos y pollitas*.

1925: Emigra a Santiago para estudiar pedagogía en Inglés en el Instituto Pedagógico.

1931: Entra a trabajar como traductora de documentos a la revista *Hoy*.

1939: Publica *Cien autores contemporáneos*.

1941: *Ercilla* la contrata para redactar críticas de cine y teatro. Un par de años más tarde, asume este puesto a tiempo completo, una vez que *Hoy* cierra sus puertas.

1943: Publica *Antología del cuento norteamericano*.

1944, 10 de mayo: Desarrolla su primer trabajo periodístico tras enfrentarse al editor Manuel Seoane.

1952: Viaja a Francia con una beca otorgada por el gobierno de ese país. Durante siete meses se dedica a entrevistar a las más variadas personalidades políticas, culturales, intelectuales y artísticas.

1953: Junto a Orlando Cabrera dan vida al Círculo de Periodistas. En éste se gesta la idea de iniciar la carrera de periodismo a nivel universitario.

1957: Se convierte en la corresponsal exclusiva de *Ercilla* en Nueva York.

1957, 11 de octubre: Obtiene el Premio Nacional de Periodismo.

1958: Es galardonada como la mejor periodista del año, por la Asociación de Mujeres Periodistas de Estados Unidos, convirtiéndose en la primera mujer y latinoamericana en obtener esta distinción.

1960, 9 de marzo: Asume la dirección de la revista *Ercilla*, en reemplazo de Julio Lanzarotti.

1961, 31 de mayo: A los 52 años fallece de un cáncer pulmonar causado por el exceso de cigarrillos.

NOTAS

- 1 El primer premio en honor a Lenka se entregó en 1963 a Raquel Correa. Hasta el año 2001 ya hay 35 premios, según atestigua Gloria Leiva, presidente de la Asociación de Mujeres Periodistas, que discierne el galardón.
- 2 *Por qué hoy se entrega un premio de nombre Lenka Franulic*. Escuela de Periodismo de la Universidad Católica.
- 3 Franulic, Lenka, Biblia matrimonial para uso de señoras, Revista *Ercilla*, 11 de julio de 1944.
- 4 *Ibid.*
- 5 Franulic, Lenka, La Quintrala fue solo una impaciente precursora, Revista *Ercilla*, 17 de mayo de 1944.
- 6 *Ibid.*
- 7 Franulic, Lenka, El Mariscal Tito me dijo..., Revista *Ercilla*, 17 de junio de 1952, pp.16 y 17.
- 8 *Por qué hoy se entrega un premio de nombre Lenka Franulic*. Escuela de Periodismo de la Universidad Católica.
- 9 Marsá Vancells, Plutarco. *La mujer en el periodismo*, ediciones Torreozas, Madrid, 1987, pág. 105.
- 10 Avilés, María de los Ángeles, Entrevista a Orlando Cabrera, segundo semestre de 1999.
- 11 Oyarzún, María Eugenia, Lenka Franulic en el recuerdo, maestra excepcional, Revista *Nueva Aurora*, N°7, Santiago, diciembre de 1977.
- 12 Hernán Millas, Un militante del lenkismo, diario *La Época*, extraído del libro *Testimonios*.
- 13 *Ibid.*
- 14 Pacheco B., Alfredo, *La otra mirada de Quintín Quintas*, Editado por Diario *El Sur S.A.*, enero de 1989, pág. 51.
- 15 Hernán Millas, Un militante del lenkismo, diario de *La Época*, extraído del libro *Testimonios*.
- 16 *Ibid.*
- 17 Mundt, Tito, *Yo lo conocí*, Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1965, p. 258.

Dios se hizo periodista

El periodismo es la escuela de la modestia en la ~~de~~ difusión del pensamiento. Por lo mismo los escritores vanidosos hablan mal de los periodistas. Nadie es modesto en esencia pero los soberbios en literatura cometen el pecado de aparentar la modestia. Alguien dijo a Diógenes que ~~lo~~ por los agujeros de su capa se veía su ~~in~~ inmensa vanidad. La modestia del periodista consiste en un esfuerzo para darse a ~~ent~~ comprender por todos con peligro de ~~par~~ aparecer en forma vulgar o

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Joaquín Edwards Bello (1959):

EL AGUIJÓN DE UN IRREVERENTE

El señor Ross cruzó el umbral de caoba y la mamá Assunta extendió sus manos para recibir el tongo y el bastón. «Adelante, don Agustín, pase no más. El joven está en la salita. Toda la tarde encerrado, recitando en francés. Tan cambiado que llegó...». En esos años decir de alguien que fue a Europa y regresó igual significaba darle patente de infeliz.¹

La entrada del siglo XX coincidió con el cambio de casa de los Edwards Bello. La actual era de estilo pompeyano, más sofisticada que la austera de la calle del Teatro Odeón. Estaba ubicada en Condell a pasos del Círculo Español: con dos

tapizados de gobelino italiano, mesas con incrustaciones de mosaico y, al fondo, un gran cuadro pagano con doncellas y querubines. Las pupilas del banquero bailaban al son de cada ornato.

Por un momento olvidó el motivo de su visita. El 'surazo' había hecho rodar el sombrero de don Agustín en dirección a la plaza Victoria. Necesitaba aclarar ese cuentecillo del baile en el salón de la colonia alemana, al cual su sobrino no fue convidado.³

Para un joven de sociedad este desprecio era imperdonable. Intuía que intervenir no era propio de un



ver los *vitreaux* con versos latinos y vistas al jardín. Una esmirriada silueta apareció infiltrada de coloridos trozos declinados por el sol poniente.

Cada paso corroboraba las temidas dudas de don Agustín. Era cuestión de observar la estafalaria vestimenta: pantalones a cuadros, zapatos con polainas, chaqueta cruzada. Parecía un mamarracho, aunque con cierta prestancia.

El primer chroniqueur chilien decía las cosas por su nombre: al pan, pan y al vino, vino. Si en la actualidad los eufemismos se dan en todas las áreas de la vida nacional, en el periodismo la situación era y es crítica. Al chileno no le gusta, o le teme, poner las cosas en su lugar.

tiendas abajo —una de biblias y una sastrería—, junto a una iglesia protestante y frente al almacén Swan, *du coté chez Swan*.²

La gente solía llamar palacios a casas con tiendas; una de tantas exageraciones criollas.

Diligente, como siempre, Assunta abrió la mampara del blanco salón. Pesadas cortinas de seda, sofás

fina sangre inglés, pero se sentía con una cuota de responsabilidad, ya que sospechaba que para un muchacho huérfano y retraído no debía ser fácil regresar a este puerto insular, sobre todo después de cuatro años de estada en un internado victoriano de Inglaterra.

Intempestivamente las enormes puertas del comedor dejaron entre-

—Quiubo, chiquillo —saludó con tono paternal.— ¡En qué gran hombre te convirtió la tierra de nuestros antepasados!

Joaquín extendió sus displicentes dedos. El protocolo se iniciaba. Después de cerrar la puerta vidriada, Assunta trajo el té en bandeja de plata. En un dos por tres estaban sentados sobre el sofá de cuero.

—A ver, a ver —dijo Ross— ¿qué es eso de que no estás convidado al Club Alemán? ¡Puras patillas! No te preocupes que yo lo arreglaré —indicó con gesto patriarcal.

—Muchísimas gracias por su preocupación, —agregó el joven—. Para ser honesto me importa un comino el famoso bailecito. Es más, estoy aliviado. De todos esos lateros y siúticos prefiero arrancarme.

—¡Cómo se te puede ocurrir semejante lesera! Tienes que ir y se terminó la discusión— sentenció. El bigote colorín comenzaba a oscurecerse por una ráfaga de adrenalina.

—No quiero ser grosero, tío. No pierda su tiempo, sé que es escaso.

Las gruesas cejas del joven se mantuvieron impávidas. No le quedó a Ross más que respirar hondo e ingeniar alguna salida. En Valparaíso, no había secretos, todo se sabía.⁴

—Tú sabes muy bien que a ti y a tus hermanos los estimo mucho. Por eso no quisiera que la vida aquí en este pañuelo se les haga cuesta arriba. Además, no eres cualquiera...eres un Edwards.⁵

Joaquín se sorprendió al experimentar una mezcla de compasión y afecto. Lástima, por su sometimiento a un sistema social implacable; y cariño, porque le recordó el contradictorio autoritarismo de su padre.⁶ «Me veo sentado dispuesto a comer en el gran comedor de mi niñez. Mi padre, en la cabecera, trinchaba. No existe ya la costumbre de que trinche el *pater familias*. Mi padre solía usar el azote».

—Tío, querido, me doy cuenta de que está preocupado en serio. No vale la pena. Me creen idiota, extraño y que hago cosas raras.⁷ ¡Los perdono! No tienen la culpa de ser provincianos—. Los finos dedos del joven rozaron el hombro izquierdo

de don Agustín, mientras lo acompañaba a la puerta.

Fue el instante que marcó el inicio de una vida contestataria e irreverente. Uno de tantos que ocurrirían a lo largo de la trayectoria del escritor y periodista Joaquín Edwards Bello. Era el tributo que debía pagar por su displicente elegancia volteriana. La venganza no tardaría. Sus balas semánticas se encargarían de reivindicarlo a través de los convulsos primeros sesenta años del siglo veinte.

SER EDWARDS

«No eres cualquiera... eres un Edwards». Las palabras del tío lo hicieron retroceder a su adolescencia. Con pantalón corto, en pleno julio, distraído, pensando en el artículo del diario estudiantil *La Juventud*. Debía despacharlo antes de las cinco y cumplirle a sus compañeros de tercer año del liceo de Valparaíso, Cruz Coke, Felici y Díaz Rojas. A tranco firme y silbando por el pasillo, las ideas lo traicionaban.⁸

De repente un profesor nuevo, de pelo hirsuto y ojos relampagueantes se le fue encima. Lo tomó del cuello y rojo de ira, le dijo:

—¡Se cree que porque es Edwards!

El muchacho enmudeció. Sabía que el recién llegado estaba siendo abusivo. No había hecho nada, ni bueno ni malo y para colmo de las injusticias, lo castigaron con dos horas de arresto. Lo único que se le pasó por la mente fue la deuda con sus amigos y, en estas circunstancias, el tema de la crónica (Oda a la pereza).

Lo más probable era que el adivinedizo educador talquino se hu-

biese enterado de que Joaquín vivía en una casa de estilo, residencia de lujo para el Chile de 1900. «Subimos bastante en la escala social, y tuve una prueba de esto en el Liceo cuando un profesor me increpó con ojos asesinos», confesaría.

INICIACIÓN SOLITARIA

Caminando displicente con facha de *dandy* parisino —sombrero de paja inglés, traje de franela a rayas—, algo raro percibía en las angostas calles porteñas: los conocidos le quitaban el saludo, cruzaban la vereda como si fuera un apestado. Repasaba una y otra vez qué podría haber ocurrido. Recordó *El Inútil*, su primer libro, publicado en el año diez. En realidad, nunca pensó en



La caricatura de Antonio Romera ilustró su famosa columna de *La Nación* por más de cuatro décadas.

retratar a nadie en especial, tan solo calzaban algunos detalles.

Tampoco se trató de una venganza por el episodio del Club Alemán. No era su objetivo recordar la vida social de entonces que estaba concentrada en las *cachetonas*, en el corsé de ballena recto Pouget y el Club Santiago. No tuvo otra opción que refugiarse en casa de Irene. «*El Inútil* me hizo tomar el camino del refugio(...) en una casa *non sancta*(...) me escapaba de mí mismo», escribió.

El escándalo que ocasionó la breve novela echó raíces. Era muy duro para los elegantes de entonces reconocerle algún talento a ese petimetre educado en París que, en Huérfanos esquina de Ahumada, seducía mujeres con sus polainas claras y su belleza de adolescente algo tenebrosa, a lo Edgar Allan Poe: cara pálida, enormes ojos sombreados y pestañas de bayadera en una cabeza magnífica.⁹

Provocaba un silencio lleno de murmuraciones: detalles crudos, intimidaciones sexuales y alusiones terribles de ciertas damiselas encopetadas. Tener veinte años y despertar semejante terremoto, peor que el de 1906, era inaudito. No tan solo renegaron de él los suyos, porque les tomaba el pelo, sino también lo rechazaron los del corrillo literario, orgullosos exponentes de la clase media, para quienes Edwards sonaba a

insolencia millonaria y Bello, a prestigio magistral. Su iniciación fue violentamente solitaria. «Mi diferencia de pareceres respecto de ciertos autores chilenos es otra de mis rarezas».¹⁰

¡VIVA LA GUERRA DEL 14!

Solitaria sería también su estada en Europa. Le atraían los conflictos y de niño se deleitaba leyendo noticias del general Roberts, comandante de la guerra Anglo-Boer, en Sudáfrica. Los nacidos a fines del siglo XIX fueron individuos escépticos. Crecieron escuchando asuntos bélicos. Los pasos de Joaquín iban al encuentro de las revueltas y hasta de la mismísima guerra. En 1914, esta lo sorprendió en París.

Como un mozo parisino más, desde el Arco del Triunfo gritaba: '¡A Berlín, a Berlín!' Pero no todos eran jóvenes y entusiastas. Los mayores algo tenían que decir.

Monsieur Jean Pierre, el afable dueño de la panadería ubicada a los pies del edificio de la calle Provence N° 47, donde vivía el joven Edwards Bello, aquella mañana parecía preocupado. Joaquín lo notó de inmediato. Escudriñó directamente:

—*Mon ami*, ¿qué le parece la guerra que se nos avecina? Apasionante ¿no?

Al panadero lo sorprendió el tono trivial y petulante. Sus anteojos se deslizaron por la nariz.

—*Non, mon petit ami*, las aventuras dejémoselas a ustedes, los muchachos y extranjeros. Marie y yo estamos muy asustados. Se aproximan profundos cambios.

—Qué va, no hay que temerle a la acción, sí a la rutina.

La campanilla de la puerta de la panadería Le Croissant lo despidió. Un niño voceaba: «*Les allemands attaquent*». Edwards desembolsó los cinco céntimos que valía la edición de *La Patrie*: aún la conserva enmarcada.¹¹

MIRADA 'A LA DISTANCIA'

Vivir en Europa como extranjero permite caer en cuenta que a los sudamericanos nos ven como países tostados de apariencia oriental. Si el joven Edwards no hubiera traspasado Los Andes, habría muerto convencido de uno de los tantos mitos que intentó destruir: comparar a los países vecinos y asignarles un porcentaje significativamente mayor de indígenas y negros que a nuestro país, blanco y puro como la leche.

Hubiese seguido al compás de las directrices castellano-vascas, de las *cachetonas*, de los rotos, de los siúuticos, de los pijes... mitos y más mitos. «Si yo no hubiera vivido en París la Guerra del 14, sería otro. Seguiría creyendo en paparruchadas...».¹²

«Él último resabio romántico chileno surgió desde la boca en forma de «u» de una mujer enamorada, quien, apretando sus labios para articular «precioso», poco a poco fue diciendo pichoso, picioso, pisiúutico...».



Mozo de brazos cruzados, típica actitud displicente que lo caracterizó de por vida.

La mirada desde Chile hacia Europa es muy diferente a la de un chileno en el Viejo Continente. Como secretario de la delegación ante la Liga de las Naciones con sede en Ginebra, Edwards comentaba con un vecino argentino la chistosa impresión que le producía el mito de que Chile era la «Suiza americana».

—Mire, amigo, cuando uno ve esta preciosa ciudad de juguete con su lago azul, sus vaporcitos y sus gasolineras, no puedo dejar de reírme de ese afán de comparación que tenemos los chilenos (...) Chile es un país violento, es una costa abrupta, a pico. Suiza es una acuarela. Nuestro pueblo es refractario a las leyes. El suizo, disciplinado y dócil (...) para qué hablamos de las mujeres. Son fuertes y delgadas, sin coqueterías, mujeres sanas. Son miles las que trafican en bicicleta a toda hora. Casi no existen las que no trabajan. Nuestras mujeres son matriarcales, todo lo deciden: la educación de los hijos, el manejo de las finanzas de la familia. Sin darnos cuenta siquiera hacen lo que se les antoja.¹³

ESTILO JUAQUINESCO

—Mariano, ¿que no es ese Edwards Bello, el de *El Inútil*?

—Por esa facha de *dandy* galo debe ser —contestó Latorre.

—¡Joaquín, Joaquín!—, gritó Fernando Santiván, haciendo un gesto para acercarse al recién llegado y darle la bienvenida al mundo de las letras chilenas.

La Alameda de las Delicias estaba florida, más bella que nunca. Edwards giró y saludó al dúo literario.

—Espérenme aquí —dijo apresuradamente.— Debo hacer una pequeña diligencia y luego iremos al Gage (allí había *Petite Marmite, rognon brochette* y *filet mignon champignons*).¹⁴

Transcurrieron tres horas de inacción y a Latorre y a Santiván no les quedó más que conformarse con un modesto restaurante de San Diego. Detrás del mantel plástico, ambos se preguntaban: ¿qué le habrá pasado?

Después se enteraron: su nuevo amigo, desprovisto de fondos para solventar la exquisita invitación, fue a proveerlos a un conocido establecimiento de la calle Estado... y su pasión favorita por el tapete verde lo hizo olvidar a sus invitados. Así era Joaquín: versátil, intranquilo, escuñidizo, amigo de nadie.

Otro plantón a sus colegas literarios ocurrió cuando los convidó, solemnemente y con la anuencia de su madre Ana Luisa Bello, a su quinta en la calle Montolín. Entre continuas idas y venidas del anfitrión, tras cuatro horas de tertulia forzada, sirvió un espléndido almuerzo traído en bandeja de plata desde el restorán La Bahía, por un garzón vestido de esmokin.

Santiago también era un pañuelo; a los tres días una prima les comentó que su pariente había tenido un altercado con su madre y la bue-

na señora se vengó sin disponer la comida. La élite intelectual de la época, además de reducida, era tremendamente quisquillosa. Se enteraba no solo de los aciertos y desaguisados literarios de sus miembros, sino también de sus asuntos personales.

Como en uno de tantos episodios delirantes, en cierta ocasión Edwards Bello se creyó víctima de una peligrosa enfermedad. Hizo labrar en la quinta un pozo rectangular de varios metros y lo exhibió con evidente orgullo.

—Y esto, Joaquín, ¿vas a enterrar a alguien?

—Es un baño de barro, excelente para purificar la sangre. Aquí me sumerjo una hora diaria...

En otra oportunidad la agitación fue con motivo de la llegada de El Negro Jara, periodista que volvía de Estados Unidos. Conrado Ríos Gallardo, secretario de *La Nación*, invitó a cenar a su casa ubicada cerca del parque Cousiño. Unos cuarenta reporteros del diario esperaron a Joaquín por más de dos horas. A medianoche apareció con aire misterioso. Lo aclamaron. Se limitó a sacar un enorme revólver reluciente y



Con sombrero jipijapa, la elegancia de la época.

lo puso sobre la chimenea de mármol, que adornaba la testera del comedor.

—Perdonen —dijo—, estuve mucho tiempo escondido en las casas del frente. Junto a la puerta me esperaban unos hombres que seguramente envió la policía para matarme. Por fortuna se aburreron y se fueron.¹⁵

MI VOCACIÓN: EL PERIODISMO

Sus compañeros de *La Nación* serían testigos de su arrastre. El diario cumplía apenas tres años en 1920 cuando Joaquín Edwards ingresó a la empresa periodística y colaboró en ella por más de cuatro décadas. Escribió cerca de doce mil crónicas con los más variados temas. Creció junto al periódico. Su director, don Eliodoro Yáñez, a quien estimaba, lo estimuló a desarrollar su particular estilo.

Joaquín observaba desde la ventana de la sala de redacción un viejo

y robusto naranjo en el mismo jardín donde correteó el fundador de La Sociedad de la Igualdad, Francisco Bilbao, su primer residente. Una mañana se lo llevó el carretón de los desperdicios entre cascotes de yeso, terrones y un ratón muerto. Se sintió desmembrado. «La escena me sugirió un relato titulado *El naranjo del patio*», diría.

La sala de redacción bullía los días de calor. Éste sacaba humo al asfalto y secaba la goma de los escritorios. Los traductores de cable intentaban exagerar las noticias de la guerra europea. Con su colega Enrique Tagle, coincidieron en que la gracia del periodista era entretener al lector. «Decía que el periodista no hace noticia, sino que la exalta».

Tagle era el único redactor socio del Club de La Unión. Más tarde don Eliodoro hizo que el «Cato» Sánchez, de la sección social, comprara acciones del mismo club. El director —eminentemente pragmático— le

encargó a doña Inés Echeverría Bello la construcción de un puente hacia la aristocracia: un plan de solución de conjunto, en el decir de Yáñez, que les permitió tener acceso a la comidilla de la elite.

Joaquín Edwards se sentía como caracol sin su caparazón cuando no tenía a mano algún dato proveniente de su ecléctico, curioso y envidiable archivo. No tan solo se nutría de la observación callejera para crear sus amenas

crónicas. Su prolijo registro hiló su vida. «El caso es que vivo en mi archivo. Gasto en él dos o tres horas cada día. Mi archivo vale más que mis escritos. Es mi obra maestra».¹⁶ Minucioso hasta la neurosis, cotejaba una y otra vez, a la hora del cierre, algún dato que le merecía duda. El sentido del detalle —propio de su personalidad aventurera y curiosa—, permitía a su mirada de acero registrar hasta el más mínimo gesto. «Mi trampa, o una de mis trampas, es mi archivo. Trampa y laberinto. A veces fallo en el trabajo de una crónica por exceso de tema. El archivo me enreda», confesaba.

Se le veía cruzar las calles de Santiago nervioso, en constante desvelo. «Sufro de exceso de vitalidad. No puedo estarme quieto. Vivo de pie o andando. Escribo de pie».¹⁷ En más de una oportunidad le quitó el saludo a un conocido porque le daba la gana. Sin embargo, una caminata junto a él podía valer más que dos años en la universidad. El periodista Tito Mundt fue uno de esos afortunados.

—Mira, Tito —le decía en tono alto, moviéndose como un péndulo—, el chileno mediocre es tieso como ese que va al frente.

Siempre escribió a mano. Su letra era redonda y generosa. Se aseguraba de que sus escritos no pasaran por el cedazo. Los linotipistas se acostumbraron a su mal genio cuando alguien osaba modificar una coma. Se habituaron a esos rasgos claros que salían de la página en blanco y ponían todo un mundo en movimiento.

El ruido infernal de las prensas acompañaba la intervención imprevista, al deslinde de la fatal hora de cierre. «La conciencia del periodista no duerme. ¡Cuántas veces llamé a



Copesa

En su casa en la avenida Santo Domingo, junto a su segunda mujer, Marta Albornoz.

José Barros, el patrón de la noche en *La Nación*, el íntegro y gran Barros, para pedirle un cambio, una supresión, un añadido». ¹⁸

—Quiubo, negro. No me vayas a fregar otra vez cambiándome cariz por carey. A quien cuelgan es a mí, no al que está aquí en el sótano—, le advertía socarronamente.

Juanito, el lustrabotas de la esquinilla norte de la Plaza de Armas, se jactaba con sus clientes cuando los días jueves más de alguno abría *La Nación* para leer la columna de J.E.B.

—Chitas, don Juaco es amigo mío hace muchos años —les comentaba—. Viene todas las semanas a conversar y nos reímos de puras leseras—. Cancelado el trabajo, y el cliente de pie, la tinta fresca en el papel iba a parar al primer basurero de la plaza.

VALPARAÍSO, MY LOVE

Por veinte años intentó ir lo menos posible a Valparaíso. La nostalgia lo consumía. Su fantasmal ciudad del viento existía solo en sus sueños. Esta vez las circunstancias lo ameritaban: sería nombrado hijo ilustre del puerto que lo vio nacer, allá por 1887 en la calle del teatro Odeón, actual Salvador Donoso. Casa modesta para siete hermanos, sustentada por un bancario: un Edwards, empleado del Banco Edwards.

Emocionado, recordó la última vez que visitó la fastuosa residencia de la calle Condell.

—Qué increíble, hace más de veinte años jugué Bacarat en el mismo cuarto que había sido mi dormitorio. Todo pasa —reflexionó. ¹⁹

En esta oportunidad el protocolo le impedía asomarse a su albergue de juventud. El imponente comedor,



Boceto a carboncillo; una de tantas ilustraciones que graficaron su característica prestancia.

actual salón de honor de la Municipalidad de Valparaíso, se abrió pomposo, al igual que en aquella gloriosa fiesta que su madre Ana Luisa ofreció en honor de la esposa del Presidente de la República, doña Sara del Campo de Montt. Esta vez él sería el gran festejado. «Ahora, tantos años más tarde, un alcalde, con talento y sensibilidad, se ha acordado de los artistas...», reflexionó.

Entre los asistentes intentó reconocer algún rostro; imposible, habían transcurrido más de dos generaciones y como reflejo del espíritu chileno, demolidor de todo lo que huele a tiempo, lo viejo desaparece o lo obligan a esfumarse.

Contabilizaba los cerros mejor que un experto, incluso le escribían de todas partes del mundo para confirmar alguna información al respecto. Cuando alguien osaba preguntarle por Valparaíso, inmediatamente inquiría: «De qué Valparaíso me está usted hablando, porque ha de saber que hay más de diez Valparaísos diseminados por el mundo».

Ascensor Cerro Cordillera, Plaza Echaurren, Valparaíso inundado, tranvía a Playa Ancha, muchachas en

la cantina, burreros de los cerros, el teatro de la Plaza Victoria, el verdulero itinerante, lavanderas, el muelle Prat, el Colegio Mackay. Joaquín habría hecho una estadística de los peldaños de las escalinatas de Valparaíso, de los gatos, de los burritos, de los caballos y de los canutos.

Por su condición de porteño, tuvo el privilegio de ser testigo con anticipación a sus rivales —los santiaguinos—, de los adelantos de la modernidad. Todos quisieron ver el primer fonógrafo que desembarcó en el puerto, perteneciente al señor Guimaraes. Consistía en una cajita con un cilindro para introducir otro de cera, donde estaba impreso el sonido.

—¡Miren que almacenar la voz humana!—, exclamó un caballero, mientras, en medio del pasmo de todos, el aparato echaba a dar vueltas.

El 14 de marzo de 1900, los hermosos tranvías eléctricos; muy luego, la primera fábrica de gas para alumbrado urbano. Los extranjeros, sobre todo los británicos, dieron auge al impulso económico. Joaquín Edwards siempre admiró la sangre anglosajona por su disciplina, sensatez y responsabilidad.

Aún no se abría el Canal de Panamá, por lo que el puerto era la puerta principal del Pacífico. Valparaíso estaba dividido en dos. El mundo restringido en el plano, en Viña del Mar y en Cerro Alegre y el otro, donde crecía la población criolla de los demás cerros.

SIÚTICOS, LATEROS Y CAMPANUDOS

Entretanto, en Santiago el diario *La Nación* cosechaba prestigio. Durante más de cuarenta años, la mayoría de las cartas de los lectores estaban destinadas a J.E.B. Supo

interpretar como pocos el carácter nacional y dio pistas sobre el origen de usos y expresiones.

El último resabio romántico chileno surgió desde la boca en forma de «u» de una mujer enamorada, quien, apretando sus labios para articular «precioso», poco a poco fue diciendo pichoso, picioso, pisiútico, pochocho. Así nació de la explosión salivosa de boca femenina la palabra «siútico», redicho que acompaña a la sociedad chilena hasta hoy; claro que la inspiración original fue muy diferente. «La palabra siútico o pisiútico, proviene de la manera engolosinada de decir precioso a un crío, a un objeto de arte, o a un amante(...)».²⁰

Imaginemos a Atalívar Ponce Lagos, tras cuatro horas de minucioso estudio de su *trousseau*, por fin se decidió por el smoking y el jipi-japa para asistir a la boda de su ahijada. Ante la concurrencia alzó la copa con dos dedos, y entre oferta, réplica y contrarréplica, brindó:

—Se la hago (los honores).

—Está en buena mano.

—De buena pasa a mejor.

—No se puede mejorar lo que mejorado está.

Y de copa en copa ambos festejantes van de un salud a otro hasta que Norman Rojas Poblete, un señor de flamante panamá, chaqué azul ribeteado de cinta negra, guantes color patito, zapatos de charol muy puntiagudos, de caña larga y una calavera de coral pendiente de la laboreada cadena del reloj, parloteaba acerca de su magnífico *chaise longue* y de sus amistades *comme il faut*. ¡Oh, siúticos divinos!

En otro lugar de Santiago, a un paso de la Plaza de Armas, Pedro González, orgulloso funcionario de Correos y Telégrafos, tenía graves problemas con el rendimiento de su jor-

nada laboral: no había día en que no apareciera algún latero. Faltaba un cuarto de hora para que cerrara la oficina y el empleado vio con desesperación aparecer el rostro de don Juvenal. —¡Chitas!, —pensó— lo último que me faltaba. Un viernes y aparece este caballero enamorado de la hípica.

—Pedrito, ¿ve?, el Cocodrilo ganó por cabeza. Yo le pasé el dato. ¿Me hizo caso?

—Don Juve, usted sabe que estoy metido en este cuchitril hasta tarde, no alcanzo a ir al garito. ¿En qué lo puedo servir esta vez?

—No, pasaba por aquí no más, a saludarlo y comentarle los nuevos datitos.

Mientras don Juvenal hablaba con gusto, Pedro miró el reloj con desaliento. Don Juvenal deja de ser monocrorde en el café o en el restaurante. Hable de caballos, de comunismo, de planes políticos para salvar el país o lo que sea. Los lateros son peligrosos solo en las oficinas o en las calles, a las horas de trabajo.²¹

Hasta hace muy poco un nombre 'campanudo' era un pasaporte. Undurraga, Ochagavía, Subercaseaux, apellidos vinosos: símbolos de sumisión y acatamiento. Cuando llegaba preso un jovencito de apellido, el comisario le decía paternalmente:

—Parece mentira que un caballero decente como usted haga tales cosas.

Y lo ponía en libertad.

EL PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO

El primer *chroniqueur chilien* decía las cosas por su nombre: al pan, pan y al vino, vino. Si en la actualidad los eufemismos se dan en todas las áreas de la vida nacional, en el periodismo la situación era y es crítica.

Lo más notable es su vigencia. Los robos reciben el nombre de irregularidades y apropiación indebida; la empleada doméstica, asesora del hogar y la sirvienta, niña de mano. La lista se ha abultado. Al chileno no le gusta, o teme, nombrar correctamente a las cosas.

Joaquín Edwards supo como muy pocos «pisar en los callos». Esto le trajo buenos y malos dividendos. Con el pasar de los años «sus queridos lectores» se atrevieron a distinguir los disfraces. No tan solo les enseñó a ver, sino también a reaccionar y con ello contribuyó a dar forma a una opinión pública sólida.

Con su traje de franela inglesa, camisa blanca y humita al cuello, Joaquín Edwards observaba que la mayoría del público en la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Periodismo de 1959, era joven. Se emocionó. Era archiconocido que le desagradaban los discursos. Como la salvación de un incendio, estos dependen de la puerta de escape.²²

De manera directa y franca se dirigía a sus admiradores:

—Muchos jóvenes, varones y mujeres, especialmente de provincias, me han hecho llegar sus proyectos literarios pidiéndome una apreciación con el objeto de intentar apadrinarlos (...) En mi ser interior, y con la más desnuda sinceridad, les deseo el fracaso en sus primeras obras para que así no se vean arrastrados al opio de escribir.

Dijo lo que en otras oportunidades: la escritura es función del pensamiento. Para hacer de un país algo auténtico y no un reflejo, es preciso que alguien piense y que esta idea trascienda al cuerpo nacional: «¡Atrévanse, miren a su alrededor, observen, sean verdaderos guías del público! Nuestros lectores carecen

de fe en su propio juicio, su conciencia de inferioridad les llama a aceptar solo juicios afuerinos».

«Jóvenes, respóndanse tres preguntas: ¿han deseado escribir siempre?, ¿es irresistible?, ¿en sus hogares, se lee frecuentemente? Una vez respondidas, les advierto que en veinticinco años los libros no me han dado honores ni dinero para vivir. El periodismo, sí. Nuestra tierra prefiere a los periodistas que son más llanos y baratos. El diario cuesta menos de medio penique».²³

Edwards Bello, que se veía a sí mismo como un novio de la noticia, creía que el periodismo debía girar en torno a ella: «Edison comenzó su vida de inventor, durante la guerra norteamericana de Secesión, en un compartimento de ferrocarril donde instaló una prensa para dar noticias frescas de dicha guerra al público que se apasionaba por ellas (...) El público es como un niño irreflexivo y novedoso: no le importa quién es el encargado de divertirlo y darle noticias. Se va con aquel que mejor cumple con su objetivo. El público es un niño que pide un cuento nuevo cada mañana (...) se parece al sultán de las *Mil y una noche*, sentado a la vera de la sultana Scherezade, todos los días, sin faltar uno solo so pena de perder la vida».²⁴

AÑORANZA

DE TIEMPOS NUEVOS

Regando descalzo, en el antejardín de su casa del barrio Yungay, don Joaquín divisó al profesor Morales.²⁵ Al escritor le agradaba entablar conversaciones; le era posible monologar, ejercicio que amaba.

—¿Cómo le va, profesor? Espero que ya no atemorizan a los alumnos como lo hacían en mi época de estudiante.

—Don Joaquín, usted sabe que por suerte los pedantes del magisterio están en vía de extinción. Ahora contamos con esquemas propios, buenas instalaciones y la memoria no basta para ser exitoso, en fin... los chiquillos se entretienen, ya no es el liceo de antes.

—Cuénteme una cosa, siempre me ha inquietado la imposición de la enseñanza por parte de las madres. ¿Le parece a usted que esto fomenta el machismo?

—Mire, don Joaquín, sinceramente pienso que el hecho de que la mayoría de los apoderados sean mujeres, no implica que se estén formando futuros brutos. Claro que las damas manejan las finanzas y muchas otras cosas, pero dígame usted ¿quién manda en el mundo?

—No me haga reír, si hasta se cumplió lo que vaticiné hace veinte años: que las mujeres llegarían a usar pantalones con marruecos. Estoy a la espera del Juicio Final.

Entretenido con la charla, el periodista invitó al maestro a tomar té. Se ubicaron en el comedor, su lugar de trabajo. Sobre la mesa, un par de tremendas tijeras y hojas de diferentes diarios con rayados al margen, destacando datos curiosos.

—Profesor, usted que se relaciona estrechamente con los jóvenes, quisiera confiarle que estoy convencido que no siempre «todo tiempo pasado fue mejor». Fíjese que mi generación —la del 900— fue muy desdichada por el abismo que existía entre padres autoritarios e hijos sometidos a reglas rigurosas y sin la más mínima confianza. Éramos hijos del silencio. Soy un convencido de que los padres deberían ser amigos y compañeros de los hijos. Hoy me alegro cuando veo a niños opinando sobre cualquier tema sin

mayores prejuicios, ¡hasta de sexo! Qué progreso, qué nuevo e interesante mundo.²⁶

COMIDILLA LITERARIA

Aun con el progreso, hay males que permanecen. Si existe algún rasgo criollo traspasado de generación en generación con la misma intensidad, es la envidia. Pecado capital, patrimonio de cada uno de los chilenos. En algunos oficios y círculos se nota más, como en el mundo de las letras —Chile, país de poetas—, quizá por la susceptibilidad manifiesta.

«Ahora o nunca don Pedro Aguirre. Es en este gobierno, el suyo, en el cual existen personas que valoran el talento intelectual, cuando se debe establecer el Premio Nacional de Arte, Ciencias y Literatura, cuyo proyecto condensa la aspiración de la juventud instruida. Si no es ahora, perderíamos las esperanzas para siempre». Fue Joaquín Edwards quien instó al ex presidente radical a reconocer y estimular la producción literaria. Acto loable que dio pie al cosquilleo visceral frente a quienes se encumbran por el camino del reconocimiento público.²⁵

Después de las seis y media de la tarde, a la salida del diario, el grupo de amigos periodistas: Domingo Melfi, Carlos Pródens Saldías, David Beri, Exequiel de la Barra, Adolfo Fuentes, Mario Ciudad y Octavio Garfias, se reunía en el restautante La Bahía a conversar de lo humano y lo divino. Joaquín llevaba sus crónicas y comenzaba a hipnotizar a los comensales a través del verbo. En una de aquellas intervenciones sentenció el oficio de escritor.

—He sido permanente escritor de útiles claridades, tan libres que, al final me siento solo. A nadie le

aconsejo que se dedique a la literatura. Nacer literato en Chile es como nacer albino—, comentó.²⁶

Nació además con un oído privilegiado. Este don le permitió manejarse a sus anchas en el francés, el inglés y el español. Una de las pocas virtudes que reconoció de la educación secundaria es que gracias a ella aprendió a amar el idioma castellano. La obra del «bisabuelo de piedra», don Andrés Bello, lo inspiró.

Aquella tarde de 1954, cuando el presidente Carlos Ibáñez le estrechó la mano durante la ceremonia de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, su corazón latió más fuerte.

—Es demasiado—, pensó mientras llegaba al estrado en medio de un movimiento de asombro. Ovación.

—Mis sienes baten a la carga. Siento toda mi sangre en la cabeza. No puedo estallar. La caldera resiste. Soy un caballo en las huinchas: Joaquín Edwards nervioso, Joaquín manso, Joaquín al cajón. ¡Partieron! Joaquín en la punta por tres cuerpos, la caldera se descarga de a poco. Me desinflató, del rojo paso al pálido. Volví en mí. Nunca pensé que pudiera ser tan feliz después de la batalla contra mis nervios. ¡Victoria! El público ha reconocido mi esfuerzo y mi desinterés personal en treinta años de periodismo. Mi vocación.²⁷

EL DÍA «D»

Parálisis progresiva y sin vuelta fue el lapidario pronóstico médico. Hacía ocho años que un intruso coágulo se depositó en su sesera. Claro que su paciente y dedicada mujer, Marta Albornoz, se había encargado de combatir la enfermedad

a punta de hortigazos. «El doctor Lezaeta soñó con la salvación de nuestros cuerpos y espíritus mediante un sistema que él llamó 'lavado de sangre'». ²⁸

Esto solo fue un remanso. Día a día notaba que su distante acorazado varaba inexorablemente. Ya ni siquiera podía regar el pequeño antejardín de su casa de la calle Santo Domingo, en el lúgubre barrio Yungay. Estaba triste, cansado y pobre. Se había deshecho de muchas cosas de valor, más bien sentimental; reeditó obras en contra de su voluntad, negoció principios por abatimiento... era mucho. Los 373, 34 escudos de pensión²⁹ solo le permitían solventar remedios y escualidos consumés de pollo. Esto no era vida, no para el curioso, aventurero y niño travieso que contradecía al viejo 'paso de ganso'.

El televisor recién lo venía conociendo. Fue un adoptante tardío. Le gustaba el programa Sábados Gigantes, porque lo entretenía y le parecía una caja de sueños.

Una de las tardes en que el joven literato Alfonso Calderón, con quien departió el último par de años de su vida, lo visitaba para trabajar en la compilación de sus crónicas, le comentó:

—¿Sabe, mi querido amigo, por qué me gusta este joven gordo de los sábados? Porque es bueno con los viejos, se preocupa de ellos. Le advierto que le va a ir muy bien. Ya nadie nos quiere.

No tan solo vaticinó el éxito del animador, sino también la carrera espacial—su sueño era que el hombre pisara la luna—; la construcción del ferrocarril subterráneo de Santiago: «...Quiero vivir hasta ver en qué para

lo de la bomba atómica, lo de la paz universal y lo del metropolitano de Santiago». ³⁰ El fracaso de la guerra de Vietnam lo comparaba con la línea Maginot de la Segunda Guerra.

La nostalgia lo visitaba con demasiada frecuencia. Recordaba a su amigo Claudio de Alas, cuando le confesó: «Hago periodismo para comer y versos para que me dejen hacer periodismo». Claudio se disparó en la frente en Buenos Aires, en 1918, con el mismo revólver con que mató a su perro.

En otra ocasión, comentando acerca del autoexterminio—tema recurrente a lo largo de su vida—, entre broma y broma le solicitó a su interlocutor: «Cuando me mate diga que me suicidé. Mire que en este país de mitómanos, podrían inventar cualquier cosa». Explicaba que la gente busca el verano, el sol, la belleza, para irse por voluntad propia del mundo, dejando atrás las inseguridades y los dolores.

Eran cerca de las ocho de la mañana del lunes 19 de febrero de 1968. Marta le había llevado el desayuno a la cama y salió del dormitorio para dejarlo tranquilo. A lo lejos se escuchaba una vieja canción de Edith Piaf. Entre la entonación gala y el seco impacto, Joaquín emuló a Alas, su romántico compañero de juventud: se arrancó la vida con un revólver Colt 32, que su padre le regaló para que se cuidara. Y así fue, quiso salvar su dignidad. «Saqué mi revólver Smith y Wesson, herencia de mi padre, que ahora mismo veo. N°222746. Pat. Enero 24-66, reissue 82. Sigo con el sueño». ³¹

Por Luisa Edwards Morice

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Joaquín Edwards Bello.

Nace en Valparaíso el 10 de mayo 1887 y muere en Santiago el 19 de febrero de 1968. Se casa con Ángeles Dupuy, oriunda de Granada, España, con quien tuvo dos hijos: Joaquín y Bernardo. Enviuda en 1926. Contrae matrimonio con Marta Albornoz, en 1953.

Estudios: Colegio Mackay y el Liceo Fiscal de Valparaíso. En mayo de 1905 se traslada a Londres y allí ingresa al colegio privado *Sulhampstead Rectory*.

En 1896 emprende su primer viaje a Europa y permanece algunos años en Francia. En 1902 retorna al viejo continente y regresa a Chile en 1906, tras la muerte de su padre. Vive algunos años en España donde conoce a su primera mujer.

Trayectoria periodística: A los catorce años funda la revista *La Juventud* y ya en 1910 publica artículos en el diario *La Mañana*. También en 1910 publica su primera novela, *El Inútil*. En 1920 se inicia como periodista en *La Nación* donde permanece más de treinta años. En 1941 funda la revista *Franqueza* con un único número (1° de enero).

Colabora en el diario *Los Tiempos* (con su columna El capitán Araya) y en las revistas *Hoy* y *Zig-Zag*.

La Primera Guerra Mundial lo encuentra en París. En 1925 fue a Europa como miembro de la Delegación Chilena a la Sociedad de las Naciones.

Publicaciones: Además de sus reconocidas novelas, como *El roto* (1920), *Criollos en París* (1933), *La chica del Crillón* (1935), publicó libros de crónicas y viajes. Entre ellos, *Crónicas en Río de Janeiro*, *Crónicas Valparaíso Madrid*, *Crónicas y nuevas crónicas*, *Recuerdos de un cuarto de siglo* (1966), *Hotel Oddó* (1966), *Mitópolis*, *En torno al periodismo y otros asuntos*, etc.; la mayoría, recopilados y prologados por el escritor Alfonso Calderón.

Distinciones: En 1943 obtiene el Premio Nacional de Literatura y en 1959 el de Periodismo.

NOTAS

- 1 Joaquín Edwards Bello, *Nuevas crónicas*, Editorial Zig-Zag, 1965, pag 99.
- 2 Ibid, pág 45
- 3 Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de cuarto de siglo*, Editorial Zig-Zag, pág. 27.
- 4 Ibid, pág. 39
- 5 Ibid, pág. 51
- 6 Ibid, pág. 108
- 7 Escuela de Periodismo, PUC, Investigación de Carmen María Vergara.
- 8 Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de cuarto de siglo*, Editorial Zig-Zag, pág. 25.
- 9 *El Mercurio* de Santiago, 4 de marzo de 1910, reseña de Alone con motivo de la publicación de *El Inútil* en el mismo año.
- 10 *La Tercera de la Hora*, columna de Jorge Edwards, marzo de 1969.
- 11 Joaquín Edwards Bello, *Nuevas crónicas*, Editorial Zig-Zag, 1965, pág. 114.
- 12 Joaquín Edwards Bello, *Hotel Oddó*, Editorial Zig-Zag, 1966, pág. 77.
- 13 Diario *La Nación*, 16 de noviembre de 1925.
- 14 Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de cuarto de siglo*, Editorial Zig-Zag, 1966, pág. 261.
- 15 *El Mercurio* de Santiago, columna de Fernando Santiván, JEB ha muerto, 23 de febrero de 1968.
- 16 Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de cuarto de siglo*, Editorial Zig-Zag, 1966, pág. 70.
- 17 Joaquín Edwards Bello, *Crónicas*, Editorial Zig-Zag, 1968, pág. 64.
- 18 Ibid, pág.35.
- 19 Ibid, pág.35.
- 20 Ibid, pág. 64.
- 21 Joaquín Edwards Bello, *Hotel Oddó*, Editorial Zig-Zag, 1966, pág. 105.
- 22 Ibid, pág. 128.
- 23 Joaquín Edwards Bello, *En torno al periodismo y otros asuntos*, Editorial Andrés Bello, 1969, pág. 47.
- 24 Ibid, pág. 58.
- 25 Diario *La Nación*, 29 de octubre de 1929.
- 26 Joaquín Edwards Bello, *En torno al periodismo y otros asuntos*, Editorial Andrés Bello, pág 109.
- 27 Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de cuarto de siglo*, Editorial Zig-Zag, 1966, pág. 37.
- 28 Joaquín Edwards Bello, *Hotel Oddó*, Editorial Zig-Zag, 1966, pág. 97.
- 29 *Diario Ilustrado*, 23 de febrero de 1968.
- 30 Joaquín Edwards Bello, *Nuevas Crónicas*, Editorial Zig-Zag, 1965, pág. 128.
- 31 Joaquín Edwards Bello, *Hotel Oddó*, Editorial Zig-Zag, 1966, pág. 25.

Tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados

a encender de locuras y besos de cristal

tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados.

En mi angustia renacen los olvidados

como acordes de un viejo musical...

(Obsesión)



DANIEL DE LA VEGA

Daniel de la Vega (1962):

«PALABRAS QUE ARDEN Y ALUMBRAN...»



Con las cortinas viejas formó un teatro en la última pieza de su casa en Quilpué. La escena representaba una sala con foro y puertas laterales. Un gran paño rojo servía de telón. El repertorio era heterogéneo: desde el diálogo infantil hasta la comedia modernista, que encontraba en la estantería de la biblioteca de su padre. Llegaba la hora: nueve y media de la noche. Se abría la cortina para que la función comenzara... El selecto público eran tres empleadas de la casa y el hijo de una de ellas. Jamás logró conmovier a la concurrencia. Suicidios y desapariciones fueron en vano. Diez minutos después de comenzada la función, uno de los espectadores se dormía.

Daniel de la Vega Uribe —el artífice de este mundo de representación—, confuso por la ira, tomaba el único cojín y lo disparaba a la cabeza del culpable.

—¡Entonces me voy!—, le respondía el asaltado por sorpresa.

—¡Silencio!, vamos a continuar—, replicaba orgulloso Daniel.¹

Aquel niño comprendió desde ese momento que el artista debe dejarse influenciar por los gustos del público.

El único escritor chileno que recibió tres Premios Nacionales —de literatura, teatro y periodismo²— nació en Quilpué el 30 de junio de 1892, bajo la república parlamentaria encabezada por Jorge Montt. Su abuelo, Fernando de la Vega, fue un inmigrante asturiano que llegó a formar fortuna a Valparaíso en 1832. Instaló dos mercerías y al poco tiempo logró una riqueza que invirtió en propiedades de toda la región.

Hijo de Fernando, Daniel de la Vega Bravo se encargó de uno de sus fundos en Quilpué, donde se casó con la heredera más rica del pueblo, Agustina Uribe Valencia. Del matrimonio nacieron cuatro niños: María Agustina, Daniel, María Eugenia y Augusto, que murió antes de cumplir un año de edad.

La familia creció en la abundancia. Pese a ello, el abuelo, que entonces

vivía en Valparaíso, viajaba permanentemente a Quilpué a supervisar sus propiedades. Dormía en una de sus casas de amplios parronales y floridos jardines. Hombre culto y católico, don Fernando impuso sus ideas en la educación de Daniel y le enseñó las costumbres españolas. En 1902 decidió que su nieto estudiara en los Padres Franceses de Valparaíso, y luego en el Seminario del pueblo.

«Todos los días, a las siete de la mañana, con una puntualidad aterradora para nosotros, partía desde Quilpué el primer tren a Valparaíso. Ese tren era el nuestro, el de los estudiantes, el tren pobre y revoltoso, alegre y anárquico(...) sonaba el pito de la locomotora, anunciando su llegada y de casi todas las casas salían muchachos desesperados, volando

«Como hombre de la profesión, sabía lo que importaba un estreno y si la obra no resultaba, comentaba los decorados y los vestidos de las actrices. Si era buena, echaba las campanas a rebato de alegría. Pasó por el teatro como por la vida, dejando su sana bondad...».

(Mario Cánepa Guzmán)

hacia la estación, a medio vestir; con el cuello, el sombrero y las galletas del desayuno en la mano».³

Más tarde, su madre, al echarlo de menos, decidió matricularlo en el Instituto Alemán que se creó en Quilpué. De su paso por esos colegios, a Daniel le quedó el amor por el alemán y serias dudas sobre la iglesia católica: «A mí no me gustaban los curas. Nunca me han gustado. Claro que yo respetaba profundamente la opinión de los demás».⁴

Pero Daniel no solo se dedicó a estudiar. Los partidos de fútbol, el boxeo y las corridas de toros eran momentos que disfrutaba al máximo. Sobre todo si le permitían olvidarse de las clases de caligrafía. «Fui muy buen futbolista cuando muchacho. Para centrodelantero no tenía rival: era una verdadera tromba humana. Y para qué cuento cómo era para los combos. No era penden-ciero ni amigo de arrastrar el poncho, pero como que me sacaran de paciencia, ¡quedaba la tendalada, compañero!».⁵

«A él le gustaba su Quilpué —cuenta hoy su hijo Ramiro de la Vega—. Aborrecía todo lo otro. Le encantaba salir a andar en bicicleta con sus amigos, y le prestaba su bicicleta a los más rotitos. Jugaba fútbol —tenía su equipo— y él era arquero, aunque también fue delantero, al final jugó en todos los puestos. Eso de andar pensando en las clases y a qué grupo pertenece tal o cual, no le interesaba para nada. A mi padre le importaba la calidad de las personas, por eso le gustaba Quilpué, por su gente».

En el año 1900, cuando aún no cumplía los ocho años, lo llevaron a Santiago para ver la corrida del 8 de abril. La plaza de toros estaba ubicada al término del Parque Forestal:

«Todavía veo el redondel, como un disco de oro. Entonces lidiaban Calderón, Caballero y un negrito peruano que se llamaba Varela».⁶

POESÍAS Y TRAVESURAS DE UN NIÑO SENSIBLE

Inspirado por un día de gran tempestad que azotó a Valparaíso, escribió su primer poema, *Oda al mar*, a los siete años. «Para mí el papá nunca dejó de ser poeta. Fue periodista, obtuvo el Premio Nacional,

pero en todos los artículos de mi padre hay poesía. Siempre la hay. De cualquier cosa, de un acontecimiento, de un lugar salía una poesía», señala su hijo.

Como adolescente, a los catorce, Daniel fundó y dirigió, en 1906, *La Semana de Quilpué*: «A esa edad yo era un periodista terrible. No temía hablar en mis artículos de la vida íntima de mis vecinos del pueblo, con detalles espeluznantes. Como los vecinos habían amenazado matarme, me escondí en casa y desde allí



El Mercurio

En su juventud, Daniel de la Vega atraía a las mujeres con sus versos románticos.

hacia circular el periodicucho lleno de insultos».⁷

A pesar de estas travesuras, Daniel fue un niño sensible. De sus lecturas, las favoritas eran y seguirían siéndolo, Valle Inclán, Azorín —clave como influencia en sus crónicas—, Pío Baroja, Tolstoi, Chejov, Dostoievsky y Cervantes. Gustos que fueron motivo de choque con su padre, que solo aceptaba al autor de *El Quijote* y a los clásicos españoles.

En 1909 muere el abuelo. Daniel recién había cumplido los diecisiete años. Su padre decide el traslado familiar a Santiago, a una mansión de Pedro de Valdivia con Irrarázaval. Desde Quilpué, Daniel ya mantenía correspondencia con los escritores Fernando Santiván y Eduardo Barrios, algo mayores que él, con quienes se reuniría en Santiago a conversar en las noches, después del teatro. En los cafés y clubes de la ciudad, que De la Vega no dejaría por años, hizo muchos de sus grandes amigos, como Pedro Prado, Rafael Frontaura y Pedro Sienna.

LA POBREZA, EL APLAUSO Y LAS TERTULIAS

En esos años la calle Eleuterio Ramírez era el corazón de la bohemia, cetro que se lo disputaba Bandera con su famoso restaurante Teutonia. En Eleuterio Ramírez estaban las casas de cena, La hípica y Las cazuelas de la negra Heriberta. Por allí andaban en malos pasos Jorge Hübner Bezanilla, Germán Luco, Andrés Silva, Hugo Donoso, Pedro Sienna, Rafael Frontaura y el joven poeta Daniel de la Vega, quien inició con los dos últimos un trío de inseparables amigos que duró hasta su muerte.

Entonces se rendía culto a la amistad. La gran trasnochada era con

recitados a la niña de los desvelos junto a la laguna del Parque Forestal, frente al Palacio de Bellas Artes y desde allí, un desayuno en el Mercado Central era el final del rito antes de ir a dormir.

Los aires del Centenario⁸ —bajo el gobierno de Ramón Barros Luco— agitaban Santiago con alegría patria ante la proximidad de los cien años de la Independencia. La fuerza que estallaría en magníficas fiestas se concentró en las calles y casas santiaguinas de toda condición. Cada cual buscó lo mejor de sus aderezos domésticos y decidió invertir, a la chilena, lo más que pudiera de su bolsillo para celebrar aquellas glorias. Pintarían sus casas, arreglarían las calles y enarbolaban su mejor bandera.

Dentro de tales preparativos, en 1910, Santiago era una ciudad romántica con rincones de parques y locales donde los artistas vivían su bohemia hasta las primeras claridades de cada día, mientras dibujaban, declamaban versos, entonaban canciones de moda o se hundían en interminables charlas sobre la vida, el amor y la muerte.

Por esos días nacieron tertulias que hicieron escuela. Una de ellas era la de la revista *Zig-Zag*, que ya se asentaba como nidal de escritores. Pasaban por allí Roberto Alarcón, Moustache, Nataniel Yáñez Silva, Coke —que se iniciaba con monos de Barros Luco—, Mariano Latorre, Juan Guzmán Cruchaga, Armando Donoso y Domingo Melfi, entre otros. Junto a estos grandes que nacían, compartía un joven poeta venido desde Quilpué.

Pero la vida de Daniel no solo estaría marcada por las tertulias y las casas de cena. Con la llegada a Santiago empieza también la ruina fa-

miliar. Sin los límites que imponía el abuelo español, las extravagantes elegancias del padre conducen al desastre doméstico. Antes de que Daniel cumpla los veinte años, su padre debe escapar de las deudas y la familia termina viviendo en un *cit e* de Doménica con Recoleta.

Daniel los mantiene con sus colaboraciones poéticas, que empezaron desde que llegó a la capital y por las que le pagaban quince pesos de la época. Escribiría en *Zig-Zag* (donde se incorporó en 1913 con un sueldo de doscientos pesos mensuales), *Corre Vuela*, *La Luz* y *El Independiente*.

En 1911 envía su primer libro en versos a la imprenta La Ilustración, bajo el título de *Al calor del terruño*. Tenía diecinueve años: «Mi libro, este pedazo de vida ilusionada,/ es eco de mi alegre aldea idolatrada./ En mis rimas hay algo de esas altas montañas,/ algo de esos caminos, algo de esas cabañas,/ algo de esos jardines pletóricos de flores/ en donde tantas veces platiq  mis amores» (*El último nocturno*).

Al año siguiente le apremia buscar un trabajo estable para sobrevivir. Comienza en la corrección de pruebas del antiguo diario *La Mañana*, propiedad de Emilio del Villar, gracias a los empeños de su amigo Eduardo Barrios, ante Emilio Tagle (Bon Soir). Pronto pasó a la sección Cables donde trabajó hasta 1916, año en que el periódico dej  de existir.

Pese a la mala situación económica, publicó una humorística crónica sobre el tema en la que agradece a Hugo Silva (Julio César), redactor de cables de *El Mercurio*, quien le aportaba los sobrantes de dicho diario y le corregía los avances de las tropas alemanas en la Primera Guerra. Más tarde confesó haberse visto en la necesidad —por carecer

de servicio cablegráfico— de inventar pasajes del conflicto. De hecho el poeta perdió y ganó formidables batallas antes del cierre del diario. Pudo anticipar por simple intuición ofensivas, derrotas y victorias. «Entonces no dormía compañero, —diría a sus amigos—, agobiado por la pesadilla de que las cosas resultasen al revés».

Una tarde de junio se encontró con Fernando Santiván, quien junto a un librero amigo le propuso la fundación de una revista.

«Santiván —relataba— me expuso el proyecto y me gustó:

—¿Qué le parece? ¿Quiere trabajar conmigo?

Yo tenía veinte años, escribía unos versos muy malos, y le respondí:

—Magnífico. La revista la hacemos esta noche.

La revista quedó fundada y fuimos los tres a un bar a celebrar la recién nacida. Ya había anochecido, y los escaparates volcaban sus luces de colores, las calles estaban llenas de reflejos, de ruido y de afán, de gen-

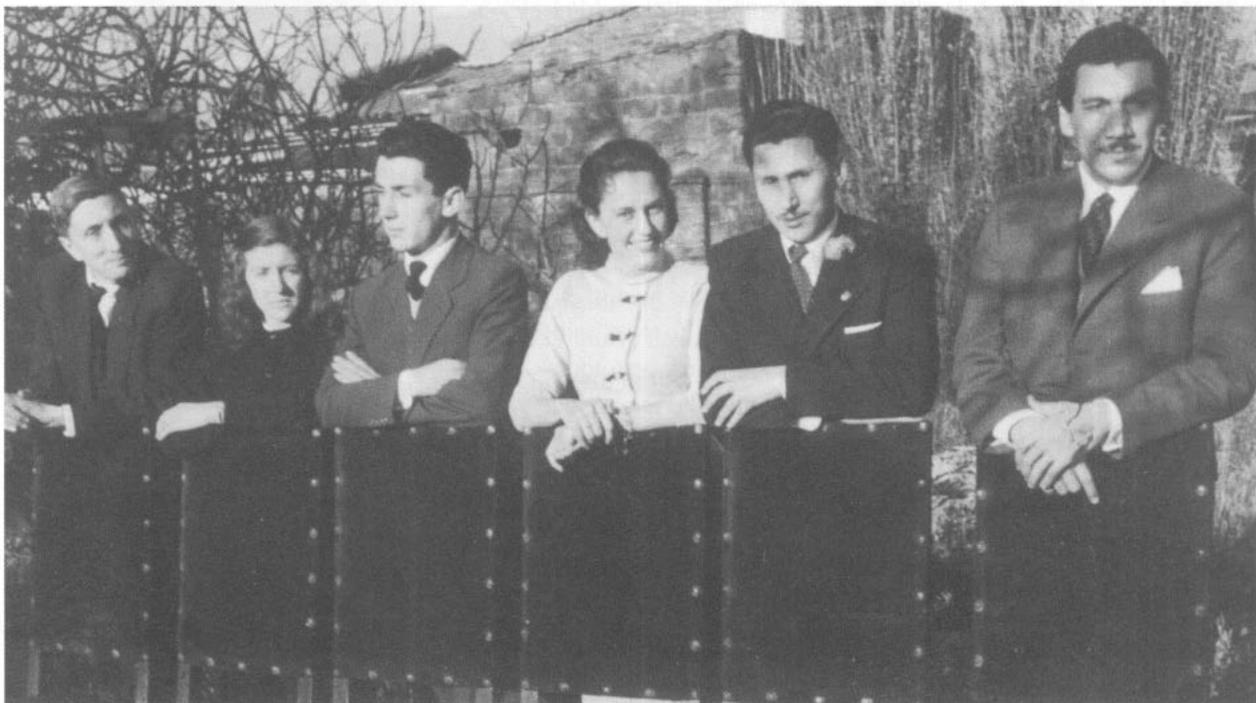
te que pasaba de prisa, dichosa de vivir. Y nosotros bebíamos, como dice Khalil Gibran, para desembriarnos».⁹

1912 fue un año lleno de acontecimientos en la vida del periodista. Muere su padre, estrena su primera obra dramática —*Un crimen en Recoleta*— y conoce a la que se convertiría en su gran amor: Rebeca Retes. Ella, hermana del afamado hombre de teatro Rogel Retes, asistió junto a toda su familia a la *première* de la obra. El poeta se enamoró en el acto. Pero Daniel era corto de genio y no se declaraba. Solo miradas, hasta que la encontró a la salida del camarín. El romance fue inminente.

«Mi papá tenía muy buena figura. Medía un metro ochenta y dos, era delgado, buenmozo. A pesar de todo eso, fue muy tímido, tremendamente tímido... porque era muy sensible. Entonces, a los quince, dieciséis o diecisiete años, él no sabía lo que era pololear. Tuvo un pequeño romance con una niña de Quilpué

que se enamoró de él y que yo me la encontré ochenta años después, como dueña de un hotel —el Luce-ro— en Pichidangui. ‘Yo pololeé con tu padre cuando éramos chicos’, me contó. Tantas me han dicho lo mismo, pensé, hasta que un día leía un artículo de un escritor donde decía que ‘Danielito arrancaba de una enamorada que se llamaba Elvirita’, relata Ramiro de la Vega.

A los veintiún años De la Vega conoce el éxito con su obra de teatro *El bordado inconcluso*. Era la época de las producciones: Sienna, Frontaura, Cariola, Acevedo Hernández, De la Sotta. El nombre de Daniel de la Vega se hizo popular y respetado en Santiago. Los halagos y homenajes no demoraron en aparecer. Tiempo después escribía sus críticas teatrales, que desbordaban bondad: «Como hombre de la profesión, sabía lo que importaba un estreno y si la obra no resultaba, comentaba los decorados y los vestidos de las actrices. Si era buena, echaba las campanas a rebato de



En una reunión familiar junto a sus hijos: el segundo de la derecha es Ramiro, también periodista y gran admirador de su padre.

alegría. Pasó por el teatro como por la vida, dejando su sana bondad y la ternura de sus palabras siempre llenas de aliento para el que se iniciaba, como el espaldarazo de su actitud para quien iba ya en el camino». ¹⁰

Con veintidós años de edad, se casó, en enero de 1914, con Rebeca. Al año siguiente nace su primera hija, Rebequita. La escritura no para: ni en el periodismo, ni en el teatro ni en la poesía: *Música que pasa, Cielo de provincia, Nuestra vida vulgar, Claridad, Los momentos*. Un año más tarde le otorgan el Premio Iberoamericano de Periodismo, por su celebrada labor como cronista. En 1918 se convierte en el poeta más popular de Chile, según una encuesta de *Zig-Zag* entre sus lectores durante un año, dejando atrás a vates como Gabriela Mistral, Pedro Antonio González y Víctor Domingo Silva.

Sus siguientes publicaciones fueron *Las montañas ardientes* (versos) y la primera compilación de crónicas, *Palabras de Gaspar Marx*. Sobre el primer libro Pablo Neruda diría: «Estoy seguro que alguna gota de aquellos versos sigue corriendo en mi propio cauce, al que después llegarán otras gotas de infinitos torrentes, pero no tengo derecho a desprender de mi memoria aquella fiesta de soledad, agua y poesía». ¹¹

CON EL CIELITO LINDO EN LA DÉCADA DEL 20

Hombre de labia y carisma, Arturo Alessandri Palma atraía a las multitudes por donde fuera que pasara. En 1920 lo habían insuflado los liberales como candidato a la Presidencia, y Víctor Domingo Silva le traspasó su apodo de León de Tarapacá. Con gran talento y osadía política, llamaba al pueblo «mi que-

rida chusma» y lo aplaudían; posteriormente esta pasaría a ser la «chusma inconsciente».

De la Vega vibró también con el año 20 y votó por El León. «¡Cómo no iba a hacerlo si nunca me han gustado los pechoños!», ¹² diría. Y a pesar de que no estaba inscrito en ningún partido, siempre le atrajeron «las ideas socialistas, no marxistas».

Más tarde escribió: «La alegría y fraternidad de la juventud de entonces, y la adhesión de todos, fueron posibles porque aún no se habían desbordado las pasiones políticas. La izquierda y la derecha todavía no separaban el mundo en dos fuerzas irreconciliables...».

En 1920 aparece *Los horizontes*, primer libro donde se aprecia su veta más desconocida: el esoterismo. Su hijo comenta: «Pienso que es muy positivo crear una filosofía donde siempre esté el espíritu —que por lo demás es el que sufre o está feliz—. Así uno se siente verdaderamente bien. Eso siempre estuvo presente en la familia. Mi padre nos traspasó su convicción de que el dinero y el poder no tenían ningún valor ante lo que significa el espíritu. Nos inculcó la idea de que lo único que queda cuando se acaba lo físico, lo material y hasta los huesos, es el espíritu. Yo vivo solo hace tres años, pero todavía siento a mi madre (que está muerta) en su pieza. Estoy con ella, le hablo y soy feliz así. No es un efecto de mi mente».

Entre 1920 y 1924 Daniel es muy prolífero. El año 21 y 22 edita *La Revista Mensual de Daniel de la Vega*, en la que escribía y reseñaba a los autores

de su predilección; textos que luego reunió en el libro *Un año de inquietud*. En 1923 entra a *El Mercurio*, empresa en la que permanece toda su vida a través de sus más de cuarenta años de colaboraciones en *Las Últimas Noticias*, diario que obtendría un clásico con su columna Hoy.

Tan importante fue De la Vega para este periódico popular que Byron Gigoux, su director, decía que Hoy era la columna que sostenía el tabloide. Muchos lectores compraban el diario casi exclusivamente para leer sus comentarios. Al terminar, pareció que al periódico se le había escapado el alma. ¿Y de qué hablaba en ellos para interesar de tal manera? De todo y de nada. Glosaba una noticia de la crónica local o del cable. Otras veces lo hacía de un libro recién leído o releído. O de un verso recordado al azar. De una anécdota o de una reflexión filosófica.



Llegó a ser el poeta más popular de Chile según una encuesta de revista *Zig-Zag* (1918).

En 1924 Rebeca Retes se separa de su marido, ya que este no supo manejar la fama que estaba adquiriendo y se maravilló con las oportunidades que ofrecía la capital, dejando de lado su labor de esposo. Ya tenían tres hijos: Rebeca, Daniel y Ramiro. Esta mujer, la primera de las cuatro que tuvo a lo largo de su vida, fue su gran amor y con quien compartió sus primeros años de gloria.

Poco tiempo después, en 1925, De la Vega comienza un fugaz matrimonio con Silvandina Navarrete, con quien tuvo una hija, Silvandina.

así vas a mostrar quién eres tú, cuál es tu idea, tu cultura, cuáles son tus debilidades y tus fortalezas'».

En esos años el periodismo es la actividad principal de Daniel de la Vega, pero no ha dejado el teatro. En 1928 la compañía mexicana de César Sánchez estrena, en el teatro Santiago, *Fanfarría*, una comedia revisiteril suya que causó furor —tanto como *El bordado inconcluso*— y que dio poesía a un género considerado chabacano y de mal gusto. El monólogo de la obra —*Good night*— era repetido al otro día por todo Santia-

calle Sierra Bella, la que ocuparía hasta 1962.

«ALAS PARA LA ALTURA»

Hasta los años 40 Daniel de la Vega entrega periódicamente nuevos títulos de obras poéticas; luego solo aparecen las crónicas diarias en la prensa. Sus poesías no son pocas; escribe algunas comedias y cuentos. En 1935 se había vuelto a casar, ahora con Georgina Letelier, compañera en la radio y en el programa de audiciones populares por televisión, Retablo latino. Con ella tuvo

«Estoy seguro que alguna gota de aquellos versos sigue corriendo en mi propio cauce, al que después llegarán otras gotas de infinitos torrentes, pero no tengo derecho a desprender de mi memoria aquella fiesta de soledad, agua y poesía».

(Pablo Neruda)

A pesar de la separación, su hijo Ramiro —también periodista— lo recuerda como un buen padre, que le entregó a sus hijos «una ternura y una dulzura increíbles. Siempre nos preguntaba cómo nos había ido, y había que contarle lo que habíamos hecho en el día. El papá no era hombre de andar en la farándula, ni metido en el Círculo de Periodistas... pensaba que no tenía nada que hacer ahí. Él era feliz estando en su casa, con su familia, con sus hijos y encerrado escribiendo. Mi papá era encantador».

Cuando trabajaron juntos él se preocupaba de estimular a su hijo: «Yo aprendí a conversar con el papá, porque siempre me decía: 'Nunca des la primera opinión, siempre escucha primero y después habla. Pero habla con entera sinceridad, porque

go, pese a que en esa época una promoción debía hacerse en forma directa, porque la radiotelefonía estaba aún en pañales. Estas obras marcan los dos hitos más relevantes del Daniel de la Vega comediógrafo, pero los títulos son muchos más. Algunos: *El camino propio*, *Cielito*, *Luces de Bengala*, *La luna de papel de estaño* y *La universidad de ojos pardos*.

En 1929 muere de escarlatina su hija Rebeca, de catorce años, lo que lo sumió en una gran tristeza. Tuvo, además, que atender a su ex esposa, que quedó muy afectada con la pérdida. Un año después la trasladó a ella y a sus dos hijos a una casa quinta que poseía en la Gran Avenida. En esa época De la Vega vivía con su madre y su hermana en la calle Portugal, a dos cuadras de la Alameda, hasta que se compró una casa en la

tres hijos: Rodrigo, Ximena y Miguel Ángel, que fallecería a los seis meses y a quien le dedicaría uno de sus poemas más hermosos.

También murió su madre, en 1941, dejando sin cumplir las trágicas palabras de sus versos: Madre, tú cerrarás los ojos de tu hijo,/ encenderás los cirios en la estancia dormida,/ y cuando entre mis manos pongas el crucifijo,/ ¡muerto sostendré el símbolo tremendo de mi vida!¹²

En 1951 es enviado como agregado de prensa a Brasil, país que no le causó ninguna impresión mayor. En 1952 se va de agregado cultural a España, donde permanece un año, deleitándose con las corridas de toros y gastándose su dinero sin remordimientos, según confesó en una entrevista a Hugo Goldsack.

Ambos nombramientos son bajo

el período del presidente Carlos Ibáñez del Campo, de quien fue partidario. Aunque nunca le interesó mucho la política, siempre tuvo opinión y predilecciones. Apoyó a Eduardo Frei Montalva, porque lo conocía desde joven y lo encontraba inteligente. Pensaba que con él el pueblo marcharía tranquilo hacia el socialismo, el sistema más justo. Siempre criticó los imperialismos, incluso los aires de grandeza de su querida España.

Estando en la Madre Patria, en 1953 recibió el Premio Nacional de Literatura. Luego de esto, regresó al país.

Después de los días de gloria, vendrían grandes penas: en 1957 fallece su esposa Georgina Letelier a causa de una enfermedad renal. Al año siguiente, se suicida su hijo Daniel, corredor de bolsa, debido a malos negocios que lo llevaron a la ruina. De la Vega deja de escribir poesía y de publicar. Solo su hijo Rodrigo le editará algunos folletines. También jubila en *El Mercurio*.

Pero en el plano amoroso permanece joven: a los sesenta y ocho años de edad, en 1960, se casa con María Santander y tiene el último de sus ocho hijos, Cristián. Dos años más tarde aparece la primera serie de las cuatro *Confesiones imperdonables*, editada por *Zig-Zag*. La publicación, con sus mejores crónicas, coincide con la obtención del Premio Nacional de Periodismo. Al año siguiente recibe el Premio Nacional de Teatro. Muere el 29 de julio de 1971, a los setenta y nueve años, después de tres años de inmovilidad por una trombosis coronaria.

El Presidente de la República, Salvador Allende, en su nombre y en el de su esposa, Hortensia Bussi, envió una ofrenda floral a los familiares, condolencias que se unieron a las expresiones de pesar de un sinnú-

mero de personalidades de las entidades a las que estuvo vinculado.

Pocos desconocieron entonces que Daniel de la Vega tuvo «alas para la altura», como le cantara a su madre en antiguos versos: «Y esto es lo más hermoso de mí./ Todo este afán de marchar a lo horrible y no retroceder./ Buscar puesto en las filas de los que caerán,/ y jugarse la vida por lo que no ha de ser.../ Y en esta guerra a muerte he de caer rendido./ Los ojos distraídos ya no quedarán mirar,/ y apagaré su llama mi pecho adolorido, /el que frente a la muerte no se supo turbar».¹³

CINCUENTA AÑOS DE ENTREGA

Fue el intelectual más completo de su tiempo, como lo atestiguan los tres premios recibidos, pero, además, a través de su arte exquisito, se mostró como el primer poeta romántico de principios de siglo y el hombre de la nota breve por excelencia. Fue el único que avanzó siempre hacia la sencillez, brevedad y depuración idiomática, y que minimizó la crónica en la extensión, en el tono sentimental y en los temas cotidianos.

Ya en el siglo XXI, Hugo Montes comenta: «Daniel de la Vega era una persona oportuna. Sabía siempre tratar los temas con simpatía. Además, yo resalto su bondad. La bondad de él con la gente y las cosas sobre las cuales escribía. Sus escritos poseen una universalidad de temas y de tonos increíble. Posee una melancolía casi provinciana que, tal vez, recogida por otras personas podría haber resultado, incluso, de mal gusto. Pero Daniel de la Vega logró rescatar esa melancolía».

No solo se contentó con transformarse en el poeta más popular de

Chile en 1918, de acuerdo con la citada encuesta de *Zig-Zag*, sino que su genio creador se vertió también en el género teatral, de tal modo que en los primeros cincuenta años del siglo XX, fue uno de los autores dramáticos que cosechó más laureles, junto a otros como Germán Luco Cruchaga, René Hurtado Borne, Carlos Cariola y Eduardo Barrios. De hecho, cambió toda la estructura que, hasta fines del siglo XIX, se conocía del teatro, especialmente de origen francés o español, tratando ahora problemas de base social y más de acuerdo con la idiosincrasia del chileno.

Al juntarse cada uno de los poemas de Daniel de la Vega se podría escribir su biografía: poesía esotérica cuando comienzan sus creencias rosacruces, en 1918; poesía optimista en 1922, cuando llega la fama y felicidad; poesía desolada tras la muerte de su padre y de su hija; poesía desesperanzada cuando está viejo y sufre por la imposibilidad de revivir la fuerza de la juventud.¹⁴

Al respecto, Hugo Montes también da su opinión: «Como poeta lo considero un buen poeta menor, pero con dos cualidades fantásticas. Primero, es un versificador modernista, con versos extensos, agrupados en cuartetos de rimas consonantes; algo muy difícil de lograr. Daniel de la Vega versificaba excelente, muy bien. Segundo, destaco su nostalgia religiosa. Es una especie de Gabriela Mistral con menos fuerza, pero eso no es menos decir. Es un poeta fino, neorromántico y con una melancolía universal».

Sin embargo, después de los años 30, el vigor del poeta se apacigua. Volodia Teitelboim lo acusa en 1935: «Daniel de la Vega, cadáver viviente de la poesía que en el fondo envidia a Neruda por haberlo desplazado de la

predilección lírica de los públicos sentimentales de Chile». Esta apatía se aprecia también en sus obras teatrales y revisteriles —lo que también se puede atribuir a la caída del género por la llegada del cine—, pero no en sus crónicas ni en sus cuentos, donde mantiene intactos su espíritu y fuerza.

En sus notas periodísticas aparecen dos elementos claves: el gusto por entretener y sensibilizar con sus palabras, y la intención de desmitificar y de mirar por donde no se ha mirado. Estas dos características lo hacen un autor sumamente agradable de leer; hay una empatía aunque no se esté de acuerdo con sus opiniones. Su intención era el mejoramiento del público: «Compañeros de labor: Estamos en las puertas de una empresa noble, moralizadora y romántica... El fuego de nuestras plumas juveniles arrebatará simpatías a la muchedumbre fiera, hostil y estúpida», escribe a los diecinueve años como discurso para la fundación de un periódico.

Como periodista relata los sucesos desde una perspectiva personal. Derrumbes mineros en Inglaterra, los amores de las princesas europeas, la casa de conversación de Azorín, las pirámides egipcias son recreados por su pluma. Cambiar de un tema a otro y dejar reflexiones a medias es algo que se repite constantemente en sus crónicas. De la Vega es espontáneo y desordenado.

Los párrafos tristes también son muy típicos en su obra. Habla del pobre, de la vieja solterona, del bazar de barrio. Sin embargo, el sentido del humor abunda, especialmente al comentar la actualidad. Las *Instantáneas* fueron pensamientos o sensaciones que —por medio de ese humor— acertaron a reflejar una actualidad



En sus últimos años padeció una invalidante trombosis coronaria.

trascendente o trivial, pero que con poesía logró llegar al lector.

Alone, junto con resaltar su predilección por las cosas menudas y trascendentes, señala que la nota predominante en toda su producción «es indiscutiblemente la sensibilidad, una especie de ternura temblorosa que empapa y tiñe incluso la sonrisa».¹⁵

Luis Sánchez Latorre en su *Antología de escritos sobre De la Vega*¹⁶, resalta la falta de orgullo de este escritor a quien «los sobrevivientes del boom tenderán a filiarlo como una exquisita curiosidad del traspase romántico». Analiza la influencia de autores como Azorín y Luis Taboada en su modo de abordar la nota instantánea. «Habría que agregar la reflexión irónica de Eça de Queiroz, el humor de Shaw, el ingenio de France, la gracia de Stendhal, la prontitud de Renard».

Y respecto a su talento periodístico, recuerda Sánchez Latorre que don Carlos Silva Vildósola, «tal vez el más penetrante y sutil de los hombres de prensa de las primeras jornadas del siglo veinte, observó en 1933 que Daniel de la Vega poseía la virtud no solo de retener al lector, sino de fasci-

narlo, anulando las posibilidades del juicio frío acerca de su obra».¹⁷

Desde el día en que Daniel de la Vega armó su teatro en la última pieza de su casa cuando era un niño, aprendió su primera lección artística: debía comunicarse con su público. Supo entonces que, entre aquellas cortinas viejas, su independencia artística había nacido. Y aunque en aquella lejana ocasión no logró conmover a su improvisado auditorio, luego lo haría con creces tanto en la poesía, como en el teatro y el periodismo. Textos donde entregaría a sus lectores una mirada nueva y siempre propia impregnada de un hálito poético.

«Si alguna impresión debiera entregar como fiel lector de sus crónicas —escribiría el también Premio Nacional de Periodismo, René Silva Espejo— es que ellas fluctuaban entre el sentimiento y la ironía. Cuando aquel tocaba la fibra sensible hasta la ternura, él nos detenía con un leve sarcasmo; así conseguía que el lector pasara imprevisiblemente de la emotividad a la más hilarante explosión de risa. Encerrar en esas pequeñas instantáneas móviles, sensaciones tan contrapuestas, es revelador de la maestría con que Daniel de la Vega manejaba el corazón humano. Y como era capaz de hablar como escribía, su sola aproximación era un goce y le mereció la unánime amistad de todos cuantos lo trataron en la vida periodística».¹⁸

Y la admiración de quienes rastreamos sus huellas. Porque hoy nos cuesta conovernos con un artículo periodístico. Sentir esa finura de alma que emanaba de su pluma, ese goce estético frente a la contemplación de la belleza.

Por M. Consuelo Hurtado

INSTANTÁNEAS¹⁹

RAPSONA

En sus últimos años ya no podía ocultar su marcada predilección por los papeles viejos, por esas cartas amarillentas que tienen un misterio vago, por las antiguas invitaciones, los inevitables recortes de periódicos, los versos del amigo desaparecido. Guardaba millares de cartas en unas cómodas ventruadas y algunas noches pasaba largas horas revolviendo esos tesoros imaginarios.

Era, a su modo, un coleccionista. Mientras revisaba documentos para sus obras, don Benjamín Vicuña Mackenna reunía una cantidad de anécdotas pintorescas, que eran como las virutas, los despuntes, el material inútil que quedaba sobrante después de haber terminado cada edificio histórico.

A veces él componía largos artículos para las grandes planas de los diarios del pasado siglo, con esa miscelánea sabrosa y pasajera que con frecuencia firmaba solo con tres asteriscos. Sus amigos que lo admiraban con la sana admira-

ción de aquellos tiempos, le relataban anécdotas para que don Benjamín las utilizase en sus artículos, y así, de todas partes, él recibía datos, episodios, curiosidades, como un gran río que recoge en su vida el caudal de millares de arroyos. Era, pues, el rapsoda de la vida chilena.

Su obra fue la gigantesca rapsodia de la vida nacional. Chile entero cupo en el recinto generoso de sus libros. Por un artículo violento, don Benjamín Vicuña Mackenna fue detenido. Era el invierno de 1852. Pero su inquietud no cabía en el calabozo y se escapó disfrazado de mujer. En esa aventura el ilustre varón, que entonces estaba muy joven, se transformó en una señora algo gorda y pesada, en una de esas señoras que parecen sacerdotes y que son muy buenas dueñas de casa. Parece que esa noche el centinela tenía sueño y no se preocupó de la señora silenciosa y apresurada que salía de visitar al escritor (1957).

CUATRO PALABRAS

Me dijo que era necesario escribir, de tarde en tarde, algunas líneas sobre el río y el sauce, sobre el cielo de amanecer, sobre el rumor del viento y sobre otros aspectos de la naturaleza. Me aseguró que cuando está mucho tiempo alejado de la belleza, el estilo se reseca y pierde vitalidad. Toma el color vulgar de la calle, y se enfría como un objeto que de pronto se queda sin sol. Así como las personas que trabajan en rudas faenas pierden la gracia de las manos, también la prosa que se emplea solo en argumentar, razonar y discutir, adquiere una fealdad de jornalero. La elegancia es un producto de la pereza. El razonamiento deforma la prosa.

Yo le iba a replicar, pero no me dio tiempo. Y luego, sin preocuparse de mis opiniones, dijo que era indispensable dejar en libertad a las palabras, permitirles que se escapen como pájaros que se encierran en el claustro del soneto, que se rompan en el llanto, que se vayan con la copla.

También es necesario saber que hay palabras nocturnas, palabras próceres que arrastran magnífico manto, palabras que arden y alumbran a sus vecinas, palabras como monedas que se gastan de rodar de mano en mano y palabras que duermen cubiertas de polvo en los anaqueles del diccionario.

También hay que entrar al desván del idioma a mover herramientas y sortijas olvidadas. Hay allí verbos con herrumbre y adjetivos sepultados. Solo hacemos breves visitas al diccionario y es indispensable saquearlo, organizar cacerías en sus apretadas columnas, recorrer sus escondrijos y desparramar en nuestra prosa sus espadas escondidas. Y antes de marcharme —dijo— no olvides que hay palabras que tienen bellos abolengos, nobles antepasados y si estudiamos su árbol genealógico comprobaremos que descendemos de príncipes griegos o de reinas latinas (1955).

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Daniel de la Vega Uribe.

Lugar y fecha de nacimiento: Nace en Quilpué el 30 de junio de 1892.

Lugar y fecha de su muerte: 29 de julio de 1971, en Santiago (calle Pablo Burchard N° 1789), víctima de un infarto cardíaco, después de tres años de inmovilidad por una trombosis coronaria.

Matrimonios:

- En 1914 contrae matrimonio con Rebeca Retes. Con ella tuvo tres hijos: Rebeca, Daniel y Ramiro.
- Separado de su primera mujer, tuvo un matrimonio fugaz con Silvandina Navarrete, de la que nacería una hija: Silvandina.
- En 1935 se casa con Georgina Letelier, con quien tiene tres hijos más: Rodrigo, Ximena y Miguel Ángel.
- En 1960 nuevamente contrae matrimonio, ahora con María Santander y tiene el último de sus ocho hijos: Cristián.

Estudios: Padres Franceses de Valparaíso, Seminario de Valparaíso, Instituto Alemán de Quilpué.

Trabajos:

- En 1906 fundó y dirigió *La Semana* de Quilpué.
- En 1912 trabajó en la corrección de pruebas del antiguo diario *La Mañana*. Pronto pasó a la sección Cables, hasta 1916.
- En 1923 ingresa a la empresa *El Mercurio*, en la que permanece durante toda su vida.
- De 1924 a 1954 se hace cargo de la crítica teatral en *Las Últimas Noticias*.

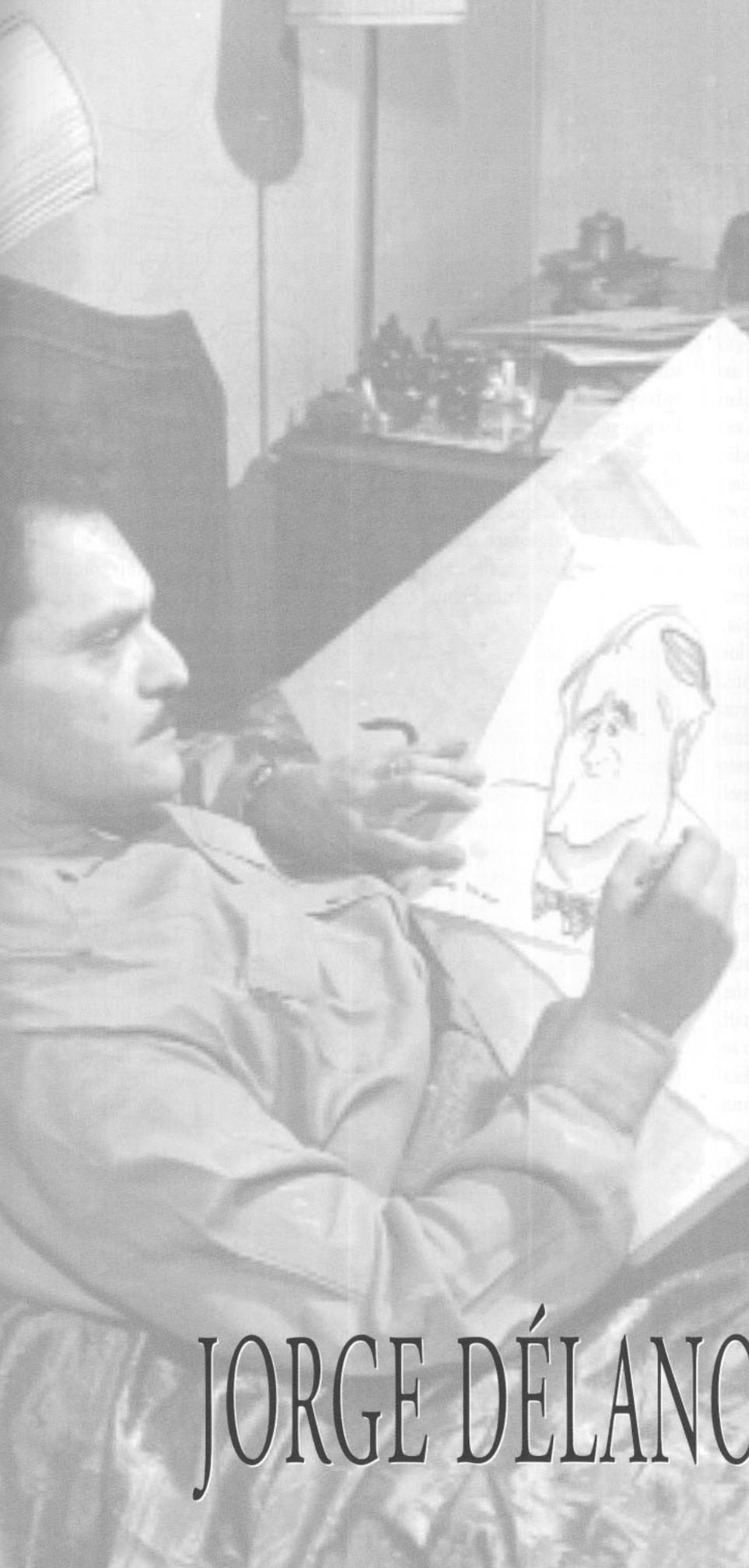
Distinciones:

- En 1917 le otorgaron el Premio Iberoamericano de Periodismo.
- En 1918 se convierte en el poeta más popular de Chile, según una encuesta que *Zig-Zag* realizó entre sus lectores durante un año.
- En 1954 recibe el Premio Nacional de Literatura.
- En 1962 recibe el Premio Nacional de Periodismo.
- En 1963 recibe el Premio Nacional de Teatro.

NOTAS

- 1 Mario Cánepa Guzmán. *Daniel de la Vega. El poeta y el ángel 1892-1971*.
- 2 En 1953 el de Literatura, en 1962 el de Periodismo y en 1963 el de Teatro.
- 3 Ernesto Giorgi Neira. Revista *Norte y sur*. Santiago. Noviembre, 1941. N° 77.
- 4 Marcela Fuentealba. *Con Daniel de la Vega prensa y literatura se toman de la mano*.
- 5 Ibid.
- 6 Mario Cánepa Guzmán. *Daniel de la Vega. El poeta y el ángel 1892-1971*.
- 7 Marcela Fuentealba. *Con Daniel de la Vega prensa y literatura se toman de la mano*.
- 8 *Chile en el siglo XX*, por Mariana Aylwin, Carlos Bascañán, Sofía Correa, Sol Serrano y Matías Tagle.
- 9 Daniel de la Vega. *Fechas apuntadas en la pared*.
- 10 Ibid.

- 11 Mario Cánepa Guzmán. *Daniel de la Vega. El poeta y el ángel 1892-1971*, página 49.
- 12 Ibid., pág. 53.
- 13 Ibid., pág. 65.
- 14 Marcela Fuentealba. *Con Daniel de la Vega prensa y literatura se toman de la mano*.
- 15 Mario Cánepa Guzmán. *Daniel de la Vega. El poeta y el ángel 1892-1971*.
- 16 *Ayer y hoy*. Antología de Escritos de Daniel de la Vega, Prólogo de Luis Sánchez Latorre, Editorial Universitaria, 1997.
- 17 Ibid.
- 18 Rene Silva Espejo, *El Mercurio*, 1° de agosto de 1971.
- 19 *Ayer y hoy*. Antología de Escritos de Daniel de la Vega, Prólogo de Luis Sánchez Latorre, Editorial Universitaria, 1997.



JORGE DÉLANO «COKE»

Jorge Délano «Coke» (1964):

¿YO SOY TÚ?

Como en una película, la mente de Coke ve bailar las imágenes de su vida en tres... y hasta en cuatro dimensiones. Viene llegando de un invierno en Nueva York donde el frío se coló en sus pulmones y lo tiene febril. «Soñé que la nieve ardía, ay, ay, ay», canta recordando a Osmán Pérez Freire. Le indican una broncoscopia, doloroso examen que obliga a los médicos a darle un fuerte calmante, tremenda dosis de 'pichicata' cuyos efectos, contaría más tarde Coke con su habitual desparpajo, duraron tres días, tiempo suficiente para bosquejar la mayor parte de *Yo soy tú*.

Así nace en 1954 esta singular autobiografía que abunda en anécdotas de la multifacética existencia de Jorge Délano Frederick. Tanta ironía, humor y maestría hay en las trescientas cincuenta y siete páginas, que Alone exclama: «¿Cómo hiciste un libro tan fantástico? ¿Quién eres tú? ¿Cómo te atreves?». Antonio Romera califica estas memorias como «la intrahistoria de medio siglo de vida chilena y el retrato cabal de quien la ha evocado y dibujado para nosotros».¹

Mientras escribe, Jorge Délano se convierte en observador de su propia vida: «Como espectador empecé a

sufrir nuevamente los episodios vividos por el actor. También descubrí que no estaba solo. Unido a mí estaba Coke. Éramos hermanos siameses mal avenidos, pero ya no podíamos salirnos del libreto y estábamos condenados, pues, a repetir la escena, grata o repelente, sin saltarnos ni una palabra. Entonces comprendí que nos encontrábamos en el umbral del purgatorio».²

Entre sus recuerdos de infancia aparece Isaías Aguilera, pícaro albañil que su padre contratara para construir un taller fotográfico. Rememora esos pantalones arremangados, la cara marcada de arrugas y tiesas mechas. Está nuevamente ahí, inmóvil ante sus ojos, ya no como un típico maestro chileno, sino como Juan Verdejo Larraín, personaje creado por Coke que se haría infaltable en el temido semanario humorístico de la política chilena: *Topaze*.

Su expresión cargada de malicia caracteriza desde entonces y para siempre al ingenioso roto chileno. «Mi intención fue simbolizar a través de su desaliñada indumentaria y ladina expresión la idiosincrasia chilena,



Gracias a sus poderes, Jorge Délano se desdobra y se convierte en observador de su propia vida.

mezcla de bohemia y señorío. Así como Inglaterra es representada por John Bull y los Estados Unidos por el Tío Sam, yo busqué en Juan Verdejo Larraín la representación de Chile y me parece haberlo logrado...».³

DISCO VOLADOR EN VEZ DE CIGÜEÑA

«A mí me trajeron en un disco volador a este mundo...», aseguró Délano a un periodista de *Las Últimas*

Múltiple en sus talentos, el Premio Nacional de Periodismo 1964 dice haber llegado «en un disco volador» a este mundo, poco antes del cañonazo de las doce del 4 de diciembre de 1895.

Noticias el 17 de abril de 1979. «Cuando faltaba una semana para mi nacimiento, mi papá y mi mamá fueron a prepararse para el parto a una quinta que tenían en Quilpué... Paseaban por el jardín cuando de repente mi mamá dio un grito:

—¡Mira, Alfredo, un disco rojo ha salido volando a toda velocidad!

—¡Ay, hijita, debe ser efecto de tu estado! Mañana te voy a llevar donde el doctor Fonk.

Todos dicen, ‘Coke es un mentiroso, se pasa inventando...’, pero yo comprobé esto ¡y ahora estoy esperando que me vengán a buscar los mismos que me trajeron! Bueno..., mis padres regresaron a Santiago y

nací poco antes del cañonazo de las doce del 4 de diciembre de 1895».⁴

Jorge Délano fue el tercer hombre entre diez hermanos. Su padre, Alfredo, era hijo de un capitán de marina norteamericano y su madre, Emma, de uno británico. En la casa familiar nunca faltaron las novedades ni el ambiente propicio para la música, la pintura, la literatura y las artes. De sus viajes a Europa el padre traía cámaras fotográficas, fonógrafos y linternas mágicas, increíbles adelantos tecnológicos a través de los cuales Coke desarrollaba su ingenio de niño curioso.

Jorge recibió el nombre del que sería su padrino, el almirante y a la

sazón Presidente de Chile, Jorge Montt, cuya esposa era hermana de su madre. El niño fue bautizado en la capilla de La Moneda, ante abuelos, tíos y prominentes amigos. En brazos de Leonor Frederick de Montt, y a diferencia de todo recién bautizado, Jorgito no lloró, sino que dejó salir de sus pequeños intestinos un sonido inconfundible que, cuentan, no fue más que el anuncio de una erupción de líquido y lava que corrió por el elegante traje del ilustre padrino. Desde ese día se sintió autorizado para hacer la gracia con los Presidentes de Chile.

CUANDO EL TIEMPO ERA DURADERO

Jorge Délano nació en una época de cambios y contrastes sociales. A fines del siglo XIX los círculos oligárquicos y la contienda por el predominio de ciertas familias constituían la tónica.

Los Délano Frederick no eran la excepción. Vivían en Catedral esquina de Esperanza, en una casona de tres patios. En el primero, espaciosos salones se abrían hacia una galería de vidrios y al hermoso jardín. En el segundo patio, iluminado por una amplia claraboya, había numerosos dormitorios, la pieza de costura y un comedor informal. Al fondo se emplazaban la cocina, los cuartos para la servidumbre, bodegas, gallineros, cocheras y caballerizas. A la sombra de dos parrones, en redondas pailas de cobre se elaboraba el dulce de membrillo y se cuajaban los helados de canela, favoritos de los niños.

A medida que la infancia fue quedando atrás, a Jorge dejó de entusiasmarle la enorme gallina automática de la casa Pra que ponía huevos de



De todos los presidentes que retrató, fue con Arturo Alessandri con quien mantuvo una relación de más cariño, a pesar de sus continuas peleas que incluyeron el cierre de Topaze.

lata rellenos con caramelos. Sus diversiones variaron hacia las témperas, los pinceles y otros elementos de dibujo. Cuando afloraron estos dones, fue nada menos que el pintor Tomás Somerscales, amigo de su padre, quien lo acompañó a comprar sus primeros óleos.⁵

La primera década del siglo fue para él una época de descubrimientos. Llamaban profundamente su atención las diferencias sociales, tan notorias en paseos y plazas; la transformación de los carros tirados por caballos a tranvías eléctricos de estridente pito; la larga duración, en ese entonces, del dinero y del tiempo: «¿Será que la inflación empezó a manifestarse en ese abstracto campo que llamamos tiempo?».⁶

En cuanto a la vida en el campo, los amables veraneos en la hacienda paterna, San Luis de Pelequén, le permitieron observar cómo el tranquilo tranco de buey daba paso a la mecanización de la agricultura.

Acaso sin adivinarlo, ya asomaba el alma de cronista que le permitió más tarde retratar su ciudad. Rememorando, escribe: «Intentaré mostrarles en sucesivos *flashes*, sin puntos aparte, algunos aspectos del Santiago 1910-1920, embrión de ciudad que se esfumaba en las primeras cuadras de la avenida Providencia. El censo le atribuía 500.000 habitantes y sus más altos edificios no sobrepasaban los cuatro pisos.

Por sus calles empedradas corrían los flamantes carros eléctricos, con «imperial», como se le llamaba al segundo piso.

Compitiendo con las elegantes victorias aparecieron los estruendosos automóviles

Protos, Clement-Bayard e Isota Franchini, dando graznidos con sus bocinas accionadas por peras de goma, como las usadas para poner lavativas...».⁷

Ahí estaban Gath y Chaves, en Estado esquina Huérfanos; la Casa Francesa, con su ascensor acuático (subía y bajaba tirando de una cadena, como los antiguos excusados); la Casa Escocesa y The Chilean Stores: «Tan gringa como las nieblas de Londres, hizo su estreno en sociedad, con gran pompa, el 5 de septiembre de 1910. Fue, en verdad, uno de los números de fuerza del programa de festividades con que Santiago celebró el Centenario de la Independencia de Chile y que fue presidido por el jovial don Emiliano Figueroa Larraín, que popularizó el cigarro puro cuando Churchill se entretenía con un chupete».⁸

En esos años, por cuarenta centavos se tomaba once con derecho a repetición; la costurera de moda era Madame Duchesne; a las señoras distinguidas se las llamaba 'cachetonas' y los avisos económicos de los diarios proclamaban las bondades de las Obleas de Vial, que quitaban instantáneamente el dolor de cabeza; el Agua de las Carmelitas para las 'atacadas', y las Pilules Orientales, fortalecedoras del busto femenino.

A la cabeza de la prensa estaban *El Mercurio*, *El Diario Ilustrado* y *El Ferrocarril*, «que a pesar de su dinámico nombre se rezagó tanto en el plano informativo, que los cambios de gabinete aparecían una semana después», según Coke. No faltaban un pasquín amarillo —*José Arnerro*—, y un diario popular, *El Chileno*, además de la revista *Zig-Zag*, de gran formato que, en ese entonces, daba enorme importancia a los funerales.⁹



El penúltimo de los nueve hermanos Délano Frederick, en la foto sentado en el suelo. Al centro, Guayito, el hermano mayor que con sus rizos rubios y almibarados versus le provocaba unos incontrolables celos.

ADOLESCENTE ATÍPICO

No es de extrañar que Coke fuera visto como la oveja negra de la familia. De niño jamás tuvo interés por el trompo, las bolitas o los tradicionales juegos; se recreaba con travesuras o plasmando en el papel todo aquello que llamara su atención. Con un sentido del humor y una capacidad de observación que más tarde lo llevarían a ser tan agudo caricaturista, una tarde, escondido entre los cortinajes del salón, dibujó a una dama de visita con largo y poco sentador bozo.¹⁰

En testimonios de esos años, Coke admite haber sentido una negra envidia por un hermano mayor, que acaparaba el cariño de niñeras, tías y, sobre todo, del padre. Guayito, además de lindos rizos y hermosos ojos azules, recitaba versos, lo cual opacaba a Coke: «Nunca podré olvidar las estrofas, fueron la clave de mi afán de superación (...) los aplausos llegaban a mis oídos con el estruendo de un alud que intentaba sepultarme en el fondo del anonimato».¹¹

Poco le gustaba ir al colegio. Reconoce haber sido un alumno mediocre y, curiosamente, sus notas en dibujo eran malas, tal vez debido a que tenía a todos los profesores caricaturizados.

En 1909, y para continuar la tradición familiar, entró a la Escuela Naval, experiencia que le dejó un amargo recuerdo. Su condición de ahijado del almirante Montt le provocó palizas de sus compañeros, los cuales se vengaban de la estrictez del tío por medio del sobrino. Además, el almirante le exigía figurar

en las listas al mérito. Llegó a pensar en el suicidio, pero decidió que en vez de morir sería preferible

Oveja negra en su infancia, fue agudo caricaturista, pionero de la filmografía nacional, genio y figura hasta su muerte (1980).

quedar tuerto, y se estrelló contra una barra de fierro. No perdió un ojo pero adquirió el perfil de boxeador que lo caracterizaría el resto de su vida.

Para su felicidad, fue sacado de la Escuela Naval y matriculado en el Instituto Nacional, donde terminó las humanidades. Allí también Coke hizo de las suyas. Convencido de que poseía un especial talento para la parasitología y las ciencias ocultas, e inspirado por el maestro Onofroff, hipnotizador de fama mundial, decidió probar con algunos compañeros de curso. Su amigo Nicanor Molinare le prestó el



Su condición de ahijado del ex Presidente Jorge Montt lo hizo sufrir las palizas de sus compañeros en la Escuela Naval.

tratado de Richet y un día los hipnotizó a todos, dejándolos tartamudos...

Pero no siempre los experimentos eran divertidos. Cuentan que cierta vez, en un paseo a la cordillera, su amigo Roberto Campaña cayó en estado cataléptico. Coke aprovechó la ocasión para desdoblarse su personalidad con tan mala suerte que cuando quiso devolverle la conciencia, Campaña permanecía rígido como un cadáver y estuvo doce interminables horas sin dar señales de vida.

Del secular instituto Jorge Délano recordó siempre a sus maestros —y sus apodos—. Algunos, como Pedro Aguirre Cerda, Domingo Amunátegui, Carlos Vicuña Fuentes y Ulises Vergara alcanzarían más tarde una destacada actuación política.

Entre las muchas «víctimas» del lápiz de Coke figura don Ramón Barros Luco, Presidente de Chile entre diciembre de 1910 y 1915. Tranquilo, imperturbable y de edad avanzada, fue el primer presidente que dibujó.

Las primeras caricaturas publicadas por Coke pertenecen a la revista *Alma Joven*, fundada por alumnos del Instituto Nacional y editada por *Zig-Zag*. Muy pronto le encargaron ilustraciones y portadas en colores, lo que le permitió desarrollar una carrera vertiginosa, y su lápiz popularizó a figuras criollas como *El Incandescente*, *El Cojo Zamorano*, *El Huaso Lillo* y otros personajes pintorescos.

CINE MUDO MADE IN CHILE

Luego de asistir deslumbrado al primer 'biógrafo' de Santiago —el Kinora—, Coke decidió transformar la linterna mágica con que su

papá proyectaba vistas de Europa y escenas de historia sagrada: «Horas después, la flamante linterna de metal empavonado con revestimiento de bronce estaba totalmente inutilizada. Mi audaz experimento había fracasado, y me llevé la primera y más justa paliza de mi vida».¹²

No obstante, el entusiasmo por la imagen en movimiento no murió. Antes de terminar sus humanidades, Coke tocaba el piano en las salas de cine mudo para dar el ambiente, como se estilaba en la época. Luego se lanzó como director y actor, aunque con seudónimo para que su familia no lo descubriera. En 1915 incurrió como guionista con la inconclusa *El boleto de lotería*, primera película hecha en Chile, dirigida por Adolfo Urzúa Rozas. Ante la quiebra del dueño del estudio, Monsieur Fedier Vallade, ese y otros filmes fueron vendidos a un fabricante de peinetas de celuloide.

Tal fracaso no detuvo al naciente cineasta, que con el concurso de entusiastas amigos y actores aficionados, filmó otras películas, usando como escenario jardines, tiendas prestadas o simplemente las calles.

También por esa época conoció a Raquel Ramírez, con la que se casó en 1918. Ella tendría un papel secundario, en 1925, en *Luz y sombra*. Raquel hacía de monja, en tanto Coke personificaba a un terrible bolchevique llamado Chunchu Quiroga. Recuerda Coke que se desperdiciaron rollos de celuloide debido a los ataques de risa de ambos.

Un año más tarde aparecía su tercer filme, *Rayo invencible*. Una de las escenas representaba el cañonazo de las doce disparado desde el cerro Santa Lucía. La cámara tomaba el vuelo de las palomas desde el Teatro Municipal, mujeres persig-

nándose y caballeros corrigiendo las manecillas de sus relojes. El estreno sufrió tantos contratiempos que a nadie extrañó que un crítico se refiriera a la película como a un «rayo inservible».

En *La calle del ensueño* (1929), —medalla de oro en la Exposición Internacional de Sevilla— el jeque árabe Guayo de la Cruz cabalgaba en un elefante frente a La Moneda durante una recepción diplomática. La filmación tuvo un abrupto final cuando el paquidermo ¡se comió el libreto! «Es cierto —diría el tenaz Délano— que los directores de Hollywood pueden estar orgullosos de haber producido películas de gran categoría, y evidentemente mejores que las mías; pero tal vez ninguno de ellos pueda narrar anécdotas más sabrosas».¹³



Raquel Ramírez de Délano, doña 'Raco', acompañó a Coke con gran sentido del humor en sus primeras películas y viajes por el mundo.

Mientras él filmaba a escondidas, su padre perdía su fortuna. La familia tuvo que cambiar la casa de Catedral por otra más modesta. *Coke* entonces no le vio sentido a luchar por un lejano título profesional; su lápiz producía lo suficiente como para ayudar a sus padres y, a la vez, independizarse.

Con miras a ello se hizo cargo de la dirección artística de la revista *Sucesos*, en la que también hacía de cronista. Allí derrochó ingenio. El mismo asegura haber aventajado en muchos años a Walt Disney y sus dibujos animados, al plasmar en papel las diversas fases de un hombre caminando.

DESTINO: HOLLYWOOD

En 1930, en medio de gran expectación, se estrena en Chile *El cantor de jazz*, primera película sonora, filmada en Estados Unidos tres años antes. El rostro y la trompeta de Al Jolson coparon la pantalla de la sala Victoria. Deslumbrado, Délano consigue una beca del gobierno de Ibáñez y la promesa del diario *La Nación* de comprar sus crónicas desde Estados Unidos. A principios de 1930 se embarca a Hollywood con su mujer y sus dos pequeños hijos. No bien llegado, se instala en los estudios a observar a los extras vestidos con «caprichosos trajes de la época». Tiene la impresión de encontrarse entre los bastidores de un enorme escenario.

El dinero prometido por *La Nación* nunca llegó, y Coke y su familia debieron trabajar en lo que fuera para sobrevivir. Su hijo Jorge después de clases vendía diarios en el Hollywood Boulevard y gracias a su participación en *La gran jornada*, la



El maestro del suspense, Alfred Hitchcock, fue una de las inspiraciones del creador de la primera película hablada en Chile.

pequeña Adrianita hizo su aporte económico. Viendo las tomas finales, con la niña a punto de caer desde gigantescos despeñaderos, Coke se preguntaba cómo había podido exponerla a tales peligros.

Se sentía en su salsa codeándose con personalidades como Buster Keaton (quien diría que la caricatura dibujada por Coke era la mejor que le habían hecho en su vida), Jean Harlow, Charles Chaplin, Alfred Hitchcock, David W. Griffith y Esther Williams. Sin embargo, para Coke sería inolvidable Walt Disney. Este lo recuerda en su película *Saludos amigos: el avión Pedrito* —en homenaje al Presidente Aguirre Cerda—. Al llevar la correspondencia desde Buenos Aires a Santiago, el aeroplano traía una única carta: para Jorge Délano, Coke.

Entre las personalidades que Coke conoció en el país del norte resalta el presidente Franklin Delano Roosevelt, quien lo invitó a la Casa Blanca. «Con su cautivante sonrisa y señalándome un retrato al óleo, que pendía de la pared, me dijo: ‘Este es Philippe de Lannoy, nuestro antepasado común, que huyó de las persecuciones religiosas y llegó en el Mayflower a establecerse en Nueva Inglaterra. Allí se transformó el apellido De Lannoy en Délano. Hay ramas de nuestra familia en todas partes: en Francia encontramos a los De Lannoy; en Holanda, los De la Noye; en Irlanda, los Delanoy; en España los Del Lano, y en Rusia, los Delanoff...’». ¹⁴

En Estados Unidos fue entrevistado por el *New York Times*, dibujó en el *King Features Syndicate* de Nueva York y sus ‘monos’ se repro-

dujeron en el *Herald Tribune* de California. El *Examiner* publicó su exposición de caricaturas en el Hotel Roosevelt de Los Angeles. El viaje de Délano fue, además, de gran provecho para la cinematografía nacional: allí decide que Chile sería el primer país sudamericano en producir películas con sonido. ¹⁵

CINE SONORO COMO LOS YANQUIS

Y cumple su promesa. En 1934, con grandes titulares se estrena en Santiago *Norte y sur*, primer filme sonoro del continente. «Se ha hecho por primera vez en Chile una filmación conforme a los modernos procedimientos yanquis, todo con luz artificial, todo dentro de los sets», aplaudiría la crítica. ¹⁶

Coke reconoce que «gracias a la pericia de los ingenieros Ricardo Vivado y Jorge Spencer contó con los complicados equipos para fotografiar el sonido, que para su época eran excelentes». ¹⁷ El primer actor fue el célebre Alejandro Flores, quien tenía como compañera a Hilda Sour.

Más adelante vendría *Escándalo* (1940), seguida un año después por *La chica del Crillón*, adaptada de la novela de Joaquín Edwards Bello. Nada satisfecho con la película, el escritor exigió que su nombre se retirara de los créditos. Años más tarde —en 1944— estrenó *Hollywood es así* y, por último, *El hombre que se llevaron*, rodada íntegramente en los estudios de Chile Films.

EL BARÓMETRO DE TOPAZE

Sin abandonar las filmaciones y sacando partido a la agitada contingencia nacional, en 1931 Coke funda *Topaze*, revista satírica, «el barómetro de la política chilena», como rezaba su subtítulo. Su lápiz había adquirido práctica en *La Nación*, en *El Diario Ilustrado*, en *La Semana Política* y en *Pacífico Magazine*. Aprovechando la oportunidad que Rafael Frontaura personificaba

con gran éxito al profesor *Topaze* en las tablas, iniciaron la revista con bombos y platillos.

Así, en un caserón de calle Moneda, nació un clásico del periodismo chileno que estuvo bajo la batuta de Délano por veintidós años. Vendía alrededor de cien mil ejemplares a la semana y entre sus escritores y dibujantes estaban Avelino Urzúa, Genaro Prieto y Rene Ríos (Pepo), quien llegó de pantalones cortos. El doctor Alejandro Garretón definió su estilo: «Como caricaturista Coke tuvo el don de interpretar el sentir nacional con finura y sentido superior y sin caer en terrenos que crearan odios o resentimientos». ¹⁸

Con tal triunfo, Coke y sus socios —Jorge Sanhueza y Joaquín Blaya— reconocieron haberse vuelto «nuevos ricos». Daban fiestas y echaban la casa por la ventana al menor pretexto, invitando a políticos, artistas e intelectuales. Se recitaba, se cantaba y se bailaba. *Topaze* era grito y plata, además de un evento social de los 30.

Chile vivía entonces años revueltos y las actuaciones políticas y sociales no eran menos azarosas. En 1938 se produjo uno

de los más comentados incidentes protagonizados por *Topaze*. Indignado por una caricatura que mostraba a un león doblegado por el general Ibáñez bajo el título «Se chupó», el Presidente Alessandri mandó a requisar la revista pasando a llevar la Constitución. Mientras, Coke era acusado en los tribunales por ofender a las autoridades. Lo insólito fue que, luego de ser recuperada la edición, personal de Investigaciones la robó e incineró. Coke llegó hasta un galpón de la policía donde encontró los calcinados paquetes. Esa misma noche se dictó la orden de detención contra los detectives responsables; se pidió la destitución del Intendente de Santiago y el presidente Alessandri habló por radio declarándose responsable del asalto. Como es de suponer, la fama de la revista —y de Coke— creció todavía más.

Los años siguientes fueron propicios para los objetivos de la revista. Luego de la Gran Depresión hubo una secuela de gobiernos inestables que culminaron con la vuelta de Arturo Alessandri, previa al inesperado



Una de sus caricaturas proféticas: como en *La Creación* de Miguel Angel, el 'dios Lenin' le da la vida a Stalin.

triumfo del Frente Popular en 1938. Ese año Pedro Aguirre Cerda iniciaba una etapa de gobiernos radicales, elegidos con el concurso del partido comunista, cuyas fuerzas crecientes lo hacían árbitro de la situación electoral de la izquierda.

Sin pelos en la lengua, Coke plasmó los hitos políticos en sus caricaturas, y todos los presidentes recibirían apodos: Alessandri Palma, el León de Tarapacá; Juan Esteban Montero, One Step; Aguirre Cerda, Don Tinto; Juan Antonio Ríos, Don Mandantonio; González Videla, Don Gabión. Y más adelante, Jorge Alessandri, el Paleta; Frei, Pinocho; Allende, Don Chicho.

Aunque se declaraba no partidista, Délano era antifascista y anticomunista acérrimo. «Coke sueña con el comunismo, despierta con la hoz y el martillo y se come diariamente a un comisario soviético en el desayuno junto con el café y las tostadas», ironizaba Tito Mundt.¹⁹

La dedicación que le exigía *Topaze* llevó a Coke a cerrar la revista varias veces para filmar sus películas. También desarrolló su faceta de pintor y fue alumno del maestro hispano Álvarez Sotomayor. Algunos de sus cuadros, como Entierro campesino, tuvieron gran divulgación. Retrató al óleo a los presidentes de su época como Alessandri Palma, Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, Juan Esteban Montero, González Videla y Jorge Alessandri, y a muchas figuras notables.

GÉNESIS DE LAS CARICATURAS

Para elaborar sus dibujos, el mismo Coke recuerda: «Cuando llega la hora de pensar mis 'monos', debo tener el lápiz en la mano. Empiezo a trazar figuras caprichosas en un

block de borrador y es así como cae la idea al lápiz, cual si este fuera una antena. Una vez atrapada, procedo a hacer un pequeño croquis de unos diez centímetros, a lo más, en proporción con el espacio determinado. Ahí compongo el dibujo, distribuyendo sus diversos elementos en forma armónica. En este primer croquis los protagonistas aparecen desnudos, para darles el movimiento apropiado. No se imagina usted lo divertidos que se ven tan importantes personajes practicando el nudismo. ¡Ay, si me atreviera a reproducir uno de estos croquis!».²⁰

Finalmente redactaba la lectura hasta lograr que, con un mínimo de palabras, quedara comprensible para el público.

Para Coke estos dibujos tenían un aspecto mágico: los personajes se iban pareciendo cada vez más a sus caricaturas. «Este misterioso hechizo, que me fue posible comprobar en muchos casos, ha venido a dar la razón al paradójico aforismo de Oscar Wilde, que sostiene que 'la naturaleza copia al arte'. El caso más notable fue el de don Arturo Alessandri, al punto que en un encuentro que tuve con uno de sus ministros, este me dijo alarmado: —Cuando entré ayer al despacho del Presidente me sorprendió verlo igualito a las caricaturas que tú le haces». ²¹

El León Alessandri fue su modelo ideal, no así su hijo Jorge, «que nos ha resultado un verdadero rompecabezas». Con Gabriel González tuvo un problema: solo podía dibujarlo de perfil, jamás de frente. Y el ge-

neral Ibáñez «no tuvo inconveniente en terminar sus días igual a sus caricaturas (...) al dibujar un caballo, afloraba de la figura del equino un marcado aire con el general». ²²

CARICATURAS PROFÉTICAS

En el ámbito internacional Coke tuvo grandes aciertos y sus caricaturas fueron a veces proféticas. En 1944 anuncia la caída de Hitler, a quien dibuja en diálogo con su retrato: «Adolfo, tú que eres la única persona en quien confío, dime ¿qué será de nosotros dos?». El cuadro, impasible, responde: «Que a ti te colgarán y a mí me descolgarán». ²³

Otra de las caricaturas que mereció comentarios fue la que anunció y anticipó la guerra de Corea. «Anima Stalin al comunista chino que



Juan Verdejo Larraín: su expresión cargada de malicia caracteriza desde entonces y para siempre al ingenioso 'roto chileno'.

avanza sobre Corea empuñando la hoz. En la parte inferior, el Tío Sam, con la carabina de la ONU entre las manos, intenta detener al agresor. La frase sarcástica que Coke puso en boca del amo de Rusia: «No le hagas caso, tiene la carabina de Ambrosio», adquirió un realismo impresionante(...)».²⁴

DISTINCIÓN CON TOGA Y BIRRETE

«Veo a Coke sobre un prosce- nio..., va cubierto con una capa negra y tocado con birrete; es una extraña ceremonia que ocurre en un lejano país...», vaticinaría Madame Michaud, dejando al dibujante atónito. «Cuál no sería mi impresión cuando, meses después, el 9 de octubre de 1952, me encontraba en el salón de actos de la Universidad de Columbia, vestido como se me había profetizado y recibiendo el galardón del que no por vanidad me siento orgulloso, sino por el pequeño aporte de gloria que significó para todos los dibujantes chilenos».²⁵ El galardón mencionado era el Premio Internacional de Periodismo María Moors Cabot. Gran orgullo ya que, por primera vez, la medalla fue colgada al pecho de dos caricaturistas: Arias Bernal, de México, y Jorge Délano, de Chile.

Después de vender *Topaze* en 1954, Jorge Délano siguió haciendo caricatura política en la revista, ahora con nuevos dueños. Durante los gobiernos de Alessandri, Frei y Allende retrató las luchas internas de los partidos y sus angustias electorales.

Sin embargo, en los años 60 su entusiasmo periodístico decae. Está cansado de la política y quiere dedicarse al cine —fue vicepresidente de Chile Films—, pero no cuenta con los medios suficientes. En su libro

Botica de turno escribe: «Sin una ley de protección al cine, como existe en todos los países productores, los esfuerzos serán vanos. El proyecto de esta ley hace años que duerme en el Congreso, pues siempre hay un motivo para que continúe archivado».

En 1962 publicó su primer dibujo a carboncillo para *El Mercurio*²⁶ y terminó haciendo 'monos' para la página editorial. En 1964, en el gobierno de Alessandri y de manos de su ministro Luis Mackenna Schiell, obtuvo el Premio Nacional de Periodismo, luego de que se hubo reformado la ley para incluir una cuarta mención, la de Dibujo.

Un año después Tito Mundt lo retrata en una crónica: «Ingenioso, divertido, buena persona, sencillo y excesivamente sordo, Coke, cerca ya de los setenta años, parece un muchacho de pantalón corto que anduviera gritando por las calles: ¡Muera el Partido Comunista!, y temblando de susto, al mismo tiempo, de que la bandera roja flamee alguna vez en La Moneda».²⁷

La muerte de su mujer, en 1969, sumada a la llegada de Allende al poder al año siguiente, lo hacen partir a Colombia a vivir con su hija. Poco tiempo permanece alejado de su patria. De vuelta en Chile se atrinche- ra en su departamento de Providencia, junto a su nana María, un gato y un loro. Se levanta tarde o pasa casi todo el día en cama dibujando y escribiendo. Sale únicamente a visitar a sus hijos y nietos, quienes lo recuerdan vestido con su tradicional humita, contando fascinantes historias de espiritismo.

Molesto con su sordera y con dificultades para caminar, pero con su lucidez intacta, Coke fallece en su cama el 9 de julio de 1980 mientras bosquejaba un dibujo de Jorge Alessandri. «Murió en brazos de Paulina —cuenta Adriana—, la penúltima de mis hijas que entonces estudiaba medicina».

Adriana Délano de Villaseca recuerda haber vivido «la infancia más feliz del mundo. Mi padre no solamente era genial, sino que además muy humano y tierno. Ya casada, me llevaba en su auto y me esperaba mientras yo hacía las



Con sus hijos Adriana y Jorge, quienes debieron actuar de extras en Hollywood cuando el dinero de La Nación no llegó.

compras. Él me enseñó a no darle prioridad a lo que a uno le gustaría, sino a lo que los demás necesitan».²⁸

CON LUZ PROPIA...

Tal vez el mayor acierto de Coke no fueron sus múltiples caricaturas que lo hicieron famoso, ni sus películas, ni sus retratos. Ni siquiera el haber creado una imagen tan típica de la idiosincrasia nacional como lo fue su popular Verdejo. Fue simplemente su genialidad. Era una estrella que supo brillar en cualquier escenario. Nada parecía ajeno a su inquietud. La imagen de su cara donde alojan unos ojos verdes impresionantemente penetrantes parece decirlo todo: *Yo soy tú*.

Délano dejó un ejemplo difícil de emular en el periodismo chileno; y no se limitó a la palabra escrita o al

dibujo. Penetró en diversas áreas y supo combinarlas con finura. Derrochó talento a través de sus películas que cimentaron el celuloide nacional. Artista de punta a cabo. Genio y figura hasta la muerte. Creador e ingenioso como ninguno.

«Porque más que caricaturista y pintor y cineasta y escritor, Coke es mago», dijo Santiago del Campo. «Y aún más: si no lo fuera, no sería las otras cosas que es. Esa misteriosa captación que hay en sus dibujos, esa forma de adivinar las ocultas psicologías, las tendencias escondidas, los pensamientos soterrados, son productos genuinos de la fuerza hipnótica que Coke ejerce frente a los seres que dibuja(...)».²⁹

Yo soy tú, nos dice su rostro con un guiño. Y dejamos que Coke se traslade en el tiempo. ¿Lo habrán transportado 'en un disco' los mismos

que lo trajeron? Estamos en un día de 1954 cuando, ya recuperado de su operación a los bronquios, se apronta a escribir su libro. Han pasado los efectos de la droga. Viene de vuelta de su vuelo místico, con las imágenes bailando en la cabeza. El tiempo gira. Miles de recuerdos se agolpan en su mente y lo proyectan más allá. ¿O más acá? Es un eterno retorno.

«Yo me he convertido en muerto con la misma facilidad con que al salir de Chile me convertí en extranjero; y, sin embargo, continuaba siendo tan chileno como el día anterior de mi partida; ¡Y ahora estoy tan vivo como el día antes de morir! ¿Mueren las nubes cuando el frío las condensa y caen a la tierra en forma de lluvia?».³⁰

Investigación de Alejandra Eyzaguirre M.

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Jorge Délano Frederick (1895-1980).

Seudónimo: Coke.

Nace en Santiago, hijo de Alfredo y Emma, el octavo de nueve hermanos.

Casado con Raquel Ramírez en 1918. Dos hijos: Jorge y Adriana.

Estudios: Liceo Alemán, Escuela Naval, Instituto Nacional.

Trabajos: *Alma Joven* (Instituto Nacional), *Corre Vuela*, *Sucesos*, *La Nación*, *El Diario Ilustrado*, *Pacífico Magazine*, *Herald Tribune* (Los Angeles), *El Mercurio* (Santiago), *Topaze* (fundador y director por más de veinte años), vicepresidente de Chile Films.

Filmografía: *El boleto de lotería* (1915), *Luz y sombra* (1925), *Rayo invencible* (1926), *La calle del ensueño* (1929), *Norte y sur* (1934, primer filme sonoro de Latinoamérica), *Escándalo* (1940), *La chica del Crillón* (1941), *Hollywood es así* (1944) y *El hombre que se llevaron*.

Publicaciones: *Yo soy tú* (1954); *Kundalini, el caballo fatídico* (1957); *Botica de turno* (1963).

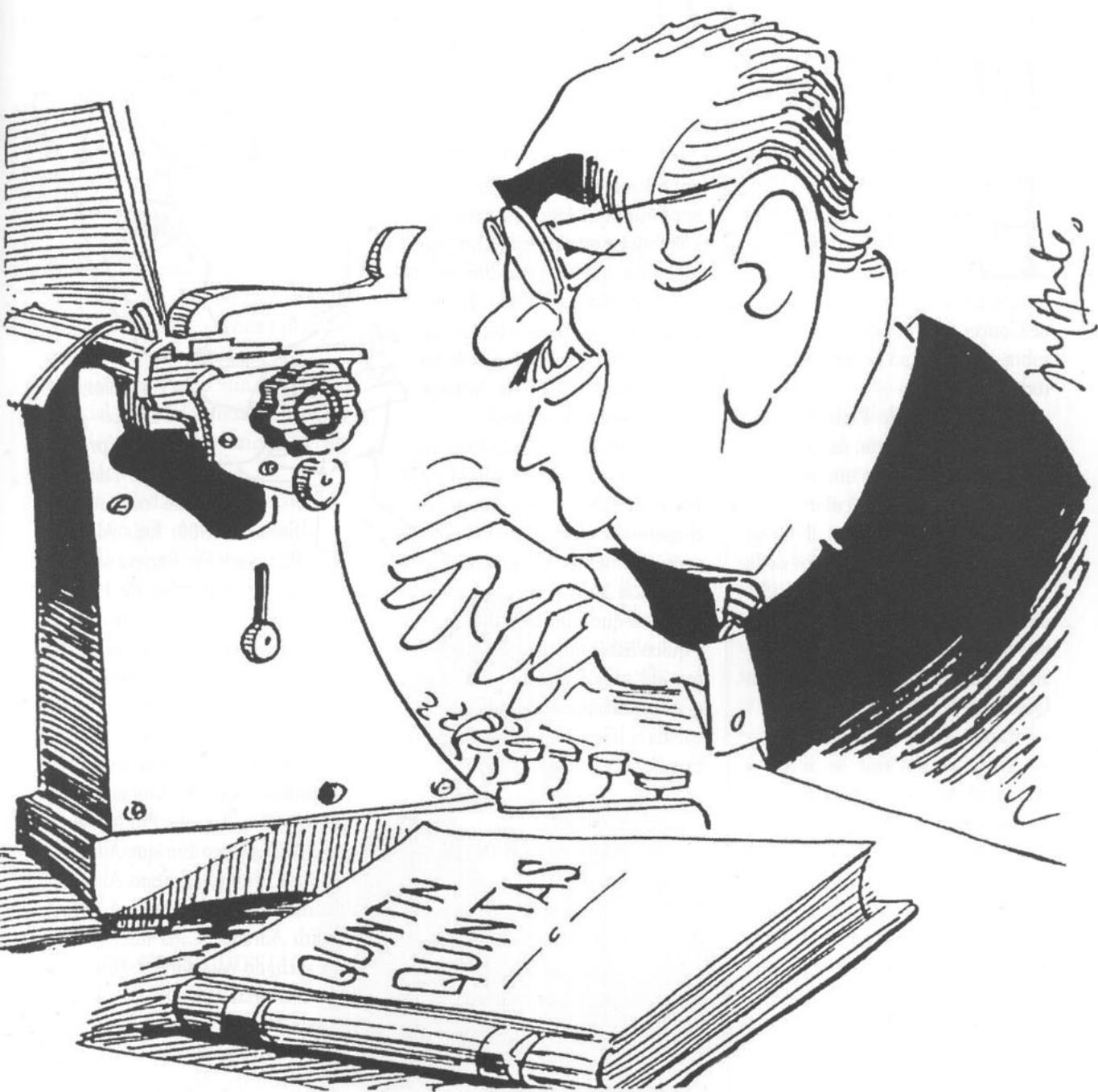
Distinciones: Premio María Moors Cabot (Universidad de Columbia) en 1952; Premio Nacional de Periodismo mención Dibujo (1964).

Personajes: *Juan Verdejo Larrain*, *El Incandescente*, *El Cojo Zamorano*, *El Huaso Lillo*, *el León* (Arturo Alessandri), *One Step* (Juan Esteban Montero), *Don Tinto* (Pedro Aguirre Cerda), *Don Mandantonio* (Juan Antonio Ríos), *Don Gabión* (González Videla), *El Paleta* (Jorge Alessandri), *Pinocho* (Eduardo Frei M.), *Don Chicho* (Salvador Allende).

NOTAS

- 1 Jorge Délano, *Yo soy tú*, Editorial Zig-Zag, sexta edición, 1954.
- 2 Ibid.
- 3 Ibid.
- 4 *Las Últimas Noticias*, 7 de abril de 1979.
- 5 Miguel Laborde, *La Segunda*, 7 de noviembre de 1995.
- 6 Jorge Délano, *Yo soy tú*, Editorial Zig-Zag, sexta edición, 1954.
- 7 Jorge Délano, *Botica de turno*, Editorial Zig-Zag, 1963.
- 8 Ibid.
- 9 Ibid.
- 10 Jorge Délano, *Yo soy tú*, Editorial Zig-Zag, sexta edición, 1954.
- 11 Ibid.
- 12 Ibid.
- 13 Ibid.
- 14 Ibid.
- 15 Ernesto Muñoz y Darío Burotto, *Filmografía del cine chileno*, Ediciones del Museo de Arte Contemporáneo, Santiago de Chile, 1998.

- 16 Carlos Orellana y Jacqueline Mouesca, *Cine y memoria del siglo XX*, Lom Ediciones, Santiago de Chile, 1998.
- 17 Jorge Délano, *Botica de turno*.
- 18 *El Mercurio*, 24 de agosto de 1978.
- 19 Tito Mundt, *Yo lo conocí*, Editorial Zig-Zag, 1965.
- 20 Jorge Délano, *Botica de turno*.
- 21 Ibid.
- 22 Ibid.
- 23 María Ignacia Errázuriz, *Jorge Délano* (1895-1980), Revista de libros de *El Mercurio*.
- 24 Manuel Vega, revista *Zig-Zag*.
- 25 Jorge Délano, *Yo soy tú*, sexta edición.
- 26 *El Mercurio*, 7 de mayo del 2000.
- 27 Tito Mundt, *Yo lo conocí*, Editorial Zig-Zag, 1965.
- 28 Entrevista a Adriana Délano de Villaseca, diciembre 2000.
- 29 Jorge Délano, *Kundalini, el caballo fatídico*, Editorial Zig-Zag, 1957.
- 30 Jorge Délano, *Yo soy tú*, sexta edición, 1954.



ALFREDO PACHECO BARRERA

Alfredo Pacheco Barrera (1965):

CONFIDENTE DEL SUR

Era su primer día de clases, un lunes de marzo de 1994. Camilo Pacheco Gallardo había optado por Periodismo en la Universidad del Desarrollo de Concepción. Conocía el oficio de sobra, pero aún no lo convencía del todo.

La profesora de Redacción Periodística, Berta Marín, en un intento por motivar a sus alumnos, agitó entre sus manos un artículo:

—¡Lean esta columna...! Es de uno de los grandes reporteros de la región. Y repartió una página titulada «Que sea periodista...», escrita por uno de sus antiguos maestros y amigo personal: el popular Quintín Quintas.

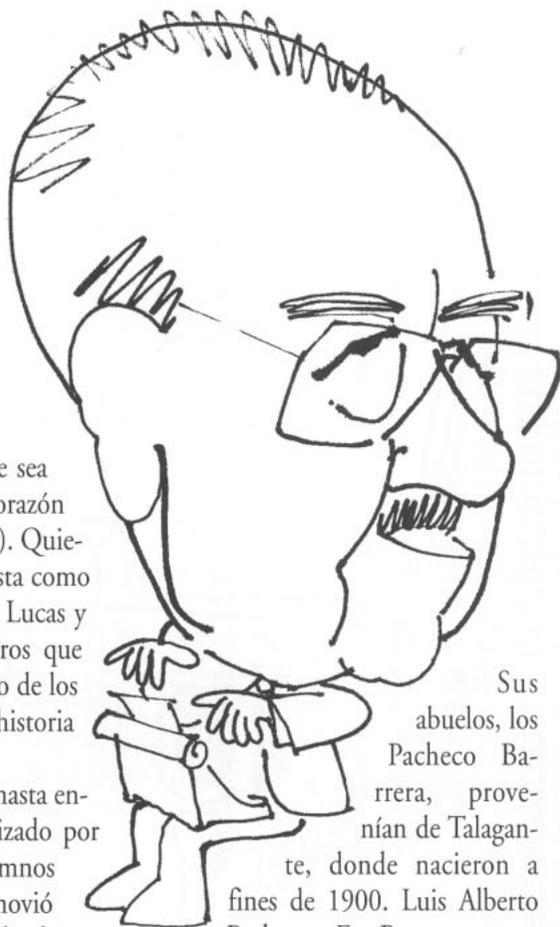
Camilo tomó la hoja: «¿Hay acaso otra profesión más hermosa? A mí me gustaría que mi hijo fuera periodista (...). Quiero que sea curioso (...). Que mire todos los días como si este hubiera sido inaugurado el día anterior, descubriendo el juego de las luces y las sombras. Quiero que sea un hombre que practique intensamente la más preciosa de las libertades y que lo haga de manera

responsable y directa. Que sea optimista, que lance su corazón a la altura y que lo siga (...). Quiero, en fin, que sea periodista como lo fueron Mateo, Marcos, Lucas y Juan, esos cuatro reporteros que escribieron el más hermoso de los reportajes, contando la historia de Dios hecho hombre».¹

El texto, desconocido hasta entonces por Camilo y utilizado por Berta para abrir en sus alumnos el apetito de escribir, conmovió profundamente al muchacho. Pertenecía a su padre, Alfredo Pacheco, al que admiraba sin remilgos y quien había muerto cinco años antes. «Él nunca nos dijo que quería que estudiáramos periodismo», recuerda el hijo menor del Premio Nacional de Periodismo 1965.

EL PEQUEÑO QUINTÍN

Siguiendo los pasos paternos, Camilo Pacheco se tituló de periodista. Su tesis de grado fue nada menos que *Una mirada a Quintín Quintas*², en la que recoge aspectos de la vida y obra de su padre.



Sus abuelos, los Pacheco Barrera, provenían de Talagante, donde nacieron a fines de 1900. Luis Alberto Pacheco y Eva Barrera se casaron el 13 de septiembre de 1916 y emigraron a Santiago. En la capital Luis Alberto trabajó para la firma Buques y Maderas, hasta que el empresario inglés Percy Compton le ofreció trasladarse a Temuco.

En la ciudad sureña se arrajó el matrimonio, que ya contaba con una hija: Eva Aracely. Pronto llegó Elena Alicia, luego Enrique Alberto, Eleodoro Alfonso, Ernesto Alfredo, Eduardo Arturo, Edmundo Aylwine y Edith Adriana. Cada nuevo niño era bautizado con nombres que debían comenzar con «E» por Eva y «A» por Alberto.

«Paralelamente a la noticia, se va desarrollando una habilidad para el buen uso del lenguaje, para dimensionar cada palabra y eliminar los adjetivos y adverbios. No hay belleza más lograda que la que se conquista prescindiendo de adjetivos».

Ernesto Alfredo, nacido el 26 de septiembre de 1923, era un niño «muy desordenado pero amable y de buen carácter», recuerda Adriana, la menor de los Pacheco. «Nunca se le vio molesto; hacía chistes con el significado de las palabras: hablaba al revés y ocupaba sinónimos rebuscados para acciones cotidianas».

En 1930, sin cumplir aún los siete años exigidos, Pacheco ingresa a primera preparatoria del Colegio Bautista de Temuco, considerado de gran prestigio: era bilingüe e incluía la natación como actividad deportiva. Alfredo pronto aventajó a sus compañeros. Poseía «una capacidad especial para concentrarse y no tener que depender de los cuadernos para estudiar».³

En ese establecimiento comenzó su afición por el periodismo. La revista *El Colegial Bautista*, publicada desde 1938, se convirtió en el primer medio que dirigió y en ella hicieron fama sus sátiras de los grandes clásicos.

Terminada la secundaria y con solo dieciséis años, Alfredo se inscribió para rendir el bachillerato y entrar a la universidad. El puntaje obtenido le aseguró su ingreso a Derecho en la Universidad de Chile.

QUIERO SER PERIODISTA

En 1941, la tradicional Escuela de Leyes de la Chile lo esperaba con las puertas abiertas. Hospedado en una casa de familia, Alfredo Pacheco se acostumbró rápido a su nuevo esquema de vida y para ayudarse económicamente consiguió un empleo como inspector de la Escuela de Artes y Oficios.

El verano de 1942, Alfredo volvió a Temuco de vacaciones. El bichito del periodismo, que lo había infectado en sus años escolares, lo llevó hasta el *Diario Austral* de Temuco. Pidió una entrevista con el director, Óscar Arellano, consiguió trabajo y en un par de meses corría por su sangre la adrenalina del reportaje.

De regreso a la universidad, el afán de perseguir la noticia no lo dejaba tranquilo. A tirones llegó a tercer año de Derecho hasta que, intempestivamente, y en medio de una verdadera tormenta familiar, decidió abandonar la carrera y retomar su labor en el periódico sureño.

La opción, como era de esperar, resultó incomprensible. Durante días, el «tema de Alfredo» —como lo llamó entonces doña Eva— no se tocó en la casa de los Pacheco Barrera. Había que esperar la llegada del padre, por entonces de viaje.



Aunque su mayor creación fue su columna La otra mirada, como subdirector de El Sur supervisaba toda la publicación.

La familia en pleno se oponía a que Alfredo dejara la universidad. Solo el abuelo Sixto, amante de la literatura, levantó en su apoyo un argumento simple y elocuente: «No hay mejor lectura que leer a un hijo propio». Esas sabias palabras y las primeras crónicas del muchacho diluyeron poco a poco la resistencia de los padres. Alfredo por fin se despedía de las leyes para entregarse al periodismo.

¿CÓMO NACE QUINTÍN QUINTAS?

Aprendió sin gran esfuerzo el oficio en el *Diario Austral*. Tanto, que en 1945 ingresaba a *La Prensa* de Osorno como jefe de informaciones. Alfredo Pacheco ya era todo un profesional. En 1949, en una idea que a la larga sería catalogada como visionaria, funda el vespertino *Crónica* de Concepción, donde ocupa el cargo de jefe de informaciones hasta ser nombrado —en 1950— director interino. Fue en esa casa periodística (situada entonces en la esquina de Colo-Colo y General Freire, en pleno centro de Concepción), donde surgió el seudónimo que utilizó Pacheco hasta su muerte: Quintín Quintas.

El origen del apodo fue casual. La noche anterior al frenético estreno de *Crónica*, mientras afinaban los últimos detalles, faltó material. Ante la emergencia, uno de los operadores se acercó a Alfredo y le sugirió que escribiera una pequeña crónica para rellenar la quinta columna de la página cinco, que estaba en blanco; así nació Quintín, seudónimo que cerró con un apellido español que le servía para un juego de letras: Quintas.

La crónica de Quintín Quintas prendió con fuerza entre los lectores y, al día siguiente, el mismo operador de talleres le pidió que continuara con ella. La columna perduró por más de treinta y cinco años y fue famosa entre los penquistas.

«Hablo de crónicas como podría hablar de artículos», explicaba Alfredo Pacheco. «Creo que este tipo de textos, que abundó cuando se hacía periodismo costumbrista, corresponde a una glosa o comentario breve que de una manera subjetiva y de un modo coloquial o liviano trata cualquier tema. Pienso que su éxito marcha a parejas con la posibilidad de parecerse a una conversación con el lector».⁴

Con una tremenda capacidad de trabajo, entre sus muchos cargos fue subdirector del *Diario Austral* de Temuco en 1951 y director subrogante de *La Prensa* de Osorno y *El Correo* de Valdivia en 1952. También fue redactor de la revista *Olimpia*, director del diario *La Patria* desde 1953 a 1960 y

corresponsal en la zona sur para *El Mercurio*, *Ercilla* y *Vea*.

La gran calidad de sus artículos para las revistas *Atenea*, *Travesía*, *Mañana* de México y *The Quarterly of Journalism* de Estados Unidos hace que en 1953 este último país lo invite por tres meses a participar en un programa de intercambio profesional, lo que le permite visitar Perú, Argentina, Uruguay y Colombia.

CLASES ENTRE HÉROES Y TUMBAS

Ya con una carrera consolidada, en 1960 Alfredo Pacheco se convierte en uno de los 'refundadores' de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción, creada en 1953. Como director y profesor de Redacción Periodística, inicia una reforma profunda en la malla de la carrera.

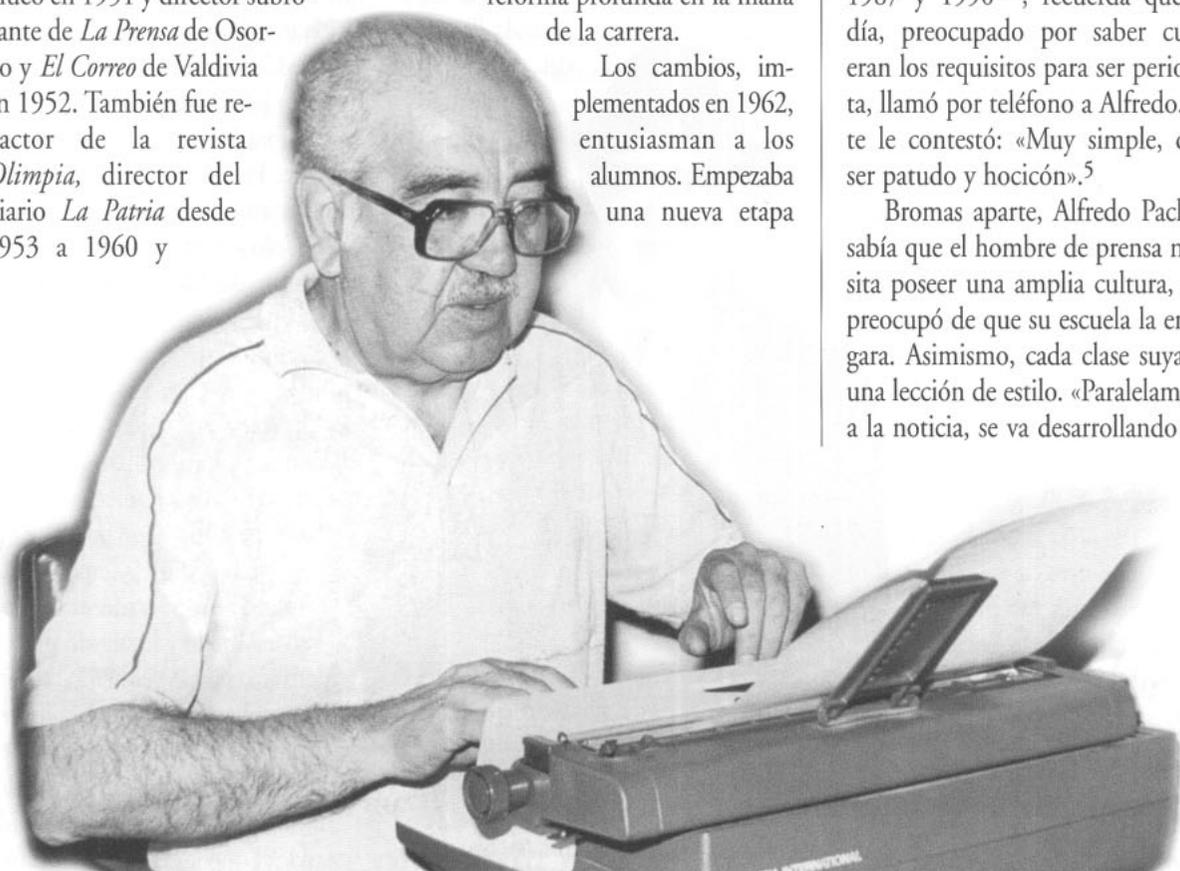
Los cambios, implementados en 1962, entusiasman a los alumnos. Empezaba una nueva etapa

académica, con una línea mucho más periodística y un equipo de profesores que trabajaba en los medios de comunicación regionales.

La Escuela de Periodismo era la «pariente pobre» de la Universidad de Concepción. Tras numerosos traslados, la habían ubicado en el subterráneo de la Escuela de Medicina, a un costado del Arco. El recinto era estrecho, oscuro y frío, pero el optimismo y buen humor de su director hacían olvidar que mientras él divertía a sus alumnos con anécdotas, sus vecinos —alumnos de medicina— disecaban cadáveres. «Los periodistas somos pobres en solemnidad, pero ricos en satisfacciones», les decía, citando a Carlos Silva Vildósola.

Carlos Von Plessing, rector de la Universidad de Concepción durante dos períodos —en 1973 y entre 1987 y 1990—, recuerda que un día, preocupado por saber cuáles eran los requisitos para ser periodista, llamó por teléfono a Alfredo. Este le contestó: «Muy simple, debe ser patudo y hocicón».⁵

Bromas aparte, Alfredo Pacheco sabía que el hombre de prensa necesita poseer una amplia cultura, y se preocupó de que su escuela la entregara. Asimismo, cada clase suya era una lección de estilo. «Paralelamente a la noticia, se va desarrollando una



Fundador y director del diario *Crónica*, Alfredo Pacheco supo representar en su columna el sentir de Concepción.

habilidad para el buen uso del lenguaje, para dimensionar cada palabra y eliminar los adjetivos y adverbios. No hay belleza más lograda que la que se conquista prescindiendo de adjetivos»,⁶ repetía continuamente.

«Era un profesor interesante, de fácil comunicación. Pedía a los estudiantes que al levantarse cada mañana pensarán que estaban asis-

car. Fue, además, jefe de informaciones de las radios *Universidad, Bolívar* y colaborador de *Araucanía*.

La incipiente televisión también lo tentó: escribió libretos para la señal experimental de *Canal 13* de Santiago y colaboró con *Televisión Educativa* de Ciudad de México.

Tanta dedicación merecía un reconocimiento. Y así fue. Con solo

aunque amigas no le faltaban. Una de ellas era la ex alumna Paulina Gallardo, con quien se escribía: «Éramos su primera generación de estudiantes; por eso siempre mantuvimos contacto. No solo yo, sino todos mis compañeros», advierte Paulina.

Ella trabajaba en la Radio *Minería* de Viña del Mar y Alfredo, que seguía en la dirección de la Escuela

«Una de las contribuciones que he deseado hacer mediante mi pertinaz columna, a veces majadera, ha sido la de poner el acento en el valor de todo lo penquista y de esta manera la identificación de los vecinos con su ciudad».

tiendo como invitados especiales a la inauguración del mundo»,⁷ recuerda Hugo Olea, ex alumno de Pacheco.

Entre las mechonas había una que hoy recuerda sus clases como «súper entretenidas. Él había recorrido el mundo, leído todo lo que había que leer y, lo más probable, lo que no sabía, lo inventaba. Nos dejaba siempre con la boca abierta».⁸ Era Paulina Gallardo, quien vio en Alfredo más que a un profesor, «a un amigo en quien se puede confiar». En esos años no soñaba que llegarían a ser mucho más que amigos.

EL MEREcido PREMIO NACIONAL

Si bien lo que hoy permanece de este periodista son sus escritos, también se destacó en radio y en televisión. Sus programas en las emisoras *La Frontera* y *Cautín* de Temuco y sus participaciones en programas periodísticos en las estaciones *El Sur* y *Bolívar* de Concepción, demostraron su gran capacidad de comuni-

cuarenta y dos años, en 1965 recibe el Premio Nacional de Periodismo, con mención en Crónica. Su exitoso camino en la prensa y en la enseñanza, junto a la labor realizada para promover la región y su realidad, fueron factores fundamentales a la hora de otorgarle la distinción. «En la escuela estábamos todos muy orgullosos porque Alfredo se lo merecía. Y no solo por ser un gran periodista, sino por su calidad como persona», recuerda con satisfacción Paulina Gallardo.

Ese mismo año la Unesco lo designó miembro permanente de una comisión de asesores destinada a colaborar con el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina, Ciespal. En su nuevo cargo tuvo que integrar diversos seminarios en países de Centroamérica y América del Sur.

MATRIMONIO IMPREVISTO

El trabajo llenaba por completo la vida de Alfredo. Ya con más de cuarenta años era casi un solterón,

de Periodismo de Concepción, un día de agosto de 1968 tuvo que viajar a la Ciudad Jardín. Decidieron juntarse a comer.

De pronto, Alfredo le preguntó:

—¿Por qué no nos casamos?

—Bueno, ya —contestó Paulina, como quien acepta una invitación al cine.

Los unía una gran amistad y, claro, intereses comunes. La joven novia viajó rápidamente a la capital a informarles a sus padres que se casaba dentro de un mes: debían aprovechar las dos semanas de vacaciones de Alfredo, de modo que el 14 de septiembre contrajeron matrimonio.

«No fue amor a primera vista. Todo se fue dando con la convivencia. ¡Si no nos besamos hasta después de que me pidió matrimonio!». Pero Paulina reconoce que «lo encontraba interesante, con un enorme atractivo como persona, como profesional».

Se instalaron en un pequeño departamento ubicado en la Galería Universitaria, frente a la Plaza de Armas de Concepción. Tres años más tarde llegó el primer hijo, Andrés.

DESTINO: COLOMBIA

Cuando en Concepción Alfredo Pacheco ya lo había hecho todo y, según su esposa, sentía que «tocaba techo», en 1972 decidió aceptar una propuesta de la OEA para trabajar por diez meses en el Centro Interamericano para la Producción de Material Educativo y Científico, con sede en Bogotá.

Por otra parte, la llegada del gobierno de la Unidad Popular lo afectaba en lo laboral. «Las cosas ya no andaban bien», explica Paulina. «Incluso teníamos problemas para conseguir leche para Andrés. Aprovechamos la oportunidad y decidimos irnos».

En Colombia arrendaron un departamento frente al Parque de los Periodistas. «Era horroroso y chico. Allí estuvimos un año, hasta que finalmente compramos una casa». En ese condominio, ubicado en la Avenida Diecinueve 3139, vivieron hasta su retorno a Chile.

Pronto la familia Pacheco Gallardo se aclimató al nuevo país. Alfredo tenía un trabajo interesante en un área novedosa —las ciencias— y Paulina daba a luz, en 1973, a Camilo.

La estada en Colombia fue tan grata y provechosa, que los diez meses se prolongaron a ocho años. Pacheco viajaba por América y Europa dictando seminarios y conferencias. Se había hecho experto en el tema y escribió un exitoso *Manual de periodismo científico*.

Camilo recuerda los frecuentes viajes de su padre. «Creo que lo veía una semana al mes, pero ese tiempo era el de mejor calidad».

DESPISTADO Y BUEN AMIGO

La vida en Colombia era doblemente grata por la presencia de amigos chilenos. Uno de ellos fue

Ricardo Hepp Kuschel, actual director del diario *El Sur*. «En Bogotá lo llamábamos la paloma mensajera, porque tenía pésima orientación. En una oportunidad hicimos un viaje en auto hacia el interior del país y Alfredo insistió en ir liderando la caravana. De repente en un cruce toma la dirección opuesta, y como además manejaba rápido, nos desvíamos varios kilómetros tratando de alcanzarlo y decirle que íbamos mal», rememora Hepp.

Su esposa agrega que, además, Alfredo era una nulidad en mecánica.

En una ocasión, mientras viajaban en su Volkswagen, quedaron en panne. Alfredo se bajó para revisar el motor y levantó el capó.

—¡Paulina! ¡El auto no tiene motor!

—¿Qué? ¡No puede ser!

—A lo mejor es así de moderno. Y ahora ¿qué hacemos?

«No recuerdo cómo salimos de esa. Pero sí cómo lo molestaron los amigos cuando le explicaban que el motor iba atrás», ríe Paulina.

En Colombia, Pacheco desarrolló otra importante actividad: «En-

tregó su aporte para la nueva imagen de *El Siglo*, antiguo diario conservador de Bogotá. Allí sentaba a liberales, conservadores, moros y cristianos a su mesa»,⁸ señala Hepp.

Fue una linda y productiva etapa. Él mismo declararía a *El Sur*, a su regreso a Chile: «Pude vaciar mi experiencia y las opiniones de docentes de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción y colegas de mi vida periodística en Chile, haciendo un texto para América Latina, escrito por latinoamericanos».⁹

DE VUELTA A CHILE

«¡Cómo le va, señor Pacheco!», gritaba desde una esquina el suplementero; «¡Bienvenido, don Alfredo!», saludaba el lustrabotas; «¡Hola, Cabezón!», vociferaba un colega. Sus fieles lectores celebraban eufóricos el retorno a Concepción del querido Quintín Quintas.

¿Por qué había vuelto? Durante un seminario en Quito, Ecuador, Hernán Álvez Catalán, en esos años director de *El Sur*, le pidió ayuda para reestructurar el antiguo diario.

Era 1979 y la calidad de vida en la nación cafetera empeoraba. La violencia callejera, las drogas, raptos y delincuencia eran comunes en Bogotá. «Comenzaban los secuestros y la OEA, por política, no pagaba rescates, aunque había disposiciones para cuidar la seguridad de sus funcionarios. Eso a la larga es cansador y como además Alfredo había cumplido todas sus expectativas, ya era hora de volver», rememora su mujer.

Después de meditarlo por algunos meses, Alfredo Pacheco tenía lista la respuesta para Álvez. Estaba dispuesto a regresar, pero con una condición: una máquina de escribir



Su viuda, Paulina Gallardo, fue su alumna en la Universidad de Concepción.

eléctrica, porque no aceptaba seguir trabajando en las antiguas Underwood.

Y así fue como a fines de 1979 Pacheco ocupa el cargo de subdirector de *El Sur*, ahora en su nueva casa de Eyzaguirre 2752, en Lonco Norte. Retomaba su oficio. Cuatro años después, el 25 de octubre de 1983, la Academia Chilena de la Lengua le otorga el Premio Alejandro Silva de la Fuente, por su correcto uso del español. Ricardo Hepp comenta el estilo de Pacheco: «Su prosa no era complicada, sin mucho adjetivo, pero con pureza idiomática. Era perfeccionista al escribir, para que nadie le encontrara un error, sobre todo en el sentido de las palabras».

EN LA TRANQUILIDAD DE DICHATO

Alfredo era un hombre sociable. A su casa en el balneario de Dichato estaban todos convidados, desde colegas y amigos hasta uno que otro vecino, quien tímidamente se acercaba hasta su reja, a metros de la playa. Allí no había televisión; solo una radio, muchos libros —Montaigne, Elías Canetti, Camilo José Cela, Pío Baroja, Unamuno, José Donoso—, plantas y cuadros pintados por el periodista. Esa atmósfera clara y de paz espiritual invitaba a la reflexión y a la charla.

La pequeña caleta poseía un talante hogareño. Paulina recuerda que frente al mar había un restaurante modesto, pero con muy buena cocina. «A Alfredo le gustó tanto su comida que escribió un comentario en el que hablaba excelente del boliche. A la semana siguiente, el local se llenó y a nosotros no nos dejaron pagar la cuenta. No pudimos volver porque siempre nos invitaban. Aho-

ra ha crecido, no sé si por la influencia de Alfredo, pero en esa época su columna lo ayudó mucho».

LA OTRA MIRADA DE QUINTÍN QUINTAS

«Alfredo dejó de fumar por el año 1984, pero el daño ya estaba hecho, porque había consumido una cajetilla diaria. Fumaba en clases. Terminaba un cigarrillo y con la colilla encendía el siguiente», señala Paulina. En 1988, el cáncer pulmonar era irreversible.

Pocos meses antes de la muerte de Pacheco, *El Sur* quiso publicar un libro con sus célebres columnas. El único inconveniente: no había archivo completo de ellas. «Él escribía tres veces a la semana. Estábamos acos-

tumbrados a eso, así es que nadie guardaba nada», recuerda su viuda.

Sin embargo, Quintín Quintas tenía un admirador secreto, alguien muy cercano que coleccionó, desde su aparición, cada una de las columnas La otra mirada. Juan Espinoza, auxiliar de *El Sur*, nunca pensó que gracias a él se podría editar un libro. «Pero si yo las tengo todas», les dijo a los atribulados periodistas al oír que se lamentaban por no encontrar nada de Quintín Quintas. «Las recorto y las pego en un archivador. Están en un cuarto del diario, las voy a buscar».¹⁰

«Él era mi ídolo y a la vez mi amigo. Yo quería conservar algo de ese gran periodista», relata Espinoza con no disimulada emoción. «Don



Alfredo Pacheco fue siempre muy respetuoso de las personas. «Con él aprendí que uno es grande en su puesto» señala Juan Espinoza, auxiliar del diario El Sur.

Alfredo es la mejor persona que he conocido. Y la cualidad más importante era que trataba igual a un auxiliar que a una autoridad. Con él aprendí que uno es grande en su puesto».

Ya postrado, a Alfredo le llevaron los artículos para que los eligiera con tranquilidad en su casa. *La otra mirada de Quintín Quintas* recopila ciento treinta y nueve crónicas, escritas entre 1980 a 1982. En sus primeras páginas, el autor plasma su sentimiento regionalista. «Una de las contribuciones que he deseado hacer mediante mi pertinaz columna, a veces majadera, ha sido

la de poner el acento en el valor de todo lo penquista y de esta manera aumentar la identificación de los vecinos con su ciudad».¹¹

El libro tuvo el éxito esperado: fue el más vendido durante la semana de su lanzamiento. Jorge Jiménez, dueño de la Librería Estudio, señaló a la prensa: «Son comentarios amables que muestran los valores y características de la región, de sus paisajes, de su gente».¹²

Después de un año de serle diagnosticado el cáncer pulmonar, Alfredo Pacheco Barrera muere en su casa la mañana del 9 de mayo de 1989, antes de cumplir sesenta y seis años.

Concepción se puso de luto. Uno de sus cronistas y amigos más estimados había partido.

Ricardo Hepp recuerda que «la comunidad entera lo acompañó hasta la Iglesia, desde el lustrabotas hasta el gerente del banco».

Luego de cremado, y tal como él y la familia deseaban, sus cenizas se esparcieron en el mar de Dichato, frente a su casa de playa. Desde ahí contempla su «fresco y sereno rincón» y permanece para siempre con las personas que lo amaron.

Por Paula Brevis y Andrés Arcuch

EL NUEVO PERIODISMO

«Le escuché a un viejo hombre de prensa que el periodismo era una profesión de profesiones, porque había que saber un poquito de todo y mucho de nada. Esto último para no perder la capacidad de admirarse. He meditado sobre esta afirmación. Hay algunos que piensan que aquello de «profesión de profesiones» corresponde a un permiso para que todas las actividades opinen acerca del periodismo y la manera en que este debe ser ejercido. Es posible. Desde el fresco y sereno rincón, es fácil indicar métodos, criticar, jugar con la verdad sancocada y dar lecciones. Me agradecería ver a esos maestros tratando de convertir en algo inteligible una frase desbaratada, de encontrar un concepto en el cajón de la paja molida, de tolerar la espera y el bla bla, de sufrir con todos los dolores, de gozar con todas las alegrías y, luego, escribir con serenidad y objetividad para que la gente se informe».

*La otra mirada
de Quintín Quintas*

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Ernesto Alfredo Pacheco Barrera.

Fecha de nacimiento: 26 de septiembre de 1923, Temuco. Muere en Concepción el 9 de mayo de 1989.

Padres: Luis Alberto Pacheco y Eva Barrera.

Estudios básicos y medios: Colegio Bautista de Temuco.

Estudios superiores: Tercer año de Derecho en la Universidad de Chile.

El 14 de septiembre de 1968 se casa con Paulina Gallardo Silva, periodista, con la que tiene dos hijos: Andrés (1971) y Camilo (1973).

Trayectoria periodística: *El Diario Austral*; *La Prensa de Osorno*; uno de los fundadores del diario *Crónica* de Concepción; subdirector de *El Diario Austral* de Temuco; director interino de *El Correo de Valdivia* y *La Prensa* de Osorno; director de *La Patria* de Concepción; director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción, profesor de Periodismo Informativo y Periodismo Radial; designado asesor de la UNESCO para colaborar con el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina; director del departamento de informaciones de la *Radio Simón Bolívar*; jefe de informaciones de la *Radio Universidad*; jefe de informaciones del diario *El Sur* de Concepción; designado a Colombia por la OEA al Centro Interamericano para la Producción de Material Educativo y Científico; subdirector del diario *El Sur*, donde también escribió columnas de opinión bajo el seudónimo de Quintín Quintas.

Publicaciones: *La otra mirada de Quintín Quintas*, editada por el diario *El Sur*, 1989; *Manual de Periodismo Científico*, OEA, 1974.

Distinciones: Premio Nacional de Periodismo 1965, con mención en *Crónica*. Premio de la Academia Chilena de la Lengua Alejandro Silva de la Fuente, en 1983.

NOTAS

- 1 Diario *El Sur* de Concepción, domingo 11 de julio de 1980.
- 2 *Una Mirada a Quintín Quintas*, Camilo Diego Pacheco Gallardo, Facultad de Periodismo, Universidad del Desarrollo de Concepción.
- 3 Ibid.
- 4 Ibid.
- 5 Diario *El Sur*, domingo 5 de marzo de 1989.
- 6 *Una Mirada a Quintín Quintas*, Camilo Diego Pacheco Gallardo, Facultad de Periodismo, Universidad del Desarrollo de Concepción.

- 7 Ibid.
- 8 Entrevista Paulina Gallardo de Pacheco, septiembre 2000.
- 9 Entrevista Ricardo Hepp, director del *El Sur*.
- 10 Entrevista a Juan Espinoza, auxiliar del diario *El Sur*.
- 11 Diario *El Sur*, 3 de febrero de 1980.
- 12 Diario *El Sur*, 12 de marzo de 1989.



FERNANDO DÍAZ PALMA

Fernando Díaz Palma (1968):

ARTISTA DE LAS PORTADAS

El niño sostuvo con fuerza la mano de su padre, una mano grande, cálida y acogedora. Para él, de solo siete años, eso le daba seguridad, sobre todo cuando entraba a lugares desconocidos.

Tragó un poco de saliva al ingresar al imponente edificio. Traspasaron la enorme puerta de madera de dos hojas y subieron por una ancha escala de mármol. Mientras la mano izquierda se aferraba a la de su papá, la derecha se deslizaba por el pasamanos. Cuando los peldaños empezaban a parecerle interminables, llegaron al segundo piso. Franquearon otra puerta y por un momento le pareció estar en un escenario teatral. Era una sala amplia, iluminada, con muchos escritorios. Había personas trabajando frenéticamente, corriendo de un lado a otro. Algunas cooperaban con el ruido al teclear las máquinas de escribir, otras contestaban teléfonos, de esos negros, con un disco blanco para marcar los números. El trájín era impresionante.

Apenas pudo afirmar sus codos sobre el escritorio. En medio del

bullicio, hubo un silencio entre padre e hijo. Era un silencio de admiración.

—Me gusta. Tantos papeles...

—Hay algo que te va a gustar más... Acompáñame.

Al acercarse a otra sala, el muchacho comenzó a percibir un aroma penetrante. Ya adentro descubrió unas gigantescas máquinas de fierro, con enormes teclados de letras y recipientes con plomo hirviendo a los costados: las linotipias. Allí la bulla era ensordecedora. Pero lo que más le llamó la atención fue ese olor. El fuerte olor de la tinta.

Esas instalaciones correspondían a la empresa *El Mercurio*, que un día de invierno de 1936 fueron visitadas por primera vez por el pequeño Fernando Díaz Palma.

HIGO DE TIGRE

Fue un niño solitario. Desde su nacimiento, el 25 de abril de 1929, habrían de pasar seis años hasta que

las últimas noticias

5 50 LA GRAN CIRCULACIÓN DE CHILE 40.000 ejemplares en Chile y 100 ejemplares en el extranjero EL DIARIO INDEPENDIENTE

¡QUE DIOS BENDIGA A CHILE!
CAMPANAS AL VUELO
RECIBIERON AL PAPA

• Emocionante encuentro con niños lisiados



¡BESA TIERRA CHILENA!

Una de las mayores satisfacciones de Díaz Palma fue crear esta portada.

Pablo Díaz e Inés Palma recibieran a Waldo Enrique, segundo y último hijo. Desde su larga estada en el norte chico, a donde su padre hubo de llegar por razones políticas —era dirigente radical—, Fernando se acostumbó a jugar solo.

De vuelta en Santiago, la familia se instala en el tranquilo sector de calle Serrano, a un par de cuadras del Colegio Nacional, donde Fernando cursa sus preparatorias. Allí el muchacho logró consolidar un grupo de amigos con los que solía patinar en la despejada Avenida Bulnes, que recién comenzaba a coronarse de edificios de altura. Tiempo después, disputaría animados partidos

En las décadas del 50 y 60, gran parte del trabajo de los diarios se ejecutaba de noche. La edición de un matutino cerraba entre las tres y las cinco de la madrugada, lo que hacía de muchos periodistas auténticos pájaros nocturnos. Díaz era uno de ellos.

de hockey en la Plaza Bulnes, frente a La Moneda. Finalizada esta diversión dominguera, el grupo se dirigía al Bar Lácteo situado en la explanada de la Alameda, frente a San Diego, a reponer las fuerzas con un vaso de leche con vainilla.¹

Con su hermano chico habían inventado un juego espectacular. Elevaban el sillón dental de la clínica de su padre y lo convertían en carrusel. Comenzaban a girarlo, vuelta tras vuelta, hasta que uno de los dos caía. El jueguito terminó abruptamente un día en que al bajar el sillón convirtieron en chatarra una serie de adminículos clínicos.

Cuando Fernando tenía trece años, muere su madre. Una operación de vesícula, complicada por un proceso infeccioso, pone fin a la vida de una mujer joven, alegre y vital. No existe aún en Chile la penicilina.

La soledad se torna dolorosa. Inmediatamente después del funeral, padre e hijos abandonan para siempre su casa y se trasladan a su nuevo hogar, en avenida Colón 654, algunos metros pasado Alcántara. Es la casaquinta de los tíos de su madre, Humberto y Albertina Palma.

Fernando cursa el primer año de Humanidades del prestigioso Instituto Nacional. Ingresar no ha sido fácil. La demanda es enorme y los cupos, escasos. Pero sortea el difícil examen de admisión y ese año, 1943, ya es un orgulloso y aprovechado institutano que destaca en los ramos humanistas. En poco tiempo descubre su amor por las letras y antes de terminar su último año de colegio ya ha decidido que será periodista.

Don Pablo quería que estudiara medicina, pero al final comprende. Él es cirujano dentista —profesión que ejerce por las mañanas— pero

cada tarde se entrega a su verdadera pasión: el periodismo. Trabaja para *Las Últimas Noticias*, años después en *La Hora* y luego en *La Tarde*, tabloide que funda en sociedad con Mario Planet, Juan de Luigi y el empresario Fernando Peralta. También es el director-propietario de la revista hípica *Turf Chileno*.

Desde la primera vez que Fernando visitó las dependencias de *Las Últimas Noticias*, en la esquina de Compañía con Morandé, nunca más dejó de ir. Y no le faltaban razones. En sus páginas de historietas había aprendido a leer.

Algunos años más tarde se grabaría en su mente un titular a ancho de página que vio en el taller del diario *La Hora*, donde trabajaba su padre. En una plancha de metal, las letras de hierro anunciaban con seis días de anticipación el deceso del Presidente Juan Antonio Ríos: «Murio el Presidente...».²

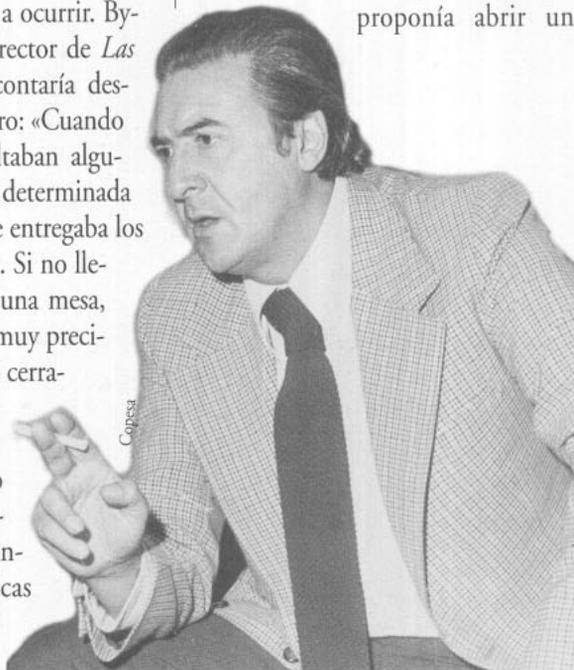
No lograba comprender cómo los periodistas podían adelantarse de tal modo a lo que iba a ocurrir. Byron Gigoux James, director de *Las Últimas Noticias*, le contaría después al juvenil reportero: «Cuando había elecciones y faltaban algunos datos oficiales de determinada localidad, su padre me entregaba los resultados casi exactos. Si no llegaba el escrutinio de una mesa, él hacía estimaciones muy precisas. Con esos datos yo cerraba el diario con plena seguridad». ¿Cómo acertaba? Fernando conjetura que el secreto estaba en las innumerables estadísticas y tabulaciones que elaboraba. Lo apoyaban 'el brujo de las cifras'.

CENÁCULO DE INTELLECTUALES

Determinado a seguir las huellas paternas, Fernando Díaz hace sus primeros escarceos como periodista en la revista *Turf Chileno*. Poco le gusta la hípica, pero la primera lección que recibe es que el oficio obliga a cubrir todos los temas. Allí, además, se foguea en una materia que con los años dominaría a la perfección: aprende a cuadrar los títulos, es decir, hacer coincidir dos líneas de letras de manera que se vean perfectas y la frase sea coherente.

Tiempo después, seguro de haber dado con su vocación, Fernando Díaz entra como colaborador a *Las Últimas Noticias*. Era la época en que la profesión se realizaba solo con oído alerta y libreta de apuntes; no existía la grabadora. Así premunido, salía a reportear lo que viniera, incluso chifladuras como las de un tipo que creía tener solución al ya entonces amenazante problema del

esmog en Santiago: proponía abrir un



Díaz Palma pertenece a la época en que se reporteaba solo con un lápiz y una libreta de apuntes.

boquete en el cerro Manquehue y colocar un gigantesco extractor en el sector opuesto.

Al joven Fernando se le abrió un mundo nuevo, un ambiente que él mismo define como cenáculo de vida intelectual. Era estar en una auténtica universidad.

No es solo una metáfora. En esos años *Las Últimas Noticias* era considerada la mejor escuela de periodismo del país. Fernando recuerda a su director, Byron Gigoux James, como un monstruo del diarismo nacional, maestro de muchas generaciones de periodistas. Todos los días, a eso de las ocho de la noche, Gigoux entraba a la sala de crónica y se sentaba sobre un gran sofá de cuero. Las máquinas de escribir silenciaban automáticamente. Iniciaba un diálogo

del más alto nivel con el jefe de informaciones, ya fuera sobre arte, literatura, historia o política. Antes de retirarse, daba las pautas sobre cómo enfocar las noticias del día y el giro que se le debía entregar a su redacción. Trabajar con él era terrible, recuerda Díaz. «Leía el diario con regla en mano y marcaba con rojo los errores. Después llamaba al responsable». ³ En una oportunidad, Fernando escribió: «El general, Fulano de Tal, ...». Byron Gigoux lo llamó a la oficina:

—¿Cuántos generales hay en Chile?, le preguntó.

—Varios, don Byron.

—¡Ahá! Entonces ¿por qué escribió usted Fulano de Tal entre comas?

Fernando aprendió la lección, sobre todo después de la penitencia:

cincuenta pesos de su sueldo en beneficio del Hogar de Cristo.

Si los periodistas actuaban bien, Gigoux dejaba apenas una escueta nota —«¡Así se hace!»— aun cuando al día siguiente solo por un pequeño error mereciera una larga y severa reconvención.

PERIODISTA Y DETECTIVE

En abril de 1953 Fernando Díaz Palma es contratado en *Las Últimas Noticias* como reportero. Cubre las noticias de varios ministerios chicos, primero; luego policía, economía, Moneda y Congreso Nacional. «Te vi llegar al diario», le escribe años más tarde el entonces jefe de crónica del diario, Luis Sánchez Latorre, «casi adolescente, muy delgado y alto, con un bigotillo incipiente, nervioso, tímido, parco de habla, despojado de grandilocuencias». ⁴

En esa época se debía trabajar, además, para *La Segunda*, que era la edición vespertina de *Las Últimas Noticias*. Durante la mañana Fernando cubría las noticias ministeriales para ese diario. Una vez cerrada la edición, alrededor de la una y media, se iba a su casa a almorzar y dormir siesta. Ya descansado, regresaba a las oficinas de Compañía, donde le esperaba la pauta de la tarde. Se calaba su sombrero y nuevamente salía a reportear materias de crónica, casi siempre en micro y a una hora en que la gente regresa a sus casas.

El reportero policial encarnaba, a juicio de Díaz Palma, la actividad más dinámica. A la sazón, el jefe de la Brigada de Homicidios era el famoso policía René Vergara, quien además de haber permanecido un tiempo en Scotland Yard era escritor y firmaba con el seudónimo de Hércules Poirot. En reiteradas ocasiones



En La Moneda, recibiendo el saludo del Presidente Eduardo Frei Montalva.

citaba a los periodistas para analizar algún caso importante y les solicitaba su parecer. Cada uno entregaba su versión y él, histriónicamente, apuntaba después a uno de ellos: «Tú andas más cerca».

«El periodismo policial de esa época permitía desarrollar la noticia en forma más interesante y novelada; no se entregaba el suceso frío consignado en el parte policial. Había que transmitir el ambiente, escudriñar los motivos. El periodista debía convertirse a menudo en detective», recuerda Fernando Díaz.

TRASNOCHES DIONISIÁCOS

En las décadas del 50 y 60, gran parte del trabajo de los diarios se ejecutaba de noche. La edición de un matutino cerraba entre las tres y las cinco de la madrugada, lo que hacía de muchos periodistas auténticos pájaros nocturnos. Díaz era uno de ellos.

En *Las Últimas Noticias* no faltaba en qué matar el tiempo mientras se preparaba la edición. «Jugábamos al fútbol en la propia sala de crónica, al dardo sobre blancos que colgábamos en las paredes, a la guerra de agua con jeringas y hasta golf. Utilizábamos como palos los 'corondeles' (barras delgadas de metal que se usaban para separar las columnas), la pelota era una simple bolita de cristal y los hoyos, las marcas que un antiguo escritorio había dejado en el parquet».

La noche era larga. Terminada una parte del trabajo, un grupo animado generalmente por los más jóvenes se trasladaba hasta Il Bosco, fuente de soda-restaurante, santuario de la bohemia intelectual santiaguina. Frente a una botella de vino y un plato de papas fritas («el dinero



La familia en pleno: de pie, Fernando padre e hijo; sentadas, su hija María Soledad y su señora, Graciela Hurtado.

no alcanzaba para más») los hombres de prensa —mujeres no había— dejaban deslizar la conversación. En una misma mesa alternaban redactores de los más diversos diarios. Y siempre sobre el mismo tema: periodismo. A ratos especulaban con la idea de que las linotipias serían reemplazadas o que los reporteros del futuro utilizarían equipos capaces de transmitir las noticias directamente a las máquinas que las procesarían. O discutir, por ejemplo, que las primeras planas del *France Soire* eran más atractivas que las del *New York Times*, pues utilizaban una columna 'flotante' que le daba mayor aire o limpieza.

Cerca de las tres de la mañana volvían al diario a cerrar la edición. A menudo los teletipos estaban fun-

cionando a máxima velocidad trayendo las noticias de último minuto que se debían incluir. Era la «tragedia cotidiana» del periodismo. «Tú evocas», dice Luis Sánchez Latorre a Fernando Díaz, «los temblores de mi cigarrillo o de mi pipa, cuando a eso de las tres o cuatro de la madrugada, pálido y casi desfalleciente, perdido ante un alud de papeles sin corregir, manifestaba la convicción de que el diario no llegaría a salir ese día». Pero siempre salía, con lo cual los periodistas hicieron la 'observación científica' que el diario «se hacía solo».

LA PASIÓN DEL DÍA A DÍA

En 1957 Byron Gigoux jubila de *Las Últimas Noticias*, lo que genera

una reorganización en los cargos. Fernando es ascendido a jefe de informaciones y con el nuevo jefe de crónica, Iván Cienfuegos, debían darle forma a lo que saldría impreso en el papel. Por aquellos tiempos el periódico se realizaba en forma casi artesanal, visualizándolo primero en la mente y luego haciendo un bosquejo de cómo sería en su totalidad. No existían los diagramadores, de modo que lo planificado, a la hora de imprimir, a menudo no cabía. ¿Cómo hacer espacio a una letra de más en el titular? «Presionábamos con un tornillo mecánico los moldes de metal en la rama», cuenta divertido Fernando Díaz.

Con el diario diseñado, iba al taller a supervisar que los títulos, textos e imágenes estuvieran en el lugar preciso. El contenido de la página escrito en líneas de plomo era traspasado por la 'calandria' (prensa manual) hacia un cartón, que serviría de molde curvo para un vaciado de plomo. Esta última plancha, o teja, calzaba justamente sobre los rodillos de la prensa e imprimiría la tinta sobre el papel.

lle aproximadamente a las once de la mañana. Era el periódico intermedio entre *El Mercurio* y *La Segunda*.

SEDUCTOR SEDUCIDO

Una tarde de verano de 1957, la joven Graciela Hurtado llegó hasta las oficinas del diario por encargo de su jefe. Debía hablar con Fernando Díaz Palma, a quien no conocía, para pedirle que publicara unos párrafos. «Yo estaba delgadita y bronceada, venía llegando de la playa»⁵ suspira hoy Graciela. De pronto vio a un tipo alto, muy atractivo (un colega suyo cuenta al oído que le decían Mastroianni). Era Fernando Díaz.

Se produjo un flechazo mutuo. Él la atendió como a una princesa, la acompañó de vuelta a su oficina y al día siguiente le llevó en persona el diario con la publicación. Las visitas se fueron repitiendo. Vino el pololeo y, dos años después, el matrimonio.

Graciela tuvo que acostumbrarse a ver poco a su marido. «Si hacía turnos de noche, llegaba cuando yo me estaba yendo a la oficina. Apenas nos divisábamos».

de *Las Últimas Noticias* debió desempeñar una de las labores más satisfactorias de su carrera: cubrir en terreno la amenaza de rebalse del lago Riñihue sobre Valdivia. El terremoto del 21 de mayo de 1960 había producido tres desplazamientos de tierra que bloqueaban los desagües naturales del lago. Se temía que estos cedieran y una gigantesca ola inundara la ciudad, o lo que quedaba de ella. El 2 de julio de 1960 el diario anunciaba: «Entre la noche del domingo y la mañana del lunes, Valdivia comenzará a vivir los nerviosos minutos de la hora cero. Las aguas del lago Riñihue aumentan sin cesar su peligroso caudal y, según la última información, los técnicos que operan en la montaña esperan que el desborde se inicie el lunes 4».

Un equipo de *El Mercurio*, liderado por Fernando Díaz, fue enviado a la zona. «Ahí conocí el valor de los periodistas. Se formó una especie de comando de guerra, más bien de comando suicida, que iba a una ciudad en peligro de desaparecer»,⁶ relata años después.

«Fernando Díaz es un hombre vital, alegre, una persona que no hace su trabajo como forzado de galera, sino que siempre tiene frente al acontecimiento, a la dificultad, el propósito de encontrar algo positivo». (René Silva Espejo)

La primera plana quedaba entregada al taller antes de la seis de la madrugada y el jefe de crónica de *La Segunda* agregaba a la última página el Noticiario Nacional, compendio de las principales informaciones que llevaban los otros diarios de la capital. *Las Últimas Noticias* salía a la ca-

Algunos fines de semana se escapaban fuera de Santiago, al principio en moto y luego en un Ford 38. «Rasca el auto», se ríe Graciela. «Tanto, que lo pintábamos con brocha por dentro para que estuviera más decente».

El mismo año que Fernando Díaz Palma llegó a la subdirección

Sería un viaje breve, acaso un par de días. Fernando se despidió de su mujer y de la recién nacida María Soledad, sin sospechar que volvería un mes y medio más tarde. «Mi mayor rival ha sido la noticia. Para Fernando el diario estaba por sobre todas las cosas», comenta Graciela.

Y la noticia estaba en la ciudad sureña. Desde allí Fernando escribe:

«Mientras tanto, en Valdivia el ambiente es sofocante. La población que vive una aparente calma diurna, en la noche da rienda suelta a su inquietud, buscando mucho el amparo protector del alcohol. Las veladas son largas. Al final, por motivos sin importancia se originan candentes discusiones. (...) La sicosis colectiva no deja de ser grave. (...) Y no es para menos. Es necesario tener nervios de acero para hacer frente a este cuarto taco del Ríñihue. El taco 'sicológico'».

Gracias a los ingenieros, el desastre no ocurrió. El lago llegó a la ciudad, pero entró lentamente y dejó las casas sumergidas bajo dos metros de agua.

Fernando Díaz Palma se jugó el pellejo ese año 1960 para mantener informado al mundo de lo que pasaba en ese rincón, donde con suerte conseguían una línea telefónica. ¿La recompensa? Nada menos que el premio SIP Mergenthaler para él y el equipo de su empresa.

A CONFESIÓN DE PARTES...

«Conocí a Fernando en el verano de 1965», cuenta Juan Enrique Lira. «Me dio una impresión muy divertida. Recientemente yo había sido nombrado jefe de fotografía de *El Mercurio* y Fernando era el editor de informaciones del diario. Él iba pasando por el pasillo del segundo piso y yo iba subiendo. Le grité: «¡Hola!, soy el nuevo jefe de fotografía». Fernando se veía muy pálido. Casi sin mirarme me respondió: «¡Estoy muy enfermo! Es la se-

gunda vez que me da esto en un año».

No oculta su hipocondría. «Le he tenido terror a toda clase de enfermedades horribles, sin excluir la viruela ni la leucemia», confiesa medio en broma, medio en serio. Enfermo o no, jamás descuidó su trabajo en el diario e incluso tuvo tiempo para dedicarse a la labor gremial, a la que dedicó más de quince años. Y también para viajar por todo el mundo.

Siempre buscando su perfeccionamiento, *El Mercurio* lo inscribió en 1964 en el American Press Institute de la Universidad de Columbia, seminario destinado a ejecutivos de diarios latinoamericanos. El curso entregaba las últimas tecnologías aplicadas al campo del periodismo. Fueron intensos meses, de teoría y práctica. «Se empleaban días, hasta semanas, en debatir algo que en ese entonces parecía imposible de aplicar, por lo menos en diarios latinoamericanos: los beneficios que ofrecía la utilización del sistema offset. El propio *New York Times* tenía por esos años un enorme parque de linotipias y la sala de prensa semejava una

estación de ferrocarril, con sus máquinas colocadas en línea y en paralelo, como auténticos vagones».

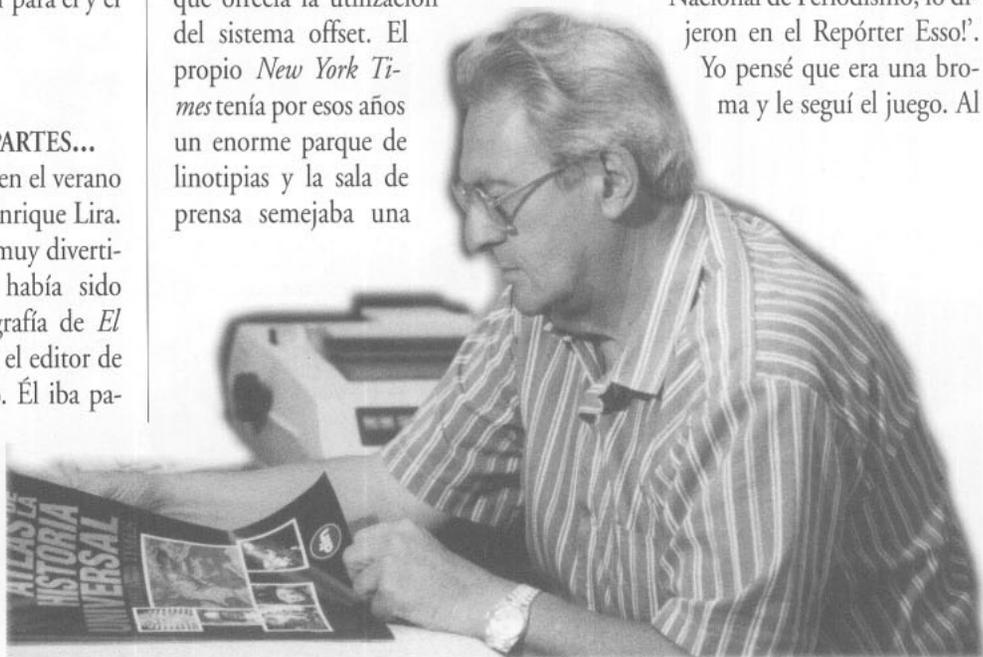
Al finalizar el semestre debió realizar una extensa gira por Estados Unidos y hacer práctica en diversos diarios, especialmente de la zona de California. El más importante fue *Los Angeles Times*.

En Santiago se quedaron Graciela y María Soledad. De tan solo cuatro años, la niña no olvidará el día que su padre bajó del avión con una enorme caja y una muñeca casi tan grande como ella. La caja resultó ser un televisor. A la muñeca le puso Fernanda.

EL PREMIO NACIONAL, ¿UNA BROMA?

«Eran cerca de las dos de la tarde de un día de noviembre de 1968. Yo iba caminando por un pasillo de *El Mercurio*. De pronto desde una oficina salió alguien eufórico. '¡Fernando!', me gritó. '¡Te ganaste el Premio Nacional de Periodismo, lo dijeron en el Repórter Esso!'.

Yo pensé que era una broma y le seguí el juego. Al



Fue contratado en 1953 como reportero en *Las Últimas Noticias*, en los tiempos de Byron Gigoux, cuando el diario era una de las mejores escuelas de periodismo del país.

poco rato recibí la llamada oficial de parte del ministro de Educación, Máximo Pacheco».

El triunfo de Fernando Díaz Palma fue aplaudido por todos sus colegas. «Es difícil que podamos encontrar a una persona que tenga más condiciones para presentar la actualidad y al mismo tiempo empeñada en que su propia individualidad desaparezca para alcanzar el fruto de una labor de equipo»,⁷ señaló René Silva Espejo, director de *El Mercurio*.

Con solo treinta y nueve años, Fernando Díaz había llegado a la cúspide de su carrera. «Pero a esa edad yo no podía dar por terminado mi trabajo. Al contrario», dice con énfasis. «Estaba listo para ser disparado más alto. Fue el gran espaldarazo para seguir en mi labor, para hacer lo que yo tenía que hacer en periodismo». Hoy, sin asomo de falsa modestia, comenta: «Si lo merecía, me lo dieron en forma muy adelantada. Creo que lo del Riñihue me puso como de moda. ¡Si había

tantos mejores que yo!». Y lanza al voleo media docena de nombres.

En términos económicos, por entonces el premio no era gran cosa; había que repartirlo entre cuatro especialidades. «El dinero me sirvió para adquirir un modesto cochecito de paseo para mi hijo Fernando que acababa de nacer».

LATIGAZO

Si bien a Fernando Díaz le gusta todo tipo de trabajo periodístico, se ha inclinado siempre por la presentación de las portadas y sus titulares. Desde muy joven competía con sus colegas en cuadrar títulos a dos líneas de dieciséis letras cada una.

Con el tiempo, la práctica lo llevó a reafirmar la teoría del latigazo. Su gran amigo Enrique Ramírez Cabello la explica así: «El latigazo es un titular con trazas de rapidez, vigor, pasión, refrescante espontaneidad y desasosiego reporteril. Emanan más emoción que raciocinio y, a pesar de

ello, es certero, da justo en el clavo, porque tiene que ir a la médula de lo que se quiere decir, considerando que el carácter informativo es lo esencial».

El 4 de septiembre de 1970, día de elecciones presidenciales, fue especialmente delicado para *El Mercurio* al momento de elaborar la primera plana del día siguiente. Se enfrentaban Jorge Alessandri por la derecha y Salvador Allende por la izquierda. El tercer candidato, con menos posibilidades, era el demócratacristiano Radomiro Tomic. Díaz Palma, jefe de redacción del matutino, recuerda que «todo el mundo daba por seguro el triunfo de Alessandri». Pero la disputa por el sillón presidencial fue más reñida de lo esperado. En la primera página se dispusieron dos fotos, una de cada contendor.

La situación comenzó a ponerse dramática a medida que los resultados arrojaban una ligera ventaja para el candidato de izquierda. Varias veces la dirección le ordenó a Fernando que fuera disminuyendo el



En un intercambio de opiniones con Emilio Filippi durante una manifestación callejera.

tamaño de la foto de Alessandri. «¡Ya no se puede cortar más!», argumentaba el periodista. Tal como lo temía, la foto quedó algo extraña. Un gran titular a ancho de página rezaba: «Allende: Mayoría Relativa», con la imagen del candidato al costado derecho y una muy alargada de Alessandri a la izquierda.

La expectativa que se vivía en el país también se sintió en el diario. Con la portada lista, Fernando Díaz y Osvaldo Yáñez, jefe de provincias, bajaron a la prensa hasta que el último ejemplar estuvo impreso. Podía ocurrir que un grupo de trabajadores izquierdistas tratara de imponer un titular con el triunfo rotundo de Allende.

Fernando abandonó el diario cerca de las seis de la mañana. Aún no amanecía. Subiendo por Merced hacia su casa de La Reina pudo advertir que enmascarados provistos de palos y piedras se acercaban a su auto. Presintió que vendrían días turbulentos.

Hasta marzo de 1973 su cargo de jefe de redacción de *El Mercurio* lo convertía en el tercero a bordo. Con René Silva Espejo como director y Arturo Fontaine en la subdirección, el diario estableció una rígida política contra el gobierno de Salvador Allende, quien había instalado durante casi un año inspectores de Impuestos Internos dentro del diario.

Considerando el desabastecimiento, las tomas de industrias, los grupos armados y la violencia diaria, Fernando manejó el enfoque informativo de *El Mercurio* del modo más objetivo posible.

«SALVO ERROR U GOLPE»

En medio de un clima de tensión creciente, el 1º de abril de 1973 Fernando Díaz Palma vuelve a sus antiguos cuarteles de *Las Últimas*

Noticias, ahora como director. El inminente quiebre de la juridicidad estaba en el aire. Con el país casi paralizado por las huelgas y cambios de ministros, al llegar septiembre más de un millón de personas pedía la renuncia de Allende.

El caos se reflejaba en todos los sectores. Fernando Díaz, a la sazón consejero nacional del Colegio de Periodistas, recuerda una reunión de los primeros días de ese mes, donde se percibía una atmósfera enrarecida. El consejero y asesor del Presidente de la República, Augusto Olivares, pidió permiso para viajar a Argelia acompañando al canciller Clodomiro Almeyda. Con su proverbial estilo jocoso, agregó: «Partiré salvo error u golpe».

Pocos días después Olivares se quitó la vida cuando los militares sitiaban La Moneda.

La noche del 10 de septiembre de 1973 Fernando encargó a un fotógrafo de su diario que al día siguiente se instalara muy temprano en el hotel Carrera, frente al Palacio de Gobierno. Movimientos perturbadores hacían prever el Golpe de Estado en cualquier momento.

El mismo 11 de septiembre, tomado ya el poder, la junta militar dispuso la suspensión de todos los diarios, excepto *El Mercurio* y *La Tercera*. Fernando, entonces, regresó por unos días al decano y se abocó a la edición del 13 de septiembre, cuya primera plana llevaba la histórica foto del bombardeo de La Moneda, de uno de sus reporteros gráficos.

Desde el momento en que asumieron el mando, las nuevas autoridades establecieron la censura. Al principio los militares revisaban página por página. Si algo no les gustaba, lo vetaban. Días después los censores dejaron de visitar el diario, pero había que enviarles al ministerio de Defensa las pruebas de páginas para el visto bueno antes de imprimirse.

Cuenta Fernando que, como una manera de protestar, se recurrió a la antigua argucia de dejar en blanco los espacios de las notas reprobadas. No agradó el gesto y la rebelión duró poco tiempo.

Díaz recuerda: «Para todo periodista, el hecho de que le censuren su trabajo es



Al cumplir treinta años en la empresa El Mercurio, Agustín Edwards E. le entrega una medalla de oro.

muy duro; a nosotros por primera vez nos ocurría algo de ese tipo en forma permanente. Durante el gobierno de Allende también hubo censura en los días del asesinato de Pérez Zujovic, pero por poco tiempo».

Los tropiezos no paraban allí. Por disposición del Gobierno Militar, los colegios profesionales se transformaron en asociaciones gremiales, lo que les restaba poder. Esta disposición se hizo efectiva en 1975, el mismo año en que Fernando Díaz asumió la presidencia del Colegio. En la primera sesión, el 19 de junio de 1975, Díaz planteó el caso de catorce periodistas relegados, detenidos o condenados por su ideología política. Con esta misma inquietud se acercó al subsecretario del Interior, coronel Enrique Montero, aunque la gestión no obtuvo resultados.

La situación siguió candente. Se dictaron bandos y decretos con fuerza de ley tales como el que facultaba al jefe militar para «suspender la impresión, distribución y venta, hasta por seis ediciones, de diarios, revistas, impresos y folletos en general y las transmisiones, hasta por seis días, de las radiodifusoras, canales de televisión o cualquier otro medio análogo de información que emita opiniones, noticias o comunicaciones tendientes a crear alarma o disgusto en la población...». La norma dejaba a criterio de quien la aplicaba definir lo que podía causar 'disgusto o alarma', y muchos medios fueron silenciados por disposición del gobierno a la sombra de esta facultad.

Como director de *Las Últimas Noticias*, Fernando Díaz se vio en el dilema de cómo informar sin correr el riesgo de un cierre del periódico. Se requería ingenio: «Había maneras de poner las cosas. Se prohibía informar sobre las actividades del MIR,

por ejemplo. Entonces se titulaba: 'A las barbaridades que pueden llegar dirigentes extremistas'. Así, a propósito de una nota que parecía una crítica, se contaba lo que pasaba».

La libertad de prensa se terminaba y algunos hechos solo podían tocarse a través de comunicados oficiales: «Se sabía que había gran cantidad de detenidos en la isla Dawson, o en el norte del país, pero no se conocía el destino final. Muchos hechos se investigaban pero no se podían publicar. Entonces el periodismo se puso remolón. Se acostumbó al comunicado oficial y a la autocensura». Era, también, el fin del periodismo de traspasos. «El toque de queda terminó por sepultarlo», sentencia Díaz.

LOS 80, DÉCADA DE PREMIOS

Mientras en el país se anunciaba la crisis financiera, en junio de 1982 *El Mercurio* reclamaba a Fernando Díaz como editor coordinador. A pocos meses de asumir, tuvo la ingrata misión de dar a conocer la intervención de los más importantes bancos de país.

En el plano profesional, en tanto, la vida le sonreía. En 1983 recibió la medalla de oro por treinta años de servicios en la Empresa *El Mercurio*, seguida por el premio Alfredo Moreno Aguirre, que lo nombraba el periodista más destacado de ese año y le otorgaba un viaje a Atlanta, Estados Unidos, más dos mil quinientos dólares.

Los aciertos periodísticos se sumaban. Cuando el Papa Juan

Pablo II llegó al país, en 1987, Fernando Díaz era desde el año anterior director de *Las Últimas Noticias*. Allí se gestó otra de sus grandes satisfacciones: diseñar la portada, a página completa y en colores, que muestra al Pontífice besando tierra chilena. El periodista la considera una obra de arte.

Para él, cada primera plana debe ser «una expresión estéticamente bella, cuya composición atraiga la mirada de los potenciales lectores, no solo por lo que dice sino también por la originalidad y la creatividad». Juan Enrique Lira confirma su talento: «Cuando en *El Mercurio* armábamos la portada, Fernando se convertía en artista».

La nueva década trajo otra sucesión de reconocimientos: en 1991 recibió, junto con el presidente del Senado, Gabriel Valdés, el Premio Anual de la Cámara de Comercio, Diego Portales. Tres años después fue galardonado por el Instituto



Fernando Díaz Palma alcanzó la cúspide de su carrera en 1968, al obtener el Premio Nacional de Periodismo.

Profesional del Pacífico y, al año siguiente, en 1995, obtuvo el Premio Anual de la Asociación Chilena de Seguridad.

También en el aspecto humano Díaz Palma deja huellas. «Era muy amigo de todos, incluyendo a sus subalternos», testimonia Juan Enrique Lira. «Jamás reprendió a nadie. Ante un error, asumía él personalmente, como si hubiera cometido la falta.»

René Silva Espejo no escondía su cariño por Fernando: «Se trata de un hombre vital, alegre, una persona que no hace su trabajo como forzado de galera, sino que siempre tiene frente al acontecimiento, a la dificultad, el propósito de encontrar algo positivo».

Y en su estilo sesgado, Sánchez Latorre se suma a los halagos: «Adquiriste una arrogancia *sui generis*, una arrogancia 'cuántica', de saltos entre la ternura y la humildad. No he conocido nunca una arrogancia más humilde y generosa que la tuya».

Con el paso de los años, su pasión por su oficio no declinó. Por el contrario, le fue absorbiendo cada vez más tiempo. «Quizás era mi temperamento, muy preocupado de las cosas, de los detalles», reconoce. «Prácticamente no existía el sueño para mí. Estaba durmiendo y de pronto saltaba porque se me ocurría una idea». Su mujer lo ratifica: «Los domingos iba de kiosko en kiosko para ver cuántos diarios se habían vendido, sobre todo cuando iniciaban una campaña publicitaria o lanzaban un nuevo producto, especialmente los dominicales. Para mí no era ninguna diversión». También se acostumbró a pequeñas renunciaciones, como que su marido a menudo no

estuviera presente cuando la familia se reunía: «Había sábados y domingo en que simplemente no lo veía».

Sus hijos, sin embargo, no tienen la impresión de un padre ausente. María Soledad, médico pediatra, no oculta la adoración por él: «Tengo clara la imagen de mi papá acompañándome cada lunes al laboratorio a realizarme unos exámenes de sangre, cuando a los cuatro años sufrí una severa enfermedad reumática que me afectó el corazón. Después, para consolarme, me llevaba a tomar un jugo, costumbre que se transformó en una tradición».

DESCANSO PARA 'EL REY'

A pesar de la enorme carga de trabajo, quienes conocen bien a Fernando coinciden en que una de sus virtudes es su capacidad de gozar de la vida, de apasionarse por todo lo que hace. Su secretaria Ana Cuevas lo califica de «bueno para las fiestas. Para su cumpleaños le cantábamos El rey». Graciela, que no en vano ha sido su mujer por más de cuarenta años, aclara que «es falsamente extrovertido. Nunca se sabe lo que está pensando y a veces es muy callado».

En los últimos años de director, la rutina cambió un poco gracias a las nuevas tecnologías. Cuando *Las Últimas Noticias* se trasladó a Bellavista se instauró el actual sistema de computación conectado por fibra óptica con *El Mercurio*.

Como periodista de viejo cuño, no obstante, Fernando comenta que con la tecnología algo indefinible se perdió.

Los cierres se fueron adelantado.

Las ediciones de provincia comenzaron a salir entre las nueve y diez de la noche. «Uno llegaba a casa más temprano y con suerte podía ver la noticias, escuchar radio o leer un poco», dice sin mucho entusiasmo.

En agosto de 1998 Díaz Palma se acogió a jubilación, lo que inevitablemente fue un desgarro: «Significaba alejarse para siempre de lo que fue un motivo de vida, una pasión irrefrenable de casi medio siglo».

Hoy, Fernando sigue activo. Reparte su tiempo entre Santiago, su departamento en Viña y su parcela en Curacaví, donde los fines de semana se reúne toda la familia. La gran casa, situada en el punto más alto de una pequeña colina, refleja sus pasatiempos. Hay una sala de juegos con una mesa de pool y un bar de pino oregón. Su escritorio, otro lugar muy querido, acusa su gusto por la fotografía. Las hay de todos los lugares del mundo, captadas por él.

A los setenta y dos años, Fernando Díaz Palma puede hablar con propiedad sobre su oficio: «El periodismo hay que tomarlo en serio. Es una profesión muy sacrificada. Para ejercerla se necesita una auténtica vocación de servicio. Independencia total, sin falsos prejuicios. Y estudiar en forma permanente para enfrentar los vertiginosos cambios que en este campo se suceden día a día. Es preciso leer mucho y, sobre todo, escribir, escribir, hasta dormido, como enseñaba el maestro Andrés Sabella».

Investigación de
Leonardo Zavala Castro

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Fernando Díaz Palma. Casado con Graciela Hurtado; dos hijos: María Soledad y Fernando.

Padres: Pablo Díaz Fuenzalida e Inés Palma Palma.

Nace en Santiago, el 25 de abril de 1929.

Estudios: Colegio Nacional, Instituto Nacional.

Trayectoria laboral: 1949, revista hípica *Turf Chileno*; 1953, reportero y redactor de *Las Últimas Noticias*; 1958, jefe de informaciones de *Las Últimas Noticias*. 1960, subdirector de *Las Últimas Noticias*; 1963, editor nocturno de *El Mercurio*; 1965, jefe de redacción de *El Mercurio*; 1973-1982, director de *Las Últimas Noticias*; 1982, editor coordinador de *El Mercurio*; 1986, director de *Las Últimas Noticias*; agosto de 1998, se acoge a jubilación.

Distinciones: 1968: Premio Nacional de Periodismo; 1983: Premio Alfredo Moreno Aguirre de la Embotelladora Andina; 1983, medalla de oro por 30 años de labor en *El Mercurio*; 1991: Premio Anual de la Cámara de Comercio, Diego Portales; 1993, distinción especial por 40 años en *El Mercurio*; 1994: Premio Anual del Instituto Profesional del Pacífico; 1995: Premio Anual de la Asociación Chilena de Seguridad.

Labor gremial: 1975-1980: presidente nacional del Colegio de Periodistas.

NOTAS

1 Entrevista a Fernando Díaz Palma, mayo de 2000. (LZ)

2 *Las Últimas Noticias*, enero de 1946.

3 Entrevista a Fernando Díaz Palma, marzo de 2001.

4 Carta enviada el 2 de julio de 1982 por Luis Sánchez Latorre a Fernando Díaz.

5 Entrevista a Graciela Hurtado de Díaz, octubre 2000. (LZ)

6 *El Mercurio*, 21 de noviembre de 1968.

7 Discurso de René Silva Espejo en homenaje a Fernando Díaz, realizado en el Colegio de Periodistas.



EMILIO FILIPPI

Emilio Filippi (1972):

POR LA LIBERTAD DE PENSAR Y DECIR

El nombre de Emilio Filippi evoca de inmediato en nuestra mente la lucha por la libertad de prensa en los años del gobierno militar. La célebre frase de Voltaire «Estoy en completo desacuerdo con tus ideas, pero daría gustoso la vida por defender tu derecho a expresarlas», destacada en cada número de la desaparecida revista *Hoy*, retrata una ardua batalla, que para un sector del país tomó carácter de épica. Al derecho a la libertad de expresión Filippi ha consagrado su vida profesional.

En una casona del viejo barrio Almendral, nació en Valparaíso el 8 de noviembre de 1928. Su padre, Enrique Filippi Jiménez era de origen genovés. Dueño de la Librería Filippi, ubicada en Avenida Uruguay, frente a la Plaza O'Higgins, muere cuando Emilio tenía solo un año y medio de edad. El amplio local es hoy una confitería y salón de té, también de propiedad de italianos.

Con gran esfuerzo, Elisa Muratto

Morán, su madre, descendiente de inmigrantes de la Liguria peninsular, saca adelante a sus tres hijos sobrevivientes de los seis que tuviera en su matrimonio: Adriana, la mayor, Gustavo, más tarde sacerdote de los Carmelitas, y Emilio, el menor. Los otros tres habían fallecido prematuramente. Doña Elisa vendía artículos de escritorio a los antiguos clientes de su marido. Luego instala una residencial al estilo itálico, en la cual prodigaba las comidas de sus antepasados.

Emilio estudia en los prestigiosos Padres Franceses. Cuenta que nunca dejó de agradecer a la Congregación de los Sagrados Corazones que le concediera una beca permanente durante los doce años en que estuvo en el viejo colegio de la calle Independencia del Puerto. Solo cuando terminó los estudios y se despidió de sus compañeros les reveló que su madre nunca pagó un centavo, hecho que los sacerdotes habían mantenido en respetuosa y prudente reserva. «Me hice adicto del colegio,

era parte de mi vida», manifiesta Emilio. Participaba de todas sus actividades. Fue scout, perteneció a la Acción Católica, a la Academia Literaria y a *La revista escolar*. Allí se reveló su amor por la lectura: «Leía de todo, libros policiales, literatura chilena. Me llevaba el tiempo libre en la biblioteca del colegio leyendo, y los libros que no había ahí me los compraba en una librería de viejo con mi mesada. Todavía conservo varios cientos de ellos».¹

A los catorce años ganó su primer salario como periodista: ¡treinta pesos! En segundo y tercer año de Humanidades publicó junto con algunos de sus compañeros las revistas *El Segundino* y *El Tercerino*, que escribían a máquina y cuyas tapas dibujaban los mismos chiquillos. Las arrendaban a diez centavos y, a fines de año, con el dinero recolectado hacían imprimir las portadas. Conociendo esta vocación del joven, su profesor de castellano, Humberto López Salgado, dueño de *La Voz de*

«Hemos tratado de reflexionar en voz alta, porque no quisimos que pasase lo que durante los césares, cuando no se podía hablar y, entonces, se perfeccionó el arte de callar, que dejaba adivinar lo que se pensaba. Pero ese silencio incluso llegó a ser estimado sedicioso. Creímos nosotros, en cambio, en la fuerza de la verdad».

Emilio Filippi, *La fuerza de la verdad*.

la *Comuna*, periódico de Villa Alemana, lo invitó a participar. «Escribe lo que quieras», le propuso. Al poco tiempo Emilio tenía su propia sección y ocupaba la subdirección del semanario. «Aprendí cómo se hacía el periódico», rememora. «El italiano encargado de la imprenta Roma, de apellido Castagno, encontraba entretenido que un niño, descendiente de coterráneos suyos, fuera subdirector», cuenta. Castagno le enseñó en el taller a leer las páginas de tipos de metal al revés, corregir pruebas y montar titulares en una máquina que entonces se usaba en las imprentas de obra. Una vez impreso el periódico, su profesor se lo llevaba para venderlo a la salida de misa.

REACCIÓN EN CADENA

Terminado el Colegio, y después de rendir Bachillerato, Filippi ingresa a la Escuela de Leyes de los SS.CC., hoy Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso. Por sus tendencias humanistas se entusiasmó con el Derecho, fue dirigente del Centro de Alumnos y delegado en la Federación de Estudiantes de la UCV. De esos tiempos son sus *Apuntes de Introducción al Estudio del Derecho*, escrito en conjunto con Eduardo Niño Tejada. Su profesor, Raúl Le Roy, se los pidió para usarlo como texto auxiliar de su cátedra.

Pero el periodismo pudo más. Fue su profesor de Derecho Constitucional, Enrique Pascal García-Huidobro, quien guió la suerte de Filippi hacia la prensa. El abogado era editorialista del diario *La Unión*, y como había percibido la vocación del joven lo presentó ante Agustín Escobar Za-



Sus hijos Aminie y Emilio han seguido los mismos pasos de su padre: ambos son periodistas.

mora, jefe de informaciones del matutino y uno de los grandes del periodismo chileno. El 5 de abril de 1948, Filippi hacía su debut en *La Unión*: «Fue una maravilla: trabajar entonces en ese medio era como estar hoy en *El Mercurio*», confiesa.

La fascinación por la búsqueda de la noticia fue tan perentoria que decidió congelar la carrera de Derecho y entregarse a su verdadera vocación. En *La Unión* hizo de todo: fue reportero de policía, de tribunales, de noticias navieras, la armada, municipalidad y política. «Eso sí, jamás reporté deportes», advierte.

El perspicaz Hernán Millas le puso rápidamente el ojo como corresponsal de la revista *Ercilla*, misión a la que había sido enviado al puerto por el director Julio Lanzarotti. «Acepté de inmediato. Me sentí muy orgulloso», expresa.

Y se entrega con toda el alma a reportear. «En una oportunidad», cuenta para graficar su dedicación, «hubo un problema serio en la administración civil de la Armada. Había salido mucha información, pero, curiosamente, nadie había entrevistado al comandante en jefe, almirante Carlos Torres Hevia. Yo me

instalé en la puerta de su residencia en Valparaíso, en Independencia esquina de Edwards. El almirante había sido llamado a Santiago por el gobierno y el mozo de su casa, con muy buenos modales, me dijo que no me podía dejar pasar y que si quería esperaba en la vereda. Torres llegó a las tres de la madrugada. Hacía mucho frío, pero yo estaba muy agitado por la posibilidad de hablar con él».

Conmovido por la larga vigilia del joven, el marino le ofreció un café caliente y...le dio la información que, en rigor, era todavía un asunto reservado: «Se va a crear la Contraloría Interna de la Armada». Filippi corrió al diario y, a las seis de la mañana, la exclusiva aparecía en portada. «Esa es la diferencia. Entonces había pasión. A los periodistas de hoy muchas veces les da lata esperar hasta las 'tantas' para conseguir una noticia antes que la competencia», dice.

Con ese ímpetu, su presencia no pasó inadvertida, y en 1954, la Empresa *El Sur* de Concepción le ofrecía la dirección del vespertino *Crónica*.

Emilio Filippi estaba recién casado y la decisión de abandonar Valparaíso debía tomarla junto con su esposa, Aminie Asís. «Donde tú vayas voy yo», le dijo ella, incondicional. «Si quieres partir a Concepción, nos vamos».²

DOBLEMENTE DIRECTOR

Su idealismo se estremece al llegar a Concepción, donde recién le toma el peso a la tremenda tarea que le aguarda. Recuerda: «El vicepresidente

dente de la empresa, Roberto Paúl de Viale Righo, me había advertido que el vespertino era demasiado sensacionalista y no se compadecía con la línea que le querían dar». Mientras buscaba dónde instalarse, Filippi se encontró con un amigo que le dijo sin disimulo: «Ah!, ¿te vienes a hacer cargo de 'la copuchenta'?». Se le vino el alma al suelo. «La verdad es que *Crónica* era un diario lleno de crímenes, que chorreaba sangre». Pero, siguiendo las instrucciones de don Roberto Paúl, se fijó como meta darle prestigio. El gerente, Aurelio Lamas Ibieta, no solo respaldó a Paúl, sino que estimuló a Filippi a seguir adelante sin titubeos.

Emilio logró el objetivo y, en tal medida, que cinco años más tarde, la empresa resolvió designarlo director de *El Sur*, sin abandonar *Crónica*, en reemplazo de Armando Lazcano Herrera, quien se acogía a jubilación. La sobrecarga de trabajo significaba iniciar su labor muy temprano en la mañana y terminar a las dos de la madrugada: debía asegurarse de la calidad de ambos medios. «Para mí no había horas de comida ni descanso. Sí, era trabajólico, pero

me apasionaba lo que hacía», indica. Sin embargo, había nacido su hijo Emilio Eduardo y debía estirar el tiempo para estar con su mujer y el niño.

En su condición de bidirector, tuvo que aprender a delegar: «Si faltaba uno, se quedaba el otro. La idea fue que todos se sintieran con responsabilidad». Este sería el inicio de un liderazgo en el trabajo en equipo, sello de su vida profesional.

Pero, al cabo de un tiempo, Filippi admite que no puede encabezar bien ambos diarios y resuelve privilegiar a *El Sur*, «por tratarse de un medio que representa a toda la región del BíoBío: es el estandarte de Concepción, simboliza la historia, las tradiciones, las costumbres y la cultura de la ciudad», advierte.

El profesionalismo del periodista tuvo su prueba de fuego con el terremoto del 21 de mayo de 1960. Su papel como director de *El Sur* fue determinante. Tanto el edificio como las instalaciones, incluida la impresora, habían sufrido graves deterioros. Con todo en contra, el periódico no dejó de circular ni un solo día, lo que le valió el reconoci-

miento de toda la comunidad. «El mérito de sacar el diario a pesar de las condiciones adversas debe acreditarse a la tenacidad de Aurelio Lamas Ibieta, al profesionalismo de Emilio Filippi Muratto y al esfuerzo y sacrificio de todo el personal de la empresa», apunta *El Sur* en su página web.³

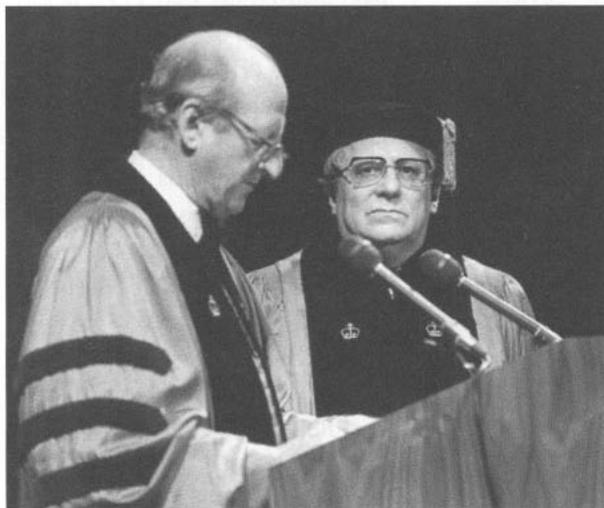
A nivel internacional, Filippi y *El Sur* fueron agraciados con el Premio SIP Mergenthaler.

LA NUEVA *ERCILLA*

La autoexigencia, el trabajo riguroso y el éxito alcanzado en cada medio, convierten a Emilio Filippi en uno de los periodistas más destacados de la época. Había dejado huellas en dos importantes ciudades —Valparaíso y Concepción— y, sin abandonar su vínculo con *El Sur* (hasta hoy escribe una columna los jueves), llega el momento de asentarse en Santiago.

En la capital toma la dirección latinoamericana de la agencia italiana Inter Press Service pero, al cabo de seis meses, a fines de 1965, es tentado por la empresa *Zig-Zag*, que editaba, entre otras, las revistas *Ercilla*, *Vea*, *Desfile*, *Siete Días*, *Rosita*, *Estadio*, *Telecrán* y *Eva*. Le nombran subgerente periodístico a cargo de todo el departamento editor de revistas. Pero el directorio, encabezado por Daniel Sotta y Sergio Torretti, le encarga preocuparse especialmente de *Ercilla*, que no se encontraba en buen pie.

Filippi forma un comité de trabajo que prepara un informe con dos proposiciones. Una sugería convertir la revista en un semanario tipo *Life*, con muchas fotos y poco texto. La segunda seguía los lineamientos de la llamada fórmula *Time*, que privilegiaba el texto sobre las imágenes. El directorio opta por la segunda, con la condición que sea Filippi el director. «Es lo lógico, ya que, al parecer, a ti te gusta más hacer una revista con periodismo interpretativo», le dicen, pese a que Filippi arguye que quiere seguir de subgerente periodístico y elaborar nuevos



El decano de la Universidad de Columbia le entrega el premio María Moors Cabot.

proyectos. La respuesta fue: «Te quedas con los dos cargos». Al final, Emilio pide relevo de sus otras funciones para asumir con mayor vigor la dirección del semanario.

Con un rostro remozado, el miércoles 24 de abril aparece la nueva *Ercilla*, que marca un hito en el periodismo chileno. Se produce un vuelco en el tratamiento de la noticia: se busca explicar lo que hay en torno a ella, analizar los procesos e interpretarlos. En definitiva, darle vuelo al periodismo interpretativo, que en Chile era aún muy incipiente.

«SENTÍ QUE SE ME HACÍA JUSTICIA»

A partir de 1970, con Allende en el poder, el país entra en un torbellino. «Época de tormentas políticas, con la hiperpolarización en la Unidad Popular (...) se apagaba el diálogo, se exacerbaban los ánimos, se encendían las militancias», evoca Enrique Ramírez Capello.

Filippi, al principio contemporizador, no esconde su inquietud. «En esa vorágine», recuerda Abraham Santibáñez, «*Ercilla* trató de conservar la calma. Creíamos que el diálo-

rece en ceremonia realizada en la Biblioteca Nacional en junio de 1973, de manos del ministro de Educación Jorge Tapia.

«Cuando se me comunicó que había ganado el premio, sentí que se me hacía justicia, que era injusto que no lo hubiera alcanzado el 68 y el 70, a pesar de haber sido postulado por varios consejos regionales del Colegio de Periodistas y propuesto en el jurado por los representantes del Consejo Nacional. Son cosas que pasan», reconoce. «Sentí satisfacción, pero no vanidad. El premio, en rea-

«Aquello de que ‘el periodista nace y no se hace’, está convertido ahora en una afirmación positiva, realista y creadora: ‘el periodista nace y se hace’. Es decir, requiere una vocación, que supone gusto y aptitudes y a la vez necesita una formación que se logra, primero, en el aula universitaria; después en la sala de redacción; y, siempre, en un deseo permanente y sostenido de aprender, que se prolonga por toda la vida».

Filippi incorpora a colaboradores de la talla de Pablo Neruda, Guillermo Blanco, Walter Lippmann, Jean Jacques Servan-Schreiber, que la convierten en un medio abierto a diversas opiniones, y a la vez, fresco, ágil y magazinesco. Leer hoy día cada una de esas crónicas es un placer, no solo por lo versados de sus autores sino, además, por sus depuradas plumas. El éxito es completo: de un tiraje de catorce mil ejemplares, se llega a cuarenta y cinco mil. Cantidad de lectores en los que la revista tiene un importante liderazgo de opinión.

go era necesario y posible a fin de evitar males mayores o las soluciones de fuerza».⁵ Fue simbólico un editorial de Filippi en que se instaba a los chilenos, y en especial a los partidos, a recuperar la racionalidad política, línea que compartía el redactor político Luis Hernández Parker, en frecuentes y bien fundamentadas crónicas semanales.

La revista, poco a poco, va dando cuenta de la presencia cada vez más fuerte de los militares. Y es en ese clima de creciente intranquilidad, cuando llega la gran recompensa: en 1972, se le otorga a Emilio Filippi el Premio Nacional de Periodismo, en la mención Redacción, galardón que

lidad, era para la orquesta completa, y solo era el director. Y así lo entendió todo el equipo de *Ercilla* que celebró la distinción como algo propio. La transformación del semanario había sido un hecho histórico del cual todos nos sentíamos orgullosos».⁶

La orquesta era de lujo: Enrique Cid (subdirector); Abraham Santibáñez (jefe de redacción); Luis Alvarez Baltierra (jefe de informaciones); Luis Hernández Parker (redactor político), Erica Vexler (primera redactora); Heliodoro Torrente (jefe de reporteros gráficos), Julio Palacios (director de arte), a los cuales se agregaba un nutrido cuerpo de redactores y columnistas como Hans

Ehrmann, Andrés Sabella, Hernán Millas, Guillermo Blanco, Alfonso Calderón, Luis Sánchez Latorre, Mariano Silva y Alejandro Magnet, entre otros. Más tarde se uniría una generación de periodistas jóvenes: María Olivia Monckeberg, Patricia Verdugo, Ana María Foxley, María Paz del Río, Mabel Correa, Mónica Blanco, Enrique Ramírez Capello, Jaime Moreno, Malú Sierra, Alejandro Montenegro y Guillermo Zenteno.

EL GOLPE DE HOY

En los primeros años del gobierno militar, *Ercilla* se enfrenta al problema de la censura directa, primero desde el edificio de las Fuerzas Armadas, en calle Zenteno, y luego en el Diego Portales: Son momentos muy amargos, en especial cuando se debía eliminar material de excelente calidad periodística, bien reportado y respaldado por fuentes inobjectables. «Nunca entendieron que ser periodista constituye una tarea social de gran nobleza, porque nuestra misión es decir la verdad, resguardar el derecho del público a estar correctamente informado», dice Filippi. Entonces era arduo no sucumbir a presiones ni amedrentamientos. Eso duró varios años. En su editorial La verdadera tradición, de mayo de 1976, Filippi escribe:

«(...) ¡Qué difícil es, en un mundo en el que lo que vale son las etiquetas y las militancias, realizar un periodismo serio, honesto, y exclusiva-

mente al servicio de la verdad! Inútiles fueron los esfuerzos de grupos de presión para tratar de torcer esta línea. Muchos quisieron que el prestigio ganado se abonara a la cuenta de alguna causa o sector. Otros pretendieron doblarle la mano en su insobornable misión de decir la verdad. Al final se estrellaron con un hecho que debiera ser meditado profundamente. *Ercilla* no podía ser de otra manera que como es, ya que cualquiera desviación claudicante la convertiría en un instrumento de intereses ajenos en lugar de seguir su tarea irrenunciable de servir al país. (...) Una de éstas es que *Ercilla* siga siendo independiente, veraz y objetiva (...).

Las autoridades militares no le pierden pisada. Luego de una relativa tolerancia, aunque con censura previa, y cuando la revista toma clara conciencia de los atropellos a los derechos humanos, endurece la línea. Y esto, por supuesto, no agrada al poder. *Ercilla* comienza a tener serios problemas: amenazas a los propietarios, a los que instan a «desahacerse» de Filippi y reemplazarlo por

otro director más obsecuente, o exponerse a que la revista sea definitivamente clausurada.

Como fórmula 'salvadora' el general Hernán Béjares propone traspasar la revista a un grupo adicto al gobierno militar, a lo que los propietarios finalmente acceden, vendiéndola al grupo Cruzat Larraín. Los días de Emilio Filippi como director estaban así contados, por mucho que los nuevos dueños le ofrecieran que se mantuviera en el cargo en una especie de 'matrimonio a prueba'. Filippi responde que no cree en ninguna forma de concubinato y que se quedaría solo por un tiempo prudencial. «Más que premonición, era mi olfato agudizado por la experiencia», reflexiona Filippi.

«Enero de 1977», escribe Patricia Verdugo. «(...) los nuevos dueños de la revista *Ercilla* lograron la renuncia del director Emilio Filippi. La mala noticia se transformó en buena cuando los periodistas, fotógrafos, diagramadores, empleados de archivo y hasta el gerente —con una sola voz— reaccionamos en cadena solidaria y renunciamos. Nos quedábamos sin trabajo, agregábamos otro dato a nuestra sospechosa carpeta de la DINA, pero qué alivio responder con un gesto de grandeza».⁷

La renuncia provoca conmoción en amplios sectores. El 26 de enero se organiza una comida, en el antiguo restaurante El Parrón, de Avenida Providencia, para mostrar respaldo al equipo dimisionario.



En 1983 recibió el Premio Rey de España por sus editoriales en la revista *Hoy* a favor de la libertad de expresión.

Asistieron más de quinientos adherentes. Filippi pronunció un discurso en el que anunció que pensaba editar otra revista con el mismo espíritu y profesionalismo de la que acaba de abandonar. Los asistentes se pusieron de pie y entonaron la canción nacional. «Fue muy emocionante», dice Filippi, «aunque no sabíamos a ciencia cierta cómo haríamos para convertir en realidad ese anuncio».

El gobierno quiso impedir el cumplimiento de la promesa, pero se encontró con la tozudez de sus promotores y el apoyo de la prensa. *El Mercurio*, *La Segunda* y *Las Últimas Noticias* protestaron por la negativa a autorizar la creación de *Hoy*. «Al final, Sergio Badiola, secretario general de gobierno, no tuvo más alternativa que autorizarla, después de exigir una treintena de documentos, con el 'prontuario' de los periodistas, su filiación política, origen del financiamiento, estado civil de los organizadores, militancia de los y las cónyuges, relaciones con la Iglesia Católica y, en especial, con el cardenal Raúl Silva Henríquez», cuenta.

El 1º de junio de 1977, bajo el lema «la verdad sin compromisos» aparece *Hoy*. «Había en la frase dos conceptos que era necesario fortalecer», dice Filippi al dar el vamos al proyecto. «El primero de ellos, el de la verdad, a cuyo servicio debemos estar los periodistas y el periodismo en general, al decir de la carta de Ética del Colegio. El otro, referido al compromiso, involucraba la decisión de luchar por conservar la independencia más absoluta y, sobre todo, de no someter la verdad a la tiranía de los intereses creados».⁸

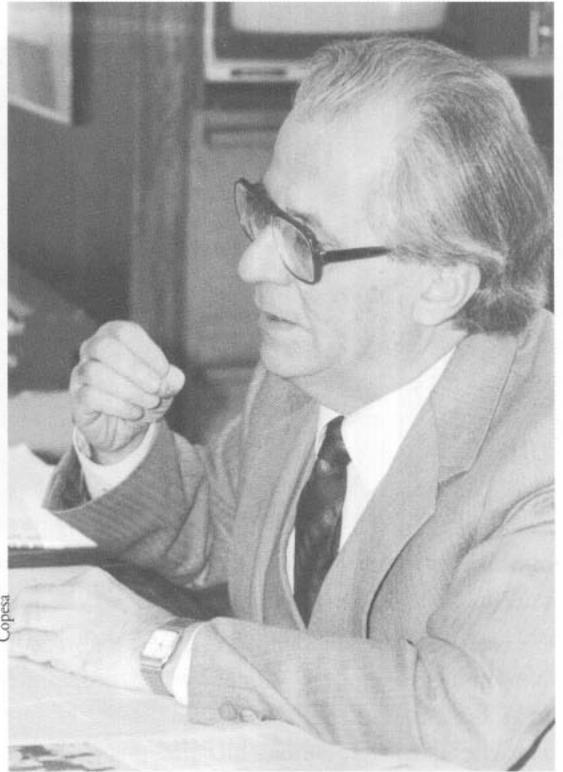
En su primer editorial, Emilio Filippi aclara los objetivos: «(...) El deseo que nos anima es el de entre-

gar semanalmente un material de información enriquecido por el análisis sereno, ponderado y serio de todo lo que ocurre en Chile y en el resto del mundo. Nuestro lema —la verdad sin compromisos— sintetiza el espíritu de *Hoy* (...) y los fundamentos esenciales de nuestro credo: que el periodismo esté al servicio de la verdad; y, para ello, aspiramos a que la información sea de fácil acceso al público; que se pueda dar toda la que al público interesa, que no se le deforme, que no se le tergiverse, que no se le condicione (...)».⁹

«En años en que había muy severas restricciones, un grupo de periodistas creíamos que era posible contribuir a la recuperación democrática y pienso que eso se cumplió, y en ello fue decisivo Emilio Filippi», manifiesta Abraham Santibáñez.

Aunque en un comienzo *Hoy* no buscaba enfrentar al régimen militar ni sus directrices, en pocos meses la revista se convierte en vocero de la disidencia, más aún cuando el 20 de diciembre de 1977 la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas emite un comunicado que condena al gobierno chileno por violaciones a los derechos humanos.

Pinochet, ofendido, busca el respaldo de la ciudadanía y llama a una consulta nacional para el 4 de enero de 1978. El semanario, a su vez, define todavía más su postura cerrando filas en torno a la defensa de los derechos humanos y a la lu-



La autoexigencia y el trabajo riguroso convierten a Emilio Filippi en uno de los periodistas más destacados de la época.

cha por la democracia. Lucha reconocida por diversas entidades internacionales, como atestiguan los numerosos galardones que recibe Filippi durante su trayectoria (ver ficha personal).

LA CLAUSURA

Al año siguiente, ocurre algo inesperado. Filippi lo cuenta en su libro *Libertad de pensar, libertad de decir*: «Pasado el mediodía del viernes (22 de junio de 1979), recibimos un llamado en la redacción de la revista *Hoy* que nos dejó perplejos. Una colega periodista, informada de la medida, nos comunicaba que el jefe de la zona en estado de emergencia de la Región Metropolitana, general Enrique Morel Donoso, había decidido suspender por dos meses la impresión, distribución y venta de nuestro semanario».¹⁰



Con Hernán Millas, coautor en *Anatomía de un fracaso*, en una conferencia de prensa; muy joven, de melena, Patricia Politzer es una de las reporteras.

De inmediato, Filippi revisa el último número —que en ese momento estaba a la venta en la calle— en busca de aquello que habría generado el castigo. «Nada de lo que publicaba la revista podía ser considerado atentatorio contra el orden constituido, ni contra la seguridad del Estado, ni contra las buenas costumbres. Ninguna línea de lo que aparecía en *Hoy* podría ser considerada una falta a la verdad, o una tergiversación, o un recurso malicioso que causara disgusto en la población».

Lo que había molestado a la autoridad eran dos entrevistas, aparecidas en los números 107 y 108, a los dirigentes socialistas Clodomiro Almeyda y Carlos Altamirano, ambos en el exilio. El general Morel estimaba que «la publicación por órganos de la prensa nacional de entrevistas especiales a los más connotados jerarcas del marxismo chileno, cuyo reingreso al territorio nacional se encuentra prohibido, constituye una burla manifiesta de esta última medida, lo que la autoridad no puede aceptar». La suspensión se decretaba en virtud de «una realidad clara y objetivamente aten-

tatoria contra el mantenimiento del orden interno».¹¹

El ministro del Interior, Sergio Fernández, en apoyo a la medida, agrega que es «la culminación de una sostenida conducta que, explícita o implícitamente, intenta desconocer la autoridad del gobierno». Filippi nota la amenaza: «Se estaba advirtiendo a los chilenos que el debate institucional solo podía realizarse dentro de los parámetros establecidos por la autoridad y que, quienquiera osase salirse del sistema, debería exponerse a las consecuencias».

¿Por qué *Hoy* violaba las disposiciones que imponía el estado de emergencia? «Todos los medios habían dado cuenta de la división del Partido Socialista y el reemplazo de Carlos Altamirano por Clodomiro Almeyda», se justifica el director. «Lo periodístico, lo profesional era que supiéramos el hecho por boca de los propios protagonistas. Esto, como es lógico, no podía vincularnos con campaña alguna, ni con siniestros propósitos políticos. Quisimos que una noticia que se había difundido con amplitud fuera explicada por los actores mismos».

A fines de agosto reaparece la revista y Filippi responde con más fuerza que nunca: «(...) La autoridad militar, por decisión discrecional, ordenó la suspensión de nuestra revista por ese lapso. Dijimos oportunamente que la medida era ilegal. (...) Es inconcebible que la libertad de prensa quede sometida al arbitrio de la autoridad administrativa, a sus criterios personales acerca de lo que conviene o no saberse u opinarse. O a los vaivenes de la política contingente. La libertad de expresión es un bien que pertenece a la comunidad y no una donación graciosa de los gobiernos».

NACE LA ÉPOCA

Leída por 'moros y cristianos', *Hoy* era un éxito de ventas y periodístico. Y aunque para el gobierno fuera 'una piedra en el zapato', poco podía hacer frente a un medio que —ahora más que nunca— escogía con cuidado sus palabras y respaldaba muy bien sus reportajes. Pero Emilio Filippi tenía una nueva inquietud: Chile carecía de un diario que hiciera el peso a las contundentes

tes cadenas de *Copesa* y *El Mercurio*. «No faltaban revistas que dijeran las cosas como eran. Pero sí una prensa diaria, capaz de informar toda la verdad, un periódico que pudiese salir al encuentro de las noticias que otros ocultaban», explica.

En 1978, Ascanio Cavallo había llegado a la revista como alumno en práctica: «Tú entrabas a *Hoy* de rodillas porque allí estaban todos los grandes del momento»,¹³ recuerda. Filippi detectó al instante sus condiciones y al poco tiempo lo integraba como redactor. Y al surgir la idea de crear un diario, fue Cavallo el encargado del proyecto. A fines del 83 y junto a Óscar Sepúlveda y Manuel Salazar, el joven periodista comienza a trabajar en ello.

El gobierno estaba intranquilo. ¿Cómo impedir la aparición del diario? Curiosamente, las solicitudes no eran respondidas, se extraviaban, no llegaban a destino. Cansado, Emilio Filippi pidió audiencia con el entonces ministro del Interior, Ricardo García, compañero suyo en los Padres Franceses de Valparaíso. En sus propias manos depositó la solicitud, debido a que los proyectos entregados por él y Juan Hamilton a Sergio Onofre Jarpa y Alberto Cardemil no aparecían por parte alguna. «Ambos negaron haberlos recibido o los extraviaron a propósito», dice Filippi. García, en cambio, se comprometió a no torpedear la petición, pero advirtió que era muy difícil el permiso, porque la negativa venía de arriba.

«Nuevas demoras en la respuesta llevaron al equipo a entablar una demanda judicial. El artículo 24 transitorio de la Constitución de 1980 permitía al gobierno 'restringir' la publicación de periódicos. ¿Qué significaba eso?: la imposibilidad de 'prohibir'. Primer punto a favor. Pe-

ro podía poner restricciones físicas, espaciales o temporales. Puras cosas absurdas», recuerda Ascanio Cavallo. «Sin embargo», continúa, «Filippi era una figura tal dentro de nuestro periodismo, que si no le resultaba a él, no le resultaba a nadie».

Filippi con Juan Hamilton recurrieron de protección a los tribunales de justicia, argumentando que el derecho de petición a la autoridad, establecido en la misma Constitución, suponía la obligación de responder, afirmativa o negativamente, pero fundamentando su decisión. Tanto la Corte de Apelaciones como la Suprema acogieron esta tesis y ordenaron al ministerio del Interior a dar una respuesta en un plazo no superior a treinta días, explicitando las razones.

Entre tanto, se había desatado una avalancha de postulaciones para ingresar al medio. «Calculamos que necesitábamos cincuenta periodistas y teníamos seiscientos currículos y muchos con 'pitutos'», relata Cavallo. «Pero Filippi dice: 'No entra nadie con recomendación del partido (la DC)'. Él fue súper firme en eso».

«Luego de tres años de tramitaciones se otorga, por fin y a regañadientes, la venia para crear *La Época*. «Mi padre se la jugó por entero», cuenta su hijo Emilio. «Me consta que comprometió hasta su patrimonio personal».¹⁴

Filippi y su gente habían triunfado. La primera edición de *La Época* salió a la calle el miércoles 18 de marzo de 1987 en medio de la alegría de los sectores contrarios al gobierno militar. En abril de ese mismo año muere la esposa de Emilio, Amínie, luego de una larga enfermedad. En sus funerales hubo una demostración multitudinaria de dolor compartido por gente de todos los sectores políticos, sociales y periodísticos.

Al año siguiente, el gobierno llama a plebiscito para consultar a los ciudadanos si deseaban la continuidad del general Pinochet en el poder por otros ocho años, con derecho a reelección (opción SI). Lo contrario significaba convocar a elecciones libres (opción No). «Hay gente que piensa que *La Época* se fundó para el plebiscito, pero no es así», señala Ascanio Cavallo. «El



Filippi y Juan Hamilton fueron fundadores de la revista *Hoy* y el diario *La Época*. Atrás, Alfredo Etcheberry y Enrique Krauss.



El equipo de la revista Hoy rinde un homenaje a Luis Hernández Parker bautizando con su nombre una de las salas.

proyecto apuntaba a un diario que supliera a *El Mercurio*. A muchos se les olvida que *El Mercurio* sudó la gota gorda».

El plebiscito favoreció con el 54,6% a la opción del No. Tras dieciséis años de régimen militar, se convoca a elecciones para 1989.

Ya restaurada la democracia, con Patricio Aylwin a la cabeza del país, el diario continuó circulando, pero con una grave crisis económica a costas que lo llevó a su fin en 1998. Con dificultades y todo, alcanzó a existir durante once años. Casi contemporáneamente, moría la revista *Hoy*, después de veintidós años de vida periodística. Paradojas del destino.

POR EL DERECHO A EXPRESARSE

Desde sus primeros pasos como hombre de prensa, Emilio Filippi tuvo claro que no había escogido

una profesión cualquiera. «El periodismo es una condición de vida y los periodistas estamos al servicio de la verdad», determina. En razón de ello en 1966 se incorpora al Consejo Nacional del Colegio de Periodistas y un año más tarde es nombrado presidente de la entidad.

Su primer objetivo es luchar contra la Ley de Abusos de Publicidad, conocida entonces como Ley Mordaza, dictada en 1962 bajo el gobierno de Jorge Alessandri y con Enrique Ortúzar Escobar como ministro de Justicia. «La ley consideraba escandalosos y sensacionalistas a los diarios que usaban titulares muy grandes y con letras rojas. Se prohibió publicar fotografías de hechos criminales y noticias de carácter sexual. Incluso se estableció el tamaño máximo de la tipografía», recuerda Filippi. «Los periodistas estábamos convencidos de que esa normativa era el primer paso para restringir a la

prensa, no solo en los aspectos que pretextaba, sino para impedir el libre debate político».

Ese fue el primer gran triunfo en su lucha por la libertad de prensa.

El segundo sería el proyecto para cambiar la Carta de Ética Profesional. Como profesor del ramo en la escuela de Periodismo de la Universidad Católica, invitó a algunos alumnos —Silvia Pellegrini, Jaime Salvatierra, Juan Pablo O’Ryan, María Olivia Mönckeberg, María José Lecaros, María Paz del Río, entre otros— a participar en la tarea.

Trabajaron durante dos años —desde 1966 a 1968— hasta lograr el texto final. La excelencia de la carta, vigente hasta hoy, la transformó en la base para el Código de Ética de la Orden.

En el terreno personal, Emilio Filippi es un hombre muy querido. Sus hijos Aminie y Emilio Eduardo, ambos periodistas, coinciden en

que el tipo de trabajo de su padre no les permitía compartir mucho tiempo juntos, pero el gran cariño suplía las ausencias. «Reinó siempre un sentimiento de respeto y admiración hacia él», dice Aminie. «Mi padre representaba la figura de un ídolo. Sí, yo lo idolatraba». Y aunque están separados por la distancia —Aminie vive en España— hay entre ellos una relación estrecha. «Todos los domingos nos hablamos por teléfono». ¹⁶

Su hijo Emilio Eduardo, por su parte, destaca un aspecto quizás poco conocido: «Es una persona con hartito sentido del humor, un humor intelectual, con tallas que hay que pensar». Pero lo que más lo conmueve es la abnegación de su padre durante la larga enfermedad de Aminie, su mujer. «Fueron cinco años tremendamente difíciles. Tuvo que ser papá, mamá y enfermero de su mujer. Si algo he aprendido de mi viejo es su fortaleza».

Para Filippi el mejor regalo que le ha hecho su hijo es su nieto Santiago Emilio, por el cual siente adoración. Y para su actual mujer, Jeannette Fontaine Pepper, tiene palabras especiales: «Es una persona maravillosa que me ha hecho revivir humanamente, me ha dado dos hijos de su primer matrimonio y tres preciosas nietas, todo lo cual es una bendición del cielo».

VOCACIÓN Y ESTUDIO

La rigurosidad de su análisis y una mirada clara a su alrededor han hecho de Filippi un editorialista de peso. Su Columna del director, en la revista *Hoy*, desmadejaba limpiamente temas que otros medios callaban. «Nuestra palabra ha estado destinada a devolver a los chilenos

el derecho a razonar con serenidad. A no dejarse engañar con las patrañas adornadas de seriedad que inventa la propaganda», escribe en *La fuerza de la verdad*, libro que reúne más de trescientos editoriales de *Hoy* y que recopiló, con cariño y profesionalismo, Abraham Santibáñez. «Hemos tratado de reflexionar en voz alta, porque no quisimos que pasase lo que durante los césares, cuando no se podía hablar y, entonces, se perfeccionó el arte de callar, que dejaba adivinar lo que se pensaba. Pero ese silencio incluso llegó a ser estimado sedicioso. Creímos nosotros, en cambio, en la fuerza de la verdad». ¹⁷

Esa fuerza quedó demostrada con motivo de la clausura de *Hoy*. Los dos meses de forzado silencio sirvieron para que Filippi escribiera *Libertad de pensar, libertad de decir*, en el que detalla las causas que arguyó el gobierno para adoptar la medida. A raíz del caso, Filippi analiza cada ley, traba u obstáculo que en la época restringían la libertad de expresión en Chile, y lanza un clamor para que se restituya esa facultad de los chilenos de pensar con autonomía, informarse de todo lo que sucede y expresar opiniones e ideas.

Alejándose de la contingencia, en 1991 publica *La profesión de periodista, una visión ética*, donde trata la enseñanza universitaria del periodismo, la ética, el secreto profesional y el controvertido tema de la vocación. «Aquello de que 'el periodista nace y no se hace', está convertido ahora en una afirmación positiva, realista y creadora: 'el periodista nace y se hace'. Es decir, requiere una vocación, que supone gusto y aptitudes y a la vez necesita una formación que se logra, primero, en el aula universitaria; después

en la sala de redacción; y, siempre, en un deseo permanente y sostenido de aprender, que se prolonga por toda la vida». ¹⁸

En 1993 un ofrecimiento del Presidente de la República, Patricio Aylwin, impulsa otro giro en su vida y lo lleva a considerar algo que había rehusado por años: un puesto político. Asume durante tres años la embajada de Chile en Portugal. Allí quiso ser un embajador activo. Se relacionó con políticos, diplomáticos, empresarios, periodistas, intelectuales y artistas. Recorrió de norte a sur ese hermoso país, donde se funden las viejas tradiciones lusitanas con la modernidad europea. Escribió con regularidad artículos de opinión y cultivó la amistad con el Presidente Mario Soares y, después, con su sucesor, Jorge Sampaio.

A su regreso a Chile, después de tres años y medio de misión diplomática, Filippi vuelve a *La Época*, ahora como columnista, hasta que el diario cierra definitivamente en 1998. Dos años más tarde acepta ser miembro del Consejo de Redacción de la revista electrónica internacional *Sala de Prensa*. Allí publica artículos referidos a lo que es su especialidad: la ética profesional. Además, próximamente y en sociedad con su hijo Emilio Eduardo, dirigirá un sitio Web —*plural.cl*—, destinado a abrir tribuna a gentes de todos los sectores para que opinen con libertad.

Su mayor inquietud, hoy, es reivindicar el carácter profesional del periodismo, tema recurrente en sus clases en la universidades Diego Portales, Andrés Bello y en la de Artes y Ciencias de la Comunicación de Santiago, donde imparte las cátedras de Ética Profesional, Derecho a la Información y Periodismo Interpretativo y de Opinión.

Le molesta profundamente que ejerzan la profesión quienes no tienen el título universitario. «Hay una pugna entre los ideólogos de la libertad de mercado y los que hemos luchado por darle carácter profesional a esta actividad. En nombre de una supuesta libertad, los libremercaderistas quieren que cualquiera ejerza esta profesión. No importa que no tenga formación ética, les basta un nombre que venda».¹⁹ En su opinión, esto se debe a varios factores: a

la noticia se la trata como un producto transable; la propiedad de los medios de comunicación está más concentrada; y, además, los protagonistas de la información en algunos casos son figuras que aportan imagen, pero no contenidos de fondo para el debate.

¿Cuál es la solución? «No tengo recetas mágicas», concluye, «pero sí estamos tratando de influir en los alumnos para que tengan conciencia de esta realidad. Son las nuevas gene-

raciones las que están llamadas a cambiar la situación a través de un gran movimiento de concientización de los periodistas, reforzar el sentido profesional de esta actividad. (...) Salir de la mediocridad y ser los mejores profesionales, estudiar, prepararse, informarse. No podemos ser manada sino fermento en la masa».

**Colaboración de Carolina Esposito
y Andrea Flores**

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Emilio Filippi Muratto.

Nace en Valparaíso el 8 de noviembre de 1928.

Padres: Enrique y Elisa.

Su primera esposa, Aminie Asís Núñez, murió en 1987. De ese matrimonio nacieron Emilio Eduardo y Aminie. Hoy está casado con Jeannette Fontaine Pepper.

Estudios: Padres Franceses de Valparaíso; Universidad Católica, hasta 3º año de leyes.

Trayectoria laboral:

En 1942 trabaja en *La voz de la comuna*, pequeño periódico de Villa Alemana, del cual llega a ser subdirector.

1948: reportero en el diario *La Unión* de Valparaíso y Radio *Cooperativa Vitalicia* de Valparaíso.

1952: corresponsal de *Ercilla* en Valparaíso.

1954: director de *Crónica* de Concepción.

1959-1965: director de *El Sur* de Concepción. Hasta hoy continúa como colaborador.

1965: director latinoamericano de la agencia *Inter Press Service*, con sede en Santiago.

1965: gerente de publicaciones periódicas de *Zig-Zag*.

1968-1976: director de revista *Ercilla*.

1º de julio de 1977: funda y dirige revista *Hoy*.

1987: funda *La Época*, diario que dirige hasta 1993. En 1996 se reincorpora como columnista.

2001: miembro del Consejo de Redacción y columnista de la revista electrónica internacional *Sala de Prensa*.

Trayectoria gremial

1968: Presidente Nacional del Colegio de Periodistas y redactor de la Carta de Ética Profesional, aprobada en el Congreso Nacional de la Orden efectuado en Arica en 1968.

Actualmente es vicepresidente regional para Chile de la Comisión de Libertad de Prensa y miembro del directorio de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP).

Trayectoria docente:

En la década del sesenta colaboró en la formación de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica, donde dictó clases de Ética hasta 1972.

Desde 1990 es profesor de Ética y Legislación de Prensa en las universidades Diego Portales y en la universidad Andrés Bello.

Desde 1990 a 1992, miembro de la Junta Directiva de la Universidad de Santiago.

Desde 1996: profesor de Periodismo Interpretativo y de Opinión en las universidades Andrés Bello y UNIACC

Distinciones y Condecoraciones

1953: Premio Círculo de la Prensa de Valparaíso al mejor reportero.

1954: Premio Círculo de la Prensa de Valparaíso al mejor reportaje del año.

1960: Premio SIP Mergenthaler.

1972: Premio Nacional de Periodismo.

1980, Premio SIP Pedro Joaquín Chamorro de Libertad de Prensa,

1983: Premio María Moors Cabot, de la Universidad de Columbia de Nueva York

1983: Premio Rey de España por editoriales de *Hoy*.

1983: Premio Director Internacional del año de la *World Press Review* de Nueva York.

1988: Premio Periodista del año de Editorial Los Andes de Santiago.

1989: Premio Alejandro Silva de la Fuente, de la Academia Chilena de la Lengua.

1990: Premio Comunicador Social del Año, del Instituto Profesional del Pacífico.

1993: Cavaliere de la Orden al Mérito de la República Italiana, por su constante defensa de los derechos humanos en Chile.
1993: Gran Cruz de la Orden al Mérito de la República Portuguesa.
1997: Premio Trayectoria Profesional de la Uniacc.
1998: Premio Embotelladora Andina al periodista más destacado.

Publicaciones:

Libertad de pensar, libertad de decir, Editorial Cisec, 1979.
La fuerza de la verdad, Editorial Araucaria, 1983.
El desafío de la prensa, Editorial Atena, 1989.
La profesión de periodista, una visión ética, Editorial Atena, 1991
Fundamentos del Periodismo, Editorial Trillas, México, 1997
Manual de Ética Profesional, texto para la Docencia, Universidad Diego Portales, 2000.
En preparación: *La Cejita y otras historias. Medio siglo de recuerdos periodísticos.*

NOTAS

- 1 Entrevista a Emilio Filippi, abril 2000.
- 2 Ibid
- 3 www.diarioelsur.cl
- 4 *La Nación*, 3 de julio del 2000.
- 5 Entrevista a Abraham Santibáñez, octubre 2000.
- 6 Entrevista Emilio Filippi, abril 2000.
- 7 Patricia Verdugo, *Bucarest 187*, Ed. Sudamericana, Santiago de Chile, 1999, p. 83.
- 8 Emilio Filippi, *La fuerza de la verdad*, Ed. Araucaria, 1983, p. 7.
- 9 Revista *Hoy*, 1 al 7 de junio de 1977.
- 10 Emilio Filippi, *Libertad de pensar, libertad de decir*, Cisec, 1979.
- 11 Ibid.
- 13 Entrevista a Ascanio Cavallo, enero 2001.
- 14 Entrevista a Emilio Filippi Assis, octubre 2000.
- 16 Entrevista a Aminie Filippi Assis, octubre 2000.
- 17 Emilio Filippi, *La fuerza de la verdad*, Ed. Araucaria, 1989.
- 18 Emilio Filippi, *La profesión de periodista, una visión ética*, Editorial Atena, 1991.
- 19 *La Época*, 7 de septiembre de 1997. Entrevista realizada por María Eugenia Camus.



ARTURO FONTAINE A.

Arturo Fontaine Aldunate (1975):

CABALLERO DE LA PRENSA

● Cómo se llama usted, jovencito?
—Yo... Arturo Fontaine *Abogado*, señor.

El Premio Nacional de Periodismo 1975 era un niño de pantalones cortos cuando así hablaba. Y se salió con la suya: como su padre y su abuelo, es un brillante hombre de leyes... y de prensa. Pero con modestia atribuye su éxito a quienes lo rodearon, más que a un talento propio. Difícil resulta creer que se trate solo de un mérito de los demás. Basta con detenerse en su pluma: siempre ágil, libre de ripios y alargues; cargada la tinta de pensamientos agudos y contundentes.

«Curiosamente para un hombre de su edad y que ha desempeñado cargos de importancia, sabe escuchar. Parece estar interesado de verdad en lo que otros piensan...»,¹ sostuvo Margarita Serrano en una entrevista.

La periodista no se equivocaba, Hermógenes Pérez de Arce, su colega en *El Mercurio* y actual redactor de planta, opina igual: «Arturo siempre me ha parecido una de las escasas personas que busca enterarse y

captar el sentido de lo que expresa el interlocutor.

Si a ello le añadimos su capacidad de asimilar inteligentemente la información, nos explicaremos la riqueza de su análisis político».²

DE DERECHA, CONSERVADOR Y CATÓLICO

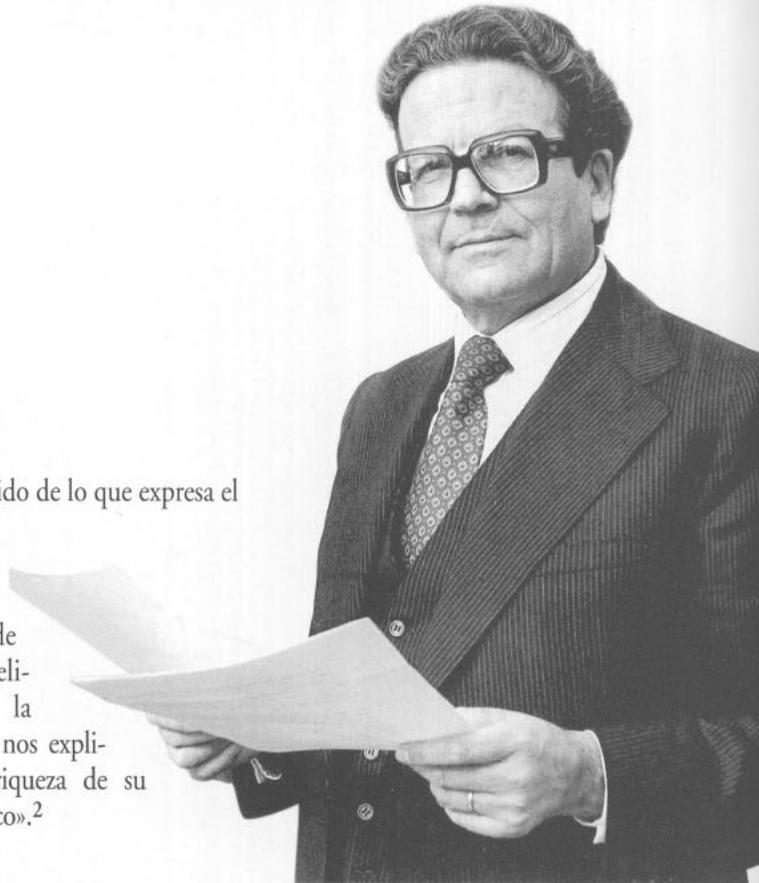
Quizá ya no está tan erguido, pero a sus setenta y nueve años, vaya que tiene prestancia. Su abundante cabello —ahora completamente blanco— le añade un toque aristocrático. Mientras se ríe, sus ojos tienden a desaparecer. Más aún cuando lanza una de sus sonoras carcajadas. Es amable y, siempre y cuando no esté alterado, su tono de voz es muy bajo: «la pesadilla de un entrevistador»,³ opina una periodista.

Su estampa de caballero no solo va en la cáscara. Fernando Díaz Palma, colega y ex director de *Las Últimas Noticias*, lo define como «una

persona muy cordial y de trato humano fantástico con todo el mundo. Un caballero realmente ponderado». Valentina Fontaine, en tanto, confiesa haber aprendido de su padre «la sencillez, austeridad y la dedicación responsable al estudio o al trabajo. A mi madre y a él les debo también el ser católica», añade.

Casado con Valentina Talavera, Fontaine tiene siete hijos, ya con familias propias. Todos profesionales de éxito, Juan Andrés y Bernardo son economistas; Arturo, director del Centro de Estudios Públicos, CEP, es —además de Licenciado en Filosofía de la Universidad de Chile y master en la Universidad de Columbia—,

Nadie le pudo quitar la obsesión de escribir... Eran tiempos en que el camino más lógico para lograrlo era estudiando Derecho. Y sin que nada se le diera en bandeja, llegó a estar a la cabeza de El Mercurio, del cual confiesa haberse 'enamorado'.



un consagrado escritor. Hernán también sobresale como abogado, Valentina es diseñadora gráfica, María Paz, profesora de biología, y Cecilia, periodista. Como para estar orgulloso. Su mujer, Valentina, o Titina, le merece elogios especiales: «La adoro; ella ha ejercido la tutela de nuestro hogar, donde han brillado su notable inteligencia, su prudencia, su dulzura y su paciencia. Además, es poeta».

Sus maratónicas jornadas en *El Mercurio* quedaron atrás. (En momentos complicados tuvo incluso que pasar la noche en el periódico o se saltó la misa dominical). También es materia del pasado el par de cajetillas —y algo más— de cigarrillos que consumía diariamente.

Y aunque hoy es él quien gobierna su tiempo, se le hace corto entre su estudio de abogados —Fontaine, Carmona & Asociados— y el decanato de la Escuela de Ciencias de la Educación de la Universidad Santo Tomás. Además prepara un libro sobre la reforma agraria, en el que trabaja gran parte del día en su casa de la calle Agustín Denegri, en Vitacura.

Pasa muchas horas en su escritorio, rodeado por cientos de libros que colman las estanterías haciendo que estas se curven. Lugares principales ocupan Balzac, Tolstoi y Dostoievsky. Entre tanto clásico llama la atención un computador, gran aliado, pero Fontaine no olvida a su fiel Remington, que descansa, ahora intocada, en una mesita lateral junto a una torre de *Mercurios*.

ENTRE *EL QUIJOTE* Y LAS LEYES

El 31 de agosto de 1921, en el barrio de Agua Santa de Viña del Mar, Elvira Aldunate traía al mundo a su primogénito, Arturo. El padre,

del mismo nombre, lo acompañó solo seis años: fue una de las doscientas mil víctimas de la tuberculosis durante las primeras tres décadas del siglo veinte en Chile.⁵

En busca de un mejor clima, la familia se trasladó a una casaquinta de Quilpué. Pero la dolencia del padre era terminal. Sin embargo, nunca se lo aisló y los hijos agradecen a su madre haberles permitido estar a su lado y jugar con él hasta el final. «El mismo día que murió, cuando ya tenía la respiración entrecortada, recuerdo haber visto a mi hermano chico (de unos dos años) revoloteando alrededor de su cama», cuenta Fontaine.

Sin un lamento, la joven viuda se propuso sacar adelante a sus hijos Arturo, Jorge y Pablo. Calculó que la pequeña granja en que vivía, propiedad de su suegro, era perfecta para un criadero de pollos y, además, compró a crédito un camión con el cual hacía fletes. Ambas empresas fueron rotundos fracasos, pero con espíritu optimista Elvira dio vuelta la página y probó suerte como vendedora de artículos eléctricos —planchas, refrigeradores y lavadoras—, que distribuía en Valparaíso la Compañía Chilena de Electricidad. «Yo la acompañaba a veces. Subiendo los cerros íbamos casa por casa. En muchas ocasiones le cerraron la puerta en las narices con una grosería», recuerda Fontaine. Y luego añade, «nunca la vimos triste, aunque creo que debe haber sufrido en silencio».

En tanto, los niños crecían felices entre árboles frutales, aves y sol, pero Elvira Aldunate se daba cuenta de que las oportunidades no estaban en provincia. Consiguió su traslado a Santiago y comenzó una nueva vida. «Ella quiso darnos un futuro mejor», explica Fontaine. «Éramos muy

pobres, pero teníamos que ser caballeros, andar siempre limpios y peinados».

Los Fontaine Aldunate vivían al día. Por épocas, muy ajustados, como las que pasaron en un modestísimo *cité* en la calle Echaurren; luego con más holgura, al trasladarse a una casa en Alonso Ovalle, llena de rincones y vericuetos que estimulaban la imaginación de los muchachos. Ya entonces Arturo devoraba libros y más libros, afición adquirida gracias a las novelas francesas que su mamá le leía. A los quince —con algo de sacrificio y atención— logró terminar de un solo viaje la novela que le quitó el sueño: la versión completa de *El Quijote*.

Lo que más le gustaba —leer— requería de silencio. Pero la casa estaba en constante alboroto: Elvira acogía a una tribu de tías, la radio de la abuela llenaba el lugar con La Hora Italiana y no cesaba el cotorreo... El joven Arturo se veía en duros aprietos para concentrarse.

A pesar de la restricción económica, Fontaine tuvo una infancia feliz. «Se gozaba ¡y mucho! con poco», sostiene, sobre todo en Navidad, cuando un tío generoso les enviaba regalos. Esa era toda la ayuda de los parientes.

Ya en su adolescencia Arturo era grande y macizo. Quizás habría sido un buen deportista, admite, pero no sentía atracción alguna por el fútbol ni otros deportes. Tenía claro que lo suyo eran las letras. Pero, ¿escogerlas como profesión? ¿Estudiar Castellano en el Instituto Pedagógico? Ser profesor en esos tiempos —quizá más que ahora— constituía un acto casi heroico. Decidió entonces cumplir lo que de niño anunciara: «Arturo Fontaine *Abogado*». Estudiaría Derecho.

LA SEGUNDA GUERRA, EL FINAL DE UNA ÉPOCA

Con una nueva década por delante, la del cuarenta, Fontaine ya estudiaba leyes aunque soñaba con ejercitar su pluma. Comenzaba a hacerse amigo de las máquinas de escribir y pronto se convirtió en un as del teclado. Sus escritos, lamentablemente, se limitaban a traspasar rutinarias especificaciones técnicas para una sección de Arquitectura del Seguro Obrero. Imposible dar salida en el papel a esa persona llena de entusiasmo y a veces demasiado inquieta, como lo describían sus profesores.

Por fin la energía que casi desbordaba encontró cauce en la revista *Estudios* (1941-1947). Dirigía la publicación el historiador Jaime Eyzaguirre, quien logró llevar a la revista como colaboradores a un grupo de intelectuales y universitarios católicos no alineados a las corrientes políticas en boga. Participaron en la revista el Padre Osvaldo Lira Pérez SS.CC., el Padre Rafael Gandolfo SS.CC. y otros sacerdotes, más los laicos Manuel Atria, Gustavo Fernández del Río, Clarence Finlayson, Alfredo Lefevre, Armando Roa, Julio Phillipi, Mario Góngora,

Juan de Dios Vial Larraín y varios otros.

Observando, escuchando, Arturo Fontaine se formaba una idea de la fisonomía política de su país, que inició, con Pedro Aguirre Cerda a la cabeza, los catorce años del radicalismo. En Europa, en tanto, estallaba la Segunda Guerra Mundial: «Fue el final de una época, un evento que uno no puede imaginar ahora, porque hubo un cambio de era».⁶

Mientras la historia cerraba un capítulo, Fontaine empezaba uno nuevo. En 1946, su tesis de grado *La noción de las buenas costumbres en el Derecho Civil chileno* mereció una aceptación unánime y fue publicada en la Colección de Estudios de la Universidad Católica. Arturo Fontaine Aldunate ya podía agregar: *abogado*.

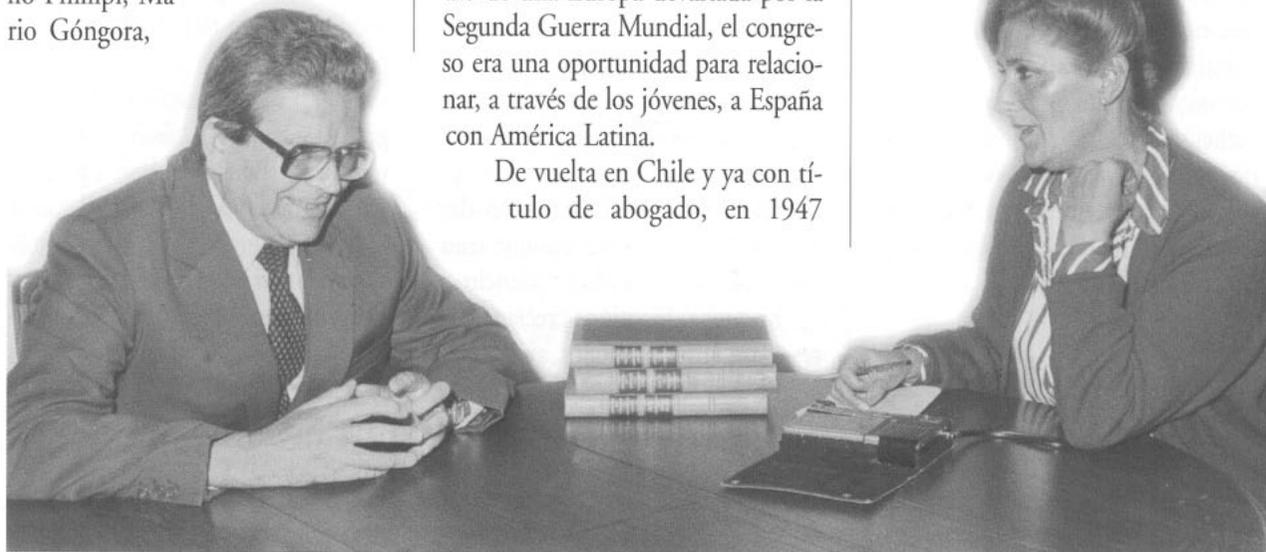
DARLE DURO AL GOBIERNO

Invitado a España, por mediación de Jaime Eyzaguirre, a un congreso de PAX Romana celebrado en El Escorial, a Fontaine se le abre el mundo. Con una España extenuada por su guerra civil, aislada, y en medio de una Europa devastada por la Segunda Guerra Mundial, el congreso era una oportunidad para relacionar, a través de los jóvenes, a España con América Latina.

De vuelta en Chile y ya con título de abogado, en 1947

Fontaine comienza a escribir en *Estanquero*, publicación dirigida por Rafael Valdivieso y con Jorge Prat y Clemente Díaz como redactores. El objetivo: darle duro al gobierno de Gabriel González Videla. La idea principal, luchar contra el comunismo, que comenzaba, con la fuerza de la Guerra Fría, a permear las sociedades. En formato *Time*, la revista, de la que Fontaine llegó a ser subdirector y en la que permaneció hasta 1949, era anticomunista y de corte nacionalista conservador. «Esta publicación puede considerarse el primer paso del pensamiento de la nueva derecha que se expresaría más tarde en el Partido Nacional y luego en la Alianza por Chile, a lo que contribuyeron con distintos matices las revistas *Portada* y *Qué Pasa*, nacidas mucho después.

Apoyado en la «ley maldita», que dejara fuera a los comunistas, Fontaine condimentaba cada vez más sus crónicas. Recuerda que era común que figuras de la política se acercaran a los redactores reclamando: «¡Cómo has podido decir eso de



Agudo editorialista, Arturo Fontaine se somete al interrogatorio de la periodista María Eugenia Oyarzún.

mí!». Inolvidable sería una paliza que recibió su amigo Jorge Prat por alguna afirmación desafortunada.

Quizás debido a tanta actividad, Arturo Fontaine arrastraba una larga soltería y, cuando ya tenía veintinueve años, apareció Valentina Talavera: «Nos enamoramos y todo fue muy rápido. Nos conocimos en mayo de 1950 y en julio de 1951 ya estábamos casados», sonríe.

SUBSECRETARIO DE ‘LA ESCOBA’

«Siempre luché por ser abogado, y lo conseguí no sin esfuerzo. Consideraba casi como un deber el ocultar esta parte mía (su amor por la literatura y el periodismo)». También había participado en la administración pública, como subsecretario de Hacienda en el segundo gobierno del general Ibáñez. «Éste era sin duda una gran personalidad, que levantó las esperanzas populares y que atrajo a socialistas como Almeyda y Altamirano y a ‘estanqueros’ como Jorge Prat, Arturo Fontaine, Gonzalo Vial y Ricardo Rivadeneira».

La prensa de esos años no podía ser más ‘movida’, afirma Fontaine. *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado* eran lecturas obligadas, «había muy buen periodismo, al que se dio libertad absoluta en el gobierno de Ibáñez. Los comunistas volvían a dar la cara con la derogación de la ‘ley maldita’. Hicieron presente —ahora en forma directa— su proyecto». En 1961 Castro declara su adhesión al socialismo y en Chile se vive la segunda mitad de la administración Alessandri. «No digo en meses, sino que en semanas, se entendió que Castro era comunista», señala.

EL MERCURIO

LE ABRE LA PUERTA

Eran los años sesenta y Fontaine volvía a la cátedra universitaria en el curso de Derecho Financiero de la Facultad de Derecho de la Católica. Al salir de un Consejo de profesores, su amigo y colega Carlos Urenda le propone que se incorpore a la redacción editorial de *El Mercurio*. El diario necesitaba renovar su planta de redactores y uno de ellos, Rafael Valdivieso, que había dirigido *Estanquero*, le sugirió como posible el nombre de Fontaine. La propuesta era tan contraria a sus preocupaciones del momento, que no dudó en agradecerla y rechazarla.

Tres meses después, el presidente de *El Mercurio*, Agustín Edwards Eastman, lo invita a su oficina en el diario y, dentro de una conversación muy agradable, vuelve a proponerle que se haga redactor del periódico sin perjuicio de sus actividades profesionales, como lo hacen muchos otros en la página editorial. Fontaine acepta pensarlo y Edwards le pide que lo

acompañe a una reunión que estaba por iniciarse momentos después.

Asiste a la sesión de redactores, en la oficina del director del diario, Rafael Maluenda, entonces ausente. Se trataba de una amplia sala en cuyas paredes colgaban los retratos de los directores que pasaron por el periódico. Fontaine se siente a gusto. Los redactores Fernando Durán, Rafael Valdivieso, José María Navasal, Hermógenes Pérez de Arce y algunos más lo reciben con simpatía. Fontaine asiste al cambio de ideas, reposado pero vivo, ingenioso y con talento, y echa después una ojeada al viejo edificio mercurial sintiendo una gran atracción por lo que lo rodea. Acepta incorporarse.

El nuevo editorialista llega al diario en un momento especial. Su director, el ilustre Rafael Maluenda, está viejo y enfermo. Se le ve pocas veces en el periódico. El subdirector, René Silva Espejo, que lo reemplaza con brillo y que ejerce en la práctica la dirección, ha caído con un infarto grave. Lo sucede Fernando Durán,



Luego de su salida de *El Mercurio*, Arturo Fontaine aceptó «como un deber patriótico» ser embajador en Argentina, donde se desempeñó entre 1984 y 1987.

quien se enferma a su vez por algunos días. Capitanean el diario entonces José María Navasal y los jóvenes Eduardo Latorre y Fernando Díaz. «Yo entré como simple redactor a la página editorial, tarea que no exigía más asistencia al diario que comparecer al edificio de calle Compañía esquina Morandé, para participar en el debate y hacer entrega de la colaboración que casi diariamente se me solicita. Mantuve, pues, mi Estudio y lo abandoné solo cuando fui contratado en la plana mayor del diario, con un sueldo razonable». Además —y quizá lo más importante— era que había encontrado su profunda vocación. «Me sentí como pez en el agua», admite. Y sin duda «tenía dedos para el piano»: solo tres días después de llegar veía publicado su primer artículo en la página editorial de uno de los diarios más antiguos en lengua castellana.

Poco después José María Navasal, a cargo transitoriamente de la dirección, le encomienda un editorial acerca de las relaciones chileno bolivianas. Desde entonces Fontaine comienza a tomar el ritmo del periódico y en agosto de 1963 es contratado formalmente como redactor. No pasó más de un año hasta ser nombrado jefe de redacción. «A esa altura, confiesa, estaba enamorado de *El Mercurio*».

Fernando Díaz Palma lo recuerda como «muy versado en economía y política; extremadamente cuidadoso en su proceder. Un hombre muy equilibrado y preciso, a quien le preocupaba que toda información siempre fuera comprobable. Llegó alto muy pronto». ⁷ En efecto, en 1966 es nombrado subdirector. Era el tercero de a bordo, y redactor *full time*.

«Recuerdo cómo, después de largas e intrincadas discusiones en la mesa de redacción, Fontaine, entonces subdirector de *El Mercurio*, se recogía en su oficina, y al cabo de teclear a igual velocidad que un dactilógrafo de oficio las tres carillas del editorial, volvía a los pocos minutos con una obra de arte, toda claridad y férrea lógica, a la que casi era imposible modificar un concepto y menos una coma», ⁸ afirma su compañero de labores y actual director de *La Segunda*, Cristián Zegers.

Inmediatamente se estableció una relación de simpatía y afecto por parte del nuevo redactor hacia René Silva Espejo, hombre de ingenio superior y algo enigmático e imprevisible. «De repente yo no sabía dónde andaba, le dejaba recados... y de pronto llegaba al diario, como a las doce, colgaba el sombrero, impertérrito, completamente estático y serio. Luego hacía reír con uno de sus chistes», recuerda.

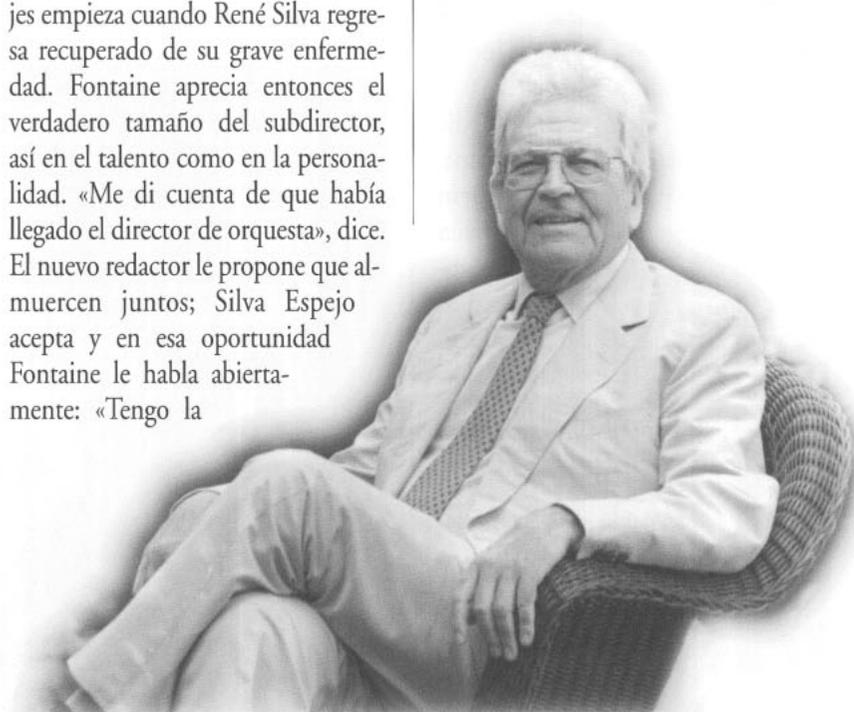
La relación entre ambos personajes empieza cuando René Silva regresa recuperado de su grave enfermedad. Fontaine aprecia entonces el verdadero tamaño del subdirector, así en el talento como en la personalidad. «Me di cuenta de que había llegado el director de orquesta», dice. El nuevo redactor le propone que almuercen juntos; Silva Espejo acepta y en esa oportunidad Fontaine le habla abiertamente: «Tengo la

impresión de que hay que entenderse con usted. Yo soy así y así; pienso esto y lo otro. Soy católico, etcétera». Silva tal vez no estaba acostumbrado a esta franqueza casi violenta; venía de la clase intelectual chilena algo recelosa y de estilo indirecto en general. «Pero el subdirector apreció el gesto. Desde ese momento fue mi mejor apoyo y cada vez más me distinguí con su confianza y me dio mayor espacio en las ediciones».

SILVA ESPEJO Y FONTAINE: COMPAÑERISMO Y TENSIONES

Arturo Fontaine comienza a escribir, en marzo de 1965, *La Semana Política*, editorial que para él es la mejor muestra del compromiso del periódico con el futuro del país.

Su compañero por años, Hermógenes Pérez de Arce, opina que su principal mérito consistió en hacer de *La Semana Política* dominical un «verdadero clásico del cual ningún lector del diario deseaba pres-



«En *El Mercurio* me sentí como pez en el agua», confiesa el periodista.

cindir. Un paralelo podría haberse establecido con la crónica literaria de Alone, todavía vigente cuando aparecieron las primeras 'semanas políticas' de Fontaine, en el sentido de que era un material de lectura buscado aun por quienes no tenían interés en el tema específico de la crónica». ⁹ Según Pérez de Arce, la gente no pretendía necesariamente identificarse con quien escribía, sino encontrar a alguien con «el brillante manejo de las ideas, el ángulo impensado del análisis y el deleite de la buena prosa periodística».

«A través de La Semana Política yo aplicaba mis conocimientos jurídicos para hablar del Estado y la independencia del poder judicial», aclara Fontaine. Asimismo, hacía ver los peligros del marxismo. «Algunos comentarios eran violentos, rigurosos y severos».

Aunque en contadas oportunidades firmó sus artículos, los lectores percibían que detrás del nombre Cleck estaba Arturo Fontaine. Sus columnas de opinión a fines de la década del sesenta eran certeras embestidas contra la izquierda, y alimentaban la polémica entre *El Mercurio* y el entonces presidente del Senado, Salvador Allende Gossens. Este había organizado las llamadas OLAS (Organizaciones Latinoamericanas

de Solidaridad) que propugnaban la toma del poder por la vía armada. A propósito del tema, Fontaine escribe una crónica ilustrada por Coke. Ambos, redactor y caricaturista, fustigan a Allende haciéndolo aparecer como el 'mono' de un naípe con doble identidad: arriba figura coronado como rey y abajo como guerrillero, fusil en mano. «Yo escribía y Allende se enojaba», ríe Fontaine. Venía la réplica del senador y una nueva arremetida del subdirector.

Imperceptiblemente, se fueron tensando las relaciones entre el subdirector y el director del diario, «como suele ocurrir entre los cargos directivos donde es difícil delimitar las respectivas atribuciones y tareas. Hubo leves diferencias de opinión en el terreno político y algunas discusiones duras en el complejo combate del diario. A veces el jefe en una organización determinada debe tener más paciencia con sus subordinados que éstos con las supuestas arbitrariedades o equivocaciones de aquel. Con todo, conservé mi afecto y admiración por él», expresa Fontaine. Además de la amistad, ambos estaban unidos en el servicio del diario y del país, lo que se hizo más nítido cuando subió Allende al poder. «En el periodo de la UP *El Mercurio* sigue siendo el gran diario

que siempre fue, pero se constituye en una fortaleza, una trinchera para las libertades públicas y para los derechos ciudadanos amagados», comenta.

Para muchos, la penetración del comunismo era un hecho de la causa; en algún momento estallaría. El ala izquierdista de la DC —después Mapu— y otros sectores se asimilaban con legítimas expresiones juveniles. «Eso no debió confundirse con la juventud que quería ser madura, que quería mandar y expresarse. Pero sus líderes le dieron sentido político revolucionario al movimiento», opina.

El tenso ambiente y su postura combativa le trajeron a *El Mercurio* serias consecuencias. Un editorial «interpretado desviadamente» provocó gran agitación en los estudiantes rebeldes de la Universidad Católica, cuya directiva ordenó colgar en la fachada de la Casa Central un lienzo gigante de tela blanca cuyas grandes letras mayúsculas decían: '*El Mercurio Miente*'. «Fue un golpe bien pegado», comenta el periodista. «El mejor patrimonio de un medio de comunicación —continúa— es su veracidad. Tachar de mentiroso al respetable rotativo, paradigma de la gente de orden, era la peor ofensa que podía inferírsele».

El 27 de marzo de 1982, y a propósito del crimen de Tucapel Jiménez, Fontaine aventura: «(...)A juicio de muchos las cosas se están haciendo mal; se están manejando con rudeza de inexpertos, lo que provoca desánimo en los partidarios del Gobierno y lo ponen en peligro de quedar sin más defensores que sus aguerridos soldados (...)». El editorial, titulado Malos Días, significaría su salida de El Mercurio.

FREI: UNA ADVERTENCIA CON ANGUSTIA

La posibilidad de triunfo de Salvador Allende en 1964 hizo que *El Mercurio* se incorporara a la candidatura de Frei: la fórmula de un desarrollo político y social era más atractiva que los postulados del candidato socialista. En su libro *Todos querían la revolución. Chile 1964-1973*, Fontaine comienza relatando el momento en que, recién terminados los comicios, Frei va a *El Mercurio* a agradecer el apoyo.

Peró el nuevo Presidente necesitaba más; necesitaba que el diario se convirtiera en su aliado: «Ahora tengo que pedirles que me sigan ayudando. Creo que no tienen más camino(...), pues ustedes saben qué viene después de nosotros si no tenemos éxito...». Todos quedamos —dice Fontaine—, con la impresión de que él veía a su futuro gobierno y a su partido como la manera de evitar en Chile el peligro comunista.¹⁰

Eduardo Frei Montalva asume la primera magistratura de un país que lleva la carga de una izquierda ansiosa, que ahora no veía lejana la idea de llegar al poder por la vía armada. La Democracia Cristiana, nacida al alero de los conceptos de Jacques Maritain, se mezclaba con corrientes que la hacían fluir inevitablemente hacia la izquierda. «Tenía adentro estos grupos: me refiero a los terceristas, como Jacques Chonchol o Radomiro Tomic, que eran más rebeldes que nadie. Y Estados Unidos veía a la DC como freno a la penetración marxista».

En este escenario Fontaine recibe el premio SIP Mergenthaler con el primer lugar en redacción. La misma distinción la recibió en esa oportunidad el gran escritor venezolano Arturo Uslar Pietri, que acaba

de fallecer. Ese año —1971—, la reunión de la Sociedad Internacional de la Prensa (SIP) se hace en Chile con periodistas de otras latitudes como testigos.

REFORMA AGRARIA: RÉPLICAS EN LA PÁGINA A3

El Mercurio se sumó sin reservas al movimiento que lideraba Estados Unidos a partir de 1961: la Alianza para el Progreso. Muy entusiasmado, René Silva asiste a un encuentro en Punta del Este y luego escribe positivas crónicas. Silva Espejo fue partidario definido de la reforma agraria en 1963 y la defendió con brillo como consejero de la Sociedad Nacional de Agricultura.

«La reforma que inició Alessandri —recuerda Fontaine— fue la madre de las que vinieron después y se debió inicialmente a una presión por parte de Estados Unidos. En la segunda etapa, con Frei, se plantea una verdadera revolución agraria que se radicaliza más en el período de Allende. Al conocer el nuevo proyecto de reforma de Frei, Silva Espejo advierte el peligro».

«Entonces me llamó y nos tomamos un café en el comedor del diario, a una hora en que no circulaba nadie. Me encomendó una serie de artículos que comentaran la reforma de Jacques Chonchol. Yo escribí como seis editoriales, publicados en la parte superior derecha de la página A3, sin firma. A propósito de ellos, Frei dijo: 'Creo que no se han podido escribir argumentos más contundentes que los de esas columnas'».

El texto legal, redactado por Chonchol, ahora venía con nuevos ingredientes, como la expropiación confiscatoria de los predios y la formación de asentamientos de tierras

que no conducían a la propiedad privada de los campesinos. «Lo más grave era que toda propiedad tenía un límite de ochenta hectáreas y todo el resto se expropiaba».

Al empezar el proceso, algunos agricultores, para evitar el robo por parte del Estado, dividían la propiedad y la inscribían bajo distintos dueños. «Sin embargo, Patricio Aylwin, a quien no se le olvida nada —señala con ironía—, propició una ley según la cual no se podía parcelar». También el político es gestor de otra norma, la llamada Ley Aylwin, que daba a la Corporación de Reforma Agraria (CORA) la facultad de desalojar con fuerza pública. «Solo luego, desde la calle, el propietario podía formular algún reclamo».

TIEMPOS SIN ESPERANZA

Por esos años Fontaine, junto a Jaime Guzmán, Emilio Sanfuentes, Cristián Zegers y Tomás Mac Hale, entre otros, publican *Visión crítica de Chile* (1972). En su ensayo, bajo el título de Revolución en papel sellado Fontaine muestra cómo avanza la revolución a través de apariencias legales, una vez que asume Allende.

Un año después viene la toma del poder por parte de las Fuerzas Armadas, que *El Mercurio* apoya, como la mayoría del país. Arturo Fontaine trabaja intensamente en la subdirección del diario hasta que en 1975 su labor es reconocida con el Premio Nacional de Periodismo, galardón que había sido suspendido por decreto del gobierno desde 1973. Fue un premio a su trayectoria, que coincidía con el cumpleaños setenta y cinco de *El Mercurio*. Modesto como siempre, el periodista asegura que la distinción es un premio al equipo, pero el respaldo le da

nuevas energías y lo hace llegar lejos, a la dirección del diario, en 1978.

GRITONEO DE PINOCHET

Como parte de su política editorial, *El Mercurio* tradicionalmente ha tenido vinculación con los gobiernos, sean de la tendencia que sean. «Incluso al mismo Allende le dimos algunas pasadas», comenta Fontaine. Pero con el de Augusto Pinochet había un problema serio: no existía libertad de prensa. Más que censurar o prohibir, sencillamente cerraban la fuente. «Además, había ciertas cosas que yo creo estaban equivocadas. A pesar de todo, tengo mucha admiración y gratitud por los militares, pues jamás actuaron con un interés personal sino en cumplimiento de lo que los mandos estimaban conveniente para el país. Por lo demás, *El Mercurio* mantuvo en gran medida su libertad de opinión editorial».

El primer escollo con el gobierno ocurrió durante una ceremonia en que se presentaba la Constitución del 80. El periodista señaló a Pinochet su complacencia y lo felicitó por la nueva carta fundamental añadiendo que, como era evidente, esta constituía un límite para el gobernante y una consagración de los derechos del ciudadano.

En solo unos segundos, el rostro del militar se deformó, así como el de los colegas que acompañaban a Fontaine... cualquier cosa podía ocurrir. Levantando la mano derecha y con un grito casi en un solo tono, exclamó: «Como muy bien dice el amigo Fontaine, la Constitución es un límite para el gobernante. Es cierto. Pero lo que no tiene límite en este país es la prensa. Y hay que limitarla. Mañana mismo mando un decreto para limitar a la prensa». Luego de unos momentos de tensión, a Pinochet «se le pasó la rabia», recuerda hoy el periodista.

Respecto de los derechos humanos, «debo decir dos cosas:

primero, fue tan violenta la oposición entre ambos bandos (UP y antiUP) que a la hora de la lucha de los militares contra la subversión —visible o invisible— nuestra tendencia era no dar crédito a las escasas denuncias o protestas que venían de la izquierda y a suponer que la voz de la iglesia estaba atrapada en la debilidad o simpatía por el «enemigo marxista»; segundo, los militares cometieron el error comunicacional de abrir más las puertas a la *BBC* de Londres o cualquier periodista extranjero que a los medios locales. De hecho, la *BBC* hizo un reportaje sobre la isla Dawson (donde estaban recluidos varios altos dignatarios de la Unidad Popular) y *El Mercurio* no tuvo la misma facilidad».

«A pesar de los límites —continúa—, nuestro diario publicó íntegro el primer informe sobre Chile de la comisión de derechos humanos de la OEA, donde se desempeñaba el experto chileno Edmundo Vargas,



Daniela Miller

Con su mujer Valentina Talavera y su hijo Bernardo, en el lanzamiento de su libro *Todos Querían la Revolución, Chile, 1964-1973*, en la Universidad Finis Terrae, en noviembre de 1999.

que denuncia numerosos abusos y atropellos del Gobierno Militar. También se publicaron todos los bandos que dieron cuenta de los primeros fusilamientos y toda otra información segura disponible», declara.

Con la misma energía con que criticaba la conducción de Allende, Fontaine hizo ver sus puntos de vista a la administración militar, en La Semana Política. La sección, si bien constituía gran sacrificio los viernes por la noche, «era algo que disfrutaba mucho». Agrega que «se transformaba en una pequeña teoría cada vez; ya fuera acerca de la administración del Estado o del tema que tratara. Fue más que un simple comentario de cada semana».

Con la situación como estaba, sus artículos no siempre le reportarían buenos dividendos. El del 27 de marzo de 1982, y a propósito del crimen de Tucapel Jiménez, aventura: «(...)El aislamiento del equipo de Gobierno no solo se da en relación a los opositores. La ausencia sistemática de comunicación fluida con la ciudadanía, el desprecio por la capacidad reflexiva ajena y, por tanto, la repetición de consignas y razonamientos bastante primitivos(...) están dejando al equipo de Gobierno sin defensores entusiastas (...)

(...)A juicio de muchos —y es obligación decirlo— las cosas se están haciendo mal; se están manejando con rudeza de inexpertos, lo que

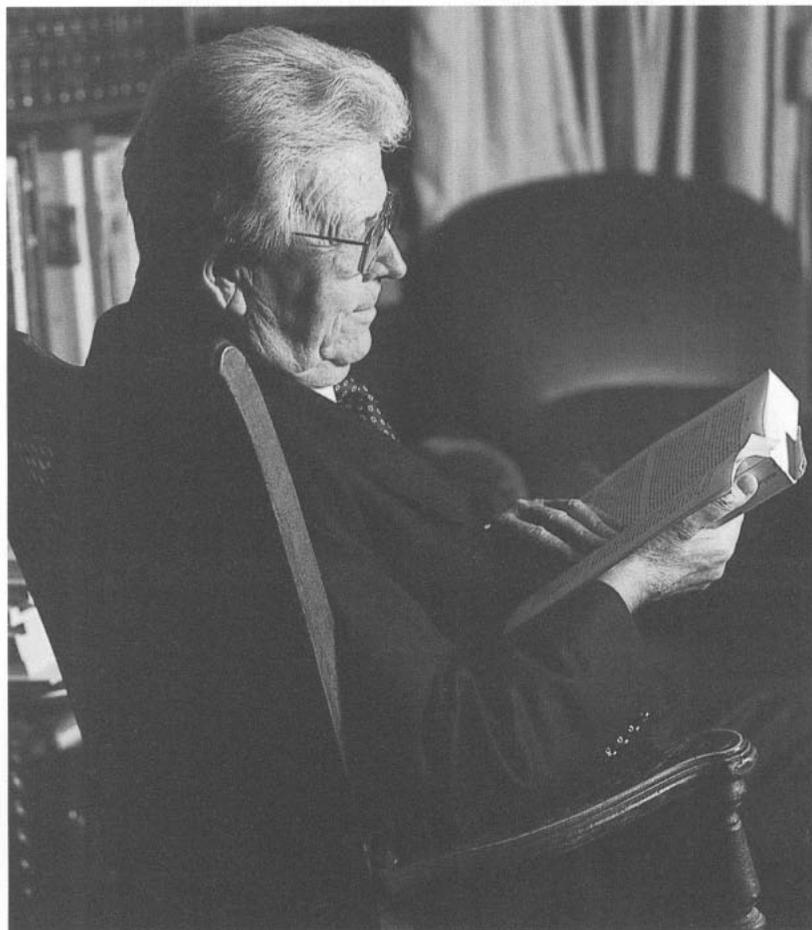
provoca desánimo en los partidarios del Gobierno y lo ponen en peligro de quedar sin más defensores que sus aguerridos soldados(...)». ¹¹ El editorial se tituló Malos Días.

Le bastó una sorpresiva reunión con Agustín Edwards para saber que el gobierno no aceptaba ni permitía sus opiniones. Fontaine salía definitivamente del diario al que había entrado en 1963. «Tengo la impresión —confesó años más tarde a Margarita Serrano¹²— que el Presidente Pinochet no tuvo una influencia directa en eso; que hubo algunos individuos de tercera o cuarta clase que se movieron en ese momento contra mí. Y Agustín Edwards, que ya desde los tiempos de René tenía la inquietud de dirigir esta especie de fundo en el que otros le movían las cosas, aprovechó esta oportunidad que le daban en bandeja».

Como consuelo, en 1984 Pinochet lo nombra embajador en Argentina, luego de que rechazara Francia y España. Al tratarse de Argentina —y su delicada situación limítrofe con Chile—, sintió que aceptar era su deber patriótico.

Ya de vuelta, en 1987, Fontaine se dedica a investigar la paradoja de cómo un gobierno autoritario como el de Pinochet adopta las tácticas económicas liberales de Adam Smith, a través de los Chicago boys. El resultado fue *Los economistas y el Presidente Pinochet*,¹³ libro que reconstruye el proceso de reformas económicas sobre la base de treinta y tres entrevistas a personajes de la política entre 1973 y 1988.

En 1989 vuelve a redactar columnas en *Qué Pasa* y en 1992 asume (hasta la actualidad) la presidencia del Consejo de Ética de los Medios de Comunicación, institución que vela por los aspectos éticos



«La Semana Política se transformaba en una pequeña teoría cada vez; ya fuera acerca de la administración del Estado o del tema que se tratara. Fue más que un simple comentario de cada semana», señala.

de la información. El Consejo ha emitido numerosos dictámenes sobre el honor y la honra de las personas, la vida privada e intimidad; investigación encubierta, secreto periodístico y otros múltiples alcances del ejercicio responsable de las libertades de opinión e información.

A TÍTULO PERSONAL

En vísperas de las elecciones presidenciales de 1999, Arturo Fontaine Aldunate publica el libro *Todos querían la revolución. Chile 1964-1973*, en el que analiza cada uno de los acontecimientos que dieron pie a la intervención militar. Como integrante del equipo que realizó la labor investigativa a través del Centro de Documentación en Historia de Chile Contemporáneo (CIDOC) de la Universidad Finis Terrae, ese fue mi primer contacto con don Arturo, a quien llegaría a admirar por su rigor y dedicación.

La experiencia comenzó a fines de marzo de 1999 y culminó en noviembre con la recopilación de más de mil doscientos documentos de prensa de todos los medios locales

entre los años 60 y 70. También se consultaron y utilizaron cerca de ochenta libros de diversas corrientes. Cada semana, el periodista nos exigía más y más datos, al tiempo que devoraba textos. Recién cuando tuvo una idea concreta de lo que quería decir echó a andar su lápiz. Y a todo vapor.

En la brillante presentación en el auditorio de nuestra universidad, Cristián Zegers destacó ese aspecto: «Una pluma privilegiada; y, por cierto, algo que no es menor ni común hoy en día: una cultura sólida, penetrante, de rasgos clásicos, que ha descollado en nuestro periodismo de opinión».¹⁴

Por su sólido contenido, este ensayo o crónica política, de doscientas veintitrés páginas, se transformó por algunas semanas en el arma de lucha de Hermógenes Pérez de Arce en el programa político de *Megavisión*, Polos opuestos. A solo días de la elección presidencial de diciembre de 1999, Pérez de Arce se enfrentaba en vivo y en directo al socialista Camilo Escalona y le recordaba cómo el presidente Allende ingresaba armas al país gracias a sus contactos con Fidel Castro. Levantaba el libro

de Arturo Fontaine y le decía que este le iba a ayudar a comprender la verdad histórica. Escalona, en tanto, hacía oídos sordos.

Metiéndose en 'las patas de los caballos' —hoy investiga el conflictivo tema de la reforma agraria, sobre el cual publicará otro libro—, Arturo Fontaine sin duda cumplió sus sueños. El periodismo que lleva tan dentro y el derecho a expresar lo que piensa es algo a lo que no renuncia. Pero la vida también le ha enseñado a sopesar los pro y contra de cada acción. Él mismo confiesa que haber escrito la columna que motivó su salida de *El Mercurio* fue un error, desde el punto de vista personal; este 'caballero de la prensa' hubiese dado cualquier cosa por seguir trabajando en el periódico al que entregó cuerpo y alma en esos años de tanto fragor político, quizás los más agitados y turbulentos de nuestra historia. Pero el periodista no se arrepiente de haber escrito ninguna de sus palabras.

Por Alejandro Bascur B.
Colaboración Marcelino Martínez

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Arturo Fontaine Aldunate.

Nace en Viña del Mar el 31 de agosto de 1921.

Padres: Arturo y Elvira.

Esposa: Valentina Talavera.

Hijos: Arturo, Juan Andrés, Hernán, María Valentina, María de la Paz, Bernardo y María Cecilia.

Estudios: Colegio de los SS.CC. de Valparaíso y Santiago; Derecho en la Universidad Católica de Chile.

Título: Abogado (1947).

Experiencia profesional y cargos: Revista *Estudios* (1941-1947); Revista *Estanquero* (1947-1949); redactor de *El Mercurio* (1963); jefe de redacción de *El Mercurio* (1964); subdirector de *El Mercurio* (1966); director de *El Mercurio* (1978-1982); columnista de revista *Qué Pasa y Ercilla* desde 1988. Embajador de Chile en Argentina (1984-1987). Decano de la Escuela de Ciencias de la Educación de la Universidad Santo Tomás. Presidente del Consejo de Ética de los Medios de Comunicación: desde 1992 hasta hoy.

Publicaciones: *La noción de las buenas costumbres en el Derecho Civil chileno* (1946), *Visión crítica de Chile* (coautor, 1972), *Los economistas y el Presidente Pinochet* (1987), *Todos querían la revolución, Chile, 1964-1973* (1999).

Distinciones: Premio Sip. Mergenthaler en 1971; Premio Nacional de Periodismo, 1975.

NOTAS

- 1 Serrano, Margarita. *Personas de Mundo*. Editorial Zig-Zag. 1era edición, noviembre de 1990. Santiago de Chile.
- 2 Opinión de Hermógenes Pérez de Arce a propósito de esta investigación, diciembre de 2000.
- 3 Entrevista a Arturo Fontaine A., octubre de 2000 (CLA y JHD).
- 4 Entrevista a Fernando Díaz Palma, septiembre de 2000 (ABB).
- 5 *Chile en el siglo XX*, Aylwin M., Bascuñán C., C. Gazmuri y otros. Editorial Emisión, 1997.
- 6 Entrevista a Arturo Fontaine A., junio de 2000 (ABB).
- 7 Entrevista a Fernando Díaz Palma, septiembre de 2000 (ABB).
- 8 Zegers, Cristián, *Estudios Públicos* N°78, otoño de 2000, p. 327.
- 9 Opinión de Hermógenes Pérez de Arce a propósito de esta investigación, diciembre de 2000.
- 10 Fontaine A., Arturo. *Todos Querían la Revolución. Chile, 1964-1973*. Editorial Zig-Zag, p. 11-12. Santiago, noviembre de 1999.
- 11 *El Mercurio*, 27 de marzo de 1982. Extracto del editorial *Malos días*. Reptoducido en revista del Centro de Estudios Públicos N°49, verano de 1993, págs. 416-417.
- 12 Serrano Margarita, «*Personas de Mundo*», Editorial Zig-Zag, 1ª edición, noviembre de 1990.
- 13 Fontaine A., Arturo. *Los Economistas y el Presidente Pinochet*. Editorial Zig-Zag. Primera edición. junio de 1988.
- 14 Zegers, Cristián, *Estudios Públicos* N° 78, Otoño de 2000, p. 327.

RENZO PECCHENINO «LUKAS»



Renzo Pecchenino (1981):

LUKAS DIBUJA A CHILE

Renzo Pecchenino está muriendo. Sabe que le resta poco tiempo y está desolado. No le tiene miedo a la muerte, pero cualquier hombre se empequeñece ante la más perfecta certidumbre de su propio fin; se hace difícil esperar que los minutos se sucedan uno a otro y que, finalmente, el plazo se cumpla.

«Le queda a usted un mes de vida», le dijo en inglés un doctor, con el absoluto distanciamiento de quien desconoce a alguien como Renzo Pecchenino. Treinta días para volver a Chile, con la moral, la alegría y la chispa de la vida robadas en un segundo revelador. Había viajado a los Estados Unidos porque no se sentía bien. Jamás sospechó, sin embargo, que le pondrían fecha para morir.

La enfermedad ya se encuentra en una etapa final; no existe esfuerzo humano, médico o económico que pueda revertirla. Es lo terrible del cáncer a los huesos, una de las variantes más despiadadas del mal.

Y Renzo ha decidido no dar una lucha que tiene perdida desde el co-

mienzo. No, mejor enfrentar su destino con fuerza y frialdad, sin hacerse expectativas que solo significarán mayor sufrimiento para él y su familia.

Vuelve de los Estados Unidos directo a la cama de su casa viñamarina, sin caer en la espiral de consultas, tratamientos y gastos médicos que no le aseguran nada. Lo único que aceptará son los calmantes para mitigar el dolor que literalmente lo devora por dentro.

Y en el que poco a poco se va confirmando como el lecho de su agonía, Renzo Pecchenino va a comenzar su desafío más grande: la muerte le mira directamente a los ojos, pero él no le quita la vista. Es un reto de miradas, en el que ninguno quiere ceder. Al final es un juego que nadie ganará. Pero Renzo todavía no lo sabe, no tiene la certeza como para poder entregarse en paz. Abriga una última esperanza.

Aun así, ya piensa en la manera de decir adiós, despedirse de su familia y del mundo en forma propicia



y consecuente con lo que ha sido su estilo de ver, enfrentar y gozar la vida, una vida dedicada al dibujo. Su delicada genialidad trabaja contra un reloj que marca el paso de cada día; debe encontrar la imagen elocuente que le deje satisfecho y que le dé el triunfo sobre la muerte.

Renzo sabe que va a morir, pero quiere que Lukas, su *alter ego*, le sobreviva para siempre.

Tal vez buscando en ella una fuente de inspiración para trascender, Renzo le pide a su fiel y más cercano amigo Gianni¹ el disco con la canción italiana *Vivere*: vivir. Seguramente será al son de esta significativa melodía que Renzo podrá aglutinar por última vez ese irreplicable conjunto de dones que, con sus coordinadas evoluciones, permitían el momento de creación que daba vida a sus dibujos.

«Mis personajes, como duendes fantásticos, me dominan, se apoderan de mis actos, del consciente y del subconsciente.

Don Memorario suele tirarme de la chaqueta cuando tengo otros propósitos y me impele a darle vida, a poner forma a sus reflexiones».

Esa chispa espontánea y caprichosa surcará su cerebro por última vez, materializando todo el talento, la sensibilidad, la humildad y la belleza de una de las personas más sencillas y a la vez fascinantes del ambiente artístico y periodístico chileno. La música, las palabras, los dibujos, las ideas, Italia, Chile, Valparaíso, su amor, sus frustraciones, el cariño, la paz... son planetas cuyas gravedades y órbitas se conjugan en el microscópico universo de su cerebro; son los instrumentos cuyas notas resuenan en el ensayo de su mente, y que luego de minuciosos ajustes y precisiones se convierten, ya expresados en el mundo exterior, en su última sinfonía, el 'mono' más significativo de toda su vida... y de su muerte.

Renzo ya tiene su despedida, el elixir que dará la vida eterna a Lukas.

Esta saldrá publicada en la edición de *El Mercurio* del 7 de febrero de 1988, el día en que Renzo Pecchenino, o simplemente Lukas, muere a los cincuenta y tres años de edad. Sola en una cuartilla en blanco, la palabra «Adiós...», con una pluma y un tintero al lado, abandonados para siempre.

VALPARAÍSO DESPIERTA AL SIGLO VEINTE

Para Valparaíso, el inicio del siglo veinte trae de la mano dos dramáticos sucesos que van a sacudir violentamente su destino, provocando la lenta agonía del que fuera uno de los puertos más importantes de la costa del Pacífico. Uno es el terrible terremoto de 1906, fruto de la accidentada geografía chilena; el otro, la construcción y puesta en funcionamiento, entre 1904 y 1916, de la mayor obra de ingeniería creada hasta el momento: el Canal de Panamá.

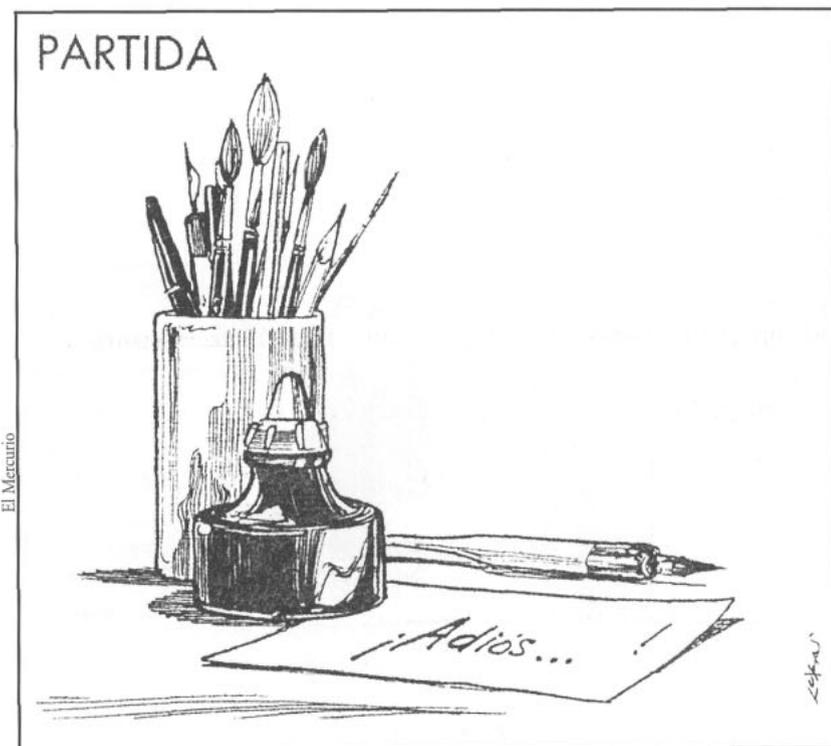
Por entonces Valparaíso lucía ostentoso, gracias a un floreciente comercio y al flujo de naves que, en forma inevitable, debían recalar allí al cruzar del océano Atlántico al Pacífico y viceversa. El puerto nació, creció y se desarrolló al alero de esta ventaja geográfica. Durante siglos fue la última parada para aprovisionarse y preparar los ánimos antes de enfrentar la furia del Estrecho de Magallanes; o donde relajarse y celebrar, en el trayecto inverso, al haber superado sin contratiempos uno de los pasos navegables más difíciles del mundo.

En este marco, las historias de bares, restaurantes, casinos clandestinos y burdeles que brotaron en el viejo puerto son innumerables, así como las de las personas que dieron vida a esos míticos lugares. Brotaron al alero del factor latitud, como se denomina en la jerga marina a las nostalgias de que son víctimas esos rudos hombres de mar que deben postergar los placeres de la tierra firme.

EL EMBATE DEL CANAL DE PANAMÁ

En 1904, treinta años antes del nacimiento de Renzo Pecchenino comienza la construcción de lo que muchos expertos consideran hasta hoy como la mayor obra de ingeniería de la historia: bisectar al continente americano en dos por su parte más estrecha, el istmo de Panamá. Se requirieron más de diez años, cuarenta mil hombres y un impresionante presupuesto para la época: 330 millones de dólares. Una vez finalizado, el canal tiene sesenta y cuatro kilómetros de largo, dimensiones insignificantes cuando se lo compara con los cambios que va a generar en el mundo entero.

Valparaíso es un gigante que se encoge. La disminución del tráfico naviero acarrea consecuencias inmediatas, y el hasta entonces centro de una pujante economía se convierte en un elefante blanco.



El Mercurio, 7 de febrero de 1988.

1906: VALPARAÍSO TAMBALEA

Valparaíso, 16 de agosto de 1906. Exactamente a las 7:58 se inició el sismo de un minuto y cuarenta y cinco segundos de duración, seguido por diversas réplicas, que en total produjeron un terremoto de poco más de cuatro minutos. Tiempo suficiente para tirar por los suelos toda la prosperidad alcanzada por el puerto en uno de los movimientos telúricos más violentos de la trayectoria sísmica de Chile.

La ciudad se vio a sí misma caer de rodillas, doblegada por la naturaleza. Al igual que en San Francisco cuatro meses antes, lo que no sucumbió ante la violencia de la tierra se consumió en el mayor incendio de la historia del puerto. En ruinas se convirtió la majestuosidad de edificios como el de Huckle Hnos., en calle Chacabuco; el de Teresa Edwards

de Cars, en Condell esquina Molina; la Plaza Echaurren; el Edificio Astoreca, uno de los primeros con ascensor, y el Liceo de Hombres, en la calle del Hospital.

Una vez superada la emergencia, autoridades, empresarios y comerciantes ven una oportunidad de ordenar el plan de la ciudad, redibujar Valparaíso sin repetir su crecimiento espontáneo y sin control. Pero el canal de Panamá ya había plantado el germen de la decadencia del puerto.

Las familias aristocráticas verán mermar sus riquezas. Algunas deben regresar a su país de origen o diversificar sus actividades. Otras se trasladan a Viña del Mar y se llevan sus negocios. Valparaíso se convierte en una ciudad fantasma: más industrial que comercial, más tosca que fina.

Las casonas de nobles maderas de Cerro Barón y Cerro Alegre, re-

ducidas a simples fachadas, en su interior albergan a familias cada vez más pobres. Las mansiones de estilo inglés empiezan a ser cercadas por precarias construcciones. Poco a poco, Valparaíso va tomando ese particular aire de contrastada heterogeneidad que hoy lo caracteriza. Se va convirtiendo en lo que, en voz del propio Lukas, un 'gringo' sentencia en un chiste: «*Very typical...*».

UN ITALIANO LLEGA A CHILE

Renzo Pecchenino tiene apenas un año cuando en 1935 divisa por primera vez lo que será su hogar. Seguramente, la vista de un puerto como Valparaíso, después de un mes y medio navegando, causó impresión en su mente. Al igual que las olas que ha ido dejando atrás la embarcación, el pequeño Renzo relega al fondo de su memoria los escasos recuerdos que pudo haberse hecho de Ottone, el pueblito italiano que le vio nacer el 29 de mayo de 1934.

El viaje en el *vaporetto* Horacio desde Génova no ha sido fácil. El mareo, el aburrimiento y la ansiedad cobran víctimas fáciles entre gente humilde que no está acostumbrada al mar. Entre los pasajeros, los padres de Renzo, Giulio Pecchenino y Clarice Raggi, forman parte de un grupo que ha decidido emigrar a América. La situación económica en el Viejo Continente no anda bien; los vientos de guerra vuelven a amenazar a Europa. No es lugar para un modesto pero talentoso artesano y su mujer, que buscan un futuro para su familia.

Los Pecchenino tienen referencias concretas sobre América. Y, más importante todavía, saben dónde llegar. Un hermano de Clarice ha partido dos años antes a Valparaíso,

BUENOS DESEOS



El Valparaíso de los contrastes surrealistas va a enamorar desde pequeño a Lukas. Se obsesiona con sus lugares y su gente, forzándolo a encontrar una explicación para cada gesto y cada rincón que caracterizan a su puerto querido.

a trabajar en la carnicería y el local de telas de su tío Arturo Raggi: entre ambos han convencido a Giulio y Clarice de que hay buenas oportunidades en Chile.

Giulio medita desde la cubierta, angustiado al darse cuenta de que ya no hay pie atrás. Las esperanzas y la ansiedad crecen al ritmo que la ciudad navega hacia su encuentro: Valparaíso se va desdoblado ante sus ojos, mostrando los mil y un pliegues que se esconden entre cerros y quebradas, dejando ver algo de esa misteriosa ciudad que solo conoce por referencias. No puede sospechar que esos mismos pliegues, terrazas e infinitos rincones apasionarán a su hijo por el resto de su vida, definiendo su futuro.

Giulio está confiado. En Italia era un artesano algo nómada, un maestro hojalatero que recorría la provincia de Aosta con sus hermanos y su padre realizando trabajos en metal. De pronto, en uno de los viajes a Ottone había conocido a Clarice. El amor llegó como solo llega en los italianos, y el matrimonio fue casi inmediato. No obstante, mantener a una mujer y una familia es complicado.

Ya instalado en Chile, Giulio mantuvo vigentes sus habilidades, las que asoman materializadas en una caja de pesca con figuras labradas en el metal y esmaltada por su propia mano. Este será el objeto más preciado por su pequeño hijo: a partir de él Renzo va a adquirir el amor

por las manualidades, por el dibujo y por las artes.

Renzo se adapta rápidamente a las costumbres de Chile y sobre todo de Valparaíso, al que poco a poco va haciendo suyo. Como buenos italianos, sin embargo, sus padres ponen especial preocupación en conservar sus raíces. Por eso deciden que Renzo estudie en La Scuola Italiana, colegio en el que completa con éxito su educación primaria y secundaria. La Scuola y sus padres lo hacen italiano de sangre. Valparaíso y su melancólica hermosura, las amistades de la niñez y el cariño por la tierra que habita, lo van haciendo chileno de alma.

Al terminar sus estudios, Renzo entra a la Escuela de Arquitectura en la Universidad Católica de Valparaíso, impulsado por sus aptitudes innatas para el dibujo. Durante esos años, cuando debe salir a 'croquear' la ciudad por sus rincones más ocultos y anónimos, va madurando su cariño y admiración por el puerto. Miguel Rojas conjetura: «Su fascinación por Valparaíso coincide con el entusiasmo lírico que animó el espíritu de los fundadores de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica a fines de los años cuarenta».²

La prematura muerte de su padre obliga a Renzo —recién de veintidós años— a retirarse de la carrera sin haberla terminado. Debe buscar trabajo y se inicia como decorador de vitrinas y, en forma esporádica, como letrista y dibujante.

LUKAS Y DON MEMORARIO

El nivel de perfección y la belleza de sus recreaciones del puerto hacen que el futuro comience a mostrar una cara promisoriosa. Así, el director del diario *La Unión* de Valparaíso, Alfredo Silva Carvallo, lo contrata como dibujante, y el 1º de octubre de 1958 Renzo Pecchenino debuta con su caricatura «O.N.U.». En ella, dos barrenderas comentan: «¿China Comunista? ¡Ah, no! ¡Si admiten a un solo país más, yo renuncio!».

Estrena además el seudónimo que será uno de los más recordados por todo Chile: Lukas. Pecchenino aclara su origen señalando que lo elige por ser este el patrono de los artistas, y añade que «como yo no soy ningún santo, y para no pecar de he-



Don Memorario: el portavoz oficial de la cordura.

reje, le cambié la C por una K y así nació Lukas». Desde ese momento, la batalla entre Lukas y Renzo será constante; el objetivo de esta guerra, la predominancia de una de esas identidades sobre el único cuerpo que contiene a las dos. Guerra cuya paz será restringida con un tratado que el propio Lukas explicará: «La diferencia entre Lukas y Renzo es bien clara: en horas de oficina soy Lukas. En mi casa, Renzo Pecchenino no concede entrevistas. No tiene nada que decir».

En el diario *La Unión* Lukas se da a conocer. Poco a poco va definiendo su estilo humorístico basado en una especie de reportero gráfico de los hechos cotidianos que marcan la cultura e idiosincrasia

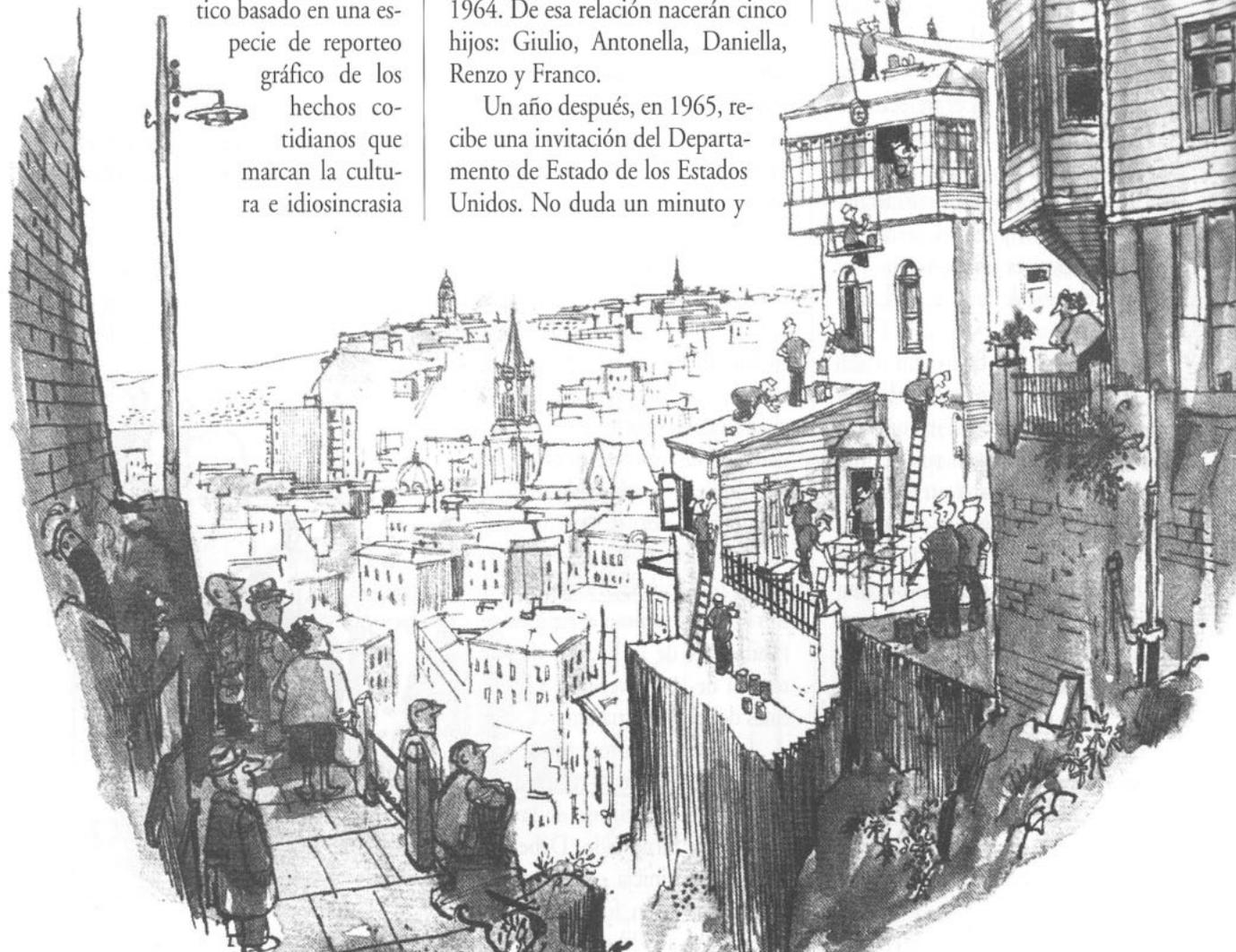
chilenas. El caricaturista recoge la opinión del ciudadano medio, no muy informado pero siempre opinante, «como yo creo que es el hombre que lee el diario. Muchos dicen que me dibujo yo mismo sin quererlo. Y debe pasar... porque uno dibuja más o menos su ambiente, su público. Es como la manera de ser de uno. Por ejemplo, a pesar de que trato de hacer chistes nacionales y no regionales, siempre hay algo de porteño en mis dibujos...».³

Con la tranquilidad de un empleo estable, Renzo Pecchenino Raggi contrae matrimonio con María Teresa Lobos Koyck en abril de 1964. De esa relación nacerán cinco hijos: Giulio, Antonella, Daniella, Renzo y Franco.

Un año después, en 1965, recibe una invitación del Departamento de Estado de los Estados Unidos. No duda un minuto y

una vez allá dibuja para el *Sacramento Bee*, en California, y para la prestigiosa compañía publicitaria Walter and Thompson, en Nueva York, donde realizará un trabajo histórico similar al de Valparaíso.

Esos éxitos y el talento que vierte Pecchenino en *La Unión* no pasan inadvertidos para Francisco Le Dantec, director de *El Mercurio* de Valparaíso, quien le pide su colaboración el 18 de diciembre de 1966. Esta rápidamente se amplía hacia *El Mercurio*



«Los alumnos de arquitectura de todo el mundo —aconseja Lukas— debieran rendir su examen de grado en Valparaíso».

de Santiago, empresa donde se mantendrá hasta su muerte, a través del chiste de la página editorial, el de la Revista del Domingo y su inimitable Don Memorario.

Mención aparte merece la creación de este personaje. Su debut en *El Mercurio* va acompañada de la siguiente presentación: «Don Memorario es el hombre de las generaciones pasadas que, ingenuamente, tropieza con el mundo de las generaciones jóvenes. De este choque, Lukas ha hecho surgir imágenes y escenas de irresistible curiosidad, que llevan en el fondo una nota optimista, generosa y benévola. Desde hoy aparece en nuestras columnas y estamos seguros de que acompañarán al lector para hacerlo sonreír en su despertar y deslizar en su alma una nota de optimismo y regocijo».⁴

Será Don Memorario el portavoz oficial de la cordura en momentos de desconcierto. Lukas se servirá constante e inevitablemente del humor ingenuo y espontáneo de este ser anacrónico frente a un mundo que de tanto cambio brusco se le ha hecho extraño, casi hostil, y ante el cual el propio Renzo tiene dudas. «A menudo me pregunto a dónde voy. A veces pienso que terminé la etapa de dibujante de periódicos y que debo buscarme en la tarea del papel que permanece. Pero mis personajes, como duendes fantásticos, me dominan, se apoderan de mis actos, del consciente y del subconsciente. Don Memorario suele tirarme de la chaqueta cuando tengo otros propósitos y me impele a darle vida, a poner forma a sus reflexiones, y todo intento de abandono de la primera línea de mis monos queda de lado».⁵

Don Memorario clama orden mientras la sociedad que lo rodea navega sin rumbo en medio de la

tormenta; es la voz de la experiencia que busca comunicarse con las generaciones más jóvenes pese a la brecha que todos entienden es insalvable. Don Memorario no sabe de esas cosas y, por eso mismo, se convierte en un ejemplo de la obsolescencia, en el testimonio más evidente de que en este mundo ya no tienen cabida los mayores o, simplemente, quienes no poseen la capacidad de adaptarse a los cambios.

El mismo Lukas lo dirá con palabras: «Se suele hablar de la lucha entre las generaciones. Los jóvenes se sienten incomprendidos por los hombres maduros o ancianos. Los ancianos o los que han llegado a la madurez encuentran que el mundo de los jóvenes es para ellos inabordable. ¿Quién tiene la razón? Posiblemente los dos. Cada uno mira el mundo de distinta manera. Sobre los ojos de la juventud hay colocados lentes confia-

dos y risueños. Sobre los de la madurez hay lentes más oscuros y desencantados. El encuentro entre estas dos maneras de ver las cosas puede ser mirado en forma dramática o en forma humorística. En el primer caso estalla la querrela de las generaciones. En el segundo, el choque entre los distintos planos hace sonreír y asoma a los labios una mueca de alegría».⁶

Lukas se las va a ingeniar, entonces, para hacer converger estas dos ópticas del mundo, aunque el resultado no sea más trascendente que el encuentro, en el punto común de la risa, de dos realidades que seguirán siendo incompatibles.

Y así se manifiesta también, a través de la mano de Lukas, el Renzo Pecchenino conciliador, que emplea la ironía pero jamás el sarcasmo. La introversión de Renzo, «que no tiene nada que decir», habla a través de Don Memorario y sus reflexiones

BALANCE



con Florencio Aldunate, como él, también, hombre de otros tiempos.

El interés de otros medios gráficos se va incrementando y, en la década del 70, Lukas se desempeña como colaborador en los diarios *La Segunda* y *La Estrella* de Valparaíso, y en las revistas *Topaze*, *Pingüino* y *Mampato*. En forma periódica, asimismo, publica sus 'monos' en el diario *O' Cruzeiro* de Brasil y en la revista *Esquire* de Estados Unidos.

«VALPARAÍSO, AL QUE HE VISTO MORIR»

Pero es en definitiva el Valparaíso de los contrastes surrealistas, creado de alguna manera por el cambio injusto de las reglas del juego, el que va a enamorar a Lukas y, en último término, lo va a llevar a obsesionarse con su historia, con sus lugares, con sus gentes, con su destino. Renzo-Lukas hurga hasta encontrar una explicación para cada mañana, cada gesto y cada rincón que definen a su puerto querido. La simple extrapolación de esta idea fija a un nivel más amplio es lo que justifica la vida profesional de Renzo Pecchenino: su oficio se desarrolla en torno a una meta: descubrir las particularidades que definen a Chile y su pueblo.

El suyo es un trabajo donde se mezcla la arqueología, la sociología y la adivinación: a veces intenta desenterrar el pasado, otras veces pretende retratar el presente, y aún en

otras, su intención es vaticinar hacia dónde se dirige el país. El destino de su puerto lo preocupa. «Crece y crece Santiago, y las provincias van quedando solas, como que nadie quiere morir donde nació», se lamenta. «Por eso yo me he amarrado a Valparaíso; me resulta importante hacer cosas de mi parroquia».

Más que los hechos puntuales, lo que intriga a Lukas, lo que se transforma de un leve cosquilleo a una picazón terrible de su curiosidad, es la forma lánguida e indolente con que, en apariencia, se dejan caer los grandes cambios en Valparaíso y en Chile mismo. Chile va mutando de un mundo simple, familiar y tran-



«Sin una sonrisa en el corazón no se puede vivir en una ciudad como esta», decía Lukas sobre Valparaíso.

quilo a un país complejo, acelerado, casi desconocido. Valparaíso se desordena cada vez más: sus pequeñas y a veces empinadísimas calles, organizadas en torno a un perfectamente mal planificado diseño, se tornan caóticas e imposibles de transitar.

Eso es lo que Lukas consigna en su libro *Apuntes Porteños* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971), con imágenes de la ciudad, su histo-

ria y sus habitantes. Sara Vial lo califica como «no solo un retrato animadísimo de la ciudad, sino, además, un libro-museo. Todo lo que él alcanzó a preservar sobrevive allí. Todo cuanto se han llevado los terremotos, el olvido, las demoliciones, las remodelaciones, etc. Es un documental inmóvil, un mirador inefable desde el cual podemos caminar sin término».⁷

Lukas ama a su puerto, su geografía difícil y las consecuencias de una historia volátil, desafío para la comprensión racional de las personas y, en especial, de los arquitectos. «Los alumnos de arquitectura de todo el mundo —aconseja— debiesen rendir su examen de grado en Valparaíso».⁸

Porque en las mismas mansiones en que a comienzos de siglo vivía una familia aristocrática, ahora se aprietan cinco de menor alcurnia pero de mayor número de integrantes, desafiando las leyes de la arquitectura y de la ingeniería. Las elegantes casonas se van convirtiendo en conventillos circenses que, en constantes equilibrios y malaba-

res, cuelgan de los cerros. Muchas acusan turgencias y protuberancias más parecidas a tumores cancerígenos en las antiguas y nobles paredes, que ampliaciones en armonía con las soberbias casas de antaño. Todo eso lo captura Lukas con su pluma.

Los cambios también se dan en el tipo de gente que merodea por las calles. Los marineros, verdaderos protagonistas de un puerto, se

tornan esquivos. Incluso las célebres 'casas de vida alegre' que, en las buenas épocas de Valparaíso, «atendían» a los hombres de mar, han ido desapareciendo o, en el mejor de los casos, degradando en burdeles de mala muerte.

A Lukas le toca vivir una época de pocas esperanzas, en la que el puerto aguarda el paso de un portaviones norteamericano o una que otra embarcación que, debido a su tonelaje, no puede circular por el canal de Panamá.

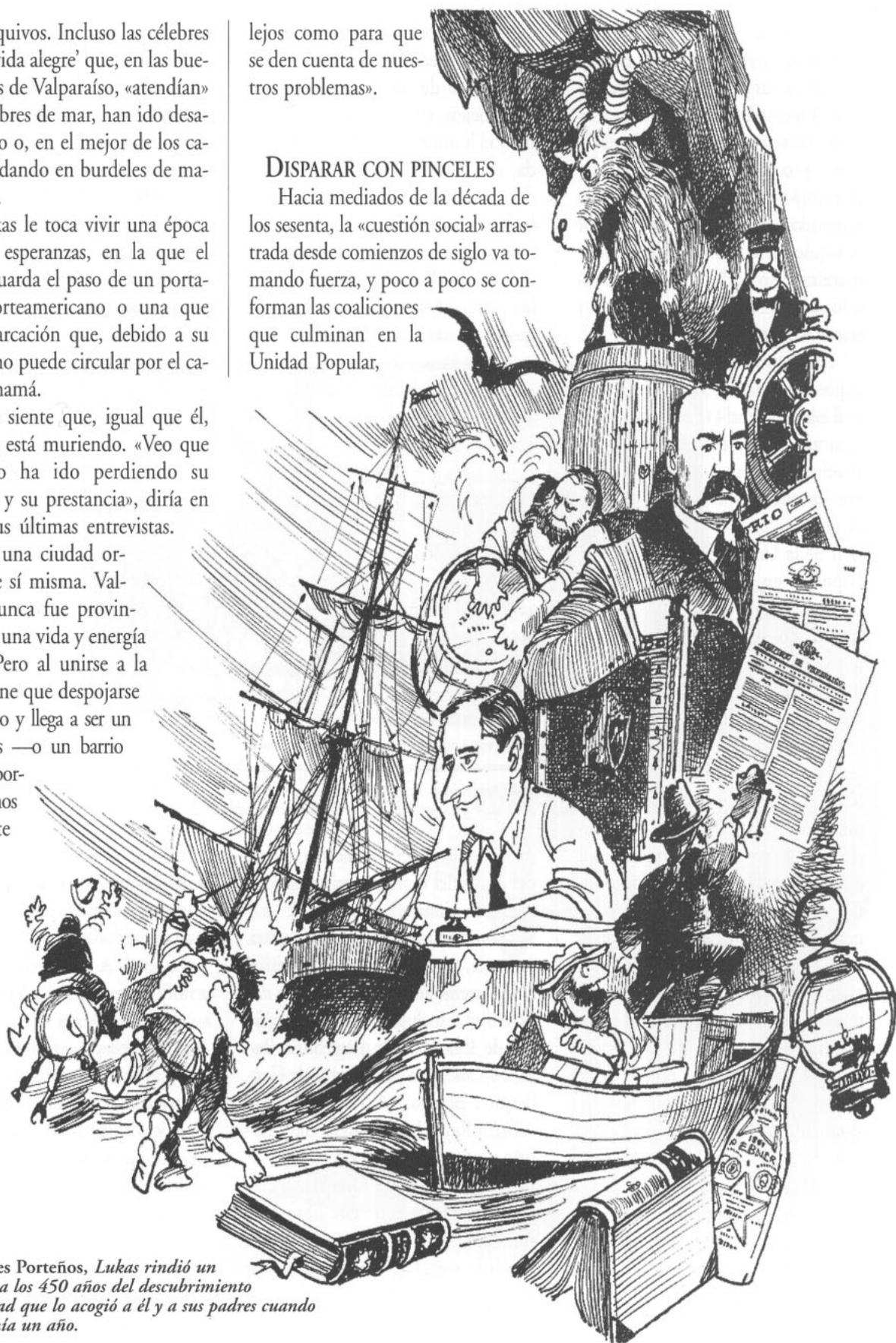
Renzo siente que, igual que él, su puerto está muriendo. «Veo que Valparaíso ha ido perdiendo su identidad y su prestancia», diría en una de sus últimas entrevistas.

«Esta era una ciudad orgullosa de sí misma. Valparaíso nunca fue provincia. Tenía una vida y energía propias. Pero al unirse a la capital tiene que despojarse de todo eso y llega a ser un barrio más —o un barrio menos— porque estamos lo bastante

lejos como para que se den cuenta de nuestros problemas».

DISPARAR CON PINCELES

Hacia mediados de la década de los sesenta, la «cuestión social» arrasada desde comienzos de siglo va tomando fuerza, y poco a poco se conforman las coaliciones que culminan en la Unidad Popular,



En Apuntes Porteños, Lukas rindió un homenaje a los 450 años del descubrimiento de la ciudad que lo acogió a él y a sus padres cuando apenas tenía un año.

que ganará las elecciones en 1970. Tal vez por herencia familiar, porque su padre y sus parientes le enseñaron con el ejemplo que la comida y el bienestar se ganan con el sudor de la frente propia, Lukas no siente mucha simpatía por el rumbo que está tomando el país. Las propuestas de la izquierda, con fuertes influencias marxistas, no lo convencen. Aun así, solo se limita a retratar la situación a través de sus dibujos.

Armado con lápices y pinceles y disparando caricaturas, Renzo Pecchenino asume un fuerte rol de crítica a la gestión de la Unidad Popular en sus tres años de gobierno. Los temas que abordará con mayor frecuencia serán el creciente desabastecimiento; las colas para conseguir desde un pollo hasta

electrodomésticos; la incontrolada e incontrolable inflación; las Juntas de Aprovechamiento (JAP) y los beneficios que ese grupo percibía y, finalmente, el miedo de una posible guerra civil que culmina en el pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973. Y de esta época data también el único problema de Renzo Pecchenino con la justicia: aludiendo a la escasez de carne, en una de sus caricaturas suprime al huemul del escudo nacional... Es citado a los tribunales y el asunto no pasa a mayores.

Por propia iniciativa, pero siguiendo además la línea editorial del medio en que instaló trinchera —*El*

Mercurio— Lukas da tribuna en sus 'monos' a temas como el manejo económico de un país que no está para juegos; critica mediante la ironía y el humor la llegada a La Moneda, con un poco más de un tercio del electorado, de un gobierno revolucionario de izquierda y sus polémicas acciones; cuestiona las visitas de personalidades tan controversiales como Fidel Castro en 1971 quien, en vez de quedarse por diez

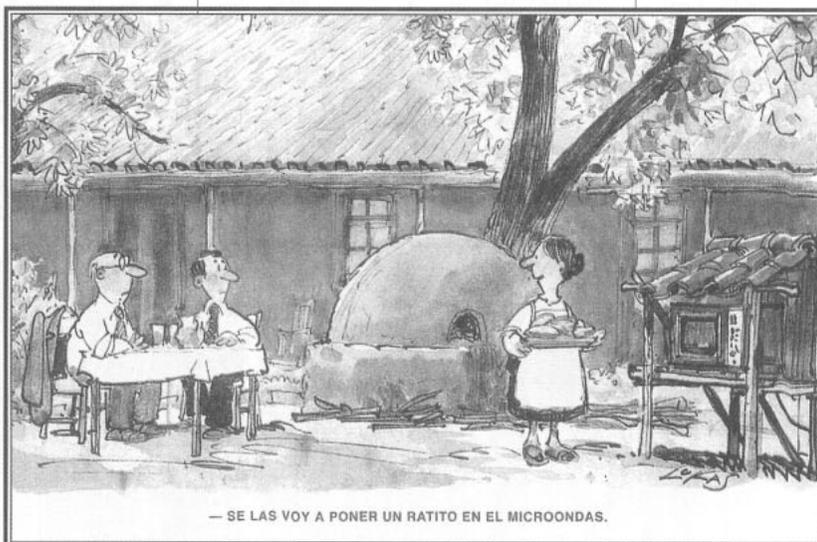
aquel armero, el simpático poeta romano Horacio, quien estableció sus características: *Castigat riendo mores*, riendo censura las costumbres(...).⁹

EL «DESPEGUE ECONÓMICO» EN LA MIRA

La etapa final de la corta pero productiva vida de Renzo Pecchenino se desarrolla casi por completo en relación con el gobierno de las Fuerzas Armadas. Como muchos, Lukas va a recibir la intervención militar con satisfacción, aunque con la tristeza de tener que admitir que algo en Chile no ha salido bien. El Golpe es el resultado de una situación llevada hasta el extremo; la única salida posible para un país que estaba llegando al borde de la irracionalidad.

Durante el régimen encabezado por Augusto Pinochet, Lukas continúa su rol crítico, pero se nota una cierta afinidad con las ideas del nuevo sistema. A diferencia de los años anteriores, en que el ataque es directo y se extiende no solo a los hechos sino a la propia ideología, las arremetidas del lápiz y la pluma del artista son ahora más benevolentes, retratando las dificultades de un período, pero dejando entender que se está en el camino correcto.

Declarará que: «Si Lukas fuese político... acataría las reglas del juego que imperan en el sistema. En todo caso, hasta ahora, debo decirle que los viejos políticos no me han



Una de sus caricaturas preferidas retrata el advenimiento de la modernidad en este Chile que aún no pierde del todo sus tradiciones.

días, decidió permanecer por más del doble del tiempo, levantando airadas reacciones.

Durante ese lapso, Lukas aguza puntería, como lo destaca Hernán Millas en su libro *Francotiradores del humor* que incluye los trabajos gráficos de Lukas, Percy Eaglehurst Ramos y Coke y algunos textos de Guillermo Blanco, Alfonso Ortega, Alberto Reyes Mosco, René Silva Espejo y suyos propios.

En su prólogo, Millas sentencia: «Los participantes de este libro fueron exactamente francotiradores. Desde la azotea de su diario o revista disparaban a la Unidad Popular. Sus municiones eran las aceptadas por

planteado nada nuevo, más que sus deseos de sacar al gobierno militar para volver a la chuchoca que teníamos antes».

La postura de la iglesia católica durante el régimen militar tampoco se escapa cuando, contestando a la pregunta «Si Lukas fuera católico...», formulada en la misma entrevista, señala: «No me parece respetable la pugna de algunos sectores de la Iglesia con el Gobierno (...). Me duelen, como católico, las huelgas de hambre dentro de la Catedral. ¡Qué habilidad la del marxismo al montar sus campañas publicitarias en nombre del pueblo... y desde la Iglesia Católica!».

Lukas retratará durante la década del setenta post UP, y especialmente a partir de los ochenta, las penurias para lograr el ansiado despegue económico. Este difícilmente se podría producir con la paupérrima situación heredada de los economistas de la Unidad Popular, que en menos de tres años llevaron al país a la parálisis productiva y a la quiebra.

Una vez más, Pecchenino se desdobra y es Renzo, racional, analítico, el que opina que «nuestros socialistas quisieron hacer aquí una suerte de Rusia, y hasta las fábricas de escarpularios tenían que ser del Estado, y finalmente terminamos en un circo. Se cambia a un sistema liberal y terminamos en el mismo circo. En este, todos tenían que ser millonarios en el menor lapso posible». ¹⁰ Responsable y austero, Pecchenino no entiende que se pueda salir de la crisis económica como no sea trabajando duro. «Yo personalmente no he tenido recesión», declara. «No caí en ninguna extravagancia en que cayeron muchos amigos míos. Debo lo que puedo pagar y he redoblado mi

trabajo. No espero nada de mi previsión ni de nadie. Las cosas más dependen de mí». ¹¹

CHILENO, ITALIANO Y... PORTEÑO

Renzo observa con su agudeza habitual a este Chile que parece re-puntar. La modernidad asoma tímidamente su cabeza en el país más austral de uno de los continentes olvidados por los grandes centros económicos del mundo.

El dibujante descubre el revés de esta trama y la convierte en una nueva fuente de inspiración para el análisis de la idiosincrasia chilena. Chile, creyéndose el cuento de la nación desarrollada, comienza a importar costumbres y estilos de vida; desea emular hasta lo imposible a quien inspirara su revolución económica: los Estados Unidos de América.

Renzo desconfía del dinero fácil, la opulencia, los Mercedes Benz y los viajes a Miami de los *yuppies* para decorar sus casas. Se siente ajeno a estos hijos pródigos de Chicago.

Pero Lukas, menos grave que Renzo, hace que un país entero se ría de sí mismo, de las personas típicas de un Chile que

ya no es el de antes, pero que sigue siendo, después de todo, el mismo. Los más humildes, aquellos que no saben de autos de lujo, empresas o viajes, también tienen cabida en sus páginas: en ellas retrata a un país que no halla qué hacer con lo que ha logrado. Chile se ha convertido en un «nuevo rico», un «roto con plata» llevado a nivel colectivo, que compra todo en el exterior pero que en definitiva no sabe cómo diablos se usan sus flamantes «juguetes». En

uno de sus 'monos' para la Revista del Domingo dibuja a una mujer campesina que ven-



Renzo Pecchenino hojeando su Bestiario del Reyno de Chile, donde retrata con maestría el carácter nacional.

de sus empanadas en un paisaje rural. Hay un ranchito, un horno de barro, todo es puro campo. Pero hasta allí también ha llegado el progreso. La mujer, con la bandeja de empanadas en la mano y apuntando al moderno artefacto a su lado, pregunta a su cliente: «¿Se las caliento un poquito en el microondas?». El propio Lukas señala esta como una de sus caricaturas regalonas.

Pero, chistes más chistes menos, Chile ha dado un giro, reorientando su proa hacia un destino más promisorio, distante de las grandes utopías pero más cercano a un desarrollo basado en el trabajo y en la economía de libre mercado. Es un país más moderno, con más cristal y menos ladrillo, menos tierra y más pavimento.

En ese contexto esperanzador llega para Lukas, en 1981, el Premio Nacional de Periodismo mención dibujo, que se une a distinciones anteriores. Surge, no obstante, un problema: el acta de nacimiento dice que Renzo Pecchenino Raggi es italiano. No cumple con uno de los requisitos: ser chileno. ¿Cambiar su nacionalidad? Ni pensarlo. «Como siempre, he considerado feo renunciar a la nacionalidad, porque es un poco como renegar de nuestros padres. Siempre me sentí chileno auténtico. Solo veintiséis meses de vida los pasé en Italia».¹² Hay polémica

entre el jurado, presidido por el ministro de Educación, Alfredo Prieto. Al final pesan más sus cualidades y Lukas —que en un momento de dolor ha confesado nunca haberse sentido más extranjero que en esa oportunidad— recibe el galardón.

Los honores y reconocimientos no hacen cambiar a este hombre sencillo, reconcentrado, poco amigo de reuniones sociales. Se refugia en su oficina porteña de un séptimo piso, desde donde observa el mar y dibuja incansable, cigarrillo tras cigarrillo. «Tengo la misión de dibujar», señala, «trabajar en otra cosa sería negarme».

El dibujo mismo, confidencia, le toma pocos minutos. El asunto es dar con el tema. «No hay un momento preciso para ello. Se me puede ocurrir incluso cuando me lavo los dientes».

¿Toma apuntes, fotografías, saca su atril a la calle? «Uno es como un escenógrafo», explica. «Es cuestión de cambiar los elementos necesarios para dar la idea de algún lugar que después le resultará muy familiar al lector. Se trata de reunir unos techos de calamina, unos edificios viejos y la cúpula del Mercado Central para que todos vean a un negocio de La Vega. Pero esos mismos techos o edificios combinados con otros elementos darán la idea de otro lugar».¹³

Hay mucho más, sin embargo. A

su mano bien dotada se une la perspicacia e ingenio requeridos para que el mensaje sea completo. «Sus dibujos —rememora Juan Pablo Illanes—, más que un chiste gracioso, tuvieron prácticamente el carácter de un editorial que transmitía opiniones, advertencias e ideas, con un particular sentido del humor».¹⁴

Lo espera todavía un nuevo espaldarazo de este país tan suyo, un país que reconoce su aporte: en 1987 obtiene por gracia la nacionalidad chilena, distinción reservada sólo a muy pocos. Emocionado, Lukas comenta: «Ahora soy chileno, italiano y... porteño».

Porque hasta su último día, Lukas siente el embrujo de ese puerto que viera por primera vez desde la cubierta de un barco, cuando aún no cumplía dos años. ¿Dónde radica ese encanto? «Su belleza deriva de ser algo único, propio, no copiado. A pesar de que el alemán hizo casas como en Alemania y el inglés como en Inglaterra, salió al fin un producto distinto y único. Allí es donde Valparaíso no se parece a ninguna otra ciudad chilena ni del mundo».

Y al final de su vida, Renzo Pecchenino reflexiona: «Porque sin una sonrisa en el corazón no se puede vivir en una ciudad como ésta».

Por Marco Montalbetti

F I C H A P E R S O N A L

Padres: Giulio y Clarice. Nace en Ottone, entre Milán y Génova, el 29 de mayo de 1934. Muere el 7 de febrero de 1988 en su casa de calle Peumo 441, en el barrio Chorrillos, Viña del Mar. Casado con María Teresa Lobos, tiene cinco hijos: Giulio, Antonella, Daniela, Renzo y Franco.

Trayectoria laboral

1958-1966: Diario *La Unión* de Valparaíso.

Desde 1966: *El Mercurio* de Valparaíso, *La Segunda*, *Pingüino*, *Topaze*, *La Estrella del Norte*, *O'Cruzeiro*, *Esquire*.

En televisión condujo el programa *El mirador de Lukas*, por canal de Televisión de la Universidad Católica de Valparaíso. También lo hizo en *La semana de ocho días*, *Canal 13*.

Obras:

Señora y señores (con chistes publicados en *La Nación*).

Bestiario del reyno de Chile.

Apuntes porteños, Ed. Universidad Católica de Valparaíso, 1971.

Apuntes viñamarinos, Ed. Universidad Católica de Valparaíso, 1980.

Contando a Chile, en combinación con Guillermo Blanco, Ed. Andrés Bello, 1976.

Distinciones:

1966: Premio especial Círculo de Prensa de Valparaíso.

1973: Premio Sociedad Interamericana de la Prensa.

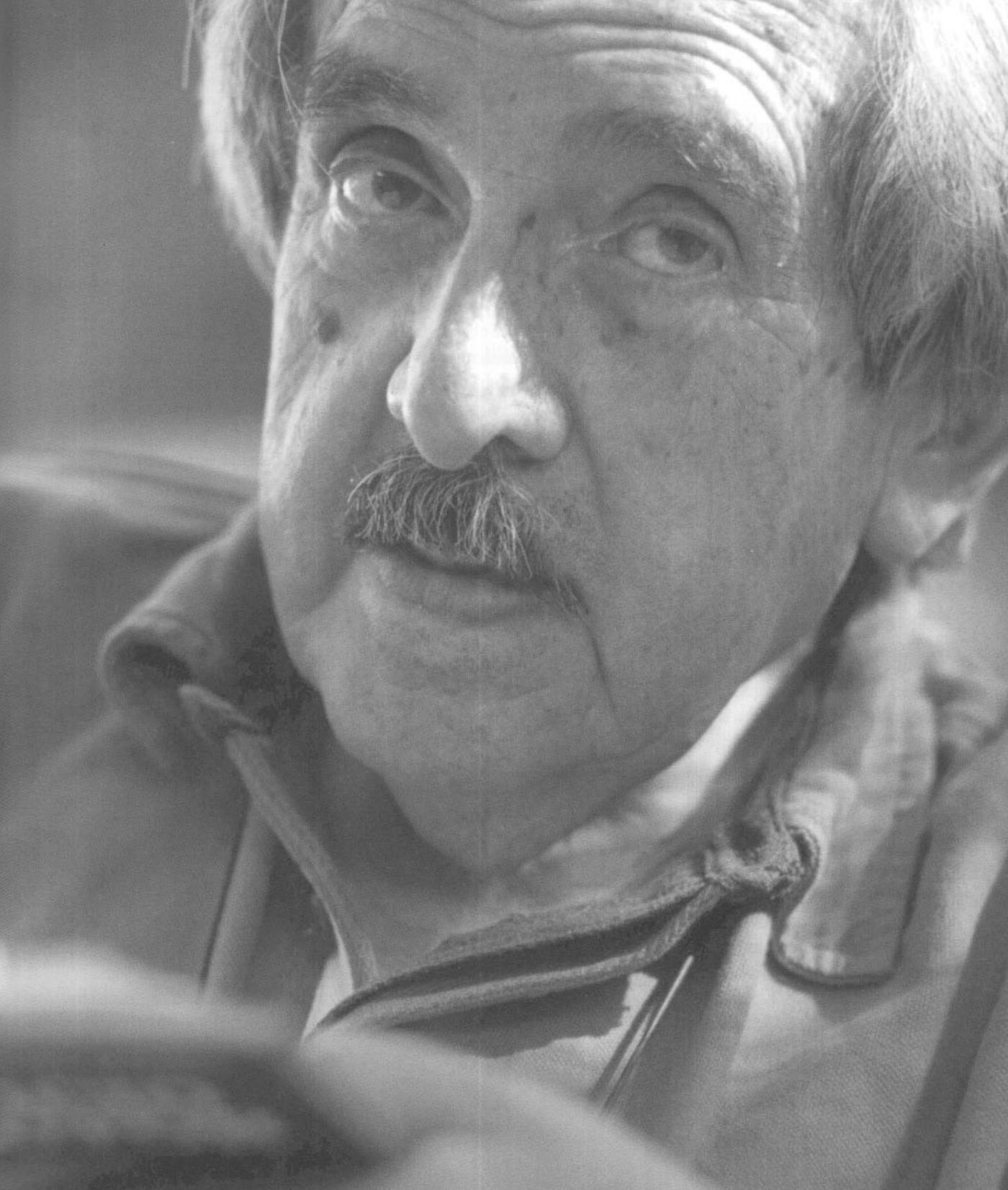
1981: Premio Nacional de Periodismo.

1986: Premio de la Asociación de Mujeres periodistas de la Quinta Región.

NOTAS

- 1 El apellido se ha mantenido en el anonimato por petición de la persona.
- 2 Miguel Rojas Mix, *Bestiario Chilensis de Lukas*, *El Mercurio*.
- 3 Revista *Vea*, 1977.
- 4 *El Mercurio*, 3 de junio, 1967.
- 5 Sara Vial, diario *La Nación*, 4 septiembre 1988.
- 6 *El Mercurio*, 3 de junio, 1967.
- 7 Sara Vial, diario *La Nación*, 4 septiembre 1988.
- 8 Lukas, *Apuntes Porteños*, segunda edición.

- 9 Hernán Millas, *Francotiradores del humor*, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago de Chile, 1974.
- 10 Rosario Guzmán, diario *La Segunda*, 9 mayo 1983.
- 11 José Tomás Reveco, *El Mercurio*, 1987.
- 12 Revista *Vea*, 1977.
- 13 Juan Pablo Illanes, *El Mercurio*, 9 febrero 1988.
- 14 *El Mercurio*, febrero 1988.



LUIS SÁNCHEZ LATORRE

Luis Sánchez Latorre (1983):

LA NOSTALGIA DE FILEBO

Como un homenaje a la palabra exacta, Luis Sánchez Latorre describe su pensamiento con la sutileza de quien no quiere despertar al otro. Su vigor no está en el volumen. La fama de estricto editor o riguroso crítico descansa en el contenido erudito del discurso, la agudeza de sus comentarios y la obsesión por el estudio diario. La figura de este periodista y escritor de setenta y cinco años, de mirada cansada pero atenta, de lúcidas ideas dichas con voz gastada, representa la experiencia y el talento.

Ya ha anunciado su desapego hacia ese lenguaje más críptico o rebuscado de sus primeras obras. Se trata de un anuncio de palabra, pero también existe una prueba publicada: *Memorabilia*, texto que según su propio autor está escrito en un estilo más sencillito. Detrás de ese cambio asoma una triste opinión de la realidad cultural en Chile: «Esta no es época para eruditos. En la medida en que se democratiza, la gente entiende menos. Antes había un núcleo exquisito de personas instruidas. Hoy eso no existe», dice.

Son cientos y cientos los libros

que tapizan las paredes de la habitación contigua al comedor. Y parece no serles suficiente el espacio porque rebasan el lugar: se apoyan en las paredes, sobre la mesa, en la cornisa de la chimenea, en muebles y repisas, en el suelo. Se atropellan para llegar hasta su propietario sentado en el living, en un antiguo sillón rodeado de libros! Curioso insaciable de las más variadas materias, reconoce exponerse entre ocho y doce horas diarias a canales de cultura, arte o ciencia y, naturalmente, a todo tipo de textos impresos.

Quien lo observa se pregunta si va al cine, si escucha música, si sale a divertirse. «Cuando vivía mi señora —dice para despejar la duda— íbamos mucho al cine y al teatro. Nos gustaba salir. Pero ahora prefiero quedarme en la casa. Casi no manejo y menos de noche». De la música, prefiere la clásica, aunque también le gustan grupos como Illapu y Los Jaiwas, admite con una sonrisa.

Porque Luis Sánchez Latorre también sonríe. Y su sonrisa parece más sincera que otras. Por lo escasa, tal vez, como apuntó alguien refiriéndose a sus poco frecuentes elo-

gios en la crítica literaria. Pero ese gesto habla de la capacidad lúdica de Filebo y de esa simpatía de hombre bueno que no se puede esconder detrás de ninguna biblioteca.

LA DIOSA JUSTICIA SONRÍE

El 30 de agosto de 1983 no iba a ser un día cualquiera. Aquel martes Santiago estaba nublado. Una fría pero agradable brisa recorría la ciudad como presagiando que la lluvia caería en cualquier momento. Pero nada de eso ocurrió.

El periodista, sentado en su oficina de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), cumplía, como era habitual hacía diez años, sus funciones de presidente de dicha institución.

Miró el reloj. Aún era temprano. Sus obligaciones lo habían hecho olvidar la importante votación que se llevaba a cabo, en ese instante, en el ministerio de Educación.

El sonido del teléfono no lo inquietó mayormente. Estaba inmerso en sus papeles cuando la voz de la ministra, al otro lado de la línea, lo volvió a la realidad. Al contestar tranquilo, y luego del saludo, escuchó

«La mayoría de quienes llegan a Periodismo lo hace porque no sabe qué estudiar y sale con todas las limitaciones. Sus lecturas son limitadas, así como sus conocimientos del mundo, de la historia. (...) Hace mucho tiempo que no brotan personalidades».

decir a Mónica Madariaga: «Usted acaba de recibir el Premio Nacional de Periodismo».

Permaneció callado unos segundos, mientras cientos de imágenes bombardeaban su mente. Estaba sorprendido y verdaderamente feliz. Llamó a Mimí Garfías, su mujer, para contarle la noticia.

Internamente quería obtener el galardón. «Para mí era muy importante. Por eso postulé. Pero tenía temor de que no me lo dieran. Hubo una gran pelea, pero al final lo obtuve yo».

Al llegar al ministerio se tomaron las fotografías de rigor y la prensa que lo aguardaba recogió sus primeras impresiones: «Estoy muy emocionado. Yo, que he participado muchas veces en este tipo de actos, jamás pensé en ser objeto del mismo», reconoció. La ministra de Educación y presidenta del jurado, Mónica Madariaga, fundamentó el galardón en «su vida entera dedicada al periodismo, su vasta trayectoria y dominio de todos los géneros periodísticos, además de su amplio y esmerado manejo del idioma».

Entre las muchas publicaciones aparecidas luego de conocerse el resultado, la del diario *El Sur* de Concepción, de septiembre, podría ser una señal de merecimiento en una aparente tradición de injusticia: «Buen año éste para reconocer a los hombres talentosos de Chile. Que le hayan dado el Premio Nacional de Arte a Claudio Arrau, y luego el de Periodismo a Luis Sánchez Latorre, llena de gozo. La diosa de la justicia, cuya jurisdicción comprende también las obras de arte y el crédito de sus creadores, debe sonreír compla-

cida, tras su venda. Y debe hacerlo porque se han discernido esos premios con probidad y de acuerdo con auténticos merecimientos, dejando de lado los empeños, los favores y las cuñas que, en más de una ocasión, le restaron brillo al codiciado galardón».

Han pasado los años y ahora, recostado en un sillón de esa casa atestada de libros, Luis Sánchez Latorre habla sobre su vida. También se lo conoce como Filebo —personaje de los diálogos de Platón— y como Pepys —inglés famoso por su diario personal—.

EL PERFUME DE LOS MEMBRILLOS

Lejos de las críticas y algarabía que traía consigo la nueva Constitución de la República, en la intersección de Irrazabal con Vicuña Mackenna llegaba al mundo el 8 de diciembre de 1925 un hijo de José Luis Sánchez y María Carlota Latorre, quienes en total tuvieron nueve.

Cuatro años más tarde el mundo se vino abajo.



En 1983 recibe el premio de manos de la ministra Mónica Madariaga.

La caída desatada en Wall Street no perdonó ni a santos ni a pecadores. «En 1929 sobrevino la crisis mundial y comenzó la ruina. Esta pasó por nuestra casa batiendo sus alas. Un viento seco, lleno de polvo recorrería las calles de noviembre».¹

A los cinco años se traslada con su familia al barrio Matucana y realiza sus estudios primarios en la Escuela Pública N° 8. «En estado de completo analfabetismo me presenté ante la señorita Emma Urbina (...) La escuela que se erguía en la calle Santo Domingo era un viejo caserón de madera. Dos plantas. Corredores estrechos en la altura y unos carcomidos barandales. Tres recuerdos de ese tiempo todavía perviven en mí: el perfume de los membrillos hacia el mes de abril, la visión de un horizonte poblado de acacios y aromos, y el rostro moreno, de finos rasgos, de la señorita Urbina. ¿Qué edad tenía? No sé. Tal vez veinticinco años, quizás veintiocho. Al punto sentí, o creí sentir, que extendía sobre mí el calor de una sobreprotección. Le había caído en gracia. Yo era un niño tímido, pecoso, de pelo castaño y ojos claros, casi aguachentos. En un mundo de desarropados llevaba puestos zapatos de buena calidad, calcetines largos. Me atribuyeron riquezas a manos llenas».²

Con el paso del tiempo, Sánchez Latorre mantiene vivo el recuerdo de su maestra. Afirma que su imagen le significaba encontrados sentimientos. «En verdad carecía de poder de análisis, pero intuiciones confusas, vagas, me indicaban la presencia de algo nuevo en mi vida. El hecho de que me hubiera escogido entre tantos

para depositar en mí más ternura que en los otros me tenía conmovido. Así, a tempranos años me vi obligado a reflexionar sobre la belleza femenina. La proximidad física de la señorita Emma se me transformó en motivos de rubores y temblores».

Hacia fines de agosto de 1939, el mundo miraba atónito la invasión alemana hacia Polonia. Sánchez Latorre recuerda que la Segunda Guerra Mundial, pese a su lejanía, golpeó la realidad nacional. «Chile debió adaptarse al sistema restrictivo que imponía la guerra. La bencina se hizo escasa, al igual que los productos básicos. Al final tuvimos que acostumbrarnos a ese estado de guerra que se vivía en el mundo. Pero la juventud no estaba muy pendiente. Era solo un grupo de personas que seguía el curso de la guerra a través de los comunicados, de los diarios y principalmente de la radio».

En esa fecha, Sánchez Latorre llevaba un año en el Liceo Amunátegui, donde despertó su amor por las letras. «Me dediqué a escribir. No me interesaba nada más. A los trece años terminé mi primer cuento. No quería ganar dinero, solo describir al mundo y narrar cosas», recuerda.

El cojo, relato de Sánchez publicado en noviembre de 1940 en la revista de los 50 Años del Liceo Amunátegui, relata las andanzas de un perro. Uno de sus mentores y entonces profesor de castellano, Rubén Azócar, elaboró la crítica: «No cuenta con más de trece años; es un chico modesto, silencioso; posee una gran capacidad, es trabajador y está dotado de una extraordinaria sensibilidad: mañana la literatura chilena recibirá seguramente la obra de un gran escritor».

La infancia está plena de recuerdos para Filebo. «Es una etapa de muchos sueños e inquietudes». Eran los años de aventuras y correrías en su añorada calle Santo Domingo y el barrio Matucana. «Son los días de escuela y liceo. Esos tiempos están llenos de mundos, de pequeños y grandes amores. Es como un tipo de jardín que no se ha marchitado nunca. La infancia la tengo muy presente, inclusive a veces siento que todavía estoy en ella. Ni siquiera he vuelto, sino que nunca he salido», afirma.

«Mi familia era de esas enchapadas a la antigua, de costumbres más o menos conservadoras. Burguesa, de clase media chilena. De varios hermanos. Con un padre dedicado a actividades comerciales (era corredor de frutos del país, principalmente, muy común en aquella época), a



En un homenaje a Pablo Neruda. Su convicción sobre la realidad de la cultura en Chile no es alentadora: «Esta no es época para eruditos, la gente entiende cada vez menos», sostiene.

quien a veces le iba bien, y otras, no tanto. Existía esa dependencia que se produce cuando un padre es el centro de todo, que piensa que el mundo nunca se le va a derribar. Era un universo tolomeico, todo cerrado, amurallado», sostiene. «Era casi conventual. Yo lo sintetizo un poco con los viernes santos en que había que caminar en puntillas».

Entre las primeras lecturas que marcarían su destino, están *Los aparecidos*, de Luis Roberto Boza y las novelas de detectives de Conan Doyle, «mi gran autor de niño», afirma. Luego, libros más atrevidos como *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence, para continuar con Ortega, Bertrand Russell, Spengler, Freud, Marx y Neruda. Más tarde llegarían Huidobro, Pablo de Rokha, Gabriela Mistral, Ángel Cruchaga, Juvencio Valle, Humberto Díaz Casanueva, pasando por los españoles Unamuno y Pío Baroja.

En 1944, al terminar el colegio, sintió que era el momento de desligarse un poco de su familia. «Pero no una desvinculación total. Fue como decir, ahora me mando yo, organizo mi vida, soy capaz de hacer cosas».

A esa edad aún no tenía claro cuál podría ser su profesión. «Nunca pensé en el periodismo. Creía que lo mío era la literatura», sostiene. Eso debido a que, desde muy joven, recibió el apoyo de escritores que se convirtieron en una influencia formativa: «Era gente de la generación del 38 con la cual compartí en reiteradas oportunidades. Muchas veces yo no iba al colegio para ir a verlos y tener charlas interminables sobre literatura. Así, cuando comencé a trabajar en diarios, ya era experto en muchas cosas. Entre otros, destacan Francisco Coloane, Óscar Castro y Homero Bascuñán».

«La generación literaria de 1938 es un movimiento muy peculiar en cuanto al uso del lenguaje. Integrada fundamentalmente por escritores autodidactas, surgidos del grupo social que no había tenido acceso a las fuentes del saber académico, atenúa sus asperezas naturalistas con el cultivo de una expresión *sui generis*. La violencia implícita en sus descripciones (porque es esencialmente descriptiva) suele diluirse entre largas tiradas de imágenes de todos los calibres. La crítica repara, con oportuno ademán, en esa suerte de fárrago poetizante que impregna la prosa de tales escritores, pero no logra ver el origen del fenómeno. Se limita a censurar las páginas que paralizan con obnubiladora retórica el desarrollo de un cuento o de una novela».³

EL JEFE DE CRÓNICA

A los veinte años, Luis Sánchez Latorre comienza su carrera periodística. «En ese tiempo empecé a escribir artículos para el diario *La Nación*. Me los publicaban los días domingos en la página literaria. Estaba muy orgulloso. Era un trabajo por el que no me pagaban nada. Una vez le dije a Hernán Díaz Arrieta (Alone): «De todo corazón pagaría por publicar algo escrito por mí. Él contestó: 'Yo haría lo mismo'».

A mediados de 1947, a los veintidós años, su deseo de independizarse lo impulsa a buscar empleo remunerado. «Necesito imperativamente trabajar, porque en mi casa me lo están exigiendo. Dicen que no puedo seguir allá, que soy un gasto», le dijo a Mario Garfias, periodista de *Las Últimas Noticias* y quien se convertiría luego en su cuñado. Al poco tiempo lo llamaron para ocupar una vacante en ese diario. «El cupo no

era de redactor ni de articulista, sino de reportero. Hice una prueba de quince días y me contrataron».

A los veinticuatro años es designado jefe de crónica de *Las Últimas Noticias*, entonces dirigido por Byron Gigoux. Fue allí donde conoció a quien fuera su gran amor, Mimi Garfias, periodista con la cual contrajo matrimonio en 1950 y con quien estuvo casado durante cuarenta y dos años. «*Las Últimas Noticias* estaba hecho con un espíritu un poco deportivo. Es decir, no vivía la actualidad inmediata. Se podía leer ayer o mañana porque el material que traía era como una revista; entrevistas que no eran perecibles. Ahora se lee un diario hoy y mañana ya no sirve», dice Luis Sánchez, y agrega: «Era un diario apolítico, un magazine para todo el país. Eminentemente ameno y culto, con artículos de importancia literaria».⁴

Los partidismos volverían a reflejarse en la prensa chilena para las elecciones de 1970. Los candidatos eran Salvador Allende, de la Unidad Popular; Jorge Alessandri, independiente y Radomiro Tomic, por la Democracia Cristiana. Los titulares consignaban las banderas de lucha ideológica y la cada vez mayor polarización en la que estaba inmersa la sociedad chilena.

Sánchez Latorre cuenta que esa forma de titular significó dejar de lado la moderación. «La prensa chilena, en general, fue invadida por la política. Comenzó a gestarse una batalla de groserías a través de los medios», asegura.

La derecha tenía a *Tribuna* y *La Segunda*. De la mano de Mario Carneyro, periodista formado en *La Tercera* y expulsado del partido comunista, el vespertino fue un enemigo acérrimo del gobierno de la Unidad

Popular. «Él fue quien acuñó la expresión 'Chilenos, junten rabia'».

Por la izquierda resaltaba *Puro Chile*, dirigido por José Gómez López, y *Clarín*, cuyas alusiones hacia el ex Presidente Jorge Alessandri «eran de una desfachatez sin precedentes en la historia política nacional».

Sánchez Latorre asegura que *Las Últimas Noticias* se mantuvo al margen de esa disputa. «Esa forma de tratar la noticia no era habitual en los diarios de la empresa *El Mercurio*», apunta.

Mientras fue jefe de crónica, muchos periodistas pasaron por su rigurosa inspección editorial. Enrique Ramírez Capello, actual presidente del Colegio de Periodistas, llegó a hacer la práctica a *Las Últimas Noticias* cuando cursaba su tercer año de periodismo. «Lo escandalizaban los errores; hacía reescribir los artículos dos, tres, cuatro veces, hasta que quedaran perfectos», recuerda.

Corroborar ese juicio Fernando Díaz Palma, también Premio Nacional de Periodismo: «Era la imagen viva del jefe severo, meticuloso, preocupado hasta la saciedad de la perfección del lenguaje y de una redacción impecable. Devolvía una y

otra vez las carillas y los títulos. Llegábamos a llorar. Pero aprendíamos. Él, incansable, seguía corrigiendo la montaña de papeles que se iban depositando en su escritorio. Sin prisa.»⁶

Cigarrillo tras cigarrillo y alisándose incansablemente los bigotes, el diario comenzaba a tomar forma. Entre las tres y las cuatro de la madrugada se iniciaba la tarea más delicada: la primera página. «Él se encargaba del editorial y de los títulos», señala Díaz Palma. Y añade: «Generalmente los hacía todos, era brillante, con mucho humor». Para graficar sus palabras, Díaz cuenta la ocasión en que él había escrito una nota pintoresca sobre la gradual pérdida de estatura de un anciano penquista. Sánchez tituló: «Un viejito se está achicando en Concepción: ya va en un metro». Acto seguido encargó una ilustración con el personaje en una camilla mientras el médico lo mide con una huincha.

De su estilo, Díaz Palma no es menos elogioso: «Como periodista, su estilo es magistral, fino, mordaz, con mucho humor negro. En sus libros era más críptico».

Ramírez Capello reconoce en Sánchez Latorre a un maestro que

con el tiempo se convirtió en un buen amigo. Compartieron momentos difíciles e innumerables reuniones en el Café Santos. «Era un gran conversador, un amante de la tertulia», dice Ramírez Capello. Y añade que comparte con él ciertas visiones del periodismo. «Creo que el periodista debe ser una persona en constante aprendizaje. Sánchez Latorre es un monstruo de cultura. Debe ser uno de los periodistas más cultos de este país. Su estilo es inconfundible: hermético, irónico, mordaz, documentado».

Ese estilo, aunque admirado por muchos, ha sido victimario de numerosos escritores que cayeron bajo su implacable crítica. «Él se daba ciertas licencias», afirma Enrique Ramírez. «Recuerdo una ocasión en que no le gustó para nada un libro y habló de la solapa, de sus dimensiones, su peso en gramos, las características de su forma, cosas así. Él desalentó a mucha gente, también. Era una voz muy poderosa. Ahora tal vez no sea muy famoso, pero es una elección personal y de carácter. Él no serviría para entrar en discusiones públicas, televisivas. Lo suyo es más íntimo, reflexivo. Es, sin duda, un referente».

LA POLÍTICA Y EL DINERO

Tal parece, en todo caso, que la política contingente no solo afectó los titulares de los periódicos, sino también las relaciones entre los periodistas y su quehacer profesional. Al respecto, este veterano periodista tiene algo que decir: «La política, del año 70 en adelante, dividió a la gente. Todos tomaron partido: a favor o en contra de los militares».

La represión política, sin embargo, no es para Sánchez Latorre el



Con el Cardenal Raúl Silva Henríquez y un joven Arturo Frei Bolívar en una conferencia de prensa.

único enemigo de la libertad de prensa: «Resulta que para la dictadura, paradójicamente, había más medios, porque si bien es cierto que se cierran muchos, van apareciendo publicaciones casi clandestinas. Revistas como *Cauce* y *Análisis*, después el diario *La Época*. Pero una vez que viene la democracia en pleno se acaban».

La explicación de Sánchez para esto es la competencia comercial y el hecho que «ya nadie quiere hacer el esfuerzo que hacía antes, poner de su propio dinero

para mantener una publicación. Los políticos o las personas que antes las activaban, sacrificando incluso de su bolsillo, ya no lo hacen más. ¿Para qué?, dicen, si total la pelea se acabó y se quedan leyendo *El Mercurio*...».

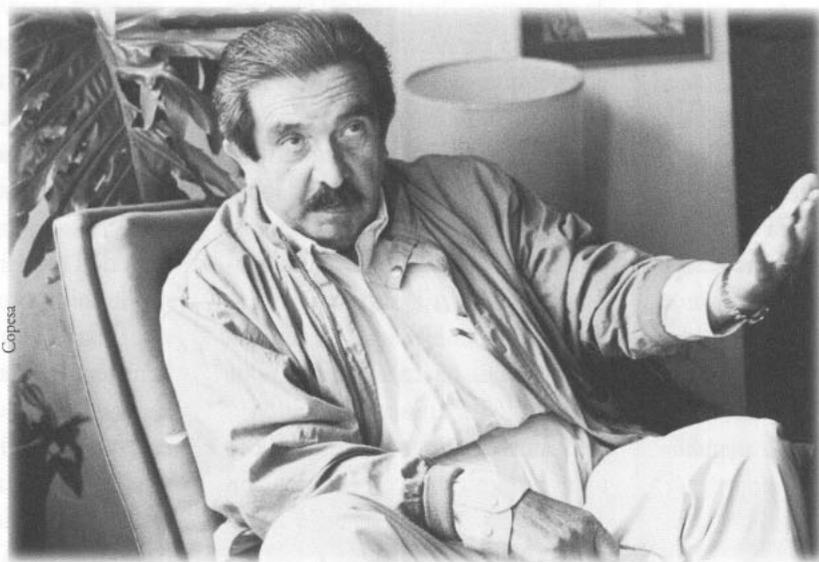
La camaradería de los periodistas también sufrió con la polarización ideológica. «Los tiempos duros, de pocos medios, de la vieja linotipia, de la casi ruinoso máquina de escribir Underwood, del despacho urgente a las cinco de la mañana»,⁷ con su interpretable carga de romanticismo, se estrellaron de pronto con la rigidez del partidismo político. «Había una gran institución que era la amistad, en que uno pasaba por alto las ideas del otro sobre cuestiones contingentes», cuenta con nostalgia.

Es en este punto donde el periodista y escritor también ve a su propio medio, *Las Últimas Noticias*, caer paulatinamente en el partidismo:

«En el fondo todos los diarios tomaron partido porque, les gustara o no, los medios siempre obedecen a instrucciones de una política que es la

época. «Recuerdo al gran cronista deportivo Julio Moreno Toledano, conocido como el Piti Moreno (era corto de vista). Él trató el tema de muy buena forma».

La buena forma, explica, se daba por la preparación y seriedad con que los hombres de prensa hacían su trabajo. Según él, jamás habrían recibido el desaire de algún futbolista que se negara a hablar. «Eran los deportistas los que se acercaban a ellos. Desde el presidente del club para abajo les daban toda clase de infor-



«Hermético, irónico, mordaz, documentado» son algunas de las cualidades de su estilo inconfundible, según el presidente del Colegio de Periodistas, Enrique Ramírez Capello.

de los propietarios. Todo va cargado con la pasión política, lo que daña la amistad. Yo que tenía grandes amigos... y los he venido a recuperar después que pasó esa etapa. Uno deja los medios y vuelve a ser el mismo. Seguramente son estos los que ejercen esa especie de control sobre la persona».

Hoy Sánchez Latorre observa: «Hay empresas que son dueñas de casi todos los diarios. Ellos los miran como un negocio. Nosotros no lo veíamos así, aunque fueran de una empresa comercial. Para nosotros era un ejercicio de ideales y una forma de desarrollar la cultura en el país».

EL DESENCANTO

Evocando el Mundial de Fútbol de 1962, jugado en Chile, Sánchez Latorre aprovecha de comparar a los periodistas actuales con los de esa

mación, por el respeto que inspiraban», recuerda.

A su juicio, esto cambia —y no solo en el área deportiva— en el momento en que entra a estudiar periodismo gente ignorante. «Y, peor aún, añade, sin ganas de saber. Llegan como si fuera corte y confección o una escuela de ingeniería comercial. Las facultades empiezan a lanzar profesionales sin tener en cuenta las necesidades del mercado. La prueba está en que muchos trabajan en otras cosas. Esto abarata la mano de obra».

Se detiene en este punto, como queriendo medir su decepción, pero es inútil. Luis Sánchez Latorre valora y enaltece la dedicación al periodismo de verdad: «La mayoría de quienes llegan a Periodismo lo hace porque no sabe qué estudiar y sale con todas las limitaciones. Sus lecturas son limitadas, así como sus conocimientos del mundo, de la historia.

No existe ese interés por leer obras superiores, originales, como con Victoriano Reyes Covarrubias, Hugo Silva o Joaquín Edwards Bello. Hace mucho tiempo que no brotan personalidades. Eso es lo que uno echa de menos».

Que el periodismo actual sea plano, dice Sánchez Latorre, también es culpa de los medios. Ya sea por espacio o por política editorial, limitan la manera de desarrollar o presentar los temas.

HACIA MEMORABILIA

En 1965 editorial Zig-Zag publica su primer libro, *Los expedientes de Filebo*, compendio de ensayos críti-

cos sobre el desarrollo de la literatura chilena y los momentos literarios que lo marcaron: la generación del 38 y del 50. Allí escribe: «Un Neruda quietista —discípulo del heresiarca Miguel de Molinos—, instalado por siempre y para siempre en Carahue, sostendría una audiencia y un destino muy diferentes. Es oportuno imaginar la figura de un Huidobro modesto, humilde hasta la miseria, pobre de solemnidad, sin posibilidades peripáticas, sin París, ay, sin Europa, viviendo de magras raciones en raído desván de La Chimba. ¿Qué habría sido de su ismo?». ⁸

Catorce años después, el libro todavía motivaba comentarios. En *Las Últimas Noticias*, Manuel Zúñi-

ga escribe: «Es seguro que el paso del tiempo ha dado mayor estatura a *Los expedientes de Filebo* y probado a la vez que los autores allí investidos conservan la suya propia. Por su parte, algunos de los escritores o poetas jóvenes que en esas páginas recibieron el espaldarazo del autor no deben de sacudirse aún de la sorpresa que les causaron ciertos epítetos generosos, que no menudean en la obra de Luis Sánchez Latorre, y que por lo mismo son más expresivos». ⁹

Tiempo más tarde, en 1975, Luis Sánchez publica su primera novela, *Adiós, Medusa*. «El verdadero título era *El sitio de Yungay*, que no se lo puse porque iban a pensar que me estaba riendo de las Fuerzas Armadas. En él hago un experimento de estilos para ir enfocando los matices de diversas situaciones que viví en mi adolescencia», comenta el autor.

En 1988 publica, a través de editorial Logos, su tercer libro: *Lejano Oeste*. Un lejano oeste que «comienza en Matucana y se extiende por San Pablo hacia el poniente, en dirección a Pudahuel. Estoy hablando de la calle Andes, de Santo Domingo, de Apóstol Santiago, del Polígono y de Blanqueado, de la Escuela de Artes y Oficios, el internado Barros Arana, la Quinta Normal y el viejo barrio Yungay». Según el poeta Enrique Volpe, «el narrador nos conduce de la mano de la nostalgia a recorrer un trozo de geografía de su pasado; esas calles viejas de la Quinta Normal con límites entre la realidad y los sueños. (...) Los verdaderos escritores deben felicitar a Sánchez Latorre por esa defensa al estilo del gran narrador Nicomedes Guzmán, que con sus metáforas supo cultivar pequeños jardines humanísimos en los terribles basurales mapochinos».

Del prólogo de *Memorabilia*

«En realidad nací cuentista oral. Los mejores cuentos se remontan a los días de infancia, en una familia bien avenida, de muchos hermanos.

Los mejores relatos brotaban en invierno, en la cocina, alrededor de un brasero grande, con un secador de ropa en medio.

Los cuentos, por lo general, eran historias que se tejían en el aire del barrio. La cálida vecindad era extraordinariamente rica en anécdotas personales.

(...)

Espero no ser oscuro ni sofisticado, como en los tiempos juveniles cuando uno confunde la voluntad de estilo con la falta de sencillez.

En el curso de mi existencia he leído por gusto y por necesidades de oficio. Escogí como profesión el periodismo porque era lo que más se parecía a lo que a mí me gustaba hacer».

Su último libro, *Memorabilia*, es, como dice Fernando Emmerich, un retrato de los escritores de su tiempo, con un estilo inmejorable. Emmerich escribe: «Su prosa hace perder la observación sagaz, el atisbo significativo, el humor sutil, la nota ingeniosa. Nada escapa a la mirada de su formidable rostro de caudillo de la revolución mejicana, y esas miradas ponen en movimiento su pluma certera».¹⁰

«Ahora hay más escritores que antes, pero no mejores. Leer a uno es como leer a varios, porque se ha improvisado mucho. Se improvisa todo», comenta Sánchez Latorre.

AÑOS DIFÍCILES

A comienzos de 1966 María Flora Yáñez —hija del político liberal y fundador del diario *La Nación*, Eliodoro Yáñez y hermana del escritor Álvaro Yáñez Bianchi (Juan Emar)— instó a Sánchez Latorre a ir en una lista para renovar el directorio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH). En esa contienda electoral obtuvo la votación necesaria para ser elegido miembro del directorio y presidente de la Comisión de Cultura. Presidente de la SECH resultó Francisco Coloane y María Flora Yáñez, vicepresidente.

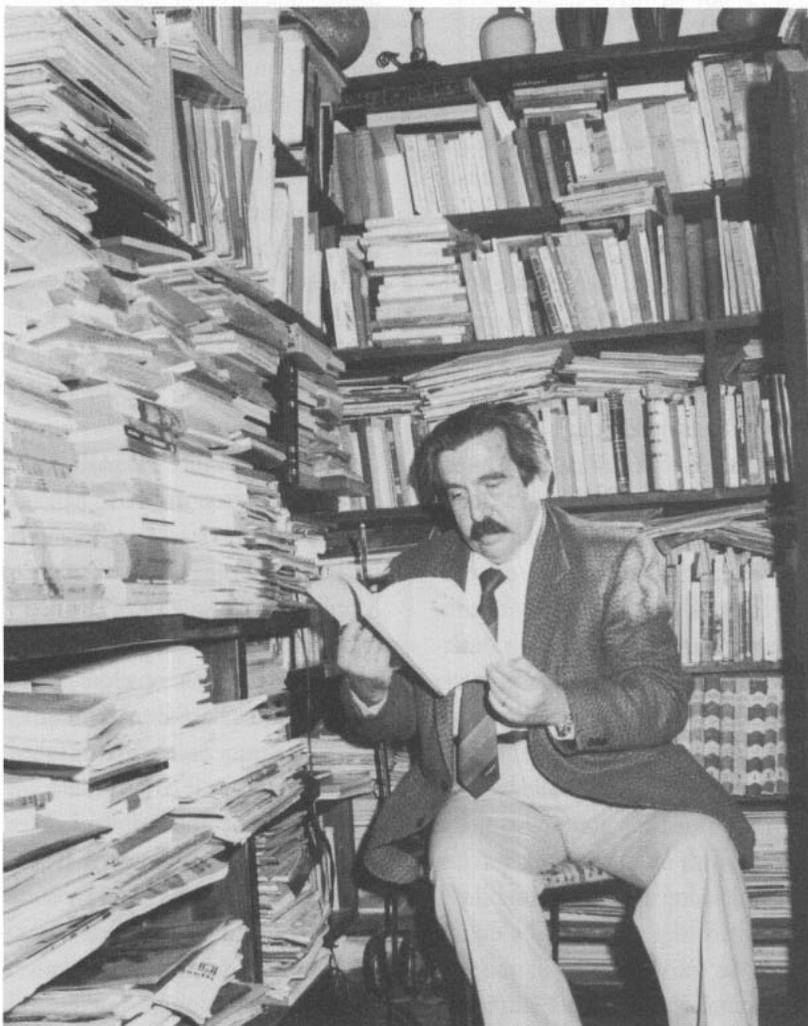
Luego, en 1968, Sánchez Latorre forma parte de una lista para optar a la presidencia de la SECH, conformada por independientes y socialistas, ideológicamente cercanos al gobierno de Frei Montalva, como Mila Oyarzún, Mario Ferrero y Antonio Montero, entre otros. Se escogió como presidente al más centrista. La mesa directiva, entonces, quedó presidida por Sánchez Latorre, con Enrique Campos Menéndez como vicepresidente y Mila Oyarzún como tesorera.

Esta primera presidencia dura hasta 1970 y durante ese período conoce a Pablo Neruda. «Él había sido presidente de la SECH y un día fue para allá. Estuvo conmigo y conversamos. A pesar de que yo había sido un opositor a él, desde un punto de vista ideológico, me invitó a Isla Negra y lo fui a visitar. En mi diario yo había hecho muchas críticas a su desempeño político», afirma.

Para Sánchez Latorre, la figura del Premio Nobel es importantísima. «Cuando se comienza a ver la literatura de este país, se descubren sus poetas», opina. «Es cuando vienen los primeros amores: de mucha-

cho, de adolescente. Y eso se acompañaba con la lectura de los versos de Neruda como los *Veinte poemas de amor*. Uno ya está impregnado de su obra. Para mí es una figura mítica. No tenía casi necesidad de conocerlo, me bastaba con leer todo lo que él escribía. Así es que cuando nos conocimos, tenía a Neruda muy metido dentro de mis oraciones».

A fines de septiembre de 1975 Luis Sánchez Latorre es incorporado como Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. En la ceremonia efectuada en el Instituto de Chile, el escritor y periodista señala: «Me niego terminantemente a fati-



Son cientos y cientos los libros que tapizan las paredes de su casa, rebasando las estanterías, copando muebles y repisas.

garles. La palabra, según se dice, es liberación. También es tedio, manejo opresivo. La insistencia es el más puntual de los soporíferos. No es justo reunirnos para suscitar vuestro rencor. La longura no es mi fuerte, digo, parodiando a Valéry. Me anquilan los vocablos desprovistos de una densidad. Sufro ante el orden vulgar de la frase. Me encandila Borges con su estrictez. Durante tiempos inacabables deseché la idea de una novela expuesta a los favores de la mayoría(...).

Ya con los militares en el poder, Sánchez Latorre prosiguió con sus labores periodísticas apoyado en lo que ha sido su vida y pasión: la literatura. A fines de 1973 inicia la segunda presidencia en la SECH, hasta ese momento con una directiva de izquierda: «Todos creían que el gobierno militar la iba a cerrar, que diría 'Esto es un nido de izquierdistas, se acabó'». Entonces, junto a otros escritores —Olga Arrate y Fidel Arana—, creyeron oportuno un cambio. «En octubre de ese año, los que se iban convocaron a una asamblea y propusieron mi nombre. Se me dio autorización para formar una nueva directiva. A los pocos días un decreto ley del gobierno militar estipuló que no se podían escoger organismos gremiales ni sindicales y que todas aquellas organizaciones ya establecidas continuarían así hasta nueva orden. Pensé que mi presidencia iba a durar un par de años. Al final estuve once, hasta 1984».

En un periodo conflictivo debió velar por los intereses de los escritores, asociados a un espíritu libre y creativo; y negociar con los militares: «Me tocó enfrentar situaciones muy difíciles y con buen ánimo. Yo nunca pensaba en que estaban matando gente o que se la podían llevar

de la noche a la mañana. Uno lo sabe, pero no lo piensa. Es decir, yo hacía mi trabajo con el mayor acopio de libertad que podía, sabiendo que vivía en un mundo erizado de trampas y minas».

Del mismo modo, recuerda cómo era que llegaba a los militares: «...Tuve que hablar con algunos generales... Yo, por suerte, tenía muy buenos amigos y compañeros, tanto en el periodismo como en literatura, que habían sido jefes de las Fuerzas Armadas, como el general Diego Barros Ortiz. Él me ayudó mucho en las tareas para rescatar gente».

En un acto de rebeldía, en 1978 mandó una carta al ministro de Educación en la que se negaba a participar como jurado del Premio Nacional de Literatura. Su cargo de presidente de la SECH lo obligaba a estar ahí. «No se puede actuar con militares entregando premios nacionales», alega. El hecho no causó el revuelo que se podría esperar. «Les inspiraba respeto que una persona fuera capaz de hablarles en ese lenguaje».

GRACIAS AL POTAJE

Durante tres décadas, Sánchez Latorre disfrutó de las bondades de la noche santiaguina: conciertos en el Municipal, veladas en el teatro Ópera, revistas con vedettes trasandinas en su mayoría. Los recuerdos tienen nombres: Bim Bam Bum, Humoresque y Picaresque, además de la Taberna Capri de la calle San Antonio.

Eran los tiempos románticos en el periodismo, cuando se trabajaba de nueve de la noche hasta las dos o tres de la madrugada. Los restaurantes, siempre abiertos, esperaban a sus habituales inquilinos fugaces que mataban el hambre con pastas y carnes.

Sitios recurrentes eran Il Bosco, en la Alameda; El Comercial, en Morandé con Compañía. El Santiago Zúñiga estaba en Bandera, mientras la calle Monjitas era famosa por El Rey de las Papas Fritas, El Rey del Pescado Frito, El Verdejo y El Cielo, con su comida italiana. En las mentes de los bohemios de los años 50 no morirán El Zepellin y La Garza, en la penúltima cuadra de calle Amunátegui. Mención aparte merece El Chúcaro de la Jara cuyos «porotos con riendas y longanizas consumíamos a las cuatro de la madrugada», dice Sánchez Latorre.

«Yo no tengo vocación de bohemio, pero el trabajo en ese tiempo era fundamentalmente nocturno. *Las Últimas Noticias* salía a la calle a las once de la mañana y circulaba como hasta las tres de la tarde, cuando aparecía *La Segunda*. Teníamos que esperar los cables nocturnos y entretanto salíamos a comer y después volvíamos. Las comidas se prolongaban desde las once de la noche hasta las dos de la mañana.... nos habríamos muerto sin tener la resistencia de algún potaje», ríe Sánchez Latorre y continúa: «En ese grupo estaban Fernando Díaz Palma, que se formó conmigo; Iván Cienfuegos, a cargo del diario en Temuco; Rigoberto Díaz, que después fue embajador... En las conversaciones se arreglaba el mundo, se jugaba dominó, se barajaba lo pequeño y lo grande, todo lo que estaba pasando».

Más que el aire, el vehículo de sus palabras parece ser la nostalgia. Pero no es el fácil y socorrido todo tiempo pasado fue mejor. Es una voz cansada, pero atenta, de un hombre que viene caminando de lejos y se detiene en la reflexión. Recuerda esa bohemia como una época entretenida, cuando los diarios

permanecían abiertos, sin servicio especial de vigilancia. «Entraba cualquiera, a cualquier hora del día, de la mañana o de la noche. No tenía que ponerse una escarapela en la solapa o dejar el carné de identidad, porque no había temor, ni al sabotaje ni a que fueran a matar a alguien».

«En una época no tan lejana — año 65, 66— era fácil entrevistar a personajes de lujo sin salir de casa. Una tarde encontré muy sentado en la antesala de la dirección de *Las Últimas Noticias* a Jorge Luis Borges», cuenta Sánchez Latorre. «Sencillo, casi modesto de hábitos, Borges estaba ahí esperando para ser entrevistado. No diré que lo interrogué en el tono de ¿qué desea, buen hombre?, porque su cara y obra me eran vastamente conocidas. Lo hice partícipe, naturalmente, de la alegría imaginaria del personal del diario por acogerlo en casa. Borges, como lo podrá tener presente Julio López Blanco, encargado de la nota, no eludió ninguna de las preguntas. Él sustentaba un buen rasgo: evitar las respuestas con censura. Su inteligencia era mucho mayor que su poder de cálculo. Nada afecto a los manejos de la política, perfectamente podía abordar temas de ese género sin ruborizarse».

¿Quiénes visitaban el diario? «Alguna vez llegaba algún loco, pero acudía gente importante, personajes que aparecían de noche. Muchos políticos que iban a pedir algo o a plantear algún problema. Llegaban pintores, dibujantes, el hijo de Juan Francisco González, Huelén; Héctor Pinochet Le Brun, el doctor Carlos Hant, Ángel Faivovich, Ignacio Palma Vicuña, que fue diputado y ministro, hasta Eduardo Frei Montalva. Jorge Roger Sotomayor estaba instalado a las 9 ó 10 de la



«Toda esta casa, todos estos recuerdos los construimos juntos. Ella fue única», dice refiriéndose a su mujer, Mimi Garfias, fallecida en 1992.

noche en la cháchara. Con el toque de queda desapareció esa bohemia, la ciudad se desacostumbró a vivir de noche y yo diría que no se restableció nunca más».

ADIÓS AL PERIODISMO

En 1982 Sánchez Latorre jubila de *Las Últimas Noticias*. Por iniciativa propia pone fin a su carrera activa en el periodismo. «Ya había completado los años de servicio. Lo hice para dedicarle más tiempo a mi mujer, no pensar siempre en el diario. Solo deseaba estar en mi casa, dedicarme de lleno a la SECH, sin exigencias de horario. Fue muy bueno. Me ofrecieron que continuara con mi columna y la he mantenido hasta el día de hoy».

En septiembre de 1992, su esposa, Mimi Garfias, falleció tras una larga batalla contra el cáncer. Es un tema del cual le cuesta mucho hablar. Al recordarla y ver las fotografías que descansan sobre la chimenea de su hogar, Sánchez Latorre se

emociona. Sus ojos se humedecen y busca consuelo elevando la mirada hacia el cielo. Las pausas en la charla se hacen constantes.

De a poco, retoma el hilo de la conversación. «Cuando llegué a *Las Últimas Noticias*, en 1949, la conocí. La encontré tan linda. Empezamos a pololear y un año después nos casamos. Me enamoré de mi mujer, de su familia. Me dediqué por completo a ella. Toda esta casa, todos estos recuerdos los construimos juntos. Ella ha sido única. Todos los sábados voy a llevarle flores al cementerio», afirma con un nudo en la garganta y los ojos brillantes. Tras una breve pausa, agrega: «Hubiese sido fácil haber caído en una depresión después de su muerte, pero por el contrario, trato de hacer cosas, de escribir y cada día me doy ánimo». Filebo tiene cuatro hijos: Luis, Cristián, Rodrigo y María Eliana.

Actualmente, además de su columna en *Las Últimas Noticias*, colabora en la Revista de Libros de *El Mercurio*, donde da su visión

personal de lo que sucede en el mundo literario.

Y escribe. *Memorabilia*, su libro más reciente, le llevó alrededor de dos años de elaboración. En aproximadamente cuatrocientas páginas actualiza los datos de *Los expedientes de Filebo*, pero con un lenguaje más sencillo. Según Fernando Emmerich, Luis Sánchez Latorre presenta «un caso de acertada simbiosis de escritor y periodista: el interés de Filebo por la minucia, la miscelánea,

la anécdota, el detalle, adquiere la perdurabilidad propia de la literatura gracias a su belleza de estilo, la sabiduría de sus opiniones, la profundidad de sus juicios».¹¹

Al final, Sánchez Latorre, junto al desencanto que le causan las circunstancias en que existe el periodismo actualmente, se da el tiempo para emitir una señal, un remezón, tal vez un consejo: «Un periodista debe ser ávido de curiosidad, debe estar siempre alerta y siempre pensando

que lo que viene es una novedad para uno. El periodismo me enseñó muchas cosas. Me enseñó a no lastearle a la gente, a ser ameno, a usar la síntesis, a calcular bien lo que se va a decir, a llegar al público y no desmedirse. El periodismo es una fibra, una vocación que se une al conocimiento».

Por Rodrigo Herrera
y Cristián Krumm

F I C H A P E R S O N A L

- 1925: El 8 de diciembre nace en Santiago, en la intersección de Irrazabal con Vicuña Mackenna.
 1932: Ingresa a la Escuela Pública N° 8 en la calle Santo Domingo.
 1938: Ingresa al Liceo Amunátegui.
 1945: Colabora, sin sueldo, en el diario *La Nación*.
 1947: Es contratado en el diario *Las Últimas Noticias*.
 1947: Comienza a escribir para el diario *La Segunda*.
 1949: Es designado jefe de crónica de *Las Últimas Noticias*.
 1958: Es nombrado jefe de redacción de *Las Últimas Noticias*.
 1958: Deja *La Segunda*, al separarse esta de *Las Últimas Noticias*.
 1959: Comienza a escribir para el suplemento literario de *El Mercurio*.
 1965: Publica su primer libro: *Los expedientes de Filebo*.
 1966: Es elegido miembro el directorio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y presidente de la Comisión de Cultura de la misma institución.
 1968-1970: Presidente de la SECH.
 1973-1984: Presidente de la SECH.
 1975: Publica la novela *Adiós, Medusa*.
 1975: Es incorporado a la Academia Chilena de la Lengua.
 1977: Vuelve a *El Mercurio*.
 1982: Se jubila de *Las Últimas Noticias*.
 1983: Obtiene el Premio Nacional de Periodismo.
 1988: Publica su tercer libro: *Lejano oeste*.
 2000: Publica su cuarto libro: *Memorabilia de Filebo*.

NOTAS

- 1 Sánchez Latorre, Luis, *Lejano oeste*. Editorial Logos. 1998.
- 2 Ibid.
- 3 Sánchez Latorre, Luis, *Los expedientes de Filebo*, Editorial Zig-Zag. Pág. 1965.
- 4 Entrevista Luis Sánchez Latorre.
- 5 Entrevista Enrique Ramírez Capello, enero 2001.
- 6 Entrevista Fernando Díaz Palma, abril 2001.
- 7 Revista *Hoy* N° 320, 13 de septiembre, 1983.
- 8 Sánchez Latorre, Luis, *Los expedientes de Filebo*, Editorial Zig-Zag, 1965.
- 9 Zúñiga Salinas, Manuel, *Las Últimas Noticias*, 1979.
- 10 Revista de Libros de *El Mercurio*, 19 de agosto de 2000.
- 11 Ibid.



HERNÁN MILLAS

Hernán Millas (1985):

LA BUENA MEMORIA DE UN SEMISERIO

—Hernán ¿por qué no aprovechó para decir lo que piensa? —le preguntó con extrañeza el ministro de Educación, Sergio Gaete.

—Porque sería de mal gusto. Si estoy en su casa tengo que respetarla. No hablé nada de la dictadura, ya que entre las nociones de ética están las buenas costumbres y una de esas es ser tolerante con el adversario —contestó caballerosamente el homenajeado.

El ambiente era tenso ese 24 de agosto de 1985 en el salón de honor del ministerio de educación. Se premiaba a un fuerte opositor al régimen militar. Hernán Millas se acercó al estrado. Desde el público lo observaban quienes votaron por él: Ignacio González Camus, presidente nacional del Colegio de Periodistas; el representante de los consejos regionales, Wladimiro Martinic; el de la Sociedad de Escritores de Chile, Guillermo Trejo y María Eugenia Oyarzún, del Consejo de Rectores.

Todos, especialmente el ministro, temían que Millas aprovechara la oportunidad para manifestar su disidencia. Pero para sorpresa de quienes no lo conocían bien, solo

pronunció palabras de agradecimiento hacia quienes lo ayudaron a formarse: su padre, el periodista Columbano Millas y los ‘maestros’ Lenka Franulic, Joaquín Edwards Bello y Luis Hernández Parker.

El galardón (en mención crónica) se le otorgó en mérito a su larga trayectoria y «a su aporte estilístico, marcado por el sello de la originalidad y el ingenio» y «por su versatilidad temática para enfrentar diversos tópicos de la actualidad nacional».¹

El homenajeado aprovechó la ocasión para enviar a través de los medios un consejo a los nuevos periodistas: «No enamorarse del dato que reciben, ya que puede estar equivocado o tener errores. Es importante investigar porque el gran reportaje será aquel que no solo diga cosas, sino que además sea indelible».²

Los ojos vidriosos se escondían detrás de los cuadrados y grandes lentes que jamás lo abandonan. Noble, como siempre, se retiró de la ceremonia con orgullo en el pecho y llevando en la memoria a todos sus antepasados.



RAÍCES

Castizos ancestros que se remontan a Emiliano Millas Yáñez, abuelo de Hernán, ingeniero de la Universidad de Chile y profesor de matemáticas en el Liceo de Talca. Allá contrajo matrimonio y concibió cuatro hijos de apellidos Millas Argomedo: Luis, Eduardo, Raquel y Laura. Después de la muerte de su primera esposa, Emiliano se casó con Amelia Recabarren León, abuela de Hernán y madre de Emiliano, Amelia, José Manuel y Columbano.

A mediados de 1910, en Santiago, Columbano conocería a Laura Correa mientras paseaban en el entonces aristocrático barrio Brasil. Hija de Onofre Correa y Rosa Aurelia Merino, Laura había nacido en Curicó: «En esa época la gente de Talca y Curicó se llevaba mal. Eran rivales, así que tuvieron una relación a lo *Romeo y Julieta*», recuerda Hernán Millas.

A solo un año del cambio de milenio, Hernán Millas, quien comenzó escribiendo en una máquina Remington y que con temor pasó a las eléctricas Olivetti, tuvo que aprender un nuevo lenguaje: el de los bytes.

Indiferentes a las disputas provincianas, el joven Columbano, de treinta años y Laura, de veintisiete, decidieron casarse en 1917 y al año siguiente, el 14 de diciembre, nació su primogénito, Orlando. Tres años después, el 5 de mayo de 1921, lo hizo Hernán y, luego, Guillermo (1924), Carmen (1926) y Renato (1931). Todos llegaron al mundo en la casa de Domeyko «en la cuadra ciega que da a Avenida España».³

Columbano era hombre de letras. A principios del siglo pasado trabajó en el recién creado *El Mercurio* y en 1915 fue contratado como subdirector a cargo de los servicios informativos del periódico *La Mañana*. También se desempeñó en el ministerio de Guerra como jefe de sección y, a la vez, secretario de los ministros. «Él fue sometido a proceso en relación con esas funciones y sacó un libro altivo y polémico que tituló *Los secretos que divulga un secretario de los ministros de guerra*», relata su hijo Orlando en *Memorias*.

El dilatado proceso —duró nueve años— comenzó cuando Columbano pidió un sumario administrativo del ministro, por favorecer a un caudillo político. «Para mantener el hogar, mi padre vendió una propiedad en la segunda cuadra de la calle Lira, donde vivíamos». Tras la elevada indemnización dictada por los tribunales, disfrutaron de mayor holgura.

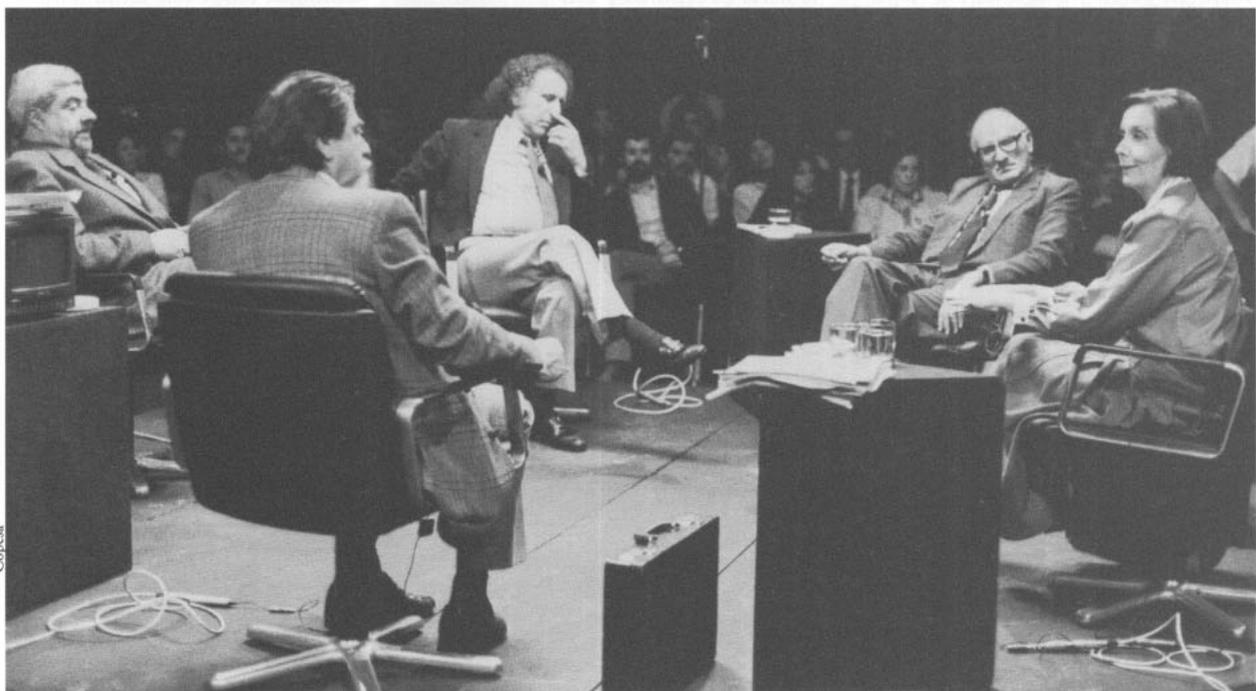
Hernán tenía nueve años cuando su numerosa familia se mudó a Magallanes. Monseñor Arturo Jara Márquez, obispo de la diócesis, necesitaba a un buen periodista que se hiciera cargo del diario *La Unión*, propiedad de la Iglesia local. «Rápidamente se organizó el viaje, en ferrocarril hasta Puerto Montt y desde allí en el vapor Alfonso, a Punta Arenas».⁴ Los esperaba una casona de dos pisos, en cuya planta baja funcionaba el periódico y en la superior, a la usanza de la época, vivía la familia: «A nuestros dormitorios subía el ruido de las linotipias del

taller y luego el galopar de la prensa. Cuando esta ya callaba, en el sueño nos decíamos: el diario ya está listo. Y, al irnos en la mañana al colegio, en la mesa del comedor, acompañando el pan fresco, estaba el ejemplar».⁵

AL ALERO DE LA DIÓCESIS AUSTRAL

Como los recursos eran escasos y poco el personal, Columbano escribía muchas de las páginas del periódico, utilizando simultáneamente los seudónimos de Gaspar Gil, Disraeli y Mister John, entre otros.⁶

En Punta Arenas vivieron el fallecimiento, a pocas horas de nacer, de un nuevo hermano, José, enterrado en el mausoleo de la Cruz Roja. Entonces los dos mayores estudiaban en el colegio San José de los Salesianos, donde al primero ya se le notaba su espíritu revolucionario —de adulto fue comunista y dos veces ministro de Allende—. En las mañanas de



Hernán Millas con los integrantes de La manivela: Jaime Celedón, Julio Jung, Nissim Sharim y Delfina Guzmán.

invierno, cambiaban el calor de la salamandra por la nieve y la ventisca para volver a encontrar la tibieza de la sala de clase, a cuadra y media de la casa.

«La infancia puede determinar el afecto a una ciudad. Si siempre quise a Punta Arenas fue porque allí mis hermanos y mis padres fueron felices. Era entonces una pequeña localidad, Babel europea, distinta a todas las demás del país, porque croatas, británicos, suizos, italianos, griegos, alemanes, austríacos y españoles se habían instalado a vivir allí (...) llegaron a formar el 40% de la población (...) Ciudad interior, refugiada del frío junto a salamandras y chimeneas, asumía la convivencia como un atributo».⁷

Las tardes de los viernes un barco procedente de Buenos Aires o Valparaíso les traía el mundo mágico de la lectura: las revistas *Billiken* y *Patoruzito*, y del centro del país, *El Peneca* y *Don Fausto*. En las vacaciones, el panorama era la travesía a Santiago, primero en barco y luego en los viejos trenes con sabor a humo, en coche dormitorio. Compartieron uno de esos viajes con Pedro Prado, quien le regaló a Hernán un ejemplar de *Alsino* con la dedicatoria «A un niño magallánico que también quiere volar».⁸ Ya enamorado, el adolescente se deslumbró con cada una de las hijas del escritor.

En 1931, tras cumplirse el contrato y por la delicada salud de doña Laura, la familia regre-

só a Santiago. El crudo invierno del año siguiente terminaría de debilitarla. Laura Correa nunca se recuperó de su último parto. «Ese año hubo una epidemia de gripe. Ella se paseaba por las piezas atendiendo a sus hijos contagiados. Seguía amantando a Renato y no se cuidaba del frío hasta que se enfermó. Falleció para el día de las Cármenes, el 16 de julio. Tenía treinta y seis años», concluye con pesar Hernán.

Al volver a Santiago —tras un breve periodo de residencia en Talca donde Columbano fue corresponsal de *La Nación*—, los niños ingresaron al Instituto Nacional. Allí Hernán aprendió a amar a los escritores rusos y tuvo la suerte de tener un profesor «como el inolvidable nicaragüense Francisco Guerrero, quien me ayudó a leer con afecto *El Quijote*».⁹

Como para Columbano era muy difícil hacer de padre y madre a la vez, luego de un par de años de la muerte de su mujer, se casó con Jenny Lawson Ríos, quien le daría su séptima y última hija: Dolly.

En esos años residían en la comuna de Providencia, en una de esas casas quintas llenas de árboles, frente a la Iglesia de la Divina. «Nos llevábamos bien y vivimos allá hasta 1937, cuando a mi padre le dio un infarto al corazón y murió», recuerda el periodista. Junto al dolor vinieron las vacas flacas y debieron trasladarse a la comuna de La Cisterna, junto a su abuela materna y dos tías solteras, Teresa y Aurelia; la última, madrina de Hernán. Este se cambió al Liceo Balmaceda, que era nocturno, para ayudar al sustento familiar.

CON LA TINTA EN LA SANGRE

—Joven ¿para adónde va? —preguntó un carabinero.

—Voy al Seguro Obrero —respondió con tono tranquilo Hernán Millas, el 5 de septiembre de 1938.

—Tengo una reunión con don Pedro Lira, el director, y vengo atrasado.

—Es mejor que se vaya olvidando de eso. Unos estudiantes se tomaron el edificio y la fuerza pública tuvo que actuar. Hay varios heridos.

Con el paso de los años, recuerda con humor cómo se libró por un pelo de la fatídica Matanza del Seguro Obrero. «Le rindo homenaje a la impuntualidad, porque me salvó la vida esa vez», comenta entre risas. Finalmente, en la calle Agustinas, entre Teatinos y Morandé —actual edificio del diario *La Nación*— ingresó



Recibiendo el Premio Nacional de Periodismo. Lo saluda el ministro de Educación de la época (1985), Sergio Gaete.

al departamento de Relaciones Públicas del Seguro Obrero, que cambió de sede después de la tragedia.

Recién egresado del colegio, Hernán pensó en estudiar Derecho, la carrera tradicional. Dio el bachillerato y entró a la Universidad de Chile. Sin embargo, la tinta fluía en su sangre y solo necesitó nueve meses para comprender que quería ser periodista, como su padre.

En 1942 dejó de lado sus temores y resolvió hacer los méritos para incorporarse a la revista *Ercilla*. Durante un semestre debía participar de las pautas y hacer reportajes. «Cada vez era más difícil. Hasta que me tocó la prueba de fuego», relata.

Le encargaron entrevistar a Jorge Negrete, en esos tiempos el actor y cantante mexicano más popular. Este llegó exhausto un sábado a Santiago y solo accedió a conversar con la prensa el lunes a las siete de la tarde. Hasta entonces se alojaría en la casa de un amigo, Víctor Panayotti, representante de la línea de maquillajes Max Factor en Chile. Millas debía conseguir esa entrevista de inmediato, ya que *Ercilla* salía a la venta ese lunes.

El desafío era casi una cuestión de amor propio para Hernán y su fotógrafo Heliodoro Torrente (Premio Nacional 1957, mención fotografía). El artículo estaría en los quioscos el lunes sí o sí. Además, el director Julio Lanzarotti le pidió una exclusiva.

«En ese tiempo, junto al periodista Rafael Otero, hacíamos los libretos de teatro a la radio *Prat*. Uno de los actores era sobrino de Panayotti, por lo que lo llamé:

—¿Sabes?, en todos los periódicos

aparece que Negrete se va a alojar en la casa de tu tío —dijo con astucia.

—Sí, pero a mi tío lo tiene sin cuidado, a él no le gusta figurar —le respondió.

A través de su fresca pluma ha dado cuenta de pasajes de la historia, los que son recreados por medio de anécdotas y diálogos.

—A lo mejor a él no le interesa, pero representa a Max Factor y a la empresa le debe importar que se diga que Jorge Negrete va a alojarse en la casa de uno de sus gerentes. Pregúntale a tu tío si me da una entrevista...¹⁰

Así consiguió la entrevista con Víctor Panayotti y, de paso, algunas declaraciones del cantante mexicano que, envalentonado con algunos tragos de más, fanfarroneó a lo mero macho y contó su vida y milagros e, incluso, hasta hizo una demostración de tiro «porque yo soy el que mejor dispara en Michoacán». Ese fue su primer golpe al resto de los medios noticiosos. El artículo es citado en el libro *Periodismo Interpretativo*, de Abraham Santibáñez, quien confiesa haberlo incluido, no solo por su calidad, sino también por la rapidez con que se hizo.

Ya iniciado en el periodismo, Hernán contrajo matrimonio al año siguiente con Marcia Navarrete, una joven estudiante de teatro. Con ella tendría dos hijos: Patricio (1944) y Marcia (1946), a quien le dedicó su último libro, *La buena memoria*: «A mi hija Marcia, que durante 22 años me acompañó y a quien la Buena Memoria me la trae cada día».

Y es que Marcia falleció muy joven. «Se había casado hacía poco más de un año y estaba con cuatro meses de embarazo. Una noche invitó a cenar al padre que los casó, Raúl Hasbún. Preparó una entrada de locos. Al final de la comida, se sintió mal. La llevaron de urgencia a la Clínica de la Universidad Católica, pero los mariscos ya habían intoxicado su cuerpo. A nadie más le pasó nada. Ella no pudo resistir. Murió esa misma noche», relata su padre.

Mucho antes de ese episodio el primer matrimonio de Hernán Millas había fracasado: duró quince años y él culpa de su quiebre a la profesión de ambos: «Trabajábamos todos los fines de semana y eso afecta a una familia. Además, como mi mujer era hija única, fue muy consentida y, con lo del teatro, llegaba muy tarde a la casa». De improviso, Marcia se fue al extranjero a proseguir su carrera, mientras Hernán asumía el rol de padre y madre.¹¹

DE *ERCILLA* AL *CLARÍN*: ‘LAS DOS CARAS DE LA MONEDA’

En la antigua *Ercilla* se formó como profesional. Allí también trabajó con otros grandes del periodismo como Luis Hernández Parker y Lenka Franulic. Hernán dice haberse incorporado muy pronto al ‘lenkismo’: un sentimiento de simpatía y admiración por esa extraordinaria mujer.¹²

En 1951 su prosa ya se distinguía: obtuvo el primer lugar en un concurso de teatro experimental con *El invitado que viene de lejos*. «Por broma, hicimos una apuesta. Solo quedaban quince días para el cierre de la competencia. Me puse a escribir, escribir,

escribir... Entregué el texto y gané. Ese libreto se ha puesto en escena en Chile y Argentina», cuenta el autor.

También desarrolló su carrera en la radio, principalmente junto a Rafael Otero. A comienzos de los 50 ellos habían notado una falencia en el periodismo radial: todos los programas eran de carácter informativo. «De interpretación no había nada, excepto algunos intentos de Victoriano Reyes —otro Premio Nacional de Periodismo— en la *Cooperativa*. Incluso en las emisoras chicas se leía el diario. Entonces propusimos a la misma radio hacer el programa Reportaje, tres veces por semana: duraba una hora y llegaba a todo Chile. Fue un exitazo, pero solo estuvo tres años al aire», comenta Millas.

En aquellos tiempos Hernán había dejado *Ercilla*, «porque la compró un grupo muy de derecha». Pero caminando por la calle se topó con una nueva oportunidad: «Me encontré con Bernardo Leighton. Era abogado del sindicato de trabajadores de *El Imparcial*, un periódico de derecha que murió al fallecer los dueños. Como existía una ley que exigía a las empresas periodísticas sacar una edición al año o si no se les quitaba el nombre y aumentaban los impuestos, me propuso que si se llevaba una revista la imprimiría gratis. Formé el equipo enseguida y sacamos *Entretelones*». Fue una publicación audaz, como ha sido siempre su estilo: «Con las confesiones de Galeacci Lizzi, médico de Pío XII, un Papa que murió de hipo, se nos agotaron 50 mil ejemplares antes de mediodía.

En total vendimos 220 mil copias». ¹³

En su nueva aventura Millas se llevó a su colega Rafael Otero, «quien tuvo muy malas relaciones con otro periodista de *Entretelones*, se armó el cortocircuito y murió la revista», confiesa.

Su situación personal era difícil. Tenía a su cargo dos hijos y estaba pensando en casarse otra vez, ahora con Vilma Johns, una norteamericana que le daría dos niños más: Daniela, en 1968, y Cristián, en 1970. Por eso aceptó la invitación de Alberto Gato Gamboa, quien le propuso trabajar en *El Clarín* (matutino popular de marcada tendencia izquierdista), a pesar de que Millas había tenido un *impasse* con su dueño, Darío Saint Marie, Volpone.

«Yo había hecho que lo declararan reo, porque junto con Lenka Franulic nos acusó de compañeros de ruta de los comunistas, lo que era un delito en tiempos de la Ley de Defensa de la Democracia», recuerda.

Escribían entonces en el diario

Ricardo Boizard, Tito Mundt, Sergio Carrasco, entre otros. Millas pensó que sería una buena idea crear una columna con las infidencias de los reporteros de gobierno. «Se me ocurrió hacer Las dos caras de la moneda», agrega. Al principio en forma anónima, para no tener problemas con el director y con la protección de su amigo Gato Gamboa. Sin embargo, el éxito y la calidad de la columna intrigaban a Saint Marie, quien obligó a Gamboa a revelar el nombre de su autor. Reconociendo su talento, Darío contrató a Hernán Millas. Para retribuir el gesto de confianza, junto a Lenka Franulic retiraron la querrela en su contra.

Millas siempre ha sido un irreverente, aunque con un guiño en el ojo, sin olvidar el humor. A raíz de esa columna, recuerda haber sido relegado por cien días a Chanco, Séptima Región. «La esposa de un funcionario agredió a carterazos a una secretaria, a quien creía vinculada sentimentalmente a su marido. Lo mencioné porque en esos días, el ministro, Enrique Ortúzar, encabezaba una campaña de moralidad. El exigió que diera a conocer el nombre del funcionario, y cuando me negué se querelló contra mí por la Ley de Seguridad Interior del Estado».

Posteriormente, la relación con Volpone mejoraría: «Lo consideraba una persona extraordinaria, de una cultura muy amplia», hasta que la línea editorial del diario se fue radicalizando, lo que suscitó nuevos choques. En tanto, Emilio Filippi, designado director de *Ercilla* en 1967, invitó a participar de esta nueva eta-



Con Juan Hamilton, Bernardo Leighton y Francisco Aylwin.

pa a Millas. Para que mantuviera un vínculo con *El Clarín*, Saint Marie le pidió a Hernán que continuara con una columna, con temas casi siempre internacionales, pero éste declinó la propuesta: había aspectos del tabloide que rechazaba, como el apodo de La señora, que le había dado Volpone al ex Presidente Jorge Alessandri por ser un soltero empedernido.

Millas volvía a su primera casa, *Ercilla*, a principios de 1967. Saint Marie no quería dejar ir el talento de Hernán. Al año siguiente le prometió «no hablar más de señoras», instándolo, además, a que escribiera una columna.

«Esa redacción fue más humorística. El ministro de Economía de la UP, Pedro Vuskovic, decía que la escasez de pollo era sicológica, porque a todos les había dado por comerlo. Pero la verdad era que las dueñas de casa debían inscribirse para recibir un pollo dos o tres meses después. Entonces relaté qué debían hacer las señoras mientras esperaban. Ese artículo significó que *El Clarín* pusiera una pizarra con la prohibición de entrada a Román Alegría, quien hacía los comentarios editoriales, y a mí, por traidor a la clase popular», recuerda con gracia Millas.

Paralelamente, tomó las riendas, en 1968, de la tradicional revista de humor político: *Topaze*. Allí formó equipo con Eugenio (El paco) Lira Massi, María Eugenia Oyarzún, Igor Entrala, el dibujante Hernán Vidal (Hervi), entre otros. En ese periodo Millas se ganó el apodo de La vieja. «Le decíamos así porque era súper copuchento», cuenta su colega María Eugenia Oyarzún. «Algunas veces íbamos al bar Il Bosco y nos poníamos a conversar hasta las tantas», agrega.

La permanencia del periodista en *Topaze* fue corta, «solo un hermoso año». Un desacuerdo con el propietario de la revista, Pablo Gumucio, provocó la salida del director y el ocaso del semanario. «En esa época vino una cita en Punta del Este donde Lyndon Johnson, Presidente de Estados Unidos, iba a finiquitar la Alianza de las Américas. Uno de los redactores se imaginó a Sudamérica como a una muchachita con trenzas, al lado de un árbol, luego de ser abusada por Johnson, quien, mientras se abrochaba el pantalón, le decía: 'Mijita, no se preocupe, para la próxima nos casamos'. El representante de Gumucio me espetó que eso no podía ir: el dueño tenía intereses con una empresa americana. Le dije que aparecía igual, aunque me pidiera la renuncia. Tuvimos que llevarla escondida a la calle. Al final salió y yo con ella de *Topaze*», afirma el periodista.

EL TERCER OJO DE UN REPORTERO

A principios de los 70, Millas era editor de reportajes especiales y columnista de la revista *Ercilla* y director de prensa de radio *Santiago*. Allí conoció a su actual esposa, Trinidad Melo, quien le dio tres hijos más: Felipe, Rodrigo y Cristóbal.

A través de sus crónicas nacionales o de su columna de opinión en la revista —Semi-Serio— dio cuenta y criticó la situación que estaba viviendo Chile. «La idea del Semi-Serio fue mía. Toda broma tiene algo de cierto y el humor es la mejor forma de reflejar la realidad», explica.

Un año antes del Golpe Militar todos predecían lo que pasaría en el futuro. En una de sus columnas, Sea usted su propio pitoniso,¹⁴ Millas

dio varios consejos para augurar con acierto lo que sucedería en el país: pronostique un Golpe de Estado en algún país de América Latina; asesine a algún político, son tantos que no fallará, y crisis política interna, entre otras. Más que adivino, este perceptivo reportero supo interpretar con agudeza los signos respecto a los sucesos que afectarían a Chile.

CUANDO SE DIVIDIERON HASTA LAS FAMILIAS

Aquel jueves de julio de 1973 se comenzaba a grabar en los estudios de *Televisión Nacional* el programa Reunión de Prensa, conducido por los periodistas Carlos Jorquera, Augusto Olivares, Julio Lanzarotti, Luis Hernández Parker y Emilio Filippi. Esa noche el invitado era el militante del Partido Comunista y ministro de Hacienda: Orlando Millas.

Emilio Filippi le preguntó al entrevistado antes de comenzar la grabación:

—Oye, Orlando, ¿te has preocupado de lo que le ha pasado a Hernán?

—Me han dicho que está preso—, respondió aquel en tono desinteresado.

—Pensé que si tu hermano estaba detenido, te afectaría más.

—Si está preso, por algo será—, sentenció con voz firme el mayor de los hermanos Millas Correa.

En la radio *Santiago* Hernán había emitido una noticia acerca de la marcha de los mineros, a pesar de las peticiones de La Moneda para que no se divulgara. Entonces, el Intendente ordenó su detención por causar alarma pública. Personal de Investigaciones llegó a eso de las ocho de la noche al edificio de la radio, en Agustinas esquina de San Antonio, y tomó preso a Millas. «Pasé la noche

La hoyocología

Con bastante beneplácito se recibió la noticia de que serán erradicados todos los hoyos de las calles.

Un funcionario municipal expresó que la medida se retrasó debido a dos factores.

—Se estimó conveniente —dijo— que finalizara el mes de la montaña, ya que algunos hoyos, como los del Paseo Ahumada, servían para el entrenamiento de los andinistas novatos. Varios de ellos estarán ahora en condiciones de escalar el Tupungato y el Ojos del Salado.

—¿Y la otra razón?

Los importadores de autos japoneses querían terminar un estudio acerca de su resistencia a los hoyos santiaguinos. Se ha podido comprobar que el tren delantero y el diferencial, especialmente, les aguantan hasta un mes y medio, lo que es mucho.

Extracto de la columna SEMISERIO, *Hoy*, 21 al 27 de septiembre 1977.

en el cuartel de Investigaciones, frente a la ex cárcel, en un calabozo muy frío, sin cama ni nada con qué cubrirme», comenta.

Curiosamente no molestó a su hermano ministro: «Los dos éramos muy unidos, pero teníamos diferencias políticas y nunca se me hubiera ocurrido pedirle algo a él». El encarcelamiento duró solo una noche, ya que sus compañeros de trabajo presentaron un recurso de amparo y salió al día siguiente en libertad. Tras el hecho, Millas se querelló en contra del Intendente, proceso del cual desistiría una vez implantado el régimen militar. «Le dije a la ministra que llevaba la causa que retiraba los cargos, porque si bien yo había pasado una noche terrible, si a él lo tomaban preso en esas circunstancias, en pleno estado de emergencia y con detenciones masivas y asesinatos de reos, quizás qué le iban a hacer».

En la semana del Golpe, *Ercilla* tituló en portada La infiltración comunista,¹⁵ augurando una masacre en manos de guerrilleros rojos y una inminente guerra civil. En la edición siguiente no apareció Semi-Serio; los ánimos no estaban para humor. «Todo era preferible a la violencia que hubo», relata el reportero. Sin embargo, Hernán Millas escribió poco después una columna en la que igualó un viaje realizado por él en 1956 a Egipto, con el «tour Tomás Moro-Chañarcillo», en alusión al hogar del depuesto Presidente, Salvador Allende.

En ese viaje había visitado el fastuoso castillo del rey Farouk. A su juicio, ambos destinos tenían mucho en común, «salvo —en atenuante de Farouk— que él no se proclamaba revolucionario ni decía que 'la violencia es que junto a quienes poseen viviendas de lujo, una

parte importante de la población habite en viviendas insalubres y otros no dispongan ni siquiera de un sitio': violencia es que mientras unos botan la comida, otros no tengan cómo alimentarse».¹⁶

Después de unos días, la posición de Millas y Filippi se desradicalizó. «Que alguien tuviera una colección de vinos no era tan terrible», comenta hoy. Más de veintiséis años después del Golpe y con una visión más amplia, ahora dice que no volvería a escribir lo mismo. «Estábamos con una adrenalina muy profunda y confiados en que existía casi una guerrilla. Luego, investigando, fuimos conociendo la realidad».

Lo que sucedió después del 73 en el país es historia. Los artículos de Millas son un vistazo al acontecer de Chile a través de las páginas de *Ercilla*, comentarios que sin imaginarlo le permitieron publicar uno de sus primeros libros, *Anatomía de un fracaso*, junto a Emilio Filippi.

A raíz del Golpe, Zig-Zag, dueña de *Ercilla* en ese periodo, pidió a Emilio Filippi la elaboración de un suplemento sobre el Gobierno de Allende y la UP. Aquel le solicitó ayuda a Millas. «Interesaba mucho más el estilo de Hernán que el mío. Lo ameno del libro es obra de él. Es una prosa suelta, fresca y eso le dio mucha gracia, porque era un tema duro», recuerda Filippi.

Por el apuro cometieron un error que hasta el día de hoy lamentan. A la sala de reuniones de *Ercilla*, donde se juntaban a discutir los temas del libro, los llamó Federico Willoughby, asesor comunicacional de la Junta de Gobierno. Les reveló que sus nombres estaban en el Plan Z, estrategia que habría tenido el Gobierno de la UP para asesinar a varios opositores.

«Nosotros lo creímos y pusimos

en el libro. Después descubrimos que era una soberana mentira fabricada por la DINE, la Dirección de Inteligencia del Ejército», recuerda apesadumbrado Emilio Filippi.

OTRA VEZ OPOSICIÓN

Como otros periodistas, Millas fue llamado por la recién instaurada Junta del gobierno militar para que fuera agregado de prensa en el lugar del mundo que él eligiera. «No acepté, porque nunca he trabajado con ningún gobierno. Además, habría sido de mala clase, porque mi hermano Orlando era perseguido por la policía, por lo que tuvo que irse al exilio».

Muy pronto el equipo de *Ercilla* comenzó a darse cuenta de las violaciones a los derechos humanos del gobierno del general Pinochet, pero en esta oportunidad no podían publicarlo. La censura era algo con lo que se vivía día a día. Páginas en blanco, querellas y amenazas hacían del periodismo una odisea. En 1977 *Ercilla* fue comprada por el grupo Cruzat Larraín, partidario del régimen de Pinochet. Emilio Filippi, quien llevaba nueve años como director, presentó su dimisión: «Conmigo renunció todo el equipo y uno de los primeros fue Hernán. Nadie dudó en hacerlo, porque creíamos en un sistema democrático», relata Filippi.

Incluso uno de los dueños le propuso a Millas que se quedara, «con un gran sueldo, tomando el cargo de director. Pero yo le dije que con Emilio había llegado y con él me iba», explica.

De ahí en adelante el antiguo *staff* de *Ercilla* cambió su dirección de Quebec 497, por la de Eliodoro Yáñez 8907, donde funcionó la revista *Hoy*. Millas fue su editor nacio-

nal y, como siempre, deleitó a sus fieles lectores con la columna Semiserio (ahora sin guión). En ella, todos los miércoles, siempre en la página 14 (con algunas excepciones), junto a los dibujantes Patricio Amengual y Rufino, caricaturizaban la idiosincrasia de los chilenos o algún episodio de la actualidad.

Hoy fue el único medio en que el periodista trabajó durante la década de los ochenta; en sus oficinas recibió un llamado de su colega Jaime Moreno Laval: «¡Hernán, te ganaste el Premio Nacional de Periodismo!»

«No pude creerlo, porque todo estaba en mi contra. Incluso, dictaron un nuevo reglamento para que la rotación del representante regional del Colegio de Periodistas empezara de nuevo, y así a Magallanes le iba a tocar en seis años. Se comenzaba por esa región y como el de ese año era pro demócratacristiano, creían que era voto seguro para mí», recuerda.

Nunca pensó que podía triunfar «por la misma concepción del premio y del jurado. Pero me encontré con rasgos humanos extraordinarios. Por eso le tengo una gran admiración a María Eugenia Oyarzún, porque a pesar de su tendencia política y de la recomendación que le había hecho el rector —militar en ese entonces— de la Universidad de Chile, en donde ella era directora de la carrera de Periodismo, votó por mí», confiesa con cariño Millas.

«Es cierto, el premio me lo debe a mí —dice con una sonrisa María Eugenia—. Aunque tiene méritos propios para ganarlo. Hernán era rápido. Sabía qué palabras utilizar para provocar las risotadas. Además, siempre fue muy docto con el uso del lenguaje».

Coincidentemente, ese mismo año Millas publicó un volumen —*Los se-*

ñores censores— que ironizaba la mordaza forzada por el gobierno militar. Fue la ocasión para terminar el libro que sentían —junto a Filippi— incompleto. «Hernán tuvo la oportunidad de escribir artículos contra la censura y varias acciones que lo reivindicaban», explica Filippi a raíz del error de incluir el Plan Z en *Anatomía de un fracaso*.

DE VUELTA A LA DEMOCRACIA

El nacimiento del diario *La Época*, en 1987, fue toda una epopeya para los opositores al gobierno militar. Y allí estaba de nuevo Hernán Millas junto a su colega y amigo Emilio Filippi, director del matutino. Se unió al equipo, y al retornar la democracia apoyó al candidato de la Concertación, Patricio Aylwin, incluso en su propaganda política.

Paralelamente a su trabajo en *La Época*, volvió a dirigir una revista de humor político, *El Humanoide* (en alusión al mote que les puso a los comunistas el almirante Toribio Merino Castro). La publicación quincenal era de propiedad de Sebastián Piñera, cuya militancia política de derecha no limitaba la línea editorial. «Acá no hay clases sociales, ideología, política, ni nada»¹⁷ señalaría el día del lanzamiento su director de arte, el dibujante Hervi.

Este nuevo intento por hacer humor de la política no tuvo mucho éxito: «El problema de las publicaciones de oposición fue que una vez llegada la democracia, no se adaptaron y como su objetivo de denuncia ya no existía, ellas también desaparecieron», explica Millas.

Entre los artículos más emotivos que publicó en *La Época*, donde seguía con Semiserio y crónicas de actualidad, está el que escribió al morir

su hermano mayor, Orlando. Simplemente lo tituló Así era mi hermano Orlando: «(...)Podíamos tener diferencias políticas, pero nunca dejé de admirar en él esa consecuencia con lo que decía en sus discursos y en sus escritos, ese desprendimiento total por todo lo que pudiese constituir un privilegio. Y para él ya significaba un privilegio el tener algo más que otro ser».¹⁷

La calidad de Millas se siguió premiando. En 1993, debido a su correcto y refinado uso del idioma castellano, la Academia Chilena de la Lengua lo distinguió con el premio Alejandro Silva de la Fuente. Este fue un incentivo para su oficio de escritor; al año siguiente (1994) tuvo una gran cosecha de letras: escribió *Historia de centavos* y *Habrás visto*.

«Millas sabe desacralizar las noticias —dijo la crítica— y ponerlas en una dimensión que muchas veces las muestra como torpezas evitables y corregibles que se eternizan por la soberbia de los déspotas que las cometen. Con ello demuestra que el

periodismo no solo puede sino que debe hacer del cuestionamiento una práctica (...) Pero, cuidado, no es tan fácil como podría parecer. La ironía, la mordacidad, la crítica »simpática« y el comentario jocoso, necesitan de la inteligencia y de la mesura para ser eficientes...».¹⁸

Fernando Villegas destaca a Hernán Millas como digno heredero de «la magra colección de narradores y cronistas de fuste del periodismo nacional. Por eso su *Habrás visto* está lleno de todo lo que importa, ilustra y conmueve y falto de todo lo que aburre, fastidia y llena sin saciar». Villegas, quien considera a nuestro país completamente desprovisto del sentido del humor, aclara que éste no es cosa de risa sino de sonrisa. «Es una manera de apreciar las cosas *sub spetiae eternitates* (¿está bien escrito?) en su relatividad esencial, en su intrínseca falta de seriedad, en su condición de juego cósmico de Dios a costillas de nosotros...».¹⁹

En 1996 Hernán publicó *Bernardo Leighton, buen hermano*, biografía del destacado político demo-

cratacristiano, en que resalta su carácter solidario. «Es posible que, en el futuro, Bernardo Leighton Guzmán no sea recordado como vicepresidente de Chile en cuatro oportunidades, ni como ministro de tres gobiernos, o parlamentario en varios periodos y quizás tampoco como uno de los fundadores de la Falange Nacional, sino simplemente como el Hermano Bernardo», dice el autor al comienzo de la publicación.²⁰

Muy prolífico, ese mismo año lanza *Testimonios*, obra en que cuenta sus experiencias de vida y las mezcla con el transcurrir del país, recordando a los personajes que lo han marcado. En la oportunidad declaró a la prensa su convencimiento de que «la palabra consenso ha sido una de las que más ha afectado al periodismo, porque para muchos significa no tocar nada; no pelearse por nada. Y el consenso no es eso, hemos tratado de lograr que Chile termine con el odio... ¡pero un país donde no hay crítica, es un país muerto!».²¹

Los pasajes de la historia son recreados por su fresca pluma a través

Testimonio de uno de sus pares: Luis Sánchez Latorre

(...) Más que *chroniqueur*, Millas gusta sobremanera de su oficio de reportero. Lo exalta. No pierde ocasión de mostrarse como tal. Se trata de un achaque casi natural de toda una época. El «repórter», que decía Byron Gigoux, era el investigador de la noticia. El reportero la buscaba como aquel músico balcánico buscaba a la novia perdida. No se concebía nada más fáustico que el redondeo bien pulimentado de una noticia. El periodista que galopaba muchas veces sin rumbo, a campo traviesa, en busca de la vagarosa noticia, se creía, obviamente, mil por ciento más periodista que el colega que se pasaba la vida escudriñando en los cajones del escritorio(...)

(...)Hernán Millas Correa va y viene por la historia de los hechos contemporáneos como Pedro por su casa(...) No le pasa nunca lo que le pasaba a Miguel Hernández en su *Elegía a Ramón Sijé*: «Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por dolor me duele hasta el aliento...» (...)lejos de ofrecernos un libro de desgarros, nos ofrece un libro de reparos, en el sentido más útil y alegre de esta última palabra.

Extracto de columna de Filebo, *Las Últimas Noticias*, marzo de 1997.

de anécdotas —la sabrosa *petite histoire*—; estilo que conserva en sus últimos libros: *La familia militar* y *La buena memoria*.

Aparte del valor testimonial, Hernán Poblete Varas destaca que *La buena memoria* «nos trae un soplo de ingenio, un modo de observar la vida de un país y sus personajes que alivia de muchos pesares y no pocas preocupaciones, pues mucho se puede esperar de una comunidad en la que saber reír es parte de las costumbres de los jerarcas y del estado llano...». ²²

Saber reír y hacer reír: atributos de los que Millas derrocha. «El periodista es un ser muy difícil —le dirá a Luis Alberto Ganderats en una entrevista²³—. Admiro a los colegas que tienen un matrimonio estable. Admiro a sus esposas, más bien, porque no hay mujer que aguante a un hombre que no solo llega a su casa con sus propios problemas, sino cargado con los problemas de todo Chile».

EN LA ERA DE INTERNET

Cuando solo faltaba un año para el cambio de milenio, Hernán Millas, el reportero que comenzó escribiendo en una máquina Remington, ya de colección, y que con temor pasó a las eléctricas Olivetti, tuvo que aprender un nuevo lenguaje: el de los *bytes*.

Aunque las computadoras no son nuevas para él, ya que se ha manteni-

do trabajando, debió incluir en su diccionario mental palabras como *banners*, *link*, *linkear*, entre otras. Para adaptarse a los nuevos tiempos y extender sus lectores, potencialmente, a todo el mundo, Millas posee hoy una columna en el sitio chileno de Internet *areanoticias.com*, del que su hijo mayor, Patricio, es socio.

Su estilo permanece intacto. Con su chispa de siempre, en el 2000 trató de suavizar, a través de la catarsis del humor, los malos momentos ocasionados por los temporales de lluvia. En su columna anunciaba las nuevas disposiciones del gobierno tras la reunión de emergencia del gabinete: «(...)El Serviu adoptará para las viviendas sociales el sistema palafito, que tan buenos resultados ha dado en la ciudad de Castro(...) Será reconsiderado el proyecto de un ferrocarril rápido a Melipilla, optando por la vía fluvial sugerida por la naturaleza, y que podría unir Santiago con San Antonio, convirtiendo a Maipú, Malloco, Talagante, El Monte y Melipilla en puertos(...) En las estaciones de metro Bellavista La Florida y Rondizoni se habilitarían Acuarios(...)». ²⁴

Cuando se le preguntó en una entrevista si con sus crónicas intentaba «despabilar a jóvenes desubicados o complacer a nostálgicos mayores», volvió a reírse con jocosidad de nuestros hábitos: «Los primeros no leen, y menos les interesa lo que

hicieron los viejos. Y los adultos mayores, como ahora por razones de marketing se habla de los viejos, no tienen plata para comprar libros. (Debería inventarse que pagasen la mitad de precio, como en los cines). Me deja metido quiénes están adquiriendo el libro. Tal vez una firma de encuestas, que después de las elecciones quedan tan desocupadas como las jugueterías después de Navidad, podría realizar un *exit poll book*, y cargarle la cuenta al Fosis». ²⁵

Es un hecho que la historia de Chile no solo ha pasado por el lado de Hernán Millas, sino que también se ha quedado junto a él, para que gracias a su aguda pluma y asertivo lenguaje, toque temas hilarantes y otros no tanto. Este maestro le dio vuelo a la interpretación de las noticias en una época en que el periodismo se concebía como solo informativo. En un país tan serio y formal como el nuestro, dio vida a un nuevo estilo, «siempre redactar crónicas con una sonrisa». Además de su humor tan particular, le debemos agradecer que a través de sus ojos de reportero, grandes lentes y agudeza que calzan a la perfección con su aire aguileño, nos traiga constantemente a nuestra 'mala memoria', episodios olvidados por muchos y desconocidos por la mayoría.

Por Paula Brevis

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Hernán Millas Correa.

Padres: Columbano Millas, y Laura Correa.

Hermanos: Orlando, Guillermo, Carmen, Renato, José y Dolly.

Fecha de nacimiento: 5 de mayo de 1921.

Estudios: Colegio San José de los Salesianos, en Magallanes; Instituto Nacional y Liceo Balmaceda, Santiago; Universidad de Chile, Leyes (un año).

Matrimonios: Marcia Navarrete, Vilma Johns, Trinidad Melo.

Hijos: Patricio y Marcia Millas Navarrete; Daniela y Cristián Millas Johns; Felipe, Rodrigo y Cristóbal Millas Melo.

Desempeño profesional: Revista *Ercilla*, radio *Cooperativa*, revista *Entretelones*, diario *El Clarín*, revista *Topaze*, radio *Santiago*; revista *Hoy*, diario *La Época*, revista *El Humanoide*, página web *areanoticias.com*.

Publicaciones: *Los señores políticos* (1973); *Anatomía de un fracaso* (1974), en coautoría con Emilio Filippi; *Los señores censores* (1985); *Habrás visto* (1993); *Historias de centavos* (1994); *Bernardo Leighton, buen hermano* (1996); *Testimonios* (1996); *La familia militar* (1999); *La buena memoria* (2000).

Reconocimientos: Primer lugar en el concurso de teatro experimental 1951, por la obra *El invitado que viene de lejos*; Premio Nacional de Periodismo 1985; Premio Alejandro Silva de la Fuente, 1993, de la Academia Chilena de la Lengua.

NOTAS

- 1 *El Mercurio*, 24 de agosto de 1985.
- 2 *La Nación*, 24 de agosto de 1985.
- 3 *Memorias*, Orlando Millas, pág. 67.
- 4 *Ibid* pág. 69.
- 5 *Testimonios*, Hernán Millas, Editorial EDB, 1996, pág. 8.
- 6 *Memorias*, Orlando Millas,
- 7 *Testimonios*, pág. 12.
- 8 *Ibid*, pág. 18.
- 9 *Ibid*, pág. 16.
- 10 *La Época*, 25 de septiembre de 1993.
- 11 Entrevista Hernán Millas.
- 12 *La Época*, 1 de noviembre 1996.
- 13 *El Mercurio*, domingo 23 de septiembre de 1996.
- 14 *Ercilla*, semana del 26 de diciembre de 1972 al 1 de enero de 1973.
- 15 *Ercilla*, semana del 5 al 11 de septiembre de 1973.
- 16 *Ercilla*, semana del 12 al 16 de septiembre de 1973.
- 17 *La Época*, 19 de octubre de 1989.
- 18 *La Época*, 29 de diciembre de 1991.
- 19 *La Época*, 20 de febrero de 1994.
- 20 *El Diario*, 23 de diciembre de 1993.
- 21 *La Época*, 5 de diciembre de 1996.
- 22 *La Época*, 29 de noviembre de 1996.
- 23 *El Mercurio*, Revista de Libros, 16 de junio del 2000.
- 24 Revista *Ya*, *El Mercurio*, 29 de junio de 1985.
- 25 *Areanoticias.com*, 15 de junio del 2000.
- 26 *Hoy*, 17 de enero de 1994.
- 27 *Las Últimas Noticias*, 17 de marzo de 1997, extractos de la columna de Filebo (Luis Sánchez L.)



JUAN ENRIQUE LIRA

Juan Enrique Lira (1987):

UNA VIDA EN IMÁGENES

El 11 de septiembre de 1973 Juan Enrique Lira tomó un taxi hacia el diario *El Mercurio*; había ingresado a trabajar en este medio en 1965 como jefe de fotografía. A las siete de la mañana recibió una llamada sorpresiva de su amigo Joon Pyhong, reemplazante en aquella época del embajador de Corea del Sur. En su cabeza resonaba: «Hoy es el día».

Sabía que algo iba a pasar. Santiago respiraba un aire tenso, tanto así, que el taxista lo dejó en el Cerro Santa Lucía esquina Merced, ya que no se atrevió a internarse en el Centro. No había ruidos, el núcleo de la

tanilla se asomó el portero. «¿Qué hace aquí, don Juan?», preguntó sorprendido. «¡Vaya pregunta!», contestó él. Subió corriendo las escaleras. Entró a su oficina cuando faltaban quince minutos para las diez de la mañana. En su silla, frente al escritorio, estaba Joon Pyhong con una botella de whisky y vasos de cartón para celebrar.

Lira no sabía la magnitud de lo que iba a ocurrir. Se abrió paso en



Sus buenas relaciones con las Fuerzas Armadas le permitieron fotografiar en exclusiva la destrucción de La Moneda.

le tenían y su discreción, lo eligieron testigo de tamaña tarea histórica. El general Javier Palacios y Lira se conocían desde los Juegos Panamerica-

Se abrió paso en La Moneda entre escombros; fue el único, el primero, en tomar una foto del suicidio del presidente Allende, una de las mejores de su vida, la cual nunca poseyó —ni siquiera los negativos— y debió negar por seguridad.

capital parecía un cementerio. Juan Enrique se fue a pie hacia el diario, ubicado en Compañía, con dos cámaras y un gran teleobjetivo al hombro. Interceptado por una patrulla de carabineros, les mostró su credencial y siguió la sugerencia: irse caminando pegado a las paredes de los edificios. Recuerda lo imprudente que fue; a lo lejos, el tele parecía perfectamente un arma.

Tocó varios minutos el timbre de *El Mercurio*. De repente, por la ven-

La Moneda entre escombros; fue el único, el primero, junto a su fotógrafo de confianza, Hernán Farías, subjefe de esta área en ese tiempo. Tomó una de las mejores fotos de su vida, la cual nunca poseyó (ni siquiera los negativos) y debió negar un tiempo, incluso en su currículum, por razones de seguridad. Esa imagen sería la del suicidio del presidente Allende.

Por sus buenas relaciones con las Fuerzas Armadas, la confianza que

nos de Chicago de 1959; representaron a Chile en esgrima y tiro al blanco, respectivamente. Palacios lo mandó a llamar a mediodía del Once por medio de Arturo Fontaine. En tanqueta lo pasaron a buscar a las dos de la tarde.

Desde las once y media de la mañana el editor se encontraba en la oficina de René Silva Espejo —director de *El Mercurio*—, quien permanecía en la Editorial Lord Cochrane junto a Arturo Fontaine, por si se presentaba

cualquier problema en la publicación del matutino.

Con los pocos periodistas que había en *El Mercurio* y su amigo Pyong, Juan Enrique observó emocionado a los Hawker Hunters volar a ras del edificio, mientras las vainillas de las metralletas caían en el patio de fotografía. En ese momento el único temor que sintieron era la posibilidad que los alumnos de la Universidad de Chile (centro del MIR) se amotinaran.

Apenas divisó a los aviones supo lo que iba a pasar y se lo empezó a contar a sus compañeros. Él conocía todo, salvo el día. Había volado en estos aviones junto a su amigo Jaime Estay haciendo el mismo recorrido: viniendo del sur, seguían la trayectoria de la avenida Bulnes, pasaban sobre La Moneda y se alejaban hacia la estación Mapocho, al norte de la ciudad. En aquella ocasión —en los primeros días de septiembre— el comandante le señaló que el trayecto era de rutina y que era un ejercicio para la parada militar, ya que Lira replicaba que volaban muy bajo.

También fue invitado a las Guaitecas, al sur de la isla grande de Chiloé, a bombardear un buque que había encallado allí. Luego participó en un entrenamiento en que se tiraron al mar tambores de bencina vacíos de doscientos litros, blanco difícil por el ondular del océano.

Cooperó en los preparativos para el Golpe y ahora tenía un rol, aún más activo: registrar gráficamente la caída de la Unidad Popular. Aunque nunca se consideró un hombre político, Juan Enrique no compartía las ideas del Presidente Allende. Él era conservador, por línea familiar;

su padre Enrique Lira Urquieta había sido diputado en 1933.

Ese día sintió más adrenalina de lo común: iba en busca de la foto, no le interesaba nada más, era su deber como profesional. Acompañado de Farías, divisaron en la vereda frente a la casa de gobierno a los funcionarios que habían salido del palacio. Estaban acostados sobre la acera, desde el garaje de la presidencia hasta el Banco del Estado, vigilados por los militares. Luego llegaron los camiones y se los llevaron.

Lira y Farías eran vigilados en todo momento por alguien del Ejército. El primer piso se veía inundado, las cañerías se habían roto con el bombardeo. Con dificultad, entre la oscuridad y el humo subió solo Lira al segundo nivel. El Salón de la In-

dependencia era un desastre, todos los kárdex estaban volcados, con sus documentos esparcidos por el suelo. El lugar era iluminado por un foco del Cuerpo de Bomberos. En el living, el Presidente yacía sobre un pequeño sofá tapizado con felpa. Lira le tomó dos fotos. «Allende tenía entre sus rodillas una metralleta AKA (rusa) regalada por Fidel Castro, con una dedicatoria y firma del líder comunista en la correa del arma. Uno de los dedos de la mano derecha estaba aún puesto sobre el gatillo que estaba hacia arriba y el cañón apuntando hacia un lado de la cabeza. Creo que fueron tres tiros que alcanzó a disparar por las vainillas que vi. Las balas habían penetrado por el paladar, quedando su cráneo hecho pedazos, con una prótesis dental en la parte superior...».¹

Después de obturar dos veces llegó el fotógrafo de Investigaciones y se fueron del salón. Le pidieron el rollo, lo tuvo que entregar. Por corazonada sabía que esa fotografía era excelente. Solo una vez pudo verla ampliada ante sus ojos, años más tarde, en el edificio Diego Portales. La tenía Federico Willoughby y no le dejó reproducirla: era un secreto de Estado.

Lira dejó a Farías y se retiró de La Moneda en un carro blindado, ya que la balacera aún no terminaba. Farías fotografió la salida del cuerpo de Allende por la puerta de Morandé 80, envuelto en un chal boliviano gris con blanco. Juan Enrique eligió esa foto como portada del día siguiente.

Otro acierto periodístico fue el de Rubén Norambuena, uno de los dieciocho reporteros a su cargo, quien logró, en medio



Amigo de un piloto de la Fuerza Aérea, Lira voló en los mismos Hawker Hunter que bombardearon La Moneda.

del enredo, entrar al Hotel Carrera antes de que lo cerraran. Subió al decimoprimer piso y tomó las panorámicas del ataque aéreo que recorrieron el mundo.

El editor había cumplido, cubrió todos los ángulos del hecho. Acompañado de su grupo de hombres, fue capaz de discriminar la posición de las imágenes según su impacto. Tenía cuarenta y seis años, y desde los nueve había comenzado a experimentar con la fotografía. En su infancia ya mostraba los rasgos de una personalidad aventurera y amante del riesgo.

JUANEN: NIÑO TRAVIESO Y ADOLESCENTE GOZADOR

Juan Enrique Lira es el mayor de los siete hijos de Enrique Lira Urquieta y Olga Vergara de Castro. De niño era el encargado de la música y de ordenar los discos en su casa de tres pisos cerca del parque Forestal, en la calle Bueras 168, al lado de la embajada americana. Los hermanos fueron muy unidos; Juan Enrique los hacía bailar a todos sus ritmos favoritos: el jazz y el rock and roll. Su cantante preferida es, hasta el día de hoy, Billie Holiday.



Sus años de estreno en sociedad. A la izquierda, con Carmen Zegers y Pablo Larraín, en el baile de María Teresa Arroyo (1946).

Aunque ya no baila, por un grave accidente automovilístico en 1986 que dañó su pierna izquierda, en su departamento tiene un equipo de última tecnología para escuchar una colección de discos compactos. «Juan Enrique era un excelente bailarín, incluso demostró sus dotes en el Hotel Carrera junto a nuestra hermana Isabel, en una presentación que fue famosa en la alta sociedad santiaguina. Risueño, sociable y buenmozo, era el alma de todas las fiestas»,² confirma su hermana María Angélica. Según cuenta, el carácter del periodista se parece mucho al de su padre, a quien admiraba profundamente por ser un gozador de la vida: alegre, chispeante y aventurero.

De niño era inquieto y maldadoso, pero muy querido por sus compañeros y profesores. Fue echado de varios colegios: el de los Padres Alemanes (CVD), en la calle Moneda, cuando en primer año se arrancó a cazar con un amigo a San Bernardo, un día que estaba castigado por mala conducta. Luego ingresó al Saint George, en Pedro de Valdivia, donde fundó un diario, *El Zorzal*, para el cual le pidió prestado ciento ochenta pesos a su hermana María Olga, que nunca devolvió. Con el dinero, Juanen, como le dicen sus amigos y parientes, fue a la Casa Lamas y se compró una rotativa con letras de goma que se ponían con pinzas, como una especie de linotipia.

En su casa creaba entretenidos artículos con todos los chismes de los profesores y el colegio. Para financiar el periódico tenía socios: los amigos de su papá. Cada vez que había comida en su casa, Enrique Lira Urquieta pedía a los comensales que le dieran a Juanen diez pesos. La publicación duró dos años y salía una vez al mes. Lira le pegaba monitos a las

cuatro hojas, ya que no podía llevar fotos por una cuestión de tecnología.

Sus travesuras fueron innumerables: tiró un piano por la ventana; casi quema un pupitre al echarle un fósforo al tintero. Y ante la expulsión de un mes, alegó inocencia: «¡Padre, es que García Álamos no apagó el incendio!».

Reconoce haberle dado varios dolores de cabeza a sus padres. Ríe a carcajadas cuando cuenta las anécdotas. En un experimento en el laboratorio de química «comenzó a salir humito por una especie de boquilla». Se agachó bajo la mesa y prendió un fósforo. El lugar explotó porque ese gas era oxígeno. Ante el desastre, su abuela Ita donó su laboratorio de la quinta de Nuñoa para reemplazar la destrucción. Este había sido regalado por el padre de Juanen, gerente general del Instituto Sanitas, quien le celebraba algunas maldades, aunque ya había sobrepasado el límite.

En aquella época su papá conoció a un cura jesuita de apellido Whailhen, quien le recomendó mandar a Juan Enrique junto a su hermano Pedro a un colegio de esa orden en Estados Unidos. Tenía quince años cuando tomó por primera vez un avión DC3 con dos motores. Ya en México acordaron juntarse en Bronvills, Texas, la primera ciudad en el lado norteamericano. Ahí comenzaron las aventuras en la tierra de las oportunidades. Atravesaron este país en tren hasta llegar a Nueva York.

En el trayecto Juan Enrique comprendió lo que es la discriminación. El coche estaba lleno adelante, atrás no había nadie. «Sentémonos aquí tranquilos para que no nos molesten», sugirió. Al hacerlo, los pasajeros los miraron extrañados. Un señor les

apuntó un letrero que decía: *Color people* (gente de color).

Alojados en el Hotel Ambassador de Nueva York, compraron la extensa lista de útiles del Cranwell Preparatory School: esquís, palos de golf, zapatos y guantes de boxeo, raquetas de tenis, patines de hielo. Después se trasladaron al Waldorf Astoria donde pidieron una suite. «El papá me dijo una noche que iba a llegar tarde porque saldría con unas secretarías de la empresa. Le recomendé el Stork Club, night club de moda de la Quinta Avenida. Me preguntó por qué sabía de ese bar. La noche anterior me había sentado en la barra tomando una Ginger Ale (tenía quince años) y entre los artistas estaba Frank Sinatra». ³ Mientras su hermano Peruco se quedaba en el hotel, Juan Enrique, curioso, se perdió por Manhattan.

En el Cranwell Preparatory School pasó los mejores años de su vida. Practicó todos los deportes habidos y por haber; fue a campings, aprendió a competir, a jugar y, principalmente, cultivó la amistad.

En 1945, a los dieciocho años, se enroló en el ejército americano. «Me presenté en el cantón Downtown de Nueva York y luego de los exámenes un gringo me dijo: 1A. Tenía que presentarme el 31 de enero en Chicago. Quería ir a pelear a Japón para retribuirle a Estados Unidos lo que me dio. Ya habían lanzado las bombas atómicas y solo alcancé un mes de reclutamiento. A mi padre le dio un infarto y, por ser el hijo mayor, a través del ministerio de RR.EE. y la embajada lograron un permiso para que volviera a Chile». ⁴

En Santiago, gracias a su papá, conoció al Presidente Gabriel González Videla, *habitué* de su casa. «Llegaba sin edecán en un inmenso

Cadillac azul, con una linterna roja en el tapabarro delantero», recuerda. Este fue testigo civil en el matrimonio de una de sus hermanas y en 1950, por encargo suyo, filmó gratuitamente una película de 16mm en colores sobre la carretera Panamericana, desde Santiago a la Serena. También tomó las fotografías del libro *El plan de La Serena*.

Su papá murió de un ataque al corazón en el campo de cien hectáreas, cerca de Riñihue, donde veraneaban. Terminaba de jugar cartas con la tía Fanny y su madre. González Videla mandó su avión Canela a Huidif, cerca de Valdivia, para traer el cuerpo a Santiago. Juan Enrique se vino en la cabina del piloto. Guiaba el avión Gustavo Leigh, con el que luego se reencontraría a raíz del 11 de septiembre de 1973.

ONLY ONE MINUTE

Los ecos del Golpe tardarían en silenciarse: era el mes de septiembre de 1975, habían pasado dos años desde el histórico acontecimiento y se disputaban las semifinales de la Copa Davis en Baastad, pequeño pueblo ubicado a cuatrocientos kilómetros de Estocolmo, capital de Suecia. Para Lira, editor fotográfico desde 1970, no había sido fácil llegar hasta allá...

«Yo quiero ir a la Copa Davis, tienen que mandar a alguien del diario a cubrir esta final... Sé hablar inglés y francés, perfectamente... Soy el indicado para acompañar a Mario Carneyro (director de *La Segunda*)...», argumentaba con vehemencia al director de *El Mercurio*, René Silva Espejo.

Lira y Carneyro fueron recibidos en Estocolmo por el agregado de prensa chileno, Luciano Vásquez,

quien había sido jefe de crónica del matutino y estaba casado con la periodista Raquel Cordero. Les recomendaron tener cuidado por la tensión del ambiente político.

Carneyro no hizo caso a los consejos de Vásquez y mandó un cable a Chile por la Associated Press afirmando que Suecia era «un país no democrático y que estaba lleno de comunistas y socialistas». Lira solo le dijo: «¡Qué macho eres!». Carneyro había sido arrestado tres veces en el gobierno de Allende por sus declaraciones. Si los ánimos ya estaban caldeados, el comentario del día siguiente en *La Segunda* fue todo un cañonazo que repercutió en Suecia y enfureció a los cerca de treinta mil chilenos exiliados.

Los periodistas partieron a la ciudad de Baastad. En muchos hoteles se negaron a darles alojamiento, hasta que, gracias a Luciano Vásquez, arrendaron una casa por cuatro días a una señora ignorante del escándalo.

Lira y Carneyro entraron junto a otros periodistas por una puerta especial. El *court* era grande. Las graderías podían albergar entre quince y veinte mil personas. Sin embargo, estaban vacías. Solo había cuarenta individuos, de los cuales veinte eran policías con perros y armas. Los gritos se escuchaban adentro del *court* de tenis, a pesar de que la onda acústica era disminuida por un hotel de cinco pisos, que hacía de pared. «Mil chilenos exiliados a media cuadra del recinto, a los cuales se les había pagado alrededor de 25 dólares, impedían la concentración requerida para un partido de tenis. Vociferaban: ¡Muera Pinochet, Fillol, Cornejo». ⁵

La cancha de arcilla parecía una jaula, una verdadera pajarera, rodeada de grandes rejas. Los comentaristas

deportivos, sentados en las graderías, podían ver el partido pero los barrotes enturbiaban cualquier composición fotográfica. Juan Enrique, decidido, se presentó al encargado y mostró su carnet de prensa. Comenzó a persuadirlo con su retórica firme y obsesiva. «Vengo de Chile a ver este partido, mister. He viajado más de tres mil kilómetros. Necesito sacar una foto. Soy el único reportero gráfico aquí...».

Luego de unos minutos de diálogo, mejor dicho monólogo, el hombre le respondió: «*Okay*, señor Lira, *just one minute* (solo un minuto)».

Con su cámara Leica último modelo entró a la jaula e inmediatamente intuyó que su foto sería de Bjorn Borg, vice campeón sueco de Roland Garros. Se puso a su lado. Reguló la velocidad de la cámara a 1/2000 de segundo. El tiempo corría en su contra. Estaba concentradísimo buscando el ángulo. Ya no escuchaba los gritos de afuera; obtuvo varias veces y en uno de esos clicks inmortalizó el instante en que a Bjorn Borg se le partió su raqueta en dos, al contestar el saque del tenista Patricio Cornejo.

Con los periodistas de la Associated Press se fue al hotel, sabía que había logrado una excelente foto. Reveló rápidamente el rollo y mandó, vía radiofoto, en exclusiva a *El Mercurio* la imagen que luego fue distribuida por el mundo. Años más tarde, en Sao Paulo, Bjorn Borg le reconoció que había sido la mejor foto que le habían sacado en su vida. Juan Enrique llevaba ya diez años trabajando en el diario de los Edwards.

ZORRO FOTOGRAFICO

Entró a la empresa *El Mercurio* el 1º de diciembre de 1965. Llegó a las nueve de la mañana y no había nadie en los pasillos. La primera persona con que se encontró, a las once y media, fue Juan Gabriel Bustos, jefe de crónica, del que fue íntimo amigo hasta su muerte. Ese año Juan Enrique había ganado el título de campeón mundial de tiro al blanco y su hermana María Angélica ofreció un almuerzo en su honor, al cual asistió Agustín Edwards, amigo desde los once años, cuando Lira jugaba golf con su padre.

El campeón estaba en la ruina; había gastado todo su dinero compitiendo y viajando por el mundo, ya que entonces no existían auspiciadores. Además, él creía profundamente en el goce de la vida y sus exquisiteces; por ejemplo, hasta hoy su plato favorito son los sesos a la mantequilla dorada acompañados de una botella de champaña Dom Perignon. El capital solo servía para gastarlo y convidar a los demás. Su mujer, Elvira Matte, en cambio era excelente para los negocios.

Juan Enrique y Elvira tenían sistemas de vidas muy disímiles. Lira pasaba casi siempre viajando, incluso estuvo navegando en yate durante



El tenista sueco Bjorn Borg rompe su raqueta ante el servicio de Patricio Cornejo en las semifinales de la Copa Davis de 1975.

un año mientras trabajaba en *El Mercurio*. A Elvira le gustaba el bridge y administraba edificios. Lira confiesa haber sido un despilfarrador y que se dedicaba a pasarlo bien. En la actualidad no maneja ninguna suma; le otorgó a su hermana Angélica un poder total.

Estaba en la bancarrota cuando Agustín Edwards le ofreció entrar a *El Mercurio*. Eso sí, ya había ganado concursos fotográficos en Brasil, Argentina, Colombia, Estados Unidos y Chile. También en 1955 había viajado a Nueva York a un curso de fotografía y cine en la firma Eastman Kodak. En el año 1949 trabajó de reportero gráfico en *El Debate* y *El Diario Ilustrado*.

tuvo Lira en Estados Unidos, cuya lección fue comprender que la cámara era el instrumento y no el centro del asunto y la necesidad de crear y tener cultura para captar los momentos inolvidables. Hizo cosas que marcaron hitos», señala su ayudante en esos años y actual profesor de fotografía de la Universidad Católica, Juan Domingo Marinello.⁷

Desde su cargo se preocupó de la formación conceptual y del buen equipamiento técnico de la planta de gráficos. Por ello en 1964 trajo a dar un seminario de tres meses a Roger de Piante, célebre fotógrafo norteamericano, instructor de fotoperiodismo de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP).

solitario Francis Chichester cuando pasó por el Cabo de Hornos: «Era marzo de 1967. Había cuarenta medios de información en Punta Arenas: los diarios ingleses y varias agencias de noticias esperaban la pasada del marino. Me hice amigo del fotógrafo del *Sunday Times* de Londres, el señor Murrey Sayle. A las seis de la mañana me tocó la puerta, tomamos un avión contratado por este periódico, que era el auspiciador del viaje y el único que sabía la onda que nos avisaba donde estaba el yate de Chichester. Cerca de las nueve de la mañana, entre una tormenta de lluvia y viento, divisamos al Gypsy Moth IV y, debido a las condiciones climáticas, pasamos solo

En su época de oro como editor de fotografías de El Mercurio, entre 1966 y 1975, los reporteros gráficos se lucieron. Supo sacar partido a las buenas noticias visuales, incentivó a los volantes y logró que se reconociera a los fotógrafos, al ponerles por primera vez el nombre junto a su imagen.

Como jefe de fotografía aprovechó el poder adquisitivo del matutino. Durante la época anterior, a cargo del ahorrativo catalán Lorenzo Gómiz, los fotógrafos salían a los partidos de fútbol con dos placas de 4x5 pulgadas para solo dos fotos. «Al llegar compré catorce máquinas Nikon, con mil rollos en blanco y negro y los repartí a mis reporteros. Les tenía teleobjetivos, cada uno con por lo menos cinco lentes».⁶

Inmediatamente reorganizó el departamento fotográfico, a cargo de veintiocho reporteros de *La Segunda*, *El Mercurio* y *Las Últimas Noticias*. Creó una política de imagen en el diario. «Una parte de ella se gestó gracias a las vivencias y la escuela que

Si bien Juan Enrique no era un teórico, sino un hombre de acción, fue capaz de transmitir pasión en sus clases en la Universidad Católica, las cuales dejó luego de tres años, debido a sus viajes. Las cátedras constituían una serie de anécdotas de sus fotos. «Con su tono medio Pepe Pato cautivaba a sus alumnos por lo entretenido de las historias e incluso, a veces se olvidaba de explicar qué era un diafragma. Muchos se enamoraron de su vehemencia, tanto así que de la gente que asistió a sus clases, como siete u ocho, de un total de cuarenta, se dedicaron a la fotografía»,⁸ cuenta Marinello.

Relataba, por ejemplo, aquella vez que le sacó la foto al navegante

una vez sobre él. Alcancé a sacar cuatro fotos por el mar encrespado y la baja nubosidad. Aterrizamos en Punta Arenas con un motor del avión incendiado. La foto salió en primera página de *El Mercurio* y fue enviada a Londres por intermedio de *Transradio Chilena*, para su publicación exclusiva en el *Sunday Times*.

En la época de oro de Juan Enrique, entre 1966 y 1975, los reporteros gráficos se lucieron. Este mérito fue del editor, cargo creado en 1970, ya que era capaz de exponer fotos emblemáticas, como la del carabineiro golpeado por un encapuchado, de Manuel Martínez. Supo sacar partido a las circunstancias que pudieran dar buenas noticias visuales e

incentivó a los reporteros volantes. Juan Enrique también logró que se reconociera a los fotógrafos, al ponerles por primera vez el nombre junto a su foto.⁹

Hasta el día de hoy es muy querido en *El Mercurio*; los reporteros lo llaman a su departamento en Seniors, comunidad para la tercera edad donde vive solo y es visitado ocasionalmente por alguno de sus tres hijos. Se sienta cerca del balcón lleno de migas de pan para las palomas, como una forma de absolverse de las cazas indiscriminadas de su juventud. En su pequeño living con las paredes repletas de fotos emblemáticas, Juan Enrique recuerda con

una sonrisa la iniciación en el diario de los nuevos reporteros: los pasaba a buscar un auto Bentley gris de lujo y de él se bajaba un chofer de etiqueta que los conducía a la casa de la señora Chabela Eastman de Edwards, donde los sentaban a la mesa y los trataban como a duques... Lira, con esa alma de niño bromista, luego se entretenía preguntando todo lo que había pasado.

Al mismo tiempo, «Juan Enrique era capaz de ir a tomar a bares, con sus fotógrafos, sin perder el estilo y la autoridad, basada en la confianza, no en el miedo. No llamaba la atención directamente cuando alguien cometía un grave error, sino que se lo decía al jefe de fotografía. Felicitaba siempre las buenas fotos, plasmando la figura del incentivo inconscientemente», recuerda Juan Domingo Marinello de cuando trabajaba en *El Mercurio*.

Lira comprendía que en el lenguaje fotográfico, el diseño y la estética están al servicio de la comunicación.

Realizó la importancia de las imágenes en la expresión periodística, por lo que el papel y el lugar de estas jugaron en forma paralela con la crónica escrita.¹⁰ Ocuparon, muchas veces, la mitad de la primera plana, como su foto del transplante de corazón realizado por el doctor Jorge Kaplan. A pesar de que en un comienzo a Juan Enrique le daba nervios ver sangre, se motivó

tanto al presenciar operaciones que lo superó. Llamado por el doctor Kaplan, se fue al Hospital Naval de Valparaíso a grabar en 16 mm. color y a fotografiar el segundo y el tercer transplante de corazón en Chile, exclusivas de *El Mercurio*. La revista *Ercilla* había cubierto el primero como primicia. A Juan Enrique le tocaría luego tomar fotos de la autopsia de dicha paciente, que no se publicaron.

EL DÍA A DÍA: TRABAJO DURO Y ALMA DE NIÑO

El Mercurio fue su segunda casa. Llegaba generalmente al diario a las diez y media de la mañana.

Asistía a la reunión de pauta donde se decidían las órdenes y añadía otras que estimaba interesantes. Sus horas más activas eran en la mañana cuando generaba imágenes y en la tarde, durante la edición, instancia en que reunía las fotos que graficaban el problema. «Me juntaba con Fernando Díaz Palma y Juan Gabriel Bustos, hacíamos el corte a la foto en consenso. Si la imagen era importante se marcaba atrás y yo ponía el tamaño en que la quería».¹¹

Evitaba las horas ociosas y entendía que sus fotógrafos podían aburrirse, por lo que instaló una mesa de pin pon, naipes e incluso un juego de computador que trajo de Estados Unidos. No encontraba nada malo en que sus fotógrafos de planta jugaran, claro que si había una orden «partían volando».

Entre la pauta y la edición, Lira salía del diario a olfatear. Tenía varios



No solo con el lente fue certero: en 1965 ganó el título de campeón mundial de tiro al blanco.

lugares estratégicos para conocer lo que pasaba tanto en las cúpulas de poder, como en los suburbios. Almorzaba algunos días en una pieza reservada del Hotel Crillón «Ahí yo instalaba todo mi equipo fotográfico, mientras Philippe Guistand (jefe en Chile de la *France Presse*) pedía langosta. Almorzábamos tranquilos mientras los tipos en la calle se lanzaban bombas lacrimógenas. Desde ahí fotografiaba en primer plano con unos teleobjetivos grandes». ¹²

También, junto a su amigo Chiporro Bustos, se escapaban al restaurante Roxy, en la calle Moneda al lado de la Intendencia, donde almorzaban junto a periodistas, incluyendo extranjeros, y «cambiábamos ideas de acá para allá». Era una mesa internacional, con conexiones con las embajadas norteamericana y de México. «Durante la Unidad Popular, llamaba a la embajada mexicana para que mandaran un cajón de gin importado, con este yo suministraba al bar, fuera de mi mesa. Iban a almorzar de los bancos, de la Bolsa de Comercio, de la Associated Press, United Press, etc.». Los periodistas de las agencias internacionales le contaban exclusivas. «No me cuesta nada establecer vínculos, me encanta la gente», confiesa Lira.

«Volvíamos como a las cuatro de la tarde. A las nueve terminaba el despacho. Con Fernando Díaz Palma, Chiporro y otros partíamos al Chez Henry, donde teníamos cuenta libre pa-

ra las comidas». Entre las once y la una de la madrugada regresaba al diario para ver si había algún cambio y recibía el llamado de René Silva «para preguntar cómo iba la primera página».

Años más tarde, el desplazamiento a Santa María de Manquehue, la muerte de René Silva Espejo y de su compañero Bustos, hicieron que en el diario se respirara otro aire: «Me retiré por mi voluntad, cuando me pusieron una computadora en el escritorio. Para mí ya había terminado el periódico, ya no se podía conversar con nadie, no había amistad. Todo el mundo estaba pegado en las máquinas, en las pantallas. Se había vuelto frío». ¹³ Atrás quedaban los almuerzos y las relaciones humanas, sin estrés y con tiempo, aunque había que cumplir como fuera con la primera plana.

SORPRESA PERIODÍSTICA

«¿Qué es este asunto?», pregunta Juan Enrique Lira desde su escritorio, mirando boquiabierto la masiva irrupción en su oficina. Fernando Díaz Palma le contesta: «¡Te ganaste el Premio!». Lo sacaron en andas, bajando las largas escaleras, al primer piso. Entre risas, Lira les gritaba que tuvieran cuidado. Había que apurarse, el ministro de Educación, Juan Antonio Guzmán, lo esperaba. Para el editor fotográfico la noticia fue toda una sorpresa.

Era el resultado de aquella carta del 14 de mayo de 1987 dirigida a Carlos Riesco Grez, Secretario General del Instituto de Chile, firmada por ocho Premios Nacionales, respaldando la «fructífera labor en el campo de la fotografía y el valioso aporte al periodismo nacional a través de los medios de comunicación

realizado por más de veinte años por Juan Enrique».

Entre los firmantes estaba Félix Rubio, premiado en 1961 y mentor de Lira en *El Diario Ilustrado* en 1948. Él le enseñó a salir a la calle, a ir a las marchas en la época en que Arturo Matte iba de candidato a Presidente. Impulsado por Díaz Palma, envió su currículum: «un trabajo de diablo» recolectando sus fotos y escribiendo con detalle las realizaciones de su agitada vida: viajes, historia como reportero, triunfos deportivos y periodísticos. Mandó como doce copias y se olvidó del asunto.



Lira viajó con Godfrey Stevens en 1970 a Tokio, Japón, para cubrir la pelea por el título mundial que disputó con Sybjo Saihjo.

Se impresionó cuando le dieron la noticia el 28 de agosto de 1987. Dos días antes el jurado y el ministro de Educación se habían reunido tres veces, a las 9:00, 11:30 y 15:00, para votar. Lira no sabía contra quién competía. Los inscritos exhibían una amplia trayectoria: Tito Castillo, María Eugenia Oyarzún, Rosa Rabinovich, Cristián Zegers, Humberto Candia, Héctor Chamorro, Hernán Castillo, entre otros.

Recuerda que entró achunchado al ministerio, acompañado de Fernando Díaz Palma. El titular de Educación le notificó el Premio. No se conocían. A la hora de firmar el acta se percató que su nombre aparecía como Juan Enrique y pidió a la secretaria que lo cambiara por Mario. Pocos sabían que al nacer fue inscrito como Mario porque su tío, encargado de la tarea, se llamaba así. Nunca cambió sus papeles, le parecía un trámite inútil. «Por suerte me avisó» le respondió la secretaria. Habría significado perder algunas mensualidades, que hoy representan una cifra de quinientos mil pesos.

En diciembre de ese año recibió formalmente la condecoración en una ceremonia en la Biblioteca Nacional. Mauricio Serrano, presidente del Hipódromo Chile, dio un almuerzo en su honor con sus amigos más cercanos: entre otros, Alberto Reyes, Fernando Díaz Palma, Agustín Edwards y Mónica Comandari.

Estaba feliz y emocionado, «era el primer gran premio que había recibido por su labor profesional, de más riqueza humana que cuando fue campeón mundial de tiro al blanco en 1965»,¹⁴ según declaró a *El Mercurio* ese 27 de agosto. Su gran ojo y precisión habían sido las

claves para ambos premios; la rapidez para captar imágenes, objetos en movimiento y de apretar el obturador o el gatillo.

Largos años de aprendizaje desde que se enamoró de una cámara en 1936. Estaba en la vitrina de una tienda llamada Casa Columbia, en Viña del Mar, recuerda entre risas, mientras se recuesta en su sofá. Lee sus memorias: «Tenía nueve años y ahorré para comprarme una Baby Brownie marca Kodak, era una máquina chiquitita con rollo 127. El primer uso gráfico que le di fue en un campeonato de golf en el Club de Granadillas». Los apuntes son tan detallados y precisos, agrega, que las fotos salieron lejanas y un poco borrosas porque la cancha en ese tiempo era de arena.

Sí, después de cincuenta y un años de aventuras, viajes, amistades e imágenes inmortalizadas, Juan Enrique Lira fue galardonado con el Premio Nacional de Periodismo. «Siempre busco transmitir la esencia en la foto, la vida. Ese siempre ha sido mi criterio, ya que la imagen debe tener intensidad».

EL HOMBRE

TRAS LA INSTANTÁNEA

Lira es un hombre apasionado, comprometido con sus ideas, capaz de subirse a un avión y dar volteretas si cree que puede encontrar un ángulo interesante. Es un ser desafiante que no piensa en el peligro ni en la muerte, aunque sabe que llegará algún día. Hace poco hizo su testamento donde lo único que pide es que no lloren por él y que esparzan sus cenizas en el lago Riñihue.

Dentro de sus mayores dolores

está la muerte en sus brazos de uno de sus cuatro hijos, a los tres años, de una fiebre altísima; el deceso de su compañero de trabajo, Juan Gabriel Chiporro Bustos, y el reciente fallecimiento de su señora, Elvira Matte, de quien estaba separado hace tres años, luego de alrededor de cincuenta años casados.

Se le quiebra la voz, emocionado, al hablar de su legado como fotógrafo: «He tenido una vida muy feliz. Ojalá haya mucha gente que pueda gozar de ella como yo lo he hecho. Si se dedican a la fotografía, que lo hagan con gran cariño, que nunca se olviden de mandar una copia de regalo a la gente que han fotografiado, sea grande o chica, pobre o acaudalada...».

Lira vive solo en Seniors en el segundo piso, en el tercero habitan las personas que no se pueden mover de la cama. A ellos les va a dejar en la mañana una lista con los mejores programas de televisión, gesto que lo retrata.

En la celebración de su cumpleaños setenta y tres, junto a Alberto Reyes y Fernando Díaz Palma en Borderío, de improviso llegó Felipe Izquierdo con Cecilia Bolocco. No dejó de decir que quería una foto de ella. Hasta que se paró, pidió su bastón y partió a la mesa de la ex Miss Chile logrando su objetivo.

Siempre inquieto, a la espera de captar los mejores ángulos de cada acontecimiento, este Premio Nacional está continuamente dispuesto a la emoción y a la aventura, como la que vivió ese lejano 11 de septiembre de 1973 entre las balas y el humo...

Por Mónica Hinrichsen

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Juan Enrique Lira Vergara.

Fecha de nacimiento: 31 de diciembre de 1927.

Estado civil: Viudo de Elvira Matte Valdés.

Hijos: Enrique, Fernando y Ricardo.

Estudios básicos: Liceo Alemán, C.V.D. (calle Moneda); Colegio Saint George (Pedro de Valdivia.)

Educación media: Cranwell Preparatory School, Lenox, Massachussets.

Estudios superiores: 1959, curso de especialización en Rochester, Nueva York, en fotografía y cinematografía médica.

Trabajo periodístico:

- 1948: Reportero gráfico de *El Diario Ilustrado* y *El Debate*.
- 1950: Por encargo de Gabriel González Videla, filma película de 16mm en colores sobre la carretera Panamericana, desde Santiago a La Serena. También toma fotografías del libro *El Plan de La Serena*.
- Alrededor de 56 filmes en colores sobre diversos tipos de intervenciones quirúrgicas.
- 1965: Ingresa a *El Mercurio* como jefe de fotografía. Primer reportaje, el de Francis Chichester en Cabo de Hornos.
- 1970: Editor fotográfico de *El Mercurio*.
- 11 de septiembre 1973: Primer periodista en entrar a La Moneda.
- 1975: Viajó a Suecia a cubrir Copa Davis.
- 1978: Viajó a Argentina a cubrir el Campeonato Mundial de Fútbol.

Viajes:

- Numerosos viajes periodísticos a Estados Unidos, Europa, Japón. Cruzó dos veces el Atlántico en yate, llegando hasta Islandia y regresando desde las Islas Canarias a Antigua, en el Caribe. Realizó filmes en colores de sus cruceros.
- En Chile, desde Arica hasta el Cabo de Hornos.

Premios recibidos:

- 1954: Primer premio en Brasil por la película médica *Pericarditis*.
- 1965: Campeón mundial de tiro al blanco.
- Premio Andrea, máximo galardón del Foto Cine Club de Chile.
- 1987: Premio Nacional de Periodismo.

NOTAS

- | | |
|--|---|
| 1 Descripción de la fotografía que incluyó Juan Enrique Lira en su currículum. | 8 Ibid. |
| 2 Entrevista realizada a María Angélica Lira en septiembre del 2000. | 9 Ibid. |
| 3 Entrevista a Juan Enrique Lira realizada por MHS octubre del 2000. | 10 Ibid. |
| 4 Ibid. | 11 Entrevista a Juan Enrique Lira, octubre de 2000. |
| 5 Ibid. | 12 Ibid. |
| 6 Ibid. | 13 Ibid. |
| 7 Entrevista a Juan Domingo Marinello, septiembre de 2000. | 14 <i>El Mercurio</i> , 27 de agosto de 1987. |



CRISTIÁN ZEGERS

Cristián Zegers Ariztía (1989):

EN LETRAS DE MOLDE

Aquella Navidad de 1978, cuando los soldados argentinos estuvieron a pasos de nuestra frontera, Cristián Zegers era subdirector de *El Mercurio*. Como siempre, la responsabilidad de informar verazmente pero con prudencia pesó sobre sus hombros: había que evitar el pánico y la alarma pública que se hubiese producido al revelar detalles innecesarios. «En noviembre y diciembre del 1978 habría sido irresponsable, casi criminal, decirle a la población los preparativos que nos tenían al borde de la guerra. Ello habría generado una intranquilidad y un clima espantosos».¹

Tiempo después, ya como director de *La Segunda* y luego de haber sido enviado especial en el proceso de mediación en Roma, tuvo que viajar a Río de Janeiro al encuentro de la delegación chilena que sorpresivamente traía la línea de la frontera con Argentina definida por el Papa: «Eso me permitió preparar y publicar una edición extraordinaria del diario, que comenzó a circular en Santiago a las seis de la tarde con todos los planos, demarcaciones y análisis de lo que sería la solución definitiva del conflicto, un poco an-

tes, incluso, de la hora en que comenzaba una conferencia de prensa en la Cancillería con el fin de entregar oficialmente la noticia».

La pasión por conocer y estar en el sitio de la noticia lo distinguió desde la infancia. ¡A los ocho años leía el diario! Hoy comenta la campaña presidencial de Ibáñez y Matte como si hubiera votado, aunque solo la vivió como un niño que a veces servía para algún mandato.

Entre los encargos, hubo uno que comenzó a trazarle el camino periodístico. Su padre escribía artículos para *El Diario Ilustrado* y *El Mercurio*, y era Cristián quien los llevaba. «Recuerdo perfectamente la emoción que sentía cuando los veía publicados al día siguiente».² Así quedó atrapado en las letras de molde, en el olor a tinta, en la emoción de la palabra reproducida en el papel.

EN EL CENTRO, CERCA DE TODO

Zegers es un personaje urbano. Se siente a sus anchas en el centro de las ciudades, rodeado por cafés, cines, librerías, quioscos, por gente ensimismada y distinta, cerca de lo

que eventualmente puede ser noticia. La única concesión que hace es veranear con su familia —nietos incluidos— a orillas del río Coihueco, en el sur.

Esta identificación con la ciudad proviene de su niñez. Cristián Zegers nació en Santiago el 14 de febrero de 1940 en la pieza de sus padres, en una casa enorme de la calle Manuel Rodríguez. Casi toda su adolescencia y juventud transcurrió en ese barrio. «El cambio de guardia en La Moneda, los paseos en bicicleta a la Quinta Normal, la primera escalera mecánica en el salón de té Goyescas, en Huérfanos con Estado, son vivencias en que el centro toma la forma de mi barrio de niñez», cuenta Cristián. En esa época las entretenciones no faltaban: después de la misa dominical en San Ignacio o en la Basílica del Salvador los niños exigían una pasadita por la Confitería Torres. Asimismo, la Parada Militar en el Parque Cousiño, era un acontecimiento familiar. Recuerda haberse deslumbrado con la primera transmisión de televisión que trajo Perón en su visita a Chile.

Otro panorama era asistir a los auditorios de las radios *Minería* y

(En La Segunda) «Cambiar la visión de diario polarizado y atrincherado por uno abierto y pluralista, en tiempos del régimen militar, con restricción informativa, no era fácil».

Corporación con sus concursos y espectáculos en vivo, o simplemente escuchar desde la casa sus radioteatros. Quizás su fanatismo por la historia de Chile se originó al seguir arrobado, tarde a tarde, *Adiós al séptimo de línea*, la epopeya de Jorge Inostroza. (Para no perder la tradición, Zegers les inculcó el mismo patriotismo a sus hijos. Los llevaba todos los 21 de mayo a Valparaíso a presenciar la conmemoración del Combate Naval de Iquique).³

Y el cine, por supuesto. Los programas eran triples ¡o cuádruples! Vibraba con los musicales de Fred Astaire y Ginger Rogers, los westerns de John Ford y las producciones de los grandes maestros del cine francés e italiano. «Me interesaron siempre las películas buenas, regulares e incluso malas... Me entretiene descubrir por qué algunas son tan extraordinariamente malas».⁴

Ser el menor de siete hermanos

(Marta, Agustín, Isabel, Loreto, Laurita y Jorge) marcó su personalidad. La diferencia de edad —dieciocho años con el mayor— lo hizo convivir poco con ellos. El más cercano era Jorge, hoy sacerdote de Schöenstatt, con quien compartía pieza, lo que daba origen a frecuentes discusiones. Hicieron un pacto: nunca prolongar la pelea hasta el día siguiente. Siempre terminaban dándose las buenas noches.

La apacibilidad familiar se rompe en 1952 con la muerte del padre. Pese a la corta edad de Cristián —doce años—, don Agustín dejó una clara huella en su hijo. «El papá era tajante en sus convicciones políticas, y siempre estaba preocupado por la causa de la educación católica. No era en absoluto contemporizador, sino de renuncias inmediatas cuando algo le parecía mal. Por su parte, mi madre era la columna del hogar. Nos daba bastante independencia, no se

metía en nuestros asuntos propios, salvo en los importantes». Una inquebrantable fe católica, la importancia del matrimonio, el apego al país y a la tierra son parte del legado de sus padres.

Las circunstancias los obligan a una vida más austera. Se cambian al segundo piso de una casa en la calle San Martín y hay que reducir gastos. «Las mesadas eran modestas, se tenía poco, por tanto lo que se poseía se apreciaba más. Era importante, creo, intuir que si uno no salía adelante por su esfuerzo, poca ayuda encontraría en su entorno», recuerda Zegers.

Otro puntal en el desarrollo de Zegers es su colegio, el San Ignacio de la calle Alonso Ovalle. Además de darle una impecable formación académica, los sacerdotes jesuitas lo contactan con el mundo de los más necesitados. «Poseían una conciencia social no demagógica, con conocimiento real de los pobres. Recuerdo



Veraneo en Coihueco: Cristián Zegers, María Cristina Vial, Trinidad, María Angélica, Magdalena, Cristián y Felipe Zegers Vial y Alberto y Max Fernández Zegers.

haber acompañado al Padre Waugh un Viernes Santo a la Penitenciaría de Santiago y siento todavía en el alma ese canto de *Perdón, Oh Dios mío*, entonado con las voces roncas de quinientos internos condenados quién sabe a cuántos años de prisión».

Adolescente aún, Zegers ya posee una personalidad fuerte, extrovertida y única. Es distinto. No le gusta pelear, participa poco en los juegos y menos en partidos de fútbol. Su única concesión es ser miembro de la rama scout. Le gusta leer, eso sí, y estar al día en política y actualidad. Años más tarde se impresionaría con la revolución cubana. «La veíamos como una noticia estimulante: el fin de una epopeya ro-

mántica y la caída de un régimen (el de Batista) con el estigma de la corrupción. A poco andar, claro, advertimos la fantástica simulación de Fidel Castro para pasarnos gato por liebre con lo que era, desde el principio, una dictadura comunista».

HACIA LAS LETRAS DE MOLDE

Una vez terminadas las humanidades, entra a Derecho en la Universidad Católica. ¿Por qué no a periodismo? (En quinto año de humanidades, junto a Joaquín Villarino y Germán Aburto, editaron la revista del colegio, lo que fascinó a Cristián). Su respuesta es coherente: «La única escuela de periodismo (Universidad de Chile),

fundada pocos años antes, no tenía el reconocimiento que alcanzó después. Me pareció importante estudiar Derecho: esta materia adiestra en una reflexión firmemente asentada en el sentido común, base del periodismo».

Fue un acierto. Su tesis de grado, *Historia política del gobierno de Aníbal Pinto*, obtuvo la distinción máxima y mereció el Premio Academia Chilena de la Historia en 1968 y los consiguientes elogios de la prensa: «Resulta interesantísimo el estudio de este libro y su lectura paralela con las obras de quienes han historiado este período trascendental de Chile...».⁵ «(Zegers) aborda esta tarea con serenidad, altura de juicio y excelente y acuciosa información...».⁶



Una audiencia familiar con Su Santidad Juan Pablo II, poco antes de la muerte en 1990 de su hija María Cristina, a quien el Papa saluda en la foto.

Jaime Eyzaguirre, su profesor guía, ejerció una poderosa influencia: «Fue una inspiración esencial y formidable», dice Cristián con aprecio. «A tantos de nosotros nos dio el privilegio de una amistad fuerte, apoya-

mejor escuela, le tiende los puentes entre la redacción y la información. Cristián reporta activamente y en terreno la crisis de Bolivia provocada por el desvío del río Lauca en 1963. La vocación está a prueba todos los

dad Católica. Aflora una innata capacidad didáctica y sus clases son un contacto directo con el ejercicio de la profesión. Sus alumnos elaboran un periódico experimental en el que se reporta en tiempos reales. Zegers

«No tener memoria histórica es equivalente a carecer de huellas camineras, y tratar de inventar caminos por los cerros, sin saber que la carretera ya ha sido construida y corre despejada al lado nuestro».

dora y entusiasta. Aún recuerdo las largas conversaciones en su librería El Árbol o de camino para su casa».

Pero desde mucho antes el periodismo le tenía reservado un sitio. «Cuando cursaba segundo año de leyes mi primo Fernando Zegers, que entonces dirigía una página dominical de colaboraciones en *El Diario Ilustrado*, me convidó a ser parte de ese grupo. A la semana siguiente me encargó un artículo sobre el magisterio. Fue el primero, y de ahí no paré más».

Desde ese momento, la vida de Cristián Zegers transcurre entre el periodismo escrito, las leyes y la historia de Chile, combinación apasionante. La historia, piensa el periodista, ayuda a comprender con mayor profundidad los acontecimientos diarios. «No tener memoria histórica es equivalente a carecer de huellas camineras, y tratar de inventar caminos por los cerros, sin saber que la carretera ya ha sido construida y corre despejada al lado nuestro», afirma.

Simultáneo a sus estudios, Zegers colabora regularmente en *El Diario Ilustrado*, incluso a veces reemplaza a su primo en los comentarios políticos semanales. Allí se fogea: el diario, tan bueno como la

días: el sueldo es magro y a veces tarda en pagarse.

En *El Diario Ilustrado* es secretario de redacción hasta 1963, año en que se une a la renuncia colectiva de toda una generación. ¿El motivo? El medio se subordinaba a la candidatura presidencial de Julio Durán. «Cualquier dependencia extraña a la función de informarlo todo mata al órgano de prensa», opina. Con el espíritu periodístico a flor de piel, Zegers abandona toda militancia política que ve incompatible con la imparcialidad que exige su nuevo oficio.

Al año siguiente, otro acontecimiento ocupa su atención. En 1964 se casa con María Cristina Vial Risopatrón, su polola por más de cuatro años. Ella, también periodista, le dará seis hijos, por los cuales renuncia a ejercer su profesión. «Todo periodista tiene una deuda muy especial por la comprensión de su mujer y de sus hijos. En el caso mío ello fue muy evidente», dice agradecido.

Después de recibirse de abogado, durante un par de años se dedica a las leyes, pero el periodismo está latente. Por eso no duda un minuto cuando se trata de formar parte del grupo fundador de la Escuela de Periodismo de la Universi-

les impone exigencias idénticas a las del trabajo en un diario: tratamiento de las fuentes, apego a los hechos, horas de cierre inflexibles... «Muchos connotados periodistas de hoy recuerdan aquella experiencia».⁷

En 1969, sin embargo, luego de problemas derivados de la reforma universitaria y de la toma de la es-

DE EL DIARIO COMO INSTITUCIÓN (1988)

«Con todo, mediante el auxilio de una técnica ahora tan igualada con los medios electrónicos, la prensa escrita no solo sigue siendo competitiva respecto de estos, sino que prevalece por su capacidad para fijar las ideas, clasificarlas, consultarlas, conservarlas y transmitir las» (...)

«Pero aunque es difícil predecir el futuro de esta visión de un diario electrónico, cuyo contenido podría renovarse constantemente, éste no conseguirá dar el elemento más característico y valioso de la prensa escrita, cual es la entrega de un conjunto armónico de información técnicamente elaborada y justipreciadas en su importancia una con otra noticia».

cuela en contra del parecer de la mayoría de los alumnos y profesores, renuncia a la subdirección que ejerce en el plantel.

ENTUSIASMO PERMANENTE

Desde entonces, Cristián Zegers no se separará más del periodismo escrito. «Aunque sujeto a la transitoriedad del día, no llega a la fugacidad de los medios audiovisuales y da el tiempo suficiente para la reflexión personal. Entrega elementos para el ejercicio real de la libertad por parte del lector».⁸

Su próximo paso es ser jefe de redacción del diario *El Sur*, cargo que ejerce desde Santiago, pero que le exige frecuentes viajes a Concepción. Es la época de la llegada del hombre a la luna. «Confieso que la magnitud y trascendencia de lo que veíamos en directo no me conmovió, al menos no en los términos en que debió ocurrir, lo que hasta hoy me sorprende», confiesa.

Nuestro país vive el surgimiento y la consolidación de grupos extre-

mistas. Desde su puesto, Zegers experimenta el daño inferido a *El Sur* por una huelga ilegal prolongada de carácter político, resultado de años de extrema turbulencia en Concepción, cuna del MIR. También aprecia la importancia de transformar en nacionales los temas de una región y el valor que para la independencia de un periódico tiene la existencia de una familia editora, que le da continuidad y lo aleja de presiones económicas o de otro tipo. «La rica tradición de *El Sur* se proyecta hasta hoy en un diario de estilo periodístico muy serio, innovador en diseño y suplementos», sostiene Zegers.

A partir de esa experiencia, y a través de cada actividad gremial desempeñada, el periodista mantiene un fuerte interés por las regiones y no tutea a la hora de incentivar los diarios en distintas ciudades. Cree que la prensa de provincia es muy potente en todo el mundo. En Chile considera que tiene alta calidad técnica, pero que debe mejorar sus contenidos, factor básico para reforzar el alma regional y para combatir el centralismo.

Ese mismo 1969 se lo nombra editor de la revista *Portada*, iniciativa de Jaime Eyzaguirre. Es un medio de intelectuales y profesionales jóvenes, inicialmente dirigido por Gonzalo Vial. Allí se constituye un grupo muy unido y que hasta hoy se reúne informal y esporádicamente.

Con Salvador Allende en La Moneda, en 1971 Zegers, junto con varios de los miembros de *Portada* y un grupo de economistas de la UC, emprende otro proyecto periodístico: la revista *Qué Pasa*. «Desde el primer momento estuve en la lucha contra Allende. Creímos que lo único que no podía apagarse en Chile era la libertad de información. Mientras mantuviéramos abiertos los canales de información, el proyecto que nosotros veíamos totalitario no iba a triunfar».⁹

Como hombre de prensa, le es fácil prever la mayor dificultad que podrían tener los medios tradicionales: la falta de avisaje. Por ello juzga indispensable crear una publicación independiente. Cristián Zegers es quien aporta la idea periodística de la revista, sus lineamientos fundamentales, y ejerce la dirección durante los dos primeros años.

Con un enfoque basado en la realidad económica y política del país, la publicación inaugura una nueva forma de trabajo en equipo: muchas crónicas y artículos no son firmados. La diversidad de puntos de vista nace en las reuniones de pauta, en las que cada cual da salida a sus ideas.

Qué Pasa se abre a todas las corrientes políticas en cara a la opinión. «Teníamos columnistas como Jaime Castillo, Carlos Lazo, Francisco Bulnes y Julio Silva Solar».¹⁰

El entusiasmo fue, según Zegers, el combustible de la revista. Solo



Junto a Bengt Braun, presidente de la Asociación Mundial de Periódicos, WAN.



El Presidente Eduardo Frei Ruiz Tagle recibe a la directiva de la Asociación Nacional de la Prensa (ANP) en una de las fases críticas de la tramitación de ocho años de la ley de prensa.

una parte muy pequeña del equipo era rentado. El grueso se desempeña *ad honorem* al principio, haciendo los artículos en horarios nocturnos, después de concluir con sus ocupaciones principales.

La actual vigencia de *Qué Pasa* es, para Cristián Zegers, prueba suficiente de que existía un propósito editorial fuerte en su proyecto fundacional. Luego de pasar por distintas líneas directivas y desde hace años en poder de *Copesa*, ha mantenido su presencia periodística.

EL MERCURIO,

TENTACIÓN IRRESISTIBLE

Mientras Zegers se desempeñaba en la Universidad Católica, *El Mercurio* ya se había fijado en él. Le ofrecen un cargo vinculado con la documentación, para él poco atractiva, por lo que no acepta.

La segunda propuesta es tentadora. En octubre de 1972 lo llaman para que asuma la dirección de la *Revista del Domingo*, creada por Julio Lanzarotti y distribuida junto con *El Mercurio* y su cadena de diarios regionales en todo el país.

El desafío es irresistible y Zegers se entrega con ímpetu al nuevo pro-

yecto. Como exigencia se propone que, por ser el suplemento de un diario, debe tener las mismas características de actualidad que este; nada se justifica en él que no pueda justificarse en el matutino.

Mirando hacia atrás, hoy considera un privilegio haber trabajado con Lukas, a su juicio el mayor talento gráfico y humorístico del periodismo chileno. También recuerda a Luis Alberto Ganderats, Jorge Dahm, Donato Torecchio y sus puzzles compactos, Jaime Sánchez y diseñadores como Marcos Vergara; en fin, un equipo de fuste.

Una de las grandes lecciones que recoge Cristián Zegers en esa revista es darse cuenta de que en Chile hay «temas capaces de interesar a trescientas mil personas fuera del sexo, la violencia o los reajustes». ¹¹ Actualmente, opina que la *Revista del Domingo* no es lo que fue. «Hoy es una publicación especializada en turismo. Responde a la segmentación actual», señala.

En su cargo de director del semanario dominical a Zegers le toca vivir el período de la UP y posteriormente el del pronunciamiento militar del 11 de septiembre. Esa fecha es recordada por él con sensaciones encontradas: «Alivio por el término de una situación insostenible que amenazaba una guerra civil, y desazón y tristeza al saber del bombardeo de La Moneda y la pérdida de inapreciables testimonios de nuestro pasado;

un símbolo de la locura y tragedia del desencuentro entre los chilenos».

Sin dejar la dirección del suplemento, en marzo de 1974 es nombrado editor de servicios informativos de *El Mercurio*, cargo intermedio entre las secciones informativas y la dirección y subdirección del diario, que desempeñan René Silva Espejo y Arturo Fontaine Aldunate, respectivamente.

De Silva Espejo destaca «una maravillosa intuición, capaz de tener la certidumbre, por ejemplo, que Nixon dejaría la presidencia norteamericana. Cuando era el comienzo del episodio de Watergate ello era sencillamente impensable. Resulta admirable su independencia y coraje en luchas muy difíciles que le tocó enfrentar en la Unidad Popular, en que no parecía necesitar otros apoyos para sostener lo que pensaba. Era alguien que practicaba aquello de que el más sesudo y clave editorial era tan importante para el diario como el último y más modesto párrafo informativo».

Por su parte, Silva Espejo, luego de su retiro, en una entrevista de Orlando Cabrera Leiva, se refirió a Zegers como a «un joven dotado de grandes virtudes como persona y profesional. De él espero un futuro brillante».

En cuanto a la relación entre Zegers y Fontaine, el periodista y ex director de *Qué Pasa*, Jaime Martínez, testimonia: «Con Arturo Fontaine son muy amigos, sintonizan muy bien. Tienen una mentalidad similar, proceden de la misma línea». ¹² Para Zegers, Fontaine es «uno de los más brillantes redactores políticos que ha tenido el periodismo del último tiempo. Una mente clara, rigurosa en defensa de lo nacional. Polemista acerado».

Gran papel le corresponde a Cristián Zegers en la estructuración de la *Revista del Campo*, *Wiken* y el Informe Económico de *El Mercurio*. Pero quizás el mayor aporte es la creación, en 1978, del *Cuerpo de Reportajes*, junto a Pilar Vergara. La idea es hacer una gran sección que abarque diferentes temas de interés, que le den un valor agregado al periódico.

Ese mismo año Zegers da otro paso: llega a la subdirección del diario, la que ejerce por dos años, hasta el 1° de marzo de 1981, cuando asume la dirección de *La Segunda* en reemplazo de Hermógenes Pérez de Arce. Desde su llegada al vespertino aportó un amplio pluralismo noticioso y de opinión, lo que modificaba los esquemas anteriores. Lo sigue Pilar Vergara y juntos se preocupan de dar cabida a todas las corrientes políticas en un período de fuertes restricciones informativas.

«Vimos la necesidad de restablecer plenamente en el país la información política y las columnas de opinión: el socialismo renovado, con Ángel Flisfisch; la Democracia Cristiana, con Gutenberg Martínez, Mario Fernández, Alfredo Etcheberry y Luis Ortiz Quiroga; la derecha, con Pablo Baraona y Fernando Léniz, y el gremialismo, a través de Jaime Guzmán», recuerda Zegers.

El país necesitaba recomponer su institucionalidad y transitar pacíficamente hacia la democracia, objetivo con el cual, a su juicio, *La Segunda* colaboró. No fue fácil. Tuvieron que bregar contra durísimas restricciones legales sumadas a la hostilidad de algunos personeros del régimen militar. Pese a las dificultades, persistieron —con avances y retrocesos— en dar información más amplia. «En ese tiempo la prensa estaba duramente limitada por un



Argumentando con vehemencia en una reunión de la ANP, que presidió durante dos periodos (1996-2000), gestión de la que queda muy satisfecho.

régimen recién victorioso en el plebiscito constitucional y que no deseaba apurar ninguna normalización política», afirma Zegers.

Los resultados comienzan a ser percibidos por los lectores al poco tiempo. En la edición aniversario del medio siglo de *La Segunda* (julio de 1981) se entremezclan los apoyos de los miembros de la Junta de Gobierno con las de relevantes personalidades opositoras a Pinochet, como Eduardo Frei Montalva o Carlos Briones, ministro del Interior de Allende. Estos últimos destacan la confiabilidad que les merece el diario. Genaro Arriagada muestra su fe en esta nueva etapa de *La Segunda*. «Las diferencias —decía— sobre su línea editorial me preocupan menos». ¹³ Mario Kreutzberger, por su parte, subraya: «A mí me gusta mucho su variedad de información. Creo que lo que presenta al lector es muy ameno y fácil de digerir». ¹⁴

Zegers recuerda que esta transición fue brava. «Cambiar la visión de diario polarizado y atrincherado por una abierta y pluralista en tiempos del régimen militar con restricción informativa no era fácil». ¹⁵

EN LA CIMA

Y llega el reconocimiento máximo. El 24 de agosto de 1989 Cristián Zegers Ariztía recibe el Premio Nacional de Periodismo. «Su secretaria, Solange Charles, inmediatamente dispuso champagne. La refugiña (sic) fue entusiasta cuando comenzaron a llegar sus colaboradores y amigos a felicitarle. Sin embargo, Zegers con dificultad ocultó su mayor emoción cuando su buena moza señora, María Cristina Vial, y sus seis hijos llegaron a abrazarlo hasta su oficina». ¹⁶

La reacción del galardonado no se hace esperar. «Estoy muy contento... Hemos realizado un diario abierto y el jurado, donde conviven personas de distintas ideologías, otorgó un veredicto unánime». Este lo componían René Salamé, ministro de Educación; Luis Vargas Fernández, presidente del Instituto de Chile; Carlos Martínez Sotomayor, presidente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales; Fernando Valenzuela Erazo, ex decano de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile y María José Lecaros Menéndez, directora de la Escuela de

Periodismo de la Universidad Católica de Chile.

Junto con su extensa labor periodística, en 1988 Cristián Zegers se incorpora como miembro de número a la Academia Chilena de Ciencias Sociales del Instituto de Chile, de la cual actualmente es vicepresidente. También se destaca en el ámbito gremial. Durante dos períodos (1996-2000) se desempeña como Presidente de la Asociación Nacional de la Prensa (ANP) y también como Presidente de la Federación de Medios de Comunicación Social. Queda muy satisfecho con su gestión, excepto cuando ve rechazado en su último trámite en la Cámara Baja el proyecto de Ley de Prensa, discutido durante ocho años en el Congreso. «Que la mayoría de la Cámara de Diputados no lo haya entendido, me provoca desazón y preocupación. Las razones del rechazo siguen siendo incomprensibles a la luz del objetivo», afirma apesadumbrado.

Porque una mayor libertad de prensa era uno de sus grandes sueños: «No basta tener un marco teórico y legal de respeto a la libertad de información. Hay que asumir sus consecuencias en cuanto al acceso debido a las fuentes informativas, la transparencia y respeto por la información, constantemente expuestos a debilitarse ante diversos poderes e intereses». ¹⁷

«Su labor gremial no lo cegó respecto de los problemas del periodismo», afirma Jaime Martínez. Agrega que Cristián Zegers sabía que «la mejor defensa del periodismo es hacer buen periodismo. Lo toma mucho en cuenta ya que él siente que hay una antipatía de muchos sectores hacia la profesión».

Sus amigos lo definen como un

buen *gourmand*; le gusta comer bien y mucho (un conocido asegura haberlo visto paladear cinco platos en una comida en Londres), sin olvidar los postres. Y como todo goloso, es sociable y adoba sus festines con la amenidad de la conversación. En su casa son comunes las largas sobremesas en las que toda discusión es bienvenida y donde cada uno expresa sus posturas. Los temas son —cómo no—, la política, el periodismo y la historia.

Nunca habla de él. Es muy reservado respecto de su intimidad, quizás por temor a que le recuerden uno de los momentos más duros de su vida, la muerte de su hija María Cristina el 20 de julio de 1990, cuando tenía veinticinco años. «Cada hijo es el ciento por ciento, no importa que sean cinco o seis, cada uno es todo. Pero eso lo comprobé cuando faltó una. Es como quedar sin ninguno». ¹⁸

DURA Y SANA COMPETENCIA

Uno de los principales desafíos que ha debido enfrentar Cristián Zegers y su equipo fue la aparición del vespertino *La Hora* en 1997. Pero era algo para lo que él estaba preparado. Incluso al mes de asumir la dirección de *La Segunda* ya se refería al tema. «Me encantaría tener competencia. Todo mejora así», ¹⁹ comentaba.

Zegers piensa lo mismo, ahora después que *La Hora* se transformó en diario gratuito y dejó de ser vespertino: «Era un gran rival. Perteneciente a una empresa periodística como lo es Copesa, con un sistema de distribución sumamente agresivo, con una campaña de publicidad e imagen muy grande que, en definitiva, jugó con el concepto de que *La*

Hora representaba al nuevo periodismo, lo que en forma indirecta condenaba a una rápida extinción al viejo. Finalmente fue el público el que se pronunció y ese veredicto es bastante inapelable. Cuando terminó de salir *La Hora* no sentí ni alivio ni tristeza: solo la reflexión de que hacer bien los diarios no es tan simple como hablar del nuevo periodismo».

Como director de un vespertino, las primeras horas del día de Zegers son un continuo movimiento. Según Lillian Calm, una de sus colaboradoras más cercanas, «él puede terminar muy tarde el día, quizás en una comida en que se ha estado entreteniéndose o tal vez trabajando o reportando, pero a la mañana siguiente está puntualmente a las ocho y media en la reunión matinal de *La Segunda*».

Dicen que es un gran creador de pauta. Que siempre le encuentra el lado original a los más diversos acontecimientos. Quienes trabajan con él saben que deben hallar la noticia, buscar la verdad ante todo, respetar las fuentes, ¡dejar copia de todo lo escrito! Y cuidar minuciosamente la ortografía. En eso Cristián Zegers es implacable.

Pilar Vergara, subdirectora y su mano derecha en *La Segunda*, destaca su ojo periodístico: «Estudia mucho, sobre todo de historia, de ahí su capacidad de detectar la importancia de la noticia». Lo ve como una persona inquieta, alerta y con un gran sentido de justicia: «No es de exabruptos, aunque cuando las cosas están un poco densas en su oficina hay un olor a puro espantoso. Si llama la atención, siempre le explica a la persona por qué. También sabe delegar».

El editorial lo entiende como tarea colectiva. Zegers pregunta, pide opiniones, conversa los temas con

EL HOMENAJE DE UNO
DE SUS PARÉS:
ARTURO FONTAINE A.

René Silva Espejo decía de él que poseía «el apetito de la noticia». Y nada más cierto. Zegers es un descubridor infatigable de noticias. Tiene más fe en la información verdadera que en el mejor de los comentarios. Sabe además como nadie en el país presentar la noticia con los relieves debidos, a fin de que resplandezca el gran hecho destacable y luego vengan ordenadamente las consecuencias, las raíces, la situación en que está colocada la noticia.

No conozco mejor periodista chileno vivo que Cristián Zegers por su culto a la noticia, por su gran calidad intelectual, por su imaginación, por su mente observadora y por su afán de precisión y exactitud.

Para este periodista, el medio de comunicación que él maneja no es una realidad estática destinada a recoger el acontecimiento diario sino una entidad que se transforma, multiplica y renueva constantemente. Lo del «camarón que se duerme» no va con él. Está siempre alerta, siempre despierto y siempre sintiéndose llamado a explorar nuevos campos y a recorrer nuevas extensiones de la información.

Denle el manejo de cualquier medio de comunicación social y lo convertirá en algo excelente, que provoca la avidez de los lectores y que ejerce influencia innegable sobre el sector de público a su cargo.

Recorro nombres y acudo a mi vieja memoria para repetir que no conozco en Chile un periodista de la estatura de Zegers.

especialistas y luego redacta o corrige (si él no lo ha escrito), hasta lograr un texto corto y muy oportuno. Si se trata de un asunto de especial trascendencia, cuenta Jaime Martínez, *La Segunda* ha impuesto la costumbre ocasional de publicar un editorial de página completa.

Decide la portada escuchando las proposiciones de los distintos editores. Muchas personas intervienen en la titulación y generalmente se desarrolla bajo la tuición de la subdirectora, Pilar Vergara.

Con respecto a la tecnología, pieza fundamental en la prensa de hoy, si bien reconoce sus aportes, no esconde ciertos temores. Ella y los computadores «muchas veces reemplazan la conversación y la discusión frecuente, resintiéndose un tanto la creatividad». ²⁰

Jaime Martínez entiende este escepticismo. «Zegers es netamente un hombre de prensa escrita, por lo que no le gusta la frialdad. Debe echar de menos lo que se ha perdido en cuanto a la corrección de la información. Reclama mucho por los errores que aparecen. Muchas veces alega porque algún periodista no sabe una fecha o un hecho. Suele exclamar ¿pero cómo no sabe esto?».

En relación con la autonomía

con que cuenta, Zegers señala que cada diario de la empresa *El Mercurio* sigue una orientación editorial y de producto distinta. «El poder que tiene don Agustín Edwards sobre mí es que me puede despedir en un segundo. Pero nunca podré decir que me ha obligado a algo, eso ha sido tradicional en la familia Edwards. Cada director carga con toda su responsabilidad». ²¹

Zegers ha colocado parte de su vida en todos los puestos desempeñados. «El periodismo no es fácil y no se puede ejercer bien sin entusiasmo, lo que equivale a disfrutar de todo lo que a uno le toca hacer. Pero no puedo negar que hubo etapas especialmente importantes, como por ejemplo la jefatura de los servicios informativos de *El Mercurio*». Fue la gran oportunidad de innovar.

Como todo gran periodista, para él este oficio es mucho más que un modo de ganarse el sustento. «La vida periodística», sentencia, «es bastante más grata que un trabajo impuesto por la fatal servidumbre del pecado original».

Por Gonzalo Vega Sfrasani
Colaboración de Pía Bruzzone

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Cristián Zegers Ariztía. Nace el 14 de febrero de 1940, en Santiago.

Padres: Agustín Zegers Baeza y Marta Ariztía Bezanilla.

Casado con María Cristina Vial.

Hijos: María Cristina, Cristián, María Angélica, Felipe, Magdalena y Trinidad.

Estudios: Primarios y secundarios: Colegio San Ignacio de Santiago (Alonso Ovalle). Universitarios: Derecho en la Universidad Católica de Chile (1957 a 1961).

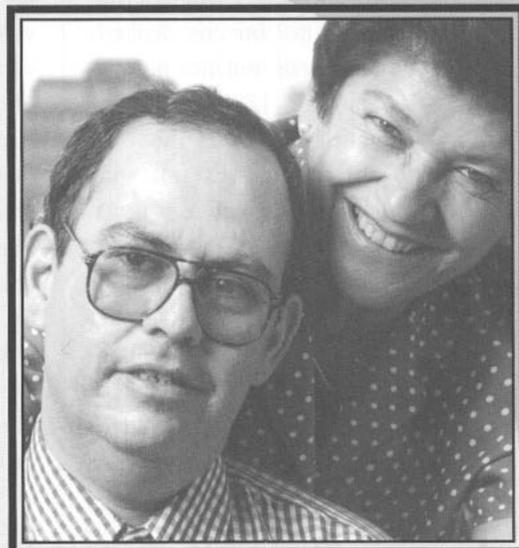
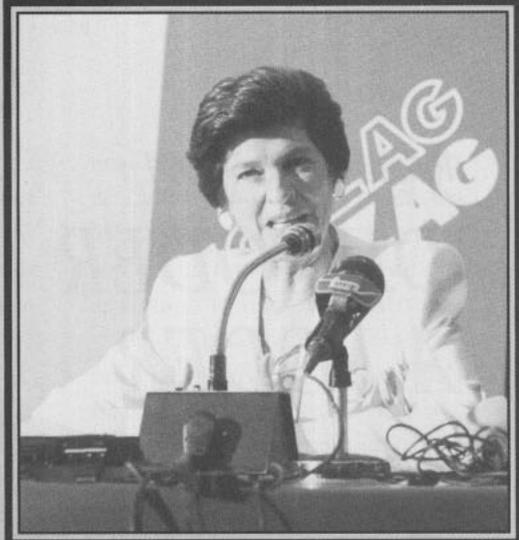
Actividades profesionales: *El Diario Ilustrado* (1958-1963); *El Sur* (1966-1972); *Revista Portada* y *Qué Pasa* (1968-1972); *El Mercurio*: director de Revista del Domingo (1972-1978); jefe de los servicios informativos y redactor (1974-1978), subdirector (1978-1980); *La Segunda*: director desde marzo de 1981 hasta la actualidad. Presidente de la Asociación Nacional de la Prensa (1996-2000).

Libros y publicaciones: *Historia política del gobierno de don Aníbal Pinto*. Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, reedición por Ed. Universitaria, Santiago, 1968; *Retrato hablado de Jaime Eyzaguirre*, Ediciones Mapocho, 1968; «Las FF.AA: soporte de una institucionalidad democrática», incluido en el libro *Visión crítica de Chile*, 1972; *Geografía económica de Chile*, varios autores, Ed. Andrés Bello, 1982; *La crónica del pensamiento conservador en Chile*, 1983; *Futuro democrático de Chile*, Ed. Aconcagua, 1985; *El diario considerado como institución*, 1988; *Las Fuerzas Armadas en la vida pública chilena*, 1989; *La crisis de la democracia en Chile. Antecedentes y causas*. Ed. Andrés Bello. Varios autores. 1992; *Cómo recogen los temas de Comunicación*. Instituto de Ciencia Política de la U. de Chile. 1995; El abogado y el periodismo, incluido en *La abogacía y sus opciones profesionales*, Ed. Andrés Bello, 1997; «El acuerdo nacional de transición a la democracia», incluido en *Análisis crítico del Régimen Militar*. Santiago, 1998; El abrazo del Estrecho, incluido en *100 años de encuentros presidenciales Chile-Argentina*, Buenos Aires, 1999; Chile, una nueva visión de la comunicación social: diez medidas emprendedoras, incluido en *Chile en la perspectiva de un nuevo milenio, 2000*.

Distinciones: Premio Academia Chilena de la Historia (1968); Premio Diego Portales (1983); Premio del Instituto Profesional del Pacífico (1986); Premio Editorial Los Andes (1989); Premio Nacional de Periodismo (1989); Premio de Periodismo Embotelladora Andina (1994); Condecoración Orden de Cruzeiro do Sul en grado de Comendador (1995); Premio Trayectoria UNIACC (1995).

NOTAS

- 1 *Prensa y Corrupción*, Universidad Finis Terrae, entrevista Pelayo Bezanilla, pág. 71.
- 2 Revista *Mundo*, octubre de 1991, pág. 10.
- 3 Entrevista a Cristián Zegers, octubre 2000.
- 4 Revista *Cosas*, 18 de junio de 1999, pág. 34.
- 5 Agustín Billa, *El Diario Ilustrado*, 17 de agosto de 1969.
- 6 *El Mercurio de Valparaíso*, 12 de agosto de 1969.
- 7 Revista *Mundo*, octubre de 1991, pág. 11.
- 8 Revista *Qué Pasa*, 15 a 21 de junio de 1978.
- 9 Revista *Mundo*, octubre de 1991.
- 10 Ibid.
- 11 Revista *Qué Pasa*, 15 a 21 de junio de 1978.
- 12 Entrevista a Jaime Martínez, noviembre 2000.
- 13 *El Mercurio*, 26 de julio de 1981.
- 14 Ibid.
- 15 Revista *Mundo*, octubre de 1991, pág. 12.
- 16 *Las Últimas Noticias*, 25 de agosto de 1989.
- 17 *El Mercurio*, 15 de junio de 1996.
- 18 Revista *Mundo*, octubre de 1991, pág. 12.
- 19 Revista *Hoy*, 8 a 14 de abril de 1981.
- 20 Cristián Zegers, *El diario considerado como institución*, 1988, pág. 35.
- 21 Revista *Mundo*, octubre de 1991, pág. 11.



RAQUEL CORREA

Raquel Correa (1991):

DE PODER A PODER

Sus continuos desórdenes y su timidez hicieron pensar que Raquel Correa no dejaría nunca de ser una alumna del montón, pero una maestra creía lo contrario. Elvira Carrasco de Illanes, profesora de física y matemáticas del Colegio Sagrado Corazón (Monjas Inglesas), la increpó durante su clase:

—Raquel, por favor pase adelante.

La niña se acercó temerosa. Estaba conversando y no había puesto atención en las palabras de la profesora. No sospechaba la enseñanza que recibiría esa tarde.

—¿Conoce la parábola de los talentos? Dígasela a sus compañeros...

Sonrojada y llena de titubeos logró darse a entender. Cuando terminó, doña Elvira, con una psicología que hoy añorarían muchos pedagogos, sentenció:

—Raquel, usted está desperdiciando sus talentos. Es una niña muy inteligente, pero no se esfuerza.

Esa frase le cambió la vida. «Comencé a estudiar como loca y di los exámenes válidos y aunque los resultados fueron 'reguleques', me seguí ejercitando hasta que logré ser la primera del curso. No me siento con talento, sino con ganas de hacer



En uno de sus primeros programas televisivos de entrevista (cuando todavía se permitía fumar) con el Ministro de la Corte Suprema, José María Eyzaguirre.

cosas e interés en conseguir las», recuerda la segunda mujer que recibió el Premio Nacional de Periodismo.

FEA, MORENITA Y FLACUCHENTA

Floja, retraída y poco sociable, en el colegio Raquel tenía la autoestima muy baja. Se sentaba al fondo de la sala y conversaba con sus compañeras. Era inteligente, pero la resolvía como nadie.

En su casa, con doce hermanos y un padre «autoritario y tradicional», Raquel debía hacerse respetar como fuese. Había que pelearse la palabra en la enorme mesa de la hacienda La Higuierilla de Lontué, cercana a la comuna Sagrada Familia en Curicó. «Él tenía unas manotas inmensas. Cuando hacías una travesura, con un solo gesto te expulsaba del comedor. Era guapo, pero recto y coherente. Yo le tuve una profunda admiración.

Era una relación bien curiosa entre padre e hija, de amor-odio... porque al final nos parecíamos».

En la familia Correa las reglas estaban claras: las damas no asistían a comer con pantalones. Pero Raquel arremangaba los suyos hasta los muslos y los cubría con una pollera. «No me gustaba someterme a la disciplina ni que me mandaran y, en ese tiempo, eso no se usaba. Las niñas eran dóciles y a mí, en cambio, que me prohibieran algo era como ponerme un paño rojo por delante».¹

Sus hermanos, sabiendo de la burla, comenzaban a reír, hasta que su padre se enteraba del engaño. En ese instante, la madre intervenía y trataba de calmar los ánimos. «Siempre le caían nuestros retos, por las indisciplinas y flojeras del colegio... Ella era una reina con nosotros y mi padre la adoraba».

Desde pequeña se sintió como patito feo; la más morenita, fea y fla-

En 1960 entró a Vea, por entonces el tabloide de mayor tiraje en Chile. «Llegué como la primera periodista mujer, universitaria y casada... tenía todas las de perder».

cuchenta de las hermanas. Pero eso no tenía importancia en la hacienda de sus padres. Corría descalza por los campos, convivía con caballos y jugaba con sus hermanos. «En el parque cada uno construía su propio fundo imaginario, donde había animales, siembras y cultivos. Jugábamos también al almacén y al banco ficticio».

«De niña no tenía muchas obligaciones, a lo más limpiaba los uniformes y cosas así. Mi única tarea era jugar y divertirme».

Hasta que a los ocho años, Raquel Correa contrajo una meningitis que la postró durante meses. De inmediato evacuaron la casa y le pusieron una enfermera de noche y de día.

Por un milagro, Raquel no tuvo secuelas, aunque durante años pensó que había quedado tonta. «Me creía menos inteligente que el resto», confiesa. Tuvo que soportar la burla de sus hermanos quienes, cada vez que cometía una torpeza, la molestaban apodándola «meninja».

Ingresó a las Monjas Inglesas a los nueve años, atrasada por su enfermedad. «No me encontraba en las mismas condiciones que el resto de mis compañeros: entré donde me correspondía por edad, no por conocimiento». Fue pasando de curso «a medio morir saltando», hasta que la profesora Elvira Carrasco tuvo el gesto que le permitió superarse.

Su adolescencia tampoco es algo que rememore como años gloriosos. De la infancia pasó a tacones altos y polleras simples. Seguía tímida y planchona. «El primer baile fue uno de los desastres más tremendos de mi vida. Mi mamá me había comprado un vestido blanco muy lindo. Me sa-

có fotos en *Rays* y las puso en *El Mercurio*. Mientras, yo lo único que quería era enfermarme. Igual fui, pero me pasé toda la noche flanqueada por mis dos preciosos hermanos. Nadie me sacó a bailar».

Fea, flacuchenta y morenita en su infancia; actriz fugaz; tímida y planchona estudiante de sicología en años mozos; madre tierna y rigurosa, hoy.

LA VOCACIÓN: UN RAYO EN LA CABEZA

A los diecisiete años, su búsqueda profesional comenzó difusa en las tablas de la Academia de Teatro de Hugo Miller, en la obra *Esquina peligrosa*, donde reemplazó a la primera actriz. Raquel representaba el papel de una mujer joven y casada, que engañaba a su marido homosexual.

Pese a sus aptitudes, la carrera teatral concluyó de improviso. «El día del estreno llegó mi mamá y me sacó de un ala del teatro. ¡Pelarco se lo perdió!, como diría Raquel Argandoña», bromea la periodista con una risa estruendosa.

Tras su frustrado paso por el teatro, Raquel estudió durante tres años sicología en la Universidad de Chile: «Siempre me interesó la naturaleza humana, pero creo que me equivoqué. Pensé que sicología era más humanista, —la visión que tiene todo el mundo— y resulta que incluía medicina, matemáticas, asistir a autopsias...».

Su peregrinaje vocacional concluyó inesperadamente, cuando aún no cumplía los veintidós años, en

una cena con la familia, a tres meses de casada. Uno de los comensales mencionó la palabra periodista y fue como si un rayo le abriera la cabeza, dejando su mensaje en el interior.

Al día siguiente partía de vacaciones a Lontué. Allí hojeó desesperada una guía de teléfonos de Santiago, hasta que descubrió que la Universidad de Chile tenía una escuela de Periodismo. Durante esas dos semanas en el campo no dejó de pensar en ello.

Así, ya casada con Eduardo Amenábar, agricultor vinculado al mundo de la mecánica y la construcción, en 1956 ingresó a la cuarta promoción de esta nueva carrera: Periodismo. «Maravilloso, esos sí eran los temas que me interesaban», comenta. Allí hizo amigas como Silvia Pinto y Patricia Guzmán. «La escuela era de una pobreza franciscana, pero los profesores eran excelentes. Nos inculcaron el respeto por la verdad, el amor por la profesión y el sentido del sacrificio. Éramos capaces de pasar horas frente a un edificio, esperando a una persona...», recuerda nostálgica.

ABRIÉNDOSE PASO EN UN PERIODISMO DE HOMBRES

Cuando cursaba tercer año, la ilustre profesora Lenka Franulic invitó a un grupo de alumnos a participar en un programa pero todos desertaron. Solo ella terminó trabajando en Apuntes, un espacio hecho por mujeres.

Con esa experiencia, pronto emigró a la radio de la Universidad de Chile. Estuvo también en la revista *Entretelones* acompañaba por dos grandes del periodismo: Julio Lanzarotti

y Hernán Millas. Luego en 1960, trabajó en la agencia cubana Prensa Latina.

Y siguió subiendo: llena de confianza, se atrevió a pedirle trabajo al director de revista *Vea*, por entonces el tabloide de mayor tiraje en Chile, con temas de actualidad y tinte sensacionalista. «*Vea* fue mi camiseta periodística. En ella dejé mi alma. Me entregué al máximo y no tengo en cuenta las horas que me quedé trabajando. Ese entusiasmo, esa adrenalina... Creamos un equipo muy lindo con gente de buen nivel».

De simple reportera pasó a jefe de informaciones, subdirectora y finalmente ocupó la dirección hasta retirarse en 1975. «Llegué como la primera periodista mujer, universitaria y casada... tenía todas las de perder. Tuve que esforzarme mucho para demostrar que era tan capaz como el resto y ¡alegrar para que no me dejaran fuera de los turnos de talleres!». Y ex-

plica: «La hora de cierre se prolongaba hasta que los linotipistas terminaran la edición, en los propios talleres, y en un ambiente de puros hombres. Dos, tres, cuatro de la mañana o hasta la hora que fuera necesario».

Aunque en *Vea* la política no era lo esencial, durante la Unidad Popular no recuerda experiencias dramáticas: «Nunca sentí limitación a la libertad de prensa, porque vivíamos en democracia —aunque estaba amenazada—, con desorden y escasez. Pero el periodismo lo podíamos ejercer con libertad. En cambio, después del Golpe tenía que ir al Diego Portales a que los censores revisaran los originales».

El punto cero de ese cambio lo sitúa el 11 de septiembre de 1973. «Estaba en mi casa cuando supe lo ocurrido. Partí a la revista de inmediato. Ahí nos encontramos todos y supe con certeza que se nos venía una noche oscura —habían bombardeado

La Moneda, Allende se había suicidado...—, especialmente para el periodismo. Todos los diarios y canales fueron clausurados y tuvimos que empezar de nuevo, poco a poco...».

Pasado un buen tiempo, la directora de la revista *Vea*, viendo la imposibilidad de sortear la censura, decidió escribir unas ácidas líneas en la sección Carta de lectores. En ella criticó duramente el gobierno de Pinochet y para evitar cualquier «reacción militar» firmó como Teresa Infante: Teresa por el segundo nombre de su madre e Infante, por el apellido materno de su marido.

El artículo llegó a las oficinas del Diego Portales. De inmediato fue invitada a dar explicaciones. La increparon e intentaron hacerla revelar el origen de la carta, pero la reportera negó su procedencia. «Fue uno de los artilugios a los que hubo que acudir para informar durante la dictadura», recuerda.



Rodeada (de izquierda a derecha) por Jovino Novoa, Andrés Allamand, Patricio Phillips, Armando Jaramillo y René Abeliuk, al recibir el Premio Silvia Pinto.

TROPEZONES EN LA ESCALERA DEL ÉXITO

En 1975, siendo Raquel aún su directora, la revista *Vea* cambió de línea. «Se la vendieron a un mercader del periodismo, un señor que intentó manejar la editorial».

Raquel se negó a continuar en esas condiciones y «después de quince años me dieron solo tres meses de desahucio y una máquina de escribir». Lo que más le dolió fue perder a sus compañeros de trabajo y el esfuerzo que había detrás. «Desde 1975 hasta 1977 fue la época más dolorosa de mi vida. Coincidió con una crisis de mi hijo y justo después me echaron de la televisión».

Pero Raquel Correa ya era una marca registrada. Y aunque contaba con la animadversión de un sector del gobierno, comenzó a recibir ofertas. Le ofrecieron hacer libretos para unos programas radiales de Codelco, pero sólo le pagaron los cinco primeros y le anunciaron a quemarropa que el espacio no se realizaría. Vino el turno entonces de un proyecto para la revista de un banco. Todo estaba acordado, cuando nuevamente le dijeron que no se haría. Extrañamente la habían reemplazado. «Una mano mora cortaba mis posibilidades».²

Hasta que un día se le acercaron Verónica López y Mónica Comandari con una idea entonces visionaria: crear la revista *Cosas*, publicación que, bajo un perfil magazinesco y social, insertara entrevistas a fondo a los personajes más controvertidos de la época. Raquel logró así asentarse. «En *Cosas* la entrevista se convirtió en un género, no había tanta cantidad como hoy».



Aquí con su marido Eduardo Amenábar y la profesora Elvira Carrasco, quien le recordó la parábola de los talentos.

DEL EXILIO INTERIOR A LA CONTINGENCIA

En televisión, De cara al país implicó para Raquel Correa su retorno a la pantalla, tras un período que llamó un «exilio al interior del país»,³ ya que a dos años del golpe militar, resolvió trasladarse desde los estudios de *Canal 13* a la estación de gobierno, *TVN*, «en una de las decisiones más estúpidas de mi vida», aseguró después.

Allí comenzó a hacer entrevistas candentes a personas relevantes bajo los ojos inquisidores de los asesores civiles. «Y siempre... los sacristanes terminan matando al señor cura. Comenzaron las restricciones a la libertad...».

El ciclo en *TVN* duró hasta septiembre de 1975 con la entrevista a Rafael Cumsille, dirigente de los pequeños empresarios. «Se largó a hablar como loco. Lloró, pataleó, gritó y me empujó. Fue una cosa espantosa, dramática. Era el aniversario del 11 de septiembre y Cumsille alegaba contra el ministro de Hacienda, Sergio de Castro, quien era los ojos del régimen, y contra la Dirinco. Traté

de controlarlo, pero la emisión era en directo... Cuando terminó el programa, tuve la certeza de que era el último. Me quedé sin entrevista un mes y luego dos, tres... Pasaron dos años sin poder trabajar. Simplemente, porque no era adicta al régimen».

Hasta que *La Tercera* le ofreció hacerse cargo de las entrevistas semanales y, a poco andar, *El Mercurio* la tentó con un mejor contrato.

En las reuniones de pauta del Cuerpo de Reportajes de *El Mercurio*, en los años ochenta, se templó su carácter tenaz y consecuente. Claudio Gárate, editor de economía del *Canal 13* y su compañero de entonces, recuerda que «en esa época el suplemento tenía mucha incidencia en la vida pública; lo que se decía ahí habitualmente rebotaba después durante la semana y salían reacciones al respecto en otros medios, sobre todo de lo que escribía Raquel».

Fue con periodistas como Igor Entrala, Blanca Arthur y Pilar Molina donde ella impulsó con corajuda humildad los cambios que no muchos se atrevían a generar. Estiró los límites y colocó en el tapete los temas

políticos. «Los diecisiete años del gobierno militar me marcaron profesionalmente —y como persona— muy hondo», confesó a Margarita Serrano en una entrevista.

LA FUERZA DE LA VERDAD

Uno de los episodios más paradigmáticos en la carrera de Raquel Correa es el ocurrido en 1979 con el neurosiquiátra Claudio Molina en el Instituto Médico Legal.

Molina había ofrecido públicamente entregar a sus familiares los cadáveres calcinados descubiertos en los hornos de Lonquén en 1978. Sin embargo, cuando los tuvo en su poder ordenó su sepultura en una fosa común del cementerio. La inhumación, a la que asistió personalmente, se realizó a las seis de la mañana en total secreto.

Esperándola en el auto, su marido la acompañó a la entrevista, como uno de sus continuos gestos de ternura, que Raquel considera parte de su romance matrimonial. Ella estaba más nerviosa que de costumbre. Debía averiguar por qué el doctor Molina había permitido el entierro sin avisar a las familias.

La sala donde se desarrolló el encuentro era amplia, blanca y pulcra, con dos puertas que daban a un cuarto interior y una mesa de acero, donde yacía un cráneo humano. Allí la esperaba el doctor Molina. Al pedirle explicaciones sobre los cadáveres de Lonquén, el médico respondió con evasivas: su único interés era conversar sobre genética. Y mientras hablaba entraba por una puerta y salía por la otra, volviendo sobre lo mismo: ella le preguntaba por A y él respondía B.

—Pero, Raquel, ¿por qué no hablamos de un proyecto biológico que estoy desarrollando?—, insistía.

Pese a sus esfuerzos, Raquel terminó la entrevista con las mismas dudas con las que había llegado.

Ya en el auto, la periodista dejó caer todo el peso de su cuerpo en el asiento.

—Atroz. Me fue pésimo. El tipo no contestó nada—. Miró a Eduardo y le relató lo sucedido.

Él la miró de vuelta y le aconsejó ¡cuéntalo tal cual!

El resultado fue excelente, un ejemplo de cómo acorralar con información a un entrevistado cuando este no quiere ¿o no puede? contestar, pero es su deber hacerlo. La periodista lo recuerda como un milagro comunicacional y como uno de sus mejores trabajos. Porque pese a que siempre ha sido reticente al poder, ella misma a veces utiliza el suyo para hacer ver sus incoherencias al entrevistado. Con todo, concibe la entrevista como «una danza donde no se puede andar a patadas con la pareja. Se debe producir una cierta armonía con el otro, un encuentro».

EL DEDO DE LAGOS

—¡Excúseme, Raquel! ¡Hablo por quince años de silencio! Y me parece indispensable que el país sepa que está en una encrucijada y tiene una posibilidad de salir de ella, civilizadamente, a través del triunfo del No.

Era el 12 de abril de 1987 cuando los televisores se quedaron estáticos en la señal de *Canal 13*. Las cámaras de la quinta edición del programa político *De cara al país* se clavaron en un personaje cincuentón de voz ronca, terno oscuro y frente amplia, quien levantó su dedo amenazante: «Usted, general Pinochet, no ha sido claro con el país... Usted,

general, primero dijo que había metas y no plazos. Después usted tuvo plazos y planteó su Constitución del 80. Le voy a recordar, general Pinochet, que usted el día del plebiscito de 1980 —enfaticó agitando un artículo periodístico en su mano— dijo que no sería candidato en 1989. La cámara está enfocando este recorte donde usted afirma esto y ahora le promete al país otros ocho años con torturas, asesinatos y violaciones a los derechos humanos...».⁴

Ricardo Lagos Escobar dejó perplejos a todos, partidarios y detractores, al enfrentar cara a cara a un imaginario general Pinochet, sin que los panelistas Raquel Correa, Lucía Santa Cruz o Roberto Pulido pudiesen intervenir. «Lagos es un buen entrevistado, sobre todo en televisión. Tiene fortaleza, es seguro, asertivo y envolvente. Hay que estar alerta para no dejarse llevar...».⁵

Trece años después del episodio, Ricardo Lagos se transformó en Presidente de la República y Raquel Correa es reconocida como la entrevistadora política por antonomasia. Sus diálogos dominicales en el Cuervo D de *El Mercurio* y sus frecuentes apariciones en *Canal 13* son siempre noticiosos.

DE VISITA CON EL GENERAL

La sala presidencial del Palacio de La Moneda es el lugar de los hechos. Día miércoles 12 de julio de 1989. Una amplia estancia, el Salón Rojo, iluminada por lámparas de lágrimas y con tres ventanales espera a sus protagonistas: las periodistas Raquel Correa, Elizabeth Subercaseaux y el presidente Augusto Pinochet Ugarte. «Sin edecanes ni asesores. Sin más testigos que nuestras grabadoras, los oídos y ojos de los tres».⁶

El General se encuentra de pie en medio del salón. Viste terno oscuro, camisa celeste y una perla en la corbata. Sus ojos azules están un poco enrojecidos. El bigote plumizo y la cabeza revuelta de canas lo hacen parecer un hombre mayor. Avanza hacia ellas. Se saludan. El militar se sienta en una silla de cabecera y estira su chaqueta.

—Estoy listo para comenzar—sentencia.

«Era un militar poderoso y atractivo», asegurará con la convicción de los años Raquel Correa. El ex Comandante en Jefe del Ejército posee un halo seductor que muchas veces tienta a las reporteras a caer en su juego. Seguro de tener la razón, se justifica con enojo, golpeando la mesa y alzando la voz:

—¡Pero si estaban armados, Raquel. Si mataban a mi gente! ¿Dónde están los terroristas, los veinte mil hombres armados? ¡Se olvida de eso, usted! ¡Todos esos cubanos!... Yo no me olvido...

En ese momento Raquel piensa que los edecanes apostados afuera de la sala las acompañarán hasta la puerta. Sabe que un breve gesto del militar hará terminar abruptamente la entrevista.

Aún preso del enojo, Pinochet, en ese mismo instante, cambia su actitud y les lanza un piropo. Se muestra gentil y adulador. «Es difícil sustraerse a su poder... Los que lo consideran un monstruo dirían que estoy hablando tonteras, pero, sin duda, es un hombre con una personalidad envolvente, un gran sentido



Un éxito de ventas fue Ego Sum Pinochet, completo perfil del general escrito en conjunto con Elizabeth Subercaseaux.

de autoridad y ¡un manejo brutal!... muy parecido al de mi padre!», recuerda Raquel.

El resultado de esos cinco encuentros fue el libro *Ego Sum Pinochet*—que se transformó de inmediato en *best seller*—, proyecto realizado en conjunto con su amiga Elizabeth Subercaseaux, en los últimos años del régimen militar. Raquel había estado al borde de la negativa, pero finalmente aceptó frente al alto grado de profesionalismo que involucraba el trabajo. Entrevistar al ex comandante en jefe del Ejército suponía un encuentro con silencios y resquemores. Y así fue. Durante años, la periodista se había negado a calificar al Jefe de Estado como Presidente, porque no había sido elegido para el cargo. Se las había arreglado para que siempre el entrevistado lo nombrara como quisiese y ella repreguntaba refiriéndose sólo a *él*. Para los censores civiles esto no pasó inadvertido.

«Ser periodista en el gobierno de Pinochet fue un desafío. Estabas siempre en el borde, pensando qué iba a pasar después. Cada domingo creía que al otro día me iban a echar

del diario, pero se produjo la coincidencia de que empezó la apertura política y al país y al mismo diario le convenía tomar una postura distinta», añade.

Entrevistar a Pinochet a fondo fue una experiencia única. «Te enseña cómo manejarte frente al señor que está a tu lado, a quien consideras un dictador y presumes responsable de muchas violaciones a los derechos humanos», re-

cuerda la entrevistadora. Y agrega: «Plantarme frente a él, de poder a poder. Como diciéndole: Gríteme, réteme, haga lo que quiera, pero yo soy la prensa. Eso te permite contestarle de igual a igual. Poderle parar el carro. Claro que fue en las postrimerías de su gobierno».7 Curiosamente, este baile de poderes concluyó con una frase clave del militar: «Usted, Raquel, me odiaba y yo le tenía mucha distancia... pero... he terminado queriéndola y creo que usted también...».

RAQUEL:

PREMIADA INQUISIDORA

Su larga trayectoria y las ganas de seguir aportando al periodismo, en especial a la entrevista política, la han sobrepuesto a circunstancias adversas o malos entrevistados que de tanto en tanto le hacen perder la esperanza, cansarse, titubear. Pero ahí están sus encuentros con Raúl Alfonsín, Carlos Menem, Mario Vargas Llosa, Sor Teresa de Calcuta, Henry Kissinger. A nivel local, presidentes como Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende, Augusto Pinochet, Patricio

Aylwin, Eduardo Frei Ruiz Tagle y, últimamente, Ricardo Lagos. «Muchas veces pienso que me desdobló cuando estoy ejerciendo periodismo. Ahí estoy actuando, asumo el papel de entrevistadora... como una verdadera actriz. Sobre todo en televisión, que tiene toda esa fantasía aparente, esos absurdos taburetes y luminarias, creando ese efecto de intimidad, de comunicación y olvidando que existen millones de personas observándote», evoca la periodista con su risa ronca.

Pese a tener mucho de qué jactarse, ella no lo hace: más que humilde es tímida. Retraimiento que une a una personalidad que desconcierta, ya que quienes la conocen como profesional saben que a la hora de prender la grabadora es determinada, valiente y metódica.

Eso explica sus muchos triunfos profesionales: obtuvo el Premio Lenka Franulic en 1963; Premio Helena Rubinstein, ese mismo año. En 1972 le dieron el Laurel de Oro al mejor programa periodístico de la televisión: sus entrevistas en *Canal 13* de la Universidad Católica de Chile. «La entrega fue una de las cosas más atroces de mi vida. Me paré adelante para recibir el premio, con un Teatro Caupolicán lleno de personeros pifiando. Odiaban al *Canal 13* por sus programas. Qué desagradable». En 1982, El Consejo Mundial de Educación la galardonó y en 1987 recibió el Premio Embotelladora Andina. Son decenas los galardones, premios, distinciones y diplomas que cuelgan y sobresa-

len de los estantes de su escritorio, junto a su colección de grabadoras y sus libretas de apuntes y direcciones que llama su diario de Ana Frank.

Sin embargo, el trofeo que Raquel recuerda con más cariño es el que lleva el nombre de una de sus amigas: Silvia Pinto, quien murió trágicamente en un accidente aéreo.

Raquel Correa bordea hoy las seis décadas. Nació con la Segunda Guerra Mundial a sus espaldas. Su juventud la marcó la Reforma Agraria, cuyo desarrollo y culminación vivió con pena cuando fue expropiado el campo de la familia en Lontué. Su padre había repartido sus tierras entre sus doce hijos. La pareja Aménabar Correa la cultivó desde entonces, construyendo la huerta con sus propias manos.

El campo aún llama a Raquel y al concluir la semana, se va con su

marido e hijo a la parcela de Sagrada Familia, que limita con el antiguo fundo familiar, donde se olvida de su responsabilidad semanal de buscar la entrevista.

La vieja casa donde ella se crió está parcialmente destruida y ya no quiere verla. Prefiere los recuerdos guardados en su mente.

En Raquel Correa rivalizan varias personas. Una periodista severa, rigurosa, inquisitiva e informada; una mujer risueña, cariñosa y decidida y una madre estricta y exigente, pero a la vez tierna y algo sobreprotectora.

También está la esposa y su romántica historia con su marido Eduardo, que comenzó temprano, cuando ella era una niña de trece años. Fue un encuentro breve. No se volvieron a ver hasta mucho después, cuando Raquel no cumplía aún los

diecinueve y se vestía «como todas las chiquillas: pollera plato, una blusa y solo variaba el peinado: suelto o tomado en cola de caballo...». Al reencontrarse, Eduardo le juró que en todo ese tiempo él la había amado en silencio y a la distancia. Raquel hoy afirma: «Nos peleamos, nos hacemos cariño. Sostenemos un amor inmaduro, y aunque me gustaría más madurez, creo se convertiría en una rutina. Es bonito. Tiene esa gracia».

El único hijo de Raquel y Eduardo, hoy de treinta y seis años, robó sin querer parte importante de las preocupaciones de su madre. Un daño cerebral frenó su mente en la infancia mientras su cuerpo



Maestra en el arte de preguntar, ha puesto en aprietos a presidentes, ministros y a más de algún político conquistador.

siguió desarrollándose. «Me ha llenado la vida y se ha transformado en mi norte, mi sur, mi este y mi oeste. Duro, ha sido duro. La idea del coeficiente intelectual ya no me preocupa, lo superé. Me traumó un tiempo y me dolió cuando Juan Eduardo era niño, cuando no podía entrar al colegio como los demás. Ese tipo de cosas significaron mucho esfuerzo y frustraciones», confiesa. Su gran satisfacción es haberlo sacado adelante; su preocupación radica en el futuro. «Qué será de él el día en que yo no esté».

Raquel Correa guarda silencio. Y de improviso lanza una frase que obliga a retomar la entrevista. Le es imposible ocultar las ganas de cambiar los roles y sentarse al otro lado de la grabadora. No le gusta revelar sus cosas. Observa con cuidado, a veces desconfía de las preguntas. «¿Estás seguro de que es para un libro de Premios Nacionales de Periodismo? Parece más una visita al confesionario...», repregunta con dureza y luego ríe. Cuesta acercarse a ella, conocerla.

Pese a sus momentos de alegría, hoy parece no estar contenta. Le molesta el alto grado de *showbiz* del medio nacional y no soporta que un actor, un empresario o un cómico reemplace a un periodista. «Es que todos estamos haciendo lo mismo. Hay demasiados cocineros para el mismo guiso. Y uno siente que su aporte ya no es importante y que ahora todo el espacio es para el espectáculo, para el divertimento, pa-

ra lo *light*, lo *rasca* y lo *guachaca*. Y eso me gusta decirlo con fuerza».⁸

PREMIO NACIONAL: FRUTO DEL ESFUERZO

También con fuerza le apretó la mano el ministro de Educación el 24 de agosto de 1991 cuando la felicitó calurosamente por haber obtenido el Premio Nacional de Periodismo. «Notable es su estilo de entrevista a las más diversas personalidades nacionales y extranjeras. Directo, franco y documentado, enriquece el mensaje periodístico, para interpretar los intereses de los lectores, auditores y telespectadores»,⁹ fue parte del discurso.

El ministro no era un desconocido. Había sufrido y gozado en carne propia el talento de Raquel: el mismo Ricardo Lagos inquisidor del programa *De cara al país* ahora le entregaba el Premio Nacional de Periodismo, luego de treinta y dos años de labor. Ella era la segunda mujer en recibirlo, después de Lenka Franulic en 1957.

La decisión del jurado fue unánime. Raquel Correa tenía méritos de sobra: «Su destacada trayectoria profesional que la ha llevado a desempeñar labores en un diario de indudable influencia en la opinión pública, con gran capacidad en la conducción de equipos eficientes de trabajo; su creatividad periodística, manifestada en la puesta en marcha de proyectos renovadores y de información en áreas tan dife-

rentes como el medio de espectáculos o la actualidad política, y en el que actualmente trabaja; la combinación acertada que ha hecho de la labor profesional y docente con las que ha contribuido a la formación de varias promociones de periodistas y la objetividad y responsabilidad de su estilo informativo, con entrevistas y reportajes a personajes y hechos de importancia nacional e internacional».¹⁰

La periodista reconoció que el premio significaba la culminación de una vida de trabajo. «Es un orgullo para mí, que me siento representante de las generaciones que se formaron en la universidad», afirmó segura.

Aunque concede con la humildad de siempre —y con una risa que desconcierta y rompe cualquier hielo— que «alguna calidad habrá», en el ejercicio de la profesión sigue privilegiando valores como la fidelidad, la independencia y la perseverancia. «Eso la gente no lo aprecia mucho, porque existen otros periodistas muy buenos que no han recibido el Premio Nacional y algunos que no tienen los méritos suficientes para alcanzarlo: escritores o jefes que no se movieron de su oficina. Si me preguntan cuál es la clave de mi vida, diría que más que el talento, ha sido el esfuerzo».

Por Andrés Arcuch Villegas
Colaboración: Nicole Martín

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Raquel Correa Prats.

Casada con Eduardo Amenábar. Un hijo, Juan Eduardo.

Estudios Básicos: Colegio Sagrado Corazón (Monjas Inglesas).

Estudios Superiores: Academia de teatro de Hugo Miller. Psicología en la Universidad de Chile (1954-57). Periodismo en la Universidad de Chile (1956-1959).

Trabajo:

Medios Radiales

Departamento de Prensa y Radio de la *Universidad de Chile*; Programa Apuntes, radio *Minería* (1958-59); Agencia cubana Prensa Latina (1960); Revista *Entretelones*; Programa Las mujeres también improvisan, Radio *Cooperativa* (1971-1973).

Medios Escritos

Reportera jefa de informaciones, subdirectora, Revista *Vea* (1961-1974); directora, Revista *Vea* (1974-75); Entrevistas, Revista *Cosas*; Entrevistas, diario *La Tercera*; Entrevistas, diario *El Mercurio* (1981 - hasta la fecha).

Medios Televisivos

Programa La entrevista de Raquel Correa, *Canal 13*; Programa Entrevistas en *TVN*. Programa De Cara al país, *Canal 13*.

Premios: Lenka Franulic, Helena Rubinstein y Rotary Club, (1963); Laurel de Oro al mejor programa periodístico de la televisión (1972); Premio del Consejo Mundial de Educación (1982); Premio Silvia Pinto (1984); Premio Embotelladora Andina (1987); Premio Nacional de Periodismo (1991); Premio de la Academia de la Lengua y Premio Alfredo Moreno Aguirre.

Publicaciones: *Los Generales del Régimen*, con Malú Sierra y Elizabeth Subercaseaux; *Ego Sum Pinochet* con Elizabeth Subercaseaux, 1989.

NOTAS

- 1 *El Mercurio*, Ponce de León, Susana, entrevista, 1° de septiembre de 1991.
- 2 Revista *Cosas*, Confesiones del alma, septiembre de 1998.
- 3 Margarita Serrano, entrevista *Delante del espejo*, febrero 1987.
- 4 De Cara al País, programa político televisivo de *Canal 13*, abril 1987.
- 5 Malú Sierra, entrevista, La impenetrable periodista, edición especial de revista *Paula*, septiembre de 1997.

- 6 Ibid. pág. 12.
- 7 Malú Sierra, entrevista *La impenetrable periodista*, edición especial de revista *Paula*, septiembre de 1997.
- 8 Ximena Torres Cautivo, entrevista Desencantada, revista *Paula*.
- 9 *El Mercurio*, 24 de agosto, 1991.
- 10 *Las Últimas Noticias*, 24 de agosto, 1991.



PILAR VERGARA

Pilar Vergara Tagle (1993):

GOLPE DE MUJER

De lunes a viernes, a eso de la una de la tarde, el vespertino *La Segunda* hierve. Aún no hay titular y los editores de Política, Crónica, Economía y Espectáculos pelean por ganarse la portada. Cristián Zegers, el director, ya escribió el editorial y pese a la premura, mantiene la calma, como sabiendo que su ex alumna, Pilar Vergara, editora de servicios informativos, hará su trabajo sin excusas ni retrasos.

Ella, en cambio, de tranquila, nada. Va y viene entre la sala de redacción y los talleres. Habla por teléfono. Escribe en su computador. Hasta el último minuto es válido para mejorar una información, rechequear un dato, agregar otra fuente. Entra y sale de su oficina: una casa de vidrio, desde donde controla los hilos del diario. Ahí, con una «disposición de alumno en práctica»,¹ recibe a cada uno de los cerca de treinta periodistas y fotógrafos a su cargo. «Pilar, mírame esta crónica... ¿qué te parece?» le piden.

«Mis puertas y las de Cristián siempre están abiertas para todos», afirma, con sus grandes y tristes ojos azules, siempre maquillados con rímel. En medio de la prisa, no deja

de lado su vanidad: se escapa unos minutos a un estratégico baño, para arreglarse.

Tras la recogida —como llaman a la revisión del material de la mañana—, la editora reúne los textos en busca de los golpes de la tarde. Es el punto cero y el vespertino, que el 2001 cumple setenta años de existencia, debe exhibir en su portada un titular seductor, impactante e informativo.

Es urgente seleccionar la nota central. Entonces «una de las mujeres que maneja los mayores niveles de información en Chile»² se sienta a escribir. «A Pilar no le tiembla la mano a la hora de titular en rojo», puntualiza su ex colaboradora Lily Urdinola.

Mientras ella titula, su eterno jefe y amigo, Cristián Zegers, supervisa la operación; se asemejan a un par de cirujanos sobre un cuerpo que depende de ellos para continuar con vida.

Antes de las dos de la tarde todo se ha calmado. Los mismos periodistas que hace solo un par de horas parecían pelearse a muerte, ahora se reúnen a almorzar. «Lo dicho, dicho está. Nadie se enoja. Aunque todos

retamos, nadie se siente», afirma Pilar. «Todos apuramos. Yo, algunas veces, hasta grito. Claro que lo hago, pero solo un cuarto de hora al día y nada más», ríe.

De elegante *look* ejecutivo, Pilar Vergara destaca por su alegre conversación, carácter sociable y risa contagiosa. «Es el motor del diario, no acepta un no por respuesta, exigente con los demás y con ella misma»,³ sintetizan sus editores, periodistas y fotógrafos, quienes coinciden en definirla como «perfeccionista, profesional y recta».⁴

«No soy la llanera solitaria», se califica ella misma. «En realidad, el periodismo que a mí me gusta, y en el que creo, solo se puede hacer en equipo. Y he tenido el privilegio de pertenecer a uno que busca hacer periodismo genuino: investigar la



Pilar es un motor en el diario, no acepta el no por respuesta. Exigente con los demás y consigo misma. Tiene el olfato periodístico de un editor de antaño y la disposición de un periodista en práctica.

realidad, recopilar el mayor número de antecedentes para aproximarnos a la Verdad hasta donde las capacidades humanas lo permitan. Nuestro objetivo: entregar una información completa, a fondo. Esa que hará a nuestros lectores, personas más responsables, con más y mejores armas para tomar decisiones». ⁵ Contraria al protagonismo excesivo de los periodistas, explica que «aquí no hay vedette de una noche».

SOLITA, PERO AMISTOSA

Desde pequeña Pilar estuvo ligada a los medios de comunicación. Su padre, Ruperto Vergara, era publicista y dueño de varias radioemisoras.

Su nacimiento, el 23 de junio de 1947, fue todo un acontecimiento: después de todo, era hija, sobrina y nieta única. Sus padres, Ruperto y Olga, vivían en Santiago, sin embargo, durante las vacaciones y fines de semanas viajaban al fundo paterno en La Cruz; o a la casa de la abuela materna, María Hurtado, en Viña del Mar. «Tuve la suerte de tener cuatro mamás: la natural, las dos hermanas solteras de mi padre, y mi abuela, personaje fundamental en mi vida, quien me enseñó la importancia de no perder jamás la sencillez y la alegría», ⁶ recuerda Pilar.

A pesar de la ausencia de otros niños, dice no haber sido consentida: «Me exigían el doble, casi como a un hombre». Además, encontró hermanas para toda la vida en el colegio Santa Úrsula: María Eugenia Rodríguez —su gran amiga hasta hoy—,

María Luisa Valdés, Marie Paulie Chadwick, Carmen Gatica. Les fascinaba hacer rabiar a las monjas —por ejemplo, arrojándose a la piscina solo con ropa interior— aunque la disciplina y exigencia del establecimiento era máxima. «Solían retarnos en un alemán muy duro, que apenas entendíamos, pero es justo reconocer que el rigor de la educación ursulina es un capital para la vida», señala.

De los paseos de adolescente, recuerda las idas al cine Oriente, los bailoteos en las casas, las vacaciones en Reñaca. Ella vivía en General del Canto, en Providencia, en una casa que siempre estuvo abierta para las reuniones y fiestas.

Durante la época escolar, la joven Vergara Tagle se dio cuenta de su afición por las letras: «En las vacaciones nos hacían escribir ensayos y yo hacía el mío y unos cuantos más, para después canjearlos por tareas de alemán». Su profesora de Castellano era Mónica Echeverría —actual escritora y esposa de Fernando Castillo Velasco—, quien, como fundadora de la compañía ICTUS, inculcó en sus pupilas el amor por la dramaturgia. «Nos llevaba a ver obras de teatro, nos enseñó a enamorarnos del *Cid*

Campeador y a leer *El Quijote* como quien ve una telenovela».

La enseñanza de las monjas, según la periodista, estaba orientada a que las jóvenes fueran profesoras, pero ella optó por el periodismo. Con un promedio superior a 6,5 y habilidad para escribir, pensó que sería fácil entrar a la universidad. El resultado del Bachillerato no diría lo mismo. Para ingresar debió someterse a un examen oral ante el director de la carrera en la Universidad Católica, Patricio Prieto. Gracias a Dios superó la prueba.

PERIODISTA DE MINI Y BOTAS BLANCAS

Separada del resto de las facultades, en San Isidro esquina Eyzaguirre, la facultad de Periodismo de la UC era, en 1965, una casona de dos pisos. En el primero se ubicaban las oficinas del director y el subdirector, la secretaría y el patio. En la planta alta, unas pocas salas, suficientes para los cuatro cursos de la carrera —de cuarenta alumnos cada uno—, los baños y el casino.

Pilar entró con su mejor amiga, Silvia Pellegrini —actual vicerrectora de Comunicaciones de la Universidad

Católica—, a quien conoció un verano en Reñaca. «Fue por casualidad. Lo primero que me llamó la atención de ella fue que teníamos intereses similares», dice Silvia, quien ingresó sin problemas a la facultad, mientras su amiga aparecía rezagada en los últimos lugares de la lista: «Cuando fuimos a ver el resultado de las postulaciones



Junto a Cristián Zegers, director de La Segunda, su jefe y gran maestro en el periodismo.

y yo casi no figuraba, nos pusimos a llorar desesperadas», relata Pilar.

A poco andar se formaría un grupo de amigas que aún celebra religiosamente sus cumpleaños. Además de Pilar y Silvia, Patricia Verdugo, María Isabel Diez, Rosario Larraín, María Olga Delpiano, Carolina Cousiño, Cecilia Brahm y María Elena Hurtado.

La jornada universitaria era muy parecida a la escolar. A las ocho y media de la mañana, la señora Brígida tocaba la campana. Pilar llegaba en su citroneta beige, regalo de sus padres. «Como no había mucha movilización, nos organizábamos para asistir a clases. Una gran cantidad de amigos nos subíamos a la citroneta de Pilar. No sé cómo resistió», comenta Silvia, su compañera inseparable. «Pilar era un referente en varios planos: muy amistosa, alegre, siempre destacando en el canto como en el baile, aportando visiones nuevas e inquisitivas, siempre generosa en sus conocimientos... Era y es naturalmente un líder, sin buscar protagonismo», recalca.

El profesor Octavio Marfán, junto con atormentarla con las difíciles pruebas de actualidad, le hizo pasar una de sus primeras 'planchas', cuando ella no supo el nombre de la calle donde había estacionado. «¡No puede ser en una periodista!, exclamó. Va a salir ahora a averiguar el nombre de la calle y para el lunes me trae un trabajo». La vida religiosa de Monseñor Fagnano nunca más se le olvidó. Tam-

poco el nombre de la vía donde hoy deja su auto.

Como profesor de Redacción tuvo a Guillermo Blanco. «Al principio, todas tratábamos de escribir como él, pero nos enseñó a encontrar nuestro propio estilo», asevera. De Luis Hernández Parker dice: «Era muy puntual y no permitía entrar atrasado. Distante con nosotros, abría su cuaderno empastado y nos contaba episodios de la vida política en los que intervino. Fascinante, igual que sus programas de radio. Me enseñó algo que hasta hoy practico: hay que llamar a los informantes a las siete de la mañana; a las ocho quizás no estén».

Patricio Prieto, director de la carrera, impartía el curso de Periodismo Político, gracias al cual estuvo todo un año investigando al Partido Socialista en su etapa más ultra. Otros profesores recordados son el padre José Miguel Ibáñez y Hugo Bodini. Cristián Zegers era el subdirector de la Escuela. «Nuestros profesores —sostiene Silvia Pellegrini— nos inculcaron amor a la verdad, inquietud y curiosidad frente a lo que nos rodeaba, respeto por las opiniones de otros, cuestionamiento perso-

nal constante y la búsqueda de una respuesta ética a los dilemas profesionales».

Pero en esos años sesenta, época de minifalda y botas blancas —ambas prendas muy típicas de Pilar—, el feminismo llegó al periodismo a través de la revista *Paula*, con plumas como las de Isabel Allende y Delia Vergara: «No dejábamos de comprarla, ahí estaban las mujeres hermosas, liberadas, cultas y a la moda», evoca Pilar.

Ya en tercer año de universidad, Silvia y Pilar fueron invitadas por su profesor Sergio Contardo a hacer un programa de televisión en el canal de la UC. Así nació, en 1967, Cinco octavos, espacio semanal con pequeñas notas de exposiciones, conciertos, obras de teatro o presentaciones de danza.

Otro de sus maestros, Nicolás Velasco, la llevó al diario que dirigía, *Las Últimas Noticias*, a practicar con los cables de magazine.

Así fue como los años universitarios fueron para la periodista los de sus primeros contactos laborales, que claramente la apasionaron y a los cuales se dedicó con preferencia.

El 6 de julio de 1968, en su último año de carrera, Pilar se casó con el abogado Guillermo Agüero. Se habían conocido en Viña del Mar y pololearon cuatro años. Conseguida la casa propia, concretaron el matrimonio. En la calle Morelos 5733, de Vitacura, la periodista formó su primer hogar, donde nació el pequeño



Amigas inseparables, Pilar Vergara y Silvia Pellegrini posan con los maniqués de Yeltsin y Gorbachov.

Juan Guillermo —hoy ingeniero comercial y padre de cuatro niños, la adoración de la periodista—.

En 1970 colabora en las revistas *Desfile* y *Eva*, fuentes de futuros contactos. La primera era una publicación política, vinculada a la Democracia Cristiana, adonde la llevó Genaro Arriagada después de tomarle examen de grado. La segunda, un magazine femenino. La directora María Elena Aguirre era su concuñada y con ella compartiría —entre 1971 y 1973— su segundo programa de televisión: *Pasado Meridiano*.

Conducido por María Elena, se transmitía de lunes a sábado por *Canal 13*. Pilar Vergara aparecía los martes, con su propio espacio. Otros participantes eran Laura Amenábar, Sergio Prenafeta, el padre Hasbún, Jorge Dahm y Raquel Correa. «Pilar era una estupenda conductora, muy telegénica, segura y profesional para realizar sus entrevistas»,⁷ asegura María Elena.

Un buen día, *El Mercurio* le ofreció reemplazar a la periodista Raquel Cordero en su pre y post natal. La tarea era sencilla: confeccionar la cartelera cinematográfica. Nunca se le ha podido olvidar cómo le temblaban las rodillas —de felicidad y de nervios— cuando, por primera vez, subió las escaleras del diario con más tradición y prestigio del periodismo chileno. Y la responsabilidad que sentía sobre sus hombros. Comenzó a escribir —sin firmar— pequeños artículos culturales y entrevistas a artistas. Así fue como, a su regreso, Raquel le propuso que siguiera trabajando con ella y más adelante la dejó como su sucesora.

BAJO LAS BALACERAS

La misma Raquel Cordero fue quien la presentó al grupo de periodistas de trinchera de *El Mercurio*, «entre otras, a Silvia Pinto, Patricia Guzmán, María Eugenia Oyarzún: eran fascinantes, valientes, trabajadoras, sabían la firme de lo que pasaba». A través de ellas se acercó a la realidad que el país enfrentaba: era como una olla a presión que en algún minuto debía estallar».

Imágenes de Pilar de esa época: «tomas de industrias, de campos y de terrenos; escasez hasta de lo más vital; violencia verbal y de la otra; peleas en las familias, entre los amigos de toda la vida; anuncios de que lo que vendría a continuación eran los Tribunales Populares y la Escuela Nacional Unificada; todas eran situaciones que uno no quería ni para su familia ni para su país».

Muchas parejas de su entorno abandonaron Chile, pero ella y su marido decidieron quedarse «para tratar de estar presente, fuera cual fuese el rumbo que tomaran las cosas».

El Mercurio estaba en la esquina de Compañía y Morandé. «Los tiroteos, el guanaco, las bombas lacrimógenas eran cosa de todos los días. Una rutina era el enfrentamiento de los del Partido Nacional y los del Partido Socialista justo debajo de las ventanas del diario. Me acuerdo que yo esperaba que terminara esa verdadera guerra para salir, con un pañuelo en la boca y en los ojos, a hacer el programa en el canal. Era una verdadera locura».

Su hijo Juan Guillermo apenas había cumplido un año y no era fácil conseguir leche en polvo en medio del desabastecimiento. La abuela María la ayudaba, haciendo largas colas.

La toma del edificio de *El Mercurio* marcó a los periodistas de ese



En 1993 recibiendo el Premio Nacional de Periodismo de manos del ministro Jorge Arrate.

medio. Manifestantes se apoderaron del primer piso del recinto. Uno de los principales redactores, José María Navasal, miraba por la ventana cómo su hijo agitaba el movimiento. Tras unos anteojos gruesos, Navasal se secaba las lágrimas.

Entonces, vino el Golpe.

«En lo personal, lo sentí como una liberación. No fue una fiesta, cómo iba a serlo con la violencia de lado y lado que había. El bombardeo de La Moneda fue muy impactante. Involvidable, la cobertura de *Canal 13*. La incertidumbre y la violencia que se respiraban tenían a todo el mundo con el alma en un hilo».

«Una gran duda de ese día era si al Presidente Allende lo habían asesinado o se había suicidado: nos la despejó Juan Enrique Lira, quien tomó las primeras fotos del cuerpo ensangrentado portando su escopeta, regalo de Fidel Castro».

El Mercurio siguió trabajando y Pilar en lo suyo, la Sección Espectáculos, de la que muy pronto fue nombrada editora.

CREADORA DEL *WIKÉN* Y MOTOR DEL CUERPO D

En 1976, su primer proyecto fue un suplemento: *Wikén*, revista con panoramas para el fin de semana, entrevistas a fondo, cartelera de teatro, televisión, farándula, etcétera.

Mezclaba el estilo de su homónima norteamericana del *New York Times* con los comentarios de cine de María Romero. Ella misma tomó el tema del Teatro y— perfeccionista— se inscribió en la escuela de la Universidad de Chile a estudiar crítica. «Junto a María Olga Delpiano, hicimos una sección hecha y derecha. Se contrataron más periodistas y se propuso expandir la cultura hacia los sectores medios y populares. Ahí me convencí de algo que me sería muy importante: que *El Mercurio* era el lugar donde yo quería hacer carrera, ya que cuando tienes una idea y estás dispuesta tú misma a desarrollarla, te da las posibilidades para llevarla a cabo».

Así fue como la propuesta siguiente de Pilar en *El Mercurio* fue

dedicarse a los reportajes y entrevistas y la respuesta obtenida fue un sí.

Aquel fue el preámbulo del *Cuerpo de Reportajes* de los días domingo.

Consultada por el entorno del periodismo de ese tiempo, recuerda: «¿Censura? ¡Cómo lo vamos a negar! Si lo que se vivió a partir del 11 de septiembre del 73 fue un Estado de Excepción. Durante el largo gobierno militar hubo épocas de mayor conflicto entre la prensa y el gobierno y épocas de más relajamiento. Pero siempre dentro de reglas de excepción; había que ser cuidadoso para no farrear ni la fuente de trabajo—tuya y de los que te acompañaban—, ni la oportunidad de tener un medio de expresión».

En el conflictivo tema del periodismo y los Derechos Humanos retoma el mismo argumento de fondo. «Por cierto que hoy, más de veinticinco años después, nos estamos enterando de cosas muy terribles que entonces no supimos y que nos tocan profundamente. Pero lo



Pilar ha sabido equilibrar la dedicación a su hogar con su entrega al periodismo. Aquí, en un restaurante junto a su familia; de izquierda a derecha, Juan Guillermo hijo, Francisco Ugarte, María Pilar Agüero de Ugarte, Guillermo papá, Pilar y Rosario Ugarte de Agüero.

justo es revivir el momento en que esas situaciones se dieron: un país enfrentado de manera muy irreconciliable y con una alta dosis de violencia en el ambiente. Entonces, muchos casos de violaciones de derechos humanos no se denunciaban ante la justicia. Cómo podía, en esas circunstancias, hacerlo la prensa, y en un estado de excepción, si las víctimas se negaban a ir a los tribunales. Ahora, los casos que sí llegaban a la justicia, eran publicados, y qué pasaba a continuación con ellos: eran sobreesidos en los tribunales».

«A lo que voy —continúa— es que no quiero eximir de culpas a la prensa y echársela a los tribunales. Ante los testimonios y realidades que hoy día estamos conociendo, puedo decir que, en esa época, el clima de confrontación era muy grande. Ese clima llevó a muchos —de lado y lado— a cometer locuras y atrocidades, y la prensa sobrevivía como podía, en un régimen que no era, para nada, una democracia».

Otro elemento que le parece válido recordar y destacar es de qué se ocupaban los jóvenes de entonces que apoyaban al régimen militar: «Pues bien, estábamos entusiasmados en la transformación de este país en uno más moderno y con menos pobres. Fue muy impresionante el cambio que experimentó Chile desde que en las esquinas, la imagen habitual eran los niños que pedían plata a patapelá y aquella en que los niños comenzaron a tener todos zapatos y parkas en el invierno».

En una entrevista de agosto del 78 a Miguel Kast⁸ —líder indiscutible, en esos años, en el tema de la erradicación de la pobreza—, al que califica de «duro economista» en el epígrafe y que titula Enseñar a pensar es su meta, sostiene: «Más de al-

guien lo tildará de dogmático. De insensible... un hombre de 29 años que en espectacular carrera ha llegado a ocupar el cargo de Subdirector de la Oficina de Planificación Nacional y a ser uno de los directos asesores del Presidente de la República en materias económicas y sociales (...) Lo que ocurre es que Miguel Kast le tiene terror a la sensiblería (...) La culpa, a su juicio, la tienen los *slogans* que durante tantos años dieron explicaciones más o menos aceptables ante cualquier situación. Así es como se olvidó la práctica del análisis y del razonamiento, dice...».

Kast, De Castro, Pablo Baraona, entre otros, fueron, recuerda Pilar, personajes que movilizaron a toda una generación en torno a una meta de servicio público que no debe ser olvidada.

A fines de 1977 nació su hija María del Pilar. Flamante ingeniera comercial, recién casada, dice: «Siempre he podido contar con mi mamá. Nunca se le confundieron las prioridades y adelante estuvimos nosotros, aunque el periodismo ha sido para ella una parte fundamental de su vida. Admiro sus logros profesionales, pero lo que más destaco es la forma en que combinó trabajo y familia».

El Cuerpo D de reportajes de *El Mercurio* nació para «hacer un periodismo que no fuera ni editorial ni la crónica diaria; buscamos dar la noticia decantada, interpretada. Es el vehículo ideal para emprender campañas sociales (...) Así es como hemos abordado el problema de la extrema pobreza, la cesantía, la salud, la nutrición y tantos otros»,⁹ dijo.

Contaba con la colaboración de Blanca Arthur, Marta Sánchez, y el escritor Enrique Lafourcade, entre otros. Entre 1979 y 1980, con el

QUÉ OPINO YO DEL PERIODISMO

El periodismo no es otra cosa que una actividad de servicio público. Quien entra a esta profesión pensando que se va a hacer rico, se va a dar cuenta al poco tiempo de que se equivocó; y el que lo hace esperando los beneficios del poder personal que le puede traer, en un tiempo —quizás un poco más largo—, va a recibir el rechazo del público, que dejará de escucharlo, leerlo o de comprar su diario o revista.

El periodismo que se compromete con el servicio a la opinión pública es, en cambio, el que vale la pena... el que justifica las incomprendiones y sacrificios que muchas veces trae, y el que, la más de las veces, da inmensas gratificaciones, cuando se percibe que, gracias a la información que tú has dado, a la realidad que tú has informado, las personas toman sus decisiones libremente.

La Segunda,

14 de diciembre de 1988.

plebiscito para aprobar la Constitución, los temas políticos y sociales fueron los más recurrentes. Luego, los económicos, con entrevistas a expertos y análisis de las decisiones del sector gubernativo.

En ese período le tocó viajar a Estados Unidos a cubrir el caso Letelier. «Fue complicado por las características de la noticia y porque significaba trabajar en algo absolutamente desconocido», dijo entonces.

En enero de 1979, envió desde Washington diversos artículos con los entretelones del proceso contra los acusados por el asesinato del ex canciller Orlando Letelier. En la página 10 del 7 de enero, leemos a dos columnas: «Washington: Nueve Personas Testificaron en Caso Letelier».

«Sin duda que este jurado (siete mujeres y cinco hombres, todos de color) —escribe Pilar— se ha debido sentir impactado por el primer testigo de ayer que fue Michael Moffitt, esta vez interrogado por los abogados de la defensa. Moffitt asistió hoy al juicio acompañado por una muchacha vestida de luto y su primer gesto, al llegar a la Corte, fue tomar contacto con los periodistas del *Washington Post* y *Washington Star*, los más importantes diarios de la capital. Caracteres emotivos tuvo también la declaración del detective Walter Johnson (testigo del atentando en el Sheridan Circle). Tan vívido fue su relato y el de sus impresiones que el juez Parker debió pedirle que guardara la compostura y se reservara sus opiniones».¹⁰

A raíz de sus despachos, protagonizó incluso una polémica con Fabiola Letelier, al denunciar su entrega de panfletos en la corte de Washington. «Hay —desmintió la abogada— gente que ha ido perdiendo su capacidad de discerni-



En un paseo en bote en compañía de dos célebres periodistas políticas: Mónica González y Blanca Arthur.

miento moral y para quienes el asesinato de un opositor político es un hecho menor que puede ser trivializado mediante informaciones falsas, tendenciosas y banales». Pero la periodista se encargó de puntualizar: «La señora Fabiola Letelier entregó en la Corte norteamericana personalmente a la enviada especial de *El Mercurio*, el día martes 9 de enero el documento de dos y media carillas que lleva por título: «*USA Movement for human rights in Chile urges suspensions of loans to Pinochet*» (Movimiento norteamericano de derechos humanos solicita suspensión de créditos a Pinochet)». Fabiola Letelier y Saul Landau, Director del Instituto de Estudios Políticos habrían repartido una gran cantidad de esos documentos dentro del recinto de la Sala 19 de la Corte Distrital de Columbia entre los periodistas chilenos y norteamericanos...».

Un año después, en 1980, Pilar recibe el Premio Helena Rubinstein. Se destacaron entonces sus magníficas entrevistas¹², su labor en el Cuerpo D y su viaje a Brasil a cubrir la histórica gira del Papa Juan Pablo II. En sus reportajes de enviada especial, se dio el trabajo de hacer un anecdo-

tario con miles de datos, como las doscientas ochenta toneladas de papel de diario consumidas cada día para relatar los pormenores del viaje, o como que el Papa tenía un apretón de mano muy fuerte y energía suficiente como para repetirlo centenar de veces al día: «Si usted es tenaz y puede lograr un buen lugar en los desfiles de Juan Pablo II, estire al máximo el brazo al paso del Papa, él le recompensará».¹³

«En el plano humano —diría en una entrevista¹⁴—, los quince días junto al Sumo Pontífice me brindaron la oportunidad de conocer a ese hombre tan especial ...un verdadero líder espiritual y terrenal y, en lo periodístico, fueron días de intenso trabajo, compartido con María Angélica De Luigi».

En junio de ese año 80 Pilar también había entrevistado al Presidente Pinochet: «Chaqueta de tweed, tenida en tonos café, espontaneidad, elocuencia y un tono muy suyo y cordial para tratar temas que abarcaron desde la nueva Constitución hasta la Ley de Universidades, pasando por algunas revelaciones: una síntesis del contenido de las cartas de excusas que le envió el Presidente Marcos de Filipinas...».¹⁵ En aquella oportunidad le planteó: «¿Podría establecer una comparación entre la libertad y limitaciones de los chilenos antes del 11 de septiembre y la libertad y limitaciones de los chilenos después del pronunciamiento militar?».

Aunque ella aseguró que el premio era «un reconocimiento al trabajo de equipo», el entonces director de *El Mercurio*, Arturo Fontaine Aldunate, señaló: «Pilar se lo merece por su generosa consagración al servicio de la noticia».¹⁶ Y fue justamente otra periodista mujer, Teresa Donoso

Loero, quien la elogió en el editorial Premio Merecido: «Pilar Vergara, entrevistadora de los más importantes personajes del país o de los chilenos más desamparados, es la misma periodista que supo entrevistar con gracia a Julio Iglesias, y pudo dar a granel lo que llama noticias alegres y positivas de la sección Espectáculos. Porque la guía una profunda pasión por su oficio, encuentra igualmente interesante la obra social que derroca al submundo de la extrema pobreza y la obra de teatro creada para entretener a miles de espectadores».¹⁷

LA SEGUNDA

En 1981, Cristián Zegers, subdirector de *El Mercurio*, se aventura en un complejo proyecto: refundar *La Segunda*; convertirla en el primer y principal diario político del país. El vespertino había tenido una tradición de periodismo de trinchera —bajo la dirección de Mario Carneyro—, fuerte opositor al Presidente Allende, y aunque había pasado por un proceso de transición con el director Hermógenes Pérez de Arce, la tarea de convertirlo en un diario abierto a todas las opiniones, era ardua para cualquier equipo que recalara.

Zegers llevó con él a Eduardo Chaigneau y a Pilar Vergara; el primero como subdirector y la segunda, como jefa de informaciones. «Nunca pensé que me escogería. Él, un creador de escuela en el periodismo nacional... Si este señor te llamaba, no había que dudarle; era una oportunidad única», señala.

El equipo empezó a trabajar en enero de 1981 y la pri-

mera edición se publicó en abril. «Por primera vez se abrieron columnas políticas con personalidades de todas las tendencias. Se creó la sección Política y Sociedad; eso que hoy parece tan cotidiano y sin importancia, entonces fue un acontecimiento en el periodismo y en la política», recuerda.

Con el correr del tiempo, *La Segunda* pudo exhibir otros récords: mientras en el mundo entero los diarios vespertinos salían de circulación, este tomaba cada vez más vitalidad, éxito económico, y, sobre todo, influencia.

El ex director del diario, Hermógenes Pérez de Arce, elogia las virtudes profesionales de la editora: «En el periodismo(...) tienen éxito los más capaces, siempre que sean los más trabajadores. Ella es así; tiene una preocupación innata y vocacional por los grandes temas de la vida pública y política. Es una persona acogedora y cordial, rasgo que suele

ser una gran virtud en una labor que requiere tanto de la cooperación de la contraparte. Pilar tiene una excelente capacidad de análisis. Muchas Claves Políticas de *La Segunda* llevan su sello inconfundible: lo novedoso y bien analizado».¹⁸

AGUAS TURBULENTAS

Uno de sus trabajos más llamativos fue haber sido elegida como testigo, el 22 de octubre de 1982, del fusilamiento de Calama. Reportera innata, no lo dudó un instante. «No recuerdo bien, pero me imagino que me atrajo la idea de reportear y despachar a alta presión».

En mayo de 1984, obtuvo el Premio Avon «por ser la única mujer en Chile que desempeña tales responsabilidades —subdirectora— en la prensa nacional».¹⁹ El reconocimiento consistía en un viaje a Nueva York, donde aprovechó de entrevistar al Secretario General de Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, precisamente en días en que se analizaba una posible invitación a Pinochet. El asunto es que su despacho desató gran alboroto.

Una columna en *Las Últimas Noticias*, bajo el seudónimo Personne, a propósito de ese premio, destaca El secreto de Pilar: «...ser reportero requiere el apostolado inculdicable hecho de una auténtica vocación. Sin esa coraza contra la pereza, que es cual sed de «dar cada día con algo nuevo en la frente de los lectores» —según don Carlos Silva Vildósola—, los que llegan tras el áurea



Con Raquel Correa, su amiga y antecesora en la recepción del Premio Nacional de Periodismo.

bohemia a una de las pocas profesiones románticas, quedan a mitad de camino». Y añade: «Muy joven ingresó al terreno de las responsabilidades y comprendió que tenía que jugarse entera. Con equilibrio —quizás, a veces, con dolor— compatibilizó su exigente misión y la vida familiar...».²⁰

La subdirectora de *La Segunda* nunca dejó de reportear y es así como no se perdió la posibilidad de asistir a las Asambleas Generales de la ONU; reportó en Gran Bretaña, Alemania, Israel, Estados Unidos; estuvo en Polonia con Lech Walesa cuando su liderazgo terminó con el comunismo en ese país, y, en Rusia, cuando cayó Gorbachov y se inició la era de Yeltsin. El tema de la caída de los Estados comunistas fue una materia sobre la cual realizó amplios reportajes y suplementos en Chile y como enviada especial a Europa del Este.

Paralelamente, durante varios semestres dictó el ramo Técnicas Periodísticas en la Universidad Católica, muchos de cuyos alumnos son hoy periodistas y jefes en *La Segunda*.

El premio siguiente fue el Lenka Franulic, discernido por las mujeres inscritas en la Asociación de Mujeres Periodistas. «Es muy bonito y especial cuando son tus propias compañeras las que te distinguen», señala.

En cuanto a *La Segunda*, el diario se las jugaba por la apertura política y los conflictos no eran menores, por ejemplo durante la época de Francisco Javier Cuadra, poderoso ministro Secretario General de Gobierno.

Varias veces, en esos años, corrió el rumor de que el gobierno presionaba a *El Mercurio* para que despidieran a Cristián Zegers.

El recuerdo de Pilar: «Siempre supimos que fuera donde fuese, su equipo lo acompañaría para hacer el periodismo independiente y forma-

dor de opinión pública en el que creemos profundamente».

LA JUGARRETA DEL PREMIO NACIONAL

Pilar se había levantado temprano ese sábado 25 de septiembre de 1993. Estaba sola en su casa de Agua del Palo, a escasas seis cuadras de *La Segunda*. Tomó desayuno lentamente, placer que solo puede darse los fines de semana, y se vistió para jardinear.

Cuando escuchó a la empleada avisándole que la llamaban del ministerio de Educación, no lo pensó dos veces: era una de las continuas bromas de su amiga y compañera del área Internacional, Lillian Calm. «Ya me va a subir al columpio», pensó y entró a la casa a contestar, con las manos embarradas.

Una voz ronca la hizo reaccionar: —Habla el ministro Jorge Arrate. Usted acaba de ganar el Premio

EN OCHO MINUTOS SE CONSUMÓ TODO

CALAMA (Por Pilar Vergara)— Eduardo Villanueva ingresó primero al angosto y largo patio de la muerte. Lo llevaban casi en vilo, un gendarme a cada lado. Gabriel Hernández lo hizo más atrás. Caminando tranquilo, sin sostén, a pasos firmes, como si no sintiera los grilletes y la cadena que amarraban sus tobillos y que tanto ruido hacían al andar. De la misma forma murieron. A la primera ráfaga, Hernández. Recién después de un tiro de gracia, Villanueva.

Son las 6.32 cuando hacen su aparición los dos condenados a la cancha de deportes del presidio. Todavía cantan los gallos en este despuntar del alba. Y ya están sentados en los dos banquillos de madera oscura(...) en forma de ángulo, en el extremo sur oeste del patio. Un alto de sacos ordenados a sus espaldas. Ellos con la vista cubierta por un paño negro. Les ponen otro más y amarras en pies y brazos mientras se forman los 16 fusileros que entraron a paso militar, pisando el suelo, que aunque cubierto de frazadas, no logró acallar el horrible ruido de las botas. Ocho de pie, ocho con una rodilla en el suelo. Los Mauser en posición de tiro. Los ojos fijos hacia el oficial que hará la señal final con su sable.

Padre nuestro que estás en los cielos(...) las voces de los sacerdotes Cristián Contreras y Silvano Martínez, uno al lado de cada condenado, luchando por no quebrantarse y aumentando de volumen a medida que tienen ya que alejarse de los ajusticiados. Silencio sepulcral entre las 30 personas que presenciamos el acto, como en un macabro palco de ópera, desde un segundo piso, para que se cumpla con lo establecido(...) han de estar presentes testigos de fe y periodistas que den publicidad al hecho, de forma que tengan su primordial efecto aleccionador.

(...)Brutal se escuchó la descarga de los Mauser, sin silenciador, que apagaron los *Padre nuestro(...)* Es una imagen que no se borra jamás. Pero todo sigue vertiginosamente. Los gendarmes envuelven los cadáveres en frazadas y los ubican sobre camillas para llevarlos a los ataúdes en que saldrán del presidio.

Han pasado unos 10 minutos desde ese momento hasta éste, en que estoy gritando esta crónica desordenada, porque en los oídos está latente la ráfaga.

(...)

La Segunda, 22 de octubre de 1982.

Nacional de Periodismo. Mando un auto a buscarla.

«Debí haber dicho: voy para allá, pero no atiné a nada», confiesa. Dos años antes, en 1991, Pilar había ganado el Premio Embotelladora Andina, pero ahora ignoraba su postulación al Premio Nacional de Periodismo. Fue un completo secreto, fraguado por las editoras Marta Sánchez y María Teresa Álamos y por su director, Cristián Zegers.

Pilar entró directo al edificio. Al centro del jurado, entre el rector de la Universidad de Chile, Jaime Lavados, el presidente del Instituto de Chile, Juan de Dios Vial Larraín, y Jaime Martínez, por el Consejo de Rectores, una mujer le sonrió: Raquel Correa, su amiga y Premio Nacional 1991. «Me vino una alegría enorme. Su acogida me hizo todo más fácil», recuerda.

Se inició la ceremonia. Las fotografías, la televisión, la radio y los

abrazos con el ministro Arrate demostraban que no era un premio político. A eso de las siete de la tarde, la casa de Pilar se llenaba de gente y de flores. Su nominación había tenido un ingrediente más; había sido propuesta por una serie de líderes de opinión como Gabriel Valdés, José Antonio Guzmán, presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio; el padre Renato Poblete y don Francisco Bulnes, entre otros.

LA HORA DE LA GUERRA

—¿Qué crees? ¿Que va a llegar la bomba atómica? Es solo un diario, nada más que un diario, ya vas a ver que la competencia hace muy bien—, le repetía su marido Guillermo esa mañana.

Pilar Vergara se daba vueltas en la cama. No había podido pegar un ojo la víspera de la aparición de *La Hora*, el vespertino de Copesa.

Alejandro Arze, el gerente comercial, había sido categórico: «En los próximos quince días se sabe quién gana el mercado».

El nuevo vespertino llegaba precedido por una fuerte campaña publicitaria, que incluía como gancho a su nuevo director, Fernando Paulsen.

«No puedo negar que nos pusimos nerviosos, ya que su campaña era muy agresiva. En vez de presentar lo bueno que iba a traer ese diario, nos criticaban a nosotros: que éramos conservadores, viejos, anticuados».

El gerente comercial de *El Mercurio* no se equivocaba. «¡Exacto! ¡Inclaudicable! Quince días duró la pelea y ya se sabía quién había ganado», explica. «De ahí en adelante fueron solo bondades. La idea de tener dos diarios en la tarde, nos animó a renovarnos. Nos dio mucha energía».

«Resultó que no éramos tan fomes, ni tan momios, ni tan conser-



El Presidente Ricardo Lagos, rodeado de destacadas periodistas: de izquierda a derecha, Blanca Arthur, Mónica González, Patricia Guzmán, Patricia Verdugo, Pilar Vergara, Raquel Correa y Patricia Politzer.

vadores; y que aquellas personas que cedieron a la grúa era mejor que se fueran, ya que los que quedaron fueron los mejores periodistas y los con la camiseta mejor puesta», recalca la editora.

La Segunda ganó la batalla y el 2 de marzo del 2000, el mismo día en que el general Pinochet regresaba de su reclusión en Londres, *La Hora* se convirtió en un matutino gratuito. «Nosotros no creemos en los personalismos, sino en el trabajo de un equipo humano que es capaz de moverse como un verdadero ballet ante la información importante. Estamos listos para festejarnos cuando alguno hace algo importante. Listos para apoyarnos unos a otros hasta para descasetear las grabaciones. Tengo la más plena convicción de que *La Segunda* cuenta con un grupo de personas excepcional y con los mejores periodistas de la prensa escrita».

EL PODER DE PILAR

A las 6:45 de la mañana, Pilar despierta. Una selección de diarios la espera junto a su cama. Toma primero *El Mercurio*, lee su portada, las cuatro primeras notas y se va derecho a las páginas C1, C2 y C3. Luego coge *La Tercera*, analiza sus titulares y noticias centrales. A *Las Últimas Noticias* y los diarios económicos —*Estrategia* y *El Diario Financiero*— les da un vistazo. Mientras se levanta y en el auto escucha las radios *Cooperativa* y *Chilena*.

A las ocho y media, ya está en la pauta. Algunos reporteros la esperan con los avances de las notas que han realizado el día anterior, mientras sus editores aventuran los temas que terminarán llenando las páginas del vespertino.

«Pilar pautea de una forma increíble. Percibe dónde está la noticia, la huele y la sabe administrar. Es capaz de desarmar tu nota con dos o tres preguntas. Impresiona su sensibilidad para jerarquizar las crónicas. Tiene un ojo clínico abismante a la hora de titular con la noticia del día», asegura Matías del Río, ex reportero del vespertino.

Según la editora, manejar un medio depende de un trabajo complementario de profesionales: «Las mujeres contamos con una disposición natural hacia las relaciones humanas, pero ambos sexos juegan un papel en el periodismo que nos hace necesarios. Quizás, últimamente se ha dejado sentir la presencia de ellas, pero eso demuestra que muchas veces son ellos quienes nos dirigen y nos abren el camino».

«Pilar ha logrado una relación de trabajo ideal en un medio de comunicación: capacidad de aunar y complementar visiones de la realidad para producir un medio que es un referente nacional, lectura obligatoria para los líderes del país. Ella tiene aciertos todos los días y éste es su secreto del éxito. Ha encarnado el golpe del día a día,²¹ afirma la vicedirectora de comunicaciones de la Universidad Católica, Silvia Pellegrini.

«Versatilidad, imaginación, valentía, inteligente conducción de equipo», son algunas de las virtudes reconocidas del oficio periodístico de Pilar Vergara, según su jefe, el periodista Cristián Zegers. «Destacaría en ella, además —añade—, un sentido casi absoluto de lo que es noticia y un rasgo de sacrificio, hoy poco frecuente, por el trabajo colectivo, necesariamente algo anónimo. Del rigor certero y vigilante en las tareas grandes o ínfimas, depende la credibilidad de los medios de comunicación. Pilar es un ejemplo de vocación al servicio de un diario, iluminando una ruta ejemplar ajena a personalismos. El mérito de su brillante trayectoria hace justicia al inmenso aporte de la mujer al periodismo».²²

Y en la contraparte, cuando se le pregunta a la editora sobre la persona que más ha influido en su carrera, responde sin titubear «Cristián Zegers, sin duda. Él fue mi profesor en la escuela y lo sigue siendo hasta hoy. Trabajar con él todos estos años ha sido un privilegio en lo profesional y en lo personal». Una complementación entre ambos que los lleva todos los días a tomar decisiones en conjunto, a asegurar sus fuentes y a equilibrar la balanza, porque «en *La Segunda* si hay algo que no existe es la autocomplacencia».

Por Paula Brevis y Andrés Arcuch
Colaboración de Claudia Oyarzún

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Pilar Vergara Tagle.

Fecha de nacimiento: 23 de junio de 1947.

Padres: Ruperto Vergara y Olga Tagle.

Estado civil: casada con el abogado Guillermo Agüero Garcés.

Hijos: Juan Guillermo y María Pilar.

Estudios básicos: Colegio Santa Úrsula.

Estudios superiores: Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Chile (1965-1968).

Especializaciones: Crítica teatral en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile (1976).

Distinciones: Premio Helena Rubinstein (1980), Premio Avon (1984), Premio Lenka Franulic (1988), Premio Embotelladora Andina (1991), Premio Nacional de Periodismo (1993).

Actividades profesionales: En 1967 se desempeñó como periodista y animadora del programa cultural de *UCTV*, Cinco octavos. En 1970 hace colaboraciones para la revista femenina *Eva* y para la publicación política y de actualidad nacional *Desfile*.

Desde 1970 a 1973, realiza el espacio Magazine, en el programa Pasado Meridiano, en *UCTV*.

Diario *El Mercurio*, desde 1973, donde ocupó el cargo de periodista en el área de Espectáculos. Fue editora de suplementos de espectáculos, redactora de reportajes especiales y editora del Cuerpo de Reportajes dominicales del mismo periódico.

Diario vespertino *La Segunda*, desde 1981, donde se desempeñó como jefa de redacción y luego ascendió a editora de Servicios Informativos, cargo que actualmente ejerce.

Profesora de la cátedra Técnicas Periodísticas en la Universidad Católica de Chile, desde 1986.

NOTAS

- 1 Entrevista a Matías del Río, marzo 2001.
- 2 Entrevista a Francisca Aninat, enero 2001.
- 3 *El Mercurio*, 3 de octubre de 1993.
- 4 Ibid.
- 5 Ibid.
- 6 Entrevista a Pilar Vergara.
- 7 Entrevista a María Elena Aguirre.
- 8 *El Mercurio*, agosto de 1978.
- 9 *El Mercurio*, 11 de noviembre de 1980.
- 10 *El Mercurio*, 17 de enero de 1979.
- 11 *El Mercurio*, 20 de enero de 1979.
- 12 Declaración del Presidente de la Fundación Helena Rubinstein, *El Mercurio*, 13 de diciembre de 1980.
- 13 *El Mercurio*, domingo 13 de julio de 1980.
- 14 Revista *Amiga*, enero 1981.
- 15 *El Mercurio*, 1º de junio de 1980.
- 16 *El Mercurio*, 11 de noviembre de 1980.
- 17 *El Mercurio*, 12 de noviembre de 1980.
- 18 Entrevista a Hermógenes Pérez de Arce, marzo 2001.
- 19 *La Segunda*, 30 de mayo de 1984.
- 20 *Las Últimas Noticias*, 2 de junio de 1984.
- 21 Entrevista a Silvia Pellegrini.
- 22 Entrevista a Cristián Zegers.



JULIO MARTÍNEZ

Julio Martínez Pradanos (1995):

AL AIRE CON JOTA EME

El embrujo de una pelota de fútbol rodando por el pasto del estadio Santa Laura hizo que el pequeño Julio, de solo diez años, prometiera en voz baja: «Algún día mi nombre estará junto al de esos deportistas». Ese mismo domingo de 1933, guiado por su padre, se inscribió como socio de la Unión Española.

No llegó a ser jugador. «Desde chico fui muy malo para el balón. Como muchos futbolistas o basquetbolistas frustrados, terminé refugiándome en el periodismo»,¹ reconoce. Y tan bien lo ha hecho, que su nombre hace honor a la tribuna de prensa del estadio hispano. Sin duda, ha sido uno de los comentaristas deportivos más destacados de Chile.

Julio Martínez Pradanos nació en Temuco el 23 de julio de 1923. Fue el único hijo de José y Julia, ambos españoles. Antes de que cumpliera dos años, la familia se trasladó a Santiago en busca de mejor suerte económica. «Mi padre era dueño de una camisería de lujo a la que nadie entraba», cuenta risueño. «Se llamaba Blanco y Negro —aún existe—;

vendían sombreros de paja, suspensores, camisas, corbatas. Pero la gente compraba en emporios».²

Como buen hijo único, se crió mimado y lleno de arrumacos. Quizás por eso la entrada al colegio San Pedro Nolasco, en Santiago, fue un tanto traumática: su cabeza alargada fue blanco inmediato de las burlas de sus compañeros. «Me gritaban V8, por un modelo de autos así, aerodinámicos como mi cabeza», recuerda, y en seguida advierte: «¡Pero, un momentito! Al poco tiempo yo era líder. Era bueno para los discursos y me hacía cargo del micrófono». Y si bien no se destacó en los estudios, por muchos años obtuvo el premio de asistencia. No faltó un solo día de clases durante su educación primaria.

En familia se lucía tocando piano y violín, instrumentos que aprendió acicateado por doña Julia. Hasta la adolescencia, Julio fue un buen intérprete, pero llegada esa etapa su veta musical se agotó. «Yo pintaba para genio, pero por suerte me pasmé, porque los genios terminan muy mal», ha dicho en reiteradas ocasiones. Los estudios no andaban



mejores. «Fui un alumno *marzista*», relata con picardía. «Dejaba hasta tres ramos para marzo».³

Su facilidad de palabra, que conmovía a multitudes, por desgracia nunca logró sacar suspiros de las niñas. Se enamoró muchas veces y, cuando ya pensaba que había encontrado polola, llegaba la frase lapidaria: «Te quiero mucho, pero como amigo». Sin pudor confiesa que derramó más de una lágrima. «Todas las mujeres que quise se casaron con otro».

VIDA DE BARRIO

La familia Martínez Pradanos vivía en pleno centro de Santiago, en una residencial de la calle Monjitas. Sus amigos y compañeros de colegio pertenecían al mismo barrio, de modo que la infancia y adolescencia de Julio transcurren en forma plácida,

Pese a no poseer un título universitario, Julio Martínez consiguió asentarse como el número uno de los cronistas deportivos. Considerado el poeta de las cosas simples y la voz del sentido común, se reconoce como «vocacional, espontáneo y autodidacta».

con paseos al Parque Forestal y maritín en el cine Club de Señoras.

La afición por el deporte a menudo lo hacía ahorrar la magra mesada para comprar revistas o escaparse al estadio, con lo que después elaboraba sus comentarios deportivos para el diario mural del colegio.

Cuando fue un poco mayor solía merodear por la Academia Brunswick, en la calle Merced. Allí, en un ambiente distendido, «entre cadetes de la Escuela Militar, oficinistas y más de algún delincuente disfrazado de caballero», según recuerda, se jugaba billar y se hacía vida social.

Cualquier actividad deportiva era un anzuelo irresistible. Así fue como se aficionó al tenis y dio uno que otro raquetazo en el Club Internacional de Bellavista. Hoy socio honorario, está dispuesto a defender a muerte las canchas frente al Mapocho cuando algún alcalde progresista las amenaza con su picota demoledora.

«SE VA MI VIEJO»

La situación de la pequeña familia da un vuelco dramático en 1941, cuando Julio cursaba el último año de colegio. Una molestia estomacal de su padre resultó ser un cáncer gástrico. «Vas a tener que ser bien hombrecito, lo que tiene tu padre es irreversible», sentenció el doctor Félix de Amesti. «Y en pocos meses... se va mi viejo. Justo cuando empezábamos a ser amigos», relata con voz quebrada. «Y aunque con mi madre éramos bien modestos, con la única plata que teníamos nos compramos un traje y abrigo negros para enterrar a mi padre».⁴

La vida se puso cuesta arriba; quedaron sin un peso en el bolsillo. Pero no se cruzaron de brazos. Doña Julia comenzó a confeccionar ban-

deras chilenas y luego, ya con más habilidad, cosía vestidos que ella misma diseñaba.

Julio, por su parte, aceptó la generosa oferta del padre Rafael Undurraga, director de San Pedro Nolasco, de trabajar en el colegio.

«Con mi madre compartíamos una habitación grande, porque no podíamos pagar dos. Yo ganaba quinientos pesos y el arriendo costaba trescientos. Salimos adelante y entre los dos le ganamos el partido a la vida», confiesa. Y con el orgullo de quien ha sorteado adversidades, continúa: «Viví mucho tiempo en una pensión, donde tuve que hacer cola para ir al baño. Con el jabón en la mano...».⁵

La sólida relación entre madre e hijo se convierte en dependencia. «Ella era posesiva. En mi condición de hijo único y por su mentalidad la acompañé hasta la hora de su muerte, de lo cual no me arrepiento».

VIVIR SOBRE LA MARQUESINA

Sin estudios universitarios ni mayor preparación, Julio trabajó como vendedor de Moletto hasta un afortunado día de septiembre de

1945. Era el Dieciocho —Fiestas Patrias— y para celebrarlo pasó a buscar a su amigo Carlos Alberto Palma a la radio *Prat*. El locutor de la emisora no había llegado y el programa estaba por salir al aire.

—¿Sabes hablar por micrófono?, preguntó a Martínez el angustiado radiocontrolador.

—Sí, respondió el joven.

Sin mayores preámbulos lo metieron al locutorio y allí Julio improvisó durante media hora. Desde esa tarde comenzó a trabajar en esa estación radial.

Cuatro años después fue contratado en la misma emisora para el programa Clínica Deportiva, dirigido por Carlos Cariola. Había llegado el momento de dejar las maletas de vendedor de calcetines.

Su talento con la palabra tomaba un cauce profesional. El 1° de enero de 1949 ingresa a la *Radio Nacional de Agricultura*, donde permanecería cerca de diecinueve años como relator, comentarista y, más tarde, director de deportes. De allí nació el apodo Jota Eme. En 1968, cuando sintió que había topado techo en *Agricultura*, se trasladó a radio *Corporación* como periodista especializado.



En el programa 15 minutos con Julio Martínez, se hablaba de todo, menos de política. Era una improvisación emitida antes del noticiero Repórter Esso, conducido por Pepe Abad.

Ahí conoce a cronistas deportivos de la talla de Raúl Prado y Renato González, Mister Huifa. «Prado fue un relator excepcional, creador de Deporte Total y amigo de toda la vida. Y Mister Huifa fue un maestro en el periodismo escrito», asegura Martínez. «Cuando yo llegué se desempeñaba como jefe de deportes. Fuimos muy amigos. Una amistad forjada en las reuniones de pauta».⁶

Años antes, en 1946, había debutado en prensa escrita, en el periódico *La Hora*. Su vínculo con Raúl González Alfaro data de esa fecha, y fue él quien le aconsejó: «Usted dedíquese al periodismo. Tiene disciplina, vocación y es decente». También fue a ese amigo a quien Martínez confidenció: «Yo hablo con Dios todos los días... Nos tratamos de tú, medio en broma, medio en tango. Le cuento mis cosas, tengo fe y considero que debe ser terrible no creer en nada».⁷ González Alfaro, desconcertado, se echó a reír.

Luego del cierre de *La Hora*, en 1949 Julio Martínez es contratado en *Las Últimas Noticias*. Cada martes, jueves y sábado, hasta 1997, su

columna Bajo la marquesina —además de otros artículos deportivos— era esperada por los hinchas. Solo en una ocasión quiso cambiar de rumbo. «Yo era jefe de informaciones, no recuerdo bien la fecha», cuenta Fernando Díaz Palma. «A Julio le vino como una 'crisis existencial' y me pidió que lo cambiara a Crónica, quería escribir sobre otros temas. Pero después de un par de semanas volvió a Deportes».⁸

Trasnochador, nunca aparecía por el diario antes de medianoche. Una de sus características era llegar muy apurado y despachar en tiempo récord sus artículos, siempre impecables. El periodista Humberto Ahumada, autor de la columna Tito Norte, que aparecía justo debajo de Bajo la Marquesina, se refiere al estilo de Julio Martínez: «Una pluma poco común, que expresaba el sentir del medio nacional, aunque casi siempre haciendo referencia al deporte. Sus columnas trascendían las fronteras de ese mundo».

Después volvía a las tertulias. El Nuria, la Taberna Capri y por sobre todo el Brunswick eran sus canchas

nocturnas. Allí practicaba magistralmente la conversación con sus amigos Mister Huifa, Pedro Fornazzari, Rodolfo Soto, Osvaldo Márquez y otros periodistas-amigos. «Yo trabajo entre amigos. No tengo un millón de ellos, pero sí muchos. ¿Enemigos? No los conozco porque nunca dan la cara»,⁹ dijo en una entrevista.

Era bueno para las bromas. «Yo recién había entrado al diario», cuenta entre risas Fernando Díaz. «Una noche llegué a trabajar y, como de costumbre, las máquinas de escribir estaban con candados —los periodistas eran muy celosos de sus máquinas—. Me senté en la única que encontré disponible sin saber que era la de Martínez. De pronto Julio se para a mi lado. 'Bienvenido', me dice muy serio. Y luego exclama: '¿Hasta cuando permiten la llegada de estos petimetres al diario!'. (Yo iba muy elegante, con un terno Príncipe de Gales). Ante mi palidez dijo: 'No, no... si es una broma'. Nos hicimos muy amigos».

«SÍ, SOY INMODESTO»

Los desbordes líricos y una labia incomparable son típicos de Julio Martínez. Por cierto, eso y su calva ovoide han sido caricaturizadas con profusión. Pero nadie puede negar que ha creado escuela y que tiene talento como comunicador.

Él mismo reconoce ese don con una de sus frases para el bronce: «Soy absolutamente inmodesto en ciertos aspectos, porque la modestia exagerada es la hipocresía de los mediocres».

También se ufana de ser galante con las damas; de tener buen ojo para la política («hago vaticinios muy acertados») aunque nunca ha pertenecido a partido alguno; de ser alegre pese a los infortunios. «Amargo no



En el Estadio Santa Laura los niños de la Población El Cortijo homenajean al periodista.

he sido nunca», apunta. «Es un hombre muy cumplidor y tremendamente austero», añade Fernando Díaz.

Pero la gente lo conoce principalmente por sus frases floridas. El poeta de las cosas simples, o el hombre que le puso poesía al fútbol, como lo definió Daniel de la Vega, suele ser un artista de las metáforas: «Esa bella tarde de primavera, la Plaza Chacabuco tuvo un espectáculo futbolístico entre los verdes de la calle Lira (refiriéndose al equipo de Audax Italiano) y los rojos del Santa Laura (Unión Española)». También habla del viejo y querido Magallanes, y su grito ¡Penaaaal, sí, señor: penal! lleva su sello. Qué decir de 'Justicia divina', con ocasión del gol chileno contra Rusia durante el Mundial de 1962 en Arica.

Como comentarista, su deber es también analizar un mal partido o comentar alguna equivocación de árbitros o jugadores. Pero prefiere realzar los aspectos positivos. «Creo en un periodismo constructivo», afirma. «Trato de decir la verdad sin herir a nadie... Sí me gusta alabar, sobre todo a otro periodista. Me da mucha satisfacción ayudar, cumplir una función social. De algún modo me siento un poco poseedor de la verdad que transmito. Uno se va acostumbrando a que la opinión pesa. Aunque tengo el íntimo convencimiento que procedo de buena fe, en la recta intención. No tengo aspiraciones torcidas».¹⁰

LAS MUJERES

QUE MARCARON SU VIDA

Doña Julia fue una madre sobreprotectora. Tanto, que más de una vez, si su hijo —ya un hombre he-

cho y derecho— no había llegado a una hora 'prudente', llamaba a hospitales y a comisarías.

«Soy absolutamente inmodesto en ciertos aspectos, porque la modestia exagerada es la hipocresía de los mediocres».

Se siente agradecido de haber sido tan regalón. «Ella me inculcó el respeto. Yo nunca falté a dormir a mi casa, sentía que era una obligación estar con mi madre».¹¹

Por esa mutua dependencia escondió su relación y posterior matrimonio con Norma Adriana González, a quien conoció en el Café Sao Paulo, donde ella trabajaba. Pololearon en secreto durante diez años. Hasta que un día Norma le propuso que se casaran y que Julio siguiera viviendo en la casa materna. «Eran otros tiempos», explica Julio. «Mi madre no podía aceptar que yo me casara con una mujer separada». Y así fue como por doce años, hasta la muerte de doña Julia, a los noventa y tres años, Martínez tuvo dos casas.

Chapado a la antigua, como lo ha reconocido públicamente, Julio puso una condición antes de su matrimonio: que Norma dejara de trabajar. «Me enardece que ella llegue después que yo a la casa. Y a estas alturas del partido no voy a cambiar. Sí, ¡soy un machista recalcitrante!», confiesa.

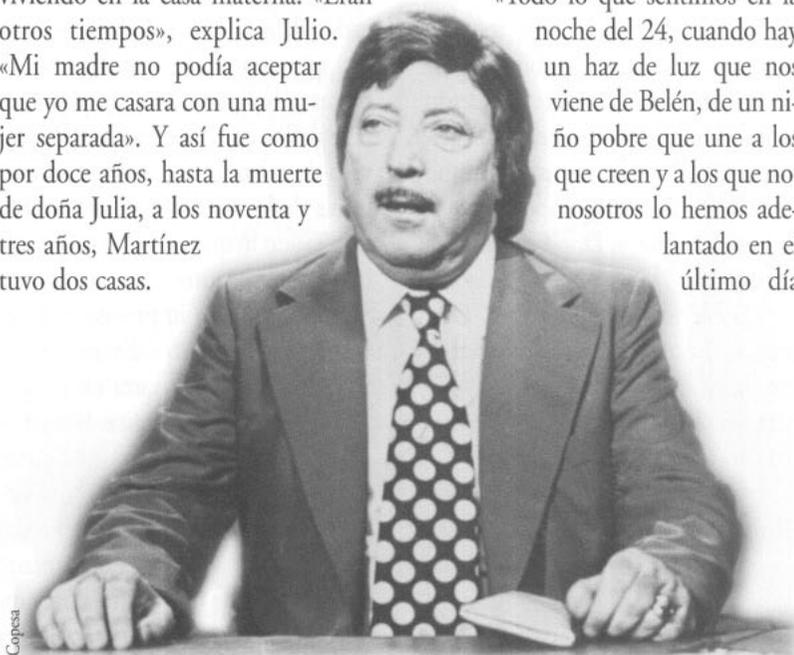
EL ARTE DE IMPROVISAR

Amante insobornable de la improvisación, a veces se sorprende a sí mismo con su facilidad de palabra.

Ese engolosinamiento causó un tremendo dolor de cabeza a Mario Kreutzberger al finalizar la segunda Teletón, en diciembre de 1979. Terminadas con éxito las veintisiete horas de 'amor', Don Francisco lo invitó a subir al escenario para que hablara brevemente.

¡Qué le han dicho! «Hoy hemos anticipado la Navidad», comenzó.

«Todo lo que sentimos en la noche del 24, cuando hay un haz de luz que nos viene de Belén, de un niño pobre que une a los que creen y a los que no, nosotros lo hemos adelantado en el último día



Para un 28 de diciembre de la década del 60, el diario La Tercera lo hizo pasar por inocente. Aunque muchos se negaron, el periodista aceptó ponerse un peluquín.



El equipo de Radio Minería celebra los diez años de la emisora. De izquierda a derecha: Mañico Román, Abraham Dueñas, Jorge Arriagada, Hernani Banda, Julio Martínez y Manuel Rivero.

de noviembre y en el primero de diciembre».

Pasaban los minutos —diez, veinte—. Desde sus televisores y en el Casino Las Vegas el público seguía las palabras con arrobó. «¡Teletón significa lo mismo que Belén! ¿Saben ustedes por qué?». Y así continuó durante media hora; imposible quitarle el micrófono. Don Francisco ya no sonreía.

«Hablé y pasó lo que pasó. Don Francisco no permite que alguien le robe la película. Lo comprendo, él había trabajado todo un año. Nunca más me llamó».¹²

Si ya de niño era un as de la palabra, de grande esa condición se acentuó. «Cada vez que había que pronunciar un discurso, era Julio el encargado. Matrimonio, funerales, despedidas», cuenta Fernando Díaz.

Esa cualidad le ha dado dividendos. Una voz apasionada, a ratos emitida casi sin aliento, enfatizando cada sílaba («una jugada im-pe-cable, ¡sí señor!»), le han significado bastante holgura económica, si bien él se define como de clase media: «Yo vivo de mi trabajo y mantengo más bocas de lo que la gente cree», afirma. «Todo lo que poseo es un departamento y un auto».

En lo que no improvisa es en el vestir. Terno oscuro («En mi juventud se usaba terno hasta en los paseos»), reluciente camisa blanca y corbata, cada día una distinta. Posee más de ciento cincuenta, prolijamente guardadas por color en los cajones de su clóset. Sabe exactamente dónde está cada una. «Mi padre y mi tío eran vendedores de una fábrica de corbatas, y siempre llevaban muestras a la casa. Posteriormente,

me regalaban las que les sobaban y me volvía loco con ellas», contó para una revista.

LOS GOLES DE UN SOÑADOR

El transcurso de sus siete décadas está marcado por una fecha imborrable: 30 de mayo de 1962. La Selección Chilena de Fútbol comenzaba su participación en una Copa del Mundo y nada menos que en Chile, de local. Ese día Julio Martínez escribió: «Buena suerte. Esta es la formación que debe lucir el equipo chileno en su encuentro de hoy ante el elenco de Suiza. Misael Escuti, Luis Eyzaguirre, Raúl Sánchez, Sergio Navarro, Carlos Contreras, Eladio Rojas, Jaime Ramírez, Jorge Toro, Honorino Landa, Alberto Fouilloux y Leonel Sánchez».

Para Jota Eme todo lo que rodeó

a ese Mundial fue significativo. Por ello, el 5 de mayo dedicó una columna entera a la muerte de Carlos Dittborn, su gestor, quien acuñó la frase «Porque no tenemos nada, lo haremos todo». Dittborn falleció cuatro días antes de que comenzara oficialmente el evento deportivo.

El Mundial también fue tema obligado en la revista *Estadio*—en la que escribió desde 1950 firmando como Jumar—, en el periódico *El Mundo Deportivo* de Buenos Aires y en *La Prensa* de Lima, de los que fue colaborador. Sus comentarios eran muy bien valorados.

La televisión sería el próximo capítulo de su carrera. En abril de 1967, con Eliodoro Rodríguez como director ejecutivo del *Canal 13*, inició sus labores como comentarista en la recién creada Área Deportiva. Pronto se hizo querido y fue invitado a participar en el célebre programa de conversación *A esta hora se improvisa*. Junto a Jaime Guzmán, Jorge Navarrete, Jaime Celedón, Enrique Campos Menéndez y Orlando Millas, entre otros, Martínez opinaba de lo que le pusieran por delante. Él representaba al hombre de la calle, ese que sabe de

todo un poco, que brilla por su sentido común y buenos sentimientos.

En una oportunidad amenazó con retirarse. Conociéndolo, Jaime Celedón vaticinó: «Cuando cumpla veinticinco años en el canal, don Eliodoro Rodríguez le va a regalar un reloj, Julio se va a poner a llorar y va a seguir».

Y así no más fue. Hoy, y pese a que reconoce que «la televisión desgasta», su rostro continúa ligado a los espacios deportivos del canal católico. «El público sabe que la noche del domingo es mía», asegura.

EL PREMIO NACIONAL: ¿JUSTICIA DIVINA?

A eso del mediodía del 3 de octubre de 1995, Julio Martínez recibió una inesperada llamada telefónica del ministro de Educación, Sergio Molina.

—¿Cómo se encuentra, don Julio?

—Bien, pues.

—Ahora se va a sentir mejor, porque usted ha sido designado Premio Nacional de Periodismo.

Tras dos horas de ardua deliberación, el jurado, presidido por Sergio Molina y secundado por el rector de

la Universidad de Chile, Jaime Lavados; la periodista galardonada en 1993, Pilar Vergara; Silvia Pellegrini, por el Consejo de Rectores y Armando Roa, presidente del Instituto Chile, otorgaban la máxima distinción a Julio Martínez por «su larga trayectoria dedicada al periodismo deportivo de opinión, ejercida ininterrumpidamente durante cincuenta años».

«No fui a la universidad», dijo al recibir el premio. «No tuve ese privilegio, pero respeto profundamente a los que lo hicieron, porque son mejores que nosotros, los que fuimos a la universidad de la vida, de la que estoy tan agradecido... El Premio Nacional de Periodismo me lo merezco y debía de ser para mí hace dos años, pero me lo ganaron dos periodistas mujeres (Raquel Correa y Pilar Vergara)».¹³

Iván Zamorano destacó «esa forma que tiene él, y solo él, de llegar a tanta gente a través de la pantalla de televisión o de la radio. Es un reconocimiento que don Julio se merece. ¿Quién no ha llorado con un discurso de Julio Martínez?».¹⁴



En *A esta hora se improvisa* (Canal 13), Julio Martínez representaba la voz del hombre de la calle.

Hernaní Banda se sumó a los elogios recordando sus inicios en la *Minería*. «Julio es un comunicador por excelencia. Más de veinte años trabajando a su lado me permitieron conocerlo como persona (...). Siempre mantenemos el vínculo y, por sobre todo, la pasión por lo que ha sido el eje conductor de nuestra labor: la radio».

Además de ser reconocido con el Premio Nacional, Julio Martínez ha recibido otros galardones: el de la Embotelladora Andina; el Amador Yarur Banna, del Club Deportivo Palestino; y el Premio de la Academia Chilena de la Lengua, en 1988, por su correcto y granado uso del idioma.

ADIÓS A LAS LETRAS

El miércoles 1° de enero de 1997 Julio Martínez llegó hasta las oficinas de *Las Últimas Noticias*. Pese a ser festivo, tenía que despachar su columna para el jueves. Cansado, reflexionó: «¿Qué tengo que estar yo, a estas alturas del partido, entregando el 1° de

enero una columna, y ni siquiera puedo decir que me pagan bien?».

Ese mismo día decidió renunciar.

«Hasta aquí llego, hasta aquí llegaste, Julio Martínez», se prometió. Y al día siguiente mandó una carta a su editor y amigo Fernando Díaz Palma. «Tú no te puedes ir, formas parte de este diario», reaccionó Díaz.

Pero la decisión estaba tomada. Le costaba sentarse frente a una máquina —nunca le ha gustado el computador— con la presión de llevar sobre sus espaldas un Premio Nacional de Periodismo. Por las noches se desvelaba pensando en que no podía redactar a la ligera. «No solo hay que fijarse en la sintaxis, sino en las frases y en los pensamientos», dijo entonces.

El agrado de golpear las teclas se diluía poco a poco. Después de cuarenta y siete años, el ciclo inevitablemente llegaba a su fin. «Le molestaba profundamente que deportistas sin experiencia en periodismo escribieran artículos especializados, opi-

na Fernando Díaz. «Creo que fue uno de los motivos de su retiro».

Al año siguiente, otro capítulo se cerraba. En diciembre de 1998 dejaban de sonar los micrófonos de la radio *Minería*, donde Julio Martínez había sido comentarista por cuarenta años. «Para mí fue como dejar una familia, mi casa, todo. Trabajar en esa emisora era una de las cosas que más me llenaban, dentro de mis trabajos».

Sin poder alejarse del medio que le dio popularidad, Martínez se trasladó con su voz y sus frases a la *Monumental*, «una radio pequeña que me ha comprado con su sencillez».

Desde ahí y desde *Canal 13* sigue conversando con su público. Aclara que le gustaría seguir vigente en la pantalla chica y en la radio, pero que si le toca abandonar esos campos de juego, lo hará por un periodista y no por un futbolista. «Dejaré la vara bastante alta».

Colaboración: Sebastián Casali L.

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Julio Martínez Pradanos.
Nace en Temuco el 23 de julio de 1923.

Padres: José Martínez Nogales y Julia Pradanos Rodríguez, ambos españoles.
Casado con Norma Adriana González, un hijo, seis nietos.

Estudios: Colegio San Pedro Nolasco.

Trayectoria profesional

Radio:

1945: Se inicia en la Radio *Prat*, en el programa Clínica Deportiva, dirigido por Carlos Cariola.

1949-1968: Relator y comentarista deportivo y más tarde director del área de deportes en Radio *Nacional de Agricultura*.

1958: Se integra a Radio *Minería*, donde permanece hasta el cierre de la emisora en 1998, con su programa *Deporte Total* y sus comentarios de actualidad.

1968: Ingresa a Radio *Corporación*, emisora en la que trabaja actualmente.

2001: Sigue con sus comentarios en Radio *Monumental*.

Prensa escrita:

Se inició en el diario *La Hora* en 1946.

1949-1997: Comentarista, columnista y Jefe de Deportes en *Las Últimas Noticias*.

Desde 1950, con el seudónimo de Jumar fue redactor de la revista *Estadio*.

Televisión:

En abril de 1967 inició sus labores como comentarista deportivo y charlista en *Canal 13*, actividad que mantiene hasta el momento.

NOTAS

1 *La Nación*, 1 de julio de 1985.

2 Tati Penna, *De vez en cuando la vida*, *Chilevisión*, 15 enero 2001.

3 Entrevista a Julio Martínez, agosto 2000 (AA).

4 *La Nación*, 14 de julio 1991.

5 Tati Penna, *De vez en cuando la vida*, *Chilevisión*, 15 enero 2001.

6 *La Época*, 4 octubre 1995.

7 *La Nación*, 14 de julio 1991.

8 Entrevista a Fernando Díaz Palma, abril 2001.

9 María Y. González, 16 de agosto de 1987.

10 *Ibid.*

11 *La Tercera*, 7 de mayo de 1985.

12 María Y. González, 16 de agosto de 1987.

13 *La Nación*, 11 de octubre, 1985.

14 *Las Últimas Noticias*, 4 de octubre de 1995.



PATRICIA VERDUGO

Patricia Verdugo (1997):

JUSTICIA DE IMPRENTA

«Me desperté muy temprano, de golpe, con el corazón retumbándome en el pecho (...) Lo había visto, la imagen de mi padre era nítida. Estaba tendido, con los ojos cerrados, parecía dormir. Sólo vi su pecho y su cabeza. Estaba vestido y lo cubría el agua, una capa de agua transparente de no más de veinte centímetros de espesor. ¡Está muerto, está muerto!, gemí... (...) le pedí un favor a mi marido (Edgardo Marín): ir a la morgue nuevamente. 'Esta vez tú solo, le rogué...' (...).

—Patricia...

—Sí...

—Aquí está. Lo sacaron del Ma-pocho»¹. (Julio de 1976)

De la injusticia nacen los deseos de justicia, del dolor nace la fuerza para lograrla y cuando el miedo llega a su límite, el resultado puede traducirse en las acciones más audaces.

pero el deber para con los muertos no me da tregua: ellos murieron, tú vives. Cumple con tu deber a fin de que el mundo sepa todo aquello»², —y las transforma en el emblema de su vida.

«Da lo mismo si el signo ideológico por el que se mata es de derecha o izquierda —argumenta la periodista—, si es en nombre de los musulmanes o de la Iglesia Católica, la barbarie es matar. Para las generaciones que siguen deseo un mundo sin armas. Las mías son la paz y la razón. Así como mi padre fue asesinado, seguramente lo será un nieto o un bisnieto. Pero no voy a renunciar



Siempre demostró aptitudes para nadar contra la corriente: dirigió protestas por causas que comprometían su espíritu juvenil.

su padre ejercía sobre ella una especie de hipnosis —era un «complejo de Electra»⁴, diría— y en los atardeceres, cuando el constructor civil Sergio Verdugo trabajaba en el escritorio de la casa, ella se sentaba a su lado. Permanecía tranquila repasando las marcas de letras y números grabadas en la carpeta que él usaba

«El mundo que deseo para las generaciones que siguen es un mundo sin armas. Las mías son la paz y la razón».

Una mezcla explosiva e imbatible. Ningún enemigo es suficientemente poderoso cuando se anula incluso la lógica más elemental que guía al instinto de supervivencia.

Tras el homicidio de su padre, Patricia hace suyas las palabras de Alexander Solzenitzin —«Hubiese podido descansar, relajarme, respirar,

ni como persona ni como periodista a ese sueño que la vida sea una copia del paraíso, porque si lo hiciera renunciaría a ser persona».³

VIVENCIA A VIVENCIA

En 1950 Patricia tenía solo tres años y ya sabía escribir. La figura de

para no rayar la mesa. La mayor de cuatro hermanos, tuvo su primera escuela al lado del hombre que sería su guía, su apoyo y su cómplice porque ambos soñarían, más tarde, con el mismo Chile.

Esa imagen de país comenzó a formarse lentamente entre la compañía paterna y su primer uniforme,

que la identificaba como alumna del Nido de Águilas, colegio al que asistió hasta tercero básico. Ahí empezaron a permear su conciencia los conceptos de igualdad entre razas y sexos, el respeto a la libertad y a la diversidad. «Mi primer recuerdo traumático —evoca— es de una vez que robé. Tenía como cinco años y me enamoré de un lápiz de una compañera. Fue mi primer aprendizaje sobre cómo la conciencia reprocha el acto indebido. Finalmente, al ponerlo de nuevo en su estuche pude liberarme de la sensación de culpa». ⁵

Poco después se liberó también del miedo. A los siete años, el sacerdote Enrique Alvear la tomó de la mano y le dijo que los niños no tenían pecados. Recién entonces ella se atrevió a denunciar a un religioso catequista del convento de San Agustín, quien había tenido conductas sexuales indebidas con ella. «Quizás eso haya sido marcador en mi vida, respecto a cómo reconocer e identificar los abusos y ser capaz de sortear el obstáculo para denunciarlos». ⁶

Su carácter se fue moldeando y comenzó a sugerir una forma auténtica y rebelde que con cada vivencia se nutriría de causas y argumentos. Del Nido de Águilas fue trasladada a las Monjas Carmelitas de Ñuñoa. «Casi la expulsan», cuenta su madre, Carmen Aguirre. «Por ejemplo, le daban un trabajo de San Agustín y el resultado era la historia de un hombre que se había casado y luego separado. A las monjas les daban ataques». ⁷ Claro, Patricia obtenía los datos de la gran biblioteca de su casa, sin respetar fronteras entre libros infantiles y de adultos.

En el Liceo 9 conoció la riqueza de su país: todas las clases sociales se fundían producto de una enseñanza

estatal que fomentaba la participación. Dirigió el primer centro de alumnos —ella iba por la DC y su contrincante fue nada menos que Mónica González, entonces comunista⁸ —e inició protestas por los sueldos del profesorado, la guerra de Vietnam y otras causas.

Era la segunda mitad de la década del 60. La Guerra Fría entraba a su etapa de mayor tensión en un contexto de revoluciones y cambios culturales. Viene el apogeo del hippismo y los estudiantes marchan por las calles de París en el célebre Mayo del 68. «Nosotros hicimos antes una reforma —cuenta Patricia—; nos tomamos la Universidad Católica y fuimos capaces de ganarle al Vaticano, que tuvo que poner un rector civil...». ⁹

En 1968, a los veintiún años, se tituló de periodista con distinción máxima. Poco después entraba a la iglesia luciendo un hermoso y casi tradicional vestido blanco —que su mamá le rogó se pusiera— y un ramo de flores entre sus manos para recibir por esposo a Edgardo Marín, también periodista.

¿GOLPE O PRONUNCIAMIENTO?

Luego de mil días se ponía fin el 11 de septiembre de 1973 al gobierno de la Unidad Popular: la «vía chilena al socialismo» que en menos de tres años había endeudado al país en ochocientos millones de dólares, arrasando con la propiedad privada. En 1973 la inflación fue superior al 600% y la escasez era dramática. «Yo recuerdo perfectamente las colas. Uno veía una y sin saber para qué era se paraba al final en la esperanza de obtener productos de difícil acceso», dice Patricia.

En 1972 la comisión política del partido Socialista había sentenciado: «El estado burgués en Chile no sirve para construir el socialismo y es necesaria su destrucción. No hay posibilidad de transformación total del sistema actual sin quiebre (...). En última instancia será el enfrentamiento violento el que decidirá quién es el vencedor». El 7 de mayo de 1973 la Corte Suprema denuncia la ruptura de la juricidad en el país y el 26 del mismo mes proclama la crisis del Estado de Derecho. Tres meses después, la Cámara de



Con la abogada Carmen Hertz, coautora en el libro *Operación Siglo XX*.

Diputados aprueba por mayoría un acuerdo haciendo un llamado a poner fin al clima de ilegalidad.

«(Las Fuerzas Armadas están luchando)...contra del hambre, contra la pobreza, contra la miseria, contra el sectarismo al que nos estaba llevando el señor Allende, mientras él se satisfacía con fiestas y parrandas en la casa», comunicaba Augusto Pinochet desde el Puesto Uno en una conversación entre militares que fue interferida el día 11 de septiembre de 1973.¹⁰

Desde el mismo día del golpe militar, todos los medios de izquierda habían sido clausurados: «(...)Los canales de televisión estaban militarmente intervenidos y sólo permanecían circulando los medios de Derecha y los ligados al centrista Partido Demócrata Cristiano. Mi revista (*Ercilla*) era uno de estos últimos y tenía un sólido prestigio de cuatro décadas de vida. Pero nuestro sema-

nal ejercicio de libertad de prensa se vino al suelo con el golpe. (...)La censura militar revisaba todos los textos. Las páginas de prueba partían cada semana a la oficina del censor y volvían tachadas con lápiz rojo...», recuerda Patricia en *Bucarest 187*.

DOLORES DE FUEGO

Si ya durante el gobierno de la UP Chile se había dividido, el 11 de septiembre del 73 vino a profundizar este abismo. La familia de Patricia lo experimentó en carne propia: su hermano menor, Roberto, y su tío Gustavo Verdugo pertenecían a las Fuerzas Armadas, en tanto su padre militaba en la DC. Incluso ella estaba ligada a la Escuela Militar desde 1969 como relacionadora pública, labor que abandonó cuatro años después para trabajar a tiempo completo en *Ercilla*.

La década del setenta no sólo significó la desunión absoluta de los Verdugo Aguirre —y fuertes enfrentamientos de la periodista con su tío coronel de Ejército y su joven hermano, asignado a la DINA—, sino también fue el comienzo de la época más dura de la vida de Patricia. Edgardo, su primogénito, murió en 1971, cuando tenía un año, a causa de un riñón mal formado. «Vivimos así la pesadilla larga y profunda de quedarnos con la cuna vacía, con los brazos vacíos. Salimos de ese túnel, día por día y centímetro a centímetro, con la vida nueva que hinchaba mi vientre.»¹¹

Esa 'vida nueva' era Felipe. Él asegura que el día en que nació, un año después de la muerte de su hermano, su mamá «esperaba encontrar una marca física en mi cuerpo que le dijera que yo era Edgardito. Pero al verme comprobó que yo era absolutamente distinto».



En la sede del Partido Socialista, con Fanny Pollarolo recibiendo un homenaje por su labor en favor de los derechos humanos.

Ángela vino al mundo en mayo de 1973. «Goga' la llamó el pequeño Felipe, un nombre que evocaba los 'go' y los 'ga' que ella emitía en la cuna (...) Así fue como Ángela nos regaló alegría hasta que —un nubla-

cia de alimentos ricos en proteínas (con el consiguiente círculo vicioso de subdesarrollo-subalimentación-subdesarrollo) hace del problema de la carne una cuestión tan urgente como difícil de masticar». ¹⁵

aparecían en las listas oficiales de los centros de reclusión se interpone el 15 de marzo de 1974. En la revista *Ercilla* no se pudo publicar ni siquiera brevemente la noticia. «Dejamos de hablar con franqueza hasta

Las sentencias se fueron acumulando, los procesos salieron a la luz y el trabajo de la periodista sería recompensado: *Los zarpazos del Puma (1989) logró vender 200 mil ejemplares*

do día de febrero del 75— retomó las alas y partió. No hubo aviso. Solo un color azulado que le pintó súbitamente los labios y un llamado de emergencia al pediatra (...) Y recuerdo el color del cielo cuando el médico me apartó para asistirle y alcé la mirada clamando auxilio. 'Dios mío, dos no, dos no'. Sé que lo repetí gritando, buscando un resquicio entre las nubes para llegar directamente a él y pedir piedad». ¹³

PESADILLA EN LA ABUNDANCIA

En esos años de dolor Patricia jamás abandonó su trabajo. Emilio Filippi, director de la revista *Ercilla*, afirma que una de las cualidades de la periodista fue que «tuvo la fortaleza, al igual que sus compañeros, de no ser sectaria en la profesión. Le tocó hacer Economía, por ejemplo, y abordó muchos temas de gran importancia en sus reportajes. Esto lo había hecho antes del gobierno de Pinochet y continuó después». ¹⁴

«El desolador mercado negro de la carne terminó y las gigantescas colas frente a las carnicerías, con mantas y fogatas para pasar la noche desaparecieron (...) —escribía Patricia en agosto de 1974—. La crónica caren-

Y mientras los chilenos se acostumbraban a las nuevas reglas como el toque de queda y la censura, el gobierno intentaba poner en orden las cuentas fiscales. «Cuando dijeron que nos iban a construir una escuela, mi mamá no creyó que fuera cierto. Total, tantas veces nos prometían cosas y no pasaba nada. Y como callampa, de la noche a la mañana apareció la escuela lista (...)», ¹⁶ declaraba Robinson Valdebenito —un niño de la población San Luis— a Patricia a un año de asumir Augusto Pinochet.

Pero incluso reconociendo esos méritos del nuevo gobierno, ella no tuvo ninguna duda en ser una periodista disidente y en aprovechar cada espacio y resquicio. «Aprendí primero el lenguaje misterioso que permitía comunicar a pesar de la censura. Aprendí luego a avanzar dos pasos y retroceder uno, de modo de ir corriendo los límites de la libertad de expresión», ¹⁷ diría años después. Porque el éxito de los cambios en la política monetaria y fiscal del gobierno no alcanzaron a cubrir con su brillo noticioso los movimientos oscuros que serían el origen de la tantas veces repetida pregunta ¿dónde están?

El primer recurso de amparo por ciento treinta y un detenidos que no

entre nosotros. La autocensura invadió todos los espacios (...). Creíamos que los teléfonos estaban intervenidos, que había micrófonos en salas y oficinas», ¹⁸ cuenta Patricia.

Dos años después experimentó una de las tristezas más grandes de su vida. Su padre, Sergio Verdugo, presidente del sindicato de la Sociedad Constructora de Establecimientos Educativos, fue asesinado por miembros de la Dirección de Inteligencia de Carabineros, DICAR.

«(...) ese julio de 1976, al saber que mi padre estaba muerto, se me abrió un boquete en el estómago (...) Debí parecer un fantasma enfundada en ropa de luto. Escuchaba las voces muy lejanas y las imágenes se me tornaban blandas, como cuadro surrealista de Dalí. Me enfrenté al ataúd (...) conocí el miedo en grado extremo. Las vísceras me temblaban todo el día, la voz me salía entrecortada y las manos aleteaban como mariposas moribundas (...)». ¹⁹

ENTRE LA CENSURA Y LA LIBERTAD

En enero de 1977 Patricia renuncia a *Ercilla* junto al resto del equipo periodístico, en solidaridad con el director Emilio Filippi, quien

no se entendió con los nuevos dueños, el grupo Cruzat-Larraín. Entonces deciden fundar la revista *Hoy* cuyos cimientos —recuerda Filippi— se sustentaron en la férrea creencia «de que nosotros podíamos ser periodistas libres y enfrentar el desafío con la esperanza de terminar con la censura y crear conciencia. Comenzaban a surgir ‘verdades’ que no se publicaban en la prensa: muertes, torturas y represión».

Corría el año 79 cuando el pegamento que mantenía muchas bocas selladas se venció. El año anterior, el país recibía la noticia de los cadáveres descubiertos en los hornos de Lonquén, situación que Patricia Verdugo revive en *Bucarest 187*. Lautaro Castro, capitán de carabineros, había explicado el hecho diciendo que mientras llevaban a los detenidos, amarrados, por entre los cerros, «un grupo extremista había

comenzado a disparar. Cuando se silenciaron los disparos, todos los presos estaban muertos y ningún carabiniero resultó herido». Castro ordenó entonces esconder los cuerpos en el horno de cal. «Su relato era escalofriante: ‘Los cuerpos eran subidos por el costado derecho del horno y comenzaron a ser lanzados de a uno, cayendo libremente hasta llegar abajo(...) Una vez arrojados los cuerpos, comenzamos a echar tierra, piedras, ladrillo...’».20 Para Patricia la mentira era evidente: «La autopsia no encontró rastro alguno de disparos. Los enterraron vivos».

En la revista *Hoy* la periodista continuaba publicando sus denuncias, como la de la joven profesora Sonia Aguayo: «(...)Su pesadilla comenzó cuando, nueve días después de la desaparición de (su marido) Juan Ramón, se enfrentó al horrible espectáculo en el Instituto Médico

Legal: sin brazos, sin piernas y sin cabeza, el cuerpo N.N. se reducía a un tronco calcinado y a las mandíbulas. Ella vio los dientes y supo lo que, al día siguiente, confirmaron peritos dentales».21

Estos testimonios y su experiencia se fueron acumulando en su retina y desde allí traspasaron hasta la médula de sus huesos. Los impulsos nerviosos que llegaban a su cerebro terminaron forzándola a escribir en 1979 su primer libro-reportaje en coautoría con Claudio Orrego Vicuña: *Una herida abierta*, texto prohibido por el régimen. «Mi sueño —señala Patricia— era que llegara, por lo menos, a los hijos de los generales y que ellos les preguntaran a sus papás: ‘qué es esto, de qué se trata’».

Hicieron una ceremonia de lanzamiento casi clandestina. La única manera de dar a conocer este texto «de facto» fue a través de un correo



En una manifestación del movimiento Mujeres por la Vida, creado en 1983.

privado que contenía las direcciones de una lista de «socios» de la editorial Aconcagua. Pero ésta y otras osadías de Patricia cuyo objetivo final era lograr una «Justicia de Imprenta»²² tenían un costo que, a veces, ella pensó no poder sobrevivir.

Las llamadas de amedrentamiento cobraban distintos grados de intensidad. En una ocasión una voz siniestra le describió por el teléfono la ropa que su hijo Felipe llevaba ese día. En otra, el peligro viajó hasta la puerta de su casa para hacer sentir su frío de muerte. «Señora, le llegó un paquete...», le anunció la empleada. Bajó la escalera corriendo, lo tomó y leyó el remitente: «Puerto Montt»: Pena de Muerte en el idioma de la DINA. Al interior descubrió otra macabra amenaza: un pescado podrido sin cabeza.

INUNDACIÓN DE VOCES

Mientras Patricia se involucraba cada día más en la lucha política del país, en 1983, tras catorce años, su matrimonio con el periodista Edgardo Marín se desmoronaba. Volcó entonces toda su energía en la profesión y en la labor gremial. Asumió la presidencia del Colegio Metropolitano de Periodistas y su gremio decidió ironizar la censura en una movilización donde amordazados, en el más absoluto silencio, caminaron por las calles santiaguinas, mostrando a la gente lo que para ellos y muchos otros representaban los años de gobierno militar.

El 17 de agosto de 1983 ocurriría el atentado que le costó la vida al Intendente de Santiago: «(...)un comando del MIR mató al general Carol Urzúa. Eso ocurrió a pocos metros de mi casa, vivíamos en la misma calle. Él iba saliendo, a las

ocho y media de la mañana, cuando se escucharon los disparos. Los tres cuerpos quedaron ahí, bajo la fría llovizna. El general Urzúa, su chofer y su escolta(...) La mirada se me iba de los bultos cubiertos hasta las ventanas de la casa del general. Ahí debía haber una esposa, quizás hijos, una familia en estado de shock. Tuve ganas de entrar, de abrazarlos, de decirles que entendía cada sollozo. Porque el crimen es crimen, quienquiera que sea la víctima y el victimario».²³

Mujeres por la vida fue un movimiento que se creó en el año 83. María Olivia Mönckeberg recuerda: «Esa idea nació después de una protesta cuando nos juntamos María Rozas, Patricia y yo en la antesala de la Confederación de los Trabajadores del Cobre. Conversamos sobre qué se podía hacer para mover un poco a las mujeres. Ahí se nos ocurrió que teníamos que convocarlas por la defensa de la libertad y la vida».²⁴

«El (teatro) Caupolicán —recuerda Patricia— se llenó a más no poder, la conducción de las actrices Ana González y Ana María Palma estuvo magistral, Isabel Aldunate guió el canto colectivo y Sola Sierra nos bailó su cueca sola (...) Un día, tuvimos tres columnas marchando por las calles de la comuna de Providencia en la explanada de Carlos Antúnez (...). A la cabeza de dos de ellas, la DC Carmen Frei y la comunista Fanny Pollarolo, en el mensaje de unidad que requeríamos. Las imágenes de represión policial, del carabinero bastón en alto frente a las mujeres arrodilladas en el suelo, dieron la vuelta al mundo».²⁵

Pero ella cargaba con su lucha propia: establecer la verdad sobre lo ocurrido con su padre. Un día recibió la invitación de Lucía Pinochet Hiriart a tomar un café a su oficina.

«Apenas cruzado el formal saludo, ella marcó el escenario. ‘Lamento mucho el crimen de tu padre, Patricia. En estas situaciones siempre se dan excesos que debemos lamentar...’ (...) Por fuera, parecía atenta a sus palabras. Por dentro, con el pulso acelerado, me resonaban sus palabras ‘crimen’ y ‘exceso’. ¡Desde la propia familia de Pinochet me llegaba finalmente la información de lo ocurrido!».²⁶

Patricia seguía investigando el homicidio de Sergio Verdugo apoyada por amigos como Jaime Hales, abogado de derechos humanos. «Salíamos a almorzar juntos todos los días. Ella iba al centro a hacer los trámites judiciales, pasaba a mi oficina y decía: ‘Necesito oxígeno’. Este lugar se convirtió para ella y para muchos otros en una especie de gran remanso (...)».²⁷

Gran admirador de la periodista, Hales la describe con tres palabras: «integridad, inteligencia y pasión. Su pasión e inteligencia le han permitido moverse en muchas partes. Pero lo más destacable es su integridad, porque tiene principios inamovibles. Admiro su respeto por las personas, su capacidad de amar y de defender la libertad».

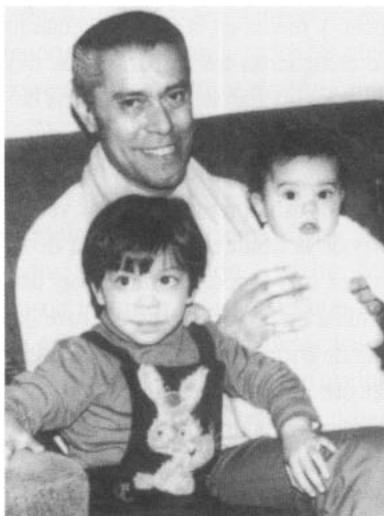
Otro gran amigo de esos años que la ayudó a sobrellevar esa etapa de su vida, fue Luis Matte Valdés, ex ministro de Vivienda de Allende e hijo del fundador de La Papelera. Separado y con siete niños a su cargo, se une a Patricia a fines de ese año 84 y, en 1986, se convierte en el padre de su tercer hijo, José Manuel. Ambos vivieron en una gran parcela en La Florida reuniendo una ‘parvada’ de diez niños.

Un año más tarde se prenderían miles de velas en las calles de la población La Victoria. André Jarlán, el

cura más querido por los jóvenes, había muerto producto de una bala que llegó desde afuera, donde luchaban carabineros y pobladores, mientras estaba en su dormitorio de la casa parroquial. Patricia decidió escribir su segundo libro, *André de La Victoria* (1985), y tradujo su diez por ciento de derecho de autor en centenares de copias que regaló a los pobladores a quienes el sacerdote había dedicado parte de su vida.

Víctimas de los disturbios hubo muchas, pero sin duda la historia de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri, narrada en su tercer libro, *Quemados Vivos* (1986), es una de las más escalofriantes: una patrulla militar prendió fuego a dos jóvenes disidentes rociándolos con el combustible que ellos llevaban durante una protesta callejera en contra del gobierno. Rodrigo murió cuatro días después, mientras Carmen Gloria luchaba por sobrevivir y recibía numerosas donaciones de piel. «Carmen Gloria representaba, en lo más profundo, a todos los disidentes con sus luchas y sus cicatrices». ²⁸

En un principio el Ejército, consternado, negó la participación de sus miembros, pero con la muerte de Rodrigo tuvo que aceptar su responsabilidad. Sin embargo, con la publicación del libro, Pinochet sintió que Patricia había ofendido a las FFAA. Citada a declarar, Patricia se defendió: «Yo no ofendo, yo informo de los hechos que ocurren. En este caso, quienes ofenden a las FFAA son los que cometen crímenes como si fueran parte de sus funciones militares. Escríbalo tal cual, por favor. Se lo voy a repetir...». ²⁹ La veracidad de sus palabras la llevó a ser absuelta de las acusaciones. La «justicia de imprenta» marcaba una de sus mayores victorias.



Su padre y sus hijos Felipe y Diego: contraportada del libro *Bucarest 187*.

EL PODER

DE LAS VOCES IMPRESAS

En 1986 la jefatura máxima del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) concretó el atentado al Presidente Pinochet, que venía tramando desde fines de 1984. Sus análisis —tras las protestas populares de 1983— los hacían concluir que el clima prerrevolucionario iría in crescendo y que Pinochet era ‘el obstáculo’ en la lucha por reconquistar la democracia. ³⁰

Basándose en el hecho, cuatro años después Patricia escribió, en conjunto con Carmen Hertz, su libro *Operación Siglo XX* (1990). «Reconozco —admite la periodista— que éste es el único tema en que tengo una suerte de aparente doble standard. Porque se ha mostrado históricamente como un atentado de un grupo de terroristas al general Pinochet, que es Comandante en Jefe de Ejército y Presidente de la República de Chile, custodiado por sus escoltas. Dentro de la barbarie que es siempre la muerte y el crimen, yo lo miro de otra manera: aquí está el Ejército regular de Chile, versus un ejército irregular, porque eso era el FPMR».

Continúa su argumentación: «Hay dos grupos de soldados enfrentándose, los dos tienen como misión matar y su costo asumido es morir. Son dos comandos armados, dos grupos con entrenamiento militar. Y, además, numéricamente pares: veinticinco contra veinticinco. Es un drama. Como persona habría preferido que no existiera ninguno de los dos ejércitos, pero como periodista lo miro en forma diferente. Y para qué te digo, ojalá nunca hubiésemos tenido un dictador en Chile». ³¹

Las sentencias se fueron acumulando, los procesos salieron a la luz y el trabajo de la periodista sería recompensado. La verdad iba traspasando los telones de prejuicios, el país sufrió un vuelco y los ojos se posaron en un nuevo libro: *Los Zarpazos del Puma* (1989), que logró vender doscientos mil ejemplares. «Yo me asusté mucho,» cuenta Carmen Aguirre, «porque a pesar de que el gobierno del general Pinochet estaba en el ocaso aún era impredecible, para muchos, la llegada de la democracia. Varios familiares nuestros que eran y son momios le dijeron a Patricia que ella los había dejado sin poder dormir». ³²

«Para mí esa publicación significó la mayor emoción de mi vida —dice la autora—. Me permitió llegar a cientos de miles de personas. Caló en la gente como nunca ocurriera antes con una publicación. El libro se vendía en la calle como galletas ‘Superocho’, en las playas estaba junto a la toalla y hasta en una ranca, en un lejano caserío de Chiloé, un pescador lo tenía. Los chilenos lo usaron para darse por notificados». ³³

Los Zarpazos del Puma fue producto de una extenuante investigación acerca de los hechos ocurridos

durante la llamada 'Caravana de la muerte', encabezada por el general Sergio Arellano Stark y que costó la vida a setenta y dos prisioneros políticos en 1973. Los culpables están siendo procesados, ya que la ley de amnistía, dictada en 1978 por el gobierno militar, no contempló un 'detalle jurídico' que hoy permite seguir indagando para conocer el paradero de los detenidos-desaparecidos.

En una entrevista de Patricia a Manuel Trucco Gaete (Revista *Hoy*, 12 al 18 de marzo de 1980), representante de Chile ante la Organización de Estados Americanos en 1974, él afirma: «No se dictará la muerte presunta —en los casos de las personas detenidas desaparecidas— porque en doctrina penal la situación de estas personas desaparecidas constituye un supuesto caso de secuestro que no prescribe(...)». Aunque sí pudieron acogerse a la ley de amnistía los autores de los crímenes en que los cuerpos fueron encontrados, como sucedió con los responsables de la muerte de Sergio Verdugo.

Pero esto no desalentó a Patricia, porque ella ya había asumido en plenitud el rol propio de la prensa en los países donde la libertad de expresión cobra la forma del «cuarto poder». «Cuando se afirma que informar es un deber —argumenta ella en *La Segunda*—, que a su vez sostiene el ejercicio de otros derechos humanos y ciudadanos básicos, un periodista tiene entonces conciencia de sus roles: como fiscalizador de los poderes constitucionales y fácticos; y por ende fiscaliza en nombre del pueblo que escoge a sus representantes y les paga para que ejerzan su función con probidad».

El éxito alcanzado con la publicación de estos libros, tendría la contraparte en su vida personal. En

1991 Patricia se separa de Luis Matte. Intentando restarle dramatismo, comenta a sus hijos «que al menos les legaría la capacidad de cambio(...)de saber que la vida es un riesgo que se recorre en la montaña rusa de la incertidumbre...».³⁴ Sin embargo, reconoce haber estado en el 'ojo de la tormenta' de su crisis personal. Tras visitas al sicólogo y el proyecto de una nueva casa en La Reina, se embarca en otro libro: *Conversaciones con Nemesio Antúnez* (1995). El pintor, ya enfermo de muerte, en sus numerosas entrevistas le regaló a Patricia una percepción diferente de la vida: «Me ató la ética y la estética en la misma gavilla».³⁵

DULCE AMARGO

La labor de Patricia ya había cruzado las fronteras de Chile y se reconocía su lucha por la defensa de la libertad de prensa y los derechos humanos. En 1993 la Universidad de Columbia, en Nueva York, le había otorgado el premio María Moors Cabot, destinado a los mejores periodistas del continente.

El Premio Nacional de Periodismo lo obtiene el 11 septiembre de 1997. «El jurado basa su decisión en la calidad de su trabajo profesional de treinta años ejercidos con responsabilidad y vocación; el lenguaje depurado y versátil de sus escritos, entrevistas y aportes a los distintos medios de comunicación. Igualmente se valora la diversidad y amplitud del reconocimiento a su labor y fidelidad a sólidos principios, la consagración a una vida que le ofreció escollos de variada índole y que consiguió superar con entereza y noble sentido humano»,³⁶ fueron las razones esgrimidas.

Pero el honor tuvo también sabor amargo. Ese día 11 de septiem-

bre se cumplían veinticuatro años de la intervención militar. Solo un mes después, y aunque ya recuperada la democracia, sintió que la libertad de expresión en su país estaba lejos de acercarse al ideal. «Renuncié en octubre de ese año a *TVN*, porque no resistí la autocensura. Había cinco reportajes míos que estaban sobre la mesa del editor y llevaban semanas y semanas sin exhibirse. La excusa era siempre que hubo mucho deporte o accidentes», explica.

«Era demasiado obvio que me censuraban, porque mis temas sí tenían que ver con los cimientos de la construcción democrática. En una nota sobre el proyecto de ley de libertad de culto me pidieron que la rebajara a dos minutos, y me señalaron que no había quedado suficientemente clara la posición del Derecho Canónico. 'A ver —comenté— me están pidiendo que corte quince segundos y, a la vez, que agregue otros a favor de la Iglesia Católica. ¿Qué sugieren ustedes que debo sacar?' 'Muy fácil —fue la respuesta—, la cuña del obispo evangélico'. Pensé: soy católica, pero renunció en este minuto. Acababa de obtener el Premio Nacional de Periodismo y me fui directo a la cesantía».³⁷

Patricia asegura que en Chile no hay pluralidad de medios, ya que todos están en manos de la Derecha, sector político que, en última instancia, tendría el poder económico para permitir la existencia de un diario, canal, radio o revista y también para hacerlo desaparecer.

Distinta perspectiva ofrece Fernando Paulsen, periodista de *Canal 13* y ex compañero de Patricia en la revista *Análisis*. Él opina que, dejando aparte casos excepcionales como el de ella, cuyo status y prestigio serían mercedos, hay una generación que no

fue capaz de integrarse y aceptar las condiciones impuestas por el libre mercado. «Ellos consideran un error del gobierno no haber apuntalado financieramente los medios para que no desaparecieran. Para mí eso es una aberración. La gente agradece todavía la memoria de *Apsi*, *Cauce* y *Análisis*, pero el periodismo de trincheras aunque es bienvenido y legítimo, es también efímero». ³⁸

«Patricia —sostiene Paulsen— tomó un papel consecuente con la opinión que se forma tras la muerte de su padre y tuvo que batallar con muchos de sus amigos de la DC que no aceptaban sus investigaciones. Ella es parte de una generación de mujeres periodistas que hizo, en este país, lo que yo denominé en una época 'justicia de imprenta'. En la imposibilidad de hacer justicia que, como dijo Aylwin, se da en la medida de lo posible, un grupo de personas, mayoritariamente mujeres, sin concertarse pone las cosas en su lugar».

«Nada —prosigue— que haya salido a la luz con los juicios sobre violaciones a los derechos humanos, pasó desapercibido a la prensa, ya sea en las revistas o libros. Esa generación estableció una suerte de equilibrio en términos periodísticos ante un desequilibrio estructural gigantesco. Cuando llegó el golpe de Estado, como dijo Juan Pablo Cárdenas, todo el periodismo chileno fue puesto a prueba. Se cerraron los medios, censuraron flagrantemente, por lo que era obvio tomar una postura frente a eso».

ACLARACIÓN NECESARIA

Es por sus amigos y toda esa gente que tiene fe en ella que Patricia quiso hablar sobre un conflicto que rodeó la publicación en 1998 de

su libro *Interferencia secreta*. Como las conversaciones que en él se pueden leer y oír —pues viene acompañado de un disco compacto— ya habían sido publicadas por *Análisis* y la cinta la tenía su amiga Mónica González, el reportaje despertó la indignación de los periodistas que trabajaron con las grabaciones.

«Yo he tenido una vida lo más impecable posible— afirma Patricia. «He cometido muchos errores pero en el espacio de lo íntimo. Como periodista intento que mi actuar sea transparente. Entonces que se haya supuesto que yo fui capaz de robarle la cinta a la revista *Análisis*, fue demasiado doloroso. Y además como nadie lo dijo públicamente tampoco pude desmentirlo. Le pregunté a Jorge Donoso, presidente del Colegio de Periodistas, si podía llamar al Consejo de Ética de manera de dejar clara mi inocencia. Quedamos de estudiarlo y al final yo opté por dejar todo tal cual como estaba».

Esta es su versión: «A fines de enero del 98 teníamos que ir juntas con Mónica González a declarar ante el juez Juan Guzmán Tapia. Mónica me dijo que era probable que fuera por un reportaje nuestro, Chile entre el dolor y la esperanza, porque ésa fue una de las primeras piezas que puso el PC como prueba cuando en enero entabló una querrela en contra de Pinochet. Ella me avisó que no iba a poder ir y yo fui al tribunal donde, efectivamente, el juez me preguntó por el origen del trozo de la cinta donde Pinochet dice que hay que botar el avión de Allende».

Patricia declaró que para preparar el material habían sido contratadas con Mónica por Ricardo García, del sello Alerce: «Le dije al juez que la verdad es que no sabía de adónde

lo había sacado y no tenía cómo averiguarlo porque García había muerto. Guzmán me preguntó si tenía más y yo le contesté que no, que era todo lo que conocía. Después llamé a la Mónica, le conté lo que había declarado. 'Ya, está bien', me respondió. Hasta que a fines de marzo o abril del 98 me telefonó un señor —decía que por encargo del periodista Amaro Gómez Pablo, de la CNN—; me señaló ser el doctor Cristián Gossens y que tenía algo muy importante que entregarme. Apareció en mi casa a las nueve de la mañana y empecé a escuchar la cinta entera de la cual sólo conocía los trozos publicados con Mónica. Él me dijo que representaba a la persona que había hecho la interferencia, que necesitaba dinero para operarse».

A Patricia le interesó que esa cinta fuera conocida por los chilenos, pero no tenía dinero para comprarla, por lo que intentó que la publicara Salo, de propiedad de su cuñada Rosita Melnick, pero rechazaron la propuesta por ser material político. La periodista preparaba un viaje a Machu Picchu, tema de su próximo libro y así se lo explicó a Gossens, quien le rogó encontrara una solución. Patricia acudió a su editor y él le puso como condición para publicarlo que ella lo acompañara con un reportaje. La cinta se envió a Buenos Aires, a estudios especiales para limpiarla de los sonidos que la ensuciaban, y luego se firmó el contrato de edición con un cinco por ciento del derecho de autor para Gossens y una cantidad similar para Patricia.

Poco antes del lanzamiento, la editorial propuso conseguir el anticipo de un diario: «Llamé a *La Tercera*, porque soy amiga del entonces director, Fernando Paulsen». Así se reunió con Paulsen y se enteró de que el con-

tenido de la cinta ya había sido publicado por *Análisis* en 1986, al ofrecerla una persona a cambio de dinero para sacar a su mujer de la cárcel.

Tiempo después Patricia encontró la explicación a su laguna informativa: ella había estado de viaje durante dos meses al momento de la publicación del artículo en *Análisis*. Como su editor dijera en el lanzamiento del libro que por primera vez se publicaba el contenido de esa cinta, muchos se sintieron ofendidos. Patricia trató de reparar el daño en las entrevistas que dio, explicando que era la primera vez que podía oírse la cinta, pero que *Análisis* la había publicado —por escrito— con anterioridad. Lo que hasta hoy no se explica es por qué Mónica no le habló sobre la existencia de aquélla.

HORIZONTES INVISIBLES

Han pasado los años y la periodista se niega a olvidar. Para ella, re-

cordar es un acto sagrado. Significa volver a pasar por el corazón, por el 'cordis', en un proceso que conduce a la sanación. Recordar es también «un acto subversivo cuando el discurso imperante busca la desmemoria», señala. Como dijo Tzvetan Todorov: «La vida ha perdido en contra de la muerte, pero la memoria gana en su combate contra la nada».³⁹

Hoy la lucha de Patricia parece haber llegado a una tregua. El aire seco y trasparente del Valle del Elqui los recibe a ella y a su actual amor, el pintor Óscar Jadue. Se dejan abrazar por la tierra y los árboles frutales que de ella nacen. Patricia no escribe y Óscar no pinta. El contacto con la naturaleza infla sus pulmones y tranquiliza las agitadas mentes cambiando el ritmo de la vida santiaguina por la paz de las aguas que, en un fluir interminable, atraviesan la tierra que germina.

Patricia puede respirar tranquila. Sus tres hijos, Felipe, Diego y José Manuel están sanos y la vida la mira

con una calma eterna después de las tempestades. Su labor aún no termina; eso sólo sucederá el día en que se reencuentre con aquellos que no están: Edgardito y Ángela, y su padre. Cuando se extinga la fuerza de su cuerpo y su alma entre en un infinito descanso.

Parte importante de su historia ya está escrita en *Bucarest 187*. Pero de las heridas aún abiertas queda mucho por contar. Y la 'Justicia de Imprenta', sin duda, se hará cargo de dar a conocer lo que ciudadanos, dirigentes políticos y Fuerzas Armadas necesitan saber para que, en un futuro cercano, entiendan lo que aún no tiene explicación. Para que juntos evalúen los hechos y puedan formarse así un juicio histórico que nos permita, a todos, descifrar los enigmas que hoy se adueñan de nuestros destinos.

Por Vanessa Kaiser
Colaboración de Ximena Reyes

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Patricia Verdugo Aguirre.

Nace: el 20 de octubre de 1947.

Padres: Sergio Verdugo Herrera y Carmen Aguirre del Real.

Hijos: Edgardo, Felipe, Ángela y Diego Marín Verdugo; José Manuel Matte Verdugo.

Estudios básicos y secundarios: Colegio Nido de Aguilas, Monjas Carmelitas y Liceo 9.

Estudios universitarios: Periodismo Universidad Católica, 1965-1968.

Trayectoria laboral: 1969-1973, asistente de Relaciones Públicas de la Escuela Militar; 1974-1977, revista *Ercilla*; 1977-1986, revista *Hoy*; 1986-1990, revista *Apsi*; 1992-1997, *TVN*.

Publicaciones

Una herida abierta (1979) en coautoría con Claudio Orrego; *André de la Victoria* (1984). *Quemados vivos* (1986); *Los zarpazos del Puma* (1989); *Operación Siglo XX* (1990) en coautoría con Carmen Hertz; *Interferencia Secreta* (1998); *Bucarest 187* (1999); *Pruebas a la vista* (2000).

Distinciones

1993: Premio María Moors Cabot, de la Universidad de Columbia, EE.UU.

1997: Premio Nacional de Periodismo.

NOTAS

- 1 *Bucarest 187*. Pág. 63, 64.
- 2 *Los Zarpazos del Puma*. Pág. 7.
- 3 Entrevista a Patricia Verdugo.
- 4 *La Tercera*, 28 de diciembre de 1994.
- 5 Ibid.
- 6 Entrevista Patricia Verdugo.
- 7 Entrevista Carmen Aguirre de Verdugo.
- 8 Entrevista de Tati Penna, *Chilevisión*, programa De vez en cuando en la vida.
- 9 Ibid.
- 10 *Interferencia Secreta*, Patricia Verdugo, Pág 87, Editorial Sudamericana, 1998.
- 11 Ibid. Pág.23.
- 12 Entrevista Felipe Marín Verdugo.
- 13 *Bucarest 187*. Pág. 24, 25.
- 14 Entrevista Emilio Filippi.
- 15 Revista *Ercilla*, 7-17 de agosto de 1974, Patricia Verdugo.
- 16 Revista *Ercilla*, 6-12 de marzo de 1974, Patricia Verdugo.
- 17 *La Nación*, octubre de 1993.
- 18 *Bucarest 187*, pag 16.
- 19 Ibid, pag, 65-66.
- 20 *Bucarest 187*, pag 110
- 21 Revista *Hoy*, 2-8 diciembre 1981, Patricia Verdugo.
- 22 Término utilizado por Fernando Paulsen.
- 23 *Bucarest 187*, pag. 154.
- 24 Entrevista María Olivia Monckeberg.
- 25 *Bucarest 187*, pag. 166.
- 26 Ibid, pag. 163.
- 27 Entrevista Jaime Hales.
- 28 *Bucarest 187*, pag. 188.
- 29 Ibid, pag. 188-189.
- 30 *Operación Siglo XX*, Patricia Verdugo y Carmen Hertz, 1990.
- 31 Entrevista Patricia Verdugo.
- 32 Entrevista a Carmen Aguirre de Verdugo.
- 33 *La Época*, 28 de septiembre de 1997.
- 34 *Bucarest 187*, pag. 209.
- 35 Ibid, pag. 245.
- 36 *La Tercera*, 11 septiembre 1997.
- 37 Entrevista a Patricia Verdugo.
- 38 Entrevista a Fernando Paulsen.
- 39 Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*.



GUILLERMO BLANCO

Guillermo Blanco (1999):

«DE RODILLAS NO SE HACE PERIODISMO»

«Recordaba el día en que nació. Tan patente el recuerdo, que lo veía en sus párpados como película en un teatro. Incluso sin colores. Venía volando sobre el río Maule: ancho, tranquilo, grande. La cigüeña debió de traerlo por mar, y ya en la costa habrá torcido río arriba hasta el Claro; ahí, pero muy a alto, siguió vuelo hacia Talca, a la casa donde él tenía que nacer».¹

Guillermo Blanco Martínez asegura haber soñado esta escena cuando tenía alrededor de cinco años, en Talca, ciudad en la que nació el 15 de agosto de 1926. Ese y otros recuerdos aparecen en su libro autobiográfico, *En Jauja la Megistrú*, y permiten formarse una idea de cómo fue la infancia de uno de los mejores prosistas de nuestro país. La razón del título el autor la explica así: «Es la primera estrofa de una canción que entonábamos —y que yo desentonaba— en mi infancia: En Jauja la Megistrú, macacaflú, macacaflú, macacaflú...».²

Fue una infancia «feliz en todos los sentidos posibles», dice el único hijo de Guillermo Blanco y Vicenta Martínez. «Quizá el recuerdo más

global que tengo es el de la paz, pero no una paz donde no pasa nada, sino donde pasan todas las cosas ricas; y una sensación galopante de libertad».³

Y vaya que la puso en práctica. Cuando tenía tres años llegó caminando, solo, hasta la Plaza Mayor de Talca, a siete cuadras de su casa. Allí lo encontró el alcalde, amigo de la familia, y lo llevó de vuelta. Un poco después iba a jugar al río. «A la orilla del río, que quedaba más bien lejos de mi casa; yo era un niño de seis o siete años. Desde entonces empecé a querer la libertad».

De su padre tiene un vivo recuerdo. «No creo haber conocido un hombre más bueno que él; igual de bueno a lo mejor, pero más, no lo creo posible». Será entonces herencia paterna, pero Guillermo Blanco inspira ese mismo sentimiento en quienes lo conocen. «Más bueno que el pan amasado»,⁴ lo describe Francisco Castillo, su alumno en la Universidad Católica. Alejandro Magnet, amigo de toda la vida, lo califica de «amigo leal, transparente y muy chistoso. Le llegan a brillar los ojos cuando encuentra una buena idea».⁵

Don Guillermo papá era cascarrabias. «Tenía un genio de miéctica», precisa su hijo. Soltaba unas rabietas tan explosivas como breves. Se sacaba el sombrero de paja y lo atravesaba de un puñetazo, con lo que instantáneamente volvía a su usual buen humor. «Yo tengo el mismo carácter, pero aprendí a manejarlo. Podría dar un cursillo de cómo rabiar», admite Blanco riendo.

HISTORIAS DE BANDIDOS

Algo solitario, quizás, el germen de su imaginación comenzó a brotar en la tranquila biblioteca del abuelo materno, a quien no conoció. Vivió un tiempo con la abuela ya viuda, sus padres y un par de tías. Aún no aprendía a leer, pero dejaba correr las horas hojeando la revista *La Ilustración Artística*. Allí experimentó por primera vez la sensación de que «el libro era un objeto sagrado en el sentido de que pertenecía a un santuario y de que las personas que escriben un libro son personas importantes».

El patio de la casa estaba unido al de su gran amigo Cacho, el pianista Óscar Gacitúa. Ahí jugaban a

*«No es porque sí, ni para sí, que el periodista
ha de ejercer en libertad: su libertad está en la base del servicio
que presta. Lejos de ser un privilegio personal, el que sea libre
es garantía de eficacia».*

los *cauboyes*, tal como lo habían visto en el cine. Los muebles de mimbre eran las montañas del oeste alrededor de las cuales Guillermo cabalgaba en su fiel caballo Flecha, una escuálida vara de coligüe. No era fácil ponerse de acuerdo sobre quién sería el jovencito. Entonces optaban por ser ambos buenos y perseguir a los forajidos.

«—¡Open de doar in de neim of de lo!

—¡Manos arriba, perro!

—¡Yajú Silver!

—¡La diligencia está en peligro! (...).»⁶

Otros compañeros inseparables eran la perra Tula, un conejo que lo seguía a todas partes, gatos, un treile, caturras, canarios... Del caballo Píter que, para su horror, fue convertido charqui, surgió *Adiós a Ruibarbo*, cuento hermoso y evocador. «Un clásico», determina Alejandro Magnet.

Esa manía animalera perdura hasta hoy. «Consigue una convivencia envidiable con los animales», corrobora su hija Mónica. «No solo tiene un perro, que se echa junto a él pacientemente mientras trabaja en su escritorio, sino que es amigo de todos los perros del barrio y, si se topa con alguno desconocido en la calle, lo saluda».⁷

En el entorno mágico de su infancia, la abuela paterna —que murió cuando Guillermo tenía cinco años—, jugó un rol importante. «Fue una disparadora de refranes», recuerda Blanco, «del tipo ‘Éramos muchos y parió la abuela’, para aludir al colmo de la mala suerte». Secona por fuera, doña Cruz manifestaba su amor regalando a Guillermo un billete de un peso cada domingo. «Yo lo rechazaba con una especie de chinchosería adies-

trada, hasta que ella me decía ‘¡Toma, chiquillo de mierda!’, que era su manera de demostrar cariño».

Doña Cruz tenía un almacén, lugar fascinante para cualquier niño. «Con la poruña, yo agarraba las lentejas y las echaba donde estaban los garbanzos, y los porotos donde estaban las lentejas», recuerda el escritor. Después, con santa paciencia, la abuela separaba los granos uno por uno. Hoy Guillermo demuestra sus sentimientos de un modo parecido: «No es de frases melosas ni de muchos regalones, pero hace cosas que no dejan dudas sobre su afecto, orgullo y admiración por las personas que quiere», cuenta Mónica.



Con Lucía Cristi en tiempos de pololeo. «Para mí la vida con ella es la vida completa», señala.

NO PUEDO NO PODER

Introvertido y tímido, Guillermo Blanco fue también profundamente rebelde y porfiado, características que no han desaparecido.

Incluso afirma que «no puede no poder». Nuevamente su hija Mónica aporta una prueba: «Cuando se pone a hacer un trabajo casero para el cual evidentemente es preferible llamar a un maestro calificado, su ‘no me la va a ganar’ siembra el terror en la familia».

Esa porfía también afloró en forma de resistencia pasiva durante la dictadura militar, «en un tiempo oscuro en que la libertad se vio encogida, arrinconada en nuestro país. No

pude no poder trabajar por ella con todas mis fuerzas», dijo al recibir el Premio Nacional de Periodismo.

Lo hizo a su manera, con un arma tan efectiva como inocente: la palabra, una palabra chispeante, finamente irónica, en apariencia inocua. A veces, también, dolida. «El ser humano está presente en sus palabras», apunta. (...) «Podría escribirse la biografía de un hombre, de una mujer, a través de su vocabulario. También la historia. (...) Imposible olvidar el día de 1970 en que un diario escrito por chilenos traía *enemigos* para aludir a otros chilenos. Imposible olvidar —para entendernos y saber quiénes somos— que la palabra no muere y nos acusa».⁸

ADIÓS A TALCA

Los Blanco Martínez, como tantas familias, fueron víctimas de la crisis económica del 32. Talca ofrecía pocas oportunidades, de modo que Guillermo papá, Vicenta y el niño hicieron sus maletas y se trasladaron a Santiago.

En la capital ambos padres encontraron empleo, y el pequeño Guillermo pasaba muchas horas solo en la pensión donde vivían, en calle Lira 230. Atrás quedaban los tiempos apacibles en que con su madre recorrían la Alameda provinciana comiendo naranjas.

El cambio fue brusco. «Ahora dirían que

fue traumático, pero como entonces no se conocía esa palabra, eché de menos no más». La entrada a tercera preparatoria del Instituto Luis Campino no fue menos dura. «Yo venía de un colegio *lo doméstico*, *lo hogareño*, que era de dos señoritas —largamente señoritas—. Al poco tiempo se acostumbró a los nuevos ramos. Castellano, Historia y Dibujo eran sus favoritos. «Mi profesor de Castellano, Roberto Guerrero, era tan bueno, que con la gramática que aprendí de él me he batido el resto de mi vida», dice agradecido.

Añorando su ciudad natal, Gui-

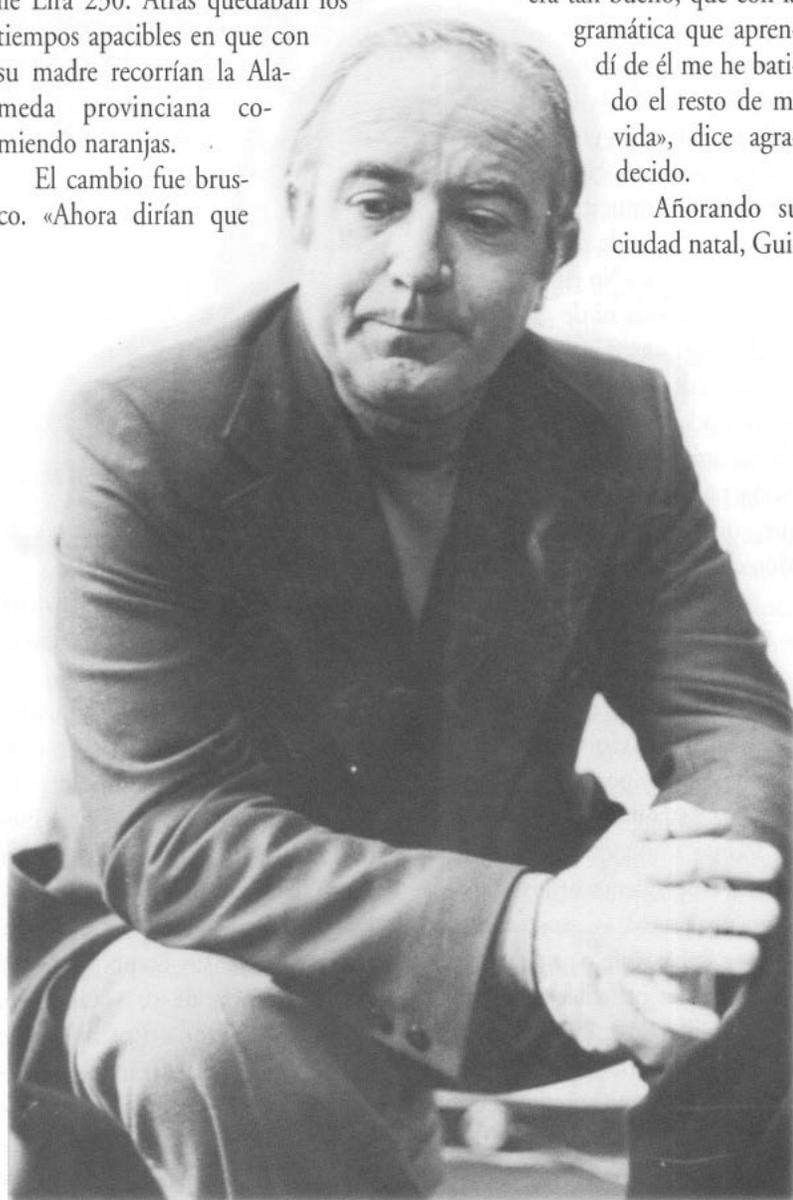
llermo recorría Santiago a pie. «Una vez salí caminando desde la calle Lastarria, pasé el cerro Santa Lucía, me fui por Santo Domingo hasta la Quinta Normal, le di vuelta por detrás y volví por la Alameda. Ahí pensaba, inventaba cosas, qué sé yo». A su manera, era feliz. «Mi vida entera ha sido feliz», aclara, «pero la felicidad no es sin dolor. Tú puedes ser feliz aunque sufras».

Por esa época, aún un escolar, escribió sus primeras poesías. Las conserva hasta hoy «para castigarme el ego cuando corresponda», reconoce.

Su padre, su 'cumpa', fallece cuando Guillermo tenía solo trece años. «Lo he ido revalorando continua y progresivamente», dice. Y atribuye a su crianza española el arrepentimiento que sintió «por las cosas malas que le había hecho, cualquier travesura o desobediencia». Se le hacía un nudo en la garganta que le impedía respirar.

Fueron tiempos difíciles, en los que a su propia pena se unía la de su madre. «Ella volvía de trabajar y yo la esperaba en la esquina de Lastarria con la Alameda; siempre venía con los ojos llenos de lágrimas». Entonces sacaba un cuaderno y escribía. Ahí nació su necesidad imperiosa de escribir.

Doña Vicenta era un ejemplo de fortaleza y bondad. Hasta su muerte, en 1985, fue un pilar para la familia entera y la imagen de un amor incomparable. De gran firmeza, no obstante, lo obligó a aprender a leer, cuando Guillermo se resistía «como tigre»; era más entretenido escuchar de boca de su madre las aventuras de *El Peneca*. Pero al verla decidida, a Guillermo no le quedó más remedio que batírselas por sí solo. El primer libro que leyó completo fue *Ivanhoe*, que todavía conserva.



«No puedo olvidar el día de 1970 en que un diario escrito por chilenos traía la palabra 'enemigos' para aludir a otros chilenos».

¡QUÉ GANAS DE SER JUDÍO!

En parte por su porfía española, quizás también por su aversión a las injusticias, Guillermo Blanco suele estar del lado de los más débiles.

Desde niño. Con solo nueve años tomó el partido de los etíopes cuando en 1935 Mussolini invadió sus tierras. Luego, al enterarse del antisemitismo nazi pensó ¡qué ganas de ser judío!, sin saber por esa época que su apellido Blanco es de ese origen, lo mismo que Medina, el de su abuela Cruz.

Cualquier injusticia lo subleva por dentro. «Si durante la dictadura hubiera habido doce millones de Guillermo Blanco, con mi formación española de fuerte sentido de lo justo, la cosa no habría durado más de un cuarto de hora». Y enfatiza: «Hice mi resistencia pasiva todo, todo lo que pude. En esa época leí a autores rebeldes como Unamuno, que es una especie de anarquista espiritual».

Muchos años más tarde, ya como escritor consagrado, hurgando en una librería, un pequeño volumen llamó su atención. Era *Algunos antecedentes para la historia de los judíos en el Chile colonial*, de Günther Boehm. «Ahí descubrí la historia de Francisco Maldonado de Silva. Fue amor a primera vista. Se me volvió inevitable y sentí que tenía que contarle con mis propias palabras. Quería hacer vivir a ese personaje y compartirlo con ese ser misterioso que es el lector». ⁹ Estuvo años investigando hasta lograr datos suficientes como para recrear, en *Camisa limpia*, la historia de ese médico judío que en el Chile de principios del siglo XVII fue juzgado por la Inquisición. Lo

singular del personaje es que, luego de huir de la cárcel, por decisión propia vuelve, para exhortar a otros

«Periodismo y docencia comparten su enorme cercanía con lo humano. Cada una, a su modo, son formas de servir, y ni en una ni en otra es posible servir de rodillas».

judíos presos a que no claudiquen. «Escaparse y volver a la prisión es un acto supremo de libertad», estima Blanco. «Ninguno de sus carceleros fue más libre que él».

La Guerra Civil española, más cercana a él, le produjo un doloroso remezón. Su primo Juan, que estudiaba medicina en Madrid, fue fusilado en Barcelona. Al saberlo, Guillermo escribió un poema que él considera de cierto valor.

ARQUITECTO DE CATEDRALES

Llegado el fin del colegio, y algo desorientado en su vocación, en 1943 Guillermo Blanco entra a Arquitectura en la Universidad Católica. Él mismo reconoce que, de haber sido más estudioso, habría sido arquitecto. «Un día me sacaron a la pizarra para que dibujara cómo se ponían las planchas de zinc y yo no tenía idea, lo encontraba uno de los conocimientos más inútiles, si para esas cosas estaban los maestros. Entonces, claro que me reprobaron», recuerda entre risas. «Mi sueño era construir catedrales, no DFL2», arguye.

Al dejar la universidad, entró como junior y dactilógrafo a la Com-

pañía Salitrera Anglo-Lautaro. Con una máquina de escribir a su disposición, aprovechó sus ratos libres y, en coautoría con Carlos Ruiz-Tagle, escribió *Revolución en Chile*, no-

vela en que satiriza la ingenuidad de una periodista «gringa» que no tiene idea de dónde está parada. «Nos partíamos de la risa mientras la hacíamos y llegamos a la conclusión de que, pasara lo que

pasara con el libro, se publicara o no se publicara, nosotros nos habíamos entretenido horrores». También se rieron a carcajadas miles de chilenos y la novela, un tremendo éxito, superó las veinte ediciones.

Por entonces ya había escrito un buen número de cuentos. Grande fue su orgullo cuando, en 1957, una selección de relatos, bajo el nombre de *Solo un hombre y el mar*, fue publicada por Editorial del Pacífico. El libro le significó ganarse un lugar en la narrativa chilena y la inclusión de una de sus obras en *Antología del nuevo cuento chileno*, editado por Enrique Lafourcade, que reunía a jóvenes promesas como José Donoso, Claudio Giaconi, Jorge Edwards.

Blanco tenía ya los manuscritos que más tarde se transformarían en *Gracia y el forastero*, novela emblemática, que durante más de tres décadas ha formado parte de la lectura de los adolescentes y que alcanza al millón de ejemplares vendidos. La tuvo guardada más de siete años. «Temía que pudiera causar algún perjuicio moral entre la gente joven, es decir, inducir a hacer cosas como las que se cuentan ahí», ¹⁰ explica, refiriéndose al hecho de que los protagonistas, adolescentes, se casan ante

ellos mismos. Y él no quiso cambiar eso, por lo del libre albedrío: «El que a uno se le ocurran personajes, no significa que pueda moverlos como quiera», explica el autor.

«Yo informé que ese libro debía ser publicado», recuerda Alejandro Magnet, entonces editor de Editorial del Pacífico. «Que iba a ser un clásico en la literatura chilena. Pero

de Guillermo

PAGINA EN BLANCO

La reciente expulsión de dos estudiantes de la Universidad Católica, viene a poner el dedo sobre una llaga que ya no es muy nueva. Se les acusa de desarrollar actividades políticas, de perturbar la convivencia, de faltar el respeto a la autoridad.

Tampoco los cargos son nuevos.

Casi podría decirse al revés: el sector político que maneja la Universidad tiende a segregar tales acusaciones con el automatismo y la monotonía con que operan los reflejos condicionados. Y, a menudo, con igual grado de raciocinio, de comprensión, de caridad cristiana.

Palabras como libertad, o democracia, o —por la vía inversa— dictadura, opresión, injusticia, despiertan de inmediato un eco simple:

—Político, política.

Y si alguien quiere abrir debate, si pregunta por qué la libertad es política, si pide explicaciones e invita a discutir:

—Trata de perturbar la convivencia universitaria.

Y quien disiente de una medida, cuestiona su lógica o su oportunidad, o su justicia, oír:

—El principio de autoridad está en peligro.

No, los cargos no son nuevos.

No lo eran hace cinco años, cuando un grupo político comenzó a apoderarse poco a poco de la Universidad, alterando gravemente la convivencia dentro de la comunidad académica, y barriendo con el principio de autoridad hasta el extremo de que la autoridad máxima —el gran canciller— sintió que debía suspender el ejercicio de su cargo por la imposibilidad de hacerlo en forma efectiva.

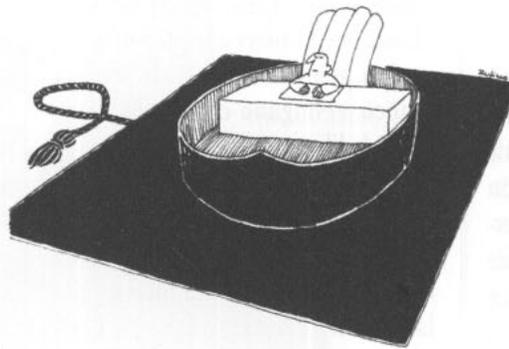
Ah, pero la política de los apolíticos no es política. Y la autoridad que llegó al amparo de una emergencia es la real autoridad, no la que representa a la jerarquía de la Iglesia. Y la convivencia se supone que es deseable cuando los otros callan; en cuanto comienzan a tratar de convivir, claro, destruyen la convivencia.

Y si estos quieren participar en el estudio de un proyecto de participación, es porque no han entendido nada de nada: la par-

ticipación, ahora, está hecha para evitar los peligros de la participación. Empezando por el peor de todos que es la participación.

«Suenan absurdos? Nada de raro: es absurdo. La defensa del principio de autoridad es claramente esporádica, por no decir selectiva. Hace poco más de un año, la corriente política que domina en la Universidad Católica organizó un acto que llamó «de desagravio». Recordaron allí, su heroico comportamiento en diversas circunstancias y se explayaron sobre sus propias virtudes con una generosidad emocionante.

Pero también hablaron de otros. Todos ellos equivocados, si no movidos por diversas intenciones. La reforma, por la cual se «desagraviaba» a la Universidad, fue según uno de los discursos «el episodio más triste y deplorable», y constituyó solo «la culminación de una conjura», «una revolución destructora» por cuyo medio se pretendía «abrir paso a un movimiento que arrasara con todo principio de orden y jerarquía, y que impusiera la violencia como método legítimo y eficaz de acción pública». Esta cosa horrible contó, de acuerdo con lo dicho por el mismo orador, con un «amplio y decisivo apoyo» del gran canciller, a



Ni ley ni pareja

quien se acusaba además de deslealtad para con otro obispo y con el Vaticano mismo.

Cuarenta miembros y ex miembros de la comunidad académica protestaron entonces ante el pro gran canciller, monseñor Jorge Medina, quien respondió que había «tenido noticias directas en el sentido de que FEUC programaría un acto para ese día. Como no he sido ni soy partidario de reanimar discusiones que no harían más que dividir los ánimos, llamé al presidente de FEUC y le hice presente, con toda la insistencia posible, mi punto de vista contrario a dicho acto. No obtuve éxito. Expresamente advertí al señor presidente de FEUC que yo no deseaba que se tocara la persona del Emmo. Sr. Cardenal arzobispo de Santiago, D. Raúl Silva Henríquez, sin que este deseo significara que yo aprobaba la celebración del acto. Pero no estaba dentro de mis facultades impedir por vía de autoridad jurídica que se realizara. Siento reconocer que mi autoridad moral no fue suficiente argumento».

Tan poco argumento fue, que los ataques contra el cardenal se transmitieron por el Canal 13 y se reprodujeron en un aviso de diario. Difícil mayor publicidad.

Entonces, sin embargo, no hubo sanción.

LA ENERGÍA TAPA TODO

Guillermo Blanco. Civil. Su tarjeta de presentación dice así. Ni una palabra más. «Las mandé a imprimir por el año 76, cuando el gobierno empezó a dictar una serie de normas que colocaban a los militares en situación privilegiada frente los civiles. Entonces yo dije: 'Ah, yo no me voy a avergonzar de ser civil'. Ahora no tiene gracia, pero fui a encargarme muerto de miedo».

Bastante bien conocía el escritor la mentalidad castrense, su forma de

ver el mundo y cómo hay que dirigirse a ellos para ser escuchado. Era el principal aprendizaje obtenido en el servicio militar, por allá por 1946.

Lo primero que descubrió fue que la energía tapa todo. Con su amigo Lucho Larraín determinaron que, tomando escobas y trapos con actitud firme y decidida, podían librarse de hacer el aseo de las dependencias. «Atravesábamos el patio con mucha energía y nos íbamos a conversar a algún rincón».

También aprendió que en el Ejército está prohibido cansarse. Le parece cuerdo: «Nadie gana una batalla con un ejército cansado».

Muchos años después, la experiencia le sirvió para entenderse con el almirante Jorge Swett, rector de la Universidad Católica. Al momento de presentar

Su Página en Blanco de la revista Hoy en la semana del 29 de noviembre al 5 de diciembre de 1978.

su renuncia —Blanco era profesor de la escuela de Periodismo desde la década del 60— le dijo al uniformado, entre otras cosas, que se iba porque nunca se había hecho tanta política en la universidad como en esa época. «Era en plena dictadura y yo le dije 'zambacanutá', pero se lo dije con claridad y él me entendió. Está en la mentalidad militar».

Esas y otras razones le hicieron sugerir a su hijo Jaime que no eludiera el Servicio Militar. «Tal es mi convicción de la incompatibilidad entre el clima, la atmósfera entre muchas cosas militares y las civiles que cuando llegó la hora en que mi hijo debía hacer el Servicio le aconsejé que lo hiciera, para que supiera lo que significaba si alguien le decía que al país le hacía falta un gobierno militar».

Guillermo terminó el Servicio con el grado de Sargento primero efectivo, especialista en explosivos. El bajo grado obedece a otra rebelión: sacar la vuelta a construir un puente que luego debían dinamitar. «Con Lucho Larraín decidimos que eso no era para nosotros, así es que nos fuimos a descansar a la sombra de unos matorrales. Estábamos tan bien que nos pusimos a cantar una ópera italiana que había inventado Lucho: *Falooopio*. De repente había un sargento parado delante de nosotros. En castigo tuvimos que colocar los explosivos, tender el cable y hacer volar el puente».

POSANDO DE INTELLECTUALES

Haciendo un balance, sus recuerdos sobre el Ejército son buenos. «Lo pasé bien, entre otras cosas cometiendo infracciones». Tan bien y con tan buenos amigos, que al salir decidieron que no podían dejar

de verse. Con Luis Larraín, Hugo Montes, José Zañartu, Jaime Martínez, Juan Frontaura y Julio Silva siguieron reuniéndose sagradamente los jueves a conversar y a «posar un poquito de intelectuales». Y entre conversa y conversa se fue gestando la idea de hacer una revista literaria. *Amargo* la bautizaron, en recuerdo de una localidad cerca de Valdivia.

Con ocasionales colaboraciones de Pablo Neruda, Vicente Huidobro, además de los españoles León Felipe y José María Souvirón, la publicación alcanzó tan solo a doce ejemplares. «Nosotros la escribíamos, la ilustrábamos, revisábamos las pruebas, la vendíamos y la comprábamos»,¹² recuerda.

Para Guillermo fue como una ceremonia de iniciación. «Por primera vez vi cosas mías en letra de imprenta. Esa cuestión es medio sagrada».



Su primer artículo después de asumir Pinochet se llamó ¿Cómo se pronuncia? «Aquí les gusta endulzar las cosas», señala refiriéndose al eterno tema de los eufemismos.

ALEGRE CONDENA

Sin duda más conocido como escritor —tiene más de veinte novelas, ensayos y cuentos publicados—, su labor en la prensa es sobresaliente y le desagrada hacer diferencia entre literatura y periodismo. En un debate público con Alfonso Calderón, Blanco aclara su postura: «Tú me dices 'condenado al artículo semanal'. No es así. Uno quizá no pueda escribir una novela sobre la gente que fabrica antigüedades y la gente que compra antigüedades recién hechas. Eso tal vez no da para una novela o un cuento, da para un artículo». Porque —añade—, el ejercicio del periodismo es una manera de ir tomando posición en una situación del país. El periodismo, para él, es una manera de actuar en lo inmediato.

En sus artículos para *Ercilla* y *Hoy* los temas eran situaciones cotidianas, inmediatas, reflejo de nuestra idiosincrasia: por ejemplo, el afán del chileno de descalificar lo realizado por su antecesor. «Ya don García Hurtado de Mendoza, por allá por 1557, encontró que todo lo anterior estaba malo y con soberbia juvenil pretendió cambiarlo, también, todo. Ninguno de sus antecesores valía para nada. Eran una especie de manga de chambones. Lo dijo sin pelos en la lengua, y actuó sobre esa base».¹³

Si Chile pierde un partido de fútbol, Blanco se mofa de las excusas de los especialistas: «A Chile lo perjudicó no solo el clima, sino también un ex-

ceso de garra, una codicia desmedida frente al arco antagonico, cierta rigidez en el planteamiento del cerrojo defensivo». ¹⁴

Y cómo no se iba a reír del éxodo patriótico para el Dieciocho. Son hordas de chilenos que salen del país ávidos de comprar y que luego «procederán a vender a sus coterráneos una parte de las mercaderías que lograron salvar de la incompreensión aduanera». ¹⁵

Pero un día llegó a *Ercilla* una invitación para ir a reportear la guerra de Vietnam. Se la ofrecieron. «Era la oportunidad de ganarme el derecho a hacer clases de periodismo», explica. Ese año, 1968, se hablaba de la violencia como instrumento de liberalización y el Che Guevara proclamaba la idea de 'vietnamizar' Latinoamérica.

Después de convocar a un consejo de familia y obtener permiso, partió a Vietnam con Iván Cienfuegos a vivir su mejor lección de periodismo.

En los quince días que permaneció allá, descubrió que cuando se

lee sobre las guerras, siempre hay mentiras que ayudan a que las matanzas se vean más limpias. «Lavan las guerras, para hacer más posible una próxima», se lamenta. «Todo, todo se corrompe y eso no sale en los libros de historia, por la flauta», dice indignado. Y aprendió a definir, basado en su propia experiencia, lo que era la vietnamización: «Jugarse el destino del continente a la sangre, a la matanza, porque en una guerra el que gana es el que es capaz de hacer más daño, no el mejor. Si eso era lo que quería el Che Guevara, no debiera ser el ídolo que es», resume.

LUCY Y EL MITO GRIEGO

Sobre sus sentimientos se cierra como ostra, y cuando se le pregunta por Lucía Cristi, su mujer de toda la vida, solo dice que ella es esa otra mitad de la que habla la leyenda griega. «Eso pasa en un sentido muy real. Uno de repente se encuentra con una persona que lo complementa. Para mí la vida con ella es la vida completa».

Forman una familia unida, con cuatro hijos (Jaime, Mónica, Rosita y Pilar), yernos, nuera y once nietos. La madre de Guillermo fue también un miembro muy querido. «Vivimos con ella hasta que mi papá se pudo comprar su casa propia, fue un hito en la familia», dice Jaime Blanco.

Abuela incluida, las vacaciones eran en el El Tabo. «Pasábamos la Pascua allá y nos volvíamos en marzo», recuerda Jaime. «Mi abuela construyó la casa en la década del cuarenta con un diseño hecho por mi papá, que estaba estudiando arquitectura. Ella se las ingenió. Arrendaba camiones y se iba con los maestros. Por eso en El Tabo hay raíces muy fuertes».

Jaime cuenta que en esa zona de la costa sus padres vivieron parte de su pololeo. «Mi mamá veraneaba en Cartagena y mi papá se iba a pie desde El Tabo a verla».

Haciendo recuerdos afloran también los trabajos de sus padres en poblaciones. «Los fines de semana siempre venía un niño y almorzaba con nosotros». O los juegos compartidos con su padre, como encumbrar volantines, maestrear, hacer excursiones al bosque.

Pero lo principal es el ejemplo recibido: «La buena relación de pareja de mis padres nos ha dado una sensación de estabilidad». ¹⁶

«SE PRONUNCIA MIENTO»

El golpe militar produjo en Guillermo Blanco una angustia profunda. «Tuve una depresión que me duró años; yo no sabía lo que era una depresión. Vine a enterarme mucho después». Como tantos chilenos, intuía que el golpe de Estado y la caída de Allende eran inevitables.

«Teníamos una sensación tan ingenua; pensábamos que se levantaba un militar, pedía un par de cambios y llamaba a elecciones».

Al poco tiempo Blanco se dio cuenta de que el asunto era mucho más



El Premio Nacional en 1999 se apoyó principalmente en dos méritos: la defensa de los valores democráticos y su labor docente.



Se «partían de la risa» con Carlos Ruiz Tagle mientras escribían Revolución en Chile.

serio. «Una dictadura, por definición, es inmoral: sustituye la legitimidad por la fuerza. Después empezamos a saber que además de ser por definición lo era por acción».

Entonces decidió tomarles el pelo a las nuevas autoridades. «Cuando a uno le da rabia lo peor que puede hacer es manifestarla. Lo que tiene que hacer es reírse del otro».

El primer artículo después del golpe se llamó ¿Cómo se pronuncia? «Era un tipo que llega a su casa con un chichón en la cabeza y dice que se pegó un 'pronunciamiento'. Después otro, y otro... Todos los golpes se llaman pronunciamiento. Y la respuesta, tácita, claro, a ¿Cómo se pronuncia? Es: *miento*. Porque habían comenzado a mentirnos. Además, con esa siutiquería tan chilena, no se daban cuenta de que 'pronunciamiento' es un golpe rasca. En España, un milico al mando de tropas se pronunciaba contra el gobierno; si le iba mal, quedaba en pronunciamiento; si botaba al gobierno era Golpe de Estado».

«Pero aquí les gusta endulzar las

cosas. Es el eterno tema de los eufemismos. No sé por qué se les ha medido que el periodista es una especie de traductor. Ve un choque y dice colisión, y el choque no es en la esquina sino en la intersección de dos arterias. Eso mata la espontaneidad, la comunicación».

En su Página en Blanco, de la revista *Hoy*, no eludió, por cierto, los temas espinudos y dolorosos. «Me di el gusto de decir que no hay personaje más cobarde que el torturador. Lo puse y está publicado».

Lo que se negó a editar durante la dictadura fueron libros. El dilema de Blanco, le llamó. Fue un modo de protestar por la exigencia de que para publicar un libro se debía obtener la aprobación de censores designados por el gobierno. ¿El dilema?: «Sin saber qué era peor, si la rabia de que me prohibieran o la vergüenza de que me aceptaran, me abstuve».

Durante largo tiempo, y según sus propias palabras, los militares le provocaban alergia. Por eso sorprendió a muchos que Guillermo Blanco aceptara integrar la Mesa de Diálogo, convocada en 1999 por el gobierno para dar con el paradero de los detenidos desaparecidos. ¿Qué le hizo aceptar? «Para mí un mundo ideal sería sin Fuerzas Armadas», ha dicho en varias ocasiones. «Pero eso es utópico y, como existen, creo que es indispensable que se incorporen a la vida natural de un país y no vivan defendiéndose de acusaciones. Que las acusaciones recaigan sobre aquellos que las merecieron, sí; pero que un militar nuevo sienta que está en una institución que el país necesita. Por eso hay que incorporarlos y hay que incorporarse».

«Él se enfrenta a las cosas así, y eso significa que muchas veces le duelen, pero siempre está abierto a

lo que le va a pasar, sin prejuizar. Hace tiempo que hizo el desafío de no presuponer intenciones acerca de las personas»,¹⁷ dice con no disimulada admiración Pilar Bernaldo de Quiroz, su ayudante en la universidad Diego Portales.

EL MAESTRO QUE DA SEÑAS

En la década del sesenta y ya escribiendo para la prensa, Guillermo vio con gran interés la creación de la escuela de Periodismo de la Universidad Católica. «Esta es mi oportunidad de sacar el título», pensó. Cuando se iba a matricular, sin embargo, lo llamaron para que hiciera clases. «No me quedó más que aceptar».

Generaciones de periodistas han sido sus alumnos, tanto en la Universidad Católica como en la Diego Portales, donde hace clases de Redacción Periodística desde 1988.

Francisco Castillo, alumno de la Católica, recuerda la principal lección de Blanco: ser creativo. «Yo escribí un artículo de opinión muy



«Amigo leal, transparente y muy chistoso. Le brillan los ojos cuando encuentra una buena idea», dice Alejandro Magnet.

severo sobre la Revolución Cubana. Oh sorpresa cuando recibo la corrección de don Guillermo, un tres, porque consideró que era *lo latero*. Cuando se me quitaron las ganas de tirarme al Mapocho, decidí volarme y escribir una crítica a una película que no existía, que jamás se había filmado pero que tenía relación con la actualidad internacional». Se sacó un seis coma cinco y aprendió que la realidad se puede contar en forma entretenida.

«Guillermo Blanco es realmente un maestro», dice categórico Abraham Santibáñez. «Pero un maestro no es solo alguien 'buena persona', que Guillermo lo es. Un maestro es, sobre todo, un ejemplo de vida y consecuencia. Guillermo ha sido un cristiano fiel y a partir de ahí, ha puesto en práctica permanente valores fundamentales como la libertad y la solidaridad. En su defensa ha desempeñado su mejor capacidad: su pluma vibrante y clara. A la que hay que agregar un calificativo adicional: delicadamente irónica».

Para Guillermo Blanco, la docencia es una vocación, y de las fuertes. «Lo único que uno hace es ense-

ñar a aprender; enseñar, en su origen, es dar señas. También es abrir el diálogo, y diálogo entre libres», dice. «Deja que cada uno desarrolle sus habilidades», corrobora Francisco Castillo.

Tiene fe en sus alumnos y por eso le preocupa que el periodismo en Chile «esté muy chantado». Lo desalienta que, después de cinco años en la universidad, los alumnos «anden corriendo detrás de ministros, senadores y diputados. Todos en piño, compartiendo las mismas preguntas. ¿Dónde está la originalidad? ¿Dónde está lo profesional, por último?». ¹⁸ Además de su gran aporte de conocimientos, Guillermo Blanco es un hombre querido y respetado, sentimiento recíproco. «Es cálido, accesible», dice Pilar Bernaldo de Quiroz. «Aunque tenga mil cosas que hacer uno llega a hablar con él y siempre tiene tiempo para escuchar». No extraña, entonces, que varias veces haya sido elegido el mejor profesor de la universidad. «Hace un par de años la universidad le regaló un viaje a Grecia por ser el catedrático mejor evaluado», cuenta Pilar.

LOS TONTICIARIOS DE LA TELEVISIÓN

Fue durante «un alza de choremia» que Guillermo Blanco escribió su novela *El joder y la gloria*, al escuchar, de boca de un periodista, que «cierto delincuente logró ser aprehendido ayer en Concepción». A ese desconocido redactor dedica el libro: «Estas páginas rinden homenaje a quien escribió esa frase enigmática». ¹⁹

Como televidente, comentarista literario en *Canal 13* (1963-1964), director de programación de *TVN* (1969-1971) y miembro del Consejo Nacional de Televisión (1992 a la fecha), conoce el medio al revés y al derecho. Por eso fustiga no solo la programación, sino el modo cómo se emiten las noticias. Le sacan ronchas esas notas pronunciadas con delicado rebuscamiento, y que reproduce en su libro: «En horassa de la mañana de hoyo, una camioneta conducida por un individuo en estado de intemperancia impactó a un vehículo utilitario en la intersección de las arterias Loso Chorose y Lasa Lapasa». Blanco llama *periodístés* a esta forma de comunicar, así como a eufemismos archirrepetidos tipo 'antisociales que se dieron a la fuga' o 'altas autoridades que hacen su ingreso a las aulas de la casa de estudios superiores'.

El libro gira en torno al noticiario central de un canal de televisión de un país «rigurosamente imaginario» pero incuestionablemente familiar. La noticia estrella, la *st-noticia*, ¡cómo no!, es... el fútbol. «A mí me gusta como deporte pero no como religión y menos como religión obligatoria», afirma.

Como en toda caricatura, los rasgos esenciales están llevados al límite de la exageración para que la denuncia de fondo no se quede enredada



Para Guillermo Blanco la docencia es una vocación y de las fuertes. «Lo único que uno hace es enseñar a aprender; enseñar, en su origen, es dar señas. También es abrir el diálogo entre libres», dice.

en la sonrisa. Así, entonces, Blanco bautiza como *informófagos* a esos reporteros que «toman una noticia, se la tragan y dejan los huesitos».

Para los acontecimientos internacionales, desproporcionadamente breves, en el imaginario canal un editor creativo implementa la sección El Abanico: «Es Donnerwetter, que, mirando cómo su cuñado prende el carbón para el asado, tiene una idea genial: «¿Qué tal meterlas todas en un abanico y dar cada nota en seis, siete segundos? Chas, chas con la agilidad con que el Rupa abanicaba esas brasas reacias». (...) «—¿Algo pasó en el Vaticano, ponte? Caliz-bomba destruyó iglesia de San Pedro. Eso pal texto. Pa imagen, humo, escombros, hueveo. ¿Qué más? Dos palabras del Papa. Obvio: no le va a gustar que le demuelan el boliche».²⁰

EL PREMIO, UNA COSQUILLA ESPIRITUAL

Esa tarde de agosto de 1999, el ambiente era de fiesta. La Biblioteca Nacional cumplía ciento ochenta y seis años, y el presidente del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Guillermo Blanco, pronunciaba unas palabras para destacar la importancia de la Biblioteca en la cultura del país. Después, sentado en

tre los concurrentes, una secretaria se le acercó para decirle que tenía un llamado urgente. Pálido, temiéndole una mala noticia, corrió al teléfono.

Era José Pablo Arellano, ministro de Educación, para comunicarle que el jurado le otorgaba el Premio Nacional de Periodismo. Hacía horas que lo estaban buscando.

Saliendo apenas de su estupor, Blanco tomó un taxi y se dirigió al Ministerio, donde esperaba encontrarse con un ambiente de gran solemnidad. «Pero como se habían demorado tanto en encontrarme estaban muertos de hambre, comiéndose un sanguchito», se ríe.

«El Premio me llenó de gusto, sobre todo que fue la sorpresa más absoluta. Más sorpresa habría sido que me dieran el premio Nobel de Química», bromea, «pero eso entra en el terreno de lo imposible».

Sus muchos e incondicionales lectores piensan que, además, tiene méritos de sobra para recibir otro Premio Nacional, el de Literatura, al que fue propuesto en 1998. «Alguna ilusión me hice», comenta. «Pero como soy inseguro no me extrañó que no me lo dieran. Creo que he trabajado un poco más en literatura que en periodismo, pero a lo mejor no me ha salido tan bien».

El jurado apoyó su elección en los méritos de Guillermo Blanco: la defensa de la libertad y los valores democráticos, y su labor docente.

Dice que esos fundamentos le produjeron «una intensa cosquilla espiritual. Habría sido difícil encontrar otra mención capaz de llegarme tan adentro y de echar a volar, juntas, mi gratitud, mi imaginación, la raíz misma de mi condición humana», dijo al recibir el galardón.

Con decenas de libros publicados y otras tantas distinciones, Guillermo Blanco no tiene pensado retirarse de las letras. No puede hacerlo. «Uno empieza a escribir de a poco y le va tomando el gusto. Es como el alcohólico: uno que otro traguito al principio y después no lo puede dejar».

La literatura es para él una manera de ganarle a la muerte. «Es obvio que a estas alturas tengo más tiempo para atrás que para adelante. Lo que escribo va teniendo mucho que ver con mis recuerdos. No es que no hable hacia el futuro; es que al futuro le cuento el pasado. Es como una manera de dejar herencia».

Por Soledad Evans
Colaboración de M^a Elena Dressel
y Francisca Araya.

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Guillermo Santos Eleuterio Blanco Martínez.

Nacimiento: Talca, 15 de agosto de 1926.

Padres: Guillermo Blanco Medina y Vicenta Martínez Martín.

Esposa: Lucía Cristi.

Hijos: Jaime, Mónica, Rosita, Pilar.

Estudios:

Colegio San Tarcisio. Talca.

Instituto de Humanidades Luis Campino, Santiago, 1935-1942.

Facultad de Arquitectura, Universidad Católica, 1943-1945.

Principales obras publicadas:

Solo un hombre y el mar, Editorial del Pacífico, 1957; *Misa de Réquiem*, Editorial Universitaria, 1949; *Revolución en Chile* (en colaboración con Carlos Ruiz Tagle), Editorial del Pacífico, 1962; *Gracia y el forastero*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1964; *Cuero de diablo*, Editorial Zig-Zag, 1966; *El evangelio de Judas*, Ediciones Pineda Libros, 1972; *Adiós a Ruibarbo*, Editorial Pineda Libros, 1973; *Camisa limpia*, Editorial Pehuén, 1989; *En jauja la megistrú*, Editorial Los Andes, 1993; *El humor brujo*, Editorial Planeta, 1996; *El joder y la gloria*, Editorial Planeta, 1997.

Distinciones

Premio Único Concurso Nacional de Cuentos Óscar Castro, 1956.

Segundo Premio Concurso de Biografías de personajes vinculados a la minería chilena, 1957.

Premio Alerce, 1959.

Premio Único Concurso Interamericano de Cuentos, diario *El Nacional* de México, 1959.

Premio Academia Chilena, 1964.

Premio Municipal de Santiago, 1966.

Orden al Mérito de la Victoria, de la Gobernación de Talca, 1996.

Premio a la Excelencia Académica, de la Universidad Diego Portales y la Fundación Mustakis.

Premio Nacional de Periodismo, 1999.

Trayectoria laboral

Miembro del equipo fundador de la revista *Amargo* 1946-1948.

Colaborador de la revista *Estudios*, 1952-1956.

Redactor de la revista *Finis Terrae* de la Universidad Católica, 1960-1962

Revista *Ercilla* 1968-1977.

Revista *Hoy* 1977-1998.

NOTAS

- 1 Guillermo Blanco, *En Jauja la Megistrú*, Ed. Los Andes, 1997.
- 2 Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la Narrativa Chilena*, Editorial Los Andes, Santiago, 1991.
- 3 Entrevista a Guillermo Blanco, septiembre 2000, Soledad Evans.
- 4 Entrevista a Francisco Castillo, octubre 2000, Soledad Evans.
- 5 Entrevista a Alejandro Magnet, mayo 2000, FAC.
- 6 Guillermo Blanco, *En Jauja la Megistrú*, Ed. Los Andes, 1997.
- 7 Entrevista a Mónica Blanco Cristi, abril 2001.
- 8 Página en Blanco, revista *Hoy*, 14 al 20 de septiembre de 1977.
- 9 Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la Narrativa Chilena*, Editorial Los Andes, Santiago, 1991.

- 10 Ibid.
- 11 Entrevista a Abraham Santibáñez, octubre de 2000, Soledad Evans.
- 12 Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la Narrativa Chilena*, Editorial Los Andes, Santiago, 1991.
- 13 ¿Nacer de nuevo?, revista *Hoy*, 24 al 30 de agosto de 1977.
- 14 ¡Ah, esas victorias!, revista *Hoy*, 10 al 16 de agosto de 1977.
- 15 Patriotas en el exilio, revista *Ercilla*, septiembre de 1968.
- 16 Entrevista a Jaime Blanco Cristi, septiembre de 2000, Soledad Evans.
- 17 Entrevista a Pilar Bernaldo de Quiroz, septiembre de 2000.
- 18 Diario *La Época*, 29 octubre de 1995.
- 19 Guillermo Blanco, *El joder y la gloria*, Ed. Planeta, 1997.
- 20 Ibid.

ANEXOS

Anexo 1: Lista de galardonados

Desde su creación, en 1953, setenta y siete chilenos (setenta y tres hombres y sólo cuatro mujeres) han obtenido el Premio Nacional de Periodismo.

- | | | | |
|------|---|----------------------|--|
| 1954 | Rafael Maluenda Labarca (Redacción)
Luis Hernández Parker (Crónica)
Luis Aspee (Fotografía) | 1967 | Fernando Murillo (Redacción)
Evaldo Hohmann (Crónica)
Enrique Aracena (Fotografía) |
| 1955 | Joaquín Lepeley (Redacción)
Hugo Silva (Crónica)
Emiliano Rubio (Fotografía) | 1968 | Alfonso Meléndez (Redacción)
Fernando Díaz Palma (Crónica)
José Jorquera (Fotografía) |
| 1956 | Luis Silva Silva (Redacción)
Santiago Mundt Fierro (Crónica)
José Valladares (Fotografía) | 1969 | Julio Moreno Toledano (Redacción)
Víctor Soler (Redacción)
Francisco Silvestri (Fotografía) |
| 1957 | René Silva Espejo (Redacción)
Lenka Franulic (Crónica)
Heliodoro Torrente (Fotografía) | | Percy Eaglehurst (Dibujo) |
| 1958 | Alex Varela (Redacción)
Armando Lazcano (Crónica)
Fernando Valenzuela (Fotografía) | 1970 | Luis Enrique Délano (Redacción)
Hernán Carmona Vial (Crónica)
Guillermo Pavez Reyes (Fotografía) |
| 1959 | Joaquín Edwards Bello (Redacción)
Carlos Anfruns (Crónica)
Hernán Bernales (Fotografía) | | Lautaro Alvial (Dibujo) |
| 1960 | Avelino Urzúa (Redacción)
Victoriano Reyes Covarrubias (Crónica)
Luis González (Fotografía) | 1971 | Edgard Perramon (Redacción)
Moisés Escobar (Crónica)
Guillermo Estay (Fotografía) |
| 1961 | Alfonso Lagos (Redacción)
José Monasterio (Crónica) | | Óscar Camino (Dibujo) |
| 1962 | Daniel de la Vega (Redacción)
Manuel Gandarillas (Crónica)
Arturo León (Fotografía) | 1972 | Emilio Filippi Murato (Redacción)
Hugo Goldsack Blanco (Crónica)
Enrique Muñoz Armijo (Fotografía) |
| 1963 | Francisco Le Dantec (Redacción)
Juan Ramón Marín (Crónica)
Alberto Núñez (Fotografía) | | Enrique Meltcherts (Dibujo) |
| 1964 | Raúl Morales Álvarez (Redacción)
Carlos Sander (Crónica)
José Fernández (Fotografía) | CADA DOS AÑOS | |
| 1965 | Jorge Délano Frederick (Dibujo) | 1975 | Arturo Fontaine Aldunate (Redacción) |
| | Ricardo Boizard (Redacción) | 1977 | Andrés Aburto Sotomayor (Crónica) |
| | Alfredo Pacheco Barrera (Crónica) | 1979 | Miguel Rubio Feliz (Fotografía) |
| | Rolando Gómez Smith (Fotografía) | 1981 | Renzo Pecchenino Raggi (Dibujo) |
| | Alfredo Adduard (Dibujo) | 1983 | Luis Sánchez Latorre (Redacción) |
| 1966 | Eduardo Latorre (Redacción) | 1985 | Hernán Millas Correa (Crónica) |
| | Juan Emilio Pacull (Crónica) | 1987 | Juan Enrique Lira Vergara (Fotografía) |
| | Oscar Arriagada (Fotografía) | 1989 | Cristián Zegers Ariztía (Redacción) |
| | Luis Goyeneche (Dibujo) | 1991 | Raquel Correa Prats |
| | | 1993 | Pilar Vergara Tagle |
| | | 1995 | Julio Martínez Pradanos |
| | | 1997 | Patricia Verdugo Aguirre |
| | | 1999 | Guillermo Blanco Martínez |

Anexo 2

Leyes sobre el Premio Nacional del Periodismo

A principios de la década del 50, era evidente la carencia de un reconocimiento estatal hacia los periodistas chilenos. Desde 1942 existía el Premio Nacional de Literatura, y eran muchas la voces que se alzaban pidiendo que también se destacara públicamente la labor de los hombres de prensa.

El primer antecedente data del 2 de enero de 1953, cuando el Congreso Nacional aprueba la ley 11.470 que crea el Premio Nacional de Periodismo. La normativa tiene su origen en la ley 7.368, del 9 de noviembre de 1942, sobre el Premio Nacional de Literatura y Premio Nacional de Arte. De esta ley, se reemplaza el inciso 2 del artículo 1, a la vez que se traspasan cantidades del Presupuesto de la Nación para tal objeto.

Textualmente, la ley dice: «Créase el Premio Nacional de Periodismo, con tres recompensas que correspondan al Premio Nacional de Crónica, Premio Nacional de Redacción y al Premio Nacional Gráfico, con un total de cuatrocientos mil pesos que serán distribuidos por iguales partes entre las tres recompensas. Estos premios serán otorgados por un jurado compuesto por el Presidente del Senado, el Rector de la Universidad de Chile y un representante de los Círculos de Periodistas de Santiago, Valparaíso y Concepción»

El 30 de diciembre de 1953 firman la ley el Presidente de la República, Carlos Ibáñez del Campo, y el ministro de Hacienda y Economía, Guillermo del Pedregal. Al día siguiente y tras su publicación en el Diario Oficial, la ley entra en vigencia.

Al año siguiente, 1954, Rafael Maluenda en Redacción, Luis Hernández Parker en Crónica y Luis Aspee en Fotografía, se convierten en los primeros periodistas en recibir el Premio Nacional de Periodismo.

NUEVA CATEGORÍA: DIBUJO PERIODÍSTICO

Hasta 1964 la ley no sufre modificaciones. El 30 de junio de ese año, con la firma del Presidente de la República, Jorge Alessandri, la ley 15.600 agrega al Premio

Nacional de Periodismo una cuarta categoría —el Dibujo Periodístico, que ese año recae en Jorge Délano, *Coke*— y eleva la suma de cuatrocientos mil pesos a seis mil escudos a dividirse por partes iguales. (Hay que recordar que el peso, al ser devaluado a principios de la década del 60, había cambiado a escudos, con una equivalencia de mil a uno. Es decir, el premio resultaba ser igual a seis millones de pesos antiguos).

Establece, además, que los galardonados deben pertenecer al Registro del Colegio Nacional de Periodistas y que al menos una de las recompensas debe recaer en un periodista que trabaje fuera de la provincia de Santiago.

Al jurado se añade el Presidente Regional de los Colegios Nacionales de Antofagasta y Osorno (además de los de Santiago, Valparaíso y Concepción) y el presidente del Círculo de Periodistas de Santiago.

Cuatro años más tarde —en 1968— la ley 16.746 eleva el monto del premio de seis mil escudos a veinte mil.

LA MODIFICACIÓN DE 1972: BIANUAL Y PENSIÓN VITALICIA

El año 1972 trae una importante novedad para los galardonados con los Premios Nacionales. En su artículo 7, la ley 17.595, publicada el 8 de enero de 1972 en el Diario Oficial y firmada por el presidente Salvador Allende y el ministro de Educación Mario Astorga, estipula que el premio llevará como anexo el derecho del agraciado de percibir —además de la suma de veinte mil escudos correspondientes al premio— una pensión vitalicia de ocho sueldos vitales mensuales, escala A del departamento de Santiago, la que percibirá después de que acredite haber cumplido los 45 años de edad. En caso de fallecimiento del beneficiario de la pensión vitalicia, antes o después de haber cumplido los 45 años de edad a que se refiere el inciso anterior, tendrán derecho a continuar percibiendo esta pensión su cónyuge y sus hijos menores, repartiéndose el monto en la forma que fije el reglamento.

Otro cambio es el que establece que los premios se otorgarán cada dos años (reglamentación válida para todos los Premios Nacionales), siempre con cuatro recompensas en las menciones de Redacción, Crónica, Gráfica y Dibujo Periodístico. Mantiene la disposición de que los premiados deberán pertenecer al Colegio Nacional de Periodistas, y que por lo menos una de las recompensas, necesariamente, deberá recaer en un periodista que trabaje fuera de la provincia de Santiago.

El jurado sigue compuesto por los presidentes de ambas ramas del Congreso Nacional, el Rector de la Universidad de Chile, el presidente del Colegio Nacional de Periodistas, los presidentes regionales de dicho Colegio en Antofagasta, Valparaíso, Concepción y Osorno, y el presidente del Círculo de Periodistas de Santiago.

LOS CAMBIOS DE LA JUNTA MILITAR

De acuerdo con lo establecido, correspondía otorgar los premios el año 1974. Sin embargo, el gobierno militar modificó totalmente la ley de Premios Nacionales a través del DFL N° 681, publicado en el Diario Oficial el 10 de octubre de 1974, con las firmas de Augusto Pinochet Ugarte, José T. Merino Castro, Gustavo Leigh Guzmán y César Mendoza Durán, además de Hugo Castro y Jorge Cauas, en sus calidades de ministro de Educación y de Hacienda, respectivamente. A las tradicionales menciones de Literatura, Arte, Ciencia y Periodismo se agregaba Historia. Con respecto al Premio de Periodismo, la nueva normativa establecía que seguiría siendo bianual, pero que sería «único y selectivo» en las cuatro menciones (redacción, crónica, reportaje gráfico y dibujo periodístico), propendiendo a la alternancia en las menciones sin que ello implicara una obligación para el jurado. Los premiados recibirían un diploma, una suma equivalente a 50 sueldos vitales mensuales del departamento de Santiago y una pensión vitalicia de 8 sueldos vitales mensuales del departamento de Santiago, a pagarse mensualmente a contar del 1° de enero del año siguiente al otorgamiento. La pensión vitalicia sería compatible, en su totalidad, con cualquier otra pensión o remuneración que el beneficiario percibiera o pueda percibir en el futuro.

El jurado, a su vez, sufría algunas modificaciones: lo presidiría el ministro de Educación y estaría integrado por el Presidente del Colegio Nacional de Periodistas, un representante de los Consejos Regionales de dicho colegio, un representante de la Sociedad de Escritores de Chile y uno del Consejo de Rectores, elegido entre los cate-

dráticos de las Escuelas de Artes de la Comunicación o Escuelas de Periodismo. Se eliminaba así la participación del rector de la Universidad de Chile como miembro del jurado.

Se establecía asimismo que los candidatos deberían ser propuestos por:

- a.- Instituciones de reconocida solvencia intelectual en la materia.
- b.- Tres o más personas agraciadas con el premio respectivo.
- c.- Las facultades universitarias pertinentes.

Las propuestas debían formularse mediante un informe documentado de méritos entregado en la Secretaría del Instituto Chile con tres meses de anticipación, a lo menos, a la fecha en que debiera conferirse el galardón.

LA LEY ESTABLECÍA, ADEMÁS, ARTÍCULOS TRANSITORIOS:

Las personas actualmente acreedoras a la pensión vitalicia derivada del otorgamiento de un premio nacional continuarán percibiendo sin la limitación a que se refería el artículo 8 de la ley 17.595 (es decir, no se deducirán las rentas que por concepto de pensiones o remuneraciones imponibles en algún instituto previsional, perciba el agraciado).

Se establece también que en los años pares se concederán los Premios Nacionales de Literatura, Arte, Historia y Arte, facultándose al jurado a reunirse con el objeto de discernir los premios entre el 4 y el 15 de noviembre y emitir su fallo a más tardar el 2 de diciembre.

En los años impares, en tanto, se otorgarán los Premios Nacionales de Ciencias y de Periodismo. Eso explica el que no hubiera agraciados desde 1972 —año en que fueron premiados Emilio Filippi (redacción), Hugo Goldsack (crónica), Enrique Muñoz Armijo (fotografía) y Enrique Melchers (dibujo periodístico)— hasta 1975, cuando el galardonado fue Arturo Fontaine Aldunate.

Durante el lapso que rigió esta ley fue el Instituto de Chile el organismo encargado de recopilar los antecedentes de postulación al premio. En esta institución se cole-giaban todas las academias intelectuales de Chile.

LA REFORMA DE 1978

En 1978 la Junta Militar con la firma del Ministro de Educación, Luis Neumann, redactó el Decreto Ley N° 2.369, en el que el monto del premio se establecía en pesos y ascendía a \$370.500; la pensión vitalicia quedó

fijada en \$15.900 y ambos montos irían variando según el Índice de Precios al Consumidor.

PERIODISMO AUDIOVISUAL

El 22 de agosto de 1986 la Junta Militar, presidida por Augusto Pinochet e integrada por José T. Merino, Fernando Matthei, Rodolfo Stange y Julio Canessa, con Sergio Gaete como ministro de Educación, aprobó una nueva legislación referente a los Premios Nacionales. Respecto al Premio Nacional de Periodismo, se elimina el concepto de «mención» y se incorpora el de «periodismo audiovisual», como lo señala el párrafo que reemplazó el artículo 6° por el siguiente: «El Premio Nacional de Periodismo se otorgará cada dos años, en forma indivisible, al periodista chileno que se haya destacado por su aporte significativo al periodismo escrito o audiovisual, o en cualquier medio de comunicación o de expresión periodística». Además, «se propenderá, sin que ello signifique una obligación para el jurado, a que los premios establecidos en esta ley se confieran alternativamente dentro de las distintas especialidades o áreas que comprenden cada una de ellas».

El jurado seguiría presidido por el ministro de Educación Pública, y se incorporaban el presidente del Instituto de Chile; el presidente de la Academia de Ciencias Sociales; un decano o ex decano de la Facultad de Letras de la cual dependan las Escuelas de Periodismo y un director o ex director de las Escuelas de Periodismo de alguna de las universidades del Estado o reconocidas por éste. Estos dos últimos representantes serán designados por el Consejo de Rectores. Se eliminan así los representantes de los Colegios de Periodistas y el representante de la Sech.

Respecto de la sesión en que el jurado determine el premio, ésta deberá contar con la asistencia de los dos tercios de sus miembros. El acuerdo respectivo se adoptará por simple mayoría. En caso de empate, el presidente del jurado dirimirá.

La ley mantenía la obligación de que los candidatos debían ser propuestos por «instituciones de notoria solvencia intelectual en la materia; tres o más personas que hayan sido agraciadas con el premio respectivo en la misma especialidad; o las facultades universitarias pertinentes».

Asimismo, las propuestas se formularían mediante un informe documentado de méritos entregado en la Secretaría del Instituto de Chile durante el mes de mayo del año en que deba conferirse el galardón. Cada una de las

instituciones, el conjunto de personas y cada una de las facultades universitarias a que se refiere el párrafo anterior no podrían proponer más de un candidato a la especialidad.

Dos años después, el presidente Augusto Pinochet, a través del DFL del 11 de mayo de 1988 refunde, coordina y sistematiza las normas que rigen los Premios Nacionales. Se establecen los plazos de postulación y deliberaciones del jurado y se reajustan los montos de acuerdo al Índice de Precios al Consumidor.

LEY ACTUAL

En 1991, el gobierno de Patricio Aylwin y el ministro de Educación de entonces, Ricardo Lagos, modificó el DFL del 11 de mayo de 1988. La ley número 19.169 del 26 de septiembre de 1992 —que rige hasta hoy— estipula que serán once los Premios Nacionales: Literatura, Historia, Periodismo, Ciencias Exactas, Ciencias Naturales, Ciencias Aplicadas y Tecnológicas, Ciencias de la Educación, Artes Plásticas, Artes Musicales, Artes de la Representación y Audiovisuales, Humanidades y Ciencias Sociales.

Interesante es destacar que la ley establece que «en forma excepcional, el galardón podrá ser otorgado a una persona extranjera de larga residencia en Chile y cuya obra científica o creativa se haya desarrollado en el país y signifique un aporte de excelencia y relevancia a la ciencia, la cultura o el arte nacionales».

El premio seguiría siendo conferido cada dos años y en forma indivisible. «No obstante; el jurado, por la unanimidad de sus miembros, en casos calificados podrá asignar el premio conjuntamente a dos o más personas que hayan constituido un equipo de trabajo en forma tal que sea difícil o injusto atribuirlo a sólo uno de ellos por ser de mérito colectivo, o excluirlo de él, por haber realizado en conjunto una obra excepcional. En tal caso corresponderá al jurado, por la misma unanimidad, determinar la proporción o forma en que cada premiado participará de los beneficios económicos que el galardón contempla».

Una importante modificación es la que elimina la obligatoriedad de un informe de méritos; cualquier persona natural puede postular a la obtención del premio, indistintamente de que cualquier institución pudiese postular su nombre como propio.

Los premios se otorgarán en número de cinco y seis cada año, respectivamente, según la siguiente alternancia: en los años pares, los Premios de Literatura, de Ciencias

Naturales, de Ciencias Aplicadas y Tecnológicas, de Historia y de Artes Musicales; en los años impares, los Premios de Periodismo, de Ciencias Exactas, de Ciencias de la Educación, de Artes Plásticas, de Artes de la Representación y Audiovisuales y de Humanidades y Ciencias Sociales.

La composición del jurado también cambia significativamente: los miembros se reducen a cinco y se reincorpora al rector de la Universidad de Chile, que había sido marginado desde 1974, cuando la Junta Militar cambió la legislación. Así, el jurado queda compuesto por el ministro de Educación, el rector de la Universidad de Chile —quienes podrán delegar su representación— y el último galardonado con el Premio (de no existir éste, el jurado faltante será designado por los demás miembros del respectivo jurado). A ellos se suman el representante del Consejo de Rectores, elegido entre el resto de las universidades integrantes que impartan la carrera de periodismo, y el presidente del Instituto de Chile.

Se determina que el jurado podrá declarar desiertos los premios que establece esta ley, sin expresión de causa. También se lo declara soberano en la selección de postulantes.

Reunidos separadamente, cada miembro del jurado deliberará con entera libertad y procederá a elegir de entre sus miembros a un presidente y a un secretario que actuará como ministro de fe. Los jurados serán conocidos en el mes de julio de cada año, deberán reunirse durante el mes de agosto del año en que corresponda discernir el premio y emitirán su fallo en el plazo máximo de treinta días a contar de su constitución.

La sesión en que el jurado determine el premio deberá contar con la asistencia de, a lo menos, los dos tercios de sus miembros y el acuerdo respectivo se adoptará por simple mayoría, votando el ministro de Educación, una vez

que hayan emitido sus votos los restantes miembros del jurado. En caso de empate, dirimirá el presidente del jurado.

Las deliberaciones del jurado serán confidenciales, como asimismo la información que hayan tenido a la vista para discernir los respectivos premios. El fallo deberá ser fundado, destacando los méritos intelectuales de los agraciados y la trascendencia de su obra.

La pensión vitalicia se pagará mensualmente a contar del 1º de enero del año siguiente al del otorgamiento del premio y estará sujeta a las normas tributarias vigentes. La pensión vitalicia será compatible, en su totalidad, con cualquier otra remuneración que el beneficiario perciba o pueda percibir en el futuro.

Cada premio nacional establecido en esta ley comprende los siguientes galardones:

1.- Un diploma.

2.- Una suma ascendente a \$6.562.457, cantidad que se reajustará anualmente a contar del año 1993, en el porcentaje correspondiente a la variación del IPC experimentada durante un año calendario anterior.

3.- Una pensión vitalicia mensual que, a partir del 1º de enero de 1991, será equivalente a 20 Unidades Tributarias Mensuales, calculadas según el valor que dicha unidad tenga el mes de enero de cada año, y cuyo monto se mantendrá sin variación durante todo el año, tanto para los actuales beneficiados de estas pensiones como para los futuros galardonados.

En caso de fallecimiento del beneficiario de la pensión vitalicia, tendrán derecho a continuar percibiendo esta pensión su cónyuge sobreviviente y sus hijos menores, en la proporción de un 50% para el cónyuge y el otro 50% para los hijos menores.

Anexo 3

Cuadro reformas: *Premio Nacional de Periodismo*

AÑO	LEY	REFERENCIA	AUTORIDADES	JURADO	PREMIOS
1953	11.479	Creación Premio Nacional de Periodismo. Tres menciones: Crónica, Redacción y Gráfica.	Presidente Carlos Ibáñez del Campo. Ministro Guillermo del Pedregal (Hacienda).	Presidente Senado, Rector U. Chile, Representantes Círculos de Periodistas Stgo., Valpo., y Concepción.	\$400.000 anuales, distribuidos en partes iguales.
1964	15.600	Se añade mención Dibujo Periodístico.	Presidente Jorge Alessandri. Ministro Luis Mackenna (Hacienda).		E° 6.000, dividido partes iguales.
1972	17.595	• Bianual.	Presidente Salvador Allende. Ministro Mario Astorga (Educación).	Presidentes ambas ramas Congreso, Rector U. Chile, Presidente Colegio Nacional, Presidente Colegios Regionales (Antof., Valpo., Concep., Osorno), Presidente Círculo Periodistas de Stgo.	Se agrega pensión vitalicia de ocho sueldos vitalices mensuales Escala A. Dpto. Santiago. Se entrega después de cumplir 45 años.
1974	DFL. 681	Se reanuda en 1975 con los siguientes cambios: • Único y selectivo. • Se exige proposición de candidatos con Informe de Méritos al Instituto de Chile.	Presidente Augusto Pinochet. Junta Militar.	Ministro de Educación, Presidente Colegio Nacional, representante colegio regionales, representante SECH, representante Consejo Rectores elegido por académicos de Escuela Periodismo y Artes de la Comunicación.	Se reajusta a 50 sueldos vitales mensuales Dpto. Stgo. Pensión vitalicia 8 sueldos vitales mensuales, compatible con otra pensión.
1978	DFL. 2.396	• Se fija premio en pesos.	Presidente Augusto Pinochet. Ministro Luis Neumann (Educación).		\$370.500 por cada uno. Pensión vitalicia de \$15.900 con IPC.
1986	Ley 18.541	• Se cambia composición de jurado. • Se elimina concepto menciones. • Se incluye Periodismo Audiovisual. • Se propone alternancia en especialidades.	Presidente Augusto Pinochet. Ministro Sergio Gaete (Educación).	Preside Ministro de Educación. Presidente Instituto de Chile, Presidente Academia Cs. Sociales, Decano o ex dec. Facultad Letras, Director o ex director Esc. Periodismo, dos últimos representantes nominados por Consejo Rectores. Quorum de 2/3. Se aprueba por simple mayoría y el Presidente dirige.	
1988	DFL 1		Presidente Augusto Pinochet. Ministro Juan A. Guzmán (Educación).		Suma de 1978 reajustada.
1992	19.169	Ley actual: • Se elimina Informe de Méritos. • Cambio en composición del Jurado.	Patricio Aylwin. Ministro Ricardo Lagos (Educación).	Cinco miembros. Tres permanentes: M. Educación, Rector UCH, último galardonado; Representante Consejo Rectores, Presidente Inst.Chile.	\$ 6.000.562,457 reajustables IPC. Pensión vitalicia 20 UTM mensuales.

Índice onomástico

- Abad, Pepe: 255
Abeliuk, René: 232
Aburto, Germán: 220
Acevedo Hernández, Antonio: 97
Aguayo, Sonia: 268
Agüero María del Pilar: 244-245
Agüero, Guillermo: 242-244-251
Agüero, Juan Guillermo: 243-244
Aguilera, Isaías: 106
Aguirre Cerda, Pedro: 12-48-113-116-156
Aguirre, Carmen: 270-274
Aguirre, María Elena: 243
Ahumada, Humberto: 256
Alamos, María Teresa: 249
Alarcón, Roberto: 96
Albornoz, Marta: 86-90-91
Aldunate, Elvira: 155-164
Aldunate, Florencio: 172
Aldunate, Isabel: 269
Aldunate, Roberto: 36
Alegría, Fernando: 23
Alegría, Román: 199
Alessandri Palma, Arturo: 24-25-41-98-107-112-113-114-116
Alessandri, Fernando: 50
Alessandri, Jorge: 13-74-77-113-114-116-134-135-147-157-160-183-184-199-235
Alfonsín, Raúl: 235
Allamand, Andrés: 232
Allende Gossens, Salvador: 13-34-38-39-42-46-62-63-64-100-113-114-116-134-135-136-143-159-160-161-162-163-183-196-200-206-207-209-222-24-232-235-244-247-266-272-282.
Allende, Isabel: 242
Almeyda, Clodomiro: 135-146-157
Altamirano, Carlos: 146-157
Álvarez Baltierra, Luis: 143
Álvarez Sotomayor: 113
Alvear, Enrique: 265
Álvez Catalán, Hernán: 122
Amenábar Correa, Juan Eduardo: 237-238
Amenábar, Eduardo: 230-234-238
Amenábar, Laura: 243
Amengual, Patricio: 201
Amigo, Patricio: 230
Amunátegui, Domingo: 109
Anwandter, Nicolás: 66
Araneda, Fidel: 188
Araya, Efrén: 64
Arcuch, Andrés: 11-17-124-237-250
Arellano Stark, Sergio: 271
Arellano, José Pablo: 285
Arellano, Óscar: 119
Argandoña, Raquel: 230
Ariztía Bezanilla, Marta: 227
Arnero, José: 108
Arraigada, Genaro: 224
Arrate, Jorge: 243-248-249
Arrate, Olga: 188
Arrau, Claudio: 181
Arroyo, María Teresa: 208
Arthur, Blanca: 233-245-249
Arze, Alejandro: 249
Asís, Aminie: 141-147-149-150
Aspee, Luis: 13
Asquini, Pedro: 70-72-75
Astaire, Fred: 219
Astorga, Mario: 13
Atria, Manuel: 156
Avilés, María de los Ángeles: 18-78-80
Aylwin, Francisco: 198
Aylwin, Mariana: 103-164
Aylwin, Patricio: 14-148-149-160-202-235-272
Azócar, Rubén: 182
Azorín: 96-101
Badiola, Sergio: 144
Balmaceda, José Manuel: 12-20
Balzac, Honore: 155
Banda, Hernán: 260
Baraona, Pablo: 17-224-245
Baroja, Pío: 96-123-183
Barrera, Eva: 118-119-125
Barrios, Eduardo: 96-100
Barros Borgoño, Luis: 24
Barros Luco, Ramón: 60-96-109
Barros Ortiz, Diego: 188
Barros, José: 87
Barthes, Roland: 9
Bascuñan, Carlos: 103-164
Bascuñan, Homero: 183
Bascur, Alejandro: 11-163
Batista, Fulgencio: 50
Béjares, Hernán: 144
Bello, Ana Luisa: 85-87
Bello, Andrés: 90
Beri, David: 89
Bernal, Arias: 114
Bernaldo de Quiroz, Pilar: 283-287
Bilbao, Francisco: 86
Billa, Agustín: 227
Blanco Martínez, Guillermo: 275 a 287-9-11-15-17-144-174-242
Blanco Medina, Guillermo: 276-278-286
Blanco, Jaime: 282-286
Blanco, Mónica: 144-277-282-286-287
Blanco, Pilar: 282-284-286
Blanco, Rosita: 282-286
Blaya, Joaquín: 112
Bodini, Hugo: 242
Boehm, Günther: 279
Boizard, Ricardo: 198
Bolocco, Cecilia: 214
Borg, Bjorn: 210
Bosco, Celina: 40

- Boza, Luis Roberto: 183
 Brahm, Cecilia: 242
 Braun, Bengt: 222
 Brevis, Paula: 11-17- 124-203-250
 Briones, Carlos: 224
 Broz Jossip (Tito): 74
 Bruzzone, Pfa: 226
 Bull, John: 106
 Bulnes, Francisco: 222-249
 Burotto, Darío: 116
 Bussi, Hortencia: 100
 Bustos, Juan Gabriel: 210-212-213-214
 C Gazmuri: 164
 Cabrera Leiva, Orlando: 76-80-223
 Cabrera Méndez, Rafael: 60
 Calderón, Alfonso: 10-18-67-90-91-144-281
 Calm, Lillian: 225-248
 Campaña, Gustavo: 63
 Campaña, Roberto: 109
 Campos Menéndez, Enrique: 188-259
 Camus, María Eugenia: 152
 Canales, Guillermo: 17-59-67
 Cánepa Guzmán, Mario: 94-103
 Cánepa, Lisandro: 58-59-67
 Canetti, Elías: 123
 Cardemil, Alberto: 147
 Cárdenas, Juan Pablo: 272
 Cariola, Carlos: 97-100-254-261
 Carlos Marx: 183
 Carneyro, Mario: 183-209-247
 Carrasco de Illanes, Elvira: 230-231-233
 Carrasco, Sergio: 198
 Cartier, Raymond: 79
 Casali, Sebastián: 260
 Castillo Velasco, Fernando: 241
 Castillo, Francisco: 276-283-287
 Castillo, Hernán: 214
 Castillo, Jaime: 222
 Castro, Baltasar: 36
 Castro, Fidel: 39-46-50-51-74-157-163-207-232-244
 Castro, Lautaro: 268
 Castro, Óscar: 183
 Cavallo, Ascanio: 147-151
 Cela, Camilo José: 123
 Celedón, Jaime: 195-259
 Centeno, Guillermo: 144
 Cerda, Pedro: 33-89-109-111-112
 Chadwick, Marie Paulie: 241
 Chaigneau, Eduardo: 247
 Chamorro, Gustavo: 64
 Chaplin, Charles: 111
 Charles, Solange: 224
 Che Guevara: 282
 Chejov, Anton: 96
 Chichester, Francis: 211-215
 Chonchol, Jacques: 160
 Cid, Enrique: 143
 Cienfuegos, Iván: 132-188-282
 Ciudad, Mario: 89
 Cocteau, Jean: 74-76
 Coloane, Francisco: 183-187
 Colón, Cristóbal: 54
 Comandari, Mónica: 214-233
 Compton, Percy: 118
 Conan Doyle, Arthur: 183
 Contardo, Sergio: 242
 Contreras Labarca, Carlos: 33-258
 Contreras, Abelardo: 13
 Contreras, Ciriaco: 22
 Contreras, Cristián: 247
 Cordero, Raquel: 209-242
 Cornejo, Patricio: 209-210
 Correa, Laura: 194-195-196-204
 Correa, Mabel: 144
 Correa, Onofre: 194
 Correa, Raquel: 11-15-17- 229 a 238-243-247-249-259
 Correa, Sofía: 103
 Cousteau, Jacques: 38
 Cristi, Lucía: 277-282-286
 Cruchaga, Ángel: 183
 Cruz, Luciano: 41
 Cuadra, Francisco Javier: 247
 Cuevas, Ana: 137
 Cumsille, Rafael: 233
 Dahm, Jorge: 223-243
 Dalí, Salvador: 74
 Darío, Rubén: 61-67
 Dávila, Carlos: 13
 De Alas, Claudio: 90
 De Amesti, Félix: 255
 De Beauvoir, Simone: 74
 De Castro, Sergio: 233-245
 De Cervantes, Miguel: 96
 De Gaulle, Charles: 54
 De la Barra, Alejandro: 39
 De la Barra, Exequiel: 89
 De la Cerda, María Soledad: 17
 De la Cerda, Patricia: 40
 De la Cruz, Guayo: 110
 De la Vega Bravo, Daniel: 94
 De la Vega Letelier, Miguel Ángel: 99-103
 De la Vega Letelier, Rodrigo: 99-100
 De la Vega Letelier, Ximena: 99-103
 De la Vega Navarrete, Silvadina: 99-103
 De la Vega Retes, Daniel: 99-103
 De la Vega Retes, Rebeca: 99-103
 De la Vega Santander, Cristián: 100-103
 De la Vega Uribe, Augusto: 94
 De la Vega Uribe, Daniel: 93 a 103-58-9-11-15-17- 27-257
 De la Vega Uribe, María Agustina: 94
 De la Vega Uribe, María Eugenia: 94
 De la Vega, Fernando: 94
 De la Vega, Ramiro: 17-58-60-61-63-65-66-67-95-97-98-99-103
 De Lannoy, Philippe: 111
 De los Ríos y Lisperguer, Catalina: 73
 De Luigi, Juan: 129
 De Luigi, María Angélica: 246
 De Molinos, Miguel: 186
 De Piante, Roger: 211
 De Rokha, Pablo: 183
 Del Campo de Montt, Sara: 87
 Del Campo, Santiago: 63-115
 Del Río, María Paz: 144-148
 Del Villar, Emilio: 96
 Délano Frederick, Jorge (Coke): 105 a 116-13-15-18-61-62-63-67-96-114-159
 Délano Ramírez, Adriana: 111-114-116
 Délano Ramírez, Jorge: 110-114-116
 Délano Roosevelt, Franklin: 111
 Délano, Alfredo: 107-116
 Délano, Luis Enrique: 49
 Delpiano, María Olga: 242-244
 Deramond, Luis: 63-66-67
 Díaz Arrieta, Hernán (Alone): 12-183-26-28-29-66-91-101-106-158-159
 Díaz Casanueva, Humberto: 183
 Díaz Garcés, Joaquín: 12-24
 Díaz Hurtado, Fernando: 131-138
 Díaz Hurtado, María Soledad: 131-132-133-137-138
 Díaz León, Clemente: 26
 Díaz Palma, Fernando: 11-15-17-127 a

- 138-154-158-164-184-188-191-212-213-214-251-256-257-258-260-261
 Díaz, Clemente: 156
 Díaz, José: 29
 Díaz, Pablo: 128-129-138
 Díaz, Rigoberto: 188
 Diessel, Elena: 58-61-66-67
 Diez, María Isabel: 242
 Disney, Walt: 110-111
 Dittborn, Carlos: 259
 Donoso Loero, Teresa: 247
 Donoso, Armando: 25-96
 Donoso, Hugo: 96
 Donoso, Jorge: 272
 Donoso, José: 72-123-279
 Dostoievsky, Fedor: 96-155
 Dr. Lazaeta: 90
 Dupuy, Ángeles: 91
 Durán, Fernando: 13-157-158
 Durán, Julio: 55-221
 Eaglehurst Ramos, Percy: 174
 Eastman de Edwards, Chabela: 212
 Eça de Queiroz, José María: 101
 Echenique, Joaquín: 23
 Echeverría Bello, Inés: 86
 Echeverría, Mónica: 241
 Edwards de Cars, Teresa: 168
 Edwards Eastman, Agustín: 58-59-82-83-135-157-161-210-211-214-226-279
 Edwards Mac Clure, Agustín: 11-12-24-26
 Edwards Matte, Luis: 72
 Edwards, Jorge: 91-184
 Edwards, María Luisa.: 11-90
 Edwars Bello, Joaquín: 9-11-12-15-18-81 a 91-112-186
 Edwards, Bernardo: 91
 Ehrmann, Hans: 144
 Emeth, Omer: 66
 Emmerich, Fernando: 187-190
 Entrala, Igor: 199-233
 Errázuriz, María Ignacia: 116
 Escalona, Camilo: 163
 Escobar Zamora, Agustín: 141
 Escobar, Agustín: 50
 Escuti, Misael: 258
 Espejo Ibáñez, Ema: 59-67
 Espinoza, Héctor: 62-64
 Espinoza, Juan: 123
 Espósito, Carolina: 150
 Estay, Jaime: 207
 Etcheberry, Alfredo: 224
 Evans, Soledad: 11-287
 Eyzaguirre, Alejandra: 115
 Eyzaguirre, Jaime: 156-221-222
 Eyzaguirre, José María: 230
 Eyzaguirre, Luis: 258
 Faivovich, Ángel: 189
 Farías, Hernán: 206-207
 Fernández del Río, Gustavo: 156
 Fernández Larraín, Sergio: 53
 Fernández Zegers, Alberto: 219
 Fernández Zegers, Max: 219
 Fernández, Mario: 224
 Fernández, Sergio: 146
 Ferrero, Mario: 188
 Feyer, George: 61
 Fierro, María: 47-51
 Figueroa Larraín, Emiliano: 108
 Filippi Asís, Emilio Eduardo: 142-148-149-150
 Filippi Jiménez, Enrique: 140-150
 Filippi Muratto, Adriana: 140
 Filippi Muratto, Gustavo: 140
 Filippi, Aminie: 148-150
 Filippi, Santiago Emilio: 149
 Fillipi Muratto, Emilio: 13-15-18-39-134 139 a 152-199-200-201-267-268-274
 Fillol, Jaime: 209
 Finlayson, Clarence: 156
 Flisfisch, Ángel: 224
 Flores, Alejandro: 112
 Flores, Andrea: 150
 Fontaine Aldunate, Arturo: 153 a 164-11-14-15-17-58-59-65-67-135-164-206-223-246
 Fontaine Pepper, Jeannette: 149
 Fontaine Talavera, Bernardo: 154-161-164
 Fontaine Talavera, Cecilia: 155-164
 Fontaine Talavera, Hernán: 154-164
 Fontaine Talavera, Juan Andrés: 154-164
 Fontaine Talavera, María Paz: 155-164
 Fontaine, Jorge: 155
 Fontaine, Pablo: 155
 Fontaine, Valentina: 154
 Ford, John: 219
 Fornazzari, Pedro: 256
 Fouilloux, Alberto: 258
 Foxley, Ana María: 144
 France, Anatole: 101
 Franulic, Dobrila: 18-70-71-72-75-76-78
 Franulic, Lenka: 69 a 80-11-15-18-37-63-197-198-231-236-237
 Franulic, Mateo: 70-80
 Frederick, Emma: 107-116
 Frederick, Leonor: 107
 Frei Bolívar, Arturo: 184
 Frei Montalva, Eduardo: 38-40-41-55-60-63-64-100-113-114-116-130-160-188-189-224-235-265
 Frei Ruiz-Tagle, Eduardo: 223-235
 Frei, Carmen: 269
 Freud, Sigmund: 183
 Frías Valenzuela: 29
 Frontaura, Juan: 281
 Frontaura, Rafael: 50-96-97-112
 Fuentealba, Marcela: 103
 Fuentes, Adolfo: 89
 Gacitúa, Óscar: 276
 Gaete, Sergio: 14-194-196
 Gagarín, Yuri: 79
 Galeacci Lizzi: 198
 Gallardo, Paulina: 18-121-122-123-125
 Gamboa, Alberto: 198
 Gamonal, Germán: 38-43
 Gandolfo, Rafael: 156
 Garafulic, Lily: 78
 Gárate, Claudio: 233
 Garbo, Greta: 76
 García Alamos: 208
 García Hurtado de Mendoza: 281
 García, Marta: 60-67
 García, Ricardo: 147-272
 García-Huidobro, Carolina: 18
 Garderats, Luis Alberto: 203-223
 Gardeweg, Carmen: 62-67
 Garfias, Mario: 183
 Garfias, Mimí: 181-183-189
 Garfias, Octavio: 89
 Garretón, Alejandro: 13-112
 Gatica, Carmen: 241
 Giaconi, Claudio: 279
 Gibran Khalil, Khalil: 97
 Gigoux, Byron: 98-129-130-131-133-

- 183-202
 Giogi, Ernesto: 103
 Goldsack, Hugo: 53-99
 Gómez López, José: 184
 Gómez López, Mario: 48-49
 Gómez Millas, Juan: 50
 Gómez Pablo, Amaro: 272
 Gómiz, Lorenzo: 211
 Góngora, Mario: 156
 González Alfaro, Raúl: 256
 González Camus, Ignacio: 194
 González Videla, Gabriel: 55-61-74-113-116-156-209-215
 González, Ana: 269
 González, Francisco: 189
 González, Juan Antonio: 212
 González, Mónica: 249-272-273
 González, Norma Adriana: 256-257-261
 González, Pedro Antonio: 98
 González, Pedro: 88
 González, Renato: 53-256
 Gorbachov, Mijail: 242-247
 Gorki, Máximo: 21
 Gossens, Cristián: 272
 Griffith, David W.: 111
 Guerrero, Francisco: 196
 Guerrero, Roberto: 17-278
 Guimarães Rosa, João: 87
 Guistand, Philippe: 213
 Gumucio, Pablo: 199
 Guzmán Cruchaga, Juan: 96
 Guzmán Tapia, Juan: 272
 Guzmán, Delfina: 195
 Guzmán, Jaime: 160-224-259
 Guzmán, José Antonio: 249
 Guzmán, Nicomedes: 186
 Guzmán, Patricia: 231-242-249
 Guzmán, Rosario: 177
 Hales, Jaime: 269-272-274
 Hamilton, Juan: 147-198
 Hant, Carlos: 189
 Harlow, Jean: 111
 Harte, Bret: 21
 Hasbún, Raúl: 197-243
 Hepp K., Ricardo: 11-18-122-123-124
 Hernández Parker, Eduardo: 32-37
 Hernández Parker, Luis: 11-13-15-18-31 a 43-50-73-143-148-197-199-242
 Hernández Solimano, Francisca: 36-37
 Hernández Solimano, Paula: 36-43
 Hernández Solimano, Pedro: 37-38
 Hernández Volosky, Ery: 35
 Hernández Volosky, Iván: 35
 Hernández Volosky, Luis Hernán: 35
 Hernández Volosky, Silvia: 32-34-35-37-38-39-43
 Hernández, Gabriel: 247
 Hernández, Miguel: 202
 Herrera, Rodrigo: 190
 Hertz, Carmen: 265
 Hinrichsen, Mónica: 11-214
 Hitchcock, Alfred: 111
 Hitler, Adolfo: 9-51-52-113
 Holiday, Billie: 208
 Hott, Jacqueline: 16
 Hübner Bezanilla, Jorge: 96
 Huidobro, Vicente: 183-186-281
 Hurtado Borne, René: 100
 Hurtado, Graciela: 131-132-133-137-138
 Hurtado, María Consuelo: 11-102
 Hurtado, María Elena: 242
 Hurtado, María: 241
 Huxley, Aldous: 74
 Ibáñez del Campo, Carlos: 12-33-35-36-60-74-90-100-110-112-113-157-218
 Ibáñez, José Miguel (Ignacio Valente): 66-242
 Iglesias, Julio: 63-247
 Illanes, Juan Pablo: 176-177
 Inostroza, Jorge: 219
 Irureta, Narciso: 42
 Izquierdo, Felipe: 214
 Jadue, Oscar: 273
 Jaque, Kanda: 46-50-52-53-54-55-56
 Jara Márquez, Arturo: 195
 Jaramillo, Armando: 232
 Jarlán, André: 270
 Jiménez, Jorge: 124
 Jiménez, Tucapel: 158-162
 Johns, Vilma: 198-204
 Johnson, Walter: 246
 Jolson, Al: 110
 Jorquera, Carlos: 199
 Juan Pablo II: 136-220-246
 Jung, Julio: 195
 Kaiser, Vanessa: 11-273
 Kaplan, Jorge: 212
 Kast, Miguel: 245
 Keaton, Buster: 111
 Kennedy, Jackie: 230
 Kennedy, John: 79
 Kissinger, Henry: 235
 Kreutzberger, Mario: 224-257-258
 Krumm, Cristián: 190
 Krushev, Nikita: 79
 La Católica, Isabel: 54
 Labarca, Mariana: 20-21-29
 Laborde, Miguel: 116
 Laferte, Elías: 33
 Lafourcade, Enrique: 52-246-279
 Lagos Escobar, Ricardo: 11-14-234-235-237
 Lamas Ibieta, Aurelio: 142
 Landa, Honorino: 258
 Landau, Saul: 246
 Lanzarotti, Juan: 223
 Lanzarotti, Julio: 13-35-37-141-197-199-231
 Larraín, Consuelo: 16
 Larraín, Pablo: 208
 Larraín, Rosario: 242
 Larraín, Luis: 280
 Latorre, Eduardo: 158
 Latorre, María Carlota: 181
 Latorre, Mariano: 72-85-96
 Lavados, Jaime: 249-259
 Lawrence, D. H.: 183
 Lawson Ríos, Jenny: 196
 Lazcano Herrera, Armando: 142
 Lazo, Carlos: 222
 Le Dantec, Francisco: 170
 Le Roy, Raúl: 141
 Lecaros, María José: 148-225
 Lecourt, Eduardo: 66
 Lefevre, Alfredo: 156
 Leigh, Gustavo: 209
 Leighton, Bernardo: 198-202
 Lenin: 51-112
 Léniz, Fernando: 2 24
 Letelier, Fabiola: 246
 Letelier, Georgina: 99-100-103
 Letelier, Orlando: 246
 Lewis Silva, Cecilia: 17-61-63-67
 Lewis Silva, Constanza: 61-63-64-66-67
 Lewis Silva, Gloria: 61-63
 Lieux, Alfredo: 47
 Lillo, Baldomero: 21
 Lipmann, Walter: 79-143
 Lira Massi, Eugenio: 50-199
 Lira Pérez, Osvaldo: 156

- Lira Urquieta, Enrique: 207-208
 Lira, Enrique: 215
 Lira, Fernando: 215
 Lira, Isabel: 208
 Lira, Juan Enrique: 11-15-17-133-137-244-205 a215
 Lira, María Angélica: 208-210-211-215
 Lira, Pedro: 208
 Lira, Ricardo: 215
 Lobos Koyck, María Teresa: 170-177
 López Blanco, Julio: 189
 López Salgado, Humberto: 140
 López, Verónica: 48-50-52-55-56-233
 Luco Cruchaga, Germán: 96-100
 Lumiere, Criogenina: 32
 Lutero: 74
 Mac Hale, Tomás: 18-29-160
 Mackenna Schiell, Luis: 114
 Madame Duchesne: 108
 Madame Michaud: 114
 Madariaga, Mónica: 181
 Maffit, Michael: 246
 Magnet, Alejandro: 144-276-277-280-287
 Maldonado de Silva, Francisco: 279
 Maluenda Araos, Aarón: 20-21-29
 Maluenda Labarca, Rafael: 19 a 29
 Maluenda, Rafael: 9-11-13-15-61-67-157
 Mann, Thomas: 74
 Manteola, Raúl: 50
 Marfán, Octavio: 242
 María Olga: 208
 Marie: 84
 Marín Del Solar, Mercedes: 76
 Marín Verdugo, Ángela: 267-273
 Marín Verdugo, Diego: 270-273
 Marín Verdugo, Edgardo: 273
 Marín Verdugo, Felipe: 266-267-270-273
 Marín, Berta : 118
 Marín, Edgardo: 264-265-266-269
 Marín, Pablo: 11-28
 Marinello, Juan Domingo: 212-215
 Maritain, Jacques: 160
 Marsá Vancells, Plutarco: 76-80
 Martín, Nicole: 237
 Martínez Sotomayor, Carlos: 224
 Martínez, Gutenberg: 224
 Martínez, Jaime: 18-223-225-226-227-249-281
 Martínez, José: 254-261
 Martínez, Julio: 253 a 261-15-251
 Martínez, Manuel: 211
 Martínez, Marcelino: 163
 Martínez, Silvano: 247
 Martínez, Vicenta: 276-278-286
 Martinic, Wladimiro: 194
 Matarasso, Maissa: 61
 Matas, Raúl: 53
 Matte, Arturo: 213-218
 Matte, Elvira: 211-214-215
 Marín Verdugo, José Manuel: 273
 Matte, Luis: 271
 Maturana, Renato: 46
 Maurois, André: 77
 Maza, José: 79
 Medina, Cruz: 279
 Medina, Jorge: 280
 Melfi, Domingo: 89-96
 Melnick, Rosita: 272
 Melo, Trinidad: 199-204
 Menem, Carlos: 235
 Merino Castro, Toribio: 202
 Merino, Rosa Aurelia: 194
 Mertz Cerda, Oscar: 13
 Miguel Ángel: 112
 Millas Argomedo, Eduardo: 194
 Millas Argomedo, Luis: 194
 Millas Argomedo, Raquel: 194
 Millas Correa, Carmen: 195-204
 Millas Correa, Guillermo: 195-204
 Millas Correa, José: 195
 Millas Correa, Orlando: 195-199-200-202-204-259
 Millas Correa, Renato: 195-196-204
 Millas Lawson, Dolly: 196-204
 Millas Yáñez, Emiliano: 194
 Millas, Amelia: 194
 Millas, Columbano: 194-195-196-204
 Millas, Criatian: 198-204
 Millas, Cristóbal: 199-204
 Millas, Daniela: 198-204
 Millas, Emiliano: 194
 Millas, Felipe: 199-204
 Millas, Hernán: 193 a 204-11-14-15-17-37-38-39-43-71-77-80-141-144-146-174-177-231
 Millas, José Manuel: 194
 Millas, Marcia: 197-204
 Millas, Patricio: 197-203-204
 Millas, Rodrigo: 199-204
 Miller, Hugo: 231
 Mister Huifa: 256
 Mistral, Gabriela: 55-74-76-98-100-183
 Molina, Claudio: 234
 Molina, Pilar: 233
 Molina, Sergio: 259
 Molinare, Nicanor: 109
 Mönkeberg, María Olivia: 144-148-269-274
 Monseñor Fragnano: 242
 Montaigne: 62-123
 Montalbetti, Marco: 176
 Montalva, Trinidad: 66
 Montenegro, Alejandro: 144
 Montero, Antonio: 188
 Montero, Enrique: 136
 Montero, Juan Esteban: 112-113-116
 Montes, Hugo: 100-281
 Montt, Gonzalo: 22
 Montt, Jorge: 94-107-109
 Morel Donoso, Enrique: 145-146
 Moreno Laval, Jaime: 144-201
 Moreno Toledano, Julio: 185
 Moroni: 64
 Mouesca, Jacqueline: 116
 Mundt Fierro, Lucía: 18-46-47-49-56
 Mundt Fierro, Santiago: 9-14-18- 45 a 56- 79-80-113-114-116-198
 Mundt Jaque, Bárbara: 18-46-50-52-53-54-55-56
 Mundt, Santiago: 47-48
 Muñoz, Ernesto: 116
 Muratto Morán, Elisa: 140-150
 Mussolini: 278
 Navarrete, Jorge: 259
 Navarrete, Marcia: 197-204
 Navarro, Sergio: 258
 Navasal, José María: 157-158
 Navasal, José María: 27-244
 Negrete, Jorge: 197
 Neruda, Pablo: 49-52-76-78-98-99-101-143-183-184-188-281
 Nixon: 223
 Norambuena, Rubén: 207
 Novoa, Jovino: 232
 O'Ryan, Juan Pablo: 148

- Olea, Hugo: 121
 Olivares, Augusto: 63-135-199
 Onetto, Rodolfo: 50
 Onofre Jarpa, Sergio: 64-147
 Onofroff (maestro): 109
 Orellana, Carlos: 116
 Orozco, Héctor: 38
 Orrego Vicuña, Claudio: 268
 Orrego, Gonzalo: 46-77
 Ortega, Alfonso: 174
 Ortega: 183
 Ortiz Quiroga, Luis: 224
 Ortúzar Escobar, Enrique: 55-147-198
 Ortúzar Vial, Fernando: 60
 Osses, Enrique: 50
 Otero, Rafael: 37-197-198-232
 Otero: 77
 Oyarzún, María Eugenia: 77-80-156-194-199-201-214-243-250
 Oyarzún, Mila: 188
 Pacheco Barrera, Alfredo: 117 a 125-11-15-17-18-77-80
 Pacheco Barrera, Edith Adriana: 118-119
 Pacheco Barrera, Edmundo Aylwine: 118
 Pacheco Barrera, Eduardo Arturo: 118
 Pacheco Barrera, Elena Alicia: 118
 Pacheco Barrera, Enrique Alberto: 118
 Pacheco Barrera, Eva Aracely: 118
 Pacheco Gallardo, Andrés: 121-122-125
 Pacheco Gallardo, Camilo: 11-118-122-125
 Pacheco, Luis Alberto: 118-125
 Pacheco, Máximo: 134
 Pacull, Juan Emilio: 36-50
 Padre Waugh: 220
 Palacios, Javier: 206
 Palacios, Julio: 143
 Palma Vicuña, Ignacio: 189
 Palma, Albertina: 129
 Palma, Ana María: 269
 Palma, Carlos Alberto: 255
 Palma, Humberto: 129
 Palma, Inés: 128-138
 Panayott, Víctor: 197
 Parker, Luisa: 33
 Pascal García- Huidobro, Enrique: 141
 Pascal: 62
 Paul de Viale Rigo, Roberto: 141
 Paulina (nieta coke): 114
 Paulsen, Fernando: 249-271-272-273-274
 Paz Estensoro, Víctor: 35
 Pecchenino Lobos, Antonella: 170-177
 Pecchenino Lobos, Daniela: 170-177
 Pecchenino Lobos, Franco: 170-177
 Pecchenino Lobos, Giulio: 168-169-170-177
 Pecchenino Lobos, Renzo: 170-177
 Pecchenino, Renzo (Lukas): 13-15-165 a 177-63-223
 Pdte. Marcos de Filipinas: 246
 Pellegrini, Silvia: 148-241-242-243-250-259
 Penna, Tati: 251-261-274
 Peñafiel, Mario: 46
 Peralta, Fernando: 129
 Pérez de Arce, Hermógenes: 154-157-158-163-164-224-247
 Pérez de Cuellar, Javier: 247
 Pérez Freire, Osmán: 106
 Pérez Zujovic, Edmundo: 64-136
 Perón, Juan Domingo: 61-74
 Perón: 218
 Phillipi, Julio: 156
 Phillips, Patricio: 232
 Piaf, Edith: 76-90
 Pinochet Le Brun, Héctor: 189
 Pinochet Ugarte, Augusto: 145-147-161-174-201-209-224-232-234-235-235-246-250-266-267-269-270-271-272
 Pinochet, Lucía: 269
 Pinto, Silvia: 231-236
 Piña, Juan Andrés: 287
 Piñera, Sebastián: 202-259
 Pío XII: 198
 Planet, Mario: 129
 Platón: 62
 Poblete Varas, Hernán: 203
 Poblete, Renato: 249
 Poe, Edgar Allan: 84
 Pollarolo, Fanny: 266-269
 Ponce de León, Susana: 238
 Ponce Lagos, Atalívar: 88
 Portales, Diego: 20
 Pradamos, Julia: 254-257-261
 Prado, Pedro: 23-96-196
 Prado, Raúl: 256
 Prat, Jorge: 156-157
 Prats, Carlos: 38
 Prenafeta, Sergio: 243
 Préndes: 26
 Prieto, Alfredo: 176
 Prieto, Genaro: 112
 Prieto, Jenaro: 12
 Prieto, Patricio: 241-242
 Prodens Saldías, Carlos :89
 Pulido, Roberto: 234
 Pulitzer, Patricia: 146-249
 Pyhong, Joon: 206-207
 Quintana, Carmen Gloria: 270
 Raggi, Arturo: 169
 Raggi, Clarice: 168-169-177
 Ramírez Capello, Enrique: 134-143-144-184-185-191
 Ramírez, Jaime: 258
 Ramírez, Raquel: 110-116
 Rebeco, José Tomás: 177
 Recabarren León, Amelia: 194
 Renard: 101
 Retes, Rebeca: 97-99-103
 Retes, Rogel: 97
 Rey Farouk: 200
 Reyes Covarrubias, Victoriano: 186-198
 Reyes Moscó, Alberto: 174-214
 Reyes, Ximena: 273
 Riesco Grez, Carlos: 213
 Riesco, Germán: 59
 Ríos Gallardo, Conrado: 85
 Ríos, Juan Antonio: 112-113-116-129
 Ríos, Rene (Pepo): 112
 Rivadeneira, Ricardo: 157
 Rivera, Diego: 49
 Roa, Armando: 156-259
 Robinovich, Rosa: 214
 Rodríguez, Eliodoro: 259
 Rodríguez, María Eugenia: 241
 Roger Sotomayor, Jorge: 189
 Rogers, Ginger: 219
 Rojas Denegri, Rodrigo: 270
 Rojas Poblete, Norman: 88
 Rojas, Eladio: 258
 Rojas, Miguel: 169-177
 Romera, Antonio: 106
 Romero, María: 76-244
 Roosevelt, Eleanor: 72-74
 Rosa (abuela parker): 33
 Ross, Yolanda: 76
 Ross, Agustín: 82-83
 Rostand, Jean: 73

- Rozas, María: 269
 Rubio, Félix: 213
 Rufino: 201
 Ruiz-Tagle, Carlos: 279
 Russel, Bertrand: 183
 Sabella, Andrés: 51-137-144
 Saihjo, Syhyo: 213
 Saint Marie, Darío (Valpone): 198-199
 Salamé, René: 224
 Salazar, Manuel: 147
 Salvatierra, Jaime: 148
 Sampaio, Jorge: 149
 Sánchez Latorre, Luis (Filebo): 179 a 191-9-15-27-61-63-67-101-103-130-131-137-138-144-189-202-204
 Sánchez, César: 99
 Sánchez, Cristián: 189
 Sánchez, Jaime: 223
 Sánchez, José Luis: 181
 Sánchez, Leonel: 258
 Sánchez, María Eliana: 189
 Sánchez, Marta: 245-249
 Sánchez, Raúl: 258
 Sánchez, Rodrigo: 189
 Sanfuentes, Emilio: 160
 Sanhueza, Jorge: 112
 Santa Cruz, Hernán: 46
 Santa Cruz, Lucía: 234
 Santander, María: 100-103
 Santibáñez, Abraham: 143-144-149-197-280-284-287
 Santiván, Fernando: 12-85-91-96-97
 Sartre, Jean Paul: 74
 Sayle, Murrey: 211
 Scantlebury, Marcia: 48
 Schnake, Óscar: 49
 Schneider, René: 38-41-64
 Schweitzer Spaisky, Miguel: 62-63
 Schweitzer, Miguel Alex: 62-64-65-67
 Seoane, Manuel: 70-72-73
 Sepúlveda, Mario: 65
 Sepúlveda, Óscar: 147
 Serrano, Loreto: 10-17
 Serrano, Margarita: 154-162-164-234-237
 Serrano, Mauricio: 214
 Serrano, Sol: 103
 Servan-Schreiber, Jean Jacques: 143
 Sharim, Nissim: 195
 Shaw, George Bernard: 101
 Sienna, Pedro: 96-97
 Sierra, Malú: 144-238
 Sierra, Sola: 269
 Sijé, Ramón: 202
 Silva Ávalos, Manuel: 59-67
 Silva Carvallo, Alfredo: 13, 169
 Silva Castro, Raúl: 10-26-29
 Silva de la Fuente, Alejandro: 13
 Silva Espejo, Eliana: 60
 Silva Espejo, Eugenio: 60
 Silva Espejo, Hugo: 60-186-96
 Silva Espejo, Olga: 60
 Silva Espejo, René: 13-15-17-26-27-101-134-135-137-138-157-158-174-206-209-213-223-226-57 a 67-160-162
 Silva García, Ximena: 58-61-67
 Silva Henríquez, Raúl: 145-184-280
 Silva Solar, Julio: 222-283
 Silva Vildósola, Carlos: 12-101-120-247
 Silva, Andrés: 96
 Silva, Juan Ramón: 10-67
 Silva, Mariano: 144
 Silva, Víctor Domingo: 98
 Sinatra, Frank: 209
 Smith, Adam: 162
 Soares, Mario: 149
 Sócrates: 58-62-65
 Soler del Claro, Amalia: 76
 Solimano, María Inés: 18-32-34-37-38-39-40-43
 Solyenitzin, Alexander: 264
 Somerscales, Tomás: 108
 Sor Teresa de Calcuta: 235
 Soto Cerda, Juan Ramón: 268
 Soto Márquez, Rodolfo: 256
 Soto, Serafín: 13
 Sotta, Daniel: 142
 Sour, Hilda: 112
 Souvirón, José María: 281
 Spencer, Jorge: 112
 Spengler, Oswald: 183
 Stalin, José: 74-112-114
 Stendhal, Henri: 101
 Stevens, Godfrey: 213
 Subercaseaux, Elizabeth: 234-235
 Swett, Jorge: 280
 Taboada, Luis: 101
 Tagle, Emilio: 96
 Tagle, Matías: 103
 Tagle, Olga: 241-251
 Talavera, Valentina: 154-157-161-164
 Tapia, Jorge: 143
 Teitelboim, Volodia: 32-33-34-36-38-40-43-101
 Tejeda, Eduardo: 141
 Tejeda, Juan: 47-49
 Todorov, Tzvetan: 274
 Tolstoi, León: 96 -155
 Tomic, Radomiro: 134-160-183
 Torecchio, Donato: 223
 Toro, Jorge: 258
 Torrente, Heliodoro: 37-63-143-197
 Torres Cautivo, Ximena: 238
 Torres Hevia, Carlos: 141
 Torres, Marcela: 77
 Torretti, Sergio: 142
 Trejo, Guillermo: 194
 Trucco Gaete, Manuel: 271
 Ulloa, Emilio: 64
 Unamuno, Miguel de: 123-183-279
 Undurraga, Rafael: 255
 Urbina, Emma: 181
 Urdinola, Lily: 240
 Urenda, Carlos: 157
 Ureta, Rosario: 244
 Uribe Valencia, Agustina: 94
 Urzúa Rosas, Adolfo: 110
 Urzúa, Avelino: 112
 Urzúa, Carol: 269
 Urzúa, Mario: 17
 Uslar Pietri, Arturo: 160
 Vaccaro Rivera, Andrés: 11-18-78
 Valdebenito, Alberto: 13
 Valdebenito, Alfonso: 10
 Valdebenito, Robinson: 267
 Valdés, Abel: 28
 Valdés, Gabriel: 136
 Valdés, María Luisa: 241
 Valdivieso, Rafael: 156-157
 Valenzuela Erazo, Fernando: 224
 Vallade, Fedier: 110
 Valle Inclán: 96
 Valle, Juvencio: 183
 Valpone: 198
 Vargas Fernández, Luis: 224
 Vargas Llosa, Mario: 236
 Vargas, Edmundo: 161
 Vásquez, Luciano: 209
 Vega Sfrasani, Gonzalo: 11-226
 Vega, Manuel: 116

- Velasco del Campo, Nicolás: 50-242
 Verdejo Larraín, Juan: 106
 Verdugo, Gustavo: 266
 Verdugo, Patricia: 11-13-15-17-144-151-242-249- 263 a 274
 Verdugo, Roberto: 266
 Verdugo, Sergio: 264-268-271-2734
 Vergara de Castro, Olga: 208
 Vergara Montero, Ramón: 35
 Vergara, Carmen María: 91
 Vergara, Delia: 242
 Vergara, Marcos: 223
 Vergara, Pilar: 15-17-224- 225-226-259-239 a 251
 Vergara, René: 130
 Vergara, Ruperto: 241-251
 Vergara, Ulises: 109
 Verne, Julio: 21
 Vexler, Erica: 143
 Vial Larraín, Juan de Dios: 156-249
 Vial, Gonzalo: 12-157-222
 Vial, María Cistina: 219-224-227
 Vial, Sara: 172-177
 Vicuña Fuentes, Carlos: 109
 Vicuña Mackenna, Benjamín: 102
- Vidal, Hernán: 199
 Villanueva, Eduardo: 247
 Villarino, Joaquín: 220
 Villaseca, Adriana: 18
 Villaseca Délano, Paulina: 114
 Villegas, Fernando: 202
 Vivado, Ricardo: 112
 Volosky, Dora: 33-34-37-43
 Volpe, Enrique: 186
 Von Plessing, Carlos: 120
 Vuskovic, Pedro: 199
 Walesa, Lech: 247
 Wilde, Oscar: 113
 Williams, Esther: 111
 Willoughby, Federico: 40-200-207
 Yáñez, Eliodoro: 12-86-187
 Yáñez, María Flora: 187
 Yáñez, Osvaldo: 135
 Yáñez Bianchi, Alvaro: 187
 Yáñez Silva, Nataniel: 96
 Yeltsin, Boris: 242-247
 Zamorano, Iván: 259
 Zañartu, José: 281
 Zapata Bendel, César: 11-40
 Zavala, Leonardo: 11-137
- Zchudek, Aída: 78
 Zegers Baeza, Agustín: 219-227
 Zegers Risopatrón, María Cristina: 221
 Zegers Vial, Cristián: 219 a 227-11-15-17-58-61-62-63-65-67-158-160-163-164-214-240-241-242-247-248-249-250
 Zegers Vial, Felipe: 219-227
 Zegers Vial, Magdalena: 219-227
 Zegers Vial, María Angélica: 219-227
 Zegers Vial, María Cristina: 225-227
 Zegers Vial, Trinidad: 219-227
 Zegers, Carmen: 208
 Zegers, Cristián: 217 a 227
 Zegers, Fernando: 221
 Zegers, Isabel: 219
 Zegers, Jorge: 219
 Zegers, Laurita: 219
 Zegers, Loreto: 219
 Zegers, Marta: 219
 Zlatar, Zorka: 70-72-75-77-78-80
 Zuñiga Salinas, Manuel: 186-191
 Zúñiga, Gonzalo: 55

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2001, en los
talleres de Quebecor World Chile S. A.,
ubicados en Pajaritos 6920,
Santiago de Chile.

En este libro quisimos rescatar el testimonio de varios forjadores del periodismo chileno, a través de la mirada de quienes están a punto de egresar y se iniciarán muy pronto en el oficio. Sin excepción, los periodistas aquí presentados unen a la entrega de la información una inextinguible pasión por la palabra. Por la frase justa, el término preciso. Desde su máquina de escribir o cámara fotográfica, el micrófono radial o la cámara televisiva, ellos han hecho del verbo no un simple medio, sino un vínculo tan hermoso como eficaz entre los acontecimientos y el público. No contentos con seguir un esquema ya gastado, hurgan más allá de las estructuras rígidas hasta dar con un estilo propio, personal, reconocible. Todos ellos —y muchos otros— dejaron el alma en el periodismo. Estaban seducidos por este oficio que hoy muchos confunden con las luces y el estrellato.

Para esos maestros queridos, valga este homenaje.

JACQUELINE HOTT D.
CONSUELO LARRAÍN A.

El periodismo vuelto nostalgia y descubrimiento; hecho anecdótico y frase célebre; madrugada y discusión. Este libro se sumerge en la vida de veintidós premios nacionales quienes fueron auscultados por una novísima generación de periodistas de la Universidad Finis Terrae, quienes han cambiado las linotipias por los láser, pero que mantienen esa inagotable vocación de investigar en los acontecimientos en el momento mismo en que suceden, relatando los pormenores que irán decidiendo el curso de la historia.

Con diferentes estilos, ritmos y sensibilidades, esta selección de reportajes retrata en forma ágil y documentada diversas formas de enfrentar la noticia, indagar en ella y transmitirla. Los autores se empaparon de sus personajes y eligieron un punto de vista para valorarlos y luego, acicateados por la exigencia de rigor en la investigación, dieron libertad creativa a sus plumas. Además, el texto se complementa con instructivas fichas técnicas, más de 100 fotografías que capturan nuestra historia periodística y una breve reseña de la legislación sobre el galardón.

Veintidós caracteres esculpidos en tinta y pasión, buscando siempre la idea justa, el término preciso, el gesto que traerá consigo la verdad.

* * *

Rafael Maluenda	Arturo Fontaine A.
Luis Hernández Parker	Renzo Pecchenino «Lukas»
Tito Mundt	Luis Sánchez Latorre
René Silva Espejo	Hernán Millas
Lenka Franulic	Juan Enrique Lira
Joaquín Edwards Bello	Cristián Zegers
Daniel de la Vega	Raquel Correa
Jorge Délano «Coke»	Pilar Vergara
Alfredo Pacheco	Julio Martínez
Fernando Díaz Palma	Patricia Verdugo
Emilio Filippi	Guillermo Blanco